



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2017



Antonio Iturbe

A cielo abierto



Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Cita
- Capítulo 1. Aeródromo de Le Bourget (París), 1922
- Capítulo 2. Acuartelamiento de aviación de Istres, 1921
- Capítulo 3. París, 1923
- Capítulo 4. Acuartelamiento de aviación de Istres, 1921
- Capítulo 5. Aeródromo de Le Bourget (París), 1923
- Capítulo 6. Istres, 1921
- Capítulo 7. Hospital Villemin (París), 1923
- Capítulo 8. Istres, 1921
- Capítulo 9. Fábrica Tuileries de Bourlon (París), 1923
- Capítulo 10. Palmira (Siria), 1922
- Capítulo 11. Fábrica Tuileries de Bourlon (París), 1923
- Capítulo 12. Palmira (Siria), 1922
- Capítulo 13. Fábrica Tuileries de Bourlon (París), 1923
- Capítulo 14. Palmira (Siria), 1923
- Capítulo 15. Fábrica Tuileries de Bourlon (París), 1924
- Capítulo 16. 1.er Regimiento de Aviación de Caza de Thionville (Francia), 1923
- Capítulo 17. Creuse (interior de Francia), 1925
- Capítulo 18. París, 1924
- Capítulo 19. Montluçon (Francia), 1924
- Capítulo 20. París, 1924
- Capítulo 21. Aeródromo de Montaudran (Toulouse), 1924
- Capítulo 22. París, 1925
- Capítulo 23. Barcelona, 1925
- Capítulo 24. París, 1925
- Capítulo 25. Barcelona, 1925
- Capítulo 26. Toulouse, 1926
- Capítulo 27. Casablanca-Dakar, 1926

Capítulo 28. Toulouse, 1926
Capítulo 29. Casablanca, 1926
Capítulo 30. Toulouse, 1926
Capítulo 31. Dakar, 1927
Capítulo 32. Cabo Juby (Marruecos), 1928
Capítulo 33. Casablanca, 1928
Capítulo 34. Río de Janeiro, 1928
Capítulo 35. Cabo Juby (Marruecos), 1928
Capítulo 36. Buenos Aires, 1928
Capítulo 37. Cabo Juby (Marruecos), 1928
Capítulo 38. Buenos Aires, 1929
Capítulo 39. Cabo Juby (Marruecos), 1929
Capítulo 40. Los Andes (Chile), 1929
Capítulo 41. Cabo Juby (Marruecos), 1929
Capítulo 42. Bahía Blanca (Argentina), 1929
Capítulo 43. Cabo Juby (Marruecos), 1929
Capítulo 44. Buenos Aires, 1929
Capítulo 45. Cabo Juby (Marruecos), 1929
Capítulo 46. Cabo Juby (Marruecos), 1929
Capítulo 47. Cabo Juby (Marruecos), 1929
Capítulo 48. Buenos Aires, 1929
Capítulo 49. Patagonia (Argentina), 1930
Capítulo 50. Buenos Aires, 1930
Capítulo 51. Base de hidroaviones del lago Berre (sur de Francia), 1930
Capítulo 52. Buenos Aires, 1930
Capítulo 53. Santiago de Chile, 1930
Capítulo 54. Lago Berre (Francia), 1930
Capítulo 55. Lago Berre (Francia), 1930
Capítulo 56. Natal, 1930
Capítulo 57. Buenos Aires, 1930
Capítulo 58. Buenos Aires, 1931
Capítulo 59. Toulouse, 1931
Capítulo 60. Casablanca, 1931
Capítulo 61. Aeródromo de Montaudran (Toulouse), 1932

Capítulo 62. Toulouse, 1932
Capítulo 63. Cabo Juby, 1932
Capítulo 64. Casablanca (Marruecos), 1932
Capítulo 65. París, 1932
Capítulo 66. Casablanca, 1932
Capítulo 67. París, 1933
Capítulo 68. París, 1933
Capítulo 69. París-Toulouse, 1933
Capítulo 70. Toulouse, 1934
Capítulo 71. Natal, 1934
Capítulo 72. París, 1935
Capítulo 73. París, 1935
Capítulo 74. París, 1935
Capítulo 75. Libia, 1936
Capítulo 76. Dakar, 1936
Capítulo 77. París, 1936
Capítulo 78. París, 1937
Capítulo 79. París, 1938
Capítulo 80. Toulouse, 1939
Capítulo 81. Orconte (Francia), 1940
Capítulo 82. Orconte (Francia), 1940
Capítulo 83. Lisboa, 1941
Capítulo 84. Nueva York, 1942
Capítulo 85. Argel, 1943
Capítulo 86. Argel, 1943
Capítulo 87. Córcega, 1944
Capítulo 88. Córcega, 1944
Capítulo 89. Toulouse, 1945
Epílogo. Bretaña (Francia), agosto de 1945
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

«Destaca la cuidada recreación de la figura de Antoine de Saint-Exupéry y el tratamiento de la épica de los primeros años de la aviación civil francesa en una novela de arriesgadas aventuras con un fiel trasfondo histórico.»

Jurado del Premio Biblioteca Breve 2017

FERNANDO ARAMBURU

PERE GIMFERRER

LOLA LARUMBE

MANUEL LONGARES

ELENA RAMÍREZ

A Susana, que vuela conmigo

Vivir es nacer poco a poco.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY,
Piloto de guerra

CAPÍTULO 1

Aeródromo de Le Bourget (París), 1922

Tira de la palanca doble hacia su pecho y el Caudron C.59 se eleva en busca de un rebaño de nubes sobre París. El biplano vibra. El motor Hispano-Suiza resopla. Planea un poco entre la niebla blanca y después tira de la brida metálica y obliga al avión a escalar una montaña de aire hasta hacer la vertical sobre el cielo. El temblor del fuselaje se transmite a sus manos y de ahí a su cuerpo entero. El alférez Saint-Exupéry, embriagado por el vértigo, sonríe con esa satisfacción infinita de los locos, la de los niños cuando están absortos en sus juegos: sin noción del riesgo ni del tiempo, sumergidos en un mundo que sólo les pertenece a ellos porque lo han construido a su medida.

En tierra, el Caudron C.59 es tan sólo una voluminosa pieza de madera de setecientos kilos repleta de tornillería, remaches y soldaduras. Al rodar arrastrando el pesado armazón sobre sus rueditas de bicicleta, resulta de una fragilidad patética: un grandullón de pecho abombado que al echar a correr por la pista traquetea inseguro en sus patas de alambre. Un simple guijarro en su trayectoria lo desequilibraría haciéndolo capotar estrepitosamente. Pero cuando llega al final, sucede el milagro: el pesado armario rodante se despega del suelo, se aúpa sobre la línea del horizonte, se eleva y, de repente, se torna ligero, diestro, incluso grácil en su vuelo de pájaro. Ha burlado a su destino de cachalote varado en un hangar.

Tonio se siente un poco como el propio avión. Su corpachón lo hace moverse habitualmente de manera torpe, incluso desgarrada, y su cabeza soñadora, nada dotada para solventar los asuntos más triviales de la vida práctica, lo convierte en tierra firme en un pingüino desorientado que se bambolea, que bracea inútilmente, que no encuentra el mar. Pero allá arriba es otro.

Se hace liviano.

Gira la palanca hacia la izquierda y el avión se escora bruscamente hacia el ala contraria. Sonríe. Ha logrado el sueño de cualquier niño: hacer que los juguetes sean verdaderos y que la verdad sea juego.

Dibuja una trenza en el aire. Le encanta sentir ese estremecimiento vertiginoso y, sobre todo, la sensación de elevarse por encima de la mediocridad. La suya y la del mundo que lo rodea. Notar que deja allá abajo la ramplonería del cuartel y a esos oficiales que gritan hasta que se les inflaman las venas del cuello. Gritar forma parte de la hombría militar.

Unos días atrás, al atravesar el patio de armas, vio a un sargento impartir instrucción a unos reclutas recién llegados: les pedía que a su requerimiento le respondieran inmediatamente: «¡A la orden, mi sargento!». El suboficial señaló a un recluta; en realidad, era casi un niño. «¡Tú!» El muchacho, amedrentado, le contestó un tímido: «A la orden, mi sargento», y el superior, rojo de ira, lo agarró violentamente de la pechera de la guerrera y lo zarandó mientras le chillaba en la cara: «¿Tú qué clase de hombre eres? ¡Grita más alto! ¡Contesta como un soldado!».

Se alejó, perplejo: lo primero que se pide a unos muchachos para que sean buenos soldados no es que muestren sagacidad, medida o sentido de la estrategia, sino que griten lo más desaforadamente posible. El que más chille recibirá la felicitación del sargento. Y siempre deben responder: «¡A la orden!». Para ser buen soldado, buen patriota, buen ciudadano, buen empleado... hay una consigna infalible: decir siempre «¡a la orden!». No plantearse nada, no preguntarse por qué.

A él le desagradan los gritos. Cuando alguien inocente te mira y tú le gritas, estás talando un árbol que nace. Él sólo eleva la voz alguna noche alegre en la que toma demasiado borgoña o pastís y se arranca a cantar canciones que empiezan risueñas y terminan melancólicas. Cuando se enfada, lo que hace es quedarse callado.

*Qué estéril es decir
lo que ya sabe el silencio...*

El avión cabecea sobre el aire y Tonio también cabecea para darle la razón a Mallarmé. Él mismo, a veces, garabatea versos.

Ha hecho ya mil piruetas, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. La vida siempre le parece un traje demasiado estrecho. Mueve la palanca del combustible y el aparato pierde su impulso hasta detenerse. Un avión que se queda quieto en el aire se convierte en un pedazo de metal atraído imperiosamente por una fuerza de la gravedad violenta. El avión entra en pérdida. Cae en barrena. El picado escalofriante es seguido desde tierra por un pequeño grupo de observadores con un «¡Ohhh!» que quiere ser risueño pero es nervioso porque Tonio está lanzándose hacia el suelo a toda velocidad en uno de esos aviones tan poco fiables. Cuando faltan pocos metros para estrellarse, los espectadores notan que la risa se les congela en la boca. Entonces, Tonio tira del comando bruscamente y equilibra el Caudron C.59 en un vuelo rasante por encima de un campo de amapolas.

Esa tarde de domingo ha aprovechado la ausencia de la mayoría de los oficiales del 34.º Regimiento para montar su teatrillo aéreo. Su juego predilecto de infancia en aquel casón lleno de recovecos de Saint-Maurice-de-Rémens eran, precisamente, las obras de teatro que él ideaba e interpretaba para sus hermanos: era a la vez el dramaturgo que escribía el libreto y el actor siempre excesivo que lo representaba. Su familia nunca sabía decir si era un niño serio o un bufón, no eran capaces de asegurar cuál era el verdadero Tonio: el que se quedaba las tardes de lluvia ensimismado mirando en el cristal de la ventana las carreras de las gotas sobre el vidrio o el que ponía patas arriba el zaguán y aparecía inesperadamente disfrazado de bucanero o de explorador, declamando a gritos frases disparatadas para diversión de sus hermanas y sus primos.

Él mismo se lo pregunta. ¿Quién es uno mismo? ¿El ser social con cascabeles cosidos a la ropa que uno agita cuando se relaciona con los demás o el ser silencioso, enroscado hacia adentro, en que nos convertimos cuando nos quedamos solos?

Una excesiva vibración del ala lo saca de su ensimismamiento. No debería distraerse mientras pilota, pero en el aire los pensamientos se liberan. Vuelve la cabeza temerariamente durante un par de segundos para tratar de atisbar al grupo de amigos que observa sus acrobacias. Son alfileres clavados en la tierra.

Le encanta divertirlos. Ahí están Charles Sallès, Bertrand de Saussine y Olivier de Vilmorin... Pero, en realidad, cuando encabrita al avión y acomete sus más alocadas piruetas, lo hace para una sola persona, presente en su pensamiento a todas horas.

Rememora la primera vez que su primo lo llevó de visita a la suntuosa casa de la calle de la Chaisse, donde madame De Vilmorin tenía ya entonces uno de los salones intelectuales más elegantes de París. Un mayordomo con rostro de cera los hizo pasar a una sala de sofás capitonés y librerías de nogal, mientras esperaban a que los dos hermanos Vilmorin terminasen de arreglarse para ir juntos a una heladería de los Champs-Élysées. Entonces escuchó la música. Era un violín tocado con una lentitud morosa, el arco pasando por la cuerda muy poco a poco, sin que la nota se apagase del todo. Era una composición que él había tocado con su madre al piano y sus hermanas al violín en la vieja casona de Saint-Mauricede-Rémens, aunque la recordaba más alegre y desenfadada. Interpretada con esa nostalgia, más que una melodía, parecía el eco de una melodía. Las notas estaban tan deshilachadas que se quedaban prendidas en el aire. La música saturaba el ambiente, suspendía el tiempo real e imponía otro mucho más acuoso. Si volar nos convierte en pájaros, escuchar música nos transforma en peces, nos sumerge en el fondo del mar.

Las notas que descendían hasta la sala tiraron de él de manera irresistible escaleras arriba. Las piernas se movían solas. La música lo atrajo hasta el tercer piso en un estado de trance. La segunda puerta del pasillo estaba entornada y, tras golpear muy levemente con los nudillos, asomó la cabeza.

Sobre la cama cubierta por una colcha de raso azul, apoyada en varios cojines enormes como globos de colores, tocaba, ensimismada, una muchacha vestida con un pijama morado. Posaba la barbilla tan suavemente en la mentonera que convertía el violín en una almohada. Al lado, sentada en una silla, una gobernanta con cofia blanca clavó los ojos en aquel extraño que se había colado en los aposentos de la joven, y cuando él, avergonzado, iba a articular una disculpa y retirarse, la severa mujer le hizo un gesto con la palma de la mano para que esperase. Se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio.

Le pareció que entraba en un castillo submarino y se quedó absorto. Hipnotizado en la contemplación del pelo rojo, los ojos verdes, las manos blancas. Tocaba con una parsimonia en la que se mezclaban una cierta desgana y una rara concentración que la hacía mirar con fijeza el extremo del mástil, justo donde sus dedos jugaban a saltar a la comba.

Recuerda cómo rogó fervorosamente al dios de las cosas hermosas que parase el tiempo, que aquella melodía no acabase jamás, que durase la vida entera. Pero los dioses duermen, no son otra cosa que nuestros sueños.

Al finalizar, la gobernanta, la señora Petermann, empezó a aplaudir sin mucho afán y arqueó una ceja conminándolo a hacer lo mismo. Y lo hizo, por supuesto, con unas palmadas tan ruidosas y un fervor tan excesivo que la mujer exhibió una mueca de hastío. Después de dejar cuidadosamente el violín sobre el estuche que estaba sobre la colcha, la muchacha se volvió y le sonrió. Aquella sonrisa podía detener locomotoras, desvanecer tifones, apagar volcanes. Una sonrisa que podía parar el mundo. Al menos, paró el suyo.

Todos los cronómetros de su vida se pusieron a cero.

—Creo que no nos han presentado... —le dijo ella.

Se ruborizó como si el cabello pelirrojo de la joven se reflejara en su rostro y empezó a tartamudear.

—Le ruego que perdone mi intromisión, señorita. Ha sido la música la que me ha hecho perder la prudencia...

—¿Y usted es...?

—¡Oh, sí, disculpe mi torpeza! Soy Antoine de Saint-Exupéry. Usted debe de ser hermana de Olivier. Yo soy amigo suyo, estudiamos juntos en la Academia Bossuet.

—Yo soy Louise de Vilmorin.

—Lamento haberme presentado de improviso en su habitación. Ya me retiro.

—¡Oh, no se preocupe! Una odiosa enfermedad en los huesos de la cadera me obliga a guardar cama y mi habitación es el salón donde recibo a mis visitas. ¡Me encantan las visitas!

Tonio abrió tanto esos ojos saltones que a punto estuvieron de caérsele rodando por la alfombra.

—¿Podría venir algún día a verla?

—Puede pedir una cita... —le respondió ella con desgana. Pero, ante el rostro de desolación del joven, añadió con una sonrisa coqueta—: O puede colarse durante mis prácticas de música.

Desde el fondo de la casa llegaron voces reclamándolo.

—¡Saint-Ex!, ¿dónde demonios te has metido?

—Su hermano me reclama, debo marcharme. ¡Volveré! —Y, nada más decirlo, su entusiasmo se tornó gesto de preocupación—. Pero... ¿se acordará usted de mí cuando me vuelva a ver? ¿Sabrá que soy yo? ¡Mi rostro es tan corriente!

Ella lo observó con una sonrisa indescifrable que tanto podía significar complacencia como desdén.

—Quién sabe. Soy olvidadiza.

—¡No importa! —se apresuró a contestar—. Yo sí me acordaré de usted, mademoiselle De Vilmorin. ¡Me acordaré por los dos!

En la carlinga, niega con la cabeza y sonríe. Aprieta el balancín con el pie, abre la entrada de la gasolina y mueve el comando para que el avión trace un zigzag en el aire. A los pocos meses de conocerla, tuvo que hacer frente a la obligación del servicio militar y se alistó en el ejército del aire para hacer realidad el viejo sueño de volar. Tras varios traslados, fue destinado a Casablanca, y durante aquel tiempo de aprendizaje e incomodidades, lo acompañó el recuerdo de Loulou, un amor imposible que se fue agigantando en la distancia.

Volver a París destinado al 34.º Regimiento acuartelado en Le Bourget lo alegró por el retorno a una ciudad de teatros, librerías y bulevares, por el rencuentro con sus amigos... pero sobre todo por la oportunidad de volver a la casa de la calle de la Chaisse. Necesitaba volver a ver a aquella muchacha que se recostaba con un violín sobre una colcha azul y parecía que flotara sobre el mar.

En un té en casa de la prima de su madre, Yvonne de Lestrangle, Antoine coincidió con uno de los hermanos Vilmorin y le pidió poder ser recibido por su hermana:

—¿Tú también, Saint-Ex? —le preguntó André de Vilmorin con un sarcasmo un tanto teatral, como cuando en las obras escolares se representaba el asesinato de Julio César a manos de su protegido y el emperador se

quedaba mirándolo con hondura y le decía: «¿Tú también, Bruto, hijo mío?».

André estaba cansado de ver cómo todos sus amigos balbuceaban de manera patética y entraban en trance al conocer a su hermana, hasta acabar haciendo cola en la salita de las visitas con la ilusa esperanza de mendigar unas migajas de atención de aquella muchacha que se dejaba admirar, agasajar e idolatrar sin perder la sonrisa entre irónica y enigmática con la que despedía a sus rendidos pretendientes en cuanto llegaba la hora de lectura o de música o cuando simplemente se cansaba de su presencia.

Después de recordárselo un par de veces más a André, cuando ya no pensaba que fuera posible, un jueves por la mañana vino un soldado raso a la oficina donde Tonio garabateaba versos en las horas libres, a traerle una nota. En ella, André lo invitaba a tomar el té con su hermana y otros amigos al día siguiente a las tres y media. Mientras él terminaba de leer el papel y daba un salto sobre la silla como si tuviera un resorte, el soldado, muy novato, seguía clavado en posición de firmes esperando medroso a que se le autorizara a irse.

—¿Ordena alguna cosa más, mi alférez?

—Desde luego...

El muchacho esperó expectante.

—¡Le ordeno que ame la vida!

Al día siguiente casi no comió, más bien mareó los fideos en el plato, que dejó casi intacto. Se arregló con el máximo esmero: se puso su único traje, que había logrado que le planchasen en la lavandería del cuartel a cambio de medio paquete de cigarrillos, y arregló cuidadosamente su tupé, bien levantado con fijador. Salió con antelación hacia la casa de los Vilmorin porque necesitaba flores, muchas flores, las mejores flores de Francia. Le habría gustado ser el rey merovingio Childeberto, que construyó un jardín de rosas entero para la reina en el centro de París. Louise de Vilmorin no se merecía menos.

Caminó hasta una floristería muy señorial de la Rue Charron, cerca de Notre-Dame, que tenía un escaparate tan fantasioso como el de una confitería. Le encantaba aquel olor dulzón a parque botánico en aquella elegante peluquería de flores donde las tenazas cortaban el flequillo de las rosas.

Pidió un gran ramo de orquídeas. Cuando la dependienta le dijo el precio, la realidad demolió todas sus fabulaciones. Ese mes su madre le había pagado la letra del abrigo que había comprado a plazos el pasado invierno y de la paga militar apenas había conseguido estirar unas pocas monedas hasta final de mes. Sin poder disimular su embarazo, le dijo a la dependienta que lo había pensado mejor. En la calle, resopló, abatido. Había sido el hombre más feliz del mundo durante veinticuatro horas y ya volvía a ser el más desgraciado.

Al llegar a la esquina se le ocurrió que no quedaba lejos el Mercado de las Flores, en la Isla de la Cité. Se apresuró hasta allí con ánimo renovado. Recuerda fascinado aquel gran invernadero con aire de estación ferroviaria y olor a musgo repleto de herramientas de jardinería y plantas de los más variados tipos en medio del bullicio de carretilleros del mercado de abastos y soldados de permiso que compraban ramilletes a las modistillas de la orilla derecha del Sena.

Salió de allí con un pequeño ramillete de lilas, humilde pero hermoso.

Tiene la misma frescura que Louise..., pensó.

El mayordomo, vestido con un chaleco de franjas doradas, le abrió la puerta con profesional indiferencia y contestó a la amplia sonrisa ilusionada del joven del sombrero y el ramillete en la mano con una rutinaria inclinación de cabeza. Le señaló con la mano enguantada una habitación contigua y, al entrar, se llevó una desagradable sorpresa: había dos jóvenes más. Le vino a la cabeza la expresión hastiada de André al pedir ser recibido por su hermana. Tenía razón. ¡Había cola para cortejar a Louise de Vilmorin! Los dos caballeros, vestidos de manera impecable —uno con traje azul de mil rayas y el otro con un traje claro y sombrero panamá, acicalados para la ocasión—, llevaban también presentes: uno traía un búcaro dorado repleto de flores exóticas de colores y el otro portaba bajo el brazo una caja enorme de dulces con el anagrama de Dalloyau, una exquisita pastelería de la Rue Faubourg Saint-Honoré con las mejores pastas de chantillí de París.

Antes de que lo vieran, escondió su ramillete detrás de la espalda. Ya no le parecía tan fresco, sino vulgar, absolutamente impropio para una muchacha refinada como Louise de Vilmorin. Saludó a los dos muy cortés y permaneció de pie apoyado en el quicio de la puerta con la pegajosa sensación de ser un

polizón y de que, en cualquier momento, sería arrojado por la borda. Es verdad que su familia pertenecía a la vieja aristocracia de Lyon y que había pasado la infancia en un pequeño castillo de mil puertas. Demasiadas puertas para tan poca calefacción. Se sintió ridículo con su título de conde arruinado. De repente, odió sus flores baratas. Las apretó aún más fuerte hasta escachar sus tallos indefensos.

El mayordomo les anunció que la señorita De Vilmorin los esperaba en su habitación, y allí subieron los tres en peregrinación. Tonio los dejó ir delante y, cuando no miraban, estrujó las flores dentro del bolsillo de la americana y se dio media vuelta para marcharse de la casa, cuando aún estaba a tiempo de evitar hacer el ridículo. Pero al volverse vio que los seguía el mayordomo con su rostro de esfinge y que tenía puesto el peso de sus ojos sobre él con una indiferencia de mármol. Tonio le hizo una ligera inclinación a modo de saludo y continuó hacia arriba tras los otros dos.

Louise estaba sentada en la cama, con la espalda contra el cabezal y dos enormes cojines a modo de reposabrazos. Había algo en ella que escapa a las palabras. Su belleza no estaba estrictamente en su rostro, tampoco en su pelo rebelde ni en su talle esbelto. Era su ingravidez. Había algo en ella que la hacía flotar por encima de las cosas.

El muchacho del traje azul se acercó con una sonrisa triunfal para entregarle el pesado búcaro pletórico de lazos, cintas y flores. En vez de estirar los brazos para cogerlo, ella le dijo un «gracias» que tanto podría ser educado como indiferente, y se volvió hacia la señora Petermann, que se acercó a recibirlo con cara de fastidio, para depositarlo sobre la mesilla junto a dos jarrones de flores bastante similares. El otro caballero se acercó a darle los dulces, ella le sonrió igualmente un instante y le dio las gracias. Sin hacer el más mínimo ademán de tomar la caja con el gran lazo malva, miró a la gobernanta, que tomó el paquete. Louise se apoyó en un codo para ver al tercer visitante, que parecía ocultarse detrás de los otros dos, y proceder al protocolo de recibir su regalo.

—¿Juega usted al escondite inglés?

Tonio se puso un poco colorado y dio un par de pasos al frente.

—¡Ah, es usted! El conde Saint... ¿Saint qué?

—¡Saint-Exupéry! ¡Qué bien que me recuerde después de tanto tiempo!

Ella miró hacia sus manos vacías y él las introdujo apresuradamente en los bolsillos de la americana. Las palabras le salieron aturulladas:

—Yo quería haberle traído un presente, pero...

Al querer gesticular, el nerviosismo hizo que sacara de golpe las manos de los bolsillos, y con el movimiento de sus zarpas de gigante salió volando una lluvia de pétalos de lila. Se esparcieron por la habitación hasta crear una nube que quedó suspendida un instante en el aire y luego fue posándose suavemente, como una nevada púrpura sobre la colcha.

Por primera vez, Louise cambió su gesto apático por otro de asombro.

—¿Es usted prestidigitador? —le preguntó.

—Lo siento... —balbuceó Tonio.

—No lo sienta —le dijo Louise con un brillo que hacía que sus ojos fueran aún más verdes—, a mí me encantan los magos.

—En Casablanca, un cabo de la escuadrilla me enseñó algunos trucos de cartas.

—¡Pues háganos una demostración!

—Es que... no tengo baraja.

—Señora Petermann, ¿podría ir usted a buscar una baraja?

—Señorita, sabe que tengo órdenes de la señora Vilmorin de no dejarla a solas con caballeros.

Louise, acostumbrada a mandar, se dirigió a los otros dos, que observaban la conversación como convidados de piedra.

—¿Por qué no van ustedes en busca del señor Dupont, el mayordomo, y le piden que traiga unos naipes del salón de *bridge*?

Reducidos a la condición de secretarios, los dos jóvenes salieron cabizbajos de la habitación y regresaron resignados, seguidos del mayordomo, que traía una baraja en una bandeja de plata.

Tonio hizo los juegos de manos. Adivinó la carta que ella depositó en medio del mazo y repitió el juego con uno de los caballeros, que colaboró con gesto de resignación.

—¿Sabe usted más magia? —le preguntó ella, cansada de los juegos de cartas. Tonio estaba ya eufórico.

—Conozco la de Mallarmé... ¡Hace magia con las palabras!

—Dígame una cosa... ¿qué opina de Baudelaire?

—Que es capaz de lo más sublime y de lo más grotesco.

—¿Por qué no me lo explica mejor?

Su sonrisa estaba llena de promesas.

Ojalá Loulou pudiera contemplar sus proezas aéreas esa tarde de domingo, pero su cadera no está del todo bien por culpa de la coxalgia y debe guardar reposo un tiempo más. Hace acrobacias para no dejar de asombrarla. ¡Ella no soporta el aburrimiento! Con una inconsciencia feliz, hace de trapecista sobre el cielo de París.

Al tomar tierra, se desembaraza lo antes posible de las gafas y el mono militar que se ha puesto encima de la camisa y los pantalones de domingo. Se va arreglando apresuradamente la corbata mientras camina hacia el grupo por el lateral de la pista. Sallès da unas zancadas hacia él con los brazos abiertos.

—¡Saint-Ex, has estado grandioso! —Y lo agarra por el hombro con camaradería—. ¡Salud a un as de la aviación!

Bertrand de Saussine aplaude y silba, y él corresponde con una reverencia exagerada. Sin embargo, Olivier de Vilmorin, impecable con su americana inglesa de *tweed* y su corbata de seda, permanece con los brazos cruzados y el gesto severo.

—¡Hay que celebrarlo! —grita Sallès. Pero Vilmorin no mueve un solo músculo. Tonio se da cuenta de que algo no va bien y mira a su amigo y futuro cuñado a los ojos.

—¿Qué pasa, Olivier? ¿Por qué estás tan serio?

El pequeño de los hermanos Vilmorin suspira.

—Son esos vuelos tuyos...

—¡Estuve bien! ¿A que sí? La última trazada con el *looping* de trescientos sesenta grados era una «L»... ¿Lo visteis? ¡Era la «L» de Louise! ¡La hice en su honor! ¡Ojalá hubiera podido verlo! ¿Se lo contarás a tu hermana? ¡Debes decírselo, a mí no me creerá!

—No deberías hacer eso.

El tono áspero le causa extrañeza.

—¿Qué es lo que no debería hacer?

—Esas locuras. ¿No te das cuenta? ¡Te vas a matar cualquier día!

Tonio lo toma del brazo con ternura...

—Olivier, no debes sufrir por mí. Piensa que un piloto que muere en vuelo llega al cielo antes. ¡Ya tiene la mitad del camino hecho! —le responde entre risas.

Pero el gesto de Olivier se endurece aún más.

—¡Para ti no es más que un juego! ¡Eres muy egoísta! Tus piruetas de gran aviador... ¿Y qué hay de mi hermana? ¿Qué futuro le espera? ¿Ser viuda con menos de treinta años?

Entonces es Tonio quien se queda serio. Bertrand trata de quitar hierro al asunto.

—¡Vamos, Olivier! Saint-Ex sabe lo que se trae entre manos..., ¿verdad? —Y mira a Sallès estirando su barbilla puntiaguda hacia él, esperando una ratificación que no llega.

Charles Sallès hace un gesto ambiguo: una vez voló con Tonio y la precaución no le pareció una de sus principales virtudes como piloto: soltaba los comandos y se ponía a simular que tocaba las maracas mientras cantaba una samba desafinada.

Tonio se ha quedado en silencio. Le sucede a veces: de repente, las luces se apagan. Vilmorin se vuelve hacia Bertrand y su tono se suaviza, como lamentando haber lastimado a su amigo. Le habla a Bertrand, pero es a Tonio a quien dirige sus palabras.

—Mi madre está preocupada. ¿Sabes cómo lo llaman mis hermanos mayores?

—No...

—El condenado a muerte.

Los Vilmorin son una fortaleza familiar. Descienden de Juana de Arco, son aristócratas y millonarios. ¿Y quién es ese Antoine de Saint-Exupéry? Es cierto que tiene un apellido rimbombante e incluso un título de conde, que a él le da apuro utilizar. Pero es un aristócrata de provincias, huérfano de padre, pobre de solemnidad, al que sólo se le conoce un traje de invierno y otro de verano con brillos en los codos, que cumple el servicio militar en las Fuerzas Aéreas y que dice querer dedicarse a una profesión tan improductiva como inútilmente arriesgada: aviador. Olivier sabe que su madre está preocupada por ese novio que se ha buscado su hija, cuando podría tener rendidos a sus pies a futuros abogados del Estado, hijos de ministros o herederos de las

principales fortunas de Francia que han peregrinado hasta la casa de la calle de la Chaisse para conquistarla. Ella los ha barrido con desdén y ha elegido a ese joven desgarbado sin nada que ofrecer. ¡Los dichosos caprichos de Louise!

Charles Sallès interviene con su jovialidad habitual para aliviar el silencio.

—¡Si Saint-Ex es un condenado a muerte, tiene derecho a una última cena! ¡Celebrémosla en el Café des Deux Magots!

Tonio sale de su letargo.

—¡Buena idea! ¡Vayamos a visitar a esos dos viejos magos chinos! ¡Invito yo! —grita feliz.

Justo al decirlo se ha dado cuenta de que en la cartera tan sólo le quedan unos pocos francos para pasar el mes, pero, en ese momento, eso carece de importancia. Puede llegar al día 30 comiendo y cenando el rancho del cuartel y, en caso de necesidad, siempre le puede pedir algo de dinero a su madre, que trabaja en Lyon como enfermera, y devolvérselo al cobrar la paga.

Olivier de Vilmorin mantiene su gesto de reprobación.

—Siempre hay demasiada gente. ¿Por qué ir hasta allí?

—¡Porque el Café des Deux Magots es el templo del dios tabaco! ¡Eso dijo Théophile Gautier! Y nosotros somos sumos sacerdotes de esa religión.

Para subrayarlo, se saca del bolsillo un cigarrillo, lo enciende con delectación y lanza una profunda bocanada al cielo de manera teatral. Bertrand y Sallès ríen la ocurrencia, pero Olivier continúa reticente. Tonio saca un cigarrillo y se lo ofrece.

—Una vez leí un reportaje que decía que los indios americanos sellan sus tratados de amistad fumando. ¿Acaso no somos grandes amigos? ¿Acaso no somos indios? ¡Fumemos!

Olivier de Vilmorin se da por vencido y sonrío. Tonio se acerca a él y lo abraza.

Montmartre es el barrio de los pintores y escultores, pero el territorio de los escritores está entre el Barrio Latino y Saint-Germain. Por eso Sallès, para desatascar el momento sombrío a pie de pista, ha propuesto ese café en el corazón de Saint-Germain-des-Prés, un lugar que, para Tonio y para la propia Louise, que también escribe poemas, tiene un magnetismo irresistible.

Mientras cruzan el Sena por el Pont Neuf a bordo del Citroën B14 de los Saussine, Tonio les ha contado lo mismo que les cuenta cada vez que van allí: fueron clientes habituales Mallarmé, Oscar Wilde, Apollinaire...

—Pero sobre todo Verlaine..., ¡era el Sócrates del Deux Magots!

Aunque todos se lo han oído contar muchas veces, lo escuchan con agrado. Saben que, mientras Tonio habla, todo va bien. Tiene una especial capacidad para relatar las cosas, un poder de seducción que hace que sus anécdotas de piloto se conviertan en relatos fascinantes.

Aunque la primavera todavía no ha conseguido caldear París, la terraza del café está repleta de gente que toma sus consumiciones sin despojarse de los abrigos y las gabardinas. Los cuatro saludan al camarero ataviado con un mandilón hasta los tobillos y se aposentan en la mesa bajo una de las dos figuras de los magos chinos que dan nombre al local. Cada vez que entran allí, alguien se pregunta quién demonios serían esos dos venerables ancianos orientales que presiden el café. Cuando, cincuenta años atrás, el antiguo propietario decidió cambiar el negocio de tejidos y confección por el establecimiento de hostelería, conservó las enigmáticas figuras de los dos chinos en actitud meditativa. Nadie recordaba ya cómo habían llegado hasta allí ni cuál era su significado. A Tonio le encanta el juego de inventarles una biografía.

—Yo digo que eran los enlaces comerciales de Marco Polo en la China cuando viajaba en busca de seda y telas de Oriente. ¿Qué decís?

—Pero, si sólo eran comerciantes de telas, ¿por qué los iban a llamar magos?

—Yo digo que se trata de dos maestros del Si-Fan —aventura Sallès.

—¿Si-Fan? ¿Qué demonios es eso?

—¿Cómo? ¿No habéis leído las novelas de Fu-Manchú? Pues andaos con ojo con el peligro amarillo, porque su sociedad secreta del Si-Fan se infiltra silenciosamente en todas partes. Sus miembros son asesinos que se mueven como sombras, entrenados para matar de la manera más rápida, implacable y silenciosa.

—Tienes que leer cosas serias, Charles —le reprocha Bertrand.

—¡Eso es una atrocidad! —Tonio no puede evitar afirmarlo con excesiva vehemencia, a la vez que se levanta de la silla y golpea la mesa—. ¿Cómo se puede pedir que la literatura sea seria? ¿Baudelaire es serio cuando habla de su barco ebrio? ¡Si la literatura es seria se convierte en un acta notarial! ¡Las palabras no son los números de esas modernas máquinas sumadoras!

Lo ha dicho de manera tan violenta que se hace un silencio embarazoso. Los clientes los miran desde las otras mesas y Tonio se siente avergonzado. Olivier cambia de tema y los otros siguen jovialmente sus disquisiciones sobre los nuevos planes de urbanización de la orilla izquierda del Sena. Pero Tonio se ha quedado taciturno. Se disculpa diciendo que sale un momento a tomar el aire, que allí dentro hay demasiado humo.

En realidad, no necesita aire, lo que necesita es quedarse solo. Afuera, todos los veladores de la terraza están vacíos con ese lánguido desamparo de las tardes de domingo en las que anochece sin avisar. Se sube el cuello de la americana y se enciende un cigarrillo tratando de calentarse con la brasa. El tráfico ha disminuido por el bulevar, apenas quedan peatones y algunos transeúntes caminan apresuradamente con las manos hundidas en los bolsillos. Un aire frío levanta los faldones de las chaquetas. Un hombre muy mayor vestido con un viejo chaquetón de dril y apoyado en un bastón delgado y muy alargado, que a él le parece una lanza zulú, observa atentamente algo que no atina a saber qué es. El hombre, que se percata de su mirada curiosa, se vuelve hacia él.

—¿No le parece extraordinario?

Mira hacia delante y sólo ve la acera vacía, algunos coches y un ciclista que cruza de perfil.

—¿Qué hay de extraordinario?

—¡El farol!

Entonces se da cuenta: la gorra, el chaquetón de dril y ese palo que en realidad es una pértiga, que en otro tiempo debía de llevar una mecha en la punta.

—¿Es usted farolero?

—Sí, señor.

—Pero hace años que no hay faroles de gas en París.

Entonces el hombre tuerce el gesto.

—Y bien que lo lamento. ¿Sabe una cosa? Cuando estaba en activo, muchas veces el trabajo me resultaba agotador y sólo pensaba en llegar a casa y dormir. El farolero era el último en irse a la cama para encender todas las luces por la noche y el primero en levantarse al filo del amanecer para volver a apagarlas.

—Encender y apagar...

—Eso es.

—¿Y no era un trabajo aburrido?

El hombre se queda mirándolo con una sincera perplejidad.

—¿Aburrido? ¡Qué idea tan extraña!

—Me refiero a si no se hacía repetitivo.

—Sí, repetitivo, claro. Así tenía que ser. Primero un farol y después otro, y otro más. Primero una calle y luego otra, y otra, y otra. Y así...

—¿Y eso no le resultaba tedioso?

—¿Tedioso? No entiendo qué quiere decir. Era mi trabajo, tenía una misión: encender la luz y apagarla. Si yo no hubiera encendido la luz cada noche, alguien podría haber caído en un socavón y partirse las piernas o algo peor; un matrimonio honesto podría haber sido asaltado sin que nadie se diera cuenta. Yo era el responsable de la luz. Primero un farol, después otro, y otro más. Y así. Y al amanecer, el camino a la inversa: apagar una, después otra y luego otra más...

—Pero ahora que ya está jubilado y que los faroles funcionan con electricidad debería estar feliz: ahora puede dormir todo el tiempo que quiera.

—No, ahora me doy cuenta de lo feliz que era cuando recorría la ciudad. Primero un farol y luego otro, y después otro más..., y así.

—¿Y qué hace a estas horas por aquí?

—Sigo recorriendo la ciudad y vigilo que todos los faroles funcionen. Si hay alguna bombilla fundida o si un gamberro ha roto alguna, tomo nota en una libreta y por la mañana informo en el Ayuntamiento para que la reparen.

—¿Y le hacen caso?

El hombre se entristece.

—Raramente.

Tonio siente el deseo de levantarse y abrazarlo, pero se contiene porque en la escuela le enseñaron las normas de urbanidad y de pudor, entre las cuales figura el no abrazar a desconocidos por la calle en plena noche. No recuerda si en aquel libro de buenas costumbres se hacía alguna excepción con los faroleros. En Francia nadie se inquieta si ve a dos hombres pelearse en la calle, pero muchos se escandalizan si ven a dos hombres abrazarse.

Le agradecería decirle a ese hombre de barba blanca que camina con esa vara de pastor de luces que en realidad era un jardinero, porque regaba farolas y las hacía florecer a su paso una detrás de otra.

—Voy a seguir mi ronda.

—Señor farolero...

—Dígame.

—Si me lo permite, me gustaría ser su amigo.

CAPÍTULO 2

Acuartelamiento de aviación de Istres, 1921

Un pelotón de reclutas se afana en cavar una zanja bajo la atenta mirada del subteniente Pelletier, esmirriado y muy moreno. Una sardina dejada demasiado tiempo en la parrilla. Con su voz de trincheras embarradas y alcohol barato, les exige que trabajen más y los amenaza con arrestarlos. También con colgarlos por las pelotas del palo de la bandera.

—¡Malditos vagos, niños de papá! En la guerra os habríais cagado en los pantalones. Y yo os habría hecho comeros vuestra mierda.

Uno de los muchachos flaquea un momento con la pala. Pelletier va hasta él y le suelta un bofetón que retumba en todo el campo.

—Cuatro días de arresto.

—Mi subteniente...

—¡Seis!

Cuando han llegado holgadamente a los dos metros de profundidad, el suboficial les hace una señal para que se detengan y salgan del agujero. Algunos trepan con dificultad, exhaustos tras varias horas de trabajo de pico y pala. El cabo los hace formar frente al rectángulo horadado en el suelo; los jóvenes, la mayoría recién llegados al servicio militar, sienten chorrear el sudor por la espalda y las sienes les laten por el esfuerzo. A alguno le tiemblan las piernas. El jefe de la unidad observa detenidamente el hueco con mirada profesional. Se planta delante de los soldados formados ante la zanja y, por primera vez en toda la mañana, exhibe una sonrisa de satisfacción.

—Ahora, volved a llenarla.

Algunos cierran los ojos en un gesto de desesperación. Un muchacho algo pasado de peso que está en la primera fila de la formación resopla. El subteniente se planta delante de él en dos zancadas y le pide el número.

—Cuatro días de arresto.

Pelletier escruta al resto del pelotón y los reclutas clavan la vista en el horizonte para evitar tropezar con sus ojos rabiosos. Pero uno de ellos lo mira de manera directa, con una quietud inflexible.

—¿Tienes algún problema con la orden, recluta?

El aludido le responde con voz inesperadamente firme, incluso demasiado rotunda, pero sin asomo de descortesía.

—¡No, mi subteniente! ¡A la orden, mi subteniente!

El suboficial lee en su mirada y en su tono resuelto una forma de desafío. Pero lo cierto es que el recluta no ha hecho ningún gesto punible y su respuesta ha sido firme y varonil, como él les exige. Observa de arriba abajo con desconfianza al joven aspirante a soldado: le saca más de un palmo de alto y casi dos de ancho de espaldas, y se percata de que se aferra a la pala con tal fuerza que sus bíceps se marcan en las mangas del uniforme. Siente una inquina instintiva hacia ese recluta porque se da cuenta de que no le tiene miedo.

—¿Cómo te llamas, recluta?

—¡Mermoz, señor! ¡Jean Mermoz!

No puede castigarlo por tener una actitud marcial. El subteniente asiente con mirada de cazador que ve escaparse al conejo delante de su escopeta, pero también con ese brillo goloso en los ojos del que espera saborear más adelante el momento en que la pieza vuelva a ponerse a tiro y la reviente.

Mientras echan tierra con las manos llagadas por el mango de las palas metálicas, Mermoz mira hacia la otra punta del campamento de Istres, donde media docena de biplanos permanecen quietos sobre el asfalto del aeródromo. Siente rugir el estómago porque el rancho del mediodía es incapaz de sofocar su apetito, pero nota también otro vacío que le gruñe en las tripas: el de volar. Para eso se alistó como voluntario en las Fuerzas Aéreas, dispuesto a afrontar un larguísimo servicio militar de cuatro años.

Un día, sin haberse subido nunca a un avión, sintió ese impulso interior que nos hace tomar un camino en las encrucijadas de los días. Tuvo una juventud algo bohemia e incluso indolente, de largas tardes leyendo a poetas que querían ser rebeldes y deambulando por las calles de Montparnasse alrededor de la avenida del Maine, donde vivía con su madre, una buena mujer entristecida por los tragos amargos vividos. Fue un atardecer acodado

con desgana sobre el Sena, que bajaba con una crecida que anegaba las orillas, cuando vio flotar un madero enorme arrastrado por la corriente. Y en esa madera abotargada por el agua vio el reflejo de su propia vida.

No iba a dejar pasar los años como un tronco a la deriva. Se juró a sí mismo que, pasara lo que pasase, no se dejaría llevar: él remontaría el río. Necesitaba echarle un pulso al futuro y demostrarle que él no era una madera mojada. Le hacía falta un reto que alcanzar, algo que lo pusiera al timón de su propio destino. Y fue entonces cuando alzó la vista al cielo en busca de inspiración y vio las nubes. Asintió con la cabeza y rio estrepitosamente sin importarle las miradas de los transeúntes que pasaban por el puente a esa hora. No le importaba que lo creyeran borracho porque en verdad estaba ebrio: lo que haría sería llegar allá arriba, más alto que nadie, más deprisa, más lejos.

Se inscribió en el ejército del aire para ser piloto. Sin embargo, la realidad no está acoplándose a sus sueños de aventuras. Istres es una ratonera donde han destinado a muchos suboficiales de infantería supervivientes de la Gran Guerra, finalizada tres años atrás: gente sin vocación, algunos con los galones ganados por el único mérito de su crueldad. Los sargentos chusqueros, acostumbrados a sentirse importantes en el lodazal del campo de batalla, no son nadie en la normalidad aséptica de la paz. Algunos de ellos, como el subteniente Pelletier, no soportan la altivez de los pilotos, con sus ínfulas de héroes del aire. Durante la Gran Guerra jugaban allá arriba con sus cacharritos voladores mientras ellos tragaban fango y sangre en unas trincheras convertidas en mataderos. Por eso muestran un rencor agudo contra los jovenzuelos que se alistaban en esa unidad para ser instruidos como pilotos, y vuelcan en ellos toda su bilis.

Mermoz trata de eludir el ambiente opresivo del cuartel, pero no puede escapar a su propia frustración. Las semanas pasan y aún no han empezado la instrucción aérea. Únicamente mueven piedras sin ningún propósito, cavan zanjas inútiles que después han de volver a tapar o realizan marchas agotadoras con pesadas mochilas llenas de trozos de metal que los dejan derrengados. Muchos ven flaquear su vocación. Alguno ya ha renunciado y ha pasado al cuerpo de infantería. Los ven por la mañana metidos en una garita haciendo la guardia, liberados de cualquier trabajo que no sea el de

espantar el aburrimiento. Mermoz toma esas actividades de castigo con gesto imperturbable e incluso anima a sus compañeros a sobrellevarlas con buen ánimo.

—Hacemos un ejercicio muy saludable. ¡Nos pondremos fuertes como toros!

Aprovecha las tardes libres después de una jornada que para otros es agotadora para practicar boxeo en el gimnasio del campamento. Muchas veces está solo, nadie es capaz de acompañarlo. Golpea de manera metódica el saco, salta a la comba y hace gimnasia con un entusiasmo que deja pasmados a sus compañeros. La paga de cinco céntimos diaria llega para muy poco y hay que ahorrar para la consumición del baile de los domingos en Istres. Pero su cuerpo le pide más alimento que el sencillo rancho, que siempre le sabe a poco.

Por seis céntimos dan un cuarto de litro de chocolate en el barracón de víveres. No es gran cosa, pero se puede mojar pan hasta quedar saciado. Enseguida ve que el cuarto de litro no le llega más que para media barra, e idea una treta. Una tarde se presenta ante del soldado que sirve las raciones y le planta delante una lata de galletas vacía que ha encontrado en un trastero. El otro mira la lata con extrañeza.

—Es que he extraviado la fiambarrera reglamentaria. Hasta que consiga otra en vestuarios he de apañarme con ésta.

El soldado mira de nuevo el recipiente metálico y lo mira a él. La lata tiene el doble de capacidad que la fiambarrera reglamentaria. Es tan evidente que resulta obvio que no pretende engañarlo. Le está pidiendo su complicidad sin emplear las palabras *por favor* y sin dar muestras de modestia. Simplemente, es como si reclamara lo que le pertenece. El soldado asiente con la cabeza y el recipiente se llena de un chocolate espeso. Esa tarde consigue por fin acallar el cosquilleo de su estómago.

En el baile de la ciudad, trata de apagar otros cosquilleos mientras una orquesta de cuatro músicos apergaminados espanta el sopor de los domingos. No le resulta muy difícil llamar la atención de muchachas abrumadas por el tedio de una ciudad donde nunca pasa nada. Es un muchacho guapo, fornido, viril y siempre cortés. Cambia más a menudo de chica que de calcetines.

En el salón de baile, donde unas y otros juegan al ratón y al gato, una tarde se cruza delante de él una muchacha muy delgada, con los ojos excesivamente pintados para lo que se estila en una timorata ciudad de provincias y el pelo cortado a lo *garçon*. Las madres, abuelas o tías, que ejercen de policía del virgo de sus hijas, nietas o sobrinas, juntan las cabezas para cuchichear. No le gustan las chicas que están en los huesos, pero ésta le agrada por su descaro, porque va a la contra de todos. Se acerca a ella con la decisión con la que suele enamorar a las modistillas de la ciudad y ella lo recibe con una leve sonrisa. La vanidad de una nueva conquista lo hincha por dentro como a un pavo relleno. Lo que él no sabe es que ella lo ha visto desde el momento en que ha entrado en la sala, y se ha contoneado delante de él justo cuando ha decidido que, visto el mediocre panorama, le interesaba ese soldado de pelo rubio cortado a cepillo.

Mermoz la toma del brazo y le susurra un piropo al oído. Ella hace como que se ruboriza un poco, dejando que él crea que la está conquistando.

La retreta en el cuartel los domingos es a las nueve. Hay poco tiempo para conseguir llevarse a las muchachas a la pensión La Martinica, donde el conserje le deja estar un rato por veinte céntimos. Algunos días que llega sin dinero lo apunta al fiado, y jamás le reclama atrasos. Otros, no hay tiempo ni de llegar a La Martinica, o las muchachas se escandalizan ante sus pretensiones. A veces suele conseguir un desahogo manual tras asegurarles con una carcajada que con eso no perderán la virginidad. Pero esa tarde, antes de media hora, Madeleine cruza con él la puerta de la habitación de La Martinica y un minuto después ya se ha quitado la ropa. Sin el menor pudor, camina desnuda por la habitación para tomar el bolso y sacar una polvera.

—No es necesario que te maquilles, así ya estás preciosa.

Ella sonrío; los chicos ingenuos la enternecen. Le muestra la caja metálica y lo que contiene no es colorete, sino un pequeño tubo de latón y unos polvos blancos.

—¿Qué es eso?

Ella lo mira con sarcasmo.

—Esto, cariño, es el pasaporte al paraíso.

CAPÍTULO 3

París, 1923

El Génestin rueda a través del abarrotado bulevar de Clichy. André, el hermano mayor de los Vilmorin, elogia el nuevo vehículo familiar y les explica cómo el servofreno ideado por Paul Génestin puede detener un coche que circule a cien kilómetros por hora en veintiséis metros. A su lado, Charles Sallès asiente. Detrás, recostada en el asiento a causa de su coxalgia, Louise observa el bullicio de la calle.

—Me encantaría ir al Moulin Rouge —exclama señalando al cabaret, que a esas horas de la mañana tiene las aspas de su molino dormidas.

—¡No te imagino en un anticuado espectáculo de cancán! —le dice Charles.

—¡Oh, Charles, querido..., tú sí que estás pasado de moda! —Y todos dentro del coche ríen el desparpajo de Louise, que lleva la voz cantante—. Hace años que no hay cancán. Se dedican al cabaret...

—No te gustaría, Loulou...

—¿Por qué?

—Es un prostíbulo para los nuevos ricos más zafios de París.

—¡Saint-Ex, no utilices ese lenguaje delante de mi hermana! ¡Es ofensivo para una señorita! —le reprende André de Vilmorin.

—Vale, vale... retiro lo de prostíbulo. Es un salón de té donde nadie toma té.

Mientras Charles y Louise ríen a carcajadas, y su hermano sacude la cabeza como dándolo por un caso perdido, el cabriolé que va delante frena de golpe. El caballo de tiro se levanta sobre las patas traseras y a punto está de tumbar el camarín. André también ha de frenar bruscamente.

—¡Cuándo quitarán de París estas tartanas! —grita furioso—. ¿Es que no se han enterado de que estamos en 1923?

Un carro lleno de melones ha volcado sobre la calzada y se ha formado un tumulto de peatones en el que se mezclan los caballeros de sombrero y botines que observan, la gente de un mercado de abastos cercano que se apresta a ayudar al mozo con la mercancía derramada y los pícaros que aprovechan la confusión para alejarse con un melón bajo el brazo.

—¡Al ladrón! —se oye gritar.

El tráfico queda cortado y los cláxones empiezan a sonar.

—¡París está imposible! El atasco va a durar una eternidad. Daré la vuelta y trataremos de llegar por la plaza.

—¡Espera! —le dice Louise—. Si ya estamos a un paso de la Viennoise. ¡Nos bajamos aquí!

—El doctor ha dicho que no debes caminar.

—¿Quién ha dicho que voy a caminar? ¿Es que no hay aquí suficientes caballeros para llevarme?

Antes de que su hermano pueda abrir la boca para protestar, Louise ya ha abierto la puerta del coche.

—¡Espera! ¿Siempre has de ser tan impaciente?

—¡No puedo perder un minuto! La vida es demasiado valiosa para malgastarla, ¿verdad, Tonio?

Él asiente con vehemencia.

—Si pusieran a subasta un minuto de vida en Christie's..., ¿hasta cuánto subiría la puja?

—¡Yo creo que dos mil francos! ¿Qué decís?

—¡Mucho más!

—¡Yo ofrezco dos mil quinientos! —grita Sallès.

—¡Tres mil! —Y Louise levanta la mano enérgicamente.

André de Vilmorin resopla, entre contrariado y divertido.

—¡Vale, vale! Pero esperad un momento, que dejaré el coche a un lado.

—¡Deprisa, André, deprisa! —lo apremia Tonio—. ¡Estamos perdiendo miles de francos!

En el maletero llevan la angarilla que han usado en alguna ocasión cuando han llevado a Louise a pasear al campo en los peores momentos de su coxalgia. Se trata de un palanquín portátil que los Vilmorin compraron a un importador de productos orientales consistente en un grueso palo de cerezo

barnizado con una pieza rígida de tela que hace de toldilla en la parte superior y del que cuelga una pequeña hamaca de bambú muy resistente. Charles extrae el artilugio y lo coloca junto a la puerta. Louise acepta la mano de su prometido para acomodarse hasta quedar recostada.

Él y su futuro cuñado tienen el honor de cargar con ella, apoyando el tronco de cerezo en el hombro, uno delante y otro detrás, a modo de porteadores. Charles Sallès es el encargado de abrir paso en medio del tumulto hasta alcanzar la calle Lepic.

—¡Abran paso! ¡Abran paso, por favor! —grita con enérgica autoridad, interpretando teatralmente su papel de vocero—. ¡Llevamos a una dama muy principal!

La gente se echa a un lado para dejar paso a esa comitiva donde Sallès abre brecha de manera decidida y dos jóvenes caballeros llevan un exótico baldaquino en el que viaja una joven dama de cabello rojo, con la mirada ausente y la barbilla alta que deja ver su largo cuello de princesa.

Los camareros que atienden las mesas de la Brasserie La Place Blanche se paran a mirar con las bandejas llenas de vasos de grosella, tazas de café y dulces en el aire. Empleados con mandilones que empujan carros por la calle, caballeros con sombrero hongo y empleadas de vestidos largos se arremolinan, llenos de curiosidad, para observar a esa dama que se mueve por la ciudad transportada en volandas por su séquito, como si fuera Cleopatra. Un gendarme que ha llegado al lugar para tratar de organizar el desaguisado del carromato de los melones ve llegar la litera y se acerca. El agente presenta sus respetos a la dama del baldaquino con un saludo militar, persuadido de que debe de tratarse de la hija de un diplomático de algún remoto país. Louise le devuelve el saludo con una leve inclinación de cabeza y el policía se coloca delante de Sallès para abrir paso, ordenando imperativamente a la gente que se aparte. De ese modo, les franquea el camino hasta la esquina y los escolta hasta la calle Lepic, donde se encuentra la pastelería Viennoise, en los bajos del hotel Beau Sejour, que expande un delicioso aroma a mantequilla y harina tostada en varios metros a la redonda. Bajan con cuidado el palanquín. Tonio, ceremonioso y con gesto regio, ofrece caballerosamente un brazo a Louise,

mientras Sallès le ofrece el otro. Los cuatro, que hasta ese momento han contenido la risa para dar más realce a su llegada, entran en la pastelería riendo a carcajadas.

CAPÍTULO 4

Acuartelamiento de aviación de Istres, 1921

La semana ha durado cien días. Los días han durado cien horas. El subteniente Pelletier les ha hecho barrer hasta tres veces diarias la pista de aterrizaje que únicamente se usa una hora al día. Los ha hecho desfilar arriba y abajo interminablemente: un-dos, un-dos, un-dos..., mar-quen, mar-quen... ¡Dere-cha! Un-dos, un-dos... Un error en el paso puede suponer un castigo que anule la salida del domingo, y todos sudan, haciendo esfuerzos por no equivocarse. Pelletier, con los brazos en jarras, disfruta viendo sus gestos de angustia.

Mermoz es impulsivo, pero no rencoroso. Sin embargo, esas semanas ha ido espesándose en su interior una ira sucia que lo tapona todo. También le sucede algo que nunca le había sucedido antes: le tiemblan las manos.

El miércoles se les presenta la ocasión de elegir destino. De los cuarenta que se alistaron como voluntarios al regimiento de aviación, sólo cinco han querido seguir. Los demás han aceptado un destino en infantería que los llevará a pasar el resto del servicio militar en alguna plácida dependencia administrativa, tal vez en otro cuartel donde poder perder de vista a Pelletier para siempre.

Mermoz no ha renunciado.

A él y a su compañero Coursault, el suboficial los hace formar y les dice que tiene un trabajo especial para los señores aspirantes a pilotos. Primero los hace marchar a paso ligero hasta el extremo del cuartel, cerca del muro perimetral. Ordena que levanten una trampilla de hierro que hay en el suelo y, al hacerlo, se descubre un pozo negro con una escalerilla que les lanza una bofetada de un aire nauseabundo.

—La fosa séptica del cuartel lleva semanas sin ser vaciada. La quiero limpia como el copón bendito. Si queda un solo resto de mierda, os haré limpiarlo con la lengua.

Les señala con un gesto unos capazos y un carro, donde deberán volcar los excrementos.

—¿Alguna duda?

—A la orden, mi subteniente..., ¿dónde están las palas?

Y Pelletier suelta una carcajada.

—¿Palas? No se puede malgastar material del ejército en estos menesteres. Tienen ustedes las palas al final de sus brazos. ¡Vamos, holgazanes!

Mermoz baja el primero y les grita a los otros que se cubran la cara con un pañuelo.

—El metano que expulsa eso puede hacerte perder el conocimiento. Y si te caes ahí dentro, igual no sales.

Para esquivar el asco y las arcadas, trata de repetirse que estar ahí, en medio de todas esas heces, es un éxito. Porque no ha renunciado, porque no ha dado un paso atrás. Recoger mierda a puñados es un reto.

De los cinco, tres se ponen enfermos y salen del pozo antes de terminar. Pelletier les abre un expediente disciplinario por desobediencia y pierden toda posibilidad de ser aceptados en los cursos de piloto. Coursault y él resisten hasta el último capazo. Mientras aguantan la respiración, tratan de evadir la mente con la esperanza de aprender a volar. Nunca pensaron que un sueño tan limpio pudiera llevarlos a un lugar tan sucio.

Un capitán se acerca a ver qué andan haciendo y el subteniente Pelletier le informa de que ha traído un par de soldados para limpiar la fosa.

Los ve salir con los capazos vacíos. Las manos negras, la ropa negra, las caras negras. Apestan.

—¿Han limpiado todo? —les pregunta.

—Sí, mi capitán.

Pelletier entorna los ojos negros.

—Si habéis mentido al capitán os voy a meter en el calabozo hasta que os salgan canas.

Los dos soldados permanecen quietos en posición de firmes. No creen que Pelletier vaya a bajar hasta abajo y pringarse su impoluto uniforme.

—Tengo una forma muy precisa de saber si de verdad habéis limpiado todo como se os ordenó. —Y se sonríe de una manera que quiere ser taimada—. Si es cierto que habéis limpiado todo tendríais que haber llegado al fondo y entonces sabríais decirme de qué color son las baldosas del suelo.

—No podemos, mi subteniente...

Se hace un silencio en el que Mermoz mira a los ojos al suboficial, que saliva, ansioso por morder su presa.

—No podemos decir el color porque no hay baldosas. El fondo es de cemento.

La mirada de Pelletier se incendia.

—¿Es así, subteniente? —pregunta el capitán, que frunce la nariz ante el hedor de los soldados.

Aun con un gesto de amarga contrariedad, no le queda más remedio que asentir.

—Pues mande a estos muchachos a la ducha y que los liberen de cualquier servicio que tengan hasta mañana.

—A la orden —responde con mal disimulado fastidio—. Ya habéis oído al capitán. ¡En marcha!

Los dos salen corriendo hacia las duchas y van riendo por el camino. Los otros soldados miran perplejos a esos estercoleros ambulantes que cruzan el cuartel dejando tras de sí un olor nauseabundo.

El viernes, Mermoz consulta la orden del día que cuelga impresa de un gancho a la puerta de la residencia donde están las literas y encuentra la anotación que lleva tanto tiempo esperando leer: «El soldado Jean Mermoz iniciará el lunes las prácticas para el curso de piloto. Preséntese tras el pase de diana en la furrielería del aeródromo». Su grito de júbilo se oye por todo el cuartel.

Esa tarde se alía con Corsault para jugar al póquer con un pardillo de buena familia recién llegado al cuartel, que se las da de gran jugador. Van conchabados y, cuando reparte cartas, Corsault se las ingenia para que los

comodines y las figuras vayan a Mermoz, y él hace otro tanto cuando le toca dar. De esa manera, a veces gana el uno y otras el otro, de forma que el pipiolo no sospecha que le están sacudiendo el dinero por los dos flancos.

Como el sábado tiene pase de pernocta, aprovecha las ganancias para invitar a cenar a Madeleine a un restaurante que le parece elegante, donde preparan una trucha rellena de panceta deliciosa. Como ella se deja la mitad de la trucha, Mermoz la pesca para su plato y vacía la botella de vino. Nada lo sacia. Al preguntarle si quiere postre, ella lo mira con un mohín de niña buena con esos ojos excesivamente pintados que le dan un aire de ultratumba. El postre que ella desea no figura en la carta, se sirve en el callejón del gato, que es como llaman a la calle oscura detrás de la fábrica de persianas, donde suelen encontrar quien les venda el polvo blanco. Cuando, una hora más tarde, llegan al hostel Bouches-du-Rhône, tienen los ojos brillantes y la sangre ardiendo.

El lunes, Mermoz se levanta de un salto en su camastro del cuartel. Nota un ligero temblor en la mano. Será por el frío, o los nervios de encarar su nueva vida como aspirante a piloto. Pensar en el inicio de su aprendizaje compensa todo lo pasado. Sin embargo, las lecciones teóricas son tediosas, la mayor parte de la mañana la dedican a fregar el suelo grasiento de los hangares y a reparar los desperfectos de las piezas quemadas de esos aviones supervivientes de la Primera Guerra Mundial. Los Nieuport y los Morane-Saulnier son tumbas voladoras; una de las tareas que han de atender cada pocos días es ir al entierro de algún alumno o piloto. Hay poco presupuesto para combustible y los aviones están para pocos trotes, por lo que las prácticas sólo pueden realizarse una vez a la semana. La tarea a la que se dedica más tiempo, horas enteras cada día, es aplanar el suelo del campo de aviación con un pisón de madera y barrer las hojas de todo el aeródromo con unas escobas de brezo. No es que los mandos tengan un especial sentido de la limpieza, sino que un ejército en tiempo de paz tiene otro enemigo contra el que luchar: el aburrimiento. Mermoz espera con ansiedad el momento de subirse al avión.

El coordinador de su grupo e instructor de vuelo tiene tan sólo grado de cabo primero, algo poco habitual. Es bajo y enclenque, con unas cejas espesas como escobones. Su edad es indefinible, es de esos hombres que a las

pocas horas de afeitarse vuelven ya a tener una sombra azulada de barba sobre el rostro. A pesar de ello, hay algo en él que lo señala inequívocamente como veterano, tal vez la manera en que lleva las mangas del mono militar dobladas sobre el antebrazo, contraviniendo la normativa que los novatos siguen a rajatabla, o quizá sea la manera pausada de moverse, como si nunca tuviera prisa y no le importara envejecer en el cuartel.

Mermoz sube por primera vez a un avión, con el cabo primero Berezovsky. Es un Caudron G.3 equipado como avión de instrucción con doble comando en forma de medio volante. El cabo primero le advierte una vez más: «El sonido del motor lo pía todo. Es un radial rotativo de ochenta caballos. Si el régimen afloja, si tose, si el ruido se hace más agudo..., tú escucha. Si se para y no estás prevenido, estás muerto».

Con Berezovsky detrás pilotando y él delante, despegan del suelo. Por fin. Allá abajo quedan el cuartel de Istres y su ejército de barrenderos, el odio sucio de Pelletier, la rutina insoportable... Desde el momento en que se alzan y Mermoz siente las olas de viento romperle en el rostro, sabe que es allí donde quiere estar: más alto, más libre. Le han dicho que es difícil aprobar el examen, que apenas un tercio lo logra, si es que llega con vida. Pero él cree ciegamente que será piloto. El instructor da pocas indicaciones, apenas habla. Hay una que repite a cada poco levantando la voz por encima del ruido ensordecedor de la máquina:

—Escucha el motor.

—¡Ya lo oigo!

—¡No te he dicho que lo oigas, sino que lo escuches!

Mermoz se impacienta y, pese a la diferencia de rango, responde de manera destemplada.

—Pero ¿qué he de escuchar?

Otro superior lo habría amonestado por su insolencia. Berezovsky tan sólo alza las cejas con incredulidad.

—¡La música!

¿Qué música?, se pregunta. Él sólo oye un ruido de chatarra infernal.

Berezovsky le hace un gesto autoritario para que se calle. Ya se lo ha dicho en tierra a ese soldado obstinado: en un avión hay que hablar poco y escuchar mucho.

Después de unas pasadas de muestra, el instructor le toca el hombro y le ordena por gestos que tome la manija del doble comando del avión. Sólo por la manera de tomar los cuernos, incluso antes de efectuar cualquier maniobra, Berezovsky ya sabe si van a ser pilotos o si serán descartados. A los incapaces les tiemblan las manos la primera vez que toman los mandos de un avión. A Mermoz, en cambio, que lleva días con un temblor intermitente, le sucede exactamente lo contrario: en cuanto toma los mandos del avión, se serena. La ansiedad desaparece.

Los días siguientes le pesan menos las largas sesiones de apisonado del campo y las tareas rutinarias de limpieza. Las clases de vuelo y esas prácticas semanales compensan todas las escobas. Un día, en el momento de su hora de práctica, Mermoz se acerca al aparato y Berezovsky da un paso atrás. Con un movimiento de esas cejas enormes con las que habla tanto como con la boca, le indica que ha llegado su momento. Pilotará solo por primera vez. Mermoz hincha el pecho. No siente miedo por su vida, sino una cierta preocupación por no defraudar a su instructor. Le gusta ese hombre callado que parece un náufrago en medio de tantos militares presuntuosos.

Cualquiera estaría aterrorizado ante la idea de subirse a uno de esos despojos con alas de un solo motor que se estropea una vez cada tres o cuatro vuelos, pero él está feliz. Gira la llave de ignición del Caudron G.3 y lo lanza a correr sobre la pista de macadán.

—¡Arriba, campeón!

El grito queda ahogado por el ruido del motor, pero el aparato se aúpa y Mermoz se siente poderoso. La vibración del fuselaje pasa de las yemas de los dedos a los brazos, a las costillas, al cuerpo entero. Todo él vibra con el avión como si fueran la misma cosa. Su euforia es extraordinaria: grita, ríe, tiembla.

Es todavía muy inexperto; sabe lo justo para despegar, virar y aterrizar. Y en el momento en que da la vuelta para acercarse al campo, el motor se calla. Se hace un silencio extraño en el que sólo se escucha el rasguño agudo del aire. El silencio es el peor enemigo de un piloto. Pero no pierde la calma y continúa con la maniobra tal y como la había iniciado. El avión planea empujado por la brisa chillona y Mermoz completa su primer vuelo de la mejor manera posible.

Al poner un pie en el suelo, busca con la mirada a su instructor. Berezovsky está apoyado con indolencia contra unos bidones de combustible. Lo mira y no dice nada: asiente levemente en un gesto que Mermoz descifra como una señal de satisfacción. Ha pasado una prueba crucial de su aprendizaje. La siguiente será definitiva: pasar el examen oficial. Si lo supera, recibirá el título de piloto. Ninguna otra posibilidad cabe en la cabeza de Mermoz. Fracasar es un verbo que ni siquiera sabe conjugar.

CAPÍTULO 5

Aeródromo de Le Bourget (París), 1923

En la modorra de domingo en el acuartelamiento del 34.º Regimiento de Aviación, a Tonio no le cuesta mucho convencer al joven teniente Richaux en una cantina de oficiales desierta para que tomen un Hanriot HD.14 del hangar.

—Pilotaré yo y veremos el Sena desde el cielo —le dice.

—Habría que haberlo hecho constar en el plan de vuelo del día visado por la comandancia.

—¿Y si volamos igualmente?

—No es el procedimiento reglamentario.

—Lo reglamentario es lo que más me aterrera del mundo, Richaux. —Los ojos de pez del alférez Saint-Exupéry lo interpelan con un gesto entre lastimero y seductor—. Los reglamentos asesinan la imaginación.

El otro se encoge de hombros.

—Como quieras.

Entonces el gesto tristón de Tonio se torna alegría infinita.

—¡La vida nos sonríe!

Llegan hasta el robusto biplano que se usa habitualmente para vuelos de instrucción, construido con madera y revestido de tela. Las cabinas individuales, una detrás de la otra, son descubiertas, y el ala superior hace de tejadillo. Tonio se sube detrás con la excitación de la travesura y despegan con brusquedad, como si tuviera prisa. Enseguida ganan altura sobre la ciudad. Tonio ríe. El teniente lo escucha escamado a través del tubo metálico de comunicación que incorporan los aparatos de instrucción. Nadie ha explicado ningún chiste. El viento de cara hace que tengan que hablar a gritos a través de la trompa.

—¿Por qué te ríes?

—Porque volamos...

Maniobra sobre el distrito décimo y los suburbios de la ciudad. Ellos van subidos en su aparato tembloroso, metidos en una caja de ruido; desde esa altura, París parece una ciudad dormida.

—¡Saint-Exupéry, no vayas a sobrevolar el centro!

—¿Temes que choque contra la Torre Eiffel?

—Temo que el coronel Bonnevie esté paseando por el Campo de Marte con su familia en un día festivo y vea sobre su cabeza un Hanriot que debería estar guardadito en el hangar.

Tonio hace como que no lo oye. Richaux opta por callarse. No vale la pena desgañitarse en decirle a su compañero lo que ya sabe perfectamente: que si los pillan, el coronel les va a meter un paquete muy gordo.

No puede resistir la tentación de probar la versatilidad del avión y lo hace volar sobre un ala, y después lo hace moverse en zigzag sobre el cielo, como si esquiaran entre las nubes. Richaux siente que el estómago se le encoge, que todo se le encoge. Pero no le va a dar el gusto a su compañero de decirle que tiene miedo. Lo mira de reojo y ve con preocupación que el piloto tiene los ojos brillantes. Abre la palanca del gas y el avión sale disparado hacia delante. Tonio chilla de placer.

Cruzan el Sena como niños que saltan una acequia. Tonio estabiliza el biplano y se queda serio. Richaux, que observa su actitud ensimismada durante varios minutos, le toca en el hombro y le pregunta en qué piensa. Tonio se vuelve y levanta la voz:

—¿En qué va a pensar un hombre cuando vuela? ¡Pienso en mi prometida!

Richaux asiente. Tonio añade:

—¡Sentirte amado es lo más importante de todo!

De retorno a Le Bourget, inicia la maniobra de acercamiento al aeródromo para tomar tierra y, al reducir el régimen del motor bruscamente, un chasquido los llena de inquietud durante unos segundos. Se temen lo peor y es justo lo que sucede: el motor se para a ochenta metros de altura cuando ya descienden para el aterrizaje y no hay forma de abortar la maniobra. Richaux no puede disimular el pánico.

—¡Arranca! ¡Arranca, por Dios! ¡Arranca te digo!

Pero están ya casi en el suelo y Tonio decide no perder ni una fracción de segundo en una maniobra inútil. Con la mano firme sobre el comando, levanta ligeramente el morro hacia arriba para aterrizar, aunque les faltan aún muchos metros para el campo de aviación y el perímetro exterior está lleno de piedras y socavones.

Richaux grita. Tonio no despega los labios, toda su concentración está en aguantar los mandos. Corrige un poco la inclinación hacia arriba para tratar de arañar algunos metros más antes de tocar suelo y se acercan al límite exterior de la pista, pero muy forzados. El morro toca el firme y la hélice salta con violencia en el impacto, el avión vuelca, un ala doble se quiebra, sienten una fuerte sacudida en medio del caos que los zarandea. Sus cuerpos son golpeados sin control. Hay un estruendo, chirridos, la chapa que se quiebra, el dolor. Después, todo se funde a negro y se hace el silencio.

CAPÍTULO 6

Istres, 1921

Esa mañana Mermoz se juega todo a una carta. Debe hacer un despegue impecable y un aterrizaje perfecto para obtener el título de piloto. Se ha levantado una molesta brisa del nordeste que empieza arreciar, pero aquí no hay segundas oportunidades ni excusas. Se nota ansioso; aunque ha bebido un litro de agua, tiene la garganta seca y las manos encabritadas. Berezovsky se acerca con su mono militar descolorido. Levanta la ceja izquierda, la de las advertencias, un par de veces.

—La música... —Y se aleja sin decir más.

Un molesto viento agita las mangas y banderolas, pero a pesar de un cierto balanceo provocado por las rachas, el despegue es bueno. El vuelo se produce sin imprevistos, aunque el viento va subiendo. Da las vueltas reglamentarias y a los pocos minutos comprueba que la ventolera se ha fortalecido hasta convertirse casi en un vendaval. El avión palmorea en el aire y a Mermoz le cuesta dominarlo. El ruido del viento ni siquiera le deja escuchar el motor como le pide Berezovsky y nota las gotas heladas de sudor resbalarle bajo el mono. Siente miedo, un miedo atroz. No es miedo a estrellarse ni a la muerte, es miedo al fracaso.

Encara lo mejor que puede el aparato para aterrizar cara al viento en medio del temblor de terremoto allá arriba. El tren de aterrizaje se posa en tierra en dos saltos, pero una ráfaga da un manotazo al avión y un ala topa contra la pista y se destroza. El avión gira sin control hasta que se detiene a escasos metros de la pared de uno de los hangares.

Los soldados del retén de asistencias llegan corriendo con la camilla. Mermoz está con la cabeza sobre el tablero de mandos. Uno de ellos le toca el hombro con aprensión.

—¿Estás bien?

Mermoz alza la barbilla, rojo de ira.

—¡Estoy muerto! ¡He suspendido!

Aprieta los puños.

No hay segundas oportunidades. Las ordenanzas son claras al respecto. Un viento fuerte forma parte de las condiciones posibles de un vuelo, no se considera causa de anulación de la prueba.

Cuando Mermoz llega al cuartel lo hace con el rostro desencajado. Cruza la entrada sin apenas detenerse a saludar al cuerpo de guardia. Las malas noticias corren más deprisa que las buenas. El subteniente Pelletier también se ha enterado y lo está esperando en el centro de la calle principal del cuartel con una sonrisa triunfal.

—¡Oye, tú! ¡Deberías presentarte al curso de barrendero!

Y ríe a carcajadas como si fuera el día más feliz de su vida. Tal vez lo sea.

Mermoz lo mira.

Ahora ya da igual que lo echen del ejército o lo metan en un presidio militar...

Tira violentamente el petate al suelo. Cierra los puños y las compuertas de la ira se abren. Sabe que tiene fuerza suficiente para matar a una persona. Pelletier lo mira codicioso y su mano acaricia la funda de la pistola reglamentaria que lleva al cinto. De pronto, aparece como un meteorito Berezovsky de manera inoportuna. O quizá oportuna. Está enfadado, las cejas le forman un ángulo agudo sobre el nacimiento de la nariz.

—Lamento haber fallado, Berezovsky. ¡Había un viento horrible!

El instructor lo mira con desdén.

—¡El viento! ¡No diga tonterías! ¿Si estamos en guerra qué hará? ¿Decirle al enemigo que vuelva otro día porque hace viento?

Mermoz no dice nada y asiente con pesar. Berezovsky se aleja con las manos en su eterno mono lleno de lamparones y cuando Mermoz se vuelve, Pelletier ya no está.

¡Al diablo con Pelletier!

Esa noche duerme mal. El viento sigue soplando dentro de su cabeza. Le vienen repetidas en un bucle sin fin las imágenes de la mañana: la pista creciendo ante sus ojos en el descenso, el viento que parecía que iba a

arrancar las alas. En las últimas semanas se ha mantenido alejado de la cocaína, pero en ese momento siente de nuevo el ansia por esas rayas de tiza. Ahora ya no sabe qué va a ser de su vida. Mermoz, el gallito, el hombre sin miedo, está metido en su camastro con la cabeza tapada. Tiembla. Descubre entonces que nada nos aterra tanto como la incertidumbre.

CAPÍTULO 7

Hospital Villemin (París), 1923

La luz es blanca y el olor, agrio. Tonio sabe o intuye de alguna manera que han pasado horas o días, o la vida entera. Que no es Le Bourget, que su cuerpo ya no está entre los restos del avión. No se atreve a abrir los ojos. ¿Y si descubre que está muerto? Prefiere no saberlo. Uno no está muerto mientras no sea consciente de su propia muerte. Y si ha muerto..., ¿lo habrán mandado al cielo o al infierno? No resiste la curiosidad. Levanta poco a poco las persianas de los párpados y ve sentado en un taburete a su lado a Charles Sallès.

—Sallès...

—¡Enfermera, el paciente de la cinco ha despertado!

—¿Dónde estoy?

—¿Tú qué crees?

—Si estás tú ahí, no puede ser el cielo. Debe de ser un infierno bueno, con música y chicas guapas.

—¡Has acertado! El hospital Villemin no es el cielo, precisamente. ¡Apesta a desinfectante! Pero hay unas enfermeras cañón, ya verás...

Tonio intenta reír, pero le duele todo el cuerpo en cuanto se mueve. Una espina de preocupación se le clava y se pone serio de golpe.

—¿Y el teniente Richaux?

—Se pondrá bien, pero le dolerá la cabeza unos cuantos días. Se ha fracturado el cráneo.

—¡Cómo lo siento!

Entra la enfermera y hace ademanes a Sallès para que salga de la habitación.

—El paciente necesita reposo. El accidente ha sido grave.

Sallès le guiña un ojo a su amigo con un gesto pícaro en dirección al trasero de la enfermera. Ella hace como que no se da cuenta y se dispone a tomar la tensión al convaleciente. Mientras estruja la pera que infla el brazalete, Tonio la mira con una sonrisa llena de ternura.

—¿Por qué me sonrías?

—Porque usted me cuida.

—Es mi trabajo —le contesta con aspereza profesional.

Pero después de guardar el instrumental, la enfermera duda un poco y entonces es ella la que se muestra más afable.

—Un accidente de aviación, ¿verdad?

—Un aterrizaje algo agitado.

Mueve la cabeza con desaprobación.

—Es usted el tercer piloto accidentado que atiendo. No les entiendo. Parece que no les importe la muerte.

—La muerte... ésa parece la gran preocupación del mundo.

—¿Y no debe ser así?

—Tal vez deberíamos preocuparnos menos por la muerte y más por la vida.

La enfermera sale de la habitación negando con la cabeza, rezongando: «Pilotos..., no hay quien pueda meterles un poco de sensatez en la sesera».

A la mañana siguiente, más restablecido, escribe unas líneas tranquilizadoras a su madre, donde no faltan palabras cariñosas, alguna broma para que vea que de veras se encuentra bien y los dibujitos con los que siempre adorna las cartas, o las emborriona. Y termina, como otras veces, prometiéndole que se enmendará, pidiéndole algo de dinero y con un ruego: «Mamita, quiérame mucho».

Tonio ha padecido una conmoción cerebral, múltiples traumatismos y magulladuras. Pero ya empiezan a dolerle, más que las costillas, las consecuencias: ha tomado un avión sin permiso, ha causado heridas a un oficial y ha destrozado un aparato último modelo, propiedad del ejército. Prepara mentalmente las alegaciones y escribe en su cabeza un informe que mueva a la benevolencia a sus superiores.

Les diré que no tomé el avión por hacer una gamberrada ni por frivolidad, sino porque amo tanto mi oficio que necesitaba volar...

Arma en su cabeza mil y una argumentaciones y todas le parecen convincentes pese a la gravedad de su falta. Está tan preocupado por lo que dirá el comandante de su escuadrilla que olvida que el tribunal más cercano siempre es el que más severamente nos juzga.

Aparece en la habitación Marie-Papon de Vilmorin con una entrada teatral: sin decir nada, con la cabeza exageradamente alta y plantándose a un metro de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho. Se parece a su hermana, es igualmente alta, de ojos entre pardos y verdes, con el pelo oscuro en vez de rojo, incluso sus facciones son más armónicas. Es guapa, pero le falta esa capacidad de Louise de hechizar a una tribu entera con un gesto.

Trae un aire de contrariedad colgado bajo la nariz rectilínea de los Vilmorin. Por el hueco que le deja el aparatoso vendaje de la cabeza, Tonio trata de sonreírle, pero ella no le devuelve la cortesía. Llega montada en un témpano de hielo.

—Vengo a traerte un mensaje en nombre de mi hermana.

—¿Cómo está?

—Bastante afectada, gracias a ti. Mi hermana quiere comunicarte que, después de haber tenido una conversación con mis padres y mis hermanos, ha decidido que esto no puede volver a repetirse de ninguna manera. Si deseas pedir su mano y continuar con el compromiso, debes dejar esa manía absurda de ser aviador.

—¿Qué estás diciendo?

Y se incorpora en la cama aunque le duela todo al moverse.

—Creo haberlo explicado claro.

—¿Dejar de ser aviador?

—¡Por supuesto!

—¡Eso no es posible!

—Pero ¿qué clase de ocupación sería es ésta? Mi padre dice que es un oficio de descerebrados, que ninguna persona respetable se dedicaría a semejante asunto.

—¿Y qué dice Loulou?

—¡Te lo acabo de decir! ¡Es ella la que me ha pedido que venga a comunicártelo! No quiere pasarse la vida angustiada esperando a ver si su esposo se estrella hoy o mañana por la mañana.

Tonio se queda callado, ensimismado.

—O las locuras aéreas o mi hermana. Tú eliges.

Con la cabeza muy alta, se despide entre dientes y se marcha dejando tras de sí el frufú del vestido suspendido en el aire medicamentoso de la habitación.

Tiene varios días de convalecencia en el hospital para meditar su decisión. Pero ¿acaso hay algo que meditar? El amor que siente por Loulou es como la fuerza de un río de alta montaña en primavera: pletórico, rebosante de energía, imparable. Ese amor es todo. ¿Cómo va a renunciar al amor de su vida?

Imposible perder a Loulou...

Pero ¿se puede vivir sin volar?

No le parece posible encontrar en ninguna otra parte esa felicidad que supone cortar las cadenas que nos atan al suelo y partir hacia arriba, libre de peso.

Esa ligereza...

Se vuelve bruscamente en la cama y un pinchazo en una costilla le recuerda que está magullado. Está vapuleado por fuera, pero ahora también se ha roto por dentro. Se siente furioso. No con Loulou, porque seguramente tiene razón en su lamento. Más bien, se siente incomprendido. Para él volar no entraña inquietud alguna, no le resulta siquiera peligroso. Quien se queda en tierra no sabe nada de las conexiones que uno establece allá arriba, lo dueño que es de su aparato y de su momento, lo firme que se siente apoyado en miles de metros cúbicos de aire... Cómo explicarle que se siente más seguro sobre un avión a mil metros de altura que tomando el té en el palacete de la calle de la Chaisse rodeado de los señores Vilmorin y sus solemnes amistades capaces de aplastarlo con una frase maliciosa. No puede enfadarse con Loulou porque se preocupe por él. De hecho, lo halaga. Pero se enfada con un destino tramposo.

¿Cómo se puede elegir entre dejar de comer o dejar de respirar? Se le amarga la saliva en la boca porque el resultado es el mismo.

Desde que vio por primera vez a Loulou, rogó y rogó que ella se fijara en él, que se produjera el milagro y aquella criatura se enamorase de un tipo ordinario y pobretón como él. Sonríe con un deje de amargura. Dios nos

castiga escuchando nuestras más fervorosas plegarias. Ahora Loulou lo ama tanto que no soporta la idea de que pueda matarse en un accidente y no tolera que vuelva a subirse a un avión.

Se agita entre las sábanas revueltas de su cama del hospital, tan desesperada e inútilmente como el rabo cortado de una lagartija.

Su amor por Louise de Vilmorin lo impulsa hacia arriba tanto como volar. El pelo rojo de Loulou es un globo que lo eleva con ella. A su lado, la vida deja de ser vulgar y adquiere un brillo que la hace extraordinaria. No hay nada que decidir, está todo decidido. Loulou quiere pasar la vida junto a él, lo reclama a su lado, sano y salvo. ¿Acaso no es una noticia maravillosa? ¡Es el hombre más afortunado del mundo! ¿Cómo es posible que hace un momento se sintiera tan desgraciado? Millones de hombres darían un brazo o hasta los dos por estar en su lugar. Dejará de volar y hará feliz a Loulou.

Su felicidad será mi felicidad...

Se dice a sí mismo que tiene mucha suerte. Y, sin embargo, caen de sus ojos puños de agua.

CAPÍTULO 8

Istres, 1921

Tras una noche de insomnio en la que se ha peleado a muerte con las sábanas como si fueran espectros y se ha estrellado sobre la pista docenas de veces, por la mañana Mermoz se dirige, después de pasar lista, a la oficina de la compañía. Una vez que no ha prosperado su examen de piloto, será destinado a cualquier unidad de tierra para tareas no especializadas. Está seguro de que le encomendarán la peor labor posible, pero no le importa. Como también le es indiferente el viento helado que barre el cuartel en ese inicio de año de malos augurios. Si no va a ser aviador, le da lo mismo en qué emplee los días. Únicamente se pregunta, apretando mucho los dientes, cómo va a detener ese maldito serrucho que le está astillando el pecho.

En la oficina de la compañía, el cabo ni lo mira al llegar al mostrador.

—Quiero saber mi nuevo destino. Me llamo Jean Mermoz.

Da un vistazo indolente a la orden del día.

—No hay nada.

—¿Has mirado bien?

—¿Crees que no sé leer?

—¿Y entonces?

—¿A mí qué me cuentas? ¿Te piensas que soy tu abuela?

Mermoz alarga la mano y lo agarra por el cuello. Lo atrae hacia sí como si la silla de mimbre donde está sentado tuviera ruedas y lo alza por encima del mostrador. Cuando tiene la cabeza del cabo furriel a cuatro dedos de la suya lo encañona con la mirada.

—Voy a hacer como que eres mi abuela y así no tendré que romperte la cabeza.

El otro, medio asfixiado, susurra una disculpa.

Mermoz se va hasta la unidad de preparación al vuelo, a la que ha pertenecido hasta entonces, y se cuadra reglamentariamente al llegar al despacho del teniente.

—Eres Mermoz, ¿verdad?

—Sí, mi teniente.

—Creo que ayer destrozaste un aparato.

—Sí, señor.

—¿Tienes idea de lo que cuesta una reparación de esas características?

Mermoz vacila y el teniente sigue hablando.

—Deberían descontártela de la paga, lo malo es que tardarías cien años en cubrir los gastos.

—Lo lamento, señor.

—¡Tienes suerte de no estar en el calabozo! Aún no sé por qué me he dejado convencer por ese tozudo de Berezovsky. Dice que tienes madera de piloto. —Y mueve la cabeza con desdén—. ¡Maldita sea! Me da igual si hay un tifón o si baja san Pedro del cielo. Te juro por mis muertos que si vuelves a cargarte un avión, te pasarás los años que te quedan de servicio limpiando los retretes de todo el cuartel.

Mermoz se queda tan estupefacto que casi se olvida de saludar cuando el oficial se da media vuelta y se aleja.

—¡A la orden, mi teniente!

Llega hasta el hangar, donde Berezovsky está supervisando la reparación de una hélice doblada. De repente no le parece un hombre tan menudo ni tan apocado.

—Berezovsky...

El supervisor de vuelos se vuelve hacia él con gesto neutro.

—No sé cómo agradecer...

—Llegas tarde, Mermoz.

—Es que pensé...

Un gesto de la mano lo corta en seco. Le tiende una escoba de brezo.

—El aeródromo de arriba abajo.

—¡A la orden!

Nunca creyó que barrer las hojas sería para él una tarea tan grata. Empieza a nevar sobre sus hombros, pero incluso la nieve la encuentra hermosa y empieza a canturrear. Abre la boca y se le llena de copos de hielo. Toma la escoba y se pone a bailar con ella.

El domingo llega a la ciudad más contenido que otras veces, con la cabeza metida en el examen al que debe enfrentarse la semana entrante. Ha decidido ir al cine de detrás de la plaza del Ayuntamiento, donde a veces es posible encontrar chicas solas que acepten de buen grado la compañía de un joven apuesto.

Conoce a dos muchachas morenas y una de ellas le resulta atractiva. La otra es más simpática y aguda, pero con unas gafas horribles, unas piernas torcidas y una mandíbula de caballo. En esas situaciones Mermoz aplica un riguroso sentido de la caballerosidad. Se acerca y coquetea con las dos por igual: lanza piropos a ambas y se interesa por la conversación de las dos. Finalmente, se ofrece a acompañarlas en la platea. Cuando enfilan el pasillo del cine, las nota nerviosas y expectantes: no saben al lado de cuál de las dos se sentará ese chico tan guapo y simpático. Lo que hace al llegar a la fila que les conviene, es ceder el paso a una de ellas y sentarse en medio de las dos. De esa manera, la que decida libremente ser cariñosa con él será bien aceptada, sea una o la otra. Esa tarde le sucede que ambas descuelgan la cabeza sobre su pecho.

Sale del cine con un brazo sobre el hombro de cada una de ellas y la idea de visitar a su amigo de la pensión Lion d'Or y jugar los tres les ha parecido emocionante. Al doblar la esquina, pasan por delante de cuatro mozos del pueblo, recostados de manera indolente sobre un murete de piedra. Al llegar a su altura, uno de ellos abre su boca:

—¡Zorras!

Las muchachas le susurran a Mermoz que apriete el paso. A los gallitos del pueblo no les hace gracia que las chicas del lugar se vayan con los forasteros. No es buena idea pararse a discutir con cuatro jóvenes despechados. Pero la lógica de Mermoz es otra. Aunque sea un mujeriego, él nunca engaña a sus conquistas con falsas promesas y jamás ha tratado a una mujer de manera irrespetuosa. Es algo que no tolera. Por eso se detiene delante del cuarteto y se dirige a los jóvenes con absoluta calma.

—Creo que hay una confusión, amigos.

Los cuatro se ponen en pie amenazadoramente. Y sonríen satisfechos: tienen al forastero justo donde querían, cayendo en la trampa de la provocación y dándoles una excusa para desfogar su frustración.

—¿Una confusión, recluta? —le dice uno con sarcasmo.

—Sí.

—¿Y cuál es?

—Que estas amigas mías son unas señoritas y tienen cien veces más clase que todos vosotros juntos. Y ahora mismo —se dirige con la mirada al que las ha insultado— tú les vas a pedir disculpas.

El más alto del grupo, que le saca un par de dedos a Mermoz, se ríe de manera ostentosa y los demás lo secundan.

—Recluta, te vas a enterar de quién manda aquí.

Echa el brazo hacia atrás para golpearlo con todas sus fuerzas. Si hubiera practicado boxeo, sabría que un movimiento tan exagerado para tomar impulso deja su cara completamente desprotegida durante unos segundos críticos. Antes de que el grandullón pueda descargar el puño, ya tiene los nudillos de Mermoz estrellados en la mandíbula. Se tambalea un momento y cae hacia atrás como un árbol talado, de manera estrepitosa. Los tres compinches se quedan parados mirando lo sucedido. Un error. Los brazos de Mermoz se convierten en un autogiro y se les viene encima una avalancha de golpes. Dos salen corriendo, pero agarra por el pescuezo al tercero, que se encoge para no recibir más.

—Hay aquí unas señoritas que están esperando una disculpa.

Con la cabeza baja y de mala gana, dice que lo siente mucho y, al aflojar la mano, sale corriendo y se vuelve cuando se encuentra a cierta distancia para lanzar amenazas que, dada su veloz retirada, parecen poco consistentes. Mermoz ríe y las muchachas lo llenan de besos.

Es tarde cuando acompaña a las dos chicas hasta su casa. Siente tentaciones de acercarse hasta cierto callejón donde suele estar apostado un tipo que le presentó Madeleine. No ha vuelto a verla, desapareció tan enigmáticamente como llegó. Pero se arriesga a llegar tarde al cuartel para

pasar retreta y no puede meter la pata en vísperas de su examen de piloto. Se sacude de un manotazo esas tentaciones y se encamina a buen paso hacia el recinto militar.

El lunes amanece tormentoso. Un viento racheado trae alfileres de aguanieve que se clavan en la cara. Se suspenden todas las actividades aéreas. El martes no mejora y el miércoles empeora. El invierno despliega todo su furor en ese inicio del año 1921 y una escarcha sucia de barro lo empapa todo.

Mermoz y sus compañeros han de estar todo el día en el hangar apilando material, quitando grasa milenaria a piezas cochambrosas y secando las goteras que generan charcos de grasa. En los ratos libres, da vueltas por el hangar como una fiera enjaulada. Las manos le tiemblan y apura los últimos restos de una cajita de polvos blancos que le ayudan a que sus manos y su pesimismo se atemperen durante unas horas. No muchas, cada vez menos.

Los días pasan y no puede hacer su examen. Eso le da mala espina. Berezovsky se le ha acercado por la mañana y le ha dicho que tenga paciencia, que no se precipite, que deje pasar el mal tiempo.

Pero pasa la semana entera sin mejoría. Está tan abatido por esa circunstancia que el domingo ni siquiera tiene ganas de salir del cuartel. Los compañeros, que lo ven en día de permiso haciendo ejercicio febrilmente con unas pesas que se ha fabricado con una barra y unos botes de pintura rellenos de cemento, lo miran extrañados. Alguno se acerca a preguntarle con cierto sarcasmo si está enfermo y Mermoz los espanta de un bufido.

Se va hasta la cantina a ver si le fian y puede tomarse un coñac, o dos o tres. Como sólo se han quedado en el cuartel los que tienen guardia y los arrestados, la sala está vacía y el cantinero dormita sentado en una caja de gaseosas. Es un veterano a punto de licenciarse y parece alegrarse de tener compañía en un domingo tedioso.

—Hola, compañero. Hace un frío del demonio y me preguntaba si me podrías apuntar un copita de coñac. La vengo a pagar en cuanto cobre la paga.

—A ver, asústame ¿Cuánto te queda?

—Treinta y siete meses.

Se sonríe satisfecho con ese juego constantemente repetido por los veteranos.

—A mí me quedan cuarenta y seis... ¡días!

Mermoz pone una expresión de asombro para seguirle la corriente.

—¡Qué suerte!

—Sí...

Las copas de coñac llevan una fina raya roja y la medida que se sirve es un dedo por encima de la línea. Él le pone la copa llena hasta el borde y se sirve otra igual.

—Te lo apuntaré en una barra de hielo.

Mermoz le ríe el chiste. Con eso basta, entre militares no es correcto darse las gracias. Aprovechando el momento de complicidad, le pregunta qué le parece el cabo primero Berezovsky.

—Un tipo raro, ¿verdad?

—Berezovsky es un héroe de guerra.

—Pero ¿qué dices? —Y Mermoz está a punto de atragantarse con la copa—. ¡Si es un triste cabo primero de talleres que trabaja como instructor de vuelo!

El cantinero niega con la cabeza.

—Se alistó como voluntario en las Fuerzas Aéreas durante la Gran Guerra y dejó pasmado a todo el mundo por lo bien que pilotaba. Derribó montones de aviones alemanes y se paseó por delante de todas las defensas antiaéreas de la Línea Maginot. Acabó la guerra con grado de sargento y con mención honorífica. Cuando lo iban a promover para sargento mayor, alguien revisó sus papeles y se dio cuenta de que los había falsificado al alistarse. Había modificado la partida de nacimiento para poder ser admitido porque le faltaban dos años. Le retiraron la mención de honor, lo degradaron y lo mandaron a pudrirse a este estercolero. Desde que llegó, no se ha hecho amigo de nadie, no habla más que lo imprescindible ni quiere tratos con nadie. Es un tipo raro, algo amargado, es verdad. Pero tiene sus razones para estarlo.

—Pero ¿cómo es posible? Si tenía tanto valor como para fingirse mayor para servir a Francia, ¿cómo es que una acción tan noble y un piloto de esa calidad fuera castigado tan severamente por un asunto burocrático? ¡Es algo

ruin e insensato!

—Bienvenido al ejército.

El lunes el tiempo sigue lluvioso y el viento racheado. Sabe que es una temeridad, pero ya no puede aguantar más y entrega en la oficina de la compañía su solicitud de examen para el día siguiente.

Al llegar al hangar, Berezovsky lo mira con la boca fruncida que pone cuando está contrariado. Pero advierte que sus cejas no están en ángulo agudo sobre el ceño como cuando está realmente enfadado. Sólo finge estar enfadado. En el fondo, le agrada que Mermoz no se achique.

A la mañana siguiente, el cielo sigue negro y el viento también. Las fuertes rachas hacen peligrosa la navegación aérea. Pero al teniente a cargo de la unidad que autoriza el examen no le importa y a Mermoz tampoco.

Despega con alguna oscilación, pero gana altura sin novedad. Hace las viradas programadas y recorre en línea recta la distancia requerida. Las gotas de lluvia en las gafas dificultan la visibilidad. El cielo se cierra y parece que se haga de noche. La pista se torna borrosa y sus límites se desdibujan como si fuera un trazo de acuarela. Hace frío, pero Mermoz suda. Ha de aterrizar y apenas ve la pista. Decide dar una pasada previa para situarse. La pista le resulta un trazo muy difuminado. Se alza un momento las gafas, pero la lluvia racheada lo obliga a ponérselas otra vez.

Hace una virada amplia y encara la cabeza de la pista. Aunque apenas la ve, sí se distinguen bien las luces del hangar. Agradece en ese momento todas las veces que Berezovsky lo mandó barrer la pista. La cortina de agua tapa todo, y debe calcular intuitivamente la distancia entre el hangar y la cabeza de pista y llevar hasta allí el avión. Es un aterrizaje casi a ciegas. Desciende con la cabeza demasiado ocupada en los mandos como para pensar en el miedo. Las ruedas encuentran la pista y el avión rueda de forma estable hasta detenerse en su marca. El aterrizaje ha sido perfecto.

Apaga el motor y se queda unos instantes más en el asiento. Quiere estar solo: saborear el momento, masticarlo, extraerle todo el jugo.

Pocos días más tarde, llega su orden de traslado a la escuadrilla de Metz para incorporarse como piloto. Pero Metz le parece demasiado pequeña y provinciana. ¡No me he hecho piloto para comer *quiche lorraine* en Metz! Se va a la oficina de la compañía y pide una plaza de voluntario en Siria. Un

sargento le entrega un formulario que ha de rellenar y firmar. En una de las casillas se le pide que explique el motivo de su petición. Tiene varias líneas, pero él lo resume en una palabra: volar.

Con el petate al hombro y el título de piloto, sale por la puerta del edificio de la compañía, que ahora que se marcha le parece un edificio más viejo y decadente. Antes de encarar la puerta del cuartel para dirigirse a la estación de tren, le queda algo importante por hacer.

El hangar del aeródromo está silencioso. Únicamente el roce de las escobas de brezo delata la actividad de media docena de soldados que barren arriba y abajo. Berezovsky se encuentra en su despacho minúsculo atestado de piezas oxidadas y herramientas desordenadas, tratando de acoplar una arandela abollada. Lleva el mono desgastado de siempre, con los cercos de manchas de grasa recalitrantes y lamparones como si fueran la sombra de las medallas que le arrancaron. Al ver entrar a Mermoz de reojo, sin desatender su tarea, frunce ligeramente las cejas.

—Berezovsky...

Antes de que pueda seguir, levanta la mano para cortarlo.

—Adiós y buen viaje —le dice sin despegar la vista de la arandela, que se le resiste.

—Quería darle las gracias.

El cabo primero gruñe algo por lo bajo y sigue a lo suyo. Así que, después de quedarse medio minuto plantado delante de él viendo cómo repara muy concentrado la pieza defectuosa, recoge el petate del suelo y se va hacia la puerta.

—¡Mermoz!

Berezovsky lo mira fijamente con los ojos muy abiertos y las cejas muy arqueadas, como cuando quiere decir algo importante.

—Allá arriba...

—Sí, mi primero.

—La música...

Mermoz asiente y Berezovsky vuelve a su tarea inútil de malear una arandela que ya nunca volverá a ser redonda igual que hay vidas que ya no pueden enderezarse.

CAPÍTULO 9

Fábrica Tuileries de Boursillon (París), 1923

Sobre la mesa hay una pila de carpetas amarillas. La ventana del despacho donde trabaja Tonio junto a tres contables más da a un patio interior. Acostumbrado a ver el mundo desde mil metros de altura, esa minúscula ventana no le parece que dé a ninguna parte. Se asoma desde su edificio de oficinas y enfrente ve otro edificio igual que el suyo. La ciudad es un dominó de fichas idénticas.

Piensa en los días que sucedieron a su salida del hospital. Si lo hubieran expulsado del ejército por tomar un avión que no le correspondía pilotar hubiera sido más fácil. Pero le comunicaron que su castigo consistía en quince días de arresto. El menor posible, apenas una regañina cariñosa.

No se le borra de la cabeza el gesto de confusión del comandante cuando le comunicó que renunciaba a continuar en el ejército.

—¿Ha cogido usted miedo tras el accidente?

—¡En absoluto, comandante!

—Pero usted ama con locura volar..., incluso hasta el exceso.

—Sí, mi comandante.

—¿Y ha dejado de interesarle el vuelo?

—No, mi comandante. Nada me haría más feliz que subirme ahora mismo a un aparato y despegar. ¡Amo volar!

—¡Ya lo entiendo! Ha encontrado un empleo como piloto civil con mejor salario.

—No, señor.

—¿Entonces?

Recuerda cómo enrojeció al decirlo.

—Amo a una mujer con la que voy a casarme. No puedo amar dos cosas al mismo tiempo.

Las semanas siguientes fueron extrañas. El médico decía que no podía ser a causa de las magulladuras y la fisura en una costilla, pero lo cierto es que le costaba caminar, le pesaban las piernas. Sentía que una fuerza de la gravedad inusitada lo atrapaba y no le dejaba alzar los pies.

Tuvo que pedir ayuda a su madre porque el dinero se le agotaba. De hecho, optó por aceptar la invitación de una prima de su madre, Yvonne de Lestrangle, para instalarse en su casa y ahorrarse el precio de la habitación. Louise, en cambio, estaba radiante, y la alegría de ella era su alegría. Se pasaba el día elucubrando cómo sería la casa en la que vivirían algún día, que ella imaginaba como una especie de castillo con muebles art déco a la última moda y una buhardilla en la que organizarían recitales de poesía. Se enfadaba cuando le preguntaba si prefería cortinas de seda o de paño y él contestaba al tuntún.

Esas semanas tuvo que soportar una cierta hostilidad por parte de alguno de los hermanos Vilmorin. Llegó a sus oídos que le llamaban «el paquidermo holgazán». Su futura suegra recelaba que pudiera ser un cazafortunas que quisiera vivir a costa de los Vilmorin. Así que trabajar se convirtió en una necesidad que lo atormentaba. Pero contaba con Bertrand o Henri o Charles Sallès, siempre dispuestos a invitarlo a un Grand Marnier en alguna coctelería animada cuando la asignación que le mandaba su madre se esfumaba.

Louise se marchó unas semanas de vacaciones. Gracias a un esfuerzo de su madre y a lo que obtuvo vendiendo su cámara fotográfica Kodak, Tonio se pagó un pasaje para estar unos días en Ginebra con ella... y con la señora Petermann. Viajó a Suiza con una maleta repleta de los poemas que le escribe. Todos son apasionados, unos más tiernos y otros más desvergonzados y hasta un poco eróticos.

Finalmente, un amigo de la familia Vilmorin muy bien relacionado le consiguió un empleo de ochocientos francos al mes en una de las oficinas de una empresa de fabricación de tejas.

Sobre la mesa tiene abierta una carpeta repleta de albaranes. Debe comprobar que las cifras coincidan con las de los partes de compra, e ir punteando las columnas. Fija la vista, pero le fatigan esos listados de números. Empieza a odiar los números. Los cinco le parecen unos gordos presuntuosos y los unos, flacuchos y engreídos. Sin darse cuenta, en vez de

puntear el estadillo lo que hace es trazar pequeños dibujos en las esquinas del papel: primero un árbol y luego una serpiente y después, en el blanco de arriba de todo, una nube. Ahí la cosa se complica. Dibujar nubes es lo más difícil de todo. No cualquiera puede hacerlo. Considera que es un asunto muy serio que únicamente han logrado solucionar los niños. Ellos dibujan las nubes como la lana suave de un cordero.

Trata de imitarlos. Los cumulonimbos flotan sobre la parte superior de la hoja. Después, se detiene a contemplar su obra y sonrío. Las ristas verticales de cifras han dejado de ser números y se convierten en lluvia que cae torrencialmente de las nubes. Debajo, dibuja un campo sembrado de flores.

El jefe de departamento, un hombre vestido siempre con un traje negro que convierte cada día en un funeral, entra en su minúsculo despacho arrastrando la pierna, atascada por la artrosis de la rodilla. Se acerca hasta la mesa cargando unas carpetas que parecen pesarle como si fueran lápidas. Primero se muestra satisfecho al verlo concentrado en su tarea, pero luego están a punto de caérsele las carpetas y hasta las canas.

—¿Qué hace? —le pregunta alarmado.

—¿A qué se refiere, señor Charron? —le responde con una candidez que descoloca al viejo contable.

—¡No puede llenar de garabatos los estadillos!

—¿Por qué?

—¡Eso es un disparate!

—Pero, señor Charron, precisamente es ahora cuando todo ha cobrado un sentido. Todas esas cifras no decían nada. Ahora muestran el momento en que la lluvia cae sobre el campo.

Por un instante el jefe siente que ese empleado nuevo, un recomendado sin la más mínima traza de contable, le está tomando el pelo. Pero le habla con tal seriedad e inocencia que no sabe qué pensar. No entiende a esa juventud consentida y sin ganas de trabajar... ¡Quieren que se lo den todo hecho! Pero se abstiene de decírselo porque las recomendaciones de su nuevo empleado vienen de gente muy respetable. Al señor Charron la gente con dinero siempre le parece respetable.

—Déjese de tonterías y concéntrese en el trabajo —le dice con acritud—. Deje de ensuciar los estadillos o tendré que dar parte de su comportamiento. Ésta es una empresa seria. Los números son algo muy importante, representan dinero. Y con eso no se puede jugar. Así que puntee los estadillos, compruebe las sumas, cuadre las cifras. Si quiere llegar a algo en esta empresa, debe ser serio.

El jefe contable, un hombre que ha dejado entre el polvo de los archivadores los mejores años de su vida, se aleja barriendo el suelo con su pierna renqueante. Tonio se queda mirándolo con perplejidad. Después vuelve a observar su listado de cifras con los dibujos añadidos y suspira.

Sólo son números. Pero la lluvia quita la sed, hace brotar las cosechas y las flores en los campos. La lluvia sí es algo serio...

Mira con melancolía el estadillo. Borra con la goma los dibujos hasta convertirlos en una sombra sucia y se adentra en el desierto de cifras.

A la hora de salida, las cinco, le espera una sorpresa en la calle. Louise, muy recuperada en esas últimas semanas, o tal vez cansada de su papel de dama doliente, lo espera en la Rue du Faubourg, junto a la señora Petermann, a la que él llama a sus espaldas «cara de estatua». Loulou alza su mano hacia él y es como si arrastrara una brocha invisible que barnizara la realidad y la hiciera más brillante. Tonio se desprende de la sensación de derrota como si se sacudiera la caspa de los hombros. Se planta ante ella y le toma las manos. Hace ademán de acercar la cabeza a su mejilla, pero la señora Petermann estira el cuello y emite un gruñido de bulldog. Tonio se abstiene de besar a su prometida, pero tenerla allí hace que vuelva a ser feliz.

Los dos jóvenes se adelantan unos pasos entre risas. Llegan hasta la plaza Montholon, que tiene una amplia zona ajardinada con tilos y ciruelos, de la que sobresalen dos enormes plátanos orientales.

Todavía está en su retina el momento de unas semanas atrás, al realizar la petición formal de mano. Su madre le envió voluntariosamente desde Saint-Maurice una antigua joya familiar que había sobrevivido a los diferentes empeños y catástrofes: una sortija con dos brillantitos modestos y necesitada de un nuevo engarce. Recuerda cómo examinaron los Vilmorin el anillo, del derecho y del revés, con un ahínco de profesionales que le pareció grosero. Su visto bueno condescendiente dejaba a las claras que, por si les

quedaba alguna duda, los Saint-Exupéry les parecían unos aristócratas muy venidos a menos. Y eso que no les ha contado que su madre, toda una condesa, ha de trabajar como enfermera jefe en el hospital comarcal para ganarse el sustento. De ninguna manera quiere que opinen de manera condescendiente sobre su madre.

Louise, en cambio, aceptó alborozada la sortija. Se la puso al instante y extendió la mano muy teatralmente como si se sintiera muy favorecida con ella. Si le pareció poca cosa, no lo dejó traslucir en ningún momento. Y él la amó más que nunca. La voz de Loulou lo saca de sus pensamientos.

—Estás contento con el nuevo empleo, ¿verdad? Fue muy amable monsieur Daniel-Vincent al conseguir con su influencia este puesto. Ya verás cómo en poco tiempo te harán jefe de sección.

Él asiente. En realidad, le repatea que haya tenido que lograr el trabajo con una recomendación de un amigo de la familia Vilmorin. El empleo en Bourlon no le causa el más mínimo entusiasmo y, como no le agrada mentirle a Louise, se queda callado.

—¿No estás a gusto? ¿Acaso no se portan bien contigo? ¡Puedo hablar con monsieur Daniel-Vincent!

—¡Ni se te ocurra! No, no se trata de eso. Me tratan muy bien en la empresa. Son amables y pacientes con mi torpeza. Es sólo que...

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire.

—¿Es bonita tu oficina? Tal vez por eso no terminas de estar a gusto. ¿Y si compramos una maceta? ¡O mejor aún, una jaula para tener uno de esos pájaros tropicales de tantos colores!

—No creo que a mi jefe le hiciese gracia que tuviera un pájaro. No le parecería serio.

—¡Qué hombre tan bobo! Es importante estar rodeado de belleza.

—Mi despacho es un cuarto de dos por dos metros. *Bonito* no sería exactamente la palabra. Supongo que el señor Charron diría que es un despacho serio.

—Pero me dijiste que tenías una ventana.

—Es cierto, tengo una ventana, pero, cuando me asomo, lo que veo es la parte trasera de otro edificio de oficinas absolutamente idéntico al mío. Eso no es una ventana, es un espejo.

—¿Un espejo?

—¡Odio los espejos! Son incapaces de inventar nada.

—También nos muestran quiénes somos.

Entorna los ojos un momento, pero agita negativamente la cabeza para sacudirse las dudas.

—Los espejos son verdugos de la fantasía. Si yo fuera presidente de Francia, prohibiría los espejos en los lugares públicos. En el hueco de sus lunas haría poner fotografías de niños jugando. Cuando la gente se mirase en ellos sería eso lo que vería: niños alegres.

—¡Qué locura, Tonio! Eso sería un engaño.

—No, no, no... ¡No sería engaño, sería inspiración!

—Pero lo que verían en esa imagen no sería la verdad.

—La verdad está sobrevalorada. Es triste. Hemos de inventar algo que sea mejor que la verdad.

—¿La mentira?

—Tal vez...

—¿La mentira es mejor que la verdad?

—Es más humana. La verdad es lo que no podemos cambiar. ¡La verdad es la muerte! Morimos, nada puede alterar eso, nos lo han impuesto. La mentira, en cambio, la podemos construir a nuestra medida.

—No sé si creo en eso que dices de la mentira, Tonio. Hay mentiras horribles. Pero sí creo en la inspiración. La inspiración es sublime, por eso me gustan los poetas...

—Yo soy muy afortunado de tenerte porque tú me inspiras.

Ella le toma una mano entre las suyas. Detrás se oye toser a la señora Petermann.

Louise le habla de cómo le gustaría que fuera su casa: con balcones enormes y baranda de metal como se lleva ahora, y cortinas muy ligeras, casi transparentes, que volaran agitadas por el viento. Tonio se ríe.

—¡Tú no quieres una casa, quieres un velero!

CAPÍTULO 10

Palmira (Siria), 1922

Un avión encara la pista de macadán eternamente salpicada por la arena. A nadie le importa la arena, tampoco a los oficiales. Imposible pensar en ver barrer a un veterano como si fuera una hacendosa ama de casa. En Siria todos son veteranos desde el momento en que ponen un pie en esa base en pleno desierto.

El viento de costado es fuerte, el aparato se cimbreo al tomar tierra y traza eses sobre la pista, a punto de salirse y volcar. El piloto, un sargento que lleva un uniforme adornado con un pañuelo amarillo chillón, sale de la carlinga dando voces y manoteando imperiosamente.

Tiene una urgencia, pero no está relacionada con el aterrizaje forzoso que acaba de realizar, porque eso es pura rutina.

—¿Llego a tiempo para la timba?

Los jueves hay partida de póquer en la sala de suboficiales. Y la cosa va en serio. Como el comandante mandó una circular prohibiendo jugar a las cartas con dinero, lo que se apuesta son botellas de vino. Cuando el sargento entra, el humo puede cortarse con un cuchillo y untarse sobre una rebanada de pan.

—¡Aquí hay peor visibilidad que en una tormenta de arena!

Mermoz lo saluda desde detrás de una pared de botellas de vino. Alguna de ellas, vacía. Al día siguiente entra de servicio, así que decide retirarse y dejar su sitio en la partida al sargento recién llegado. Sale de la sala abrazado a media docena de botellas de vino y, a medida que va cruzándose fuera con compañeros, se las va lanzando y han de atraparlas al vuelo.

—¡Tómatela a mi salud!

Las acaba dando todas. El calor aplastante del mediodía ha cedido algunos grados con el atardecer. Toma uno de los camellos de la guarnición y se sube a él con destreza. Los camellos son animales poco amigables, pero él se entiende bien con ellos: no les exige más de lo que están dispuestos a dar.

Algunos compañeros se marean con el calor y la reverberación de la luz en la inmensa lámina de arena. Pero a él el desierto le produce una rara euforia: es un reto. Y allí es un enigma. Le fascina la enorme cantidad de vestigios del antiguo reino de Palmira que se despliegan en varios kilómetros a la redonda: murallas medio derruidas, arcos mutilados y columnas erguidas en mitad de la nada hablan de un pasado glorioso.

Le fascina pensar en aquella reina Zenobia que, como una Cleopatra babilónica, desafió a Roma y fundó un reino opulento. No sólo consolidó el reino de Palmira, sino que extendió sus conquistas hasta Egipto y se convirtió en una leyenda. Las crónicas elogian su sagacidad, su audacia y su irresistible belleza. Cuando el emperador Aureliano logró por fin doblegarla, la llevó a Roma y la exhibió por la avenida principal como trofeo de guerra, atada con cadenas de oro.

La poderosa ciudad de Palmira, punto clave en las rutas caravaneras, era un extraordinario oasis en medio del desierto más vacío gracias a un acuífero de aguas sulfurosas. En el valle donde se acumulan las suntuosas tumbas de piedra existe una galería subterránea que lo maravilla. A la luz de las antorchas y por unas escaleras de piedra talladas en la roca viva se desciende hasta unas piscinas naturales donde es posible bañarse en aguas medicinales. Cualquier agua en el desierto lo es. Están autorizados a bañarse allí todos los días, excepto los jueves, reservado a los *sheijs* beduinos de la zona por la autoridad militar francesa, que no quiere soliviantar a las tribus menos hostiles.

Es jueves. Mermoz conduce el camello hacia allí dando un rodeo discreto. Deja su montura a medio kilómetro y se acerca sigilosamente hasta un promontorio cercano. A la entrada del complejo termal hay media docena de camellos y cuatro beduinos con alfanjes al cinto sentados a la sombra con indolencia. Parece que montasen guardia. No es muy prudente saltarse las exigencias de los árabes, pero ha decidido entrar y cuatro beduinos o cuatrocientos no lo van a echar para atrás.

Da un rodeo y se cuelga por una abertura lateral en la montaña. Conoce tan bien el lugar que el tenue reflejo de algunas antorchas le resulta suficiente para orientarse. Baja sin hacer ruido las escaleras de piedra y escucha el chapoteo del agua abajo. En vez de entrar a la cámara de las fuentes termales, se desvía por un pasillo paralelo hasta que encuentra un agujero de un palmo en la roca y se asoma por él. Lo que ve lo deja tan petrificado como esas rocas milenarias: una mujer desnuda, dolorosamente hermosa, se echa agua sobre la piel morena. Quizá sea una de las esposas de un *sheij*, la favorita tal vez. Mirarle el rostro sería ya una ofensa terrible: verla tal y como llegó al mundo, disfrutar de la visión de su piel de aceite, de sus senos erguidos y su pubis negro sería una condena a muerte. Aunque lo que de verdad lo deja paralizado no es el miedo, sino la belleza de esa joven siria que incluso en la manera delicada de echarse agua con un cuenco sobre el cuerpo resulta de una elegancia asombrosa. Le parece estar viendo a la mismísima reina Zenobia en aquellos baños subterráneos en los que los siglos se han solidificado.

Tal vez por el galope enloquecido de su corazón en el pecho o porque ha sentido en la piel desnuda el ardor de su mirada, ella vuelve instintivamente la cabeza un poco hacia arriba en la dirección en que Mermoz la espía. Los agujeros de la pared hacen que lo vea. Sus miradas se encuentran. En cuanto ella grite, los cuatro guardianes se abalanzarán corriendo hacia el interior y tendrá menos de un minuto para volver a subir la escalera y tomar la bifurcación hacia la salida lateral. Imposible que no lo atrapen, imposible que la condena que reciba no sea la muerte. De cada segundo que tarda en arrancar a correr puede depender su vida. Pero no echa a correr. Ni siquiera se lo plantea. Está atrapado en la mirada de los ojos negros y brillantes, y por esa intuición que sobrepasa la lógica racional, sabe que ella no va a gritar. Y no lo hace.

A la luz de las antorchas, que hacen parecer su piel aún más oscura, se aproxima hasta él caminando con unos pasos suaves, como si sus pies descalzos fueran almohadillados como los de las panteras negras. Llega hasta el hueco en el que Mermoz apoya el rostro contra la piedra y ella acerca el suyo. Observa sus ojos azules y hay en su mirada una serenidad que no sabe interpretar. La pared en esa zona está llena de agujeros de las piedras que han

ido desprendiéndose. Ella pega el cuerpo contra la pared y Mermoz, por uno de los agujeros, alarga una mano hasta tocar la piel de su vientre. Tiene la tersura de los afeites y resulta al tacto de una finura y una tibieza que le erizan el vello. Llega hasta el promontorio de los senos y todo se le eriza. Ella encuentra un agujero en la roca más abajo y atraviesa la pared con la mano hasta tocarlo. Los dedos gatean sobre su vientre y descienden. Los ojos de Mermoz arden con el brillo de las antorchas.

Desde entonces, esperará los jueves igual que los beduinos esperan la lluvia.

En Palmira ha conseguido saciar al fin su hambre de volar. Cuando se eleva con el avión siente que las cosas se ordenan. Vuela con un mecánico adormilado sentado delante, y los mandos del aparato están en sus manos. No hay nada más en el mundo, nadie a quien complacer, nadie a quien obedecer, nadie a quien desafiar, nada que terminar. Volar es un hecho acabado, perfecto, donde nada sobra ni nada falta. Sobrevuela la arena del desierto a baja altura y mira su sombra proyectada en la arena. «Yo soy ése», se dice.

CAPÍTULO 11

Fábrica Tuileries de Boursin (París), 1923

En su despacho del tamaño de un ropero, Tonio observa de manera ansiosa el reloj de pared. El segundero avanza lentamente. Tiene artritis. Cojea igual que el señor Charron. Tarda un año en dar la vuelta de un minuto. Tarda mil en llegar a las cinco de la tarde.

Lo espera Louise, acompañada por su hermano Olivier y varios amigos. Camina a buen paso hasta la avenida Saint-Germain-des-Prés y en la Brasserie Lipp se apretujan todos alegremente en una mesa de ese abigarrado local art déco de techos decorados con motivos mitológicos y lámparas con tulipas como mariposas aleteando sobre sus cabezas. Llega justo a la vez que el camarero, al que conocen de otras ocasiones, que trae en una bandeja una jarra de agua con limón y otra de vino alsaciano.

—¡Nunca había llegado a un sitio tan a tiempo! —exclama eufórico.

Le encanta Chez Lipp, con sus salchichas de Habsburgo, su cerveza de espuma densa servida en copas enormes como trofeos y su animación permanente.

—¡Tráiganos arenques marinados! —le pide Henri al camarero.

— ¡Y salchichas con *choucroute*! —sugiere Olivier.

—¡Que sean con doble de *choucroute*! —añade Tonio.

Loulou le susurra al oído:

—Tenemos que hablar.

—Sí, sí. Pero primero tenemos que brindar, ¿verdad, Bertrand?

—¿Y por qué brindamos?

—Brindemos porque hoy es hoy.

—¿Sólo por eso?

—¿Te parece poco, Henri? ¡Es lo más extraordinario de todo! Nada es mejor que el ahora.

—¡Brindemos!

Tonio urge a que se sirvan todos.

—¡Venga, deprisa! ¡No podemos perder ni un minuto! ¡Este tiempo es oro! ¡No desaprovechemos ni un gramo!

Henri le da un codazo y señala con la barbilla al camarero.

—¿Has visto su pelo?

—¿Qué le pasa?

—¡Fijaos bien! Se ha pintado tiras de cabello con carboncillo en la parte de la calva para disimularla.

—¡Eso sí es ser un dibujante de medio pelo!

Ríen a carcajadas. A Henri se le saltan las lágrimas y Bertrand está a punto de derramar la copa de vino sobre Renée de Saussine.

Mira de reojo a Louise y la ve encenderse a cámara lenta uno de sus cigarrillos Craven. Sólo ha visto algo parecido a esa manera enigmática de encender un cigarrillo en las películas del cinematógrafo, a alguna de esas actrices voluptuosas que hablan con los gestos y las miradas. Las actrices imitan gestos, pero Louise los inventa...

Ella lo mira y levanta muy levemente la ceja. A continuación se incorpora cautelosamente a causa de su frágil cadera y sale cojeando fuera con una manera de moverse que resulta hipnótica. Él la sigue magnetizado.

Afuera la noche empieza a refrescar el final del verano. La gente camina por Saint-Germain-des-Prés. Unos vienen y otros van.

—Tonio...

—Siempre me ha intrigado adónde va la gente que vemos pasar. Pasan delante de nuestras vidas durante un segundo y después desaparecen. ¿Adónde irán, Loulou?

—Ni idea...

—No saben nada de nosotros. ¿No te parece increíble?

—Tonio...

—¡Si desapareciésemos en este instante, ni siquiera se darían cuenta!

—Tonio, los doctores no me ven recuperada del todo de la coxalgia. Debemos retrasar la boda. Posponerla.

—Claro, lo primero es tu salud. ¿Cuánto la posponemos? ¿Dos meses? ¿Tres?

Ella da una calada tan profunda a su cigarrillo inglés que convierte una tercera parte del papel en ceniza.

—No sé...

Loulou tiene las pupilas fijas en el paso intermitente de coches y bicicletas, pero en realidad no mira a ninguna parte. Tonio se da cuenta de que no quiere mirarlo y algo se le quiebra por dentro. Siente que el pecho se le llena de cristales rotos.

¿Qué quiere decir «no sé»? ¿No debería haber dicho que son los médicos los que «no saben»? ¿Y esa manera de decirlo, como si ese retraso fuera un alivio?

Todo eso lo piensa mientras ella calcina su cigarrillo sin decir nada. Él asiente con la cabeza y no se atreve a abrir la boca. Podría pedirle más explicaciones, pero le aterra que se las dé porque algo le dice que no iban a ser buenas. Si formula la pregunta fatídica: «¿Acaso no estás segura de querer casarte conmigo?», podría llamar a una respuesta que no quiere oír de ninguna manera. No sólo no dice nada, sino que aprieta los labios con fuerza. Si abres la puerta, se escapa el gato.

Los dos retornan en silencio al interior. Mira a los espejos del fondo y se ve a sí mismo, a Loulou y a los demás como si los viera desde fuera. Un grupo de jóvenes alegres bien vestidos que comen pescado y beben vino en copas de cristal. ¿Quiénes son?

Traen un milhojas al Grand Marnier especialidad de la casa que le chifla y ni siquiera mira la bandeja. Ese presente feliz por el que estaban brindando sólo unos minutos antes se ha esfumado. No sabe por qué la gente tiene la maldita manía de soñar con el futuro: él lo hubiera dado todo por detener el tiempo sólo unos minutos antes y quedarse a vivir para siempre en un presente donde Loulou reía, no tenía la mirada tan lejos y no había dicho «no sé».

CAPÍTULO 12

Palmira (Siria), 1922

El mecánico, que parecía dormir, de repente alza la barbilla como esos perros tumbados en las puertas de las casas cuando creen percibir un intruso. Hay un intruso. Un levísimo sonido de rozamiento que no debería estar ahí. Llama la atención del piloto.

—El motor..., hay un ruido.

Mermoz niega con la cabeza. El mecánico es hijo de un zapatero de Nantes que se asusta con demasiada facilidad. No está acostumbrado a volar; está deseando terminar el servicio militar y regresar al minúsculo taller familiar donde huele a cuero viejo y a betún y todo está a ras de suelo. Él lo tranquiliza con una carcajada.

—No es nada, Chifflet. Es el viento que ha rolado.

Mermoz sigue impertérrito observando la línea del horizonte en la dirección sur-sudeste. En unos minutos verán aparecer la mancha oscura del campamento allá abajo. Piensa con agrado en su tienda. Durante las semanas que estuvo destinado en Damasco, se hizo en el zoco con un narguile, kilims y tapices que ahora se apiñan de manera abigarrada y han convertido la austera tienda de campaña militar en la jaima soñada por uno de esos pintores orientalistas ingleses del siglo pasado.

El zumbido aumenta. Mermoz mira de reojo el cuadro y ve cómo la aguja que indica la temperatura del radiador sube bruscamente. Un instante después empiezan a salir llamaradas del motor. Un incendio a bordo es lo peor: si alcanza el depósito de combustible, ya ni siquiera resulta necesario estrellarse contra el suelo.

El mecánico da un chillido de espanto.

—Habrá que apagar la parrilla —le dice a gritos Mermoz, con el mismo tono calmado que si pidiera una cerveza en una cantina—. Asegúrate de llevar bien abrochado el cinturón.

Apaga el contacto del motor, le da una vuelta rápida de trescientos sesenta grados al avión como si estuvieran en una exhibición acrobática y logra que el fuego se apague con el golpe de aire, como si hubieran soplado una vela. Han solucionado una parte del problema, pero est n a mil ochocientos metros de altitud, cayendo con el motor quemado encima de la cadena montañosa que bordea la región de Palmira.

Chifflet balbucea algo parecido a un rezo, tan nervioso que las palabras se le entrecortan. A Mermoz no le tiembla un músculo, tiene demasiado trabajo para pensar en el miedo. Maneja los mandos con firmeza y planea en círculo sobre la orografía escarpada hasta que ve una zona plana entre dos montículos y decide que va a ser ahí donde traten de posarse. El  rea de aterrizaje es amplia, pero el suelo lleno de guijarros es peligroso.

All  vamos...

El suelo se aproxima y el avión bascula de lado a lado en el aire. Cuando las ruedas se posan en el terreno pedregoso, empieza una carrera con un temblor violento. Las ruedas sufren un enorme estrés y a punto est n de partirse las barras que las sujetan al fuselaje. Pero aguantan y poco a poco el Breguet va perdiendo velocidad hasta detenerse.

— Bien! —exclama Chifflet, eufórico.

Mermoz sonríe con sarcasmo.  Bien? Se nota que Chifflet no sabe nada del desierto.

Las ordenanzas y el sentido común dictan que un piloto que sufre una avería ha de quedarse en el lugar a la espera del rescate. Pero cuando caes en una zona hostil en la que ciertas tribus est n deseando ver caer un avión del ejército ocupante para desfogar una rabia de siglos, quedarse esperando dentro no es tan buena idea. También sopesa el hecho de haber aterrizado entre montañas. La localización en la amplitud del desierto no es fácil, pero ver la mancha minúscula del avión en medio de las mil manchas de la montaña puede resultar aún más complicado, y no tienen víveres de ningún tipo. Calcula que est n a cien kilómetros del campamento. Son muchos kilómetros para recorrerlos sin agua, el riesgo de no llegar es grande.

Es imposible saber qué opción los conducirá a la vida y cuál a la muerte: quedarse en el avión o caminar. O puede que ambas los conduzcan al mismo final. Sin embargo, Mermoz quiere jugar la partida hasta el final.

—Vamos a ponernos en marcha, Chifflet.

—Pero ¿tú sabes hacia dónde?

Tiene la orientación del sol, pero no sabe cuánto pueden desviarse. Si empiezan a caminar en zigzag, los cien kilómetros se multiplicarán. Pero no se lo va a decir a un zapatero asustado.

—Hacia el este todo recto, hasta llegar a las ruinas de la ciudad antigua.

Y lo dice tan seguro que Chifflet asiente con una fanática convicción. Está tan necesitado de creer que si le hubiera dicho que los pasaría a recoger un carruaje de caballos blancos conducido por una chica rubia en bañador, lo hubiera creído igualmente.

—¡Vamos!

Hace calor, por encima de los cuarenta grados, aunque una leve brisa los alivia un poco. Pero es una brisa engañosa, porque también reseca. Van buscando caminos que los hagan avanzar sin descender todavía de las montañas. Podrían buscar una manera más directa de bajar, pero cuando lleguen al desierto llano quedarán muy expuestos a la vista de las tribus hostiles y prefiere que cuando salgan a campo abierto estén lo más cerca posible del campamento.

Hasta la noche es brusca en el desierto; lo cubre todo a una velocidad de mancha de tinta y la tierra se empieza a enfriar muy deprisa. El mecánico se sienta, exhausto, sobre unas rocas.

—Descansaremos una hora —le dice Mermoz.

—¿Cómo? ¿No vamos a dormir? ¡Moriremos de cansancio!

—Nadie se muere de cansancio. Pero cuando el cuerpo agote sus reservas de agua, entonces sí moriremos de sed. Y eso no tardará en suceder: dos, tres días tal vez. Y aún nos queda mucho por avanzar.

Las estrellas le sirven de guía y con el resplandor de la luna siguen adelante. Chifflet resopla, pero no se atreve a quejarse.

—Mermoz...

—¿Qué?

—Quería pedirte algo. Si tú te salvas y yo me muero aquí, querría que te asegurases de que les mandarán mi paga de este mes a mis padres en Nantes. Tal vez podrías visitarlos y decirles que me acordé mucho de ellos. Los aliviaría.

—Maldita sea, Chifflet. No seas cenizo. En vez de pensar en cómo morirte piensa en cómo salvarte. Y lo primero es tener la boca cerrada, conservar energía y saliva.

—Bueno, pero prométeme que lo harás.

—Sí, hombre, sí. Ahora calla y camina.

Callar y caminar es lo que hacen durante toda la noche. Durante dos días y dos noches más. Ya no hablan. No pueden. Los labios se les han resecado y agrietado hasta sangrar, la boca se les ha quedado sin saliva. Durante las horas de más calor han parado a descansar a ratos y, en el último tramo nocturno, han tenido que ir parando cada pocos pasos por los calambres en las piernas. Mermoz se ha alegrado de que estuviera oscuro porque así no ha de ver la cara de sufrimiento de Chifflet. Nunca había visto llorar a un hombre que no gimotea porque no puede articular sonidos y no derrama lágrimas porque está seco por dentro. Mermoz se da cuenta de que no van a llegar y opta por tomar ya el camino de descenso hacia el desierto para tratar de acercarse lo más posible al campamento. Aunque no lleguen hasta allí, si pudieran conectar con alguna de las rutas caravaneras y de reconocimiento habituales, tendrían una posibilidad de que alguien amigo los rescatase. Bajan a trompicones. Chifflet resopla detrás. Lo espera, le da la mano en un tramo difícil. Chifflet se apoya en él, le fallan las fuerzas.

La salida del sol, la prueba de fuego, los encuentra ya en el desierto. Caminar sobre la arena supone el doble de esfuerzo y el calor aumenta hasta pasar de los cincuenta grados. Su avance se ralentiza y los minutos se alargan, se dilatan con el calor, son como un chicle pegajoso.

Un kilómetro más adelante oye un roce en la arena detrás de él. Chifflet se ha desplomado. Apenas ha hecho ruido al caer. Se acerca hasta su compañero. Querría decirle algo, pero no puede, tiene la lengua hinchada como el cadáver de un ahogado. Trata de alzarlo por los hombros, pero pesa toneladas. Chifflet ha perdido el conocimiento. No puede dejarlo allí. Con gran dificultad, lo carga al hombro y sigue adelante. Sabe que no va a ir muy

lejos, que su fortaleza humana no puede contra un desierto milenario. Pero sigue. Sabe que no va a llegar, pero no se va a rendir. Nunca se ha rendido y si va a morir, quiere hacerlo caminando. Si alguna vez alguien cuenta su peripecia quiere que digan: el piloto Jean Mermoz nunca se rindió. Siente un ahogo en el pecho y un dolor intenso en todas las articulaciones, pero aprieta los dientes y sigue un paso más, y después otro. Otro más.

Se siente desfallecer, se detiene, hinca una rodilla en tierra, deja caer rodando a Chifflet inconsciente. El desvarío le hace sentir una alegría momentánea al pensar en la muerte porque se va a evaporar el dolor y la incertidumbre, y todo el sufrimiento va a terminar. De repente, siente una rabia interior que lo subleva. Él se merecía otra cosa, una oportunidad de hacer algo grande, y lo hubiera hecho si tan sólo le hubieran concedido un poco más de tiempo, si un estúpido azar mecánico no hubiera hecho que ese motor se parase caprichosamente justo en medio del desierto.

No es justo...

Y las injusticias le hacen hervir la sangre más que todos los soles de todos los desiertos. Y además tiene una responsabilidad: ese hombre que yace inconsciente confiaba en él. Si se hubieran quedado en el avión quizá los drusos no los habrían encontrado y tal vez habría vivido. Le cuesta mucho, pero se levanta de nuevo. Las piernas le tiemblan, la piel de la cara le arde y los labios le escuecen, pero sigue adelante unos metros más.

Empieza a ver lucecitas flotar en su retina, pero cree distinguir unas marcas en el suelo a unos metros. Se acerca hasta allí tambaleante y ve las huellas de paso de camellos. Podrían ser un espejismo. Desde el suelo extiende la mano y borra el trazo de una de las marcas: ¡desaparecen! No son una ensoñación... ¡son reales!

Es la ruta de Deir ez-Zor a Palmira. Ya ha hecho todo lo que estaba en su mano y sólo le queda esperar a que el destino decida qué cartas le reparte: vivir o morir. Cierra los ojos sin saber si los volverá a abrir.

El viento del desierto trae remolinos de arena y, a veces, también, seres humanos sobre camellos. Mermoz nota que lo zarandean. Abre los ojos y un hombre de nariz afilada lo mira atentamente; es un cabo bretón de su regimiento. Mermoz no puede abrir la boca, pero sus ojos sonríen.

Mermoz no sólo regresa vivo del desierto, sino que lo hace fortalecido en sus convicciones. En los días siguientes alguno de los oficiales habla de pedir una mención honorífica para él, aunque París está demasiado lejos y los formularios se traspapelan. Le da igual. Las medallas que le importan van colgadas por dentro.

CAPÍTULO 13

Fábrica Tuileries de Boursillon (París), 1923

Tonio ha encontrado en las oficinas de la fábrica de tejas una provechosa actividad con las facturas erróneas que se van a tirar: hace barquitos de papel con ellas. En el cajón del escritorio tiene ya una flota entera.

Esos días Loulou está muy ocupada con los estudios de música y los ejercicios de fisioterapia. Él arde en deseos de verla, pero la llama y nunca está; le deja notas al personal de servicio, pero siempre está muy ocupada. A veces un amigo común le explica que la ha visto con sus amigas en la cafetería del conservatorio o de compras en las Galerías Lafayette.

Una de esas tardes de otoño, llega a la casa de su tía con el ánimo tan alicaído como el cigarrillo que le cuelga de los labios. Yvonne de Lestrangle lo toma del brazo y le dice que le va a presentar a unos invitados. No tiene ganas de actos sociales, pero no le da opción a decir que no.

En la salita, lo acerca a un grupo de hombres que hablan con cierta animación y uno de ellos es un joven editor de moda llamado Gaston Gallimard. Otro es el escritor André Gide, el hombre del momento, que maravilla con su prosa y escandaliza con su homosexualidad sin disimulo. Tonio se siente cohibido y no abre la boca. El editor Gallimard toma una copa de coñac y lanza a Gide puyas amistosas.

—André, ¿cómo pretende que le publique una autobiografía? ¡Toda Francia sabe todo de usted!

—Pero en eso consiste el arte de la escritura. Cada historia es la misma y es diferente. ¿No le parece a usted, joven sobrino de Yvonne?

Tonio se ruboriza.

—No sé..., quizá el escritor debería aspirar a explicar lo que nadie ha contado.

—¡Y tiene toda la razón! —exclama jocoso Gallimard.

Gide da una chupada a su puro habano y responde con parsimonia:

—Están ustedes completamente equivocados. Todas las cosas ya fueron dichas, pero como nadie escucha, es preciso comenzar de nuevo.

Cuando se despide para retirarse a su cuarto, esas palabras siguen tamborileando en su cabeza. Lo importante no es que los paisajes, los objetos o las personas sean nuevos, sino que los miremos de una forma nueva.

A lo largo de esas semanas de inquietud, intenta escribir al volver de la oficina. Una forma de dejar de pensar en que Louise no responde a sus mensajes es ponerse manos a la obra con ímpetu. Su mejor pluma, un fajo de cuartillas, una taza de té, un cigarrillo..., en una semana consigue reunir una magnífica colección de tachaduras.

Quiere contar la historia de un piloto. Para él la escritura está pegada a la vida. Es la misma cosa. Pero le cuesta mucho fijar en el papel esa sensación de fuga que proporciona la aviación. Descubre que las palabras son menos ligeras de lo que parecen, que pesan sobre la cuartilla, que cuesta hacer que levanten el vuelo. En algunos momentos fugaces en los que la mano se va sola, intuye el misterio irresistible de la escritura: sacar algo que ni siquiera sabías que llevabas dentro. Lanzar un cubo a un agujero oscuro y sacar agua del pozo.

Sin embargo, no tiene suficiente concentración para escribir. Enseguida se levanta de la silla y empieza a dar vueltas. Baja a la calle y da vueltas a la manzana. Una de esas tardes en que pasa por delante del escaparate de una juguetería y ve un tren eléctrico girar en círculo eternamente se dice a sí mismo: ése soy yo. Hace un par de días logró hablar con Loulou por teléfono un minuto, pero ella no pudo extenderse porque tenía una gran urgencia: era la hora de su clase de tenis. Tonio le decía que tenían que quedar y ella decía que sí, pero que ahora debía irse corriendo a esto o lo otro. Está en una tómbola benéfica, en un té en una casa elegante, en clase de canto, en el palco de su familia en la ópera... Loulou va de un lado al otro sin quedarse mucho tiempo en ninguna parte para que nada se marchite. Juega con él al escondite por todo París.

Una tarde, sin poder resistir más, acude sin previo aviso a la calle de la Chaisse. Es el prometido de la señorita, pero cuando pregunta por Louise el mayordomo Dupont le sigue preguntando de parte de quién con un desdén humillante. Todo en esa casa conspira contra él.

El mayordomo le informa de que la señorita De Vilmorin ha salido de viaje y que ha dejado una carta para él. Le gustaría no poner cara de asombro. Hace un esfuerzo sobrehumano para no mover un músculo que delate su estado de zozobra ante el maldito señor Dupont, en el que cree detectar, tras sus ademanes exageradamente corteses, cierto recochineo. Se despide con la mayor naturalidad, o eso quiere creer, y en cuanto pone un pie en la calle y dobla la esquina, rasga el sobre a toda prisa.

La letra levemente inclinada le cuenta que ha tenido que salir urgentemente hacia Biarritz para estar cerca de su abuela, que se halla indispuesta. Seguramente pasará allí una temporada. «Así tendremos tiempo de ordenar nuestros sentimientos», le dice.

Ordenar nuestros sentimientos...

Ha de apoyarse en la pared. Siente vértigo.

Se pregunta si los sentimientos pueden ordenarse, como una pila de toallas en un armario. Las piernas le flojean. Camina hacia casa como si estuviera ebrio.

¡Loulou dice que necesita meses para saber cuáles son sus sentimientos! Yo sólo necesito un segundo para saber que la quiero con locura...

Se tira del pelo con nerviosismo, pero aleja los malos augurios.

Mi amor por ella es tan grande que tirará de los dos..., piensa.

El amor es capaz de soportar la distancia, la infidelidad, el desplante, la impertinencia, las estrecheces..., pero se desmorona ante algo mucho más insignificante: la duda.

Tarda tres noches de insomnio en escribir una carta a Louise. Las bolas de papel con las hojas desechadas forman una montaña sobre el escritorio de su habitación. Quiere decirle cuánto la quiere, pero tampoco quiere resultar asfixiante. Sabe que Loulou necesita que corra el aire, que nada la encierre. No quiere transmitirle la sensación de estar abatido porque no quiere que piense que pretende culparla de su desánimo. Pero tampoco quiere afectar una alegría impostada que haga parecer que su ausencia le resulta indiferente.

Escribir una carta es más difícil que escribir un poema: en la poesía los sentimientos arrastran las palabras. En esa carta las palabras han de moldear los sentimientos y construir ambigüedades.

Su tía Yvonne ya se ha acostumbrado a que cuando llega por la tarde de la oficina lo primero que hace es abalanzarse sobre la mesita donde se deposita el correo a hozar entre los papeles como un jabalí ansioso. Durante varios días el jabalí retorna cabizbajo a su habitación.

Por fin, al paso de las semanas, llega la respuesta de Louise y corre escaleras arriba con la carta. Suspira antes de rasgar el papel: ahí dentro viaja su felicidad o su desgracia. Espera algo bueno o algo malo, un sí o un no. Sin embargo, lo que recibe lo deja más confuso de lo que estaba: le habla del tiempo que hace en Biarritz, de un paseo más allá de la playa excavado en la roca viva donde llegan las olas en los días de temporal, de un libro de Rimbaud que la está fascinando, de las tertulias que se organizan por las tardes con vecinos y personas de buenas familias de la zona, de una criada rumana que explica historias de terror..., pero no hay ni una sola referencia a su situación sentimental. Y se despide con un neutral: «tuya afectísima».

Y así van pasando los días, esperando cartas que no llegan o que sólo traen apuntes costumbristas que eluden lo primordial. Las semanas van construyendo meses y su nerviosismo inicial se va tornando en melancolía. La flota de barcos de papel ha quedado varada. Los albaranes de Tuileries de Boursin nunca han viajado al archivo tan lleno de garabatos y dibujos distraídos.

Se acerca la Navidad y decide que ha de viajar a Biarritz.

Es ahora o nunca...

Ha de asaltar el castillo para rescatar a la princesa.

Ya sabe que los Vilmorin no son una familia accesible y que si pregunta si es pertinente que acuda a hacer una visita puede encontrarse algún tipo de reticencia. Así que avisa a Loulou únicamente veinticuatro horas antes con un telegrama, para que no puedan disuadirlo: «Te echo de menos. Llego mañana domingo a la hora del té a pasar la tarde contigo. Tonio».

Viaja muchas horas en un tren que lo lleva lentamente desde París en dirección a los Pirineos Orientales, hasta la estación du Midi, en el centro de Biarritz. Piensa en lo fácil que habría sido ir volando. Sonríe sólo de

imaginarse el revuelo que armaría si aterrizase de repente en el jardín de la casa de la abuela Vilmorin. Entorna los ojos y vuela con Louise en la cabina de delante dejando que el viento alborote su cabello rojo sin dirección precisa, con esa suavidad acolchada en la que transcurren los sueños.

Un murmullo lo saca de sus pensamientos. En el compartimento de al lado una mujer se ha sentado con sus cinco hijos. Uno trata de seguir con la mirada los árboles que pasan.

—¿Por qué corren los árboles, mamá?

—Ellos no corren. Somos nosotros los que corremos.

—¡Pero parece que son ellos los que corren! —exclama uno de sus hermanos.

—Lo parece, sí. Pero nunca hay que fiarse de lo que te digan los ojos. Si sabemos que los árboles tienen raíces y no pueden moverse del suelo, es imposible que corran. Si los ojos os dicen que los árboles corren no hagáis caso a los ojos.

Los niños asienten. Lo comprenden todo.

Tonio sonrío. Esa madre es Einstein. Los físicos han empezado a darse cuenta ahora en este inicio del siglo xx de lo que siempre han sabido los poetas y los niños: lo verdaderamente importante no puede verse con los ojos. Llegará un día en que los físicos, sin saberlo, serán poetas.

Los lugares de veraneo como Biarritz tienen en invierno un aire amodorrado. Los restaurantes clausurados y las casas de vacaciones con las persianas echadas contagian una nostalgia de días bulliciosos y brillantes que se han desvanecido. La casa de la abuela de Louise es una mansión en las afueras rodeada por una valla enorme de piedra tapizada de hiedra. Le recuerda un poco a la casa de su infancia. Le encantaría cruzar la verja y penetrar de nuevo en el jardín enmarañado de Saint-Maurice y volver a tener diez años. Porque cuando tienes diez años nada es imposible.

La sirvienta joven con cofia blanca que le franquea la entrada le informa de que lo están esperando. Se pregunta si será la criada que cuenta historias de terror. En su imaginación había pensado encontrarse a Louise en el centro del jardín, sola, sentada frente a una mesita de hierro blanca donde habría una

tetera y dos tazas y quizá un ejemplar de la poesía de Rimbaud; al verlo llegar, levantaría la cabeza y sonreiría de esa manera suya que todo lo convierte en levedad.

El té, efectivamente, está servido, pero no en el jardín, porque la tarde es fría, sino en un gran salón con una chimenea apagada y enormes cuadros de caza atestados de ciervos y caballeros de casacas rojas. Loulou no está sola. Le parece que hay un gentío: media docena de personas charlan desenfadadamente. Rimbaud no está. Louise, en el centro, come una galleta danesa y gesticula aparatosamente mientras lleva el peso de la conversación animadamente.

Cuando se planta ante la mesa, se interrumpe la charla y ella se levanta a recibirlo. Le da la impresión de que esas damas y caballeros lo saludan con escaso entusiasmo, tal vez algo contrariados por haber interrumpido un agradable momento. Le hacen un sitio cerca de Loulou y todas las miradas se posan en él.

—¿Qué tal por París? ¿Algún estreno interesante? —le pregunta ella.

—Últimamente no salgo mucho...

Ante sus palabras dubitativas, un joven caballero con perilla impecablemente recortada que se ha presentado con un título que ya no recuerda se abalanza a hablar con entusiasmo:

—Lo que no podéis dejar de ver es la versión de *Los miserables* en el teatro La Pléyade. Es soberbia.

Todos se muestran muy interesados y le piden más detalles. Y él, sabiéndose el centro de atención, cuenta de manera ingeniosa los pormenores de la obra y todos celebran mucho sus explicaciones. A Tonio le parece insufriblemente esnob que para comentar una obra diga que es «soberbia». Mira a Loulou y ella también mete baza para opinar de tal o cual obra y todos empiezan a hablar animadamente de sus estrenos predilectos. Está en el medio de la mesa, pero las palabras y conversaciones se cruzan delante de él sin que sea capaz de atrapar ninguna. Ninguna soledad es tan acuciante como la que se siente en medio de la gente. Echa de menos el tren que lo trajo acunándolo desde París, donde podía acurrucarse en el asiento del compartimento vacío y soñar su encuentro con Loulou en el jardín.

Ella trata de darle entrada en la conversación preguntándole por asuntos que podrían interesar a sus amigos: si ha abierto algún nuevo restaurante, si hay rumores sobre la convocatoria de elecciones municipales, si conoce detalles del escandaloso divorcio de los duques de Luchon... Pero él contesta con una parquedad que intenta que sea educada aunque disimula mal su incomodidad. Las palabras no vienen a su boca, no están, no las encuentra. Lo que él le querría decir a Loulou es otra cosa, se bajaría la cremallera del pecho y le enseñaría su corazón ensangrentado, le mostraría cómo late por ella. Le hablaría de sus sueños. Tal vez también de sus miedos. Pero se siente atrapado en el cepo de ese salón elegante de personas locuaces y dicharacheras donde hablar de algo profundo se consideraría una grosería. Por eso permanece callado: ellos quieren burbujas de champán, pero él sólo puede ofrecerles agua con sabor a musgo.

El tren de vuelta sale a las siete, un expreso nocturno que lo dejará con el tiempo justo para ir, a la mañana siguiente, desde la estación a su oficina sin siquiera pasar por casa. En eso anda pensando, cuando la conversación deriva hacia el reciente estreno de una obra de Pirandello.

—Fue algo sensacional —apunta la señora sentada en la esquina del tresillo.

—Sí —la secunda el joven de la perilla—, las obras de Pirandello son filosofía pura.

Entonces Tonio sale de su ensimismamiento y se levanta inesperadamente del sofá como un resorte. Tiene las mejillas rojas y al hablar lo hace a gritos:

—¡Pirandello practica una metafísica de portera!

Su exclamación colérica produce un silencio inmediato. Los asistentes observan con prevención a ese individuo grandullón, con la cara encarnada como una sandía, pero nadie dice nada. Alguno bebe de su taza de té. Sólo Louise lo mira con cara de profunda desgana. Él espera que alguien le rebata: no soporta que a los autores teatrales como Pirandello, que considera hábiles entretenedores, se los ponga al nivel de los literatos que buscan desentrañar el sentido de la vida.

—¡Si me hubieran dicho Ibsen! ¡Ése sí es un autor que ha escrito para hacer entender a la gente lo que no querían entender! Pero ¿Pirandello?

Deja la frase en el aire, nadie la recoge y de nuevo se hace un silencio embarazoso. No se van a molestar en responder a alguien tan impertinente. En un té, no es de buena educación llevar la contraria a la gente de manera drástica ni defender ninguna postura con vehemencia. De repente, de pie en medio del corro de gente callada sentada en ese salón de sofás capitonés y alfombras gruesas, se siente ridículo.

—Disculpen mi apasionamiento —susurra mientras vuelve a sentarse, encogido, mirando de reojo a Louise—. Discúlpennme, por favor. No sé pasar por encima de las cosas.

Alguna media sonrisa de forzada cortesía es lo único que recibe.

—En realidad, mi tren saldrá en breve. Ya dejo de molestarles. —Se vuelve hacia Louise—: ¿Me acompañas?

Los dos se levantan y son despedidos por los invitados con un gesto distante. Salen al jardín y la noche atlántica enfría Biarritz.

Al fin solos. Tenía montones de frases preparadas para decirle, había repasado en el tren sus argumentos durante horas, quería mostrarse el hombre más seductor del mundo. Pero ahora se nota de mal humor tras esa tarde insoportable y está dolido con ella, que no responde a su amor con el mismo ahínco que él pone. Louise se detiene en el porche y tiene en la cara y en la voz el frío de la noche.

—¿A ti qué te pasa? ¿Por qué te comportas de esta manera tan absurda?

—No me gusta esa gente.

—¿No te gusta? ¡Son mis amigos! Podrías haber sido más amable. Es gente de calidad. El conde y la condesa de Montluçon son propietarios de la industria del acero más importante de la región, el señor Calmette es abogado del Estado y se rumorea que puede ser próximamente ministro...

—Ministro...

—¡Sí! ¡Ministro de Justicia!

—¿Sabes una cosa? Cuando venía en el tren subió una mujer sin sombrero, rodeada de cinco pequeños. Seguro que no tenía títulos ni propiedades, pero les estaba enseñando cosas importantísimas a los chiquillos, y a mí también. La gente de mundo nunca me ha enseñado nada.

—Eres tan intolerante...

—¡Es verdad que no soy tolerante! ¡La tolerancia me disgusta! No tengo esa capacidad mundana de tus amigos para tomármelo todo como un juego.

—Estás resultando ciertamente desagradable...

—¡Soy un tipo desagradable, es verdad! La gente agradable que hace un par de comentarios superficiales y se cree muy intelectual me saca de quicio.

—Todo te saca de quicio...

—¡He venido expresamente de París! He hecho setecientos kilómetros para verte. Pensé que al menos pasaríamos la tarde tú y yo solos...

—Siento que hayas hecho tantos kilómetros para venir. Pero yo no te pedí que lo hicieras.

Lo peor de todo es que Louise ni siquiera se lo dice enfadada, como si en fondo le diera igual lo que hiciera o dejara de hacer. Y eso aún lo irrita más.

—Creo que teníamos que hablar, ¿no? Tú y yo estábamos prometidos, ¿o se te había olvidado entre tanta tertulia para ministros?

—¿Has hecho tantos kilómetros sólo para traer reproches?

Y ella vuelve a mirarlo con esos ojos penetrantes de maga que lo hipnotizan. Entonces él baja la cabeza, como los niños cuando los regañan. De repente, la rabia lo abandona. Se da cuenta de que ha metido la pata, una vez más. Se convierte todo él en un globo pinchado. Su voz se adelgaza.

—¡Loulou, soy el tipo más ridículo del mundo! Perdóname, por favor. Lo siento, lo siento, lo siento. No quería resultar impertinente, es que estos meses alejado de ti han sido muy duros. Un tormento.

Entonces ella lo mira y por primera vez en todo el tiempo que la conoce, la ve ponerse realmente seria.

—Tú no sabes nada de mi sufrimiento.

—Loulou...

—Nuestra relación ya no es posible.

—Pero ¿por qué?

—Para ti nunca hay nada perfecto si no es exactamente como tú has pensado que iba a ser.

—¡Cambiaré! ¡Te lo juro! Me gustará todo, estaré contento siempre si tú estás conmigo. ¡Amaré a Pirandello!

—No puede ser.

—¿Por qué no? ¡Yo te quiero con locura!

—No es cierto.

—¡Pero cómo puedes decir eso! ¡Hasta el último átomo de mi cuerpo está enamorado de ti!

—No, Tonio, tú no estás enamorado de mí. Estás enamorado de la Loulou que has creado en tu imaginación. Hace un rato, cuando estaba ahí sentada conversando y no te hacía caso, notaba que me mirabas con rencor. Yo no era entonces quien tú querías que fuese. Pero yo también soy así: me gusta tener amigos divertidos, hablar de estrenos de teatro y de moda, y de decoración...

—¡Me encantarán tus amigos! ¡Déjame regresar ahí dentro y les pediré disculpas a todos uno por uno! ¡Les haré juegos de cartas!

—Imposible...

—¡Cambiaré! ¡No me enfadaré nunca, te lo prometo! ¡Seré un marido ideal!

Entonces Louise se ríe brevemente como si tosiera.

—Pero es que yo no quiero ser una esposa ideal... ¡No puedo imaginar nada más aburrido!

A Tonio se le cambia el semblante.

—¿Casarte conmigo te parece aburrido? —le pregunta rabioso.

Ella suspira. Lo mira de arriba abajo, con un hastío nada disimulado.

—Ahora mismo, me parecería francamente aburrido.

Su tono es cortante, hace daño. El azúcar se ha convertido en sal. El oro se ha transformado en arena. Él asiente y baja la cabeza. La magia de Loulou lo hizo parecer un príncipe, pero el hechizo se ha roto y vuelve a ser el sapo que siempre fue.

Loulou se da media vuelta y regresa al interior de la casa, a su mundo. Él no sabe ya cuál es el suyo. Piensa que ojalá fuera de verdad un sapo, al menos podría quedarse en el estanque y la vería pasear por el jardín al atardecer. Su charca es otra, está hecha de albaranes y tedio en una fábrica de tejas.

CAPÍTULO 14

Palmira (Siria), 1923

A tres mil metros de altura, penetrar en un bosque de cirros es mal asunto cuando se transporta un pasaje delicado. Una turbulencia sacude el avión bruscamente y un quejido de dolor resuena en la parte trasera. Después de su aventura en el desierto, Mermoz ha sido promovido a sargento y le ha sido concedido un destino reservado a pilotos curtidos. Ocuparse del avión médico es un honor y uno de esos retos que son para Mermoz como el aire que respira. Pero también una responsabilidad. Hay sólo dos médicos para dar servicio a un área de cientos de kilómetros a la redonda y él es el responsable de llevarlos de aquí para allá, trasladar a los enfermos que necesitan ser hospitalizados en Damasco o surtir de medicinas a los pacientes que lo requieran. El trabajo es agotador, no se acuerda de la última vez que durmió cinco horas seguidas.

Lleva a una mujer arrollada por un camello, con múltiples huesos rotos y heridas infectadas que requiere ser operada urgentemente. No puede permitirse nuevas turbulencias y sube por encima de las nubes aunque sea peligroso y contravenga las ordenanzas. A esa altura la única orientación es la brújula y pueden producirse desvíos de muchos kilómetros en la ruta que lleven al extravío. Pero él ha vivido ya tantas horas de vuelo en esos cielos que le parece reconocerlos y navega con una férrea convicción en dirección noroeste hasta que superan la zona de inclemencias, desciende y de nuevo aparece bajo sus pies el suelo ocre de Siria y, algo más adelante, la mancha de color de la capital.

Aterriza tras haber despegado antes del amanecer y haber completado entre ida y vuelta casi siete horas de vuelo. En cuanto toca tierra, se apresuran hacia el aparato los camilleros. Mermoz silba a uno de los empleados del

aeródromo y le hace señas imperiosas para que se acerque con la manguera del combustible.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Debo regresar para recoger al médico que quedó allí esperando porque no cabía en el avión. ¿O vas a operar tú a esta señora?

—Pero ¿no tomas ni un té?

—Tomaré gasolina. ¡Vamos, no tengo todo el día!

Cuando regresa de vuelta a su campamento de Palmira con la misión cumplida, el sol declina. Camina por delante de las tiendas del campamento como un autómatas y siente la cabeza a punto de explotarle. Debería dormir algo, porque ocho horas más tarde vuelve a entrar de servicio, pero es jueves. Y su hambre de sexo lo abrasa por dentro. En medio de un dolor de cabeza se impone la visión de esa mujer que no habla, de la que no sabe el nombre porque jamás le responde cuando se lo pregunta entre susurros, que le ofrece su cuerpo desnudo con una prodigiosa mezcla de elegancia y desvergüenza y cruza sus piernas por detrás de su cintura como una mantis religiosa mientras él la penetra. La carne oscura, el pelo negro, los ojos como carbones. Después, él nada un poco y ella se baña despacio frotándose el cuerpo con una esponja de lana de cabra, y él vuelve a desearla. Su fuego no se apaga con el agua.

Sabe los peligros de colarse reiteradamente en los baños subterráneos burlando a la guardia del *sheij*. ¿Acaso no podría suceder que alguno de esos hombres sintiera la misma tentación y se adentraran hasta el fondo para acechar a la mujer y descubrieran a un infiel tomando lo que no es suyo? Él tiene una asombrosa capacidad para medir los riesgos. No ignora el peligro; simplemente, lo asume. Cree en sus capacidades con una fe ciega que le da siempre una ventaja sobre el adversario: mientras el otro vacila y se detiene un momento a dudar, Mermoz ya ha avanzado tres pasos.

Pese a la fatiga y el dolor de cabeza, se va hasta el promontorio lateral desde el que domina la entrada del recinto de los baños para observar si la guardia está situada donde acostumbra. Y sí, allí están los cuatro beduinos armados. Sabe que pronto será la hora de rezar. La valentía requiere prudencia. Cuando los cuatro se vuelven hacia La Meca, él aprovecha para dar un rodeo y escabullirse hasta su madriguera. Baja con viveza los

escalones de piedra y hasta el dolor de cabeza ha quedado olvidado. El chapoteo del agua que llega hasta sus oídos levanta en su interior olas de calor al anticiparle la tersura de su cuerpo. Echa un vistazo por una de las rendijas para asegurarse de que está sola y la ve sumergirse en el agua oscura al contraluz de las antorchas.

Llega hasta abajo y se planta en el borde de la piscina con una mirada sedienta que lo dice todo. La mujer detiene su baño y levanta la cabeza. Sólo entonces se da cuenta: no es su amante misteriosa, es otra mujer con los ojos más redondos y el cabello más corto. No le importa. Sonríe de la manera más seductora. Ella lo mira, pero no sonríe. Empieza a chillar de manera histérica. Grita pidiendo socorro y su voz se amplifica en la cavidad de piedra hasta convertirse en ensordecedora.

Mermoz deja de sonreír. Hace gestos con la mano para que se calle, pero ya es tarde, no hay ademanes que valgan. Tiene veinte segundos antes de que los guardias se planten allá abajo. Y necesita el doble para llegar hasta la bifurcación que lleva al túnel donde tiene su entrada clandestina.

La reacción instintiva sería salir zumbando desesperadamente hacia arriba; en cambio, él enfila los escalones sin apresurarse, como si correr fuese poco elegante. Ha tardado un segundo en tomar una decisión: correr desafortadamente no le serviría para alcanzar la salida secreta y lo que propiciaría es que se encontrase de cara a los cuatro guardias. Él cuenta con una ventaja: sabe lo que hay y ellos no. Pueden pensar que la mujer ha gritado porque se ha torcido un pie al salir del agua o ha visto una serpiente. Bajarán deprisa, pero sin especiales precauciones, al menos no con la certeza de enfrentarse a un intruso. No se esperarán que detrás de un recodo de la escalera pueda haber un francés agazapado.

Ya oye el trote de los hombres. Bajan corriendo, al menos dos de ellos, tal vez tres. Se pega a la pared tras el recodo y se prepara para recibirlos. El primero gira la esquina a toda velocidad y a Mermoz le basta con hacerle una fuerte zancadilla para que caiga rodando por los verticales escalones de piedra. El segundo frena un poco al oír caer a su amigo, pero tampoco espera que haya alguien pegado a la pared. Mermoz aprovecha ese instante de sorpresa para arrancarle el rifle de las manos con un enérgico tirón. El otro se queda parado sin saber qué hacer y Mermoz le asesta un culatazo y cae

también rodando justo cuando llega el tercero, que trata de levantar el fusil, pero Mermoz ya le está apuntando con el suyo y no le da opción. El bereber deja el arma en el suelo. Sin dejar de encañonarlo, Mermoz le indica con un gesto imperioso que pase delante de él y baje un par de escalones. Se coloca tras él, le asesta una patada en el culo y también cae rodando. Ve cómo el primero que cayó sube sangrando por una ceja y cojeando dificultosamente con un cuchillo en la mano. Pero ahora la ventaja es suya. Echa a correr escaleras arriba y se pierde de su vista tras el recodo. Alcanza el pasillo del atajo y llega hasta el agujero del túnel de entrada clandestina. Gatea sin hacer ruido y al poco sale a la superficie. Lanza el rifle lo más lejos posible y echa a correr hacia el campamento.

Llega con el corazón batiéndole como una biela enloquecida y siente cómo el dolor de cabeza se hace más agudo. Se ha jugado el tipo para nada y encima le quedan unas pocas horas para entrar de servicio y realizar un traslado de medicinas urgente a la otra punta del país. Está de muy mal humor. Entra en la tienda y los tapices morunos se le antojan grotescos. Demasiado nervioso para dormir, apenas logra descabezar un par de horas de sueño y, al despertar, se siente hastiado y sin energías.

Se echa mano al bolsillo del pantalón y saca una bolsita que compró en el zoco de Damasco con el dinero que ganó en una partida de póquer clandestina. El polvo blanco. Últimamente ha vuelto a utilizarlo como revulsivo para superar los momentos bajos. Sabe que tal vez sea la cocaína la que hace que tenga esos bajones de ánimo y se deprima más de la cuenta, pero es también la que le hace seguir el ritmo. Le espera un día muy intenso y no tiene fuerzas para afrontarlo. Así que se sirve un tiro largo y esnifa hasta aspirar la última molécula.

Después de desayunar cuatro huevos revueltos y una barra de pan, se siente eufórico.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita a los mecánicos—. Hay una misión que cumplir.

Al anochecer, de regreso al aeródromo, nota un temblor excesivo al tomar la palanca para virar en dirección sureste. Mira el régimen del motor y las revoluciones se mantienen constantes. Aparta la mano del comando y se

da cuenta de que no son los cuernos, sino su mano la que tiembla. La pone horizontal y tiritita.

Las ochenta millas que le quedan hasta la base se le hacen eternas: trata de detener el movimiento nervioso, pero no puede. Al descender para el aterrizaje lo hace con cierta brusquedad y el avión da un bandazo en el aire. Grita un juramento y se siente rabioso. Odia cometer errores. Y esas manos temblorosas lo convierten en un piloto fallón.

Uno de los asistentes de tierra acude a bromear con él. No escoge un buen momento.

—¿Es que no tenéis trabajo? ¡Ocupaos de lo vuestro!

Sus compañeros del aeródromo se quedan extrañados porque suele ser siempre divertido y dicharachero. Él mismo se da cuenta de su actitud huraña y aún se siente más frustrado. Se encierra en su tienda y pone la mano plana: tiembla. Estampa un manotazo contra una mesita baja de madera y la parte. La mano le arde del golpe, pero sigue temblando obstinadamente. Rebusca en el interior de un jarrón de barro cocido y saca de su escondrijo la bolsa de cocaína que aún contiene una ración generosa.

Sale del perímetro del campamento, saludando desganadamente al pasar por el cuerpo de guardia. A unos cuantos pasos, se lo traga el desierto. Desciende una duna y, una vez fuera de la vista de los centinelas, toma el saquete y lo lanza con todas sus fuerzas, lo más lejos posible. Lo que lanza no es un paquete de droga. Lo que en realidad arroja lejos de sí es la flaqueza. La debilidad es algo que no soporta, ni en los demás ni en sí mismo.

Mira la luna, que ya ha salido en ese atardecer que se extiende más allá de lo que alcanza su mirada y asiente satisfecho. Respira hondo el aire refrescado por la noche.

Vuelve al campamento y se encierra en la tienda. Mira su mano derecha, que crepita y sangra levemente. Se acurruca en el catre y, cosa rara en él, siente frío. Duerme unas horas, pero pronto se desvela. Una ansiedad lo agita bruscamente y nota en su interior una desagradable sensación de vértigo, como si se hubiera abierto en alguna parte de su cuerpo un abismo sin fondo. Siente que se le hiela todo por dentro, que la cama se agita como si durmiera en el camarote de un barco azotado por una tempestad y se agarra a los bordes de la colchoneta. Sigue sobre la cama, pero tiene la sensación de estar

cayendo y ha de contener el impulso de gritar: el síndrome de abstinencia lo absorbe violentamente con sus giros de vórtice hacia un sumidero por donde se escurre la cordura.

Con las primeras luces del amanecer, se levanta de la cama y se viste precipitadamente. No lo resiste más. Ante la mirada perpleja del centinela de puerta, sale del campamento en dirección al desierto. Le parece que la duna es la primera de la izquierda, aunque en el desierto todo es contingente, el viento lo cambia todo de sitio. Calcula el lugar donde lanzó la bolsa y lo rastrea, el temblor lo apremia y se agacha para buscar. Camina a gatas sobre la arena hundiendo las manos para sacarlas vacías una y otra vez. Cuando el viento sopla un poco más, se detiene un momento, sudoroso y jadeante. Aprieta los dientes, que crujen por la arena que ha tragado, y por un momento ve su propia sombra. Podría ser la sombra de un animal que husmeara en el suelo. Golpea el suelo blando con furia.

—¿Qué hago aquí, a cuatro patas como un perro? Peor que un perro...

Estira una mano y la pone plana. Es una hoja agitada por una tempestad. Es el tronco podrido del Sena que se llevaba la corriente. Y eso no, eso sí que no. Se levanta y, al fin, grita. Grita con toda la fuerza de su garganta. Es un grito sin palabras precisas, pero en él está todo escrito: el estrés de las últimas semanas, el orgullo de ser piloto, los miedos que siempre ha tratado de mantener a raya, la frustración de verse convertido en un monigote por la cocaína. El simún se lleva ese chillido interminable. Después, se queda un poco más tranquilo y por fin siente el agotamiento, un cansancio bendito después de las horas de agitación, angustia y ansiedad.

Recuerda la mirada sucia del individuo siniestro del callejón del gato que le vendía polvo en Istres. Una noche, Mermoz le dijo que era la última vez y el tipo se rio escupiendo perdigones de saliva: le contestó que todos volvían. Él no.

—¡No voy a volver, maldito hijo de puta!

Nunca más se arrastrará por el suelo. Ni por una bolsa de droga ni por nada ni por nadie.

Jamás...

Aprieta los puños y su propia rabia se impone al frío y al vértigo. Camina de vuelta al cuartel. El centinela lo ve llegar sucio y rebozado de tierra, pero hay en su manera erguida de caminar y en su cuello estirado tal dignidad que no osa hacerle ningún comentario más allá de cuadrarse y saludarlo marcialmente. Mermoz le devuelve el saludo militar y se va con paso resuelto hasta su tienda.

Va murmurando mientras aprieta los dientes.

Conmigo no podrán...

Se tumba en la cama y empieza a sudar. El temblor se le contagia al cuerpo entero y el camastro entero tiembla. Un compañero que entra en el dormitorio se alarma al ver cómo se agita con convulsiones violentas y va a buscar a uno de los doctores. El capitán médico cree que es epilepsia y le inyecta una cantidad de calmantes suficiente para dormir a un ejército.

Cuando se despierta a la mañana siguiente siente dentro del cerebro un pulpo que le estruja la cabeza con sus ventosas gelatinosas. Todas las células de su cuerpo le piden enloquecidas su ración de cocaína, es como si todo su organismo se hubiera rebelado contra él y le chillase hasta ensordecerlo. Podría haber pedido un ingreso hospitalario, pero prefiere combatir el síndrome de abstinencia trabajando esos días el doble, jugando tres veces más al póquer, vaciando algunas botellas de vino y acudiendo a los más afanados tugurios de vida alegre de Damasco para fumar narguile y echar el lazo a cuantas chicas se pongan a tiro, que no son pocas, porque a muchas las fascina un aviador con cuerpo de atleta. Una cristiana maronita que trabaja en un café-concierto cerca del zoco lo bautiza como «el ángel rubio».

Una noche regresa al cuartel después de un servicio de transporte en su avión hospitalario de varios cientos de millas y de una tarde de desenfreno en Damasco. En cuanto se avisa en cocina que regresa de misión el sargento Mermoz, le preparan media docena de huevos revueltos con una barra entera de pan. Sin embargo, para extrañeza de todos, les dice que está fatigado y no tiene apetito, que se va directamente a dormir. No llega a la tienda. Cae redondo en la puerta del barracón de recambios. No se despierta hasta dos días después, en el hospital de campaña. Ha sufrido un colapso y ha estado a las puertas de la muerte.

Le faltan ocho meses para terminar sus obligaciones con el ejército y el alto mando decide repatriarlo a Francia, para que termine de manera más tranquila su servicio militar, con la intención de que descanse antes de reengancharse en el ejército. Pocas veces se podía contar con un piloto de las capacidades extraordinarias de Mermoz.

CAPÍTULO 15

Fábrica Tuileries de Boursin (París), 1924

Tonio traza la pequeña hoja puntiaguda del casco prusiano del barón de Munchausen, subido encima de una bala gigante agarrado con unas riendas como si fuera un caballo. Le pinta la nariz y las altas botas negras de media caña. Cuando pasa cerca el señor Charron, disimula la hoja debajo de los libros de caja. A ratos también cursa las facturas y albaranes y anota en los libros y con eso basta para que lo dejen en paz.

A veces, alza la cabeza y mira por la ventana que da a otra ventana de otro edificio donde otra cabeza se alza desde una mesa y mira. ¿Ventana o espejo?

Al día siguiente de su torpe excursión a Biarritz, le escribió una carta larguísima a Loulou. Pasó la noche entera escribiéndola. Le explicaba todo: lo importante que ella era, le detallaba los buenos momentos que habían pasado juntos, le hacía todo tipo de promesas de felicidad, incluso de riqueza, porque la buena fortuna siempre iba a estar de su parte, o eso quería creer. Salió al amanecer de casa de su tía y esperó a que la oficina de correos abriese para que su carta fuera la primera en ser despachada. Cuando iba camino del trabajo, ya se estaba arrepintiéndolo del contenido: demasiado larga, demasiado afectada, demasiado parecida a un sermón. Al día siguiente, el mismo funcionario de correos con sus manguitos volvió a ver al mismo joven alto y desgarbado que traía otra carta. Durante tres días seguidos estuvo llevando distintas cartas al correo y cada una quería rectificar de alguna manera la anterior.

Loulou se demoró bastantes días en contestar y respondió a las tres en una sola. Por su tamaño, más que una carta era una nota.

Tras un encabezamiento donde le decía «Estimado Tonio», con una cortesía distante, le explicaba que apreciaba mucho sus palabras, pero que su compromiso había quedado «cancelado definitivamente». Después seguía diciendo que «naturalmente, le agradecería que pudieran continuar siendo amigos».

Esas palabras, *compromiso cancelado*, le daban vueltas por la cabeza como un tiovivo. No parecía la manera de hablar de Loulou. Quizá se la hubiera redactado su hermano mayor, que era notario. Él había enviado cartas de amor y le respondían con una instancia. Veía la mano de la familia Vilmorin, a esa madre que siempre lo miró por encima del hombro y a esos hermanos mayores que eran como una legión romana.

¿Y qué era eso de «ser amigos»? ¡Una calderilla!

Trata de alejar de su pensamiento sus ojos verdes, pero es como borrar con la mano el reflejo de un rostro en el agua. Afloran las imágenes de su viaje a Ginebra, con la señora Petermann de carabina, cuando los dos escribían cartas muy locas, mano a mano, y se inventaban poesías arrebatadas. Se pregunta cómo puede ser tan volátil el amor. ¿Volátil? A él le pesa toneladas.

Sale de la oficina y se demora en el retorno a la casa de su tía Yvonne, en el *quai* Malaquais. Nadie lo espera en ninguna parte. Como otras tardes, prefiere pasar de largo el puente del Carrusel, demasiado transitado, y cruzar el río por el de las Artes. Le parece un nombre demasiado pomposo para ese puente tan frágil, más bien una pasarela de suelo de madera un poco temblorosa.

Un pintor vende acuarelas con una visión acuosa del río. Es un hombre de barba canosa muy tupida que le desea buenas tardes con una sonrisa a la que le falta la mitad de los dientes. Siempre son los mismos cuadros, una tarde tras otra, una semana tras otra. Hay varios que muestran perspectivas del Sena algo borrosas, bodegones con limones que se han caído del frutero y jardines enmarañados por un follaje opresivo.

—¿Cómo va hoy la venta?

—Estable.

Tonio sonríe. Ojea los cuadros. Le gustan los pintores: conocen el secreto, atrapan la luz.

—¿Cuánto cuestan?

—Ochenta francos.

—Le pagaré cien.

El pintor se encoge de hombros.

—Éste es el país de la libertad.

Tonio se fija en uno de esos jardines de aspecto invernal. La acuarela hace que las flores estén mojadas y tengan frío. Sobre los macizos de margaritas sobresale un rosal con una rosa alta y espigada, que trata en vano de reinar sobre la tristeza.

—Quiero el de la rosa.

—¿Cuál?

Lo señala.

—¡Ah! ¡El jardín de las margaritas!

—¿Por qué lo llama «El jardín de las margaritas»?

El pintor lo mira con aire intrigado.

—¿Cómo que por qué lo llamo «El jardín de las margaritas»? ¿Acaso no ve que es un jardín lleno de margaritas por todas partes?

—Pero hay una rosa...

El pintor vuelve a mirar el cuadro y lo estudia como si lo viera por primera vez.

—¡Ah, sí...! Hay una rosa. —Y al decirlo se encoge de hombros. Le parece un detalle irrelevante.

—Resérvemelo y se lo pagaré a primero de mes.

—Lléveselo. Ya me lo pagará cuando pueda.

—¡No! No puede ser. Es un cuadro valioso.

El pintor mueve su cabeza de greñas sucias.

—El cuadro no vale nada. Sólo es una tela con algo de pintura barata. Es su manera de mirarlo la que lo hace valioso.

Tonio asiente. Los pintores saben. Se va con el cuadro bajo el brazo para regalárselo a su tía y antes de llegar al final de la pasarela, se detiene como si tuviera que consultar un mapa para saber cuál es el camino. A un lado del Sena, en el edificio un poco vaticano con su cúpula solemne, está el Instituto

de Francia, donde se ubica la Academia Francesa. En la orilla derecha, el Louvre. Y al fondo, surgiendo por encima de los edificios, la jirafa metálica diseñada por Eiffel.

Un grupo de niños que cruza el puente saltando alegremente hace que vibre toda la estructura y siente en sus pies un leve hormigueo. El temblor que nota en sus piernas es el mismo que sentía a bordo de un avión, un cosquilleo que se transmitía a través de la madera y el hierro. Suspira. Eran otros tiempos, la vida temblaba.

En esos meses, las reuniones en los cafés y las *brasseries* de siempre con sus amigos le han resultado insoportablemente largas y grises. Se ve a sí mismo en encuentros ruidosos y formalmente alegres, en los que las cerillas están mojadas. El champán es agua de estanque. Al desaparecer Loulou de su vida siente que la función se ha terminado y las luces se han apagado. Lleva en el estómago un teatro vacío.

Él, que siempre andaba garabateando versos en servilletas de papel, pensó que ahora podría encontrar en la poesía un refugio. Al fin y al cabo, la pena y los amores contrariados siempre han sido ingredientes jugosos para la cazuela del poeta. Cuando regresó de su encuentro con Louise en Biarritz, volvió a sentarse en su pequeño escritorio durante horas tratando de hilar versos, pero la mano se le quedaba muerta y la pluma estilográfica bombeaba charcos de petróleo sobre la hoja. Desde hace semanas, todos los libros de poesía le parecen de un romanticismo de bisutería. No los soporta. Lo que exhiben es una mercancía de palabras huecas. Le parece que la suya es una pasión en formol, como de un depósito de cadáveres.

Ha decidido que no va a escribir más poemas. Nunca más. Está harto de los poetas. Todo le suena burdo y gastado.

¡No se puede ser profesional de la belleza como se es del ramo de la zapatería!

Empieza a escribir en prosa. La poesía describe el momento. La prosa, lo construye.

Él ha levantado un hangar en el pequeño escritorio de su habitación. Ha vuelto a despegar sobre unas cuartillas en las que escribe con la punta de la pluma estilográfica al revés junto a una taza de té muy caliente que alza nubes de vapor como las que atravesaba a tres mil metros de altitud.

Repasa cada día los anuncios clasificados del periódico. Se buscan electricistas, comadronas, mozos de almacén, agrimensores, contables, afinadores de pianos..., pero nunca se precisan pilotos. La aviación no es una industria, únicamente un atrevimiento de algunos empresarios temerarios. De vez en cuando se informa en el diario de la muerte de alguno de esos locos empeñados en volar con aparatos de hojalata.

Un día encuentra una oferta de la empresa de camiones Saurer en la que se requieren representantes para viajar por el interior del país. La idea de volver a la Francia rural le lleva a la casa de Saint-Maurice de su infancia, un lugar donde al atardecer olía a tierra mojada y a leña quemada.

Cuando le ha comunicado su marcha al jefe de contabilidad, el señor Charron se ha echado las manos a la cabeza.

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Se va a ir a vender camiones a comisión por villorrios de mala muerte? ¡Piénseselo bien! Aquí tiene la oportunidad de tener un sueldo asegurado en una empresa solvente y trabajar en una oficina donde nunca pasará frío en invierno ni calor en verano ni se mojará si llueve.

—Señor Charron, le agradezco mucho su preocupación, pero es que yo lo que quiero es mojarme cuando llueva.

CAPÍTULO 16

1.er Regimiento de Aviación de Caza de Thionville (Francia), 1923

El acuartelamiento de Thionville, muy cerca de la frontera con Alemania, es el nuevo destino de Mermoz. Llega de Palmira con un petate lleno de experiencias que lo hacen sentirse seguro de sí mismo y con los galones de sargento. Nada más llegar al cuartel, va a presentar su documentación. Saluda al capitán de la compañía llevándose la mano a la gorra de manera poco enfática, tal y como hacían en Palmira, donde las jerarquías no se tomaban muy a pecho. El capitán lo observa con mirada severa de arriba abajo.

Mermoz lleva un pañuelo amarillo alrededor del cuello, una capa blanca oriental al modo de las tropas destacadas en el desierto y unas botas militares anteriores a la Gran Guerra con herrajes dorados que le ganó a un teniente en una partida de cartas. También se le descuelga por debajo de la gorra una larga melena rubia. El capitán mueve la cabeza con un gesto de contrariedad.

—¿De qué se supone que va vestido?

Le ordenan pasar directamente por barbería y vestuarios y presentarse más tarde «de manera reglamentaria». Mermoz ha creído que sería recibido en el cuartel como un héroe de guerra, que lo invitarían a sentarse en la cantina de oficiales a relatar sus aventuras, pero lo reciben con una burocrática indiferencia.

Se presenta en su destino en el 1.^{er} Regimiento de Aviación de Caza. Algunos compañeros lo saludan rutinariamente, pero otros se acercan hasta él con curiosidad e incluso con devoción algo torpona.

—¿Ha matado usted a muchos salvajes?

—¿Es verdad que en Siria los soldados tutean a los oficiales y hasta se van juntos de juerga?

—¿Hay beduinos caníbales que se comen a los aviadores que capturan?

Mermoz no está de humor para preguntas estúpidas de unos pilotos que le parecen niños de teta arropados en la madre Francia, dedicados a sus rutinarios vuelos semanales de turista.

—Pedid un traslado y sabréis lo que hay —les responde, cortante.

El grupo de pilotos se deshace entre murmullos de decepción.

Niega con la cabeza. Él acumula casi seiscientas horas de vuelo; ni aun sumando las horas de toda la escuadrilla junta lo alcanzarían.

Uno de los pilotos se ha quedado. Tiene cara de tendero, con sus mofletes y su rostro corriente.

—Disculpe, sargento. Quería preguntarle qué tal se comporta el nuevo Nieuport 29 en esas condiciones extremas.

—¿Es que no tienen nada que hacer? —le responde destemplado Mermoz.

El cabo primero murmura una disculpa y se retira. Lo irrita ese enjambre de pilotos de tierra que no ha vivido una tormenta de arena en el aire, que no ha visto morir pasajeros en su cabina ni sabe lo que es tener la lengua tan hinchada por la sed que ya no cabe en la boca.

El comandante de la escuadrilla, un capitán joven recién salido de la academia, le informa de que ese día se va a realizar un ejercicio de vuelo en formación, el único de esa semana.

—Usted, sargento, será el líder. Todos tendrán que seguir su trazada. Quiero que vayan y vengán hasta el cerro del norte a diez kilómetros realizando grandes zigzags. Hágales alguna escora para que se espabilen en seguirle.

—A la orden, capitán.

Se dirige sonriendo al Nieuport 28, un elegante biplano gris acero con un fuselaje esbelto del que sobresalen dos ametralladoras incorporadas en la parte delantera. El modelo 29 que él manejó en Siria todavía no está disponible aquí. Se coloca el casco y se le dibuja una amplia sonrisa.

Estos pilotos domingueros hoy van a aprender alguna cosa.

Despegan siete aparatos, con Mermoz a la cabeza. Primero deja que todos se sitúen en formación. Ve que eso lo saben hacer bien y todos se mantienen equidistantes en el aire.

Todos juntitos, muy bien. Para rebaño, sirven. Vamos a ver si también valen para pilotos...

Mermoz da gas a fondo y su Nieuport sale disparado, a la vez que inicia una curva para trazar el primer zigzag muy cerrado. Realiza un eslalon en el aire que descompone toda la formación visiblemente. Al menos tres de los aparatos se han abierto demasiado en los quiebros y han perdido unos segundos, que los hace ahora quedarse rezagados. Mermoz no baja el ritmo. Llega hasta el cerro y pisa el pedal para virar hasta poner el avión horizontal para dar la vuelta acrobáticamente. Se ríe. Ya sabe que cuando vuelva a estabilizar el avión se habrá quedado solo. Cinco aparatos se han quedado atrás, retrasados y descolocados, tratando de seguir su estela sin conseguirlo.

Al mirar a su izquierda, ve que un aparato lo ha seguido en la virada.

Queda uno... por poco tiempo.

Hace la siguiente doble guiñada a toda velocidad, a la vez que desciende. El otro Nieuport lo sigue. Estira de la palanca de comando hacia él y asciende de golpe varios cientos de metros y se deja caer de improviso en picado. Mientras cae, ve con el rabillo del ojo cómo el otro avión cae a su lado manteniendo la distancia.

En el aeródromo se empieza a arremolinar gente que señala al cielo. Los dos aviones celebran un duelo en el aire. El líder trata de despegarse del segundo aparato y el otro lo sigue milimétricamente, reaccionando con rapidez a las bruscas guiñadas y manteniéndose en formación de a dos impecablemente.

Mermoz empieza a sudar. Su intención de despegarse de los demás aparatos ya ha quedado clara. Si no deja atrás a ese novato, va a quedar en mal lugar. Así que el siguiente zigzag lo hace abriéndose mucho, bajando velocidad y, de repente, mete gas a fondo y cae a la izquierda. El otro avión llega a completar la virada incluso antes que él.

¡Es como si me adivinara el pensamiento!

Hace dos picados y otro zigzag en ascenso, y el segundo Nieuport lo sigue con precisión y elegancia. Ha consumido hace rato el tiempo de la prueba, así que aterriza. En cuanto para el motor, desciende para ver llegar al segundo Nieuport. Toma tierra con absoluta suavidad en medio de los aplausos de los numerosos soldados congregados. Mermoz se siente herido

en su orgullo, pero lo primero que hace es dirigirse al avión que tan bien lo ha seguido. Espera a que el piloto descienda y se quite el casco. Resulta ser el cabo primero de rostro anodino al que antes dio un desplante.

—Ha estado magnífico. Permítame que lo felicite.

—Gracias, sargento.

—¡Nada de sargento! Me llamo Jean Mermoz.

—Encantado. Yo soy Henri Guillaumet.

—Por cierto, Henri, sobre lo que me preguntaste del Nieuport 29 en Siria. Funcionaban de maravilla. El motor de trescientos caballos le dobla la potencia a estos Nieuport 28. El fuselaje es más aerodinámico y el manejo, mucho más suave. Te encantaría. Cuando pruebas un purasangre como el 29 todo lo demás te parecen mulas.

—¡Ojalá nos traigan pronto alguna unidad a Thionville!

Mermoz lamenta haber juzgado precipitadamente a su compañero. Cuando aterriza el resto de los aviones, les da la mano uno por uno a los pilotos y los felicita por su esfuerzo.

—¡Estáis todos invitados a una cerveza en la cantina por cuenta de un estúpido sargento!

Cuando camina hacia el hangar, le sale al paso el capitán.

—Capitán... ya sé que quizá me excedí allá arriba. Ya sabe, uno se va animando...

El oficial lo mira impertérrito.

—No volverá a ocurrir, capitán.

—Eso espero. Esto no es el circo romano. —Pero, finalmente, el jefe de la escuadrilla se echa a reír—. Sin embargo, un poco de diversión no le viene mal a la gente de vez en cuando.

El oficial se marcha y Mermoz suspira aliviado.

Cuando se dirige a la cantina, alguien viene caminando deprisa a sus espaldas.

—¡Deténgase! ¡Es una orden!

El tono crispado, la voz rajada. Cierra los ojos maldiciendo su suerte porque antes de volverse ya sabe a quién va a ver: el rostro moreno, el bigote fino como pintado a carboncillo, los ojos negros rabiosos.

—Pelletier...

—¡Cuádrese ante un oficial, imbécil!

Mermoz se fija en sus galones de teniente recién estrenados y se cuadra de mala gana.

—¡Sabía que debías ser tú! Lo que has hecho ahí arriba es suficiente para llevarte ante un consejo de guerra. ¿Crees que puedes poner en peligro la vida de los soldados y el material del ejército? ¿Qué pretendías demostrar? ¿Tu absoluta estupidez?

Mermoz guarda silencio.

—¿Te ha arrestado el capitán de la escuadrilla?

—No.

—¡Querrás decir: no, teniente! Voy a dar parte de tu actuación irresponsable y también de tu desacato hacia un superior.

Pocas veces Mermoz ha sentido tantas ganas de estrujar a alguien, hacer con él una bola de papel y lanzarlo a la basura. Se muerde el labio para no saltar sobre Pelletier, que se marcha moviendo la cabeza con una profunda irritación.

En la cantina pide tres jarras de cerveza para él solo y se las toma en tres tragos. La mitad de los pilotos de la escuadrilla no ha aceptado la invitación, seguramente molestos por la manera en que los ha dejado en evidencia ese sargento recién llegado. Los otros pilotos lo observan algo amedrentados, excepto el cabo primero Guillaumet, que toma su cerveza a sorbos muy cortos, como si bebiera té. Algunos compañeros felicitan por su vuelo al cabo primero de aspecto apacible, pero él asiente con la cabeza sin darle mayor importancia ni inmutarse.

—Guillaumet, ¿cómo hiciste para no perder la trazada del sargento? —le pregunta uno, que mira de reojo a Mermoz deseoso de destacar la victoria de su compañero sobre el suboficial recién llegado con tantos humos.

Mermoz sabe que es justo aguantar la euforia de esos pilotos domésticos, que se sienten reivindicados por ese Guillaumet. Antes de contestar, Guillaumet entorna los ojos un momento como si se fuera a quedar dormido y responde con su voz baja:

—Lo que yo hice es fácil, no tiene mérito. Lo difícil es lo que hacía el sargento. Él tenía que pensar cada movimiento, inventárselo sobre la marcha y pilotar a la vez. Yo sólo tenía que imitarlo.

Mermoz, que ya se estaba bebiendo la cuarta jarra, detiene el gesto y lo mira con curiosidad. Primero, le ha dado una lección de pilotaje. Ahora le da una lección de humildad. Piensa que tal vez lo ha subestimado.

—Propongo un brindis por el cabo primero Guillaumet —alza la jarra Mermoz. Todos se suman con entusiasmo y Guillaumet choca su jarra, casi entera aún, con una sonrisa tímida.

Mermoz ya no recordaba el frío del norte de Francia. Thionville es una ciudad donde las gruesas murallas del siglo xv, que han contenido en épocas diferentes a franceses o alemanes en una disputa centenaria por esa región de Alsacia, no son capaces de detener la invasión del viento polar. Ha salido de paseo con Guillaumet y otro cabo primero de la escuadrilla llamado Garnet. En la plaza del mercado se cruzan con numerosos militares que deambulan con sus abrigo grises. Él oculta con una bufanda sus galones de sargento para evitarles a los jóvenes soldados la obligación de tener que saludarlo militarmente cada vez que se cruzan con él. Hay jóvenes muchachas que van en grupos de dos o tres, los miran de reojo al pasar y después sueltan unas risitas. En ese momento, cruza delante de ellos un militar acompañado de una mujer de cabello rubio rizado.

—Atentos, es el teniente Pelletier.

Los tres se cuadran al pasar por delante de él y el teniente alza la barbilla con arrogancia mientras la mujer, no tan joven como quiere aparentar, pero con unas curvas que se ocupa de remarcar con un contoneo pícaro, parece divertirse con la pantomima de los saludos. Mermoz clava los ojos con descaro en sus senos generosos, Pelletier parece no percatarse y ella lo mira con coquetería.

—Larguémonos de esta plaza, hay demasiados pavos paseándose.

Se adentran por calles menos concurridas y, al poco, ven una luz que sale de un portal y se acercan. Es un cafetúcho bastante ruidoso, donde lo que se toma es vino en vaso corto y anís en copa pequeña. Mermoz pide una botella de vino para los tres, pero, con su sed de náufrago, ya se ha bebido tres vasos cuando a los otros dos apenas les ha dado tiempo de empezar con el suyo. Se vuelve hacia un grupo de hombres acodados a la barra y de

manera desenfadada les pregunta dónde se puede conocer en Thionville a chicas decentes, pero sin exagerar. Allí sólo saben darle razón de los burdeles locales. Él dice que no con la cabeza y se vuelve hacia sus camaradas.

—Pagar por el sexo es como comer lechuga. No te llena.

Uno de los parroquianos, con más años que sangre en las venas, se siente ofendido por su comentario.

—¿Quién te has creído que eres tú para venir aquí a hablar de la decencia de las chicas de Thionville, fanfarrón?

Mermoz se peina para atrás el cabello ondulado, bastante largo para un militar. El parroquiano lo reta con unos ojos vidriosos. Como ve que Mermoz no replica, se envalentona.

—¿Qué pasa, grandullón? ¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿Te ha entrado ahora el canguelo? Sal afuera, si te atreves.

El hombre se va hasta la puerta. Guillaumet y Garnet se revuelven en sus asientos, pero Mermoz les pone una manaza a cada uno en el hombro y los sienta de golpe. A falta de un buen revolcón, siempre viene bien una buena pelea.

—Esperadme aquí. Volveré en un minuto.

Va afuera y los dos cabos primeros se miran el uno al otro. No saben si quedarse en el bar como les ha dicho o ir a ver qué pasa. Varios clientes salen. Guillaumet y Garnet se bajan rápidamente del taburete y se van hasta la puerta, pero no les da tiempo siquiera de llegar. Mermoz ya está de vuelta con la misma sonrisa guasona con la que se fue. Al otro lado de la calle, ven sobresalir del cubo de la basura las piernas del tipo que lo había retado, que patalea infructuosamente en el aire tratando de salir.

Al llegar a la barra se dirige al propietario:

—Cóbreme el vino nuestro y lo que haya tomado mi nuevo amigo. —Y señala con un gesto de cabeza hacia la calle.

Aún les queda una hora hasta el toque de retreta en el cuartel. Garnet los conduce hasta un baile algo tronado. En la puerta, un hombre mayor vestido con un esmoquin un poco usado les franquea la entrada. Una pequeña orquesta de cuatro músicos toca algo que parece una polca. La pista está casi vacía, pero junto al bar se arremolinan grupos de muchachas y chicos jóvenes, la mitad de ellos militares.

La experta mirada de Mermoz barre meticulosamente el local, hasta que da con algo que le llama la atención. Al fondo hay una mujer sola, de poco más de treinta años. Lleva un vestido azul oscuro por la rodilla rematado con flecos, un collar de perlas de fantasía y bebe menta con agua en un vaso largo. Hay algo en ella que le resulta familiar: el pelo rubio rizado, los tacones altos, el pecho llamativo... Mermoz sonrío de una manera que resulta enigmática. Guillaumet sabe que cuando ríe a carcajadas, todo va bien, simplemente se está divirtiendo. Pero cuando sonrío, nadie sabe lo que sucede en su cabeza. Sigue el trayecto de su mirada y topa con la mujer rubia a la que dirige su atención descaradamente hasta que ella se percata y hace un gesto de complacencia casi imperceptible.

—Disculpadme, chicos. Tengo un asunto al otro lado del bar.

Guillaumet lo coge de la manga del uniforme.

—No vayas. Es la novia de Pelletier.

—¡Vaya! ¡No me había dado cuenta!

Y ahora sí que Mermoz se echa a reír con esa carcajada suya tan contagiosa, que hace reír también a Garnet hasta doblarse.

—¡Menuda cara iba a poner Pelletier si te ligas a su chica! ¡Se le iba a caer hasta el bigote!

Pero Guillaumet permanece serio.

—No lo hagas. Pelletier puede estar cerca.

—Seguro que no —replica Garnet—. Siempre se retira muy temprano al campamento, yo lo he visto cuando he estado de guardia. Es como un reloj. A las siete en punto está de vuelta. Es para llegar a la hora de la sopa y ahorrarse el dinero de la cena.

—Da igual si no está. Esto está lleno de militares. Si te acercas a su chica, se enterará.

—Ya... Garnet, ¿tú cuánto darías por ver su cara cuando se lo cuenten?

—¡Un millón de francos!

Mientras Mermoz se acerca a la muchacha, ve cómo espanta a un moscón que pretendía darle conversación. Para estas cosas, él tiene una intuición que pocas veces le falla: sabe que lo está esperando.

Descubre en Cécile a una mujer divertida y desenvuelta. Guillaumet observa con preocupación cómo se marchan juntos y su salida es seguida con curiosidad por algunas miradas.

—Estoy harta de salir con Nazaire —le cuenta ella mientras caminan.

¿Nazaire? Había llegado a olvidar que el miserable Pelletier pudiera tener un nombre de pila como una persona normal.

—¡Nazaire! ¡Para nosotros es Pelletier! Un teniente chusquero mezquino y acomplejado. ¡En él ese nombre de buena persona suena ridículo!

—No le gusta ir al *dancing*. Además es un tacaño que sólo quiere pasear por la plaza y sentarse en los bancos para no gastar.

—A mí me gusta mucho bailar.

—¿Sí?

—Con música... y sin música.

Y al decirlo la toma por la cintura y la atrae hacia sí con fuerza. Ella se separa riéndose.

Los días de paseo se convierten en citas. Ella bebe licor de menta con mucho hielo escarchado y pronto él se aficiona también. Las citas se transforman en una relación encendida que funde el hielo. Ella vive sola desde que murió su madre unos meses atrás; su padre se fue a la guerra en el año 14 y nunca regresó. Vive de una pequeña pensión y de la generosidad de los extraños. No sabe qué siente exactamente por Cécile, pero le fascina su falta de pudor. A veces llama al timbre y ella le abre la puerta desnuda, con una copa en la mano, un tanto achispada.

—Estás un poco bebida.

—Pues bebe tú también.

—Estás desnuda.

—Pues desnúdate tú también.

Una tarde en que se dirige a la puerta para salir en el permiso de paseo, se planta delante de él el teniente Pelletier. Tiene el blanco de los ojos teñido de amarillo. El moreno del rostro, gris. Pelletier lo sabe. Mermoz puede leerlo en

su mirada arrasada de furia. No hay siquiera el atisbo de sarcasmo de otras veces ni el sentimiento de superioridad. Se siente humillado y esa humillación es un sudor agrio que le brota a chorros por todos los poros.

—Voy a acabar contigo, malnacido. Conseguiré que te expulsen del ejército, te pondré delante de un consejo de guerra y pasarás el resto de tu vida en un penal militar.

El teniente se aleja dejando detrás un rastro de hiel flotando en el aire. Mermoz llevaba ya tiempo pensándolo, pero es entonces cuando decide definitivamente que no quiere seguir en el ejército. No soporta esa jerarquía absurda que hace que una rata de cloaca como Pelletier pueda pisotear a muchachos cuyo único pecado es su inocencia. Hace ya tiempo que tiene anotadas las direcciones de un par de empresas que se dedican a la aviación civil; por la mañana escribirá ofreciéndose para trabajar en ellas como piloto. Sólo tiene que aguantar unas pocas semanas para que expire su compromiso militar.

La siguiente semana le caen dos arrestos de dos días: por llevar las botas sucias y por no saludar a sus superiores con la suficiente energía. El fin de semana, Pelletier se planta en la puerta y en cuanto ve que se dirige a la salida le ordena darse media vuelta.

—Se requiere un sargento de refuerzo de guardia en talleres.

—¿Cómo? ¿Quién lo ha ordenado?

—¡Lo ordeno yo! ¡Dos días más de arresto por desacato!

Respira hondo, aprieta los puños hasta clavarse las uñas en la carne. Pelletier quiere desquiciarlo, quiere que salte. Agredir a un oficial de servicio es pedir un palco en un consejo de guerra que te puede mandar a un penal militar durante años. Le encantaría poder triturarle esos dientes podridos, pero no le va a dar esa satisfacción.

—A la orden.

Da media vuelta y se va a talleres. En el hangar de talleres el sargento que ya está de guardia echa pestes de Pelletier. No necesita ayuda ninguna, le dice que haga lo que quiera, que se meta en la cantina y se emborrache.

—Tal vez lo haga...

Pero antes se va al gimnasio a desfogar la rabia contra el saco de boxeo. En algún momento, Pelletier se pondrá a tiro de sus puños, y cuando llegue ese momento, lo destrozará. Nunca hasta ese día ha pensado en la posibilidad de matar a alguien con sus propias manos, pero al golpear el saco siente una sed insaciable de venganza. Una vez prendidos, el rencor y el carbón ya no se apagan.

Pelletier se convierte en una sombra pegajosa. Le empiezan a llover sanciones por las cosas más absurdas: no ponerse firmes durante la subida de bandera, expresar opiniones políticas públicamente... Mermoz empieza a convertirse en un surtidor de rabia. Al no poder desfogarla contra Pelletier, si un soldado lo mira mal en la cantina, en vez de utilizar su rango para amonestarlo, se quita la guerrera con los galones de sargento y se lía a mamporros con él. Si le dicen que tiene que afeitarse dos veces al día, insiste en no hacerlo. Si lo castigan a cortarse el pelo, más largo se lo deja. Si lo penalizan por ebriedad, al día siguiente se va a la cantina y deja las estanterías vacías.

Grita a los cuatro vientos su intención de no renovar su contrato con el ejército y largarse de ese agujero. Ése es su error. Si había mandos influyentes, como el coronel del mando aéreo, que podían ponerse de su parte, al saberse la manera en que se jacta ruidosamente de su intención de volver a la vida civil y sus burlas hacia el ejército, todos le dan la espalda. Otros oficiales se unen a la causa de su crucifixión administrativa. Su expediente se va engordando de pequeñas faltas y castigos. Debe andarse con cuidado, porque ahora tiene muchos ojos encima y un tropiezo serio podría llevarlo ante un tribunal militar, con consecuencias impredecibles.

El cuartel se ha convertido para él en un presidio. Ya no es un militar, sino un rehén del ejército. Lo que más le duele de ese castigo constante es que, al estar arrestado, lo han apartado de la escuadrilla y no puede volar. El problema de la reclusión, en cambio, lo ha solucionado a su manera: cuando le interesa, salta la valla del cuartel y se escapa hasta la ciudad. Salir como un fugitivo, amparado en las sombras, añade más emoción a sus escapadas para ver a Cécile.

Desde el primer momento la suya ha sido una relación basada en la revancha y por eso no sabe hasta qué punto esa mujer le gusta de verdad. A veces, cuando Cécile lo recibe entre sus piernas, le viene a la cabeza la cara enfurecida de Pelletier y aún acomete con más placer. A veces, cuando ha tomado varias copas, es ella la que le pide que le describa otra vez el rostro desencajado de Pelletier al saberse burlado y se ríe desafortadamente. Hay en su relación algo viciado: los une más el odio que el amor.

Una tarde llega a la casa de Cécile a la hora habitual, pero ésta no abre al pulsar el timbre. El último día le dio una llave y la utiliza para entrar. La encuentra tumbada en la cama, con la cara vuelta hacia la almohada.

—No me mires...

Tiene un ojo amoratado y el pómulo hinchado. El labio, partido.

—Me dijo que de él no se reía nadie. Me dijo cosas muy feas...

A Mermoz algo le estalla por dentro. Las compuertas ceden y siente que lo inunda la rabia. Camina en dirección al cuartel a toda velocidad. Entra por la puerta principal como un tranvía sin frenos, tan obcecado que no le importa que el cabo o el suboficial de guardia den parte de que un arrestado entra y sale impunemente. Le da igual. Ya todo da igual. Sólo quiere coger entre sus manos el cuello de Pelletier y estrujarlo hasta el final.

Al ver que es un sargento, el soldado de la puerta lo saluda. Mermoz le pregunta dónde está el teniente Pelletier y el soldado le dice que se encuentra en el campo de instrucción. Desde el cuarto de la guardia, el cabo de servicio mira por la ventana. Lo ve detenerse un momento para tomar una barra metálica oxidada y reemprender su paso apresurado. Tiene la mirada febril. Los ojos, cegados.

El cabo de guardia se va hasta la sala donde descansan los soldados que esperan turno de garitas y señala a tres.

—Tomad cada uno una cuerda y seguidme. Haced exactamente lo que os diga y no hagáis preguntas. El sargento mayor se ha ausentado, así que yo soy ahora la máxima autoridad. ¡Deprisa!

Mermoz está enfilando una calle lateral del cuartel para dirigirse al campo de instrucción, que queda en la otra punta, armado con la barra metálica. Lo que no se espera es que lo ataquen por detrás.

Le lanzan unas cuerdas como si quisieran cazar a una fiera. Uno de ellos estira de uno de los cabos y, al pillarlo desprevenido, lo hacen recular varios pasos.

—¡Contra el mástil!

Los soldados se le echan encima. Mermoz asesta un puñetazo a uno y lo tira al suelo. Los otros dos lo rodean enmarañándolo con las cuerdas alrededor del palo metálico. Él forcejea y se queda un instante parado al darse cuenta de que el cabo primero que le está agarrando los brazos para inmovilizarlo es Henri Guillaumet.

—¿Qué demonios estás haciendo, Guillaumet? ¿Te has vuelto loco?

Es el momento que necesita para darle otra vuelta a la cuerda y que los otros dos soldados la aten por detrás al mástil metálico huérfano de bandera.

Mermoz se ve atado y trata de desasirse.

—¡Soltadme, imbéciles! ¡Os partiré la cabeza! ¡Os lo juro! ¡Y a ti, Guillaumet, te patearé las tripas!

Guillaumet trata de acercarse a él, pero Mermoz da coces de caballo. Se va por detrás y le ata un pañuelo a la boca, que le impide seguir gritando. Aun así, trata de berrear, de desatarse, dando bruscas sacudidas que los obligan a pasarle otra cuerda más por el pecho, con cuidado de no ser alcanzados por sus patadas.

Al fondo, a medio kilómetro, se distingue en el campo de instrucción la figura esmirriada de Pelletier, revoloteando alrededor de los reclutas. Mermoz lo ve manotear en la distancia y aún se agita más. Quiere gritar, trata de morder el pañuelo. Entre palabras ahogadas que se quedan atascadas en la tela insulta a Pelletier, lo cita igual que un torero cita a un toro, le jura que lo va a matar. Mermoz se sacude atado al poste con embestidas rabiosas, intentando revolverse como una fiera salvaje caída en una red. Los músculos tensos, el cuello poderoso con las venas del cuello hinchadas, la cara roja, las sogas hincándose en la carne.

Los tres soldados contemplan atemorizados, también fascinados, a ese coloso que trata desesperadamente de reventar las ataduras y arrancar de cuajo el enorme mástil de acero. No están seguros de que no vaya a hacerlo. Guillaumet les ordena que vuelvan al cuerpo de guardia y se marchan sin dejar de mirar hacia atrás, hipnotizados por esa estampa mitológica.

—¡Desátame! —murmura imperativamente a través del pañuelo con los ojos desorbitados.

Guillaumet niega con la cabeza.

Gruñe y da otra serie de violentos tirones a las cuerdas para tratar de que cedan. Al hacerlo se desuella la piel del cuello y empieza a sangrar. Guillaumet lo mira con preocupación y ternura. Como un padre miraría a un hijo enfermo.

—Si vas a por Pelletier...

—¡Lo mataré! ¡Lo mataré! —grita entre dientes. Y trata de zafarse con bruscas sacudidas.

—Claro, lo matarás, pero él te habrá ganado. Te encerrarán de por vida.

—¿Y qué más da? Yo habré ganado.

—¡No! La partida la gana él. ¿No te das cuenta? Si le abres la cabeza con esa barra de hierro, mientras se le estén saliendo los sesos se estará riendo en tu cara. Él habrá conseguido lo que siempre quiso: que te pudras en un calabozo, que dejes de volar. Al final, se habrá salido con la suya.

Se hace un momento de silencio y, por fin, deja de agitarse violentamente entre las cuerdas.

—No le des ese gusto. No se lo merece. Dentro de un mes, saldrás por esa puerta y allá afuera te convertirás en un buen piloto civil. Él se quedará para siempre en este cuartel siendo un amargado hasta el día que se muera. Si quieres joder de verdad a Pelletier, hazlo con tu indiferencia.

Mermoz se ha quedado quieto sobre el mástil, agotado por el esfuerzo. Su mano relaja por fin su crispación y los dedos se abren lentamente. La barra cae hasta el suelo y rebota con un tintineo.

Guillaumet se acerca hasta él. Ya no patatea. Su expresión ya no es la de un loco. Saca el machete reglamentario que se lleva durante las guardias y corta las cuerdas. Mermoz, con la camisa rasgada salpicada de sangre y el rostro desencajado por el esfuerzo, se deja caer exhausto hasta quedar sentado en el suelo.

El cabo primero se da la vuelta y echa a andar, ha de volver al cuerpo de guardia.

—¡Guillaumet!

Se vuelve y su compañero lo mira intensamente. No hace falta que se digan nada más. Hay un hilo que los une.

Mermoz es apartado definitivamente de la escuadrilla y destinado a una sección marginal del taller de reparaciones. Lo hacen responsable de media docena de soldados problemáticos, represaliados o directamente inútiles cuya tarea es limpiar de grasa todo tipo de piezas inservibles. Los soldados ven llegar con reticencia a su nuevo jefe, acompañado del capitán. El sargento piruetas, lo llaman por lo bajini con sorna. Ellos son los desechados del personal de tierra, sin orgullo militar ni de ningún tipo, y los pilotos les parecen unos tipos finolis con muchas ínfulas.

—Cada día han de limpiar una caja de cojinetes.

El oficial señala la caja de bolas metálicas mugrientas que los asistentes del capitán, dos cabos atildados, sin duda enchufados, depositan sobre la larga mesa de tablón.

—Deberá tener mano dura con esta escoria. —Y mira con desprecio a los soldados vestidos con monos grasientos, las caras sucias, mal afeitados, despeinados, con aspecto rufianesco varios de ellos—. Tiene aquí lo peor de cada casa.

Cuando el capitán y sus asistentes se marchan, Mermoz echa un vistazo a la caja con una treintena de piezas.

—¿Éste es todo el trabajo que hay que hacer aquí?

—Sargento, eso es muchísimo trabajo —le dice uno de los soldados con desgana—. Dejar pulida una sola de éstas lleva un día entero.

Otro se une al compañero, usando un tono deliberadamente condescendiente:

—Usted no sabe lo que son esas piezas.

—Es que —añade otro con retintín— ustedes los pilotos no entienden de porquería, son caballeros.

Y se oyen unas risitas. Sólo duran un segundo. El tiempo que tarda Mermoz en dar un puñetazo a la mesa tan fuerte que la caja de piezas salta en el aire y los que están más cerca de la mesa han de apartarse para que no les caiga ninguna encima.

—He repartido más hostias, me he emborrachado más veces y he limpiado más mierda que todos vosotros juntos.

Los encañona con la mirada y todos se ponen firmes de golpe, perfectamente tiesos y callados.

—Una pieza de éstas ha de estar reluciente en menos de una hora. Cuando lleguen los ayudantes del capitán, esta caja va a brillar como si llevara diamantes. —Y los mira con el ceño fruncido de manera que nadie rechista. Entonces, relaja el gesto—. Pero vamos a dejar algo claro. Nos han metido, a vosotros y a mí, en este trastero. Vamos a hacer lo que tenemos que hacer, pero vamos a hacerlo a mi manera.

Ve las caras torcidas de los soldados, hastiados de limpiar mugre, inadaptados a la rigidez de la vida militar, embrutecidos por la desgana y los castigos.

—Por mucho que hayáis estado zanganeando y el capitán se lo haya tragado, yo sé que con cuatro o cinco soldados trabajando a ritmo tranquilo, esas piezas se despachan a diario sin apuro. Aquí sois seis. Cada día descansará uno. Podrá pasarse el día rascándose las pelotas. Pero ese uno tendrá que ganárselo.

—¿Cómo?

—Esperad un momento y os lo diré.

Se va hasta su taquilla y regresa con una bolsa de papel. Saca una baraja y una petaca de coñac.

—Cada mañana jugaremos media hora al póquer con tuercas. El que más tenga a la media hora, quedará exento del trabajo todo el día y se llevará de propina la petaca de coñac.

Los soldados abren mucho los ojos.

—¡Viva el sargento! —grita uno.

Se entusiasman ante la idea. Ese primer día gana un tal Biscarrosse, que es medio zíngaro. Los demás se ponen manos a la obra.

—¡Biscarrosse, has tenido suerte, mañana será otra cosa!

—Eso seguro —apunta otro, pensando con fervor en la timba del día siguiente.

Cuando llega el capitán por la tarde con los dos figurines que tiene por ayudantes, encuentran todas las piezas relucientes. Pero aún se queda más pasmado cuando ve por la mañana que los seis soldados de Mermoz son los primeros en salir del comedor después del desayuno y van tan deprisa hacia

su destino en talleres que casi corren. No sale de su asombro al ver su repentino afán por incorporarse puntuales a su unidad de trabajo por primera vez en toda su vida militar. Se cuadran delante de la puerta en perfecta formación y saludan respetuosamente a su sargento en cuanto llega. Cuando Mermoz pasa a su lado y lo saluda llevándose la mano abierta a la gorra, el capitán está todavía con la boca abierta.

Pero a Mermoz el uniforme le pesa sobre los hombros igual que una manta mojada y ya sólo desea marcharse de allí cuanto antes. Ni aun en su reducto de limpiador de cojinetes logra que lo deje en paz. Pelletier logra ir colocándole algunos arrestos alegando poca marcialidad en el saludo o aspecto desaseado. Tener a Pelletier delante de él y no poder estrellarle el puño en su cara miserable lo enerva. Pero sabe lo que ha de hacer. Aguantar, sujetar la ira, resistir, dejar que las hojas del calendario se caigan una tras otra.

Los días pasan, las partidas de póquer se suceden en el barracón. Y un día, ya todo ha quedado atrás.

Una mañana se pone la camisa blanca de civil y el traje de mil rayas que apenas puede abrocharse de lo mucho que se le han ensanchado los hombros. En el negociado de vestuarios entrega correajes, botas, uniforme, el mono lleno de manchas, sus galones de sargento... Un cabo le extiende un recibo y en ese hatillo de ropa desgastada se resume su vida militar. Atrás quedan cuatro años.

Se dirige hacia la salida del cuartel y los edificios de las compañías, la furrielería, los víveres, los almacenes..., todo le resulta ya ajeno. Cuando está llegando a la barrera blanca y roja de la entrada, se cruza con una figura delgada, un bigote estrecho, los ojos de depredador. Pelletier se detiene a unos metros. Mermoz sonríe. Y su sonrisa se convierte en esa estruendosa carcajada suya cuando se siente dueño del mundo. Ríe y ríe.

Pelletier aprieta los dientes, agacha la cabeza y se marcha derrotado. Contra un civil que ríe, nada puede hacer.

Mermoz se va hasta la salida. Una voz lo hace volverse.

—¡Sargento piruetas!

Vienen hacia él Biscarrosse y los demás muchachos con sus monos sucios y sus rostros de truhanes.

—¿Qué hacéis aquí? Os van a castigar por salir de la unidad fuera de horas.

—A ver si hay suerte y nos llevan al calabozo —responde otro entre risas—, y así no tenemos que currar.

—Chicos, usad la cabeza. Pasad desapercibidos y dentro de poco estaréis volviendo a casa.

—Sargento...

—¡Ya no soy sargento! Ahora soy Jean.

—Jean..., queríamos decirle... ¿Qué decimos, tíos?

—Que tenga cuidado ahí fuera.

Les da un cariñoso abrazo uno por uno y los hace volver corriendo al taller.

Cruza el puesto sin perder tiempo. La vida le espera. Se vuelve y mira la puerta del cuartel, que a cada paso se hace más pequeña.

Llega hasta la ciudad y llama al timbre de la puerta de Cécile. Abre vestida únicamente con unas sandalias y un collar de cuentas de coral.

—Me marcho a París.

—¡París! Me voy contigo.

Saca una maleta de debajo de la cama. Se va hasta el primer cajón de la cómoda y empieza a lanzar medias y *culottes* dentro de la maleta.

—Creo que deberías ponerte algo encima para el viaje.

CAPÍTULO 17

Creuse (interior de Francia), 1925

Tonio conduce su auto de empresa, un modesto Sigma Zedal, a través de una carretera de curvas sobre la que ha empezado a nevar. La nieve tiene sus propios espejismos. A cada poco le parece ver a Loulou caminando luminosa sobre la blancura destellante de los campos. Le viene a la cabeza una frase de un pensador y paseante llamado Thoreau: decía que la luz que nos deslumbra es nuestra oscuridad.

Cuando hace unos meses encontró este nuevo trabajo, sintió un alivio extraordinario al abandonar el zulo de Tuileries de Bourlon. El empleo en la empresa de automoción Saurer le permite viajar por varios departamentos de Francia, disponer de un coche de la empresa, un fijo de doce mil francos al año y comisiones por las ventas, que podían rondar los veinticinco mil francos.

Le habría gustado poder trabajar como piloto, pero todavía no hay suficientes líneas aéreas lo bastante estables como para dar trabajo más que a unos pocos aviadores. Al menos, este nuevo empleo le permite no tener que asfixiarse entre las cuatro paredes de una oficina.

Acaba de visitar una empresa de transportes en Limoges. Lo han recibido con amabilidad pero escaso interés. Apenas le han dejado dar su discurso preparado sobre las virtudes de los vehículos Saurer. Sus camiones son buenos, él lo sabe porque antes de empezar su tarea como representante ha tenido que estar dos meses de prácticas en los talleres, pero no son los más baratos. Trata de explicar cuál es el valor de los camiones, pero ya nadie quiere conocer el valor de las cosas, tan sólo su precio.

Cuando llega a Guéret, donde tiene el cuartel general durante las semanas que se dedica a hacer visitas en el departamento de Creuse, entra en la habitación del Grand Hotel Central, arroja el sombrero en una silla y se

deja caer en la cama agotado. Aunque se llame Grand Hotel, es un hotelucho pequeño y tristón, idéntico a cualquiera de los hoteles económicos en los que se aloja en su itinerancia por el centro del país. Se asoma a mirar por la ventana y la plaza Bonnyaud le parece minúscula.

Los árboles son escobas...

En recepción le han dicho que no tenía correspondencia y lo lamenta. Las cartas lo salvan de la melancolía, o acaban de sumergirlo en ella, que también es una forma de reconfortarse. A veces le escribe Charles Sallès, pero sobre todo su madre y Renée, la hermana de su amigo Bertrand de Saussine. Ella le escribe cartas cordiales de amiga que se interesa por su situación y él la llama Rinette y la corteja educadamente. Le exige con ternura que ella le escriba más a menudo. No ama a Renée, pero ama el amor. En esa fría soledad provinciana las cartas son mantas con las que taparse.

Loulou es un recuerdo doloroso y trata de no pensar en ella, pero es como pedirle a un pez que no piense en el mar.

En esos meses ha conocido a otras chicas, algunas en esos bailes de provincias de Montluçon o Dompierre-sur-Besbre que se celebran en locales parroquiales mustios decorados con banderitas de papel, en los que se sirve una grosella empalagosa, donde no hay jazz, ni barman ni cócteles y las madres sentadas en sillas alineadas en la pared vigilan que los galanes locales no se arrimen demasiado a sus hijas en los valeses. Y suspira. Se ve a sí mismo flirteando torpemente, sin convicción, con alguna muchacha insípida, tratando de espantar la soledad de los domingos a manotazos.

Cuanto más pequeñas son las habitaciones de los hoteles, mayor es el desconsuelo. Por las noches, cuando apaga la luz y cierra los ojos, hace los cálculos del dinero que debería ganar para poder comprarse un avión. Primero hace sumas y multiplicaciones teniendo en cuenta las grandes comisiones que va a ganar por la venta de docenas de camiones y se ve como propietario de su pequeña flota aérea. Después ajusta un poco más los números. Al final, los lleva a la realidad y ve que es imposible.

En las empresas, en cuanto el encargado ve llegar a ese hombre grandullón vestido con un traje elegante pero muy gastado, titubeando, excusándose por molestar con una insistencia obsesiva... ya sabe que no le va a comprar un camión, que no le compraría ni una cajetilla de cigarrillos.

—Si usted lo tuviera a bien, yo expondría de manera pormenorizada las características y ventajas de nuestros camiones Saurer...

Sonríe lo mejor que puede al decirlo, pero no logra disimular el sudor que le corre por el cuello.

—Disculpe, ahora estamos muy ocupados. En otra ocasión.
Suele marcharse sin pedido alguno.

Mientras conduce, trata de afinar un discurso que casi nunca llega a pronunciar en esas naves frías de empresas de transporte. A ratos piensa en el aviador que va a protagonizar el relato que trató de empezar a escribir en casa de su tía Yvonne. Será un tipo decidido. Ya que él no puede serlo, al menos que lo sea su personaje. Mientras conduce, traza escenas y despliega en su cabeza largas parrafadas filosóficas que lo llevan a las preguntas cruciales: ¿quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Cómo vender un camión?

Pero escribe mejor con la cabeza que con la mano. Lo que acaba en las hojas con membrete de los hoteles que usa para escribir es un batiburrillo de frases deshilachadas. Cuando llega al final de esos días estériles, cansado de kilómetros y negativas, agotado de soledad, la mano amodorrada se le duerme sobre el papel. Su último pensamiento cada noche antes de acostarse es para Loulou. Los recuerdos son sólo fiebre, pero hay gripes de las que uno no querría curarse.

En Argenton-sur-Creuse, después de cruzar un puente de piedra recoleto sobre el río al que dan las fachadas de las casas, encuentra un estanco con olor a hojas de tabaco de las Américas. La dependienta es una muchacha menuda, con el pelo rubio recogido en una cola de caballo y unas gafas de estudiante eterna. Se queda prendado de su belleza en miniatura y sale de allí con una cajetilla de cigarrillos. Después de dar una vuelta por ese pueblo silencioso donde parece que nunca sucede nada, regresa al estanco a comprar cerillas para que la muchacha se levante del taburete donde hojea una revista de patrones y le sonría. En los dos días que pasa hospedado allí hace tantos viajes al estanco que tiene la mesilla de noche llena de cajas de fósforos. Cree que la última vez que ha vuelto a entrar a pedir otra caja de cerillas, la muchacha lo ha mirado con recelo por encima de las gafas, como si pensara que se trata de un pirómano. Tal vez lo sea. Se siente arder por dentro. Se

marcha de ese pueblo y deja atrás a la dependienta encantadora que vende tabaco y fósforos en un estanco minúsculo. Todo en su vida es una cerilla que brilla un instante y después se apaga. Luego queda ese rastro de humo negro.

CAPÍTULO 18

París, 1924

París es una ciudad de calles que no cierran nunca, de cafés innumerables, de hombres con sombreros fedora y relojes con cadena de oro, de mujeres con collares largos y pelo corto que fuman pitillos en boquillas kilométricas, de limpiabotas que dan consejos sobre cómo invertir en bonos mientras lustran los botines y *brasseries* con aparadores repletos de ostras sobre camas de hielo que gotean sobre la acera.

Lo primero que Mermoz hace al pisar la capital es pararse en una tienda a comprarse un enorme sombrero negro de ala ancha y una chalina. Le gusta aparentar un cierto aire bohemio, que lleguen a confundirlo con un artista.

—¿Y esa ropa? —exclama Cécile, divertida—. ¡Pareces un poeta algo sonado!

—En París lo peor que uno puede ser es alguien corriente.

Sentado en la única silla de la habitación, mira de reojo su sombrero colgado de un gancho de la pared y, apoyado en una cajonera, remata con la mayor pulcritud de que es capaz una nueva carta ofreciéndose como piloto. Otra más. En esta ocasión, dirigida a una compañía franco-rumana. Ha de concentrarse en la hoja porque la luz que llega de la calle es tenue, filtrada por unos cristales tan opacos que no requieren cortinas. No se dio cuenta hasta un par de días después de estar allí de que no había cortinas. Preguntó al recepcionista y éste se rio en su cara.

—¿Cortinas?

En un primer momento, sintió el impulso de agarrarlo por el pescuezo y cortarle la risa en seco, pero aquel infeliz que tenía unos dientes como teclas de piano se reía con tan sincero alborozo, como si le hubieran contado el mejor chiste de su vida, que lo dejó estar. Lo cierto es que las cortinas estaban fuera de lugar en un sitio como el hotel Réumur, donde nadie se

quedaba nunca demasiado tiempo y el pudor era desconocido. A través de las paredes de papel se escuchan broncas y reconciliaciones, jadeos de todo tipo, de amor y de desprecio.

En su habitación hay poco ruido desde hace muchos días. La cama que comparte con Cécile tiene las sábanas heladas.

Cécile da un portazo al entrar para que se note su presencia, como si pudiera pasar desapercibida en una habitación de ocho metros cuadrados. Del lavabo comunitario del pasillo trae los labios pintados de rojo y un rubor artificial en las mejillas. Revuelve un poco por sus cosas como si en verdad hubiera algo que revolver. Toma el chal y un monedero minúsculo donde sobra espacio.

—Dame algo de dinero, Jean.

—¿Dinero? No tengo un céntimo. Debemos ya una semana de hotel, ¿es que no lo sabes?

—¡Maldita sea! ¿No decías que ibas a ser piloto y ganar mucho dinero? ¡Si lo hubiera sabido me habría quedado en Thionville!

Mermoz se encoge de hombros.

—Puedes volver cuando quieras. Thionville sigue estando donde siempre.

—¡Maldita sea! Me marcho a cenar a algún sitio.

—¿Sin dinero?

—Encontraré alguien que me lo pague. —Y lo dice con la misma naturalidad con que le contaría a su médico que tiene tos. Para ella no es difícil conocer hombres.

Toma de nuevo la puerta y se marcha. No le ha dicho adónde va y ni siquiera le importa.

Cuando termina su carta, Mermoz dobla cuidadosamente el papel. Por la mañana saldrá a buscar trabajo, algo provisional mientras llega una respuesta de alguna de las compañías aéreas. Se acuesta en la cama y siente frío por dentro. Su vida es una habitación sin muebles.

Por la mañana encuentra una oficina a unas calles de distancia donde ofrecen trabajo copiando direcciones para hacer envíos. Se trabaja en un sótano y se pagan quince francos por cada mil sobres. Hay una quincena de

parias como él encorvados escribiendo a destajo en completo silencio. No se pierde un minuto. Cada palabra es una dirección menos, unos céntimos menos.

Pasa allí todo el día y cuando sale ya es de noche y está cansado, pero tiene unos pocos francos en el bolsillo. Cuando llega con el pan y los quesos para la cena, Cécile no está. Se come una parte y le deja la suya. Pasa una hora, y después otra más. Cerca de las once, la única compañía que tiene en la habitación helada es el plato con unas lonchas de queso y un pedazo de pan. Decide comérselo y largarse a dar un garbeo a ver qué le depara la noche.

Cuando regresa, son más de las cuatro de la madrugada y Cécile lo espera despierta. Tiene el rímel emborronado sobre los ojos y la ropa arrugada. El aliento le apesta a licor de menta.

Se planta delante de él hirviendo de furia.

—¿Dónde has estado? ¿Con quién has estado? ¡Contesta!

Pero Mermoz no sólo calla, sino que retrocede un par de pasos con gesto disgustado.

—¿Me tienes miedo? —Y ella levanta una mano teatralmente como si lo amenazara con pegarle.

Podría decir la verdad, pero le parece demasiado cruel. No es que la tema ni le incomoden más allá del absurdo sus escenas de fiel esposa afrentada. Lo que lo hace retroceder es ese olor alcohólico a menta que le produce náuseas. No lo soporta. Ya no soporta nada de ella. Se pone a reunir todas sus prendas y echarlas al petate militar que se trajo de Thionville.

Ella le grita:

—¡Lárgate! ¡No te necesito!

Y cuanto más le grita, más lo inunda de ese aliento mentolado y dulzón. Y más desea salir de allí cuanto antes. No tiene adónde ir, pero aun así tiene prisa por irse. En París iba a empezar una nueva vida y lo único que ha conseguido es estancarse. Pero, mientras baja las escaleras con su petate al hombro, se jura a sí mismo que un día mirará las cosas desde arriba.

Despierta al recepcionista, con la cabeza caída sobre el mostrador junto a un plato con migajas endurecidas.

—Carillon...

—Eh...

—Carillon, me marchó del hotel. Cécile se queda.

—Ahh...

Mermoz mira con desagrado a ese tipo extremadamente delgado con esos largos dientes salientes que le dan un aire de castor.

—Escúchame, esto es muy importante. Si llega correo a mi nombre, guárdamelo. Yo iré pasando por aquí a recogerlo. Espero cartas importantes.

—Y se acerca hasta el mostrador y le pellizca suavemente la mejilla mientras lo mira a los ojos con una ternura que no oculta la fiereza de su resolución—. No me falles.

Es demasiado tarde para ponerse a buscar pensión y no vale la pena pagar una noche para unas pocas horas. Se acomoda en un banco y se acurruca para no dejar entrar el frío húmedo de la madrugada. Duerme como un mendigo, pero, pensando en su vida de piloto, sonrío como un califa.

CAPÍTULO 19

Montluçon (Francia), 1924

París sabe a champán frío. Las pequeñas ciudades a las que se llega por carreteras secundarias tienen el gusto del vino caliente. Siempre hace demasiado calor o demasiado frío. Tonio siempre está demasiado solo en esos hoteles de viajeros donde hay para cenar sopa de verduras en platos de cerámica levemente desportillada.

Lleva casi un año en la empresa y ha vendido un solo camión. En su última visita a la central, sus jefes han sido amables pero han movido la cabeza con desaprobación. No pueden pagarle eternamente un sueldo a un vendedor si no vende la mercancía. Son malos tiempos. El país no ha levantado cabeza desde la guerra. Todos lo saben, todos asienten, nadie lo culpa..., pero debe vender camiones o no van a poder mantener su empleo.

Después de la cena, prefiere acabar la jornada en algún café que esté abierto para, al menos, estar rodeado de gente. Allí saca sus cuartillas y tacha más de lo que escribe. El relato del aviador Bernis avanza muy lentamente. Le pasa como a Penélope mientras esperaba a Ulises: lo que teje de día lo desteje de noche. Lo que escribe un día lo rompe al otro. No le suena verdadero. No puede contar la vida de un piloto siendo representante de camiones.

Prefiere dedicar sus energías a escribir cartas, sobre todo a Renée de Saussine, que sólo es amiga, pero que si ella quisiera podría ser algo más. Más que cartas, son mensajes de un naufrago.

Cuando llega dos días después a Montluçon, la única correspondencia que le espera es un telegrama del director financiero de Saurer. Pregunta qué expectativas de ventas tiene.

Se tumba en la cama y su mirada se clava en el techo. Cuenta las grietas. Si volara en un avión, su mirada no chocaría en ninguna parte, no habría techos.

Me preguntan mi expectativa de venta. Ni siquiera sé cuál es mi expectativa de vida...

Las carreteras de la Francia interior no lo llevan a ninguna parte. Decide que es el momento de presentar la renuncia en su empresa y regresar a París. No tiene ningún plan, ninguna idea. Cuenta con una sola ventaja, la juventud que le permite volver a empezar, agitar de nuevo el cubilete y volver a tirar los dados.

CAPÍTULO 20

París, 1924

Mermoz encuentra trabajos ocasionales de vigilante de garaje o mozo de almacén, pero dura poco en ellos. En una fábrica de piensos apreciaban sus espaldas anchas y su fuerza para cargar sacos, pero en cuanto quisieron hacerlo fijo, lo dejó estar. No podía caer en la tentación de echar raíces y acomodarse en una vida gris porque lo que le da la fuerza para seguir buscando es precisamente su precariedad.

En esos meses, ha pasado un par de veces a la semana por la recepción del Réaumur. La cara chupada de Carillon le dice que no con la cabeza cada vez que lo ve cruzar la puerta. La única novedad es que Cécile se marchó del hotel sin avisar, dejando dos semanas a deber, y no han vuelto a verla.

Llegan dos cartas, una de la compañía franco-rumana y otra de Aviones Henriot. En aquel momento no tienen disponibilidad alguna, pero agradecen su interés con rutinaria amabilidad administrativa.

Una tarde va a merodear por el aeródromo de Le Bourget y se acerca a una compañía aérea que hace traslados de mercancía. Quiere exhibir su anotación con las seiscientas horas de vuelo y sus papeles militares, pero con sólo verlo venir, la gente que está trabajando frunce el ceño.

Él parece no darse cuenta de su aspecto: ha adelgazado porque muchas veces sólo le llega para comer una medialuna y un café con leche en todo el día, el pelo le ha crecido hasta enmarañarse y su abrigo, que hace las veces de manta sobre un banco en las noches en que no le llega para dormir bajo un techo, está arrugado y más tieso de lo debido.

—¿Y cuándo estará el jefe?

—Nunca.

Sabe que ha de trabajar para comprarse ropa nueva y pagar una pensión. Pero a ratos lo vence el cansancio y cuando pasa por una taberna siente esa sed que no se puede resistir. A veces muestra a un grupo de parroquianos sus papeles militares, les habla de su mala suerte e improvisa un discurso patriótico, y alguien lo invita a un aguardiente.

Precisamente, una tarde, saliendo de una tasca mugrienta, se tropieza con un viejo compañero de armas de Siria.

—¡Max Dely!

Mermoz le da una palmada en el hombro y el otro se tambalea como un armario vacío. No es el mocetón fuerte que conoció en Damasco. Se ha quedado en los huesos y al preguntarle con la mirada, Max Dely se encoge de hombros con una mueca triste.

Lo invita a ir a su casa, un apartamento minúsculo de una sola habitación. Allí le habla de su enfermedad, por la que percibe una escasa pensión para ir tirando. En un momento de la conversación, Max se detiene, se encoge y aprieta la mandíbula. El dolor ha regresado.

—Por favor, la botella de la mesa.

Mermoz le alarga el frasco y al destaparlo le taladra las fosas nasales una vaharada de alcohol medicamentoso.

Max echa unas gotas de éter en un vaso de agua y se lo bebe. Al poco se queda más tranquilo, pero le cuesta armar las palabras, como si se hubiera emborrachado de golpe. A duras penas se levanta y, arrastrando los pies, da tres pasos hasta la cama y se deja caer en ella.

El éter es transparente, pero tiene un brillo opaco. Como ha visto hacer a su amigo, disuelve un poco en agua. Incluso así, el sabor es amargo y ardiente, se pega a la lengua. Una oleada de calor lo invade por dentro, el corazón se le acelera y la respiración se le ralentiza. Después, todo se ralentiza y la cabeza le empieza a proyectar imágenes desordenadas. Sueña, pero está despierto.

Sale de la casa hablando solo, presa de un desvarío que lo hace imaginarse en Siria, conversando con otros pilotos. Gesticula enérgicamente, se ríe de repente sin saber de qué. Nada es firme. Su cerebro es una esponja

mojada. La gente se cambia de acera al verlo venir. Siente de golpe un sueño denso, todo se espesa, los párpados son de piedra. Se tumba en un banco de un parque y se queda dormido a la intemperie.

Al paso de las semanas, su abrigo suma a las arrugas los restos de excrementos de pájaros que limpia como puede con el agua de una fuente. Encuentra un trabajo por horas en una empresa de limpieza, que lo envía a fábricas y talleres cochambrosos a quitar inmundicia a capazos.

Visita varias veces por semana la recepción del Réaumur. La cabeza de Carillon con la boca abierta y los dientes colgando se agita negativamente. Nada.

También visita a Max Delyt en encuentros silenciosos donde comparten la soledad y el éter. Tiene en la boca un perenne regusto a cloroformo. Es consciente de que se va hundiendo cada día un poco más en una ingravidez sonámbula, pero no sabe la profundidad del agujero.

Lo averigua unas semanas más tarde, una mañana en que remueve un tazón de ese café con leche de puchero muy caliente que impregna el ambiente en el comedor social de la iglesia de San Agustín. La caridad tiene olor a leche hervida.

La encargada pasa por su mesa llevando rebanadas de pan para hacer remojones y se detiene un momento.

—Buenos días, Jean. ¿Tampoco esta semana ha salido nada?

—Poca cosa, señora Lagardere.

—No desespere.

—Nunca lo hago.

Cuando la mujer tan amable se aleja, piensa con pavor que cuando las señoras del auxilio social lo tratan a uno como a un hijo y lo llaman por su nombre, has tocado fondo. El director de la institución, el señor Agniel, ha hablado con él. Ven que es un joven educado y de buena presencia. Están dispuestos a contratarlo como transportista para llevar material a las distintas sedes de la región. Sabe que no puede decir que no, pero no ha sido capaz de decir que sí. El señor Agniel lo miraba con esa beatitud exigente de quienes practican la caridad: esperan que el que la recibe muestre gratitud. Debe aceptar sin reservas ni remilgos el trabajo que tan generosamente se le ofrece. Pero tiene la intuición, tal vez una manía obsesiva aguzada por los

desarreglos mentales del éter, de que si acepta ese trabajo cubrirá sus necesidades básicas, se conformará con el destino que se encuentra y dejará de buscar el suyo.

Va pensando en todo eso mientras camina hacia la recepción del Réaumur. Tal vez sea el momento de decidir qué hacer con su vida. Asoma la cabeza en el angosto vestíbulo. Carillon está despachurrado sobre la silla con los pies sobre el mostrador, dejando entrever sus canillas flacas por encima de los calcetines deshilachados. Como no se despierta, Mermoz silba con todas sus fuerzas y el otro está a punto de caerse de la silla.

—¿Qué pasa?

El recepcionista lo mira molesto.

—¡Maldita sea tu sangre! ¡Estaba soñando con una rubia con un par de tetas enormes que me invitaba a entrar en su habitación! ¡Y justo cuando iba para allá me despiertas!

—Lo lamento, amigo. No estamos de suerte con nuestros sueños.

El recepcionista asiente meditabundo, como si acabara de dejar escapar al amor de su vida.

—No sufras, Carillon, la volverás a encontrar. Está dentro de tu cabeza, así que no tiene mucho sitio donde esconderse. Sigue durmiendo, ya me marcho.

—¡Eso es! ¡Lárgate!

Se va hacia la puerta y el recepcionista vuelve a poner los pies en el mostrador.

—¡Espera!

—¿Qué pasa ahora? ¿La rubia tiene una amiga?

—Hay una jodida carta a tu nombre.

Le tiende un sobre que lleva por remitente Líneas Aéreas Latécoère de Toulouse. Rasga la carta con inquietud. Es una cita para presentarse a una prueba en Toulouse una semana más tarde en el aeródromo de Montaudran.

Toma aire y ensancha el pecho como si fuera una vela. Sale del hotel pisando fuerte. Necesita dinero para el billete, un corte de pelo y llevar el abrigo a la tintorería, pero ahora le parece un problema menor. El destino le ha enviado la señal que esperaba y nada se puede oponer ya a su fuerza. Llega jadeando hasta la empresa de limpieza y pide al encargado todos los

turnos que haya, todas las empresas pestilentes adonde nadie quiere ir, los lugares más sórdidos. En los baños públicos de la estación de Lyon el público se sorprenderá esos días viendo cómo el empleado de limpieza que mete el brazo en inodoros repugnantes lo hace no sólo sonriente, sino silbando una tarantela.

CAPÍTULO 21

Aeródromo de Montaudran (Toulouse), 1924

Mermoz va caminando desde la estación de Toulouse directamente hasta las instalaciones de las Líneas Aéreas Latécoère en las afueras. El campo de aviación es una enorme explanada de tierra con pistas trazadas con tiza en diferentes direcciones para poder aterrizar siempre de cara al viento. Al llegar al aeródromo se detiene un instante y ve elevarse un Breguet 14 hasta bandearse en el cielo. Le parece un presagio de su nueva vida.

Le indican que debe dirigirse a las oficinas y un empleado lo conduce hasta el despacho del director de explotación, Didier Daurat. Entra en el despacho con paso decidido. Desde el otro lado de la mesa, bajo un mapa de España y media África con rayas trazadas, lo mira un hombre con serena indiferencia. Tiene la cara angulosa, un bigote oscuro y unos ojos negros pequeños.

—Señor Daurat, he pilotado en Siria, he atravesado el desierto docenas de veces... ¡Tengo seiscientas horas de vuelo!

El director lo mira sin alterar el gesto.

—Eso no es nada.

Lo ha dicho con una voz neutra, pero las palabras resuenan dentro de la cabeza de Mermoz con estruendo.

—¿Nada?

—Vaya a ver al jefe de talleres y le dará un mono de mecánico. Empezará mañana.

—¿Mecánico? Pero, señor director, ¡yo quiero pilotar un avión!

—Eso ya se verá.

Daurat se vuelve hacia sus papeles. La conversación ha terminado.

El jefe de taller es más dicharachero. Le dice que otros dos novatos empezarán al día siguiente con él y le indica un lugar donde alojarse.

—La mayoría de los pilotos y los mecánicos de la compañía se hospedan en el Grand Balcon. Las habitaciones cuestan cuatro francos diarios y la comida dos con cincuenta. Lo llevan tres hermanas solteras, las señoras Márquez, un poco beatas pero amables. ¡Y preparan el mejor *cassoulet* del mundo!

Esa noche hay guiso de jabalí para cenar. Una de las dueñas sirve a Mermoz una ración abundante. El hambre de Mermoz, adormecida durante meses de escasez, vuelve a despertarse de golpe ante ese manjar y devora el plato antes de que la mujer haya terminado de dar la vuelta a la mesa con la sopera para acabar de servir al resto.

—¡Delicioso, señora Márquez! ¡Absolutamente exquisito!

La mujer sonrío satisfecha.

—¿Desea usted un poco más?

—Si no es molestia...

La mujer le sirve otra abundante ración y lo mira con la felicidad con que las madres ven comer con buen apetito a sus hijos. Sigue sonriendo cuando repite por tercera vez. ¡Su apetito es insaciable! Y decide dejarle la enorme sopera para que se sirva hasta que se harte.

El resto de los comensales, novatos que se han incorporado recientemente a los talleres, lo miran con asombro. No parece tener fondo.

—¡Si sigues comiendo así te pondrás como una saca de correo! —le dice uno amistosamente.

Mermoz sonrío sin dejar de comer. Justo cuando rebaña, completamente ahíto, el último suspiro del guiso, se abre la puerta del comedor y entra en la sala un hombre no muy alto, cargado de espaldas, con una cazadora de cuero que huele a frío y a noche y dos cercos marcados en la piel alrededor de los ojos, producto de la presión de las gafas de pilotaje. Uno de los novatos se apresura a levantarse para dejarle un sitio. «Es Debrien, hace la ruta a Alicante», le susurra.

Otra de las hermanas Márquez se apresura a traer de la cocina un nueva olla caliente. Se ha hecho un silencio expectante, todos están deseando preguntarle y que cuente cosas de la Línea, pero nadie se atreve. Por fin, el menos novato entre los novatos se dirige a él.

—¿Cómo ha ido hoy allá arriba, señor Debrien?

El piloto se sirve despacio un vaso de vino y contesta distraído:

—Nada especial.

—¡Pero hemos oído en el hangar que había una fuerte tormenta sobre los Pirineos!

—Sí, bueno, lo de siempre.

Debrien sigue comiendo con parsimonia y nadie se atreve a seguir preguntando. Hay una docena de ojos observándolo, pero él no se inmuta, puede que ni siquiera haya reparado en eso. Él no está allí. Sigue saltando a dos mil metros de altura sobre las turbulencias, sintiendo el temblor del fuselaje en todos los huesos del cuerpo, tratando de que las manos y los pies no se entumescan con el frío.

Varios de los que están alrededor de la mesa aspiran a ser pilotos y sueñan, no sin cierto temor, con esas tormentas que zarandean los aviones como si fueran hojas golpeadas por el viento. Querrían que Debrien les contara todo, pero Debrien parece no tener nada que contar. Mermoz lo mira y asiente. Se recuerda a sí mismo en Siria: cuando regresaba de las peores misiones y aterrizaba, no deseaba hablar. Entiende perfectamente a ese piloto veterano: has hecho tu trabajo, estás cansado, has vuelto. No hay nada más que decir.

Sube hasta el tercer piso, porque hay una jerarquía en el Grand Balcon: los pilotos se alojan en el primero, y el resto de los empleados y los mecánicos en las plantas superiores. Se acuesta y, pese a la decepción, se siente esperanzado y el sueño lo visita pronto.

En mitad de la noche, unas voces lo despiertan. Después se oye un ruido apresurado de pasos en la escalera y la puerta de la calle. Abre la puerta de la habitación y se asoma al pasillo. Otra cabeza se asoma de la habitación de enfrente y los dos se preguntan qué pasa, pero ninguno lo sabe. Otra cabeza se asoma más allá.

Por fin sube uno de sus compañeros, Marcel Reine, con los ojos brillantes de alcohol y el gesto mustio.

—¿Qué ha pasado? —le preguntan.

—¡Las malditas señoras Márquez!

—¡Pero, Marcel, si son unas benditas! —le susurran entre risas.

—Más de la cuenta —responde con fastidio—. No hay forma de subir con una chica a la habitación.

—¿Trataste de meter a una?

—Y lo hice con cautela. Como siempre que oyen la puerta de la calle, preguntaron desde su habitación quién era. Soy Marcel, les contesté y le hice un gesto a mi chica para que guardara silencio. Duermen en la planta baja con la puerta abierta, pero es imposible que vean nada acostadas en su cama con todo a oscuras.

—¿Y entonces?

—Pues al subir esta escalera tan vieja que cruje tanto habrán contado los pasos y han echado cuentas. Una de ellas se ha asomado en camión por la escalera y me ha echado un rapapolvo tremendo. La muchacha ha salido corriendo como si se le hubiera aparecido un fantasma. ¡Creo que no voy a verle más el pelo!

Los tres compañeros se ríen de buena gana. Reine finge poner cara de enfado, pero al momento se echa a reír también.

Aún no son pilotos, pero detecta en ese hotel una camaradería de escuadrilla.

A las seis y media de la mañana, el jefe de taller los espera. Son media docena de jóvenes mecánicos sin muchas trazas de mecánicos. Los observa detenidamente.

—Bonitas manos. Lástima que esto no sea el conservatorio de París. ¿Veis esos cilindros y esa potasa? Ése va a ser vuestro instrumento.

Mermoz suspira, pero lo hace con alegría. Si hay que frotar, frotará. Más que nadie.

Durante semanas de duro trabajo y comidas opíparas en el Grand Balcon, no vuelve a pensar en el éter. Los platos de las señoras Márquez han borrado los restos de sabor a cloroformo en su boca.

Después de tres semanas limpiando cilindros, el jefe de taller reúne a todos los jóvenes recientemente incorporados: han terminado su tiempo de limpiar cilindros. Se miran entre ellos con complicidad.

—Ha llegado el momento... de desmontar motores.

Las sonrisas vuelven a decaer, hay suspiros y algún reniego entre dientes. El jefe de taller los mira bondadosamente.

—Ser mecánico es un buen trabajo. Y, de cualquier forma, no se puede ser piloto si no se sabe cómo funciona un motor. Al menos, no en esta compañía.

Mermoz asiente resignado. Si hay que desmontar, desmontará. No importa, porque está convencido de que un día volará.

—¡Será estupendo aprender a desmontar motores! —les dice a todos.

Su buen humor sorprende a los demás, decepcionados por seguir en el taller, y se miran entre ellos haciendo gestos de fastidio. Sin embargo, cuando Mermoz echa a caminar tras el jefe de talleres en busca de su nuevo cometido, los demás lo siguen. Él y su compañero Marcel Reine han estado viendo esas semanas a dos telefonistas del Ayuntamiento y tienen una cita con ellas. Después de bailar hasta fundir las botas en un *dancing*, Mermoz propone un fin de fiesta en su habitación, donde tiene a buen recaudo una botella de licor que guardaba para una ocasión especial.

—¡La ocasión especial es ahora!

Las muchachas dicen que sí y sólo Reine tuerce un poco el gesto y se acerca a su compañero para susurrarle:

—¡Estás loco! ¡Somos cuatro! ¡Las hermanas Márquez se darán cuenta enseguida!

Mermoz se ríe. Su carcajada apaga cualquier incendio.

Se van hasta la Rue Romiguières y llegan hasta la puerta del Grand Balcon, aunque Reine se muestra reacio. Las propietarias del hotel los tratan como a hijos, incluso en ese excesivo conservadurismo con sus amistades femeninas, y no quisiera disgustarlas. Pero Mermoz encabeza la comitiva muy decidido. Saca la llave de la puerta de la calle y, antes de abrir, se dirige a Marcel en voz baja.

—Tú haz lo que yo haga.

Entra cautelosamente y los otros lo siguen de puntillas. Al llegar al pie de la escalera se oye una voz adormilada desde la habitación de las hermanas:

—¿Quién va?

—Soy Jean Mermoz.

—Y Marcel.

—Regresamos los dos.

—Buenas noches, muchachos.

—Buenas noches.

Mermoz se pone en cuclillas delante de una de las chicas y le hace un gesto para que se suba a caballito. Ella se encarama a su espalda y, una vez la tiene afianzada, empieza a subir despacio la escalera marcando cada paso. Reine sonrío y se apresura a hacer lo mismo.

De esa guisa, sin que en la escalera suenen más pisadas de las precisas, los dos llegan con su cargamento hasta el tercer piso. El único problema es contener las risas de las chicas.

Cerca ya casi de dos meses de trabajo de mecánico en los hangares de las Líneas Aéreas Latécoère empieza a resultar cansino para unos jóvenes hambrientos de vuelo.

Esa tarde aparece remoloneando por allí, como otras veces, el director Daurat. Lleva las manos a la espalda y su eterno cigarrillo en los labios. Los aprendices de mecánico están con sus motores, apretando y aflojando tuercas. Y, como de pasada, se dirige a ellos:

—Están ustedes convocados mañana a las seis y media en la pista.

Daurat sigue su paseo sin inmutarse y los seis se miran unos a otros. Primero uno de ellos deja caer la llave inglesa. Después, el de al lado, y luego el otro... Se produce una escala musical de llaves inglesas contra el suelo de cemento. La hora de la verdad ha llegado.

Por la noche, durante la cena, aparece uno de los pilotos más veteranos de la Línea, Rozès, un hombre al que todos respetan con veneración.

—Señor Rozès, mañana vamos a pasar nuestra prueba de pilotaje —le cuentan en cuanto se sienta a la mesa.

—Lo he oído...

—¿Tiene algún consejo que darnos?

—Que pilotéis bien. El señor Daurat es muy exigente. No es fácil de contentar. Los talleres de Latécoère están llenos de mecánicos que fueron rechazados como pilotos.

—¡Pero qué puede saber de pilotaje un directivo de despacho!

—¡No sabéis nada de nada! —les dice con enojo.

Todos los presentes se quedan callados. Sólo se oye el sonido de la sopa que sorbe el veterano piloto, hasta que deja la cuchara contra la loza del plato.

—El señor Daurat sobrevivió a la batalla de Verdún, fue un destacado piloto durante la Gran Guerra y condecorado por su valor. No os equivoquéis con él: ha volado más y se ha jugado la vida más veces que nadie.

En el tranvía que los conduce al aeródromo cuando el sol todavía no ha despuntado, ninguno de ellos habla.

Cuando llegan, todavía somnolientos, Daurat está a pie de pista dando instrucciones tajantes a unos operarios que están llenando de combustible los tanques. Los últimos trabajadores del turno de noche han dejado tras ellos la luz del despacho del señor Daurat encendida. Los primeros empleados del turno de mañana ya lo encuentra allí cuando llegan. Corre una leyenda entre los empleados de la Línea que dice que el director duerme encima de la mesa de su despacho y que, cuando hace frío, se tapa con el mapa de la pared.

El director se acerca a ellos, que se cuadran instintivamente.

—Quiero ver un buen despegue, un par de viradas a izquierda, otro par a derecha y un buen aterrizaje.

Todos asienten. Los pilotos veteranos se apuestan recostados en una valla a contemplar el evento.

El primer piloto despegue titubeante, las alas manotean en el aire, da unas viradas a empellones y aterriza haciendo eses. Los veteranos sacuden la cabeza, más lamentando que negando. Daurat observa impertérrito, fumando un cigarrillo, cómo el joven aspirante a piloto baja del avión con el mismo nerviosismo que ha mostrado en la prueba y se planta ante él con una sonrisa esperanzada.

—No es apto —le dice fríamente—. Recoja sus pertenencias y pase por administración a recoger su salario.

Mermoz y los demás lo ven alejarse cabizbajo en dirección al hangar de talleres donde tienen sus taquillas. Un escalofrío les recorre el cuerpo.

El siguiente es un corso simpático y deslenguado. Les guiña un ojo y se dirige con paso firme hacia el Breguet 14. Despegue de manera impecable y vira algo abierto pero aceptablemente bien. Al aterrizar, calcula mal. Se posa algo tarde, a un tercio de pista, y el avión se detiene veinte o treinta metros fuera de las trazas marcadas hasta rozar el descampado. Ha tenido un error de

cálculo, pero ha manejado bien los comandos, no saben cuál será el veredicto. Se vuelven hacia Daurat, pero es imposible distinguir nada en su rostro severo mientras fuma. Cuando el corso se acerca, Daurat lo mira con su seriedad habitual:

—No.

—¡Pero sólo he cometido un error!

—Un error es suficiente para perder un avión o la vida.

—¡Todo el mundo puede tener un mal día!

Daurat apura la última calada del cigarrillo antes de responder:

—El prestigio de la Línea se fundamenta en que el correo llegue todos los días. Aquí no existen los malos días. Ése es mi trabajo.

Pese a todo lo que ha visto y escuchado, Mermoz no tiene en su cuerpo ni una sola hebra de duda. Camina muy erguido hacia el aparato y se pone el casco y las gafas con parsimonia. Se acomoda en el habitáculo descubierto del Breguet y se retrepa en el cojín de cuero del asiento: se siente de vuelta en casa. Hasta un minuto antes había estado notando el mordisco de los nervios en el estómago, pero ahora sólo siente serenidad.

Despega perfectamente equilibrado y se mantiene cerca del suelo en línea recta hasta que hace un viraje a la americana y el avión, con el morro apuntando al cielo, sube como un cohete pirotécnico elevándose con facilidad. Se siente en pleno dominio del aparato. Vira a izquierda y derecha enlazadamente, sube más arriba y realiza un ocho impecable. Realiza un acercamiento en forma de «S» a la pista y el avión rueda mansamente hasta el círculo blanco de manera milimétrica.

Desciende del avión feliz de haber vuelto a tener esa sensación de plenitud en el vuelo. Marcel Reine le hace la señal de la victoria con dos dedos.

Llega sonriente hasta Daurat, que está junto a su ayudante, un joven de gafas redondas que parece eternamente asustado. Sin embargo, el director lo mira con cara de perro.

—¿Se ha creído que está en un circo?

A Mermoz la sonrisa se le corta de golpe.

—¡Aquí no contratamos acróbatas!

Ha volado como el mejor profesional y ha demostrado de lo que es capaz, no tiene por qué aguantar esto. Le parece injusto. Y la injusticia hace aflorar la rabia oscura que lleva dentro. En otra compañía apreciarán su talento.

Se arranca el casco de cuero y se lo endosa de malas maneras al asistente del director, que lo amortigua contra el pecho como una pelota de rugby lanzada desde el otro extremo del campo.

Se da media vuelta y se va a grandes zancadas hasta el taller para recoger sus cosas y largarse con viento fresco. No sabe adónde, pero eso no importa. Ya surgirá.

Abre la taquilla, furioso, y recoge un peine, una camisa y unas botas viejas. Detrás, escucha unos pasos tranquilos.

—¿Se marcha usted?

Daurat toma un cigarrillo de su pitillera y lo enciende con una cerilla.

—Naturalmente que me marchó. Lo antes posible.

—Ya... Es usted indisciplinado, es usted arrogante, se muestra usted satisfecho consigo mismo...

—Pues sí, señor —responde de manera crispada—. Estoy muy, pero que muy satisfecho conmigo mismo.

—Tiene usted mal carácter...

—No, señor. Pero es que aborrezco las injusticias. Yo sé que he pilotado bien. ¡Muy bien!

—Ya... Pretencioso, sí... Habrá que enderezarlo.

Entonces el gesto airado de Mermoz se torna en repentina perplejidad.

—¿Cómo? Pero ¿no me va a despedir?

—Ya se verá. Vuelva a la pista. Suba lentamente a doscientos metros, vire con suavidad, descienda, tome desde lejos el aterrizaje. Pedal para las viradas y control de la palanca para subir y bajar. Así es como se trabaja en nuestra línea: ¡pedal y palanca! No somos trapeceistas, somos carteros.

Mermoz sale corriendo hacia la pista y en la puerta casi arrolla al asistente de Daurat, que entra en ese momento con el casco en la mano. Lo toma con frenesí y le da una amistosa palmada en la espalda con tanta fuerza que al otro casi se le saltan las gafas.

En cuanto Mermoz sale hacia la pista, Daurat niega con la cabeza. Su ayudante lo mira, pero no es capaz de entender lo que pasa por la cabeza del jefe.

—Bouvet, prepáreme las facturas de proveedores de la semana.

—Pero ¿no se va a quedar a la prueba?

Daurat da una chupada a su cigarrillo y observa detenidamente el brillo anaranjado de la brasa durante varios segundos. Mira de reojo a su ayudante, más que con severidad, con ese cansancio que producen las personas que necesitan que se les explique todo. Se da media vuelta y se dirige a su despacho. No le hace falta quedarse a ver la prueba de ese Mermoz, ya sabe que lleva la aviación en las venas.

CAPÍTULO 22

París, 1925

Se ha despedido en Saurer y ha leído el alivio en el rostro de sus jefes. Seguramente ha marcado un hito en la empresa como el peor vendedor de su historia. No sabe qué hará después, pero lleva el sobre marrón que contiene la paga abultándole el bolsillo superior de la camisa y el mundo se ensancha. Camina a buen paso porque le espera la pandilla a la entrada de Prunier, un restaurante que acaban de inaugurar donde sirven los mejores mariscos de la ciudad. Cada vez cuesta más reunirlos, pero ahí están Charles Sallès y su amiga rusa, junto a Renée de Saussine y otros amigos.

Ya ha advertido que invita él y eso le hace estar pletórico. Su sobre se vaciará, pero eso no importa. La última vez que estuvo en París, Hervé tuvo que pagarle todo porque estaba sin un céntimo.

Encabeza la alegre comitiva y se instalan ruidosamente en una de las mesas reservadas. A todos les encantan las lámparas redondas tan modernas y la barra dedicada a exponer caviar, cigalas y langostas. El camarero se acerca y él le hace una seña para identificarse como jefe del risueño comando.

—¿Qué va a ser, señor?

—¡Qué pregunta, hombre de Dios! ¡Champán y caviar, naturalmente!

Tonio ha traído su baraja de cartas. La prima de Hervé y la amiga rusa de Charles son un público nuevo para sus viejos números de prestidigitación. Un soldado le enseñó a manejar las cartas en Tánger y desde entonces, cuando está de buen humor, le gusta sacar su mazo y divertir un rato a la gente. A la gente le agrada y a él le gusta agradar.

Toma un naipe, un tres de diamantes, lo muestra con sonrisa de artista de variedades y lo coloca en el centro del mazo. Entrega las cartas a Renée y cuando ella está segura de tener la baraja a buen recaudo, él se acerca

teatralmente a Sallès y hace ver que saca del bolsillo de su americana el tres de diamantes.

Sus amigos sonríen, absortos en los movimientos de sus manos. Todos menos la amiga rusa de Charles, que lo mira absorta. Antes, en el momento de las presentaciones, Sallès les ha pedido que de ninguna manera se dirijan a ella como su novia, porque, según la teoría que les ha expuesto con desparpajo, en cuanto empieza el compromiso, se acaba la diversión. La muchacha, que tiene una belleza exótica pero un aire más de cupletista que de princesa, lo mira con mucha atención y, al finalizar, con su francés sin música le dice que ella también sabe manejar cartas. A continuación, saca una baraja del tarot y le pregunta si quiere que se las eche. Todos elevan la voz divertidos y dicen que sí alborozados.

Después de desplegar las cartas y sopesarlas con mucha concentración, clava en él sus ojos oblicuos, probablemente tártaros, y le informa de que él se va a casar muy pronto...

—¡Pero si ni siquiera tengo prometida! —Y al decirlo mira de reojillo, sonrojándose ligeramente, a Renée de Saussine.

—Será con una viuda joven a la que conocerás antes de ocho días —le asegura la adivina.

Tonio abre tanto los ojos por el asombro que se le queda cara de besugo y todos ríen.

—¡Brindemos por la futura señora De Saint-Exupéry! ¡Sea quien sea! — exclama Hervé.

—¡Brindemos! —celebra él, ya también entre risas—. ¡Camarero! ¡Más champán!

Sallès le toca el brazo.

—Vente a echar un pitillo fuera.

La calle Duphot desemboca en Saint-Honoré, pero a esa hora está tranquila y sólo pasa algún coche.

Su amigo da una profunda calada y deja perder la vista hacia el fondo de la calle, donde se vislumbran las columnatas de la Madeleine.

—Es sobre Loulou... Estos días está por París.

—Bien...

—Hay más. He oído que tiene un prometido.

—¡Bah, no pasa nada! Loulou siempre tiene prometidos. Colecciona admiradores igual que otros coleccionan sellos. ¡Si lo sabré bien!

—Dicen que es algo serio.

—¿Serio?

—Eso dicen.

Tonio se queda con la boca tan abierta que se le cae el cigarrillo.

—¿Quién es?

—Nadie lo conoce. Es un norteamericano amigo de la familia. Tiene casi cuarenta años y al parecer es propietario de minas en Brasil.

Tonio echa a caminar calle abajo.

—¡Pero adónde vas! ¡La cena!

Pero ya no lo oye. Se va. Necesita pensar.

Se pasa veinticuatro horas sin levantarse de la cama. Su tía está alarmada y dispuesta a llamar al médico hasta que consigue que se quite la almohada de la cabeza y le cuente. Contra el mal de amores, ninguna medicina funciona. Lo deja estar.

Al segundo día, resucita.

¿Va a dejar que le dispute Loulou un carcamal de cuarenta años? Seguro que es cosa de su familia, que sólo piensa en los negocios y el dinero. ¿Cómo va a haberse enamorado Loulou de un norteamericano? ¡Ella no soporta los perritos calientes! No puede quedarse cruzado de brazos.

Traza diversos planes. Algunos son estrambóticos. Elige el más extravagante de todos. Se levanta de la cama con mucha prisa, se viste a la carrera y baja las escaleras del edificio de tres en tres.

Se acerca a los talleres de Saurer y a la hora del bocadillo consigue hablar con un operario al que conoció durante su periodo de aprendizaje. Primero lo ha mirado con extremo recelo sin dejar de morder un emparedado de carne cuando le ha pedido que lo lleve a dar un paseo en el camión más grande que haya disponible. Cuando empieza a sacar billetes, el recelo se suaviza. Le hace un gesto con la cabeza para que se siente en el banco a su lado y le cuente qué quiere exactamente. Cuando le explica que quiere que se metan con el camión por el bulevar Raspail y giren por la calle de la Chaisse, suelta el bocadillo y le hace un gesto con la mano para que afloje más pasta.

Se ha puesto su mejor traje, afeitado y perfumado. Y ha comprado el ramo de orquídeas que años atrás no pudo porque no le llegaba el dinero. El plan es sencillo, pero cree que tendrá su efecto: hará detener el camión debajo de la ventana de Loulou, el chófer tocará el ruidoso claxon varias veces, él trepará a la parte superior de la cabina, y cuando se asome, se lo encontrará delante de la ventana, entregándole un ramo de flores y pidiéndole que empiecen de cero.

Todo se hace como ha planeado, pero el camión tiene más dificultades de las previstas para circular por la calle de la Chaisse, que no es muy ancha, y ha de invadir incluso la acera. Cuando se detiene frente a la casa de los Vilmorin, Tonio empieza a trepar por el exterior de la cabina hasta el techo de la caja. Le ha dicho al chófer que espere a que él llegue arriba y golpee con el pie en el techo de la cabina para hacer sonar el claxon. No va a ser necesario. El camión ha taponado la calle y son los otros vehículos los que ya empiezan a pitar de manera estruendosa. Sube con agilidad. Desde arriba ve cómo detrás ya hay una fila de tres coches y dos bicicletas. La calle se convierte en un concierto de bocinas, más sonoro aún de lo que había planeado. Un verdadero festival. Imposible que no lo oiga. Ve movimiento en la habitación de Loulou. Ha temido por un momento que fuese la señora Petermann la que anduviera trasteando, pero está de suerte: ve agitarse el pelo anaranjado. Es ella la que va hacia el balcón alertada por el jaleo ensordecedor de la calle para abrir y ver qué pasa. Se abre la puerta balconera. Tonio está temblando de excitación.

—¡Sorpresa! —le grita con todas sus fuerzas.

Loulou sale afuera y se encuentra a su altura, en el techo de un camión, a Tonio con un ramo de flores. Pero lo que él se encuentra le resulta infinitamente más inesperado y su sorpresa es mil veces mayor: Loulou va vestida de novia. Detrás aparece una modista, con un metro y una almohadilla de alfileres, que tiene unos ojos agigantados por unas gafas de muchas dioptrías. Loulou niega con la cabeza y pone cara de fastidio.

—¡Trae mala suerte ver el vestido de la novia!

—Entonces ¿te vas a casar?

—Sí.

Se lo ha dicho en un tono desafiante, incluso irritado. Se da la vuelta, entra en la habitación y cierra de golpe las puertas de cristal. La mujer de las gafas de concha se apresura a estirar unos pliegues.

Afuera arrecia el concierto de cláxones. Algunos propietarios de vehículos han bajado de los autos y le lanzan todo tipo de insultos. Mira sus flores: las orquídeas no le traen suerte. Estira el brazo, mete el ramo entre los barrotes de la baranda y lo deposita en el suelo del balcón. Al menos, será el primero en hacerle el regalo de boda. Se introduce de nuevo en la cabina del camión, ajeno a los gritos de los conductores. El chófer, nervioso, arranca enseguida.

—¡Vaya lío hemos armado! ¿Le ha ido bien con su obsequio?

Él trata de decir algo, pero tiene un nudo en la garganta. Intenta responder con una sonrisa y le sale un gesto de arlequín. El chófer lo mira de reojo. Su pasajero está tan pálido que parece que haya visto a la muerte misma. Y sí, algo se le ha muerto por dentro.

—¿Adónde quiere ir ahora?

—Lejos. Lo más lejos que pueda.

CAPÍTULO 23

Barcelona, 1925

Mermoz se para ante uno de los puestos de flores de las Ramblas de Barcelona que tiñen la avenida de alegres colores y le pide a un tendero ataviado con un delantal azul que le venda un clavel blanco. Como no sabe español, lo señala con el dedo. Una vez puesto en su ojal, se detiene a mirar el efecto de su traje nuevo delante del escaparate de la cristalera de una fábrica de pastas alimenticias que muestra unas puertas de cobre repujadas de manera fantástica y ese multicolor baldosín fragmentado en la fachada, tan particular de la capital catalana.

Barcelona, en su trazado de cuadrícula rectilínea y edificios modernistas primorosamente tocados por una arquitectura de fantasía, le parece una ciudad de pequeños empresarios y comerciantes ordenados, que va perdiendo la severa racionalidad a medida que se va acercando al mar y uno se adentra en su barrio rojo, atestado de marineros, prostitutas, cabarets de pésima nota, olor a callejón y garitos bulliciosos.

Tras un vuelo de prueba de ida y vuelta a Casablanca, Daurat lo ha asignado a Barcelona para que cubra el tramo de la línea que sobrevuela España. Un piloto hace el primer vuelo Toulouse-Barcelona con el correo. Al aterrizar en una pista habilitada al sur de la ciudad, pasado el río Llobregat, se traslada inmediatamente la saca al avión de Mermoz, que parte sin perder un minuto hasta Málaga, haciendo escala en Alicante. En Málaga espera el siguiente compañero, que cruzará el estrecho de Gibraltar para seguir una carrera de relevos aérea, que finalizará con el correo en Dakar, en Senegal, en un tiempo récord. Las cartas de Francia a África, que antes tardaban semanas o meses, llegan en tres días.

Ahora que tiene más dinero, es cuando menos sale. Apenas bebe y ha borrado definitivamente de su vida cualquier droga o sustancia estimulante. Volar le basta, templa su ansiedad, doblaga su energía con el agotamiento de ocho o nueve horas de vuelo seguidas, sacia su sed de retos.

Toma un tren de cercanías que lo traslada hasta el pequeño pueblo de El Prat y desde allí llega en bicicleta hasta el hangar de las Líneas Aéreas de Latécoère. Le da tiempo de sentarse despreocupadamente en una banca de madera hasta que oye el susurro de un motor en el aire y se prepara para recibir a su colega.

Cuando Rozès desciende de la carlinga, Mermoz se apresura a estrecharle la mano. El piloto recién llegado se levanta las gafas y sus ojos vivarachos sonrían. No hay tiempo para más. El correo es sagrado. Con ayuda del mecánico traslada las sacas a la cabina del aparato de Mermoz, que se pone inmediatamente a los mandos y hace un breve saludo antes de enfilarse la pista de despegue, con dirección a Málaga. Rozès, en cuanto su compañero haya tomado altura, hará el camino en dirección opuesta para volver a Montaudran.

Mermoz ya está colgado del aire, peleando contra enemigos invisibles: la baja temperatura, el viento, las bolsas de aire frío que causan baches descomunales... en su estómago hay tensión, pero en su rostro se dibuja la felicidad.

El vuelo hasta Málaga, con escala de repostaje en Alicante, son casi ochocientos kilómetros a bordo de un Breguet descubierto, donde sólo el ala superior del biplano y un pequeño parabrisas amortiguan la lluvia, el viento o el granizo.

Por la mañana ha partido de los humedales de El Prat, una vez más, envuelto en un revoltillo de estorninos y nubes tenues. En Barcelona el tiempo es más inestable; la Andalucía soleada queda mil kilómetros al sur. Hasta Valencia, el pasillo mediterráneo es plácido, pero ya llegando a Alicante recibe los turbiones de aire que bajan desde la sierra de Aitana. Después ha de pasar por encima de los promontorios que cierran el paso a la altura del cabo Tiñoso. Aunque se mantiene pegado a la costa, le van dando empujones los golpes de viento de la sierra Alhamilla y de la sierra de Gádor, que envían el malhumor de la cordillera Penibética. Unos kilómetros después

se le viene encima el aliento gélido de la sierra Contraviesa, resfriada por los hielos eternos de Sierra Nevada. Volar sobre España es hacerlo sobre el filo de un serrucho.

Al sobrevolar Lújar, cerca ya de Motril, las nieves enfriadas en el cercano pico del Mulhacén, a más de tres mil metros de altura, se espesan hasta que pierde de vista el mundo. Recibe una metralla de granizo que repiquetea con estruendo sobre el fuselaje y algunos perdigones de hielo se estrellan contra su rostro. Siente el frío abrirse paso a través de la cazadora de cuero y la camisa de franela. Le castañetean los dientes. Abre y cierra los puños para que las manos no se entumescan. La potencia ascensional del Breguet no le permite auparse por encima de las masas borrascosas y pasar por encima de ellas. Ha de penetrar el chubasco, atravesarlo, aceptar que es un gorrión dando bandazos en un pantano de nubes. El avión tiembla, pero su mano es firme. De ninguna manera puede odiar la tormenta, porque la tormenta es su aliada: ella saca lo mejor de sí mismo.

Cuando aterriza en Málaga, llueve a cántaros. No importa, ya estaba empapado. Observa cómo los operarios trasladan las sacas de correo al avión del compañero bajo una toldilla y se siente satisfecho. Esas cartas las están esperando personas que ansían noticias de sus seres queridos, conocer la resolución de un negocio del que puede depender su bienestar o la respuesta a una declaración de amor. Una carta puede cambiarlo todo. Daurat insiste machaconamente en que el correo es sagrado. Mermoz sabe que tiene razón. Lo que ellos transportan son pedazos de vidas metidas en un sobre.

Desmarais, que trae el correo desde Toulouse, deposita a veces, junto a la saca, algún presente para sus colegas destinados en España. A veces es una botella de Pernod, otras un periódico francés.

Mientras espera por espacio de más de una hora la llegada del tren que lo lleve de vuelta a Barcelona desde el aeródromo de El Prat, aprovecha para leer de cabo a rabo un ejemplar de *Libération* dejado por Desmarais. La política le interesa poco, pero le gusta estar informado. Le llama la atención una noticia sobre el raid militar aéreo Military-Zenith, una ruta de casi tres mil kilómetros que se celebra anualmente. Los raides son competiciones para

establecer récords y probar aviones. A la prensa le gusta mucho ese tipo de demostraciones deportivas. No es algo que le interese demasiado, pero se lleva una alegría al ver que el ganador es un sargento llamado Henri Guillaumet. Se fija en la foto y sí, ahí está su camarada, vestido de uniforme sosteniendo un ramo de flores, rodeado de media docena de oficiales más sonrientes que él mismo. Guillaumet es lo único que echa de menos de sus años en el ejército. Bueno, y aquella reina de Palmira de la que le habría gustado saber el nombre. Ahora piensa en la locura de jugarse el pellejo para estar con ella. Y también en cómo se lo jugaba ella, si la encontraban entregada a un infiel. Arriesgaban la vida por estar juntos y ni siquiera llegaron a cruzar nunca una palabra. Se miraban y lo sabían todo. En ese momento no fue consciente de que la suya fue una gran historia de amor.

Es ya muy tarde cuando llega hasta la pensión Frascati, un lugar de precio asequible, donde a partir de diez pesetas se puede tener pensión completa, situada muy céntrica, en la calle de las Cortes, a unos cientos de metros de la plaza de Cataluña y enfrente del moderno hotel Ritz, donde hace guardia de manera perenne un portero con traje granate y chistera a juego. La pensión le ofrece otra ventaja: la esposa del propietario es francesa.

Al entrar, el dueño le hace un gesto para que se acerque al mostrador de recepción donde las llaves duermen en una colmena de madera.

—Le han telefoneado de su oficina central en Toulouse. Debe llamar al señor Daurat a su despacho en cuanto llegue.

—¿En cuanto llegue? ¡Pero si son las diez de la noche!

El señor Frascati se encoge de hombros.

En la pequeña cabina, llama a cobro revertido al número de su jefe, aunque es demasiado tarde para que Daurat esté aún en la oficina. Suena un tono, después otro. No llega a sonar el tercero.

—Diga.

—¿Señor Daurat?

—Soy yo.

—Aquí Jean Mermoz. No pensé que estaría aún en el despacho.

—Escúcheme. Riguelle va a tomar un par de semanas de vacaciones. Usted deberá cubrir su ausencia.

—Pero yo tengo mi turno.

—Ahora tiene dos.

Riguelle es el piloto que hace su misma ruta en los días alternos. Eso significa que ha de doblar su turno de vuelo: ochocientos kilómetros a Málaga; dormir allí en un camastro del aeródromo. Volver al otro día a primera hora otros tantos kilómetros de vuelta a Barcelona con el correo que llega de Casablanca.

Poca gente podría resistir ese ritmo infernal. Mermoz puede.

Cuando llega a Málaga o a Barcelona, ya no le sirven la cena en platos, sino en bandejas. Su apetito es voraz. El encargado de la aeroplaza en Málaga sabe que le encantan los cucuruchos de pescadito frito que venden en los puestos ambulantes de la ciudad y algunas veces hace venir expresamente a uno de ellos con su motocarro para montar el tenderete en el aeródromo. La primera vez que lo hizo, el propietario, un andaluz bajito y muy moreno, con unas patillas de hacha inmensas, le preguntó que para cuánta clientela iba a ser.

—Para uno —le contestó.

—¡Pero tú estás mal de la azotea, chiquillo!

Al encargado le costó convencerlo de que se acercara a esas horas de la noche hasta el apartado aeródromo con su freidora, su harina gruesa y sus pescaditos para servir a un solo cliente. Cuando Mermoz bajó del avión tras casi diez horas de dar saltos en el aire, con las manos tiesas y el estómago vacío, y vio una freiduría en medio de la nada, le pareció que estaba teniendo una alucinación. Pero los espejismos no huelen a aceite de oliva. Fue hasta el puesto y el hombre le alargó uno de sus cucuruchos de papel encerado caliente repleto de un surtido crujiente de acedías, boquerón pequeño, algún trozo de cazón de los recortes... Mermoz casi se lo bebió. Lo volcó sobre su boca como si fuera el agua de un botijo. Pidió más. Y luego, más. Cuando llevaba siete cucuruchos, el hombre, perplejo ante aquella trituradora de pescadito frito, tuvo que disculparse porque había terminado con las existencias.

Después de haber llenado su depósito de proteínas, Mermoz se tumbaba en el camastro que le tenían preparado en las dependencias del aeródromo y caía en el sueño como una piedra que cayera en la poza de un río.

Una noche en que llegó especialmente tarde a la pensión Frascati de Barcelona encontró un mensaje de Daurat. Debía llamarlo urgentemente. Eran las once de la noche; una huelga del sindicato del transporte había convertido el retorno desde el aeródromo de El Prat en una larga odisea con presencia de los piquetes anarquistas de la CNT. A pesar de la hora, probó a llamar al despacho de Daurat.

—Diga.

—Señor Daurat, tengo un recado para que le llame.

—El padre de Desmarais se está muriendo. Ha solicitado un permiso para ir a verlo.

—Vaya, lo lamento. ¿Entonces se ha marchado?

—He dicho que ha solicitado el permiso, no que se lo haya concedido. Tenemos un correo que entregar. No voy a autorizar a Desmarais hasta no haber hablado con su sustituto y saber si está en condiciones de asumir su servicio momentáneamente.

—¿Y quién es ese sustituto?

—Usted.

—¿Cómo? ¡Pero si ya estoy haciendo el servicio de Riguelle además del mío!

—Ya veo...

Al otro lado de la línea se hace un silencio ensuciado por los ruidos de la conexión.

—¿Qué es lo que ve?

—Veo que no se siente usted capaz de hacerlo. Barcelona-Toulouse es como un paseo en bicicleta, pero si no puede, no puede. Le agradezco que sea sincero. La regularidad del correo es demasiado valiosa para ponerla en peligro si no se siente uno seguro de que está capacitado para transportarlo.

—Pero ¿quién ha dicho que no estoy capacitado para transportar de manera segura el correo?

—He pensado que era usted quien lo decía.

—¡Nada de eso! Yo sólo... ¡Maldita sea! ¡Claro que puedo llevar ese correo a Toulouse!

—Madrugará más en Málaga, tendrá que salir con la primera luz y deberá llegar a Toulouse antes de que se ponga el sol. La escala en Barcelona será sólo para repostar. Al día siguiente, igual hasta Málaga.

—Ningún problema.

—Pasaré sus horas a contabilidad para que le sean puntualmente abonadas.

—¡Qué más me da el dinero, señor Daurat! ¡No tengo tiempo para gastármelo!

—Buenas noches, Mermoz. Descanse.

Se despide y al colgar le queda la duda de si Daurat le anima a descansar porque se preocupa por él o porque se preocupa por que el correo llegue sano, salvo y a la hora a su destino. Aunque, pensándolo dos veces, viene a ser lo mismo.

Hacer el trabajo de tres pilotos se convierte para Mermoz en algo habitual. Cuando sus compañeros se reincorporen a sus puestos, será él quien telegrafee a Daurat solicitándole que le adjudiquen cualquier vacante, y pilota con la misma glotonería con que come. O con la que hace el amor cuando tiene ocasión. Mermoz quiere ampliar horizontes y le pide varias veces a Daurat que lo destinen a la ruta de Casablanca, pero sus peticiones por escrito con largas parrafadas son denegadas con un escueto «No».

Al menos, le dan una semana de vacaciones y aprovecha para volver a París. La ciudad, con un buen traje y dinero en el bolsillo, es otra. Tú eres el mismo, pero los demás te ven de otra manera.

Saborea en la terraza del Promenade un café con whisky. Es el tercero que se toma, disfrutando de un par de días de vacaciones en medio de su frenética tarea de cartero volante entre España y Francia, con alguna incursión a Casablanca para cubrir bajas.

En vez de irse al teatro, se sienta en las terrazas a ver pasar el mundo. Sobre todo le gusta mirar a las mujeres. Le encantan las muy delgadas de media melena y cuello de cisne, también las rellenitas de busto generoso que sonrían al pasar, igual que le maravillan las rubias de ojos azules que parecen diosas de la mitología nórdica, y las de pelo castaño largo y ojos pardos de gata... A todas las mujeres sin excepción les encuentra algo hermoso.

Desde su platea ve pasar por delante de los veladores a un paseante que camina de una manera que le resulta familiar. No habría podido reconocer su manera de vestir, ni su corte de pelo, incluso le parecía más bajo en otro tiempo, pero su manera de andar es el trazo de su firma sobre la Rue La Fayette.

—¡Guillaumet!

Y cuando éste se detiene en seco y se vuelve sobre los talones con la marcialidad de haber estado mucho tiempo marcando el paso, se reencuentra con la misma cara bondadosa de entonces. Mermoz se levanta y lo abraza aparatosamente. Antes de que pueda objetar nada, ya está sentado a la mesa y tiene delante otro enorme café con whisky.

—Leí acerca de tu victoria en la Military-Zenith... ¡Bravo! Debiste de dejar con un palmo de narices a un montón de engreídos oficiales.

—La verdad es que hubo un oficial, el teniente Challe, que fue muy generoso y me prestó su avión cuando el mío había sufrido una avería irreparable.

—No quiero saber nada del ejército... Está lleno de injusticias.

—Eso es verdad. Por eso me licencié.

—La aviación civil es otra cosa.

—¿Y qué ha sido de ti este tiempo? —Guillaumet observa su impecable traje de lana, el abrigo de paño y el sombrero nuevo a la última moda—. Bueno, ya veo que muy bien. Pareces un potentado.

—Me he salvado, sí. Pero he estado tirado en el arroyo.

—¡No me lo creo!

—Pues así es, amigo. He pasado hambre, he comido en los albergues de caridad y he dormido en la calle. En esta ciudad de miles de personas llena de tantas cosas, he estado todo lo solo que un hombre puede llegar a estar.

—¿Por qué no viniste a buscarme a Thionville?

—¿Volver a Thionville para darle a Pelletier la alegría de verme derrotado? ¡Jamás! No fue fácil, pero finalmente me admitieron en las Líneas Aéreas Latécoère. Ahora estoy viviendo entre Barcelona y Toulouse, me ocupo de la línea de España. Tienen grandes planes, la línea del sur en África se ampliará muy pronto.

—¿Y qué transporta?

—La mercancía más valiosa del mundo: cartas. Cartas de negocios, cartas de amor, cartas de padres a hijos, noticias sobre herencias, traslados laborales, felicitaciones, defunciones... Ponemos al habla Francia, España y África.

—Nunca he volado sobre África.

—Te encantaría: el cielo está vacío y la tierra también. Estás en tu avión y es como si el mundo lo hubieran puesto ahí sólo para que tú volaras sobre él.

Guillaumet sonrío con los ojos achispados, no tanto por el whisky como por las palabras de Mermoz. Hay un tipo de embriaguez que sólo los aviadores conocen.

—En casa Latécoère hacen falta buenos pilotos que amen su trabajo... ¡Vente conmigo a la Línea!

CAPÍTULO 24

París, 1925

Loulou se casó un 7 de marzo. No lo invitaron y eso le ahorró a Tonio un mal trago. Hace tiempo que todos los tragos le saben a flores muertas, como si se bebiera el agua de los floreros. Durante semanas, deambula por las calles con zapatos de plomo. Sus bolsillos están agujereados. Ha de escribir de nuevo a su madre para que le adelante algo y eso lo pone aún más melancólico, se siente como un niño perdido en una ciudad enorme. Camina y camina sin un propósito definido, con una vaga esperanza de que al doblar una esquina todo cambie.

¿Y si al doblar la siguiente calle sucede algo? No sucede. Pero ¿y si ocurre en la siguiente?

Los pasos perdidos lo llevan a menudo a merodear por la calle de l'Odéon, donde están las mejores librerías. Prefiere La Maison des Amis des Livres y le gusta especialmente el cajón de madera que ponen en la calle, donde se puede rebuscar sin detener apenas el vagabundeo.

Muy cerca está también Shakespeare and Company, de esa librería norteamericana con cara de asustada, pero hay demasiados títulos en inglés. Un día le fue a preguntar a alguien con boina y barba canosa y resultó ser un americano con malas pulgas, escritor y reportero de guerra, que empezó a insultarlo en inglés por haberlo confundido con un dependiente.

Una tarde en que regresa de uno de sus paseos, la casa de su tía está de lo más concurrida. Él se dispone a escabullirse escaleras arriba, pero ella lo llama y le pide que entre al salón a tomar un ponche. El *cup* de frutas que le sirve un camarero con un cucharón de plata le sabe a gloria alcohólica. Pensaba tomarse una copa, pero acaba tomando tres.

Entre los invitados hay un hombre alto y tan corpulento como él, pero más atlético. Se llama Jean Prevost y no es jugador de rugby; es editor de la influyente revista literaria *Le Navire d'Argent*, patrocinada por el editor Gallimard. Tiene una voz recia y unos modales corteses pero rotundos. Se adivina en sus ademanes bruscos y sus gestos cerrando los puños una afición al pugilismo.

—¿Y a qué se dedica usted? —le pregunta.

—Era piloto.

—¿De coches?

—Era aviador.

—¡Cuéntenos! ¿Se pasa miedo?

—Está uno muy atareado allá arriba. El miedo es un lujo.

—Entonces, ¿qué se siente en el aire?

Tonio se para a pensar. Sin darse cuenta, incluso cierra los ojos.

—El temblor.

Prevost muestra un vivo interés.

—¿Qué quiere decir?

—Los aviones son de madera, son juguetes de niño. Las planchas son muy finas y el motor los hace vibrar todo el tiempo. El avión tiembla y tú tiemblos con él..., y te sientes vivo. Discúlpeme, no sé cómo explicarlo.

—Pues a mí me gusta cómo lo explica.

Si algo ha desarrollado en su trabajo Jean Prevost es la capacidad para distinguir a los charlatanes de los que tienen algo que explicar. Y, sobre todo, de saber cuándo alguien tiene el don innato de contar. Lo sabe: ese joven tiene el don. Cuando unos minutos más tarde estrecha su manaza enorme para despedirse del sobrino de Yvonne, lo mira a los ojos y le dice muy serio que debería ponerse a escribir.

—Lo hago a ratos, señor Prevost. Estoy trabajando en la historia de un piloto.

—Me encantaría publicarla en mi revista.

Tonio asiente con vehemencia y una pequeña luz se enciende en su interior.

Le Navire d'Argent acaba de nacer, pero es la revista literaria más importante del momento. Ahí publica el propio Gide o ese irlandés estrambótico que se llama James Joyce. Cuando sube a su cuarto, empieza a danzar alrededor de la pequeña mesita de escritorio imitando patosamente una danza de los pieles rojas e invocando a Manitú, igual que en las novelas de James Fenimore Cooper. Desea ponerse a escribir cuanto antes para finalizar la historia de su aviador Bernis. Pero está demasiado excitado para hacerlo. Mejor que eso, se pone a escribir cartas a su madre, a Rinette y a varios de sus amigos para contárselo. A su manera.

¡Los editores más importantes de París arden en deseos de leer mis textos!

En los siguientes días, la euforia se va evaporando. Pensar las historias es menos cansado que escribirlas. Vuelve el frío y sus pies, en lugar de danzar, se arrastran indolentes en paseos erráticos por la ciudad.

Una de esas tardes, visita a un antiguo profesor de la Academia Bossuet, donde cursó sus estudios de secundaria. El padre Abarnou siempre tuvo simpatía por aquel estudiante aplicado a ratos y distraído casi siempre, con una extrema timidez que a veces disfracaba de una cierta petulancia.

Mientras toman un té con demasiada leche, le explica el desaliento por haber perdido el hilo con la única profesión que realmente lo llenaba, el páter arquea mucho las cejas, se frota la barba encanecida y, finalmente, le dice que va a hablarle de él a un amigo suyo llamado Beppo. Es el socio de George Latécoère en las Líneas Aéreas Latécoère.

—Se dedican al correo aéreo.

—¡Lo sé! —exclama él.

—Son carteros.

—¡Carteros del aire!

—No sé si ése sería un trabajo satisfactorio para ti.

—¡Sería el mejor trabajo del mundo!

—Tendrías que desplazarte a Toulouse, incluso a España.

—Aquí ya nada me ata, padre.

Sale del solemne edificio de la Academia Bossuet y cuando pone un pie en la calle respira hondo. Sólo es una posibilidad, sabe que no será fácil ser aceptado, pero mira a un lado de la calle y no viene nadie, mira al otro y

tampoco. Aprovecha para dar unos cuantos pasos de la danza de los pieles rojas, levantando mucho las rodillas y tamborileando con la mano sobre los labios. Una señora que está regando los geranios lo mira y las gafas se le resbalan hasta la punta de la nariz.

CAPÍTULO 25

Barcelona, 1925

En el aeródromo de Barcelona, situado en una zona de humedales del sur de la ciudad, Mermoz fuma un cigarrillo bajo el voladizo del hangar mientras observa caer la lluvia. Un inspector de la Línea, que supervisa el funcionamiento de los diferentes puntos de la ruta, asoma por el quicio de la puerta su cabeza calva y sus abultadas bolsas bajo los ojos.

—¡Pero métase dentro, hombre! ¡Hace frío ahí fuera!

Mermoz se echa a reír de buena gana.

El hombre lo mira sin entender nada y se vuelve hacia adentro. Él no sabe que a dos mil metros de altura y ciento ochenta kilómetros por hora se encuentran temperaturas quince y hasta veinte grados más bajas, que la lluvia se convierte en nieve y el viento muerde, pero que nada de eso tiene importancia.

El ronroneo de un motor en medio de la masa de nubes negruzcas avisa de que llega el correo desde Toulouse. La visibilidad es pésima, de menos de cincuenta metros, pero el avión aparece encarado a la pista de manera milimétrica y, sin que las alas titubeen lo más mínimo, se posa suavemente sobre el suelo. Mermoz asiente. No hay muchos aviadores que piloten con ese dominio tan absoluto del aparato, por eso sabe que va a darle el relevo a Guillaumet.

El mecánico sale corriendo hacia el avión con un paraguas negro.

—¿Adónde va con el paraguas? —pregunta el inspector financiero.

—Son órdenes de Daurat.

—¡Ah! Veo que cuida de sus pilotos.

Mermoz hace una mueca. No conoce a Daurat. El paraguas no es para Guillaumet, que se baja chorreando de una carlinga que es una poza de agua de lluvia. El paraguas es para proteger la saca del correo. Recuerda la bronca

que le echó a un operario de tierra en Montaudran una vez que llovía a cántaros y no acudió hasta el aparato con el paraguas. Mientras daba esa orden, el propio Daurat estaba en medio de la pista, calado de arriba abajo, con un chorro de agua cayéndole por el ala del sombrero en cascada.

Lo primero que hace Guillaumet, mojado y tiritando, no es buscar el cobijo del barracón, sino ir a abrazar a Mermoz. Se contagian la humedad y la breve alegría de cruzarse en un aeródromo.

—¿Todo bien, Henri?

—Todo bien y en hora. El señor Daurat me ha dado una carta para ti.

Se saca del bolsillo interior de la cazadora un sobre algo arrugado y humedecido, y Mermoz lo lee sobre la marcha.

—El jefe me pide que mañana continúe con el correo hasta Toulouse y me presente en su despacho.

Al día siguiente, el sol está dando la última boqueada por el oeste cuando Mermoz aterriza en Montaudran. De nuevo con lluvia, de nuevo con frío. Dos operarios corren para tomar la saca de correspondencia que viene desde África y ha viajado en un tiempo récord que hace que la gente empiece a tomar en consideración a esos carteros voladores. Pero Daurat no se cansa de repetirlo cada vez que algún periodista quiere entrevistarle para que explique el milagro postal: «No hay milagro —refunfuña—, sólo trabajo».

El director tiene en su mesa un informe sobre el mecánico Marcel Drouin, un veterano de los que lo saben todo sobre motores. Su asistente Bouvet le anuncia que Drouin está en la puerta y le dice que lo haga pasar. Se arrellana en su asiento y enciende un cigarrillo. El mecánico es un hombre que ha cumplido los cincuenta, con una calvicie que avanza a grandes zancadas sobre su cabeza, donde los cabellos rubios escasos se van blanqueando.

—Usted dirá, Drouin.

—He recibido notificación de que se me degrada de mi puesto de primer oficial mecánico al de auxiliar.

—Así es.

—Señor Daurat, es cierto que cometí un error con unas conexiones. ¡Le puede pasar a cualquiera!

—Pero le pasó a usted.

—¡Llevo veinte años de mecánico! Usted sabe que conozco mi oficio mejor que nadie. ¡No pueden degradarme a auxiliar! En el taller todos se burlarían de mí. Es una injusticia y no voy a aceptarlo.

Daurat lo mira con una neutralidad que incomoda al operario. Ni irritado ni contempторizador. Simplemente lo mira.

—¡En 1910 monté el primer avión de Latécoère! Lo he dado todo por esta compañía. Si me rebajan la categoría, me marcharé.

El director no mueve un solo músculo ni hace la más mínima observación detrás de su mesa metálica. Por su parte, está todo dicho. El hombre se da la vuelta y se retira, cabizbajo.

—¡Pediré la cuenta al contable!

Cuando se marcha, Daurat toma la carpeta con el informe sobre el incidente de Drouin y hojea de nuevo las notas, aunque las conoce de memoria. Un momento antes de despegar se detectó que el cableado eléctrico del Breguet estaba conectado al revés. Drouin dice que conoce su oficio mejor que nadie. Y lo malo es que es verdad. Si un mecánico se equivoca por falta de conocimiento es una mala cosa, pero ese mecánico puede aprender y no volverá a cometer el error. Si un mecánico que lo sabe todo sobre un motor se equivoca, es que no ha prestado atención o se ha distraído. Nada indica que no vaya a volver a cometer la misma falta. El exceso de confianza hace bajar la guardia. Los años también pesan más de lo que queremos creer.

Da vueltas a la hoja y le viene a la mente el rostro compungido de Drouin. Es un buen trabajador, con más de veinte años de oficio y un comportamiento impecable. Tal vez esté siendo injusto con él.

Un solo fallo...

Podría romper la orden de degradación que lo aboca, en un encomiable gesto de orgullo profesional, a solicitar una renuncia. Una renuncia que tal vez lo lleve al desempleo y sea el inicio de su caída. No hay tantos lugares donde pueda trabajar un mecánico de aviones. Es posible que caiga en una espiral que lo lleve a la desesperación, tal vez a la bebida y a la ruina. Su decisión puede ser devastadora para Drouin y aún está a tiempo de romper

esa orden y lanzarla a la papelera. De ese modo, un buen hombre, honrado y trabajador, recuperaría su dignidad. Pero lo único que estruja es el paquete de tabaco vacío que hay sobre la mesa.

Bouvet pide permiso para entrar de manera apocada.

—Se trata de Drouin, señor Daurat. Ha pedido la liquidación y el contable me la da por si usted la quiere firmar o manda otra cosa...

El asistente alza la mirada por encima de las gafas negras y mira a su jefe con una ansiedad temerosa. Bouvet conoce a Drouin desde que tenía pelo en la cabeza. Sabe que es un buen hombre. Daurat busca la pluma estilográfica en el bolsillo de la chaqueta y el asistente, encogido en su traje barato, hace acopio de valor para decirle algo.

—Señor Daurat...

El jefe le clava los ojos minúsculos y él agacha la cabeza. Se va cabizbajo con los papeles.

Bouvet piensa que soy un tirano. Lo soy...

Aprieta las mandíbulas. ¡Hubiera sido tan fácil hacer feliz a un buen mecánico! Si hubiera revocado la orden habría sido justo con Drouin y sus años de dedicación. Pero habría sido injusto con el resto de los pilotos de la Línea. Un circuito eléctrico mal armado puede provocar un corte de fluido a cuatro mil metros de altura en plena noche, borrar todos los instrumentos de navegación y llevar al piloto a la muerte. Es verdad que podría haberle dado una segunda oportunidad. Una segunda oportunidad para esperar si cometía o no un segundo error. Pero ¿y si por ese segundo error el avión se hubiera estrellado y el piloto fallecido? ¿De quién sería la culpa de esa muerte? ¿Sería culpa de Drouin? ¿O sería culpa de quien lo autorizó a seguir equivocándose?

No sabe si ha sido excesivamente severo.

—Quién sabe...

No es la culpa lo que preocupa a Daurat. Hace tiempo que hizo un pacto con sus remordimientos. Muchos hombres de la Línea han muerto desde que él es el director. Él es quien los manda a volar en condiciones extremas, quien los sanciona si se retrasan aunque las condiciones sean adversas, quien los amonesta si se arrugan ante un parte meteorológico dudoso. Él los empuja hacia arriba. Y algunos caen.

No se culpa, en eso consiste su cometido. Tampoco olvida. Recuerda con precisión milimétrica a cada uno los pilotos muertos bajo su mando, los ve a todo ellos frente a su mesa con esa arrolladora presencia de la vida. La lista de sus nombres y apellidos es una marca hecha con un hierro al rojo vivo en su piel. Con eso vive.

El asistente lo avisa de que su siguiente visita es la del señor Mermoz. Enciende otro cigarrillo y asiente. Bouvet quiere abrirle la puerta al piloto, pero éste, poco amigo de ese tipo de servilismos, casi lo arrolla. Da los buenos días mientras se planta en dos zancadas delante de la mesa como si tuviera prisa. Daurat lo mira.

—Le he mandado llamar porque se ha producido una vacante en la ruta Casablanca-Dakar. Tal vez le interese. La paga aumenta un cincuenta por ciento.

Mermoz levanta la cabeza y mira el mapa con la línea roja marcada. Antes se detenía en Casablanca, a mitad de Marruecos. Ahora continúa: primero, Agadir. Después sigue hasta el aeródromo de la Línea en Cabo Juby en la antesala del desierto. Después el mapa muestra un vacío geográfico: el Sahara. Una plaza en medio de la nada llamada Port-Étienne y, finalmente, Saint-Louis de Senegal, en el corazón de África. Una ruta con temperaturas de cincuenta grados, arena por todas partes obturando los motores, aeródromos improvisados en lugares desangelados en zonas de influencia de las desconfiadas autoridades españolas y el acecho de tribus autóctonas muy hostiles. Ante esa perspectiva, Mermoz se siente exultante.

—Habrá días malos y habrá días peores.

—Para mí serán todos buenos.

—Tendrán que serlo porque el correo ha de partir todas las semanas.

—Partirá.

—La credibilidad de una compañía postal está en su regularidad. La gente nos confía sus mensajes más importantes. No podemos fallarles.

—No fallaremos, señor Daurat.

Antes de salir hacia Casablanca, subido como pasajero encima de las sacas de correo en el Breguet de Villeneuve, Mermoz ve llegar a un mecánico que corre hacia el avión agitando un papel.

—¡Señor Mermoz!

—¿Qué pasa?

El muchacho se detiene a recuperar el resuello. Acaba de llegar una comunicación del Aeroclub de Francia. Le han concedido una medalla por ser el piloto que más millas ha recorrido en el pasado año 1925: ¡ciento veinte mil millas!

—¿Qué le parece, señor Mermoz?

—Que esto no ha hecho nada más que comenzar.

CAPÍTULO 26

Toulouse, 1926

Tonio llega a la estación de tren de Toulouse en uno de esos días de otoño en que el sol luce engañosamente. Brilla pero no calienta. Reina en el cielo pero no manda. Los nervios le hacen temblar los intestinos como cuerdas de guitarra. Un moderno tranvía eléctrico lo lleva a Montaudran. Camina hasta llegar a los hangares altísimos y a la fila de aviones recién salidos de la fábrica. El ruido lo hace volverse y ve aterrizar en la pista un Breguet 14 que se bambolea caprichoso y posa las ruedas en el suelo. Aún con la hélice en marcha, se abalanzan sobre el avión dos operarios y abren el compartimento de carga para tomar unas sacas.

Tras la gestión de su antiguo profesor con un amigo personal del dueño de la línea aérea, se le comunicó que debía presentarse ante el jefe de explotación, el señor Didier Daurat, y que el ingreso o no en la compañía dependía exclusivamente de él.

El despacho es austero, sólo hay mapas y papeles. Las sillas son duras, seguramente para que nadie permanezca sentado demasiado tiempo. El señor Daurat irradia una seguridad que lo cohibe.

—¿Por qué quiere usted ingresar en esta compañía?

—Porque quiero volar...

—Ya..., pero esto no es una empresa de paseos aéreos.

—Lo sé.

—Una empresa de paseos aéreos no vuela cuando llueve. Cuando hay niebla no vuela... —Daurat lo observa con sus ojos pequeños y penetrantes—. Pero se escriben cartas con todos los climas. Y la gente las espera. Las necesita. Nuestra misión es llevarlas. ¿Comprende?

—Perfectamente, señor Daurat.

El director de explotación examina sus credenciales de piloto.

—Su experiencia de vuelo es escasa...

—Estuve tres años en el ejército...

—El ejército en tiempos de paz es un balneario para reumáticos.

Tonio va a decir algo, pero se calla. La poca confianza que tenía se le esfuma. Asiente dándole la razón: como piloto es bien poca cosa.

—Preséntese mañana a las seis al jefe de talleres. Necesita gente para el mantenimiento de motores. Eso es lo que puedo ofrecerle de momento, si le interesa.

—¿Y más adelante?

—Más adelante, ya se verá.

Daurat empieza a sacar papeles de una carpeta y a examinarlos. Tonio duda si ha de permanecer o la entrevista ha terminado. Se revuelve un poco en la silla hasta que Daurat levanta los ojos algo contrariado.

—Buenos días —le dice secamente.

—¡Oh, sí! ¡Disculpe, señor Daurat! Ya me marchó. ¡Buenos días!

Limpiar motores con potasa no es el trabajo más emocionante del mundo. Pero a él le gustan esas catedrales de madera con techo de chapa ondulada galvanizada donde la lluvia arma una escandalera que compite con la de los martillos y las novísimas sierras radiales que nunca había visto antes y le causan asombro con su corte preciso y voraz. Los aviones se construyen manualmente, pieza a pieza, tornillo a tornillo. El jefe de talleres, el señor Lefebvre, es un hombre con un mostacho austrohúngaro que se dobla hacia arriba. Cuando los operarios con grasa hasta los codos ven aparecer a aquel muchacho con camisa y corbata por debajo del mono, modales señoriales y apellido de aristócrata se quedan perplejos. El mono le queda estrecho y mira las cosas con una rara intensidad.

—¿Qué mira usted con tanto interés? —le pregunta el primer día el encargado.

—La manera en que trabaja la gente con sus manos. El ruido preciso del trabajo, el movimiento de los brazos... Me parece que en vez de estar en un taller estoy en una orquesta.

El señor Lefebvre pone cara de no haber entendido. Uno de los mecánicos con el mono mugriento y grasa hasta las cejas que está cerca se echa a reír de manera burlona. Antes de que los demás se sumen, el

encargado le da un manotazo en el pecho y lo corta en seco.

—Bienvenido al taller.

Cuando empieza a desmontar cilindros, sus manos no son hábiles, pero conoce bien la manera de encajar las piezas de un motor. Esos motores Renault de trescientos caballos no son muy distintos de los que aprendió a desmontar en la fábrica de los camiones Saurer antes de convertirse en representante.

Por la tarde llega cansado pero de buen humor a la pensión Grand Balcon, que es el lugar que le han recomendado. Les ha pedido a las propietarias una habitación con escritorio y le han adjudicado una de las mejores, en la cuarta planta. Tiene un ventanal que, desde la esquina algo encajada en que se encuentra la pensión, da a la enorme plaza del Capitole. Muchas tardes empieza a escribir, pero la mirada se le escapa por la ventana envuelta en una melancolía perezosa. Le gusta ver el movimiento de la gente que va y viene a las cafeterías y *brasseries* de la plaza porticada por la que cruza cada poco el tranvía. Desde el ventanal, espía a las muchachas, que pasean de dos en dos o de tres en tres y ríen y se susurran confidencias y luego ríen otra vez. También hay parejas que pasean tomadas del brazo, con sus abrigos de domingo y esa mirada tranquila de quienes tienen el amor domesticado. Le dan envidia. Llaman a la puerta. Una de las señoras Márquez trae un sobre para él.

Al abrirlo, contiene un ejemplar de la revista *Le Navire d'Argent* y una nota de Jean Prevost que lo anima a seguir escribiendo. En ese número aparece por fin publicado su relato «El aviador». Le agrada verlo publicado y alimenta su vanidad, al menos por un minuto, ver su propio nombre impreso en tinta. Pero a la vez le produce una sensación de distancia. Es una obra acabada, no puede hincar más los dedos en su arcilla y darle forma. Ya no pertenece a las manos del alfarero.

Uno de los mecánicos que trabaja en su sección se sienta a su lado en la mesa común del comedor. Cuando la señora Márquez deja encima de la mesa una sopera de loza, el aroma a caldo de pollo satura la habitación y el mundo parece un lugar más acogedor. Un hombre entra en el comedor discretamente y desea las buenas noches a los huéspedes. Lleva una cazadora de cuero con cercos de humedad en los hombros y trae con él un frío de nubes altas.

—Es uno de los pilotos que hace la ruta a Alicante. Dicen que es el piloto más seguro que hay en la Línea. Se llama Henri Guillaumet.

—¿Qué tal el vuelo de hoy, señor Guillaumet?

Detiene la cuchara humeante a mitad de camino, alza la mirada y sonrío amablemente. Después, continúa comiendo.

Nadie repite la pregunta. Ya les ha contestado. Todo ha ido bien, se han cumplido los horarios previstos en las escalas. Si la humedad de su cazadora se debe a un aguacero que le ha caído sobre Barcelona, si en los Pirineos se le ha helado el aliento, si el motor ha tosido durante horas..., todo eso carece de importancia.

Por la mañana, todavía está oscuro cuando Tonio se monta en el tranvía hacia Montaudran. Detrás sube también Guillaumet.

—¿Tiene usted hoy servicio, señor Guillaumet?

—Hasta Barcelona nada más.

—¡Nada más! Lo dice usted como si fuera un paseo.

—Podría decirse así.

—Pero hay que cruzar los Pirineos...

Guillaumet sonrío con una dulzura algo somnolienta, incluso ha de abortar un amago de bostezo. El tranvía se para en medio de una avenida y el piloto mira ansiosamente su reloj de pulsera. Entonces, un gesto de contrariedad le nubla la cara. No le inquieta cruzar los Pirineos, lo que le preocupa de verdad es el trayecto al aeródromo en ese tranvía que avanza tan lentamente que en cualquier momento parece que vaya a quedarse dormido sobre los raíles.

—¿Es usted piloto? —le pregunta Guillaumet.

—Ojalá. Por ahora sólo soy ayudante de mecánico.

—No se preocupe. Todos lo hemos sido en esta compañía. Son los métodos de Daurat. Tendrá su oportunidad.

—¿Usted cree?

—Seguro. Pero sólo tendrá una oportunidad. No falle. Daurat es justo, pero implacable.

Hay algo indefinible en Guillaumet que le gusta. Tal vez que tiene una sonrisa de niño.

Pasan varias semanas en las que se sucede el trabajo en el taller. Su rutina empieza por las mañanas en el tranvía amodorrado que toma en el centro de Toulouse. Se detiene antes de llegar a Latécoère para desayunar café con leche y un cruasán en un cafetín minúsculo donde paran muchos empleados de la compañía. Aunque no le gusta madrugar y le cuesta despejarse por las mañanas, el olor a café y bollos lo anima. Más de una vez se alza sobre uno de los taburetes de la barra y propone un brindis con su vaso de café con leche:

—¡A la salud de los que madrugamos!

Sus compañeros ríen.

—¡Los brindis son con licor! —le grita alguno, jocoso.

—¡Señora Martin, saque el coñac y bautice estos cafés! Invito yo.

Aunque eso sucede siempre en los primeros días de la semana. Al llegar el sábado a menudo ha de pedirle a la propietaria que le apunte el café con leche y el cruasán hasta el lunes.

CAPÍTULO 27

Casablanca-Dakar, 1926

Volver al desierto ha sido para Mermoz como volver a casa. El vuelo semanal le permite tener más días libres y convivir con otros pilotos. Casablanca está rendida ante esos aviadores del correo que parecen no tener miedo a nada. Los cafetines más mortecinos se llenan de chispas cuando llegan los jóvenes pilotos sedientos de cerveza y diversión tras días de ruta. Traen con ellos la luz del desierto.

A veces el jolgorio de la ciudad oculta el silencio opresivo de allá afuera. La angustia de sobrevolar esa arena hostil donde acechan gumías afiladas deseando rebanar el cuello de infieles osados.

En uno de los trayectos el motor empieza a echar humo y ha de aterrizar pasado Cabo Juby, en mitad de la nada. Cuando al poco tiempo llegan unos hombres montados en camello les hace señas alegres. No se da cuenta de que su intérprete, que en realidad apenas habla una docena de palabras en francés, tiembla pese a estar a cincuenta grados.

Los que se acercan son hombres de azul, armados con viejos fusiles y ojos milenarios. Mermoz requiere de su intérprete que hable, pero éste se echa al suelo e implora clemencia de rodillas. Los bereberes descienden de los camellos y le patean las costillas. Se van hasta Mermoz y le golpean en la cara con la culata de un fusil. Se parapeta como puede de una lluvia de golpes. En algún momento pierde pie y se ve en la arena. Patadas. Parecen coces. Más golpes. Hay un momento en que las luces se apagan y todo se desvanece.

Cuando recupera la conciencia está con las manos atadas a la espalda, viajando encima de un camello como un fardo. Nota la costra de la sangre seca taponándole la nariz y la boca llena de arena. Emite un gruñido, que es

todo lo que puede salir de su cuerpo. Los hombres del desierto se vuelven hacia él y el que parece el jefe hace ademán para que se detengan y dice unas palabras que le traen el sonido de las tormentas de arena.

Uno de los hombres del grupo se acerca a él. Lleva un turbante azul y el rostro tapado hasta la nariz. Tiene los ojos perfilados con una raya de kohl y en otras circunstancias le habrían parecido hermosos. Le gustaría poder contarle qué hace allí, en su tierra, explicarle quién es. Ni Mermoz sabe hacerlo ni el otro lo entendería. El afán de todos hombres de hacer y guerrear durante millones de años les ha impedido sentarse a escuchar. Esos dos hombres aman el desierto, pero no saben contárselo.

El tuareg le acerca a los labios una pequeña calabaza que contiene un agua salada y amarga y le da a beber unas gotas. En ese momento Mermoz sabe que no lo van a matar y siente una absurda sensación de agradecimiento hacia esos hombres de ojos pintados que lo han vapuleado y secuestrado.

Anochece cuando llegan a un minúsculo campamento consistente en unas jaimas de tela pringosa y un par de camellos. Lo arrojan sin desatarlo a una de las tiendas y Mermoz nota las magulladuras por todo el cuerpo. Unas gotas de esa agua repugnante y el sueño son su único consuelo.

Por la mañana, le ponen a la altura de la cabeza un cuenco que contiene un puñado de dátiles. Es su desayuno, tal vez la comida de todo el día. Al tener las manos atadas, ha de comer metiendo la cara en el cuenco. El hambre no sabe de modales, rebaña las últimas migajas con la lengua como haría un perro. Al acabar, uno de los hombres, tal vez el mismo del día anterior, porque todos le parecen iguales: altos, delgados y embozados de azul hasta los ojos, le trae la calabaza de las gotas milagrosas. El agua ya no le sabe amarga. Le sabe a champán.

Uno de los hombres llega corriendo, agitando los brazos y gritando. El jefe lo distingue por las babuchas que un día debieron de ser doradas y conservan algún hilacho brillante, da algunas órdenes y todos se ponen a recoger apresuradamente las jaimas.

Lo toman en volandas y lo suben a un camello. La joroba se le clava en el pecho. Pero lo peor es cuando el jefe ordena que se pongan al galope. Con el traqueteo, siente que la piel se le va enrojeciendo, primero, y, después, rasgando. La cabeza le cae por un costado y atisba cómo otro grupo de

beduinos los persigue. Algo le dice que el botín que buscan es él. Mala cosa estar en disputa entre tribus para los que la vida de un infiel vale infinitamente menos que la de una cabra.

Poco a poco dejan atrás a sus perseguidores y el grupo busca un escondrijo detrás de unos promontorios de pedruscos y arena donde algún matojo aislado sugiere que hay agua en alguna parte remota del subsuelo. Los tuaregs conocen cada pliegue y cada agujero del desierto y saben dónde encontrar agua en pozos que sólo ellos conocen.

Pasa las horas y los días con la piel desollada y la boca sellada, sin saber cuándo va a terminar ese tormento. Un par de veces ha oído un avión sobrevolar sus cabezas, pero nadie allá arriba sabe que en esa reata de nómadas viaja Jean Mermoz. O lo que queda de él.

Una noche, al acampar, se repite la rutina de todos los días. La cuerda que le ata las manos ha hecho ya una costra verdosa alrededor de la soga y ha dejado de molestarle. La piel está ya tan quemada que tampoco le duele. Ni siquiera el golpeo en el pecho del camello. Se da cuenta de que, al bajarlo del animal y dejarlo bajo una carpa que sólo le protege de la luz de las estrellas, no nota sed ni frío. Y ahí es cuando por primera vez siente pánico. Es como si hubiera dejado de estar ahí, como si ya no fuera Jean Mermoz. Se muerde salvajemente el labio y, agrietado como está, enseguida empieza a sangrar. Nota el escozor, también el sabor dulzón de la sangre, y se siente reconfortado. La vida tiene que doler.

Durante una de esas jornadas de nomadismo, tras varias horas de ruta, cree atisbar una construcción geométrica, como una fortaleza. Los espejismos levantan castillos en el aire que se desvanecen en cuanto quieres tocarlos. Pero la construcción permanece y se hace más nítida a medida que avanzan. Distingue incluso el movimiento de personas y, cuando ya están muy cerca, pese al estado de semiincoscienza en que vive, se da cuenta de qué lugar es éste: el fuerte español de Cabo Jubu. Es un establecimiento militar paupérrimo y desolado, pero en ese momento le parece el palacio de un emperador.

Los beduinos se detienen a unos centenares de metros de la puerta del cuartel, que permanece cerrada y silenciosa. El jefe tuareg se acerca hasta él; con la cabeza colgando a un lado del camello sólo puede ver sus babuchas de oro cansado. El hombre da una orden y uno de los tuaregs lo arroja a la arena

y, desde el suelo, sí puede ver al jefe, al menos la franja de sus ojos entre la tela azul. Desenfunda la gumía, que lanza destellos afilados, y se acerca hasta él. Mermoz no cierra los ojos, cada segundo es una eternidad. Cada gota es preciosa. Sus miradas se cruzan. No hay odio. El odio es para los débiles.

El tuareg se agacha y corta la cuerda que le sujeta las manos. A unos cientos de metros ve abrirse el portón del cuartel español y unos soldados que escoltan al oficial al mando y a un civil no muy alto con un traje de mil rayas, bigote fino y un sombrero de ala ancha más propicio para un café de París que para esas tierras inhóspitas.

Daurat...

La Línea ha pagado el rescate y Daurat ha volado desde Toulouse hasta Cabo Juby para asegurarse de que todo esté en orden. Cuando por fin traspasa la puerta del cuartel llevado en una camilla, le tiembla todo el cuerpo.

—¡Señor Daurat!

—¡Cierre la boca, Mermoz! —El jefe lo mira con su severidad habitual, como si estuviera en el despacho de Montaudran—. ¡Está hecho una piltrafa! Siga al oficial médico y hágale caso en todo. ¡Haga caso a alguien por una vez! ¡Y cuando se reponga quiero un informe completo del aterrizaje!

Mermoz sonríe con los labios agrietados. Siente la felicidad insuperable de recuperar su vida.

Un soldado de la enfermería lo ayuda a ducharse, el médico castrense español le desinfecta algunas llagas y ya se siente mucho mejor. A pesar de que debería pasar la noche en observación, Mermoz insiste en irse al pequeño aeródromo de la Línea, situado al lado del cuartel. También le indican que tome infusiones y una cena ligera.

En cuanto llega, salen a saludarlo los mecánicos y Mustafá, un marroquí que aprendió a cocinar en la Legión española.

—¿Qué tienes de cena, Mustafá?

—Estofado de cordero. Ya sé que usted no gusta mucho...

—¿Que no me gusta el estofado de cordero?

Su risotada hace temblar los cristales de las ventanas. Se come un plato hasta arriba. Después, otro. Y otro más. Tras el tercer plato pide el postre.

—Hay dátiles.

—¿Dátiles? ¡No!

Finalmente, de postre se toma otro plato de estofado. Los mecánicos lo ven comer como si asistieran a un espectáculo deportivo.

Mermoz quería retomar su ruta al día siguiente de ser rescatado en Cabo Juby, pero dada la insistencia de los médicos, Daurat le ha ordenado que se tome unos días de permiso y decide ir a visitar a su madre a París. Justo el día que llega, la alegría del encuentro se ve repentinamente interrumpida por un dolor intenso en el oído. El dolor aumenta y la subida de la fiebre de manera alarmante obliga a su inmediato ingreso en el hospital.

No saben lo que tiene. La fiebre no baja y el dolor sólo se aplaca con dosis descomunales de morfina. El jefe de la sala de otorrinos decide operar aunque eso ponga en riesgo su oído. Cuando el cirujano abre, se encuentra arena en el conducto auditivo. Lleva medio desierto metido en la cabeza. La operación es delicada y, al terminar, el médico cree haber eliminado toda la arena, pero el tímpano ha sufrido mucho. Cuando se recupera de la anestesia, el médico se acerca a la cabecera de la cama para hablar con él.

—Es probable que pierda la capacidad auditiva del oído izquierdo.

—¡No puede ser! ¡Eso es una tragedia!

—Bueno, no es tan grave. Tiene el otro oído intacto, podrá hacer una vida normal.

—¡Usted no lo entiende! Yo no quiero una vida normal. Si no oigo por un oído me retirarán el título de piloto.

—No se puede hacer más que esperar...

—Opéreme otra vez, haga lo que sea. Me da igual el riesgo.

—Ha estado muy grave, habría podido morir con semejante infección. ¡Debería estar feliz de conservar la vida!

—Pero es que yo no quiero la vida. Yo quiero volar.

La naturaleza de Mermoz es portentosa. La capacidad de recuperación de su cuerpo asombra a los médicos. Su tímpano se va restableciendo poco a poco. Aunque el oído vuelve a funcionar, tiene por delante una larga convalecencia.

—Tres meses de reposo.

—¡Tres meses! ¡Imposible! Necesito el alta para la semana que viene.

—Los cambios de presión con el vuelo podrían ser muy perjudiciales. El tímpano ha sufrido una fuerte agresión.

—¡No puedo estar tres meses holgazaneando! ¡Hay mucho correo por repartir!

Pero los médicos no ceden. Por eso, tras quince días dando vueltas por París, Mermoz decide viajar en tren hasta Toulouse para tratar de convencer a Daurat de que lo deje volar cuanto antes.

CAPÍTULO 28

Toulouse, 1926

Una noche en el Grand Balcon, después de la jornada en el taller, ven llegar a un hombre de espaldas anchas y cabello rubio con un abrigo de cachemira.

—Es Jean Mermoz —murmura el mecánico.

Tonio arquea las cejas con perplejidad. Más aún cuando ve cómo la señora Márquez, que se había quedado traspuesta sobre la silla de la recepción mientras hacía calceta con dos enormes agujas de madera, abre los ojos de golpe y empieza a gritar el nombre de su hermana.

—¡Odile! ¡Deprisa, la sopa!

El recién llegado sonríe de una manera que a Tonio le resulta enigmática. Hay en su gesto una afabilidad sin asomo alguno de desdén que resulta irresistible. Las señoras, magnetizadas por la presencia de ese huésped de un indudable ascendiente, corretean por la pensión tan aturulladas como gallinas descabezadas en su afán de que su habitación esté lista y la cena se sirva inmediatamente.

Entra en ese momento Guillaumet, con su cazadora manchada y el pelo revuelto. Cuando ve al recién llegado se va hasta él y se dan un abrazo.

—¿Cómo te encuentras, Jean?

—Magníficamente. Mi único problema es la terquedad de los médicos. Creen que debo reposar...

—Pues entonces debes hacerlo.

—¡Lo que me pone enfermo es reposar!

Tonio, llevado por un impulso de esos muelles que a veces se nos sueltan por dentro, se pone en pie y se acerca hasta el tal Mermoz, muy resuelto:

—Mi nombre es Antoine, Antoine de Saint-Exupéry.

—¿Y hace mucho de eso?

Se lo ha dicho con un tono tan guasón y cortante que no sabe qué responder. De repente, se siente ridículo por haber interrumpido ese encuentro de manera tan poco procedente y haberse metido donde no lo llaman. Sus mejillas empiezan a arder y no puede evitar tartamudear al tratar de pedir disculpas.

—Ustedes sigan, quiero decir que disculpen...

El nuevo huésped lo mira con una severidad algo burlona, pero cuando empieza a recular torpemente, Guillaumet extiende la mano y lo toma del antebrazo.

—Saint-Ex es piloto. Pronto terminará su periodo de prueba en los talleres de la fábrica.

Podría haber dicho que era un simple ayudante de mecánico, o no haber dicho nada y seguirle la burla a su arrogante amigo, pero empieza a comprender de qué pasta está hecho Guillaumet.

—Saint-Ex, te presento a Jean Mermoz, uno de los pilotos de la línea de África.

—África...

No puede evitar repetir como un eco y abrir mucho los ojos. La palabra *África* evoca en él una luz interminable sobre un paisaje inmenso. Es tal su ensimismamiento que los dos pilotos se miran entre sí y el gesto displicente de Mermoz se afloja.

—¿Conoce usted África? —le pregunta.

—Muy poco. Estuve unos meses destinado en Casablanca durante el servicio militar.

—Casablanca es una ciudad que no se olvida.

—Yo no fui feliz en Casablanca, pero no la olvidaré nunca.

—Cuando lo destinen a Casablanca, yo le enseñaré algunos sitios donde la infelicidad está prohibida. ¡Os llevaré a los dos!

Guillaumet sonrío con timidez. Tonio, en cambio, se siente restablecido de su torpeza.

La señora Márquez se va hasta Mermoz, como si fuera el señor del castillo, y le anuncia que la sopa está servida.

Guillaumet se ríe.

—¡Cuando estás tú aquí, los demás nos volvemos invisibles!

Los tres entran de excelente humor en el comedor y se sientan juntos. Guillaumet le pregunta por su tímpano.

—El único riesgo que tengo de recaída puede ser por algún grito de Daurat.

—¡Pero si Daurat no grita! —lo contradice Guillaumet.

—Grita a susurros —apunta Tonio.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Grita susurrando! Habla bajito, pero cada palabra pesa como una hélice de hierro.

Comen y hablan sin parar. Antes del segundo plato, ya es como si los tres llevaran toda la vida juntos.

CAPÍTULO 29

Casablanca, 1926

Mermoz cruza la puerta del Emporium, se le echan al cuello dos de las chicas del local y sus compañeros se levantan a darle un abrazo. Antes de que se haya sentado, el camarero ya ha traído una botella de champán en una cubitera. La alegría del reencuentro con Mermoz los enloquece. Reine, que se ha bebido él solo media botella de whisky, desaparece y retorna al poco rato con los ojos muy brillantes.

—Salid al patio. Hay un amigo que quiere compartir la juerga.

En el patio de la entrada del local hay un caballo que nadie sabe de dónde ha salido. Reine coge una botella de champán, la echa en un pozal y se la da a beber. El animal no deja ni gota. Al terminar relincha con excesiva alegría. Y al dar un paso más bien torpón, resbala ligeramente sobre los cascotes. Reine se ríe de manera tan exagerada que él mismo resbala y se cae encima de una maceta. Dos chicas del local salen y lo toman en brazos. Él se agarra con las manos al culo de cada una de ellas, que ríen su atrevimiento, y se va para adentro cantando beodamente *La Marsellesa*.

La noche es pródiga en bebida, canciones y el relato de Mermoz de su cautiverio, barnizándolo de comicidad para que todos rían.

En un momento dado, tapa con la mano el vaso vacío cuando el camarero hace ademán de volver a llenárselo de whisky. El camarero marroquí lo mira como si nunca terminara de entender a esos occidentales que despilfarran el dinero y no temen a su dios.

—Se acabó por hoy.

Ville, Reine y otro par de pilotos, junto a varias chicas de faldas breves y uñas largas, muestran su desolación. Una de ellas, egipcia, muy menuda, talle de avispa y ojos emborronados de kohl, se abalanza sobre su cuello para

retenerlo. Mermoz se ríe y se levanta del asiento con ella colgando como si fuera un amuleto.

—Mañana he de salir temprano para Cabo Juby.

Sus compañeros no insisten. Saben que sería inútil. Toma a la chica de la cintura y la deposita sin esfuerzo sobre la mesa. En ese momento llega otro piloto, Érable.

—Mermoz, llevo toda la noche buscándote.

—No buscaste en el lugar adecuado —le responde a la vez que le guiña un ojo.

—Quiero pedirte un favor. Cambiarte el turno de mañana y que hagas tú el mío del próximo viernes. Ya sé que es precipitado. Verás, tengo una cita...

—No me tienes que explicar nada. Eso está hecho.

Érable le da efusivamente las gracias y se marcha. Mermoz se vuelve hacia el grupo que, debido a la jarana del local, no ha podido oír la conversación por más que todos han estirado los cuellos. Pone los brazos en jarras.

—Señores, señoritas...

Todos abren mucho los ojos con la máxima expectación.

—¡La noche es joven... y nosotros también! ¡Camarero! ¡Acabe lo que había empezado!

Vitores, sombreros y hasta una liga vuelan para celebrarlo. Antes de que ponga la espalda sobre el asiento ya tiene las cabezas de dos chicas apoyadas en el pecho. Reine levanta una copa de ese pastís que bebe como si fuera agua de un pozo y brinda por la vida. Mermoz aún no sabe el significado secreto de ese brindis.

Las risas van a preceder a un largo silencio.

Antes del silencio, el ruido. El ronroneo ensordecedor del motor Renault de doce cilindros que palpita en la tripa del Breguet 14. Gourp con el correo y Érable en tarea de escolta, con el intérprete árabe y Pintado, el mecánico español, a bordo, parten el 11 de noviembre de Casablanca. Al sobrevolar cabo Mogador, Gourp nota que falla el motor y se ve forzado a aterrizar.

Érable aterriza a su lado y transbordan el correo a su avión. Pintado cree que puede arreglar la avería en unas horas y Gourp insiste a Érable para que se marche y no retrasen la entrega del correo en Dakar. Despega.

Pero el destino siempre tiene sus propios planes.

Al caminar hacia el avión de su colega, asoma de detrás de las rocas un grupo de beduinos comandados por un árabe formado en el ejército francés. Se llama Ould-Aj-Rab. Entiende perfectamente las palabras de Érable rogándole que no disparen en ese idioma que ha terminado por odiar después de tantas humillaciones de esos blancos que los tratan peor que a perros. Un gesto suyo y los fusiles disparan a bocajarro. Pintado y Érable caen muertos sobre la arena del desierto. El intérprete se lanza a los pies del jefe de la partida y le solicita con voz lastimera y espavientos la gracia de morir de manera digna y no como un infiel. A un gesto de Ould-Aj-Rab, uno de los beduinos saca un alfanje enorme y, mientras el traductor reza con la cabeza agachada, alza el filo y lo deja caer sobre el cuello con todas sus fuerzas. La cabeza rueda sobre la arena dejando un rastro de coágulos de sangre. Gourp grita aterrorizado y uno de los beduinos le dispara a bocajarro, pero el jefe hace un gesto con la mano para que no lo rematen. Tal vez puedan cobrar un rescate.

Los pilotos no han llegado a la escala de Villa Cisneros como estaba previsto. Cuando pasa el tiempo de vuelo posible según el combustible que llevaban, se da la alerta. Se organizan rápidamente equipos de rescate, pero ninguno tan veloz como el que forman Mermoz y Ville en Casablanca. Son los primeros en despegar en su busca.

A unos cuantos kilómetros de donde aterrizaron sus compañeros desaparecidos, falla el motor de Ville y ha de hacer un aterrizaje forzoso sobre el desierto. Mermoz vuela hacia su posición y ve desde el aire que a un par de kilómetros se dirige hacia el aparato de su compañero un grupo de beduinos. Un destello metálico le hace saber que agitan fusiles mientras cabalgan.

Alguien en su lugar se habría parado un momento a considerar la situación. Mermoz actúa. Baja a toda velocidad en un picado rabioso, estabiliza casi a ras de dunas y se lanza contra ellos. Hay que estar muy loco para volar a esa velocidad a dos metros del suelo. O muy cuerdo. Algunos

beduinos, a punto de ser arrollados por esa máquina de picar carne que se les viene encima, se lanzan al suelo desde los camellos, otros caen estrepitosamente al encabritarse sus monturas.

Aprovecha la confusión para aterrizar un par de kilómetros más allá junto al aparato de su compañero. Ville corre hacia el avión. También corren los beduinos, que se han reorganizado y golpean los camellos con los talones para lanzarlos sobre la arena. Un disparo agujerea el fuselaje en el momento en que Ville se tira de cabeza dentro a la cabina trasera y el aparato echa a rodar seguido por los camelleros furiosos. Un disparo en el depósito de combustible sería su despegue hacia la vida eterna.

Pero se elevan.

Pocas cosas hacen tambalearse a Mermoz en su firmeza, pero cuando se da cuenta de que era él quien debía hacer ese día la escolta a Gourp y quien debía haber recibido aquellas balas, siente que se le aflojan las piernas. Incluso, se encierra a escribir unos versos lúgubres, con aquella afición de adolescencia por la poesía torturada. La ofuscación le dura unas pocas horas. Después, hace lo que siempre ha hecho para salir adelante: meter la fragilidad del poeta en una maleta debajo de la cama. Convertir su frustración en combustible para quemar y rugir más fuerte. Rompe en mil pedazos las cuartillas que ha garabateado y se pone a disposición del jefe de línea para intervenir en todas las operaciones de rescate.

Un enviado del renegado Ould-Aj-Rab ha traído el mensaje de que el único superviviente de la matanza está retenido a la espera de que paguen un rescate. En realidad está medio muerto, con una herida de bala en una pierna infectada que se ha convertido en una gangrena que le va subiendo como una mancha de humedad en la sangre, echado a lomos de un camello, dando tumbos por el desierto durante días, bajo un sol abrasador. Gourp sufre tanto que se ha bebido los frascos de yodo y de ácido fénico que llevaba en el bolsillo para tratar de terminar cuanto antes su agonía. Los captores piden un rescate de unos cientos de francos, aunque saben que no podrá ser rescatado.

En Toulouse, el asistente llega al despacho del director de explotación con el radiotelegrama que informa de la muerte de Pintado y de Érable y el secuestro de Gourp. Daurat lee en silencio. Bouvet permanece de pie frente a su mesa.

—¿Qué quiere?

—Hay algo más, señor Daurat. Hemos recibido un mensaje de Port-Étienne. Esperan instrucciones para saber si han de retener el correo.

Daurat se va hasta la ventana y mira hacia ese lugar que parece ninguna parte.

—Tome nota: «Si el correo no llega a Casablanca a las 15.00 horas según horario previsto, el jefe de aeródromo y el piloto encargado de la escala serán despedidos».

El asistente se retuerce las manos.

—El piloto es Lécrivain, señor...

Daurat se da la vuelta y lo mira sin dejar de fumar. Hay un reproche cortante en sus ojos. Algo que podría estar cercano al odio. El asistente se retira pronunciando unas embarulladas disculpas.

El director se ha quedado solo, una vez más. Sigue con la vista fija en la tarde nublada que levanta pequeños remolinos de polvo sobre las pistas grises.

Daurat ordena el pago del rescate. Esos días regresa a su casa únicamente para cambiarse de camisa. Su esposa no le pregunta. Él la mira y ella ya sabe: el trabajo, la responsabilidad. Ya ni siquiera siente amargura. Lo ve entrar y salir como a un huésped de un hostel. Ha convertido la casa en un hotel; su verdadero hogar es la oficina.

En su despacho hay luz día y noche. No ha sido posible recuperar los cadáveres de Pintado y Érable, no ha habido noticias del intérprete, y sabe que Gourp debe de estar viviendo un infierno en las profundidades del desierto. Pero el correo llega a Dakar y vuelve camino de Francia sin novedad.

Todos creen que Daurat jamás vacila. Él cultiva ese mito. Deben creerlo porque los hombres siempre necesitan creer en algo que esté por encima de ellos. Daurat piensa en los pilotos muertos, en los que morirán. Mira su imagen en el vidrio y se pregunta: ¿Vale la pena?

Un Daurat más difuminado no le responde.

No sabe si vale arriesgar la vida de esos chicos para llevar el mensaje de las cartas a todas partes del mundo, pero sabe que el sacrificio, el esfuerzo y la entrega los hace mejores. Piensa en ellos como en la pasta blanda y sin

substancia que sale de la amasadora. Sólo cuando se introduce en el horno y sufre su calor abrasador se convierte en pan. La masa pegajosa no sirve de nada, el pan salva a la humanidad entera.

Unos días después, llega la respuesta del trueque por parte de Ould-Aj-Rab. Ha recibido tantas peticiones del piloto Mermoz para colaborar en el rescate que ordena que sea él quien acuda a la entrega de Gourp.

Junto a Ville, Mermoz se desplaza a ochenta kilómetros de Cabo Juby para ir al encuentro de la caravana. Cuando llegan allí se dan cuenta de la temeridad que ha sido ir sin una escolta mayor, pero ya no hay vuelta atrás. Mermoz lleva en la cintura, bajo la camisa, un revólver que ha comprado en el zoco de Casablanca y Ville, en el bolsillo de la cazadora, una pistola alemana.

Un emisario se desgaja de la caravana y acude a su encuentro, tirando de otro camello sobre el que yace, exangüe, Gourp. Mermoz camina, después corre. Lanza al beduino la bolsa del dinero y toma a su amigo entre sus brazos con extremo cuidado. Da gracias a Dios porque su corazón late. Pero mira la piel desollada por el sol, la pierna putrefacta, la cara hinchada, los labios azules de la muerte. Gourp agoniza. El beduino lo observa atentamente desde la atalaya del camello. Mermoz aprieta la mandíbula. Muy fuerte. Hasta que los dientes crujen. Le da igual si le explota la dentadura. Lo que no va a hacer es darle el gusto a ese hijo de perra de verlo llorar.

Mermoz camina con él en brazos como si fuera una novia traspasando el umbral de su nueva vida. Cuando los beduinos se empiezan a alejar, Mermoz deja que las lágrimas le abran una carretera sobre el polvo de las mejillas.

Gourp morirá en el hospital veinticuatro horas más tarde.

CAPÍTULO 30

Toulouse, 1926

En esas semanas Tonio ha hecho un par de vuelos de prueba alrededor del aeródromo de Toulouse y Daurat ha asentido con la cabeza. También ha ido de pasajero en la ruta de España, pero todavía no ha recibido ni aprobación ni desaprobación por parte de la compañía para desempeñarse como piloto. Esa tarde, Daurat entra en el taller y se acerca al lugar donde está preparando una bañera de potasa para sumergir un motor con problemas de óxido.

—Saint-Exupéry...

—Dígame, señor Daurat.

—Mañana a las seis llevará el correo a Barcelona.

—¿Alguna consigna importante, señor Daurat?

—Sí.

Tonio se apresura a sacar su libreta de tapas de cuero para tomar nota.

—Dígame.

—Pedal y palanca.

Daurat le alarga un mapa, da media vuelta y se aleja sin dar más explicaciones. Ni siquiera le ha preguntado si se veía capaz de hacerlo. ¡Naturalmente que se siente capaz! Aunque en ese momento, empiezan a asaltarle las dudas.

En cuanto termina la jornada en el taller se quita el mono precipitadamente y sale a la puerta de la nave a fumar un cigarrillo tras otro. Observa el cielo con un inusitado interés: el atardecer se está emborronando de nubes amoratadas hasta que la noche pinta todo de un negro sin fisuras. Para un piloto, una noche sin estrellas es una mala noche.

En ese momento pasa por delante Guillaumet y se detiene un momento.

—Ya me he enterado...

Tonio asiente con nerviosismo.

—Es más fácil de lo que parece. No tendrás ningún problema.

—¿Y los Pirineos?

—Fácil.

—¿Fácil?

Guillaumet le señala el hangar.

—Vamos, repasemos la ruta.

Sigue a Guillaumet hasta una pequeña sala desangelada. Lo seguiría hasta el centro de la Tierra. Enciende la lámpara que cuelga del techo y bajo su luz rancia despliega el mapa enorme sobre la mesa de tablón. Ahí están Francia y España, el mar y las cordilleras.

—Mira...

Guillaumet tiene unos dedos gruesos que recorren el papel como si pudieran leerlo al tacto. Busca algo que no está en las leyendas que marcan las ciudades, los pueblos, los cabos y los golfos. La yema de su dedo recorre la península ibérica hasta saltar Sierra Nevada y llegar a una zona en blanco cerca de Guadix.

—Aquí hay un excelente campo para aterrizar en caso de necesidad, pero es más peligroso de lo que aparenta. Cuidado con los tres naranjos que bordean el campo. Sólo los ves cuando ya los tienes encima.

—Los tres naranjos...

—Márcatelos en el mapa.

Tonio lo apunta en el mapa obedientemente como un escolar aplicado. Guillaumet sigue recorriendo el mapa, y se detiene cerca de Málaga.

—¿Un campo de aterrizaje?

—No, nunca debes aterrizar ahí. Desde arriba se ve una hierba maravillosa y dan ganas de posarse sobre ella. Crees que es como aterrizar en un colchón de plumas. Pero la hierba esconde un arroyo que serpentea por el campo. Si metieras ahí el avión, volcarías fatalmente.

Están tan enfrascados con la cabeza metida en el mapa que no se percatan de una silueta que se mueve silenciosamente en la oscuridad de la nave. Daurat los observa con sus ojos minúsculos. Escucha atentamente el

murmullo de la voz de Guillaumet. También escucha el silencio de Saint-Exupéry. Daurat se marcha tan silenciosamente como ha llegado. Sabe todo lo que necesitaba saber: que ese aristócrata medio poeta será piloto.

Cuando Tonio se tumba en su cama del Grand Balcon, no puede dormir. Rememora cómo Guillaumet le ha advertido de un prado de montaña aparentemente idílico para aterrizar en caso emergencia, pero donde acechan una treintena de ovejas que pueden meterse entre las ruedas en el momento menos pensado. Le ha señalado, en cambio, otras laderas menos a la vista pero óptimas para aterrizar, e incluso le ha puesto un punto redondo allá donde podría encontrar en medio del campo una granja en la que hallar una mano amiga. Y el campo de los tres naranjos.

Los tres naranjos son lo importante...

Sonríe en la cama. Es la mejor lección de geografía que ha recibido nunca. Piensa en el arroyo oculto y traicionero del que le habló Guillaumet, escondido entre la hierba. Se estremece. Ese arroyo, culebreando oculto entre las hierbas, lo asusta porque lo imagina como una serpiente.

Le viene a la cabeza un libro sobre la selva virgen que leyó hace muchos años en el desván de la casa de Saint-Maurice titulado *Historias vividas*. Había una lámina que le causaba desasosiego, pero a la vez lo atraía de manera que no podía dejar de mirarla. Representaba a una enorme boa que se enroscaba sobre una fiera aterrada, con la enorme boca abierta a punto de devorarla. El libro explicaba que las boas tragan a sus presas enteras sin masticarlas y, después, no pueden moverse y duermen durante los seis meses de la digestión. Sólo de pensarlo se remueve nervioso en la cama. ¿Cómo es posible que una serpiente delgada como un brazo se trague un animal diez veces más grande? ¿Cómo de grande podría ser el animal que se tragase? Dormir le resulta imposible, así que enciende la lámpara de la mesita de noche y toma alguno de los papelotes que se acumulan allí y un lápiz, y trata de dibujar una serpiente que se hubiera tragado un animal enorme.

Un elefante...

No es sencillo dibujar una boa que se ha tragado semejante bocado. Las primeras luces que se filtran por el ventanal del balcón lo encuentran dibujando serpientes y elefantes, también mariposas extravagantes y

poniendo sobre el cielo de papel las estrellas que la noche nublada ha escamoteado al firmamento de Toulouse. Así amanece su primer día como piloto del correo aéreo.

CAPÍTULO 31

Dakar, 1927

Para Tonio han sido meses intensos de servicio en España. Barcelona, Alicante, Málaga... Recuerda con especial placer Alicante: sus noches calurosas, sus mujeres morenas y su paseo de palmeras frente al mar lo hacían sentirse como en un cuento de *Las mil y una noches*. Barcelona le parece una ciudad más gris e industrial. Le llama la atención que su exquisito y burgués teatro de la ópera esté en pleno barrio rojo, donde campan a sus anchas prostitutas y facinerosos que se pasan el día recorriendo arriba y abajo el paseo de las Ramblas que lleva hasta los muelles. Se le agolpan los recuerdos. Le viene uno reciente, de la última vez que se cruzó en Málaga con Mermoz en un cambio de correo. Su amigo se fue hacia él con las manos en la cabeza:

—¡A Guillaumet le ha sucedido una catástrofe!

—¿Qué ha pasado? ¿Un accidente?

—¡Mucho peor! ¡Se va a casar!

En su último encuentro en el aeródromo de Barcelona algo le había contado de una muchacha suiza, pero no mucho.

—Jean, habrá que hacerle un regalo...

—¡Una camisa de fuerza!

Cuando había empezado a acostumbrarse al clima de España y a su cocina chorreante de aceite y ajo, lo han destinado a Dakar, la segunda ciudad en importancia de Senegal, en pleno corazón de África.

Comparado con el calor de Senegal, España le parece ahora Finlandia. Pero lo peor no es el calor, ni las moscas, ni los olores de la gente que cocina al aire libre, ni esas calles sin asfaltar que hacen que uno viva en una constante nube de polvo. Lo peor es que no acaba de habituarse a la vida colonial africana. Por suerte, está allí Guillaumet.

Le presenta con cierta timidez a su esposa Noëlle, como si temiera no recibir su aprobación. Y a Tonio le parece una mujer maravillosa. Si las mujeres como ella gobernaran el mundo, le dice, sería un lugar mucho más cuerdo y saludable. Y le gusta ver a Henri feliz. Son una de esas parejas que cuando se sientan en la terraza de una cafetería elegante para europeos en compañía de otra gente, se toman de la mano como si estuvieran solos, pero no hacen sentir incómodo a nadie. No hay nada afectado en su manera de quererse. Se alegra por Henri. Quizá sea el único piloto que conoce que es apto para el matrimonio.

Los Guillaumet lo introducen en los ambientes del lugar, aunque ellos son una pareja tranquila, poco dada a la vida noctámbula. A Tonio, en cambio, le gusta la noche. De día manda la realidad, de noche se imponen los sueños. También el insomnio. A veces se siente como un búho, recorriendo cabarets llenos de humo, mucho ruido y mujeres, pero donde no encuentra lo que busca. Hay piernas bonitas y labios pintados de rojo tan mullidos que uno podría dormirse besándolos. Pero las chicas de alterne vistas de cerca le contagian una gripe de tristeza. Ríen, pero es duro reír por contrato.

No acaba de encontrar su sitio en Dakar. Funcionarios mediocres o representantes de empresas medianas, que con sus salarios llevarían en París una vida anodina, aquí tienen grandes mansiones con cocinera, chófer y dos o tres criados. El calor pegajoso parece haberse traspasado a las relaciones sociales de esa colonia de franceses con una indigestión de grandeza.

Al principio le asignan pocos vuelos y tiene mucho tiempo libre. Más del que quisiera. Los *dancing* de la ciudad le parecen toscos y el ambiente, grosero. No es infrecuente verlo en medio del estruendo de la música de alguno de los locales nocturnos, aislado en un rincón leyendo con mucha atención un libro de Nietzsche o los *Diálogos* de Platón. A Platón le fascinaría esa caverna donde suena la música y sólo bailan las sombras.

Guillaumet va a buscarlo a diario para dar un paseo por esa ciudad de calles polvorientas y tomar una cerveza tibia. Escucha pacientemente en los días en que la lengua de Tonio es un látigo de siete colas que no deja de chascar. Pero permanece a su lado con idéntica fidelidad en esos días en que su amigo parece haberse caído al fondo de un pozo.

Un paréntesis de unos días entre vuelos hace que, para matar el aburrimiento, acepte la invitación a sumarse a una cacería de leones. Van lanzados cruzando la sabana en dos coches ruidosos que espantan a cualquier animal o humano en varios kilómetros a la redonda. Después de mucha arena levantada, mucha escandalera y mucho combustible quemado en vano, una tarde en que se queda solo a leer en uno de los coches descapotables mientras los demás han salido de reconocimiento, se le aparece inesperadamente un león. El felino se va directo hacia él. Busca con nerviosismo cómo bajar el techo descapotable, pero no atina. Decide enfrentarse al león de una manera poco ortodoxa: pulsa con fuerza el claxon. El imponente rey de la selva, ante el inesperado bocinazo, abdica. Da media vuelta y huye despavorido. Le parece que debe de ser uno de los episodios de cacería de leones más penosos de la historia de África.

Un aterrizaje forzoso cerca del río Senegal en el que encuentra gente amistosa que nunca ha visto a un hombre blanco —tal vez por eso—, lo hace recorrer docenas de kilómetros a caballo amablemente conducido por dos indígenas. Pero no está preparado para las escuadrillas de mosquitos. Cuando llega a Dakar tiene fiebre y es ingresado en un hospital, que es en realidad una chatarrería de cuerpos. La fiebre amarilla hace estragos. Hay un calor de toses estropeadas. Huele a carne corrompida. Pasa allí un mes, rodeado de gente que muere todos los días. Tiene un vecino en el camastro de al lado con el cuerpo recorrido por gusanos. O eso le parece, porque la fiebre lo deforma todo.

Guillaumet se presenta allí una tarde y se queda pálido. Retorna discutiendo con alguien vestido con una bata de médico que un día fue blanca, y que no deja de hacer aspavientos. A regañadientes, firma el alta.

—Nos vamos —le dice.

Tonio no cree que vaya a tener fuerzas, pero asiente.

Guillaumet lo ayuda a incorporarse y hace que le eche un brazo por encima del hombro para ayudarlo a caminar en dirección a la salida. En cuanto nota el aire fresco en la cara, se siente ya un poco mejor. Su amigo lo lleva a casa y lo acuesta en un camastro del minúsculo salón. Noëlle le prepara un caldo de pollo y le pone compresas frías en la cabeza.

Dos días después, se siente mucho mejor. Aprovecha su primera salida para ir a la única floristería de la ciudad y agotar las existencias de flores. Todas son enviadas a casa de la señora Guillaumet con una tarjeta sin palabras ni firma. Sólo hay una cara redonda dibujada con un círculo y la medialuna de una sonrisa.

En cuanto comunica su alta a la central, recibe un telegrama de Daurat. Debe presentarse en su despacho inmediatamente. Así que, como parte de la valija, hace el recorrido de las escalas del correo hasta llegar a Toulouse. Le maravilla atravesar el estrecho de Gibraltar, ¡desde el aire es idéntico a como aparecía dibujado en los mapas de la escuela! La península ibérica acaba en una barbilla puntiaguda. África y Europa están tan cerca que parece que vayan a besarse. Lamenta que no lo hagan.

El señor Daurat no le da un beso, pero al menos le concede un par de días de permiso y Tonio se va a París después de haber estado mucho tiempo ausente.

Sin embargo, en París no encuentra a ninguno de sus amigos. No están en la ciudad o están ocupados. Nadie parece haberlo echado de menos. Pasea como un extranjero por los puestos de libros del Sena y compra novelas de misterio que lo distraigan de la soledad. Se sienta a mirar a los jubilados que pescan con caña en las aguas turbulentas del río. Algunos operarios pasean por la orilla. Las gabarras a vapor lanzan un humo que oscurece la tarde.

Deja a un lado Notre-Dame y se adentra en el barrio judío, donde bulle el comercio en sus calles estrechas repletas de carnicerías, verdulerías donde la fruta se ordena matemáticamente, pequeñas joyerías repletas de brazaletes, pendientes y anillos de plata, sombrererías algo anticuadas... Le gustan esas letras hebreas en los rótulos de los comercios. Entra en una panadería y se compra una trenza espolvoreada con sésamo.

Al llegar a una esquina ve cómo se detiene un taxi a unos cuantos pasos y una mujer con dos bolsas en la mano se apresura a subir. Lleva el pelo más largo, un pelo suavemente anaranjado.

Loulou...

Está a punto de gritar para llamar su atención e inicia el gesto de extender el brazo, pero algo lo paraliza. La mano se le congela en el aire. La trenza de pan dulce cae al suelo y el sésamo se dispersa por la acera. Se ha

dado cuenta cuando se ha puesto de perfil para entrar en el taxi. Loulou está embarazada.

Ve el vehículo alejarse y perderse entre el tráfico. Él se queda de pie en la calle. La gente tiene que esquivarlo para poder avanzar. Le parece que se queda parado en esa esquina tanto tiempo que envejece. Cuando echa a caminar lo hace lentamente y siente que la juventud ha quedado atrás para siempre.

Cuando regresa a Toulouse, Daurat lo recibe con la gabardina y el sombrero puestos. Alguien podría pensar que acaba de llegar, pero lleva horas en el despacho. Tal vez no le haya dado tiempo de quitárselos, quizá simplemente le recuerdan lo provisional que es todo.

—Saint-Exupéry, es usted el nuevo jefe de aeródromo de la escala de Cabo Juby.

—¿Jefe de aeródromo?

—Eso es.

—Pero yo preferiría...

—No le he preguntado qué preferiría.

La boca le había quedado abierta a mitad de frase, así que decide cerrarla. En realidad, todo le da igual.

—Bien. Pues es usted el nuevo jefe de aeródromo de Cabo Juby. Pero va a hacer algo más que supervisar el tráfico del correo en su escala. Ha de establecer las mejores relaciones posibles con los militares españoles, que nos autorizan a estar allí pero no se fían de nosotros. Y ha de establecer también las mejores relaciones posibles con los jefes de las tribus moras de la región. Tenemos muchas caídas en el desierto. Necesitamos el máximo de aliados posibles.

—¿Y cómo lo haré?

—Su trabajo consistirá en descubrirlo.

—¿Cuándo empezaré?

—Saldrá con el correo de mañana por la mañana. A las seis.

CAPÍTULO 32

Cabo Juby (Marruecos), 1928

Los españoles lo llaman, con una euforia patriótica algo desmedida, el Sahara español. En realidad, la presencia española se limita a unos cuantos fuertes minúsculos desperdigados en miles de kilómetros de un desierto que les es ajeno. Al atardecer, se baja bandera, se cierran los portones de las fortificaciones y se abren las cantinas para que los soldados beban vino malo, jueguen al dominó o al guiñote y arreglen el mundo apoyados en la barra del bar. Raramente pasean fuera del recinto en esa tierra que dicen española. Las tribus hostiles acechan, también las tormentas de arena y ese pedregal áspero que se abre ante ellos. La región en la que se hallan desde ahí hacia el sur, hasta cabo Blanco, es un área desértica que se empeñan en llamar Río de Oro, con esa afición por lo grandilocuente de los españoles: allí ni hay río ni hay oro.

Cabo Juby es un recodo entre dos desiertos, uno de seco y otro de agua. En ese filo de África las olas se desperezan en la orilla de una playa vacía de cinco mil kilómetros cuadrados. En medio de una soledad abofeteada por el viento se alza el acuartelamiento del ejército español que, visto desde el aire, parece una fortaleza. Mirado más de cerca, no resulta tan imponente: los muros desconchados, las ventanas desportilladas, la corrosión pudriendo los remates de metal.

Un kilómetro más allá, metido un centenar de metros en el mar, se alza otro edificio cuadrado de piedra con una barba de musgo y mejillones que chorrea con el romper de las olas. Fue un antiguo almacén construido por un inglés visionario llamado MacKenzie, que quiso hacerse rico comprando las plumas de avestruz, dátiles, marfil y oro que portaban las caravanas que cruzaban el desierto. Pensó que, al construirlo sobre unos peñascos mar adentro, evitaría el pillaje. En eso tuvo una visión tan certera como en el plan

que ideó para anegar el Sahara y convertir aquella costra seca en un jardín. Sus sueños se los llevó el viento, que aquí es el que manda. Al encontrarlo abandonado después de los saqueos constantes a que fue sometido, los españoles lo convirtieron en un presidio al que llamaron Casa Mar.

Tonio camina despacio hacia la entrada del cuartel de Cabo Juby. Los soldados españoles visten uniformes zarrapastrosos y todo tiene un aire de dejadez: bidones oxidados, cajas rotas, mástiles sin bandera. Lo espera en su despacho el comandante del acuartelamiento, el coronel De la Peña. Es su segunda visita. La primera, unos días atrás, fue para presentarse. No podría calificarla de eufórico recibimiento.

Cuando en la cena de despedida en el Grand Balcon explicó que se iba como jefe de aeródromo para mediar con los españoles, un mecánico le dijo que lo pasaría muy bien, que los españoles eran muy juerguistas. Pero ya entonces él había estado meses haciendo la ruta entre Barcelona y Alicante, y algo sabía. De sus esporádicos servicios hasta Málaga aprendió que en el sur de España gusta mucho el rasgueo de guitarra y el compadreo, pero en el centro del país hay un tipo de español que encaja más con esa idea del hidalgo viejo del *Quijote*, que camina muy estirado para parecer más alto, que tiene una pose altiva y se niega a reconocer que el imperio se esfumó mucho tiempo atrás. A los españoles los emborracha más el orgullo que el vino.

Ese puñado de desierto africano y esas tribus díscolas, a veces sanguinarias, son todo lo que les queda de aquel imperio suyo donde no se ponía el sol. Pero allí los oficiales, siempre estirados, con uniformes impecables y bigotes finos engominados, fingen no saberlo. Los soldados, en cambio, parecen un hatajo de pordioseros: uniformes sucios, rotos, los pies arrastrando unas botas polvorientas. Alguien le explica que a ese acuartelamiento remoto se destina a soldados como castigo, a modo de un penal militar.

Un cabo primero lo conduce a la presencia de un teniente, frente al que se cuadra con poco garbo. El teniente toca en la puerta del despacho minúsculo de un capitán y la abre sin esperar que le digan que pase. El oficial está fumando, mirando por la ventana. Mira a Saint-Exupéry con fastidio, como si interrumpiera una tarea importante. Tal vez lo haga. Fumar es una de las principales actividades en ese fuerte que a él le parece tan débil.

El capitán sale y le hace una seña para que lo acompañe hasta el despacho del coronel. El conducto reglamentario es crucial. Aquí los militares fuman y siguen el conducto reglamentario, en eso consiste su jornada.

De la Peña le indica que se siente. Desde la pared de detrás del escritorio los observa una fotografía del rey Alfonso XIII y un crucifijo de madera oscura. No tiene papeles sobre la mesa. No está haciendo nada. He ahí su autoridad. Probablemente nadie tenga nada que hacer allí, pero su jefatura consiste en no tener que disimularlo.

—He venido a pasarle el plan de aterrizajes y despegues de la semana entrante, tal como usted me solicitó.

El militar asiente con un gesto neutro.

—Le vuelvo a reiterar nuestra colaboración. Quisiera que nos viera como a unos amigos... —Y como el coronel alza la vista y lo mira con una indiferencia absoluta, Tonio se pone algo nervioso—. Sí, ya sabe, españoles y franceses, vecinos de toda la vida, somos la misma cosa.

El jefe de la plaza levanta la barbilla. Inclina las cejas como toboganes. Parece que se le transparenta el pensamiento: ¿Qué es eso de que los españoles sean lo mismo que esos gabachos que comen queso con olor a pies y beben el vino caliente?

—Nuestro puesto es su casa, venga cuando quiera —insiste.

El coronel De la Peña estira el cuello hacia arriba y responde con uno de esos refranes y frases hechas de los que en España tienen a capazos:

—Señor Saint-Exupéry, cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Se siente aliviado al dejar ese despacho desnudo, donde apenas hay muebles, pocos archivadores, un crucifijo y ningún gesto amable. Camina despacio hasta la caseta del aeródromo situada junto al cuartel, que ahora es su casa. A Loulou le habría parecido cochambrosa. Aunque tal vez ella hubiera sabido leer su encanto. Loulou quería ser poeta. Y este lugar rasposo encierra el secreto de la belleza: todo es primigenio, nada ha sido alterado. Es como asistir al primer día del mundo. Puestos a vivir sin Loulou, prefiere la sinceridad árida de ese paraje desolado que no esconde nada a los espejismos de París.

CAPÍTULO 33

Casablanca, 1928

Sus amigos prefieren mil veces subirse con él en un avión en medio de un vendaval que acompañarlo en el coche. Mermoz pisa con ahínco el acelerador del Amilcar rojo que conduce temerariamente por Casablanca como si el mundo fuera a acabarse.

Llega al aeródromo con mucha antelación antes de embarcarse para llevar el correo con destino a Cabo Juby. Un asistente le alarga un diario donde aparece un reportaje sobre la Línea y explican el rescate de unos aviadores portugueses en el que ha participado Mermoz. Lo toman como emblema de esa generación de pilotos que está poniendo Francia en la vanguardia mundial de la aeronáutica. Piden para él la Legión de Honor. Arruga el diario y lo tira con enfado.

—¡Estupideces! ¡Yo sólo hago mi trabajo! ¡Me hacen parecer un idiota!

Mientras pilota hacia el sur mastica su indignación. Lleva ya tiempo pidiendo la incorporación a la extensión en Sudamérica de la Línea, que ha pasado a llamarse Compañía General Aeropostale. Igual que lleva tiempo pidiendo al coronel Denin, uno de los máximos responsables de la aviación francesa, que el gobierno le proporcione un aparato capaz de atravesar el Atlántico, pero mientras tanto se les ha adelantado el norteamericano Lindbergh y ya otros preparan el gran salto. La burocracia y el politiquero lo sacan de quicio.

Y ahora esos periodistas... «La Legión de Honor.» ¡Menuda idiotez! ¡No quiero medallas, quiero un avión!

Cuando aterriza en Cabo Juby, salta a la pista con una caja de botellas de vino. Le espera un jefe de aeródromo de gran tamaño metido en una chilaba. El aspecto de Tonio lo hace sonreír de nuevo.

—¡Saint-Ex! ¿Has cambiado de fe?

—¡Eso jamás! Nunca dejaré de adorar a las mujeres y al borgoña.

Mermoz ríe a carcajadas.

—Maldita sea. No sabes cuánta falta me hacía reír. ¿Has leído los periódicos últimamente?

—Sólo leo a los filósofos.

—¡Eres mi hombre!

Mermoz se queda dos días a la espera del correo de vuelta. Se convierte en jefe de cocina y revoluciona los menús, que pasan a doblar su tamaño. El cocinero Kamal le comunica a Tonio que no hay pollo.

—¡Es una tragedia!

—¿No hay un solo pollo en todo Río de Oro? —pregunta Mermoz.

—Sólo en el cuartel español —suspira Tonio. Antes de que levante los ojos, Mermoz ya está saliendo por la puerta.

—¿Adónde vas?

—Al cuartel.

Un cuarto de hora después Mermoz, Tonio y dos de los cocineros españoles están enfrascados en una partida de cartas. Sobre la mesa está el reloj de Mermoz, que le costó una fortuna en una relojería especializada de París, y tres pollos. Tonio abre mucho los ojos cuando su compañero lo pone sobre la mesa. ¡Es una valiosa herramienta de trabajo para Mermoz! Pero su amigo le hace un leve gesto pidiéndole que confíe en él. Efectivamente, salen de la cocina con los pollos.

Cuando llegan de vuelta al barracón, Kamal les pregunta cuántos pollos asa.

—¿Cuántos? —se pregunta escandalizado Mermoz—. ¡Todos!

Tonio se come uno casi entero. Mermoz se come dos y lo que le sobra a su colega.

Para Mermoz, la siesta es sagrada. Se tumba en una hamaca y le pide a Tonio que le lea algo mientras le va entrando el sueño.

—Lo que sea.

—Él le empieza a leer los discursos del viejo Zaratustra, después de bajar de su montaña. Y con ese sonsonete, Mermoz se duerme. Tonio sigue leyendo absorbido. Con una mano toma el libro y con otra una pala matamoscas.

Cuando el sol baja, mientras Tonio pone al día los informes que le reclama Daurat machaconamente, a Mermoz le gusta ir a la playa. Hace ejercicio con fervor: esprinta como un caballo, hace cien flexiones, se baña desnudo en el mar y nada hasta quedar exhausto. Después se tumba a tomar el sol hasta que su cuerpo se tuesta y el pelo se le pone dorado.

Por las noches, los dos juegan al ahorcado con papel y un lápiz, mientras discuten sobre literatura: Mermoz defiende la poesía como el máximo arte literario y Tonio le replica que es en la novela y el ensayo donde las ideas cristalizan. Discuten sobre cuáles son los nombres de mujer más hermosos. Incluso aprenden a callar juntos y fumar en silencio.

Llega en un instante el momento de la partida. Tonio está ocupado anotando el parte meteorológico. Mermoz se acerca y le pone una mano en el hombro.

—Me marchó.

—Lo sé. ¡El correo espera!

—No es eso. Me voy a la nueva línea de América del Sur.

Se hace un instante de silencio.

—Ya sé que no vas a hacer ni puñetero caso, pero... sé prudente. Si es que sabes lo que es eso.

Mermoz se ríe con esa carcajada suya que le resuena en la caja torácica.

—Las personas prudentes llegan a viejas. Las imprudentes, llegan a todas partes.

—Llega a todas partes... pero regresa aunque sólo sea para contárnoslo.

Se miran. Todo está ya dicho.

Cuando a primera hora de la mañana se eleva con su avión, el silencio se posa sobre las pistas y los enseres como si fuera polvo del desierto.

CAPÍTULO 34

Río de Janeiro, 1928

El nuevo accionista mayoritario de la compañía, el señor Marcel Bouilloux-Lafont en persona, ordena organizar un raid aéreo a lo largo de la línea: Toulouse-Saint-Louis de Senegal sin escalas. El primer viaje de una sola tirada en la historia de la aviación entre el corazón de Europa y el corazón de África. Antes de que se incorpore a su destino en América, Mermoz es designado para conducir ese vuelo.

En Montaudran trabajan día y noche durante diez días para hacer las últimas pruebas y poner a punto un avión con las más novedosas mejoras técnicas.

Parte al amanecer del aeródromo de Montaudran sin apenas protocolo. Daurat ni siquiera baja a la pista a desearles suerte. La suerte queda fuera de las obligaciones de un piloto.

Han de cruzar la cordillera de los Pirineos, atravesar la larga trazada de España, saltar el mar por el estrecho de Gibraltar, recorrer Marruecos, sobrevolar mil kilómetros de desierto hostil sin escolta, superar la noche, afrontar las inclemencias del tiempo...

Lo hará, eso sí, en un avión Latécoère 26, un Laté como le llaman ellos. Un nuevo aparato de una sola ala, construido con madera, lona y acero. Veinticuatro horas después, cuando amanece en África, el Laté 26 que nació en Toulouse se posa en el aeródromo de Saint-Louis de Senegal. Mermoz llega exhausto, incluso responde algo malhumorado a las felicitaciones de los empleados del aeródromo.

—Hice lo que tenía que hacer —les dice.

Una reparación lo retiene unos días y regresa sin saber lo que le espera en Francia: cámaras fotográficas que lanzan golpes de flash, recepciones organizadas con ejércitos de camareros, medallas de clubs aeronáuticos... Le

gusta y no le gusta. Odia hablar en público. Aflora ahí toda su timidez y le revienta mostrar sus debilidades. Pero la compañía le solicita que acepte todas las distinciones porque acrecientan el prestigio de la empresa, que está preparando su expansión en América.

Señoritas de muy alta sociedad deslizan discretamente en el bolsillo de su americana notas con direcciones y horas convenidas para encontrarse. Muchas sólo encienden la mecha y salen corriendo a contarlo a sus amigas en salones elegantes donde se bebe té y limonada. Le divierte el juego, pero Daurat no va a dejar que se distraiga mucho. Lo convoca en su despacho urgentemente.

—Mermoz, en Sudamérica va a tener nuevas responsabilidades.

—¿Responsabilidades?

—Será allí nuestro jefe de pilotos.

—¿Jefe de pilotos? ¡No, no, no! Debe de haber un error, señor Daurat. Yo no sirvo de jefe. En absoluto. Lo mío no es la oficina ni el papeleo. Yo no quiero un despacho, quiero un avión. Sólo me iré a América para ser piloto.

Daurat da una calada al cigarrillo sin inmutarse.

—Parte pasado mañana para Río de Janeiro.

—¡Pero yo soy piloto y eso quiero ser!

Daurat lo mira con sus ojos de tejón.

—Pilotará hasta hartarse.

—¿Volaré?

—Volará hasta que le salgan plumas en los sobacos.

Cruza el océano en un barco en compañía del Laté 26, amarrado en la popa. Nunca ha visto tanto mar. Pasa muchas horas en cubierta. El desierto del Sahara es una piscina de arena al lado de la inmensidad del Atlántico. Incluso con mal tiempo, cuando no queda nadie en cubierta, él permanece observando las olas. Hay algo en ellas que le resulta hipnótico, como si tuvieran un mensaje para él y, en vano, se empeñara en descifrarlo.

Desembarca en el puerto de Río de Janeiro con el mismo aplomo que en cualquier parte. Mermoz es recibido por Pranville, jefe de operaciones en América. Es muy distinto a Daurat, y no sólo porque sea más alto y fornido. Lo invita a cenar en un local desde el que se contempla el descomunal Cristo

del Corcovado y no deja de hablar desde que les traen la carta hasta que apuran el tercer café y los camareros ya están empezando a barrer el comedor.

Le habla de la nueva línea Buenos Aires-Natal, que debe abrirse con urgencia para que no les sea revocada la concesión por parte de los gobiernos argentino y brasileño. Hay que asegurar un correo semanal.

—No parece difícil...

Pranville retira las tazas y extiende un mapa sobre el mantel: con un dedo recorre el camino entre Natal y la capital argentina: cinco mil kilómetros de costas de peligroso perfil rocoso y selvas espesas, con un cambio de temperatura de la llegada a la salida de casi treinta grados, volando en aviones descubiertos a la espera de que más adelante puedan incorporarse los nuevos modelos.

—Por ahora hay que tirar con los viejos Breguet.

—Ya.

—En Natal embarcaremos el correo en los paquebotes de la compañía y cruzarán por el espacio marítimo más corto hasta tocar Dakar, a tres mil kilómetros. Allí estarán esperando nuestros colegas al otro lado para llevar volando el correo franqueado en Argentina hasta Francia.

—Una operación hermosa.

—Pero hay que llegar hasta Natal desde Buenos Aires.

—Estoy preparado para ese vuelo.

Pranville levanta los ojos del mapa.

—No necesitamos un piloto, necesitamos una línea entera.

—Ya se lo dejé claro al señor Daurat. No seré jefe, no quiero estar mareándome entre papeles. Quiero volar.

—Si no hay línea, nadie volará. El señor Daurat dice que usted es el hombre que puede ponerla en marcha.

—Yo quiero volar.

—Volará cuanto quiera. Usted se asignará a sí mismo los servicios que quiera. Nos espera la Patagonia, Bolivia, Chile..., hay miles de kilómetros de espacio aéreo por recorrer. Está todo por hacer.

Mermoz va siguiendo sobre el mapa los trazos a lápiz de las múltiples líneas que se quieren desplegar por toda Sudamérica y los ojos le brillan. Si quería retos, ahí tiene uno mayor de lo que jamás hubiera podido soñar. Aún le faltan unos días para cumplir veintiséis años. Tendrá que imponer disciplina sobre los veteranos que han estado en la guerra con el doble de horas de vuelo, deberá espolear a funcionarios de silla y reloj, será duro.

Está dispuesto.

CAPÍTULO 35

Cabo Juby (Marruecos), 1928

El aparato de radio de Cabo Juby expulsa más ruidos que palabras. Ha sido un gran avance disponer de radio y muchos aviones empiezan a incorporar esta innovación. Pero las voces que traen son silbantes, los mensajes se entrecortan, las palabras quedan sepultadas bajo tormentas de parásitos.

—Toulouse, Toulou..., ... ouse. Lllaman... Agadir. Confir... llega... correo J29... hora. Cambio.

—Agadir, A... dir, Aga... el correo... 29 ha... rrizado de... nera satisfactoria... a las... ce cuarenta y cinco. ... bio.

—Repit... por favor, Agadir, hora... rrizaje. Cam... o.

—Quince cuarenta y cinc... cambio.

—Recibido, Agad... Gracias. Cam... o y cort...

La línea late a través de esas voces frágiles que rebotan a lo largo de cuatro mil kilómetros.

Al cabo de un rato llega la comunicación desde Agadir.

—¡Agad... Aga... adir... llamando a Cabo... by!

—Aquí Ca... Juby. Cambio.

—El... rreo J29 ha partido a las diecise... treinta y... co del aeródromo... de Aga... ir con desti... Cabo Jub...

—Recib... do. ¿Qué tal... osas, Pierrot?

—... odo bien, Saint-Ex. Cuí... ate mucho.

—Ya... hago.

Aún quedan dos horas para la llegada del vuelo. Y esa noche los pilotos pernoctarán en el aeródromo para seguir mañana hacia Villa Cisneros. Así que aprovecha para instalarse en su escritorio. Consiste en dos bidones vacíos de gasolina sobre los que apoya una puerta vieja.

Tiene desperdigadas sobre el tablón las páginas de su relato «El aviador», publicado en la revista *Le Navire d'Argent*.

¡Bernis!...

El aviador que soñó en París cuando la grisura de los días le caía encima como una manta mojada. El bueno de Bernis, ese instructor de vuelo que llega a los locales nocturnos con su cazadora de cuero arrastrando consigo el aire de soledad de quien ha estado remando en medio de la nada a tres mil metros de altura. Lo curioso, piensa Tonio, es que dos años después él ha conseguido correr más que su imaginación. Ahora es un aviador que vuela más allá de donde siquiera pensó en hacer llegar a Bernis.

Todo escritor lleva dentro un vanidoso, con diferentes grados de cortesía y disimulo. Lo que publicó entonces en la revista le pareció sublime. Ahora le parece chatarra.

Lee la primera frase: las ruedas poderosas, la pista... Resopla con impaciencia. ¡Todo suena a toque de muertos! Muchas veces ha pensado convertir a Bernis en protagonista de una historia más larga. Una novela.

Vuelve a reescribir los primeros párrafos dedicados al vuelo. Pero tras unas líneas da un palmetazo colérico contra la madera.

¡No, no es eso!...

No puede empezar por las hélices y las ruedas. La mecánica es importante, la pericia es crucial..., pero lo que de verdad importa es el aire. Y decide arrancar su relato contando cómo es navegar en un cielo donde las estrellas titilan y la luna ilumina las dunas del desierto como una farola.

¡No, no, no! Las cosas no sólo han de ser bellas. La luz no puede ser un pincelito de colores. Lo ha dicho ese doctor Einstein que ha revolucionado no sólo la ciencia, sino también la poesía: asegura que la gente cree saber lo que es la luz, pero se engaña. Él, que ha ganado el Premio Nobel por ser la persona del planeta que más sabe sobre la naturaleza de la luz, insiste en que es un enigma. Por eso ha de contar que la luz no sólo ilumina las dunas, sino que las inventa.

Quiere en esas líneas contar el vuelo como trabajo, como reto y como desafío, pero también como una trampilla abierta en el suelo que conduce a un lugar más profundo.

Bernis es un hombre introvertido enamorado de una muchacha que conoció en esa edad en que la vida es el escaparate de una confitería, donde las maravillas siempre quedan del otro lado del vidrio. Esos días dedica páginas enteras a explicar los escarceos amorosos de juventud con esa chica que parece una ligera pompa de jabón. Explica cómo el azar que los unió de jóvenes los fue alejando, hasta que ella se borró de su vida. Y la aviación ha sido para ese piloto una ventana por la que saltar y lo ha hecho volar por encima del paso de los años. Bernis se finge feliz con su vida de piloto, pero se engaña: no ha dejado de pensar en ella un solo día en todos esos años. Tonio suspira. El primer amor. La edad en que aún no ha nacido la indiferencia.

Con la misma paciencia con que liberaba de carbonilla un motor en Montaudran, limpia y engrasa la vieja máquina de escribir Underwood con la que escribe los partes para la compañía. Le gustan esas teclas redondas que ceden al peso de sus dedos. Con la música del tableteo de las teclas, empieza a escribir la historia de los años de amistad juvenil de Bernis.

Una cuartilla, dos..., a la tercera se detiene. Relee lo que ha escrito. Enciende un cigarrillo. Da una calada intensa. Arruga los papeles y arranca de cuajo la hoja del carro de la máquina. No quiere que las cosas se expliquen como en un folletín por entregas. Primero A y luego B y después C. Quiere que las cosas sucedan. Porque así es como pasan de verdad en la vida: sin prolegómenos, sin un hilo lógico, sin que sepamos exactamente por qué. La vida no avisa, te arrolla.

Lleva semanas acariciando la idea. Tal vez meses. Sus herramientas de escritor le otorgan una potestad que resulta tentadora: él no puede enderezar lo que se le ha torcido haciendo que regrese Loulou, pero puede regalarle a Bernis un futuro mejor que el suyo. Puede hacer que ese piloto que él trajo a la vida de las palabras cumpla los sueños que a él se le han escapado.

¿Cómo será esa mujer a la que ama Jacques Bernis? Él lo sabe muy bien. No se va a molestar en describirla. Que cada lector le ponga el color de cabello, la estatura y la voz de la mujer que más amó.

Esa muchacha que Bernis conoce desde la adolescencia, de la que ha estado enamorado siempre, está, en el momento en que arranca la acción, casada con un extranjero y tiene un hijo. La realidad es mejor guionista que

él. Pero va a añadir al libreto algo de cosecha propia: ella es infeliz en su matrimonio.

Da una profunda calada al cigarrillo, hasta consumirlo entre los dedos.

¿Será Loulou feliz en su matrimonio?

Se ruboriza al pesar que le gustaría que su matrimonio fracasara. Se siente profundamente mezquino. Pero sonrío. Sabe que desearle ese mal a una persona a la que quieres no es razonable.

El amor no es razonable...

Es así como lo siente. Y no puede cambiar de sentimientos como si se cambiara de calcetines. El fracaso del matrimonio sería una nueva oportunidad para aquel primer amor que se quedó en la cuneta. Poco a poco empieza a amueblar su impulso emocional de dudosa catadura moral con argumentos que quieren ser racionales: en realidad, que su matrimonio vaya mal no es algo descabellado conociendo a Loulou. Él sabe de su facilidad para aburrirse de todo. Nunca comía más de medio plato, aunque fuera la mayor exquisitez cocinada por el mejor chef: si alguien le preguntaba si es que no tenía apetito, decía que se había cansado del sabor. La rutina y ella eran incompatibles. ¿Cómo iba a soportar la rutina de ver todos los días de su vida al mismo tipo cepillándose los dientes a la misma hora?

Y su pensamiento sigue desovillando el hilo. ¿Y si al fracasar su matrimonio buscara el consuelo en un viejo amigo aviador?

¿Por qué no?...

Sonríe. Es tentador. Muy tentador.

Coloca los dedos sobre la máquina y pulsa con fuerza. Las bielas del motor se empiezan a mover. Las teclas vienen y van. La música de piano metálico llena el espacio. Los dedos bailan claqué.

Tonio abre mucho los ojos, como globos aerostáticos. Escribir es otra manera de volar. El vértigo es otro.

Primero, el relato ha de hablar del Bernis el aviador. El vuelo. El Sahara. Y la historia, no sabe por qué, arranca de noche, en el aire frío y negro, bajo un techo infinito tachonado de estrellas.

Bernis y su sueño eterno. Pero va a tener la segunda oportunidad que él no ha tenido... ¡Al menos, de momento! Si Bernis triunfa, será en parte su propio triunfo. Si él lo consigue, ¿acaso no podría Tonio lograrlo también?

Escribe con un arrebató febril. Quizá esté escribiendo su propio destino en esas hojas. Pero con idéntico arrebató arranca las hojas del carro de la máquina, las arruga y las tira al suelo. Al momento, se levanta recoger la bola de papel. Duda. La vuelve a abrir, deseoso de que las palabras sigan ahí y no se hayan roto. Duda y duda. Escribe y rompe.

Sabe que el autor tiende a mostrarse condescendiente con sus palabras; ningún padre consiente tanto a sus hijos como un escritor malcría a sus frases. Todas le hacen gracia aunque sean estúpidas, todas las ve hermosas aunque sean grotescas. Pero al final hay que ponerse serio. Algunas frases sirven y otras no. El escritor es un agricultor que siembra sobre una tierra en blanco. El esfuerzo, el ahínco y la dedicación de muchas jornadas no garantizan nada; a veces se da una cosecha agusanada de palabras podridas.

Tonio se siente fatigado. La luz se inclina y con la caída del sol llega el correo desde Agadir. Los mecánicos lo esperan fuera con aire indolente, sentados sobre unas cajas de madera que han convertido en banquetas. Tienen los monos tan llenos de manchas que es difícil saber su verdadero color.

—Os pediré monos nuevos a la central.

—¡Oh, no es necesario, Saint-Ex! Mejor pídeles que nos aumenten el sueldo.

Suspira. Los dos mecánicos desaparecen a menudo en dirección a la ciudad mora, si es que puede llamarse ciudad a unas pocas casas de adobe, cobertizos y jaimas mugrientas agrupadas a un par de kilómetros del cuartel, que los españoles llaman Villa Bens en honor a uno de sus generales. Totó gasta casi todo el salario en bebida y el resto en mujeres. Jean-Louis, en mujeres, y algo en bebida.

Los dos Breguet aparecen en la visual del aeródromo y los mecánicos siguen plácidamente sentados.

—¡Vamos ¡Vamos! ¡El combustible!

Los mecánicos gruñen. Se levantan con parsimonia, de mala gana.

El avión se bambolea en el aire empujado por las rachas de viento y toma tierra en la pista dando varios saltos. Para ellos el aterrizaje forzoso es lo habitual.

Tonio corre hasta el aparato y llega en el momento en que salta de la carlinga Riguelle.

—¡Bienvenido a Cabo Juby!

—¡El combustible!

—Ya viene.

Pero no lo oye, Riguelle ha salido corriendo para alejarse unos metros y orinar. Regresa al poco, algo más tranquilo. El piloto que hace de escolta y ha aterrizado detrás, se acerca también.

—Tenéis diez minutos. He preparado café y tengo tortas con miel.

—Sólo el café, Saint-Ex. En cinco minutos tenemos que estar saliendo, vamos con retraso.

Consulta el reloj y hace un gesto de quitarle importancia.

—Sólo unos minutos.

—Ya sabes cómo es el señor Daurat. Hace quince días me retrasé quince minutos en Casablanca y me sancionó quitándome una semana de paga.

—Un poco excesivo.

—¿Un poco? ¡Es un abuso! Me juego la vida todos los días para llevar el correo por estos desiertos y por culpa de un viento de cara muy fuerte llegué treinta jodidos minutos tarde. ¿Tengo yo la culpa del viento? ¿Qué puedo hacer si el viento me frena?

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto. Le escribí un telegrama.

—¿Qué te respondió?

—Que si el viento de cara es fuerte, que salga antes. ¡Maldita sea! ¿Acaso no hacemos ya lo suficiente?

Tonio asiente y Riguelle cae en la cuenta de que es tarde.

—¡Vamos, vamos, esa gasolina! ¿Qué les pasa a tus mecánicos? ¿Están dormidos?

Despegan y se pierden en el cielo. Atrás queda el petardeo del motor, una brisa con olor a petróleo y una leve reverberación en el aire. En el aeródromo todo vuelve a quedarse en silencio y la velocidad de las cosas se ralentiza otra vez.

La tarde es todavía larga y su cabeza está espesa. Así que decide caminar y hacer una visita a algunas de esas jaimas de los alrededores a las que los españoles raramente se acercan. Echa a andar y se aleja de esa extraña prisión flotante y el fuerte tan excesivamente rotundo en medio de la liviandad de la arena. Se dirige hacia el sur y ya sus ojos empiezan a distinguir los sutiles caminos del desierto.

Cuando dijo que se iba a trabajar al Sahara, algunos en Francia le dijeron que tuviera cuidado con la vista, que el reflejo de la arena podía dejarlo ciego. Es cierto que la luz de la arena es dañina durante las horas centrales del día, pero los habitantes del desierto, en esa franja de la jornada, se agazapan y se quedan quietos en sus guaridas. Y los que van a vivir allí enseguida se acomodan a esas costumbres. En realidad, lo que observa después de unos meses en Cabo Juby es que los ojos no sólo no enferman, sino que empiezan a ver cosas que antes les pasaban desapercibidas.

Al llegar al desierto uno sólo ve arena y camellos. Al norte, al sur, al este o al oeste, todo le parece lo mismo: monotonía. Poco a poco empieza a distinguir ciertas señales. No existen las placas de las calles de una gran ciudad, pero hay rocas mordidas por la erosión de determinada forma, un leve promontorio que se alza como una joroba o el resto del esqueleto blanco de un camello sobre la arena con la quijada señalando al este. Las huellas de los pasos de las caravanas forman carreteras, con sus cruces y sus bifurcaciones. Aquí una huella es algo importante. Puede durar días o semanas, todo depende de las tormentas de arena. Y su trazo es un hilo en el laberinto de la nada.

Le gusta visitar especialmente a uno de los *sheijs*, un tuareg llamado Kafir Mugtar que comerció durante un tiempo con una guarnición francesa en Argelia y habla su idioma. Para dirigirse a sus dominios hay que llegar al esqueleto de camello, girar desde allí en dirección al oeste y caminar quince minutos hasta alcanzar tres dunas muy altas. Dejándolas a la derecha y caminando diez minutos más se llega a una mancha verdosa en medio del ocre. Allí se alza una jaima remendada, un pequeño huerto protegido por una pequeña valla de piedra y el brocal de un pozo. Unas cabras ramonean entre unos pocos arbustos resecos y un par de niños corren a dar aviso de la llegada del forastero.

—¡*Salam aleikum!* —saluda Tonio.

Sale de la jaima Kafir Mugtar: alto, enjuto, vestido de azul de pies a cabeza a la manera de los tuaregs.

—¡*Aleikum salam!*

Tonio le sonrío. Recuerda la primera visita. Le habían dicho que Kafir Mugtar era uno de los hombres más influyentes de la región, un tuareg sedentario que poseía las dos cosas imprescindibles para sobrevivir en el desierto: un pozo de agua y sentido común. Era un *sheij*, el líder de una comunidad irregular de pequeños asentamientos, y entre las misiones que Daurat le había encomendado a Tonio estaba la de establecer buenas relaciones con las tribus locales para evitar sabotajes en los aviones o minimizar la hostilidad hacia los aviadores cuando pudieran caer en mitad del desierto. La estadística decía que cada cinco viajes, el motor del Breguet 14 sufriría una avería. Los aterrizajes forzosos a mitad de camino eran constantes y el riesgo de secuestro, alto.

La primera vez que llegó hasta la jaima del venerable tuareg, se acercó confiado. Cuando le rogó que depositara sus armas antes de acercarse, él le dijo que no llevaba. Eso dejó muy sorprendido al beduino. Hasta entonces, jamás había visto a un occidental que no fuera armado. También le sorprendió positivamente que aquel europeo grandullón chapurreara algunas frases en árabe. Podía jurar por Alá que jamás había oído las palabras de su idioma tan mal pronunciadas y con un acento tan raro, pero, hombre ponderado como era, supo valorar el esfuerzo y la cortesía del extranjero al intentarlo. Sólo en ese momento le habló en un francés muy correcto que dejó sorprendido a Tonio.

Tonio le pidió permiso para beber un poco de agua de su pozo.

—Te pagaré —le dijo.

El *sheij* lo miró y en sus ojos negros estaba el paso de muchas generaciones de moradores del desierto.

—Págame con tu bendición.

Tonio todavía desconocía los códigos tuaregs.

Hay dos normas intocables. Una: la hospitalidad es una obligación sagrada. Si su peor enemigo, al que desearía ver muerto cuarenta veces, está en su jaima y en ese momento llega un tercero con intención de atacarlo, el

tuareg se dejará la vida por defender a su enemigo porque, mientras esté bajo su techo, es su invitado. La segunda norma es que el agua es un bien de Dios: no se deniega jamás a nadie que la necesite.

Después, ha habido otras visitas, como la de esa tarde en que el *sheij* sale a recibirlo.

—Es una alegría verte, Kafir Mugtar. —Y se lleva una mano al pecho.

—También para mí es una alegría verte, Saintusupehi.

—Te he traído un poco de azúcar para tus hijos.

—Te lo agradezco. Te llevarás una girba de leche de cabra.

Si se negara a aceptarla, aunque no haya otra leche en la casa, lo ofendería.

—Pues muchas gracias. He venido, con tu permiso, a tomar un trago de agua.

—¿Por qué vienes desde lejos a beber esta agua turbia?

—El agua que nos trae el barco cisterna que viene de las islas Canarias sabe a hierro y a detergente.

—Pero esta agua sabe a tierra.

—Por eso me gusta. De la tierra nacen todas las cosas.

El *sheij* asiente lentamente.

—Hablas como un sabio. No pareces europeo.

Y ambos se echan a reír.

A la hora de irse, Kafir Mugtar le hace un regalo especial: una chilaba. Sencilla, algo desflecada en los bordes, no del todo limpia. En París se reirían de semejante andrajo mugriento. No sabrían de su valor extraordinario. Con esa prenda, el *sheij* le está diciendo: te aceptamos como a uno de los nuestros. Cuando vaya a visitar a otros beduinos, esa prenda del desierto le va abrir muchas jaimas. Y eso va a ser crucial en su misión de predisponer favorablemente al mayor número posible de árabes hacia los pilotos que caigan en sus manos y va a salvar vidas.

Mira al árabe. Les separa un mar, un continente, un dios. En realidad, no los separa nada.

CAPÍTULO 36

Buenos Aires, 1928

Mermoz se mete las manos en los bolsillos del abrigo de paño y se detiene debajo de la placa con el nombre de la calle donde se hallan las oficinas de la Aeropostale en Buenos Aires: calle de la Reconquista. Es una premonición. Pasan dos muchachas con unas faldas largas, algo voladas, y les dedica una de sus sonrisas.

Esos meses ha habido vuelos de reconocimiento, aterrizajes en medio de pantanos infestados de mosquitos, en pampas inmensas donde la vista se cansaba de mirar hacia delante, en poblados remotos en mitad de la selva donde había indígenas que al verlo bajar del avión se arrodillaban y rezaban.

Pero de todas las montañas que ha tenido que remontar ninguna le ha resultado tan ardua como la de las carpetas apiladas en la mesa de su despacho de jefe de pilotos. Resopla. Han sido semanas de trabajo febril: la llegada de aparatos desde Francia siempre con retraso, el mantenimiento de los motores, los vuelos de reconocimiento para revisar aeródromos entre Argentina y Brasil, pistas acechadas por una naturaleza exuberante que cierra con voracidad los claros abiertos en la selva y un clima lluvioso que convierte la tierra en fango. Aunque lo peor ha sido dar órdenes a los pilotos, algunos más veteranos que él.

Los presupuestos, las facturas, los informes, las reparaciones..., cuando todo eso lo agobia, se vuelve hacia el mapa que cuelga de la pared y observa las líneas rojas que cruzan la geografía de Sudamérica: Paraguay, Chile, Brasil, Bolivia, Patagonia... Una maraña de hilos. De momento son líneas en un mapa, pistas de aterrizaje en lugares remotos que sólo son charcos de barro, aviones por ajustar, jefes de aeródromo por formar, hangares que parecen chatarrerías... Parece un trabajo imposible. Por eso le gusta.

La tarea es agotadora, pero se siente fuerte. En el asador al que acude a mediodía devora chuletones descomunales de tres en tres y toma de postre un matambre o una bandeja de empanadas de carne.

En marzo, después de semanas en las que se ha multiplicado para estar en los aeródromos de la selva sin descuidar el papeleo, todo parece estar preparado para inaugurar la línea y hacer historia: el primer envío de correspondencia entre América y Europa a través del servicio de correo aéreo. Desde Montaudran recibe una cascada de radiotelegramas de Daurat. Le pide comprobaciones e informes de todo. Mermoz se alegra de tener a su jefe a miles de kilómetros.

Para ese primer recorrido hay una etapa inicial larga, que suelen hacer entre dos pilotos, y que va de Buenos Aires a Natal, la punta de Brasil desde donde parten los barcos que cruzan el Atlántico hasta Senegal, donde sus compañeros tomarán el correo y remontarán África hasta llevarlo a la vieja Europa. No puede fallar nada, así que, aunque lleva dos días sin dormir, el propio Mermoz se sube a un Breguet y arranca el primer tramo de ese vuelo inaugural a cabina descubierta.

Parte a primera hora, pero ya el calor en Buenos Aires espesa el aire. La ciudad queda atrás y enseguida lo recibe Montevideo sin novedad. La única novedad son los gritos de Mermoz a los mecánicos para que se den prisa en repostar. El hombre amable se transmuta en ogro cuando está concentrado en el vuelo:

—¡El correo! ¡El correo! ¡El correo!

Por eso se lo llevan los demonios cuando en Brasil sufre una fuga de agua que lo retrasa en la escala varias horas y ha de hacer noche de manera imprevista en Jaguarão. Cena solo. Mastica el arroz y los frijoles con tal rabia que parece que los quisiera hacer explotar en la boca. Nadie se atreve ni a dirigirle la palabra.

Su rostro se vuelve a iluminar cuando le comunican a primera hora que el avión está reparado y parte a toda velocidad hacia Río de Janeiro, donde le espera el siguiente relevo para llevar el correo hasta Natal, con los motores del avión en marcha. Cuando aterriza, su mal humor se ha disipado. Con algún retraso, la misión se ha cumplido y el correo se transborda al paquebote de la compañía, que hace la ruta por mar hasta Dakar.

En un lejano despacho de las afueras de Toulouse, un hombre de facciones angulosas apura un cigarrillo pendiente de los radiotelegramas. Va recibiendo las notificaciones del paso de escalas con gesto impertérrito. De su boca sólo sale un humo denso. Ningún comentario, ninguna expresión. La leyenda en la compañía dice que Daurat es un hombre de hielo. Que carece de sentimientos. Que sólo se apasiona con los reportes de puntualidad. Nadie sabe que por dentro ríe.

Las cartas que se escribieron en Buenos Aires llegan a Toulouse, a trece mil kilómetros de distancia. Mermoz ha inaugurado la línea aérea más larga del mundo.

La gente lo felicita, lo quieren sentar a mesas enormes y darle discursos interminables. Al tercer banquete, los manda a todos al diablo. En uno de esos festejos, en cuanto se hacen los brindis de rigor, se levanta de la mesa y se despide precipitadamente. Toma su sombrero y su abrigo a la carrera de la mano de un camarero.

—¿Adónde va tan deprisa, señor Mermoz? —le preguntan los invitados, decepcionados.

—A volar.

A lo largo de los siguientes meses, Mermoz abre otro frente. En algunas líneas, lo que el correo aéreo gana al transporte por tren durante el día, lo pierde por la noche mientras los aviones duermen en los hangares. Es un plan que Daurat lleva semanas —quizá años— madurando en su cabeza, y ha convencido a Mermoz de que es el siguiente peldaño que hay que subir. Empieza a recorrer los aeródromos de la línea de Brasil para dar instrucciones personalmente a cada uno de los responsables de aeroplaza sobre el balizado de las pistas. Ve cejas arqueadas, intentos de réplica, ademanes de estupefacción. Los corta a todos con su gesto tajante y la seguridad que irradia.

—Vamos a volar de noche.

—Pero eso no es posible...

—Lo haremos.

—Pero, señor Mermoz...

—Lo haremos.

Saben que la tozudez del jefe de pilotos es olímpica. Y detrás está el señor Daurat. Nada pueden objetarles a ellos sobre la Línea. Ellos son la Línea.

El 14 de abril despegan de Buenos Aires por la mañana en dirección a Montevideo. Repostan y continúan. El sol se encoge sobre un horizonte tímido, y él continúa volando. Se hace de noche y continúan. Se pierden las referencias. La tierra ha desaparecido y las nubes han borrado el rastro de las estrellas. Y continúan.

El mecánico Collenot permanece sentado en silencio. El rugido de los motores y del viento apenas permite conversar durante los vuelos. Se han acostumbrado a comunicarse por signos.

Unos días antes, le preguntó si quería ser su mecánico.

—Naturalmente, señor Mermoz.

—Volaremos de noche...

—Sí, señor Mermoz.

—Ensayaremos el vuelo nocturno para incorporarlo a la Línea. Será como ir a ciegas.

—Me parece bien, señor Mermoz.

Hasta entonces sólo los militares han volado de noche en vuelos acotados o de manera puntual. Nadie ha tenido la osadía de establecer una línea regular que vuele a oscuras. Técnicamente, no se puede hacer. Técnicamente, los sueños tampoco existen.

Los dos se lanzan a la noche. Lluvia. Las cabinas de los Breguet siguen siendo descubiertas. Pese al ala superior del biplano que les hace de techo, el agua racheada los empapa. La referencia de la luna se pierde a ratos. Mermoz mira el compás con una fe infinita. Volar de noche es nadar en un mar negro, saber que, si el motor falla, tendrá que aterrizar a ciegas. Las posibilidades de matarse se multiplican. No quiere ni oír hablar de eso. Cada milla que avanzan es un triunfo.

Veintitrés horas después de haber despegado de Buenos Aires, completan la ruta hasta Brasil. Helados. Agotados. Mermoz exultante y Collenot callado, con esa aparente indiferencia de los que no tienen melancolía del pasado ni fe en el futuro.

Mermoz entra como un tornado en la oficina con el traje chorreando agua sobre la alfombra y pide a voces una conexión con Montaudran.

—En Toulouse es muy tarde, señor —le dice un administrativo con condescendencia, sin levantar la vista de su libro de caja y sin dejar de anotar con un lápiz unas cifras.

—¿Tarde? —Da un puñetazo sobre el mostrador y saltan todas las bandejas con formularios—. Póngame inmediatamente con el señor Daurat antes de que agarre el lápiz que tiene en la mano y se lo meta por el culo.

En un minuto está al habla con Montaudran.

—¡El primer vuelo de noche de la línea de Brasil, completado, señor Daurat! ¡La línea nocturna es un éxito!

Del otro lado llega un silencio sólo quebrado por los ruidos del cable submarino. Por fin, responde Daurat con su tono neutro:

—Complete veinte sin un incidente y empezaremos a hablar de éxito.

Mermoz persevera. Continúa cada semana con su ruta nocturna, que ahorra casi un día en el traslado del correo. Despega y aterriza durante cuatro semanas sin ningún incidente. Desde Montaudran, Daurat sigue las evoluciones jornada a jornada. Mermoz llama a Toulouse a cualquier hora del día o de la noche y al otro lado siempre está el señor Daurat. Se pregunta si tiene algo parecido a una vida privada.

Colegas de otras compañías, al acecho de los permisos de la Aeropostale para hacerse con el transporte del correo aéreo, califican su tentativa de regularizar el vuelo nocturno de absurda. Habrá noches claras, pero también otras encapotadas en las que se pierdan las referencias fuera del compás y sea imposible aterrizar a oscuras en caso de avería. El diario *La Tarde* publica un duro artículo de un veterano aviador argentino que afirma que volar de noche es suicida.

Un día que entra en la cantina de los pilotos del aeródromo de Pacheco, el veterano Quedillac se le encara.

—No se puede volar de noche, Mermoz.

—¿No se puede? Pues yo lo estoy haciendo.

—Pero eso es suicida. ¡Es una locura! Nos pone en peligro a todos.

—Volar de noche será voluntario.

El piloto, curtido en la ruta de África, con aterrizajes en el desierto, averías en España y docenas de idas y venidas sobre los Pirineos, lo mira con irritación a duras penas contenida.

—Si usted vuela... ¿cómo vamos a decir los demás que no?

Mermoz se encoge de hombros. Ése no es su problema. No dejan de mirarse a los ojos. Quedillac suspira.

—Pero ¿a qué viene ese capricho?

Entonces la irritación cambia de bando. Las venas del cuello de Mermoz se inflan.

—¿Un capricho? ¿Le parezco un imbécil caprichoso?

Quedillac se queda mudo por el acceso de ira del jefe de pilotos.

—No, no es un capricho, Quedillac. Nuestro deber es entregar esas cartas en su destino en el menor plazo posible. No podemos seguir perdiendo de noche lo que ganamos de día. Tenemos ya miles de horas de vuelo, conocemos la ruta..., sé que se puede hacer con un margen de seguridad razonable. Peligro hay, claro... ¡Somos pilotos, hostia! Si alguien quiere un oficio sin riesgo puede hacerse florista. ¿Usted quiere ser florista?

Mermoz acerca tanto la cara a la de Quedillac que puede contar los pelos que le sobresalen de la nariz. Uno de los dos ha de recular. El piloto se traga su ira y aprieta tanto los dientes que le rechinan en la boca. Se da la vuelta y se marcha. Mermoz se queda donde está. Para él, dar un paso atrás es perder el camino entero.

En las siguientes semanas, completa otros diez vuelos seguidos sin un solo incidente.

Una de las veces en que retorna a Buenos Aires de noche y se incorpora al día siguiente al papeleo de la oficina de la calle Reconquista tras haber dormido tres horas, encuentra a dos hombres trajeados esperándolo de pie dentro de su despacho y alguien sentado en su propia silla fumando un cigarrillo.

—Mermoz, tiene usted el despacho desordenado. No he recibido aún los gastos de la primera quincena.

—¡Señor Daurat! ¿Cuándo ha llegado?

—Hace ocho minutos.

Parece que llevara allí ocho meses u ocho años. Trae bajo el brazo un fajo de dosieres y lo secundan dos inspectores a la espera de sus órdenes.

—Quiero un informe completo sobre los vuelos nocturnos.

—¡Todo va sobre ruedas!

—No quiero su opinión. Quiero un informe.

—¡A la orden! —Lo dice con un poco de guasa, pero de manera tan risueña que el señor Daurat hace un gesto vago. Casi podría decirse que con algo parecido a la complacencia.

No es la única visita. Esa mañana se presenta en su despacho el piloto Quedillac. Se miran un instante en silencio. Quedillac se ofrece voluntario para los vuelos nocturnos.

Mermoz salta de la silla, rodea la mesa y antes de que el piloto, de complexión baja y delgada, pueda zafarse, le da un abrazo que lo levanta medio palmo del suelo. Quedillac está resuelto, pero no está alegre. Nunca lo ha confesado a nadie, pero desde pequeño, cuando estando metido en la cama oía los gritos de su padre y el llanto de su madre, la oscuridad le da miedo. Duerme siempre con una lámpara encendida para que no regrese su padre de madrugada bebido y violento. El jefe de pilotos lo mira exultante cogiéndolo virilmente de los antebrazos. Los dos saben que son demasiado frágiles para no ser duros.

Después de Quedillac llega otro piloto, y después otro y otro más. Muy pronto, el resto de los pilotos de la compañía en Argentina se pone a disposición de los vuelos nocturnos. Mermoz asiente satisfecho.

Ya nadie se ríe de la pretensión de la Aeropostale de establecer líneas aéreas civiles que vuelen de noche. Algunas compañías de otros países incluso empiezan a considerarlo. Hay quienes lo ven como un camino de sufrimiento que traerá más accidentes y más tragedias. Otros lo ven como un paso firme hacia el futuro de la aviación comercial que está naciendo.

Ninguno se equivoca.

CAPÍTULO 37

Cabo Juby (Marruecos), 1928

En los tiempos muertos que le quedan entre el control de escalas, las operaciones de rescate y su tarea como diplomático entre españoles y las tribus autóctonas, algunas en pie de guerra, Tonio sigue emborronando hojas. A veces quiere escribir tan deprisa que las varillas de la Underwood se encabalgan y la máquina se atora. Otras, se queda delante del teclado minutos y horas sin ser capaz de poner una letra.

A veces lo lleva en volandas la imaginación. Otras, se arrastra bajo el peso de la responsabilidad de estar escribiendo su propio destino.

Bernis, el piloto del desierto curtido en mil peripecias, que se juega cada día la vida con la misma indiferencia con que se afeita por las mañanas, está inquieto ante la perspectiva de volar a París y reencontrarse con la mujer que nunca ha olvidado.

Geneviève...

El nombre le recuerda a Genève, Ginebra, la ciudad donde él y Loulou fueron felices. Sonríe al recordar cómo burlaban la vigilancia de la señora Petermann en aquel viaje que ahora parece soñado.

¡Parece que haga mil años!..

Se queda mirando por la ventana y sólo ve un vacío inmenso.

Es que hace mil años...

Su mano trota sobre las teclas. Geneviève está casada con un extranjero, un alemán. ¿Cómo es? Se enciende un cigarrillo. Será un hombre que en público gesticula con seguridad y contundencia. Primero piensa en hacerlo tuerto, con un parche como un pirata. Después lo descarta, parecería impostado. De nuevo, deja la descripción a la imaginación del lector.

El momento álgido de la narración tendrá lugar cuando Bernis llegue a Francia tras una larga ausencia y le envíe un telegrama a Geneviève para decirle que está de vuelta y le gustaría presentarle sus respetos. Ella lo invita a una cena social, una manera de encontrarse sin encontrarse.

Se pregunta si él mismo aceptaría asistir a una cena de Loulou y su marido... ¡La idea le repugna! Tener que ver cómo otro hombre le hace caricias que ella le devuelve...

¡Insoportable!

Lanza su resoplido de cachalote. Dice que no, que no y que no. Pero sabe que sí, que sí y que sí. Iría. Aunque sintiera por dentro explotarle el hígado, iría. Naturalmente que iría. Al menos, sería una forma de estar cerca de ella. Escucharía su voz otra vez. Robaría el olor de su perfume sin que se diera cuenta.

Bernis aceptará la invitación de Geneviève, por supuesto.

¡Pobre Bernis!

Pero no va a ser cruel con su piloto. En la suerte de Bernis, el dios del azar es él. Él es el destino de Bernis. La cena será en un restaurante elegante, por supuesto. Pero no habrá carantoñas entre ella y su marido. Se distrae de nuevo de la escritura.

¡Marido! ¡Qué horror! *Amante* es una palabra hermosa, habla del amor. Pero *marido* suena como una profesión.

El marido ha de ser extranjero, eso lo tiene claro. Al trazarlo piensa en el verdadero esposo de Loulou, un norteamericano rico al que ni siquiera conoce. Ya sabe que no tiene culpa alguna de su dolor, pero aun así lo detesta. Si el odio fuera lógico dejaría de ser odio, igual que si el amor fuera razonable no sería amor.

El marido se llamará Herlin. Y hace una descripción de él absolutamente demoledora: mezquino, falso, decadente, ignorante, sádico...

Disfruta mientras teclea.

Pasa el camarero y Herlin pone el pie para que tropiece. Después de que se le caiga la bandeja y se rompa la vajilla estrepitosamente aún lo abronca por su torpeza. El encargado despide al camarero, que tiene mujer y cuatro

hijos que mantener, y Herlin ríe zafiamente. Teclea la escena muy rápido, en un trance gozoso. Incluso olvida el cigarrillo que se calcina solo en el cenicero.

Al poco se detiene.

Suspira.

Se enciende otro cigarrillo y mira arder la punta.

Sabe que es una escena ridícula. Herlin no puede ser así. Loulou jamás se habría casado con alguien grosero o tan siquiera vulgar. Aunque piensa que, al fin y al cabo, también se enamoró de él, al menos un tiempo, siendo él el tipo más zafio del mundo.

Pero yo soy conde...

Y al pensarlo, se ríe.

¡El conde más pobre e insignificante del planeta!

Se pone serio de nuevo. No puede convertir al marido de Geneviève en un malo de radionovela. Sería una caricatura burda. No puede hacer del marido un enemigo de la humanidad, ni siquiera un enemigo de Bernis. La vida a veces puede ser disparatada, pero las novelas tienen sus propias reglas. Herlin será un hombre educado, incluso respetable. Sin embargo, tampoco puede dejar de verlo como un antagonista, alguien que levanta un muro frente a su felicidad. Dos hombres que aman a la misma mujer no pueden ser amigos. Lo que los une es lo que los separa.

Finalmente, decide que el marido sea un caballero de buena posición, cultivado y mundano pero un tanto arrogante, cortés pero intransigente. Bernis acude a esa cena del grupo de conocidos de Geneviève y su marido en su discreto papel de viejo amigo, alguien que está de paso, que esa noche está allí por azar.

Niega con la cabeza. No cree en el azar.

Si crees en el azar es que no crees en nada.

Y él cree. Tiene fe. Mucha fe. Únicamente ignora el nombre de su dios.

Cuando lleva apenas tres párrafos de la escena, echa mano a la hoja y la arranca del carro de la máquina drásticamente. El rodillo gira con un sonido de carraca y la hoja sale volando hecha un rebullo.

Reescribe la escena del restaurante cien veces. Jacques Bernis mira todo como si lo sobrevolara desde su avión. Geneviève brilla en medio de esas señoras anodinas sin hacer aspavientos. Su brillo ciega a los comensales y no les deja verla. Ven de Geneviève su hermosura, sus modales impecables, su saber estar, su adorable frivolidad..., pero no ven lo esencial.

Las cosas importantes están ocultas a la mirada...

Bernis la conoce de antes, de cuando era poco más que una niña. Detecta ciertas vibraciones invisibles en el movimiento impecable de sus gestos. Nota unas determinadas inflexiones de voz cuando habla un momento de su hijo. Los invitados a la cena la adoran, pero cambian rápidamente de tema; la maternidad no les interesa, es un asunto aburrido, conservador. Les parece un desperdicio que esa mujer elegante y sofisticada pierda el tiempo en esos quehaceres domésticos. Adoran a Geneviève, no quieren saber nada de un asunto tan vulgar.

«La aman como se ama la música, como se ama el lujo...», escribe.

Pero Bernis observa y se percata de que para ella no es un asunto menor. Ser madre la sumerge en unas profundidades emocionales a las que nunca la han llevado la cháchara de esas cenas insustanciales con mujeres de clase alta. La vida social es una esgrima con espadas de madera. Y, además, Bernis, que la conoce desde la adolescencia, ha notado en la brevísima referencia al hijo un eco de preocupación. Él sabe que parece frágil porque su cintura cabe en un puño, pero es fuerte. Las flores pueden soportar tifones. Si hay preocupación en su timbre de voz es porque algo debe de ir realmente mal con el hijo.

Con su marido también detecta una cierta distancia. Todo es cordial, se ceden la palabra, no se llevan la contraria, él le sirve vino en cuanto su copa se vacía..., pero hay en esa cortesía tan civilizada un cierto sofoco de invernadero. En un momento en que los hombres están ocupados en el ritual de encender los puros y las mujeres se han enzarzado en una conversación sobre sombreros, Geneviève se vuelve hacia Bernis y le pide, en un susurro, que le hable del desierto.

El desierto...

A Bernis le parece que no es adecuado llenar los salones de ese lujoso bistró con toneladas de arena. Puede que sea una pregunta intrascendente, para llenar un momento de silencio. O puede que sea una invitación para seguir la conversación más adelante. En otro lugar y otro momento. No sabe qué pensar. Mira a Geneviève: ahí están esos ojos tan adorablemente caprichosos. También ve que trata de disimular un velo de tristeza. Todo en ella es un enigma.

—Necesitaría mucho tiempo para contarte qué es el desierto.

—Cuéntame sólo lo importante.

No, no, no...

Aprieta la tecla «x» en modo ametralladora para tachar el último diálogo. ¿Qué diría la verdadera Loulou en una situación así?

Imposible saberlo. Loulou es imprevisible. Por eso es imposible no amarla.

Llega el zumbido familiar del Breguet 14. Es hora de volver a la realidad del aeródromo. El avión bascula en el aire imperceptiblemente y se posa con una inusual suavidad sobre la pista. Los mecánicos acuden sin la prisa de otras veces porque avión y piloto se van a quedar hasta el día siguiente. Al acercarse, Tonio siente que el corazón se le alegra.

—¡Henri!

Guillaumet se quita el casco con las gafas y unos cercos negruzcos sobre los ojos le dibujan un antifaz. La sonrisa de sus dientes blancos resalta todavía más sobre la piel tostada de sol y carbonilla.

—¡Esto hay que celebrarlo! Nada de cuscús y carne de camella vieja. Todavía tengo tres huevos. Pediré a Kamal que te prepare una tortilla.

—¡No, Tonio! Guárdalos para vosotros. Yo mañana cenaré en Dakar, allí podré comer de todo, pero vosotros aquí tardáis semanas en recibir suministros.

—¿Guardar? ¿Qué significa esa palabra? Vamos abrir una botella de Rioja. Me la regaló un militar español.

—¿Qué tal te llevas con los españoles?

—Bastante bien. Se pasan el día jugando al dominó, ¡odio ese juego de pueblerinos! Pero a algunos oficiales también les gusta jugar al ajedrez.

Los dos entran en el barracón-vivienda.

—¿Podría utilizar tu lavabo de lujo, si no te importa?

—¡Cómo va a importarme!

En una pieza aparte, tiene una palangana sobre una estructura de madera blanca. Un estante a juego con unos soportes con molduras para la brocha, las cuchillas de afeitar, el jabón y algo que llama la atención de todos los pilotos: un elegante botellón de colonia con un tapón de cristal. Y lo que más agradecen siempre que visitan el aeródromo de Cabo Juby: las toallas limpias.

—¿De dónde sacas estas toallas de rizo americano tan estupendas? ¡Son mejores que las del Ritz!

—Me las traen de las islas Canarias. Las cambio por dátiles.

—¿Y cómo consigues los dátiles?

—Los cambio a los beduinos por un poco de gasolina.

—¡Si el señor Daurat se entera de que gastas combustible de los aviones para comprar toallas le dará un infarto!

—¡El señor Daurat debe secarse las manos con papel de lija!

Después de cenar el ambiente dentro de la caseta está cargado. Huele a pies, al tabaco negro de los mecánicos, a alientos cruzados. Toman las cazadoras y salen fuera a tomar aire fresco. El viento ha amainado. Echan mano al tabaco y a los fósforos y añaden dos estrellas a la noche. Permanecen más de medio cigarrillo en silencio. Hace frío, pero les da igual. Una estrella fugaz se desprende del cielo y desaparece.

—¿Lo has hecho, Guillaumet?

—¿El qué?

—Pedir un deseo. Dicen que cuando pasa una estrella fugaz puedes pedir un deseo.

—No lo sabía.

—¿Qué pedirás la próxima vez?

Guillaumet se incomoda un poco con esas preguntas íntimas.

—¡Tal vez pediría un millón de francos!

—¡Bah, no te creo!

—Es que no sé, tendría que pensarlo.

—Pues yo —y al decirlo abre mucho los ojos para que le quepa dentro el firmamento entero— lo que le pediría es que nunca dejaran de caer estrellas fugaces en la noche.

Se quedan callados. El silencio los adormece un poco. Guillaumet disimula un bostezo. Está molido tras una larguísima jornada de vuelo, pero le gusta estar con Tonio, aunque haga esas preguntas extravagantes. Son muy diferentes: él prefiere hablar poco, decir sólo lo preciso. Tonio, en cambio, cuando está animado abre sus pensamientos como el vendedor del zoco que extiende sobre una manta en el suelo toda su mercancía de pequeños tesoros.

Del bolsillo del chaquetón, Tonio se saca unos papeles y una linterna.

—Tienes que escuchar esto.

Empieza a leerle las últimas páginas que ha escrito de la historia de Bernis y Geneviève. Relata el momento de plenitud de Bernis en su avión, lejos del roce de la tierra, la cena en que se reencuentra con la única mujer que amó, la manera en que lee en ella lo que los demás no pueden ver...

—¿Crees que es verosímil que una mujer que ha dejado de amarte te dé una segunda oportunidad?

—¿Por qué no? Bernis también se la da a ella.

—¡No es lo mismo! Bernis nunca ha dejado de amarla. En él nada se ha enfriado. Lo difícil es saber qué podría llegar a sentir ella. No sé si el amor es un plato que pueda recalentarse.

—Yo de esas cosas no sé, Tonio.

—¿Cómo no vas a saber! ¿Es que tú nunca has tenido un desengaño amoroso?

—No...

—¿Nunca?

—Nunca.

—¡Dios santo, Henri! ¡Eres un gigoló! ¡Las mujeres caen rendidas a tus pies! ¡Ninguna se te resiste!

Sonríe.

—Qué va. No he tenido desengaños amorosos porque nunca me he hecho ilusiones. Siempre he sabido que no iba a interesar a ninguna chica. Por suerte conocí a Noëlle y, bueno... ya sabes.

—¡No me digas más! ¡Lo puedo imaginar perfectamente! ¡Fue ella la que tuvo que tirarte de las orejas para que le dieras un beso!

Guillaumet se ruboriza, incomodado, y su amigo estalla en carcajadas.

—¡El mejor piloto de la Línea! ¡El aviador al que no le tiembla el pulso al aterrizar en medio de un desierto infestado de beduinos armados hasta los dientes, no era capaz de pedirle un beso a una muchacha!

Guillaumet se pone aún más colorado y dibuja un gesto de contrariedad. Tonio lo abraza con su corpachón de oso.

CAPÍTULO 38

Buenos Aires, 1929

El logro de poner en marcha la conexión postal entre Sudamérica y Europa ha sido celebrado con euforia en los periódicos argentinos. Los vuelos nocturnos dan que hablar. Mermoz empieza a ser algo más que un cartero aéreo. Lo reclaman de las radios y las revistas de moda para entrevistas, que él trata de esquivar. Desde Francia le llega una oleada de premios y distinciones. Un bar de Buenos Aires crea el cóctel Mermoz. Las mujeres le salen al paso y él las devora con su hambre insaciable. A ratos le halaga y a ratos le incomoda esa atención.

Buen sueldo, reconocimiento, comilonas, chicas risueñas. Los fines de semana necesita ejercicio y se pone en forma practicando remo y natación en el laberinto fluvial del Tigre, una extensión de humedales en torno a la desembocadura del Paraná a las afueras de Buenos Aires. Toma el sol desnudo y se come filetes enormes que parecen de dinosaurio en un restaurante flotante cerca del Club Francés de Remo. Su cuerpo está saciado, pero su mente no. Desde que bajó del barco de Europa y puso un pie en el muelle de Buenos Aires, una idea le ronda la cabeza. En ese mapa de los sueños que hay en su despacho falta una línea roja por trazar.

Una noche, se encuentra en una cena pantagruélica en la casa de un rico empresario argentino accionista de la compañía: un asado en su honor. Vino recio, hombres poderosos, mujeres bellas. Saluda a izquierda y derecha, estrecha manos y asiente con cortesía. Pero está en otra parte. Toda esa gente no le importa nada. Una muchacha rubia de ojos muy negros y labios mullidos se le acerca gatuna. Él la recibe con su sonrisa de las grandes ocasiones. Ella le dice su nombre y él le hace una petición que la deja intrigada: le pregunta si tiene un pintalabios.

—¿Me lo prestaría?

Ella asiente con un mohín de coquetería y saca uno de su bolso minúsculo. Mermoz lo coge y, para decepción de ella y desolación de sus anfitriones, anuncia en voz alta que debe retirarse. El organizador, un empresario acostumbrado a tratar a la gente como empleados, se acerca muy seguro de sí mismo.

—Nada eso. ¡Cómo se va a ir ahora que empieza lo mejor! Le voy a pedir un coñac especial y le voy a presentar a unas personas muy importantes.

Pero entonces Mermoz se tensa. Mira a su interlocutor de manera que éste, sin darse cuenta, retrocede un paso de forma inconsciente por esos mecanismos remotos del cerebro que regulaban la supervivencia en tiempos atávicos. Mermoz no soporta que le insistan. Nadie tiene derecho a apartarlo de su camino. Da las buenas noches de manera escueta y se larga.

Es ya de madrugada y camina por calles vacías hasta Reconquista. Abre con la llave el portal de las oficinas y llega hasta su despacho atravesando una quietud de sillas vacías. Contempla el mapa de la pared con la línea Buenos Aires-Natal ya consolidada y las demás líneas americanas que se irán desplegando. Pero a ese mapa le falta la ruta crucial. La que ha de unir América con África y, de esa manera, coser el hilo con Europa. Por más que ellos corran por el aire contra cualquier inclemencia, por más que en las escalas las sacas brinquen de un avión a otro y realicen en tan sólo horas el transporte de las cartas, que solía tardar días, todo ese avance se atasca al embarcar el correo en los paquebotes de la compañía que hacen la travesía marítima en la que se pierde la espectacular ventaja adquirida. Los aviones cubren diez mil kilómetros de la ruta en cuatro días. El barco que hace el trayecto marítimo Natal-Dakar tarda diez días en recorrer los tres mil kilómetros de distancia. El correo tarda en total catorce días en llegar a África y retomar la conexión con los aviones que esperan en Saint-Louis de Senegal. Si pudieran saltar el océano por el aire, podría llegar en cinco.

Saca del bolsillo el pintalabios y traza una línea entre Natal y Dakar por encima del océano Atlántico. Se separa un poco y la observa. El carmín ha dibujado una raya de un rojo tan reventón que tiene algo de dramático.

En Francia, al otro lado del mundo, ya se habrán despertado. Escribe al señor Daurat un largo telegrama en el que le pide un avión potente para poder dar el salto sobre el Atlántico. La respuesta desde Montaudran es rápida: «Hace tiempo que lo he pedido».

Existen aún pocos aviones con esa autonomía y son muy caros. Latécoère ha pasado por problemas económicos; de ahí la entrada de nuevos socios como Bouilloux-Lafont, y el cambio de nombre de la empresa, que pasa a llamarse Aeropostale. No hay en la factoría de Latécoère ningún modelo de esas características en fabricación. Es evidente que si Daurat está detrás, en cuanto haya una mínima posibilidad, se pondrán manos a la obra.

Pero Mermoz no puede esperar. No sabe. No está en su naturaleza. Mueve sus contactos al más alto nivel. Si tantas condecoraciones y tantas buenas palabras han salido desde altas instancias del gobierno de su país, decide apelar al máximo responsable de las Fuerzas Aéreas francesas para solicitar un aparato para su causa.

—Se trata del honor de Francia, caballeros. Seremos los primeros en establecer una línea de correo regular por encima del Atlántico, inscribiremos el nombre de nuestro país en la historia en la aviación civil.

El honor es una de las motivaciones más estúpidas que existen. Mermoz no cree en el honor militar ni le interesa la chatarra de las medallas. Pero cree en el orgullo, en la satisfacción de ir siempre un paso por delante y no quedarse nunca atrás.

Mientras sus peticiones chocan con los muros de la burocracia, inicia la exploración de una nueva línea muy importante para la Aeropostale: la conexión Buenos Aires-Chile. Las dos ciudades están separadas por un muro de verdad, de roca, de hasta siete mil metros de altura en su zona central. Sus aviones apenas pueden ascender hasta los cuatro mil trescientos.

Mermoz tantea una ruta desviándose hacia el sur, donde la cordillera empieza a achicarse y pueden superarla.

A uno de esos primero viajes se apunta el conde de La Vaulx, pionero de los vuelos en globo y presidente del Aeroclub de Francia, de visita en Buenos Aires para conocer de primera mano los avances de la Aeropostale en Sudamérica. Mermoz ya tiene la ruta bastante domesticada, pero precisamente en ese viaje sucede un incidente. El motor decide pararse

mientras sobrevuelan picos de tres mil metros. Mala noticia. Se hace el silencio, hermoso y aterrador, y quedan a merced de aristas mortales. Mira a Collenot. El mecánico está tranquilo y Mermoz sonríe. Bien por Collenot, que deja su vida en sus manos y no se plantea nada más.

—El vuelo sin motor no estaba previsto —anuncia a los pasajeros—, pero lo haremos en honor suyo, señor La Vault.

Mermoz vislumbra rápidamente el mejor, tal vez el único lugar, para aterrizar el avión planeando. Es una meseta amplia y bastante diáfana.

—Allá vamos.

Al acercarse se percata de que tiene una ligera pendiente. Tampoco hay más opciones ni puede ya rectificar. El avión se posa en el punto preciso, dando un par de saltos bruscos y decelerando suavemente. Todos dan un suspiro de alivio. Sin embargo, cuando el avión va a detenerse por completo, empieza a recular lentamente hacia atrás. La pendiente es pequeña pero lo hace moverse lentamente hacia abajo, camino del precipicio.

Mermoz se quita el cinturón de un manotazo y salta de la cabina antes de que los otros pasajeros puedan siquiera pestañear. Echa a correr cuesta abajo a toda velocidad hasta adelantar al aparato y ponerse delante de la cola. Para el avión con el pecho y los brazos.

—¡Collenot! ¡Espabila! ¡Calza las ruedas, por Dios!

El mecánico salta de la cabina y va en busca de un par de piedras que poner tras las ruedas. El conde asoma su regio bigote engominado y observa asombrado a Mermoz aguantando el avión con los brazos abiertos como un coloso. Collenot corre con un par de pedruscos para trabar las ruedas.

Cuando el conde baja del aparato, ya está firme. Le da la mano al piloto de la manera más efusiva.

—Señor Mermoz, he de reconocer que esto es más apasionante que montar en globo.

Collenot trabaja en la reparación mientras todos lo observan en silencio. Encaja las piezas de recambio con unas manos de ardilla. Por fin, levanta la cabeza negra de carbonilla y avisa que la avería está resuelta.

Despegan con las ruedas del tren de aterrizaje bailoteando sobre los guijarros y parece que el avión vaya a desmontarse. Pero, milagrosamente, ese montón de chapa alza el vuelo, una vez más. Y, con la primera virada, la

cordillera los saluda haciendo destellar el sol sobre el blanco de sus crestas. En pocas horas aterrizan sin novedad en Santiago.

Buenos Aires y Santiago de Chile están conectadas. Mermoz contornea los Andes como si vadeara un río revuelto. Las cartas van y vienen entre Chile y Argentina. Y de Argentina a Brasil. Y de Brasil a Senegal. Y de ahí a Marruecos, España y su destino en Francia. Parecería bastante para un puñado de hombres y unos cacharros voladores con motores de juguete. Pero alguien da vueltas y vueltas en su jaula de Montaudran. El hombre que no duerme nunca, de vez en cuando, mira por la ventana hacia el cielo que se alza más allá de las pistas.

Unas semanas más tarde llega a la mesa de Mermoz un telegrama de Daurat: «Hemos establecido un trazado de línea entre Buenos Aires y Santiago. Pero hemos de bajar muchos kilómetros al sur para rodear la parte más alta de los Andes. Se pierden muchas horas. ¿Cree que sería posible encontrar un paso seguro más al norte que atravesara la cordillera y fuera más directo?».

Las secretarias oyen la carcajada de Mermoz. Y, al momento, pide a una de ellas que anote el radiotelegrama de respuesta:

—Señor Daurat, llevo semanas pensando lo mismo. Mañana por la mañana me pongo en marcha.

Los aviones tienen un techo de vuelo cuando llegan a capas de la atmósfera con menos oxígeno del que necesitan los motores de combustión interna para funcionar. ¿Cómo puede un avión que sólo puede elevarse hasta los cuatro mil quinientos metros traspasar una cordillera de crestas de casi siete mil? Para Mermoz la respuesta es tan evidente como que el agua moja y el fuego quema: hay que pasar por los pasillos entre montañas, colarse como mosquitos entre las piernas de los gigantes.

CAPÍTULO 39

Cabo Juby (Marruecos), 1929

Después de sobrevolar el desierto para mantener los aviones en activo, atender el papeleo y solucionar los pequeños asuntos de ese aeródromo en la arena, Tonio aporrea la máquina de escribir acompañado por el siseo del viento y el olor de los guisos de cordero de Kamal mezclado con el de la gasolina.

Vuelve una y mil veces al encuentro de Jacques Bernis en un restaurante con Geneviève, su marido y esas amistades que a ella no parecen interesarle nada. Ha visto que en el agua verde de sus ojos flota un musgo de tristeza.

Geneviève no es feliz...

El diosencillo grandullón de la Underwood no quiere que lo sea. Una amiga de la familia perdió a su bebé y ésa es una historia que le revolotea por la cabeza como un cuervo de mal agüero. Y decide trasladar ese episodio al libro: la dulce Geneviève, casada con ese hombre arrogante, extranjero, que intenta mostrarse tierno sin saber lo que es la ternura, tiene un hijo que enferma gravemente.

Ella hace lo que puede por cuidarlo, se agota en noches interminables de fiebre y medicinas que sólo sirven para impregnar la habitación de ese olor dulzón a enfermedad. Flota en la casa un silencio pegajoso de hospital. Su marido, incapaz de ser útil y de afrontar la dolencia del hijo, se muestra irritable.

Aunque hay una enfermera permanentemente, ella pasa muchas noches en vela, dando vueltas por la habitación. Las ojeras se le van abultando y los cercos violáceos parecen transparentar su sufrimiento. El médico de la familia, que pasa visita todas las mañanas, habla con una gravedad que no anima los buenos presagios. Al verla tan alicaída la insta a que salga de casa a tomar un poco de aire y se distraiga un rato.

Y una tarde, sale de casa. Camina por los bulevares e incluso entra en alguna de sus tiendas de anticuario favoritas. En esos abigarrados gabinetes de las maravillas, que son como la cueva de Alí Babá, se extravía entre alfombras persas, violines Stradivarius, sillones de terciopelo, mesas estilo imperio con patas que son leones alados, capiteles jónicos de algún templo griego... Se rodea de belleza para levantar una muralla que proteja su frágil castillo del asalto bárbaro de la realidad. Cuando regresa a casa se encuentra a Herlin con el reloj abierto en la palma de la mano y una mirada desquiciada.

Su marido, acuciado por la angustia y el sentimiento de impotencia, ha sufrido cada minuto de su ausencia como una tortura, primero, y al paso de las horas, como una traición. Sus nervios son cables pelados. La achicharra a reproches, le levanta la voz por primera vez, la acusa de ser una mala madre, de pasearse mientras su hijo agoniza, la agarra de la muñeca con brutalidad. Le hace daño. Ella lo mira y su mirada le escupe hielo a la cara.

Herlin la suelta de golpe, como si despertara de repente de un trance. Se echa las manos a la cabeza. Se arrepiente.

¿Herlin se arrepiente?

Levanta un instante los dedos del teclado... Duda un momento, pero no hay nada que dudar.

¡Sí, sí, se arrepiente, naturalmente!

Herlin también sufre. Su explosión es la desesperación causada por un dolor que no es capaz de soportar. Le pide perdón a su esposa una y otra vez. Pero su arrepentimiento es inútil. Ella ya no está allí. Geneviève mira a Herlin y lo ve ya desde el otro lado de las cosas.

Esa noche el niño muere.

Geneviève siente un frío insoportable. Tanto que se le congelan las lágrimas. Imposible llorar. El pequeño ahora descansa, le dice el doctor. Es un consuelo, ¡pero tan y tan minúsculo! No se puede secar el mar con un pañuelo.

Enseguida, su marido intenta recomponer los cascotes del derrumbe: le dice que han de vender la casa. Ella le responde con silencios. Como Herlin no sabe qué hacer con su dolor, sale de viaje a Bruselas para supervisar allí unas propiedades y le pide a ella que se reúna con él para empezar de nuevo desde cero.

¡Volver a empezar!

Pobre Herlin, no sabe nada del amor...

El amor es como esos maravillosos jarrones chinos tan delicados. Si caen al suelo, se hacen añicos. Puedes emplear toda la paciencia del mundo en pegar las piezas cuidadosamente y volverlo a poner en pie. Pero lo que tienes es sólo un jarrón roto.

Cuando llaman a la puerta del pequeño piso de Bernis es casi de madrugada. Al abrir la puerta, quien está en el umbral con una maleta es Geneviève. Más pálida, con los ojos más brillantes y el pelo más rojo que nunca. La mira y la mira. Se miran.

«Llévame contigo», le pide.

Llévame contigo...

Bernis lleva la vida entera esperando oír eso.

Hay momentos que justifican una vida entera.

Tonio deja los dedos suspendidos en el aire presto a iniciar un tecleo arrebatador. Escribe sobre la máquina como si fuera un piano. Concede a Bernis el deseo que él habría pedido para sí mismo: que en el momento preciso el tiempo pudiera detenerse como en esas fotografías donde nunca se envejece. Se levanta y observa el papel atrapado en el carro de la máquina. Asiente con la cabeza y sale. Deja a Bernis y a Geneviève a solas. Es su momento.

Se va caminando hasta el hogar de Kafir. Siente sobre los hombros la mirada del centinela del fuerte español, cansado de mirar a la nada.

Su amigo tuareg no está por allí cerca, ni tampoco sus cabras. El viento agita la jaima de piel de camello y hace chirriar levemente la roldana del pozo sobre la que cuelga el minúsculo cubo de madera. Un cubo de juguete, como los que utilizan los niños en la playa para levantar castillos de arena. El aire también le agita los mechones de pelo y, no sabe bien por qué, en medio de esa nada mineral se siente acompañado. En medio del París más lleno de gente y ajetreado se había sentido infinitamente más solo. La soledad del desierto es otra.

Le saca de sus pensamientos una silueta que se recorta contra los promontorios pelados del horizonte. Tiene cuatro patas de alambre, unos cuernos minúsculos y un cuello de princesa rusa. La gacela se acerca

lentamente, probablemente atraída por las escasas hierbas que crecen alrededor del pozo.

La lluvia es escasa, pero la tierra es fértil. Cuando los tuaregs ven en la lejanía unas nubes, se dirigen hacia ellas, aunque hayan de recorrer muchos kilómetros, porque si han descargado unas pocas gotas enseguida crecerán unas briznas de hierba para sus camellos. El agua corre de manera secreta bajo el suelo ardiente y se abren pozos en lugares inesperados del desierto. Escasos, pobres, a veces insalubres, pero suficientes para que la vida no se detenga. Para que sobrevivan las cabras y los camellos de los beduinos, para que corroteen gacelas, zorros, hienas, liebres, avestruces, incluso cabras montesas, jabalíes y hasta guepardos en el sur. También puede uno encontrarse alacranes de picadura mortal y serpientes silenciosas.

Pero en ese momento toda su atención está centrada en los movimientos elegantes de la gacela que se acerca hasta el extremo contrario del terreno de Kafir. Alza la cabeza y lo mira unos segundos con sus ojos grandes y profundamente negros. Parece querer decirle: sé que estás ahí. Después baja la cabeza y empieza a mordisquear algunos tallos.

Siente una presencia a su lado y se da la vuelta. Kafir Mugtar mira en la misma dirección que él.

—*Salam*, amigo Saintusupehi.

—*Salam*, amigo Kafir Mugtar. ¡No te he oído llegar!

—Vine despacio porque las gacelas tienen un oído muy fino y se asustan enseguida.

—Es hermosa.

—Es una gacela joven. Es raro que se haya separado de la manada.

—Tiene unos cuernos de mentirijillas. ¡Se la ve tan indefensa!

—Su indefensión es su fortaleza. Como saben que no pueden luchar, corren. Y no es fácil alcanzarlas a la carrera.

—Seguro que la peor bala del fusil más viejo puede alcanzarla en un instante.

—¿Estás pensando en cazarla?

—¡No! ¡Querría protegerla! Me gustaría ser su amigo.

—Entonces, primero debes domesticarla.

Mira al beduino, que tiene sus pequeños ojos vivarachos clavados en el animal.

—¿Domesticarla? ¿Qué quiere decir domesticarla?

—Crear lazos.

—¿Crear lazos?

—Sí, en eso consiste. Para ella no eres más que un ser extraño que camina con dos patas igual que otras docenas de seres de dos patas que habrá visto pasar. Y ella no es más que una gacela, como otra cualquiera de las muchas gacelas que puede haber en una manada. Ella no te necesita y tú tampoco la necesitas a ella. Pero si la domesticas, tendréis necesidad el uno del otro: ella será para ti una gacela única en el mundo y tú serás para ella un hombre único en el mundo.

—Ya..., pero ¿cómo se consigue domesticar una gacela?

—Hay que ser paciente. Al principio te sentarás en la arena a una distancia prudente con un pequeño recipiente con agua. Ella seguro que se dará cuenta de tu movimiento y te mirará de reojo, pero si te quedas quieto, no se marchará.

—Le puedo hablar. Le puedo decir palabras tranquilizadoras...

—¡No! Los europeos sobrevaloráis las palabras. Sólo traen malentendidos. Os creéis muy sabios porque habláis mucho y leéis papeles. Pero habéis olvidado el arte de escuchar los silencios y de leer las miradas.

—Vale, me siento a una cierta distancia. ¿Y después?

—Nada más. Te marchas en silencio y dejas allí el poco de agua. La confianza es un fruto que madura lento. Deberás volver al otro día a la misma hora y sentarte un paso más cerca. Y al siguiente día, repetir la misma operación, otro paso más cerca.

—Ya veo...

El beduino se va hasta el pozo y lanza el cubo al fondo. Toma un pedazo de corteza de coco y vierte un breve chorro de agua. Al acercárselo, Tonio frunce un poco el ceño.

—¡Eso es muy poca agua! ¡Así no va a saciar su sed!

—Y no debe hacerlo. Hay hombres que creen que se ganan el amor de las personas haciéndoles suntuosos presentes. La gente les dice palabras de mucha alabanza y ellos se hinchan como la tripa de un camello en un

abrevadero. Pero se engañan. No los quieren a ellos, sino sus regalos. ¿Deseas que la gacela te quiera por tu agua o por ti mismo?

—Pues...

—¿Sabes por qué los árabes ofrecemos a nuestros visitantes unos vasos de té tan pequeños?

—No sé...

—No es porque seamos tacaños, sino porque nuestra intención no es saciar al visitante. Si lo hiciéramos lo ofenderíamos, sería como echarle en cara que es un pobre hombre que no tiene ni para hojas de té. Lo que queremos con esa pequeña infusión no es apagar su sed, sino mostrarle nuestro deseo de amistad.

Tonio asiente y se acerca un poco a la gacela portando con cuidado su pequeña corteza de coco con un poco de agua. A continuación, se aleja unos cuantos pasos. El animal levanta inmediatamente la cabeza y lo sigue con la mirada hasta que lo ve sentarse y quedarse quieto. Todavía lo mira un momento, y luego sigue ramoneando. Sólo mucho rato después, se va hasta el coco y toma su sorbo de agua.

Durante una semana, repetirá el ritual cada atardecer. Cada día un pasito más cerca. Y cada día la gacela levanta la cabeza y lo mira un momento. Después, nada más.

Una de esas tardes, mientras está callado observándola, le viene a la cabeza el nombre de Nefertiti, tal vez por su cuello largo y estilizado. Tal vez porque es una reina del desierto.

El octavo día, se acerca tanto que puede escuchar la masticación del animal. Ese día, la gacela ya ni siquiera ha levantado la cabeza para mirarlo. No le hace falta. Sabe quién es. Siente la tentación de acercarse hasta ella y acariciar su pelaje pardo, pero se contiene. Cuando ya ha pasado un rato, se levanta y se marcha caminando lentamente hasta su barracón.

Al llegar a la puerta de la entrada, siente detrás una presencia, igual que el día en que se dio la vuelta y de repente Kafir Mugtar estaba a un palmo de él. Esta vez, al volverse descubre que la gacela ha ido tras él. Se miran. Tiene un rostro hermoso, dos tiras de pelo blanco enmarcan su hocico tapizado de pelaje del color del desierto. Sus ojos a esa distancia resultan enormes bolas

de cristal negro. Su gesto es tan vulnerable que no resiste la tentación de dar dos pasos hacia ella y acariciarle la cabeza. Se deja hacer durante unos segundos y después se da media vuelta y arranca a correr alegremente.

Se abre de golpe la puerta y sale el mecánico Totó en calzoncillos.

—¿Te has fijado?

—¿En qué?

—¡Que se ha acercado hasta el barracón una gacela!

Tonio niega con la cabeza.

—No es una gacela... ¡Es *Nefertiti*!

CAPÍTULO 40

Los Andes (Chile), 1929

Mermoz se dispone a buscar un camino entre moles de piedra de siete kilómetros de altura. Partiendo desde Copiapó, al norte de Santiago de Chile, va en busca de un pasillo entre los picos de los Andes a bordo de un Laté 25. Desafía todas las leyes de la física y de la prudencia.

El jefe de aeródromo tiene canas en las cejas y los ojos entornados por haber visto ya demasiadas cosas con el paso de los años. Observa cómo mira Mermoz por la ventana hacia la cordillera con calma pero también con avidez, como podría mirar a una mujer muy alta que alimentase su deseo de manera secreta. Lleva un rato callado dando vueltas a su taza de café frío. No le gusta la misión del jefe de pilotos, pero sabe que nada puede hacer para que desista.

—Busca usted lo imposible.

—¿Y qué otra cosa vale la pena buscar?

Mermoz lo mira y hay en sus pupilas un metal indestructible. El jefe de aeródromo asiente. Sigue dando vueltas al café. Ve alejarse al piloto hacia el avión seguido del silencioso Collenot, abrazado a su macuto de herramientas. No sabe si ese hombre es un héroe o un loco. Difícil precisar la frontera. Sorbe de la taza, pero la aparta con un gesto de desagrado. Por un momento envidia a Mermoz, él nunca toma el café frío.

No vuelan sobre los Andes, sino contra los Andes.

Después de una planicie amable, les cierra el paso un ejército de montañas. Vuelan en paralelo a las rocas. Caracolean. Zumban como moscas ante una ventana cerrada. Hay pequeñas aberturas tramposas, como calles cortadas de las que sólo se puede salir con maniobras de retroceso

acrobáticas. Los picachos están blancos de una nieve virginal y el sol los hace destellar como si fueran de mármol. Pero su blancura y su paz inmaculada son la paz y el silencio de la muerte.

Detecta un paso prometedor, pero está por encima de su umbral de altitud. El Laté sólo puede subir hasta los cuatro mil doscientos metros y la hendidura se abre por lo menos a cuatro mil quinientos. No se puede.

¿No se puede?

El cerebro le dice que no, pero el corazón le dice que sí. Hará que se pueda. Algo que ha descubierto en sus horas de vuelo y de observación es que el cielo es un mar de aire. Hay olas de viento, hay remolinos... y también hay corrientes. Lee en las vibraciones de las alas igual que un marino leería en la estela de espuma del barco. Sopla un ventarrón del noroeste. No es constante. Ningún viento lo es del todo. Se trata de hacer como los surfistas hawaianos que describía Jack London en una novela de aventuras que leyó en la adolescencia, cuando prefería leer la vida que vivirla. Esperaban sobre sus tablas a que llegase la ola. Él espera la suya a cuatro mil metros de altura. Igual que un surfista, debes empezar a bracear antes de que la ola llegue si quieres subirte a ella. Maniobra, cae unos metros para ser empujado mejor y al poner el morro hacia el cielo nota el empujón. Se sube a caballo de una ráfaga fortísima y la corriente ascendente lo eleva en medio de una violenta agitación.

Se elevan... cuatro mil trescientos, cuatro mil cuatrocientos..., el altímetro ya no tiene más números. El motor ronronea un poco atragantado. Mermoz agarra el comando con los nudillos blancos y trata de conducir el aparato hacia donde quiere. A uno y otro lado tienen los farallones escarpados. No se pueden desviar. Un roce en un ala sería el final. Las nieves eternas y la vida eterna.

Se van manteniendo en el centro del pasillo de aire.

—Sí, sí, sí...

Mermoz aguanta los bandazos de las turbulencias. Lo están consiguiendo.

—Un poco más...

Ya no queda mucho para atravesar las crestas más altas, ya ven la salida del túnel.

Pero lo que te salva siempre es lo que te condena. La dirección del viento cambia caprichosamente. El que antes los subía, ahora los baja. Unas violentas corrientes descendentes los empujan hacia el fondo igual que si un gólem hubiera posado una manaza de piedra sobre ellos. El Laté cae de manera imparable en dirección a unos picos escarpados unos cientos de metros más abajo. Apenas puede controlarlo.

—¡Imposible remontar el vuelo!

Los pilotos veteranos lo saben: si no puedes con el viento, únete a él. Se deja empujar tratando de reconducir en el descenso el Laté, pero está rodeado de montañas como serruchos descomunales. En diez segundos ha de tomar una decisión. La toma en dos. Fuerza en pleno descenso vertiginoso una virada hacia una meseta en medio de las puntas de piedra. Ha de ser ahí. Ahí o en ninguna parte.

—¡Collenot, agárrate!

Más que aterrizar, caen a peso sobre una pendiente no muy lisa. El impacto es duro y el avión da un par de saltos nerviosos antes de posarse definitivamente con un ruido de hojalata quebrada. Un eje del tren de las ruedas cede y el aparato acaba de frenar con el costado, echando chispas contra el suelo.

Cuando se hace el silencio, se miran. Ellos han salido ilesos, pero saben que el avión no. Al bajar observan el desastre: el tren de aterrizaje hundido, los herrajes de cola doblados, el motor con varias piezas rotas. Es un milagro que hayan podido posarse en esa plataforma, rodeados de paredes inmensas, pero de poco les va a servir si no pueden salir de ahí. Al ir a hablar, a Mermoz le tiembla la voz. No por la situación desesperada, sino por el frío: están a quince grados bajo cero.

—Collenot, hay que reparar el avión.

—No es posible, señor Mermoz.

—Pues entonces habrá que hacer lo imposible. Aquí no nos podemos quedar a vivir. ¡No hay chicas!

Collenot no se ríe. Tampoco replica. Se va en busca de su cofre de herramientas. Mermoz lo mira no sólo con afecto, sino con devoción. Sus vidas están en las manos laboriosas del mecánico.

Collenot es un lutier. Sus violines son de madera y metal y pesan dos toneladas. Sin apenas piezas de recambio, la reparación sólo es posible para alguien como él, capaz de construir él solo un avión entero con sus propias manos. Desmonta piezas secundarias para obtener chapas y tornillos. Fabrica pasta para taponar conductos rotos con cola, astillas de madera y trapos viejos. Se inventa un almacén de recambios en medio de la nada.

Dos días de trabajo incansable y dos noches gélidas tumbados en la bodega del avión durmiendo lo más juntos posible. Han compartido todas las provisiones que llevaban a bordo: una naranja y un paquete de caramelos de menta. Agua no les falta, en forma de nieve. Son testigos de todo unos cóndores que anidan en los riscos de enfrente y que los observan con una fijeza inquietante. Parecería que en cualquier momento van a lanzarse sobre ellos.

Siguiendo las indicaciones de Collenot, Mermoz hace de herrero usando una llave inglesa y las manos como tenazas para enderezar los hierros del tren de aterrizaje. A la mañana del tercer día, el mecánico levanta la cabeza del motor. Su expresión es tan neutra como la de cualquier día de trabajo en el aeródromo.

—Señor Mermoz. Es todo lo que puedo hacer.

—Pero ¿funcionará?

—Es posible. No lo sabremos hasta probarlo. Y si funcionase, seguro que no por mucho rato.

Ha utilizado trozos de cuerda para sujetar herrajes, ha substituido bielas por alambres, ha rectificado piezas a golpe de martillo usando una piedra como yunque.

—Sólo necesito que aguante diez minutos para salir de aquí. En el valle puedo aterrizar durmiendo.

Los dos elevan la vista y ven las paredes altísimas que tienen enfrente. La visión es sobrecogedora. Salir de ahí es como salir de una tumba. No deja que Collenot sepa lo lúgubres que son sus pensamientos.

—¡Muévete, Collenot! ¡Nos largamos!

Se acomodan en el avión. Mermoz se frota las manos para desentumecer los dedos, abre el paso del combustible, acciona la ignición y... ¡arranca!

—¡Funciona!

El rugido de león viejo del Laté desafía un vastísimo silencio. Hasta Collenot sonríe. Pero una explosión agita la fiesta.

—¿Qué ha pasado?

—El radiador ha estallado.

—Pues habrá que arreglarlo.

El mecánico asiente.

Recurre a cola, barniz, pedazos de cuero y trapos viejos. Pasa horas para tapar las brechas. Si los maestros mecánicos vieran lo que está haciendo se echarían las manos a la cabeza. Collenot nunca ha hecho una chapuza semejante. Pero es la chapuza de un perfeccionista. Coloca los trozos de cuero encolado con una precisión de cirujano. El señor Mermoz le ha pedido diez minutos. Él va a dárselos.

Se va el día y la temperatura cae aún más. Tienen las manos rígidas, el hambre raspa dentro de las tripas, los labios se agrietan por el frío. Están rodeados de un paisaje extraordinario, pero la belleza no puede nada contra la angustia.

Collenot y él no han hablado esos días más de lo que solían hacer habitualmente cuando volaban. Frases cortas. Largos silencios. No hay nada importante que decir.

—Por la mañana nos iremos.

—Sí, señor Mermoz.

—A casa o al infierno...

Antes de subir al avión, Mermoz ve alumbrarse las primeras estrellas. En esas soledades brillan con una intensidad de antorchas. No sabe por qué, pero lo calma que las estrellas estén ahí, inmutables, donde siempre han estado. No puede saber que a diez mil kilómetros, con la madrugada muy avanzada, alguien piensa en él y vence la inquietud observando el cielo estrellado.

La noticia de su desaparición ha corrido por toda la línea como un fúnebre tam-tam. Sobre el desierto, la noche es negra, más diáfana. Tonio se pregunta si su amigo seguirá con vida en alguna parte de los Andes. Le consuela pensar que si no regresa habrá sido derrotado por un gigante, que

habrá sido un duelo a su altura. Lamenta no haber pasado más tiempo con él, no haber abierto la armadura del gran Mermoz y haberse asomado dentro y haberle preguntado de qué sentía miedo. Porque todos sentimos miedo.

—¡Sin novedad!

La voz del centinela en el cuartel español puntea una noche muy larga en Cabo Juby.

En la cordillera amanece sobre un avión minúsculo que es una mota insignificante en medio de laberintos minerales. Por suerte, no ha nevado. El aparato se encuentra en una estrecha franja de terreno algo pendiente, a pocos metros del precipicio, sin espacio para tomar el impulso necesario para el despegue. La única posibilidad es llevar el avión más arriba y dejarlo resbalar por la pendiente para que tome la velocidad suficiente, aunque la superficie no llegue ni a la mitad del tamaño de una pista convencional.

Han de despejar piedra a piedra el recorrido. Luego, tras tres días sin comer, soportando el mal de altura y el frío, han de empujar un avión cuesta arriba. Vacían el combustible sobrante del depósito, desmotan los asientos traseros, dejan un bidón con cuatrocientos litros de gasolina y todas las piezas no imprescindibles. Despojan a su globo de todo el lastre posible.

—¿Y las sacas del correo, señor Mermoz?

Se acerca a la bodega y acaricia la tela áspera de los sacos.

—El correo va con nosotros. Somos carteros, Collenot. Hasta el final.

Han de mover dos mil kilos. Empujan el avión como animales de carga. Collenot tiene llagas en las manos al minuto de empezar a estirar de la soga; Mermoz lo hace por los dos, o por cinco. No siente el frío. Convierte el cansancio en energía y la resistencia en un juego. Cada paso es una victoria. A Collenot le sangra la nariz. Está mareado por el mal de altura, tan extenuado que le saltan las lágrimas. Mermoz hace como que no se da cuenta. Toma aire para que su voz suene más firme de lo que es.

—¡Collenot, necesito que hagas algo más importante que empujar! Necesito que a cada tirón que dé, tú calces con una piedra el avión para que yo pueda descansar.

En recorrer medio kilómetro tardan ocho horas, las ocho horas más largas de sus vidas. Los cóndores, impasibles sobre el abismo, observan todo como notarios. Atardece cuando logran colocar el avión en el punto más

elevado y le dan la vuelta para encararlo a la otra pared de piedra, algo más alejada. La mala noticia es que la bajada en esa dirección muestra dos escalones en el terreno. Uno de ellos de seis metros y el otro incluso algo mayor. Se miran.

—Señor Mermoz, será un milagro que el tren de aterrizaje aguante esos saltos.

—Nos hemos hecho expertos en milagros.

Mermoz se va para la carlinga. No pueden pensárselo. Pensar es un lujo.

—¡Arriba!

Collenot tiembla. Tiene un aspecto desolador: la cara quemada por el frío, la sangre de la hemorragia nasal atrapada en la barba crecida, la ropa hecha añicos.

No saben si el motor se encenderá tras esas horas de traqueteo empujando el Laté hacia arriba. Mermoz gira la llave de ignición. No le tiembla la mano. Un rugido sobresalta los acantilados y los cóndores se lanzan al aire despavoridos.

—¡Funciona!

Collenot y él se miran. Mermoz siente en ese momento por él un afecto infinito, pero no se dicen nada. Está todo dicho. Todo sabido. Todo en paz.

—Collenot, nos vamos a casa.

—Que Dios nos bendiga.

Cuando da adelante y empiezan a avanzar, Collenot se tapa los ojos con lo poco que queda de su cazadora de cuero. Mermoz lanza el avión por la pendiente. Llegan a la primera grieta. Ha de ser muy preciso en hacerlo caer en el lugar más liso de la roca. El Laté toca el suelo y ellos dan un salto brusco en sus asientos, pero el tren de aterrizaje no se parte, continúa rodando. Otro desnivel: más de seis metros, quizá ocho. Mermoz suspira. Pero no piensa, sólo salta y se concentra en caer lo más estabilizado posible. Topan las ruedas contra el suelo, pero la inercia del avance horizontal hace que el impacto sea menos duro, que rebote y siga directamente hacia el final de esa pista imposible: el gran precipicio. Y al llegar al vacío, tira de la palanca hacia él con todas sus fuerzas. En lugar de caer, se elevan.

Volamos...

A Mermoz siempre le pareció maravilloso volar. Pero en ese instante le parece sublime. No existe el frío, no existe el dolor. El aparato toma altura, Mermoz aprieta contra su entrepierna la palanca para que el morro se aúpe en el aire porque enfrente hay una pared inmensa. Pero eso le parece ya una maniobra menor, casi deportiva. Pone el avión casi de pie y trepa por el aire. La luz cambia, traspasan la cima del pico, recuperan la horizontalidad.

Vuelven a estar donde estaban tres días antes. Ahí está el pasillo entre montañas unos cientos de metros por encima de ellos. Esta vez el viento no es tan fuerte. Espera la ráfaga, que no es tan violenta como la primera vez, pero suficiente para darles el empujón para meterse. Manotean en el aire. Se meten en el túnel de piedra. Salen al otro lado y un sol radiante borra todas las sombras.

Un par de minutos después, como había vaticinado Collenot, los tubos estallan y el agua se escapa por todas partes. Pero desde tres mil metros, Mermoz puede descender planeando. Eso para él es un problema menor, casi un juego. Apaga el paso del combustible y enfila hacia el aeródromo de Copiapó, que ya se divisa al fondo del valle. Se abre con una virada elegante y encara el aterrizaje de manera tan precisa que los operarios del aeródromo ni siquiera se percatan de que lo hace a motor parado.

Los empleados salen en estampida de las oficinas. Se corre la voz y el radiotelégrafo echa humo. Están perplejos de ver que hayan regresado de la nada Mermoz y Collenot tras darlos ya por perdidos, con el avión e incluso las treinta y nueve sacas de correo. En Cabo Juby la noticia llega entrecortada y cada palabra es una angustia en cuanto Tonio logra entender que el mensaje se encabeza con Mermoz y Collenot hasta que estalla la alegría y descorcha un vino tibio como si fuera sopa para celebrarlo.

Al apagar la ignición del motor, Mermoz observa a su mecánico. Se le ve aún más escuálido que de costumbre y está pálido como la nieve. No ha abierto la boca en todo el trayecto.

—¡Collenot! ¡Alegra esa cara! ¡Lo hemos conseguido!

El otro asiente.

Mermoz alarga el brazo y le pone una mano en el hombro.

—Collenot... —le dice con gravedad—, me iría contigo al fin del mundo.

—Señor Mermoz, lo hacemos cada semana.

Los empleados del aeródromo no dan crédito al relato de lo acontecido en las cumbres. Mueven sus cabezas chilenas con incredulidad. La cordillera no devuelve a los hombres. Los aviones no se reparan con alambres y bolas de trapo. Los trenes de aterrizaje atornillados no resisten caídas de varios metros. El director de aeródromo sabe del gusto de los pilotos por adornar sus historias y observa todo con una cierta distancia. Una expedición con mulos puesta en marcha al día siguiente llega hasta el lugar descrito por Mermoz. Ante la estupefacción del jefe de aeródromo, la caravana regresa desde cuatro mil metros con los asientos, el bidón de gasolina, el depósito de aceite y la manga de la cazadora de Mermoz.

La historia corre como la pólvora. Jean Mermoz, el piloto de los cabellos rubios, está tocado por la providencia. Lo llaman el Arcángel. La gente modesta se santigua al escuchar su nombre. Cuando llega a Buenos Aires tras haberse repuesto le espera un recibimiento apoteósico: está invitado a todas las cenas importantes, hay bailes en su honor, se pone su nombre a perfumes, chocolates y hasta una marca de cigarrillos.

Él sobrelleva con educada irritación toda esa atención. Una llamada transoceánica le pone al habla con Daurat.

—Llega usted con retraso, Mermoz. Pero me alegra tenerlo de vuelta.

—Gracias, señor Daurat.

—Tenemos que inaugurar esa línea a Santiago antes del verano. Rechace todas las invitaciones y celebraciones. Ya lo propondremos para una medalla del Aeroclub de Francia.

—¡No quiero medallas, señor Daurat! ¡Quiero un avión para cruzar el Atlántico!

CAPÍTULO 41

Cabo Juby (Marruecos), 1929

Bernis y Geneviève se apean del taxi que los deja en la puerta de la verja de una mansión en medio de la campiña del Périgord. A cien metros se alza una magnífica casa de campo con grandes ventanales blancos y una buganvilla granate sobre la fachada que Bernis heredó de una tía solterona. El camino hacia la entrada, de piedras blancas de río, está flanqueado de magnolios en flor. Juntos, recorren ese pasillo fragante mientras se acercan a la suntuosa entrada. Ella le ofrece la mano y él se la toma calurosamente. Caminan hacia una nueva vida envueltos en una felicidad que los hace flotar sobre el sendero.

Una zarpa se abalanza sobre la hoja y la arranca bruscamente del rodillo. La sostiene un segundo en las manos, como si se despidiera de ella, la rompe en mil pedazos y los arroja hacia el cubo de pintura que le sirve de papelera.

Es el séptimo borrador donde relata lo que sucede tras el reencuentro de Bernis y Geneviève. Tonio lleva semanas dándole vueltas, mientras sobrevuela Río de Oro en vuelos de mantenimiento o espera que mueva ficha alguno de los oficiales españoles con los que juega al ajedrez. Lo ha pensado de muchas maneras. Cada una más arrebatada que la anterior. Ha llegado a situarlos viviendo su amor entre pintores en Montmartre, en un vuelo a la luz de la luna sobre los rompientes de Normandía con los cabellos de Geneviève al viento, los ha dibujado sorteando felices charcos bajo la lluvia en un atardecer en el que París se llena de brillos.

Toma ese puñado de papeles que esperan a un lado de la mesa y los rompe presa de un frenesí rabioso.

¡Son falsos!

Claro que su relato es una ficción. Pero la ficción también ha de ser verdadera.

Él creyó que podría darle a Bernis el destino que a él se le denegaba. El novelista puede crear historias y desplegarlas como si desenrollara alfombras. Puede crear vida imaginaria donde sólo había la nada del papel en blanco. Pero no debe hacerse ilusiones ridículas, tan sólo es un dios de sala de estar.

Se enciende un cigarrillo, pone los pies sobre la mesa y estira el cuello hacia atrás para tratar de calmar el dolor de cabeza.

Los escritores tramposos crean personajes perfectos: exageradamente felices y heroicos, o exageradamente desdichados y vapuleados. Escriben historias para un teatro de marionetas. Creen que los personajes les pertenecen, pero los personajes sólo pertenecen a la propia historia. Por eso, la de Bernis no puede ser perfecta. Ninguna lo es.

Rebusca entre las hojas la última versión de la llegada de Geneviève, de madrugada, a la puerta del piso de Bernis. Rompe todo lo demás y vuelve a empezar desde ese punto.

Ella le pide que la lleve con él. Bernis no dice nada. Ninguna palabra puede mejorar el silencio. Geneviève ha acudido a él como en sus deseos más febriles. Ha dejado atrás su casa, su marido y su mundo donde la mediocridad está proscrita. Ha acudido al modesto apartamento de Bernis decorado con fetiches morunos comprados apresuradamente en puestos baratos del zoco de Casablanca. Ella viene a buscarlo como en sus mejores sueños y, sin embargo, Bernis sabe que algo falla. Falta un ingrediente fundamental: la alegría. Geneviève llega a él como un barco desarbolado por la tormenta. Desea creer que lo que la ha llevado a él es el amor. Pero cuando la mira y la ve temblar sabe que lo que la ha llevado a su playa es un naufragio.

Llueve y resulta difícil atisbar la carretera. Llevan en el coche cientos de kilómetros recorridos sin una dirección precisa. «Lejos de París», le ha dicho ella. Nada más. Después, el silencio. A su lado, Geneviève se encoge en el asiento tratando de acurrucarse. Está agotada, tiembla levemente, probablemente tenga fiebre. El vaho empaña los cristales. La oscuridad y el frío de fuera también se han metido dentro.

Tonio suspira. Iba a escribir una historia de amor radiante y se encuentra perdido en medio de una gélida oscuridad lluviosa. Iba a ser una pareja chispeante y lo que está mostrando es un par de seres desamparados. Querría alargar la mano y rasgar la hoja. Hacer brillar el sol. Poner música de Bach.

Pero la historia ha tomado su propio derrotero. Puedes plantar un árbol, pero no puedes saber la dirección exacta que tomarán sus ramas. Puedes podarlo, pero entonces convertirás el árbol en un arbusto. No quiere que su historia sea una pequeña planta de jardín pequeñoburgués. Quiere que sea tan enmarañada y salvaje como la vida.

CAPÍTULO 42

Bahía Blanca (Argentina), 1929

Mermoz está aún aturdido por la excesiva atención que ha recibido. Ha huido de los periodistas como de la lepra. Tras un vuelo a Bahía Blanca, al sur de Buenos Aires, se queda en la ciudad un par de días. Un conocido muy amable lo invita a una cena con familias de la colonia francesa de la ciudad y, aunque preferiría un plan más emocionante, acepta para no desairarlo.

Se pone su traje cruzado a cuadros, la corbata gris oscura y entra en un restaurante que tiene pretensiones estéticas de bistró e incluso cuelga de la pared un cuadro del Sena abrazando la Isla de la Cité, pero enseguida se llega a un patio interior en el que humea una parrilla con asados de tira y bifés. Su amigo Bertrand le presenta a un matrimonio que lleva muchos años instalado en Argentina, que ha venido con su hija Gilberte.

Hay algo en Gilberte que atrapa su atención inmediatamente. No es la muchacha más guapa que ha conocido, ni la más sensual, ni la más ingeniosa. A sus diecinueve años tiene un aire serio, incluso solemne. Hay en ella una elegancia natural, nada afectada, en su manera de gesticular, de sonreír, de callar. Mientras le habla el señor Chazottes, él asiente sin enterarse muy bien de lo que le dice. Nota algo extraño: por primera vez siente deseos de quedarse a solas con una mujer y que permanezca vestida. Le parece muy raro, una especie de trastorno. Quizá sea la tensión de los últimos meses. No entiende una palabra de la conversación y empieza a sudar. Se pregunta si no se habrá puesto enfermo. Malaria, tal vez.

La falta de costumbre hace que confunda el amor con una gripe.

Mermoz sólo tiene veintinueve años, pero siente que ha llegado el momento de descansar. Después de tantas relaciones provisionales, lee en la serenidad de Gilberte su futuro. Un futuro más sosegado, donde lo urgente no arrolle en su estampida a lo importante.

Ella lo mira con una dulzura menos apasionada de lo que Mermoz está habituado. A las mujeres les gusta o les repele, no suele haber término medio. Pero Gilberte no trata de agradecerle ni tampoco rehúye sus sonrisas. Como si le leyera el pensamiento, ella le hace una seña muy leve, un gesto de Gioconda, lo suficiente para decirle que no esté angustiado, que deje de pasarse la mano por los cabellos ondulados, que ella le va a corresponder.

Mientras el señor Chazottes habla y habla de sus estrategias en los campeonatos de *bridge* en el casino francés de Bahía Blanca, la señora Chazottes no dice nada y por eso sabe más. En dos miradas a derecha e izquierda lo sabe todo.

—Ernest —lo interrumpe suavemente—, el señor Mermoz ahora va a tener que atender a otros invitados. ¿Por qué no lo invitas a tomar el té en nuestra casa mañana y continuáis la conversación?

El señor Chazottes se queda perplejo mirando a su esposa. Su mujer no es dada a invitar a gente a casa y es raro que lo haga con un extraño a quien acaban de conocer. Ni siquiera parece muy procedente.

—Pero, Marguerite, el señor Mermoz tendrá docenas de compromisos...

—Los anularé todos, señor Chazottes. Les visitaré mañana con mucho gusto.

Gilberte sonríe complacida. También la madre y el propio Mermoz. Sólo el señor Chazottes parece un tanto descolocado, no se imaginaba que un piloto postal pudiera estar tan interesado en el *bridge*.

CAPÍTULO 43

Cabo Juby (Marruecos), 1929

Sentado en su escritorio de tablón y bidones, Tonio está de excursión por sus pensamientos hasta que lo saca de su ensimismamiento un rugido que le parece de un león. Hay pilotos que dicen haber visto leones pasado Villa Cisneros. Por un instante se imagina que abre la puerta del barracón y fuera se despliega una selva virgen exuberante como la de aquel libro que leía de niño en el desván de Saint-Maurice. Recuerda una lámina de un león señorial, con una melena de senador.

Pero de repente se alarma: si en verdad hubiera leones merodeando por Cabo Juby, ¿qué iba a ser de su gacela? Ha de construir un cercado para proteger a *Nefertiti*. Hablará con Kamal para que consiga un par de operarios. Comprueba con alivio y cierta decepción que el rugido se va transformando en otra cosa más pedestre al acercarse y un chirrido que se parece más a la risa de las hienas le hace saber que se trata de los frenos de un vehículo impaciente. Aun así, construirá el cercado protector.

Nunca se sabe...

Del vehículo polvoriento baja un oficial del fuerte español. Parece absurdo utilizar un vehículo para recorrer los cincuenta pasos que lo separan de la entrada del fuerte. Pero son cosas del conducto reglamentario: se trata de una visita oficial. Aunque cierta palabrería militar quiera disimularlo, lo cierto es que han venido a pedirle un favor: que medie con el jefe de una tribu con el que son incapaces de entenderse.

No le extraña. Los militares llegan a los poblados con las armas en la mano, con una actitud entre temerosa y soberbia. Y además no pueden dar un paso sin un intérprete. No es que él sea bueno con las lenguas extranjeras, pero se ha dado cuenta de que los españoles son especialmente torpes con los idiomas. En el castellano, las vocales, las erres, las jotas, la acentuación de

cada palabra..., todo es rotundo, nada es flexible. Tampoco quieren aprender el árabe: ellos representan el imperio, la ley, la jerarquía, no van a rebajarse a hablar esa lengua de cabreros. Tonio en esos meses se ha preocupado de aprender algo de árabe. Son sólo unas cuantas frases, pero los beduinos las agradecen.

Los españoles quieren hacer saber a las tribus beduinas que un convoy militar con escolta armada con destino a La Güera va a atravesar su territorio. Quieren que el *sheij* sepa que no es una invasión ni un ataque, que sólo estarán de paso. Y que ordene a su gente que no ataquen el convoy.

Es una patata caliente, pero no puede decir que no.

Se pone la chilaba, como hace otros días, y se hace acompañar de su cocinero intérprete. Por el camino Kamal le avisa que el *sheij* tiene malas pulgas, pero él no pierde el buen humor. Si algo ha aprendido en esos meses es que si uno quiere ser bien recibido, el mejor discurso en el lenguaje más internacional es una sonrisa.

Cuando llegan al campamento, un tuareg de guardia cubierto de pies a cabeza les sale al paso. Tras comunicarle su intención de entrevistarse con el jefe, les pide que esperen. Un rato más tarde regresa y les dice que el *sheij* está ocupado.

—Esperaremos.

Tonio le hace una seña a Kamal para que se sienten allí mismo, a cincuenta metros de la primera jaima. Algunos de los ancianos y niños que trajinan con las cabras los miran de reojo. El hombre que les salió al paso desaparece de la vista. Pasa mucho rato y ven asomarse disimuladamente al vigilante del poblado desde detrás de una toldilla, pero ellos no hacen ademán de llamarlo ni de quejarse. Continúan esperando. Tonio entretiene la espera pensando en los avatares de Bernis y Geneviève, en imaginarles aventuras que sabe que nunca escribirá porque no forman parte de la naturaleza de la propia historia.

Una hora más tarde, el tuareg azul llega hasta ellos. Entre el velo y el turbante ven brillar sus ojos negros.

—El honorable Abdul Okri os recibirá en su jaima.

Los espera sentado junto a un narguile del que emana un vapor de menta y hachís. Tonio se toca el corazón con la palma, se lleva la mano a los labios, a la frente y después la eleva al cielo.

—*Salam aleikum.*

—*Aleikum salam.*

El jefe no modifica su gesto, pero algo en su manera de mirar indica que le ha complacido la manera respetuosa en que el extranjero se ha presentado. Un asistente del *sheij* le alarga la boquilla en un gesto de cortesía. En los tiempos en que frecuentaba los cafés del bulevar Saint-Germain, más de una vez había hecho devolver una copa al camarero porque no estaba impoluta. Si alguno de ellos lo hubiera visto aceptar esa boquilla babeada por varias generaciones de beduinos no hubieran dado crédito.

Comparte gustosamente el narguile, aunque el hachís fortísimo lo aturde un poco. El error de los occidentales cuando acuden a negociar con un árabe es que quieren zanjar la cuestión con rapidez y plantean el asunto de inmediato. Eso irrita a su interlocutor y lo predispone negativamente. Cualquier acuerdo requiere de unos prolegómenos. La línea recta que tanto agrada al racionalismo europeo, allí no lleva a ninguna parte. La suya es una cultura de línea curva. Como la media luna. Como el filo de los alfanjes.

Tonio escucha con el máximo respeto las historias de pozos anegados por la sequía extrema y de camellos tercos como camellos. Cuando el jefe se ha dado por satisfecho, entonces cede la palabra al visitante. Él, a su vez, le habla del asombro que producen algunos animales y les cuenta la historia de un perro que tenían en casa cuando él era pequeño y que los días que había un difunto en la población y las campanas lo anunciaban, ese día el perro no comía, dejaba intacto todo lo que le echaban.

El *sheij* y sus colaboradores atienden con la máxima atención. Unos se quedan callados como si meditaran sobre ese suceso extraordinario, otros asienten, alguno hace aspavientos y afirma muy tajante que es imposible porque los perros no tienen alma. Se embarullan en una discusión, hasta que el *sheij* la zanja: consultará con un sabio intérprete del Corán que vive a una jornada de viaje.

Una bella muchacha con la cara descubierta trae un cuenco lleno de leche de cabra. Primero bebe un trago largo el *sheij* y éste cede a continuación el recipiente a su invitado, que bebe y lo cede de nuevo al jefe para que éste lo alargue a otro de los asistentes.

Entonces, Tonio le habla de su trabajo como aviador.

—No nos gustan los aviones. Hemos visto aviones lanzar bombas sobre poblados —le dice el jefe.

—También hay camellos que lanzan coces y perros que muerden, pero eso no quiere decir que no haya buenos camellos y perros nobles.

El jefe escucha la traducción con aire serio y hace un gesto para que siga hablando.

—Nuestros aviones no llevan bombas, sólo llevan cartas.

—¿Cartas?

Uno de los asistentes le susurra algo al oído y el jefe asiente.

—Palabras escritas en un papel... —Se queda pensativo, porque las únicas palabras escritas que ha visto son las del Corán en las fachadas de alguna mezquita—. Entonces ¿lo que llevas y traes son palabras sagradas?

Kamal traduce con un leve temblor. Si su jefe francés responde que no, el *sheij* pensará que trabajan en una empresa banal, incluso impía, porque sólo las palabras de los profetas son dignas de ser escritas. Si contesta que sí, le estará mintiendo y mentir a alguien de la dignidad de su anfitrión es una ofensa que si ellos la percibieran así acabarían con sus cabezas rodando por la arena.

—¿Si son palabras sagradas? ¡Sí, lo son!

Kamal traduce tratando de que no se note su titubeo ni su mirada de reojo a las gumías afiladas que cuelgan a la entrada de la tienda. El *sheij* se muestra satisfecho.

—Me sentiría muy honrado, honorable Abdul Okri, si un día aceptaras mi invitación a volar en uno de nuestros aviones.

El árabe lo mira fijamente y después se vuelve hacia el hombre más anciano.

—¿El Corán acepta que los hombres puedan volar por los aires? —le pregunta.

—El Corán habla de Salomón. He escuchado a los antiguos contar que Salomón voló en una alfombra mágica de seda verde con toda su corte y eran más de doscientos.

—Pero un infiel no cuenta con la protección de Alá —interviene otro—. Sería muy peligroso. No debes aceptar ese riesgo.

El *sheij* asiente y no se sabe si ha dicho que sí o que no.

Tonio cuenta entonces que pertenece a la tribu de los franceses y, al lado de donde vive, acampa la tribu de los españoles.

—Me han pedido, digno Abdul Okri, que os solicite humildemente vuestra bendición para atravesar vuestro terreno en son de paz con un transporte de camiones custodiado por soldados armados, para llegar hasta el sur.

El jefe se queda un instante pensativo.

—Si caminan en son de paz... ¿por qué van a ir armados? Mostrar sus armas en mi territorio es una ofensa.

—Entiendo tus palabras, *sheij*. Pero ellos son de la casta de los guerreros en la tribu de los españoles y no pueden despojarse de sus armas porque forman parte de su dignidad. Sería como solicitarle a un hombre honorable que caminase desnudo.

El *sheij* frunce las cejas violentado ante la idea de que un hombre pueda mostrar en público su desnudez total.

Se queda callado un instante y después habla de nuevo y Kamal traduce:

—De acuerdo, no tienen que despojarse de sus armas. Pero no deben mostrarlas, deben tenerlas ocultas en señal de respeto.

—Me parece una solución magnánima, que muestra al hombre sabio y honorable que sois.

Los consejeros asienten y el *sheij* indica con un gesto satisfecho que se sirva té.

Salen de la jaima mucho rato después, despidiéndose con saludos efusivos y fuertes palmadas en el corazón.

Cuando se han alejado unos metros y encaran el camino de vuelta, Tonio exhala un suspiro. Kamal hace otro tanto.

—Nos hemos jugado el cuello —le dice el árabe.

—¿Por qué?

—Cuando el *sheij* te ha preguntado si transportabas palabras sagradas has contestado que sí. ¡Le has mentido! ¡Y me has hecho mentir a mí! ¡Qué Alá me perdone! Si se hubieran percatado, a esta hora estaríamos muertos.

Se detiene y lo mira con gravedad.

—Estás equivocado, amigo. Yo no le he mentido. Nuestro gran jefe espiritual, el señor Daurat, nos lo dejó claro desde el primer día: el correo es sagrado.

Y tras decirlo, cambia el gesto grave por una sonrisa pícaro.

—Si el honorable Abdul Okri se percatara de que te estabas burlando de él, nos corta el cuello como a las gallinas.

Tonio pone las manos en la cintura, mueve los codos exageradamente y empieza a clocar como una gallina. Kamal acaba por reírse también.

Deja a su cocinero arrodillado en la arena, rezando en dirección a La Meca con la esperanza de purgar tanta herejía, y vuelve lentamente hacia el acuartelamiento. Anochece cuando llega al portón de entrada. Los soldados del puesto de guardia, sentados en una banqueta con el mosquetón en la mano, lo dejan pasar con total familiaridad. Aunque dada su indolencia dejarían pasar al diablo con tal de no levantarse.

El teniente Fajardo, que le hizo la visita, el capitán López y el coronel De la Peña lo esperan en el despacho del comandante del cuartel. Cuando entra, le ofrecen un café amargo y una silla. Las paredes desnudas y el crucifijo en lo alto dan a la estancia un cierto aire de sacristía. Aquí no hay prolegómenos.

—¿Nos dejarán pasar sin darnos problemas? —le pregunta el teniente.

Le parecen más divertidos los árabes. Al menos, las mujeres tuaregs son hermosas. Aquí las cosas no son muy distintas de la jaima: hay que convencer al jefe; si el jefe dice que sí, los demás asentirán. Le explica que para un jefe árabe es un acto irrespetuoso que soldados armados crucen su territorio.

—¡Menuda tontería! —chilla el teniente con la audacia de la juventud.

El coronel lo atraviesa con la mirada.

—¿Le parecería una tontería que cruzara por en medio de Madrid un batallón de soldados ingleses armados?

El teniente se pone colorado y responde en un tono más humilde:

—Pero este territorio nos pertenece. Esto es España.

—Ellos no leen la *Gaceta de Madrid* —zanja con brusquedad el coronel—. Continúe, Saint-Exupéry.

—Tras una ardua negociación, han accedido a franquearles el paso amistosamente, con una sola condición: que las armas no estén a la vista.

El coronel frunce el ceño.

—Eso no es posible. Las armas han de estar a mano para defender el convoy en caso de un ataque. ¿Por qué habríamos de fiarnos de un moro?

—No ha pedido que tengan las armas alejadas de la mano, sólo que no se vean. Entiéndalo, él es un jefe, como usted; ha de salvaguardar la dignidad ante su gente.

—¡Ustedes los franceses siempre nos han mirado por encima del hombro a los españoles! —salta a gritos el capitán—. ¿Cómo se atreve a comparar a nuestro coronel con un moro de mierda?

Tonio se revuelve incómodo en el asiento. Había olvidado el orgullo español.

—No era mi intención establecer comparación alguna, capitán. Si los he ofendido les ruego me disculpen. Ustedes me han pedido que interceda y lo único que piden es que las armas no se muestren. No han de tenerlas alejadas, es suficiente con que se camuflen un poco. Basta que envuelvan los fusiles que lleven al hombro con una tela.

—¿Una tela? ¿Y vamos a plegarnos a los caprichos de un gerifalte loco de esos con chilaba? —se pregunta el capitán de manera rimbombante—. Si lo hacemos demostrará que manda más que nosotros. ¡Es una humillación a España!

—¿Y si pasamos sí o sí, mi coronel? —pregunta ansioso el teniente.

—Si me lo permite, coronel —los interrumpe Tonio—, me gustaría hacer una observación.

El coronel le cede la palabra con un gesto de la mano.

—Todo el mundo sabe que aquí son ustedes los que mandan. El *sheij* sabe que ustedes van a cruzar el territorio, lo autorice o no lo autorice. Sabe que su armamento y su preparación militar es muy superior. No puede ni

quiere humillarlos en absoluto. Únicamente hace esa pequeña petición solicitando por su parte un gesto de magnanimidad para no perder del todo su dignidad en la tribu.

Todos se vuelven hacia su jefe, que deja unos segundos de silencio antes de hablar:

—Si es como dice el señor De Saint-Exupéry, ese *sheij* parece negociador y nos conviene tener en terreno hostil jefes dispuestos a pactar. Si pasamos arrollando y les causamos bajas, ese jefe podría caer en desgracia y ser substituido por otro más radical que nos causara más problemas. Si envolver los fusiles en telas nos permite llegar hasta La Güera sin contratiempos tal como nos pide el alto mando, no veo razón para no hacerlo. Si alguien pregunta por qué se envuelven los fusiles, se les ha de decir que es para que la arena no atasque los mecanismos y estén en mejores condiciones de disparar en caso necesario. Si alguien explica que ha sido idea de un moro, me lo cargo.

Los otros asienten dócilmente.

—A la orden.

Tonio sale por la puerta del cuartel suspirando aliviado.

CAPÍTULO 44

Buenos Aires, 1929

Una substitución de un piloto ha hecho que Mermoz no pudiera estar esperándolo en el puerto de Buenos Aires el día anterior como le habría gustado. Gira la esquina de la calle Valdivia a toda velocidad y deja el coche en doble fila frente a la entrada del restaurante El Siglo. Le lanza las llaves al aparcacoches y entra como una exhalación. Turbulencias, gritos a empleados perezosos, desencanto por la mezquindad de los burócratas, frío, lluvia, cansancio... todo queda atrás cuando ve en la mesa del fondo a su amigo.

Guillaumet se levanta y Mermoz, con la inercia de su entrada en el local, lo abraza y casi lo arrolla.

Observa la piel pelada de la cara de su colega, su frente quemada como si se la hubieran puesto en una parrilla.

—Guillaumet, estás muy tostado. —Y suelta una risotada.

—Tú estás estupendo. Te sienta bien Argentina.

—Ya verás. Esto te gustará. En Buenos Aires se vive muy bien. ¡Hay una carne estupenda! —Y al decirlo le guiña un ojo.

—Tú ahora eres el jefe.

—¡Bah! ¡Si vuelves a decir eso te despediré!

Los dos ríen. Y Mermoz come por los dos o por cuatro.

—Tenemos aquí muchos retos, Henri.

—¿Eso es malo?

—¡Es lo mejor! Pero no te oculto que tampoco va a ser fácil.

El camarero viene con unas tazas de mate y Mermoz pone cara de disgusto de manera un tanto cómica.

—¡No quiero esta bebida de abuelas! —le dice en un español rudimentario—. ¡Tráiganos café y coñac!

Le cuenta que necesitaba a un piloto como él para asegurar el nuevo brazo de la línea hasta Chile. Las presiones políticas también llegan a su despacho. Las concesiones administrativas para cruzar el espacio aéreo tienen contrapartidas, básicamente la exigencia de establecer ciertas líneas complicadas como la de Buenos Aires-Santiago para conectar Argentina y Chile, o la línea en estudio hasta la Patagonia, probablemente deficitaria, pero muy anhelada por el gobierno argentino, que tiene enormes dificultades para vertebrar ese vasto territorio que se alarga hasta las barbas de la Antártida.

Aparta los platos usados y extiende ante Guillaumet un mapa de América del Sur.

—Tenemos que volar de Buenos Aires a Santiago, la capital de Chile.

—¿Cuánta distancia?

—Seiscientos cuarenta millas. Pero el problema es atravesar los Andes. Hay picos de entre seis y siete mil metros de altura. Yo he encontrado un pasillo.

—Menudo susto nos diste.

Mermoz abre los brazos y sonrío.

Sobre el mapa señala un punto por donde cruzar.

—Los vientos dominantes son del noroeste. Sé que es peligroso...

Guillaumet lo mira un poco intrigado. Algo no le cuadra.

—¿Por qué voy yo?

—Eres el mejor.

Guillaumet arquea las cejas fingiendo incredulidad.

—¿Qué te traes entre manos?

Mermoz se echa a reír y Guillaumet sacude la cabeza. Lee en su risa como en la página de un libro. ¿Mermoz es el jefe de pilotos que reparte las líneas y no se queda él la más peligrosa? Imposible.

—Henri, tengo un problema realmente grave, pero no sé si me vas a querer ayudar...

—Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Es muy grave. —Y hace una pausa intrigante—. He conocido una chica... especial. Muy especial. Creo que me he enamorado de ella. Puede que sienta la cabeza.

—¡Vaya! Pero eso es una buena noticia.

—El problema es que estos meses he volado a muchas ciudades distintas...

—¿Y cuál es el problema?

—¡Tengo novias por toda Sudamérica y no sé qué hacer con ellas! ¿Tú no querrías quedarte con alguna? ¡Son todas encantadoras! María Helena en Mendoza, Hallina en Natal, Flavia en Santiago..., ¿o es Cucha la de Santiago? ¡Si al menos pudiera no confundir sus nombres cuando las veo!

Guillaumet sonrío. Mermoz le cambia de tema. Pero aun así, le parece una noticia sorprendente: Mermoz comprometido formalmente. Cuando se lo cuenta a Noëlle no se lo va a creer. De hecho, él mismo no se lo cree.

—Bueno, ¿y ahora me vas a decir por qué me cedes la línea más divertida en vez de quedártela?

Mermoz se ríe.

—No quiero levantar la liebre, pero creo que ahora tengo la influencia suficiente para lograr por fin un avión para que el correo cruce el Atlántico volando. He de dedicar a eso toda mi energía.

Brindan por los retos del aire.

Mermoz se lleva a Guillaumet de copiloto en el primer cruce de la cordillera aprovechando los abanicos de corrientes y las brechas entre crestas. Desde su asiento, grita sin que su voz se imponga al estruendo del motor, pero Guillaumet asiente. La ruta está clara. Tras varias pruebas satisfactorias, el 15 de julio de 1929 se inaugura la línea regular de correo aéreo entre Buenos Aires y Santiago de Chile con Guillaumet de cartero.

Mermoz se centra en su intento de conseguir un aparato para cruzar el océano y evitar la demora de las cartas a bordo de los avisos, que es como llaman a los barcos de la Línea que salvan el charco de tres mil kilómetros. Necesitarían un avión con autonomía y estabilidad para un salto de veinticuatro horas una vez por semana. Daurat está de su parte, pero el Ministerio del Aire de Francia es reticente. Todavía hay quienes creen que se trata de hazañas deportivas y sólo les parecen serios los vuelos militares. Le irrita tener que pelear por lo evidente: Francia no puede quedarse atrás en la carrera por el establecimiento de nuevas líneas aéreas civiles. El éxito de la línea de los Andes no mitiga su rabia. Uno de los ejercicios que más lo calma

es escribir largas cartas a Gilberte. Ella le contesta en unos sobres muy elegantes que tienen el reborde azul y escribe con una letra de estudiante que entenece la piel de galápago de Mermoz.

Cubre regularmente cada semana la ruta entre Brasil y Buenos Aires. Como cada miércoles, despegó de Pacheco al filo de la medianoche y aterriza en Río el jueves a las cuatro de la tarde. El sábado vuelve a lanzarse al filo de la madrugada con el correo de vuelta. En Río podría dormir dos noches para reponerse. A veces, no duerme ninguna; las mujeres brasileñas hipnotizan a Mermoz con la samba de sus caderas. Vive en su propio frenesí: pilotos que supervisar, nuevas líneas que abrir, su propio tramo de línea asignado, las futuras líneas que hay que ir trazando, los vuelos nocturnos que ya se van normalizando... Y aun así, no es suficiente.

Lleva meses enviando informes, peticiones al propio presidente de la Aeropostale, Marcel Bouilloux-Lafont, propuestas a la embajada, a sus contactos en la Administración francesa..., pero desde París no quieren autorizar una línea de vuelos intercontinentales hasta que no haya un aparato de eficacia probada. Son políticos: no quieren crear una expectación que acabe en fiasco y que haga quedar en ridículo a las autoridades. Han rechazado todas sus peticiones. Le han prohibido siquiera intentarlo.

Se reconcome.

Cuando un subsecretario del Ministerio del Aire de Francia pasó por Buenos Aires, Mermoz pidió ser recibido, pero su petición fue denegada por problemas de agenda. Así que consiguió que lo invitaran a una recepción en la embajada e hizo que un importante empresario se lo presentase.

—El señor Jean Mermoz, jefe de pilotos de la Aeropostale en Argentina...

—¡Usted! —exclamó al verlo llegar. Le habían llegado ya tres de sus obstinadas peticiones de apoyo para hacer la travesía del Atlántico.

Mermoz trató de usar sus buenas maneras y su magnetismo, pero no funcionó. No pudo ni acabar su argumentación.

—No puede hacerse con los aviones convencionales —le dijo con rictus glacial el subsecretario, bien seguro con su traje a medida y su cargo también a medida—. No hay garantías de éxito. La prensa argentina está muy

pendiente de usted. Para asegurarnos de que no hará cualquier cosa que pueda poner en entredicho la buena fama de la seguridad aérea francesa hemos prohibido que se le sirva combustible por encima de los mil quinientos litros.

Se ajustó la montura y levantó la barbilla con suficiencia ministerial. Dejaba el tema zanjado. Había dicho la última palabra. O eso creía. La cara de Mermoz se puso tan al rojo vivo de ira que al señor subsecretario se le empañaron las gafas.

—¡Lo único que pone en entredicho la fama de Francia es su falta de coraje!

Mermoz dio media vuelta con un giro tan brusco que dejó plantado al político ante la mirada asombrada del embajador y sus invitados. El «buenas tardes» con que se despidió sonó a tormenta. Una queja sobre el piloto de la Aeropostale Jean Mermoz llegó a la mesa del señor Daurat en Montaudran. Su asistente procedió a archivarla.

El jefe de explotación de la compañía le dice que ha de ser paciente, que los asuntos políticos llevan su tiempo. No soporta esperar. En los aeródromos donde hace escala, todos saben que cuando aterriza el señor Mermoz no se le puede hacer esperar ni un segundo.

La ruta convencional desde Porto Alegre a la escala de Florianópolis es por la costa, pero él opta por trazar una diagonal por encima de la selva. El señor Daurat lo multaría si supiera que se sale de ruta y se salta los protocolos, pero a él le da igual caerse a un mar de agua salada que a ese mar verde de árboles inmensos. Y el viento en contra le ha hecho perder la ganancia de tiempo que traía.

Está tan concentrado en arañar cada segundo que no tiene tiempo de disfrutar a la luz del atardecer del espectáculo de las aguas torrenciales del río Cubatão. Enseguida sale a la gran bahía de San José, junto al aeródromo de Florianópolis, y aterriza. De un salto sale de la carlinga y su gesto se crispa al percatarse de que no está el mecánico con el bidón de combustible preparado.

Uno de los mozos que carga con las sacas se acerca con el correo y Mermoz lo interpela a gritos:

—¡Necesito la nafta! ¿Dónde demonios está el mecánico?

El criollo se encoge de hombros con desgana. Mermoz se quita el casco con las gafas bruscamente y lo estrella contra el suelo. El jefe de aeródromo se apresura corriendo a su encuentro haciéndole gestos de calma con las manos.

—¡Joder, Dacosta! ¿Dónde está la maldita nafta?

—El mecánico está al llegar.

—¿Al llegar?

—Me ha dicho que vendrá enseguida.

—¿Enseguida? ¿Cuándo es enseguida? ¡Me serviré yo mismo el combustible!

—No es posible. Sólo él tiene la llave.

—¡Echaré la puerta abajo!

—Es una puerta ignífuga muy cara.

—¡No hay nada más caro que el tiempo! ¡Al diablo con la puerta!

Cuando Mermoz ha cruzado ya la pista en dirección al depósito de combustible, aparece el mecánico trotando y blandiendo la llave. Mermoz se da la vuelta y, tal como llega, lo agarra de la pechera del mono y lo zarandea.

—¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que puedes retrasar toda la línea del correo de América? ¡Estás despedido! Pero antes, llena inmediatamente ese depósito o te muelo a palos.

El operario, temblando, se va hasta el avión a repostar. Dacosta se acerca y le habla con extrema cautela:

—Señor Mermoz, atajó por la selva, ¿no es cierto?

Mermoz lo mira un tanto sorprendido y asiente.

—Con este viento de cara pensamos que no llegaría a la hora...

—¡Pues llegué! ¡Su obligación es estar aquí!

—Es un hombre muy cumplidor. Verá usted, su esposa está a punto de dar a luz. Perdió el conocimiento al ponerse de parto y lo llamaron. Era una emergencia. No todos los días se tiene un hijo. Y aun así ha regresado corriendo para estar aquí a la hora de la conexión.

El mecánico acaba de repostar el tanque y todavía le tiemblan las piernas. Cuando ve acercarse hacia él a Mermoz, un palmo más alto y dos palmos más ancho, con el puño derecho cerrado, le empieza a temblar todo lo

demás. Antes de que pueda dejar de tartamudear para presentar sus excusas al piloto jefe, Mermoz le habla con un tono suave:

—Dacosta dice que es usted un buen trabajador. Si ha terminado el repostaje no pierda tiempo, vaya con su esposa.

Introduce el puño cerrado en el bolsillo del mono del mecánico y deposita discretamente un billete de cincuenta francos.

—Hay que celebrar ese nacimiento.

Antes de que el pobre mecánico salga de su asombro, Mermoz ya está subido a la cabina del Laté con la hélice dando vueltas.

Llega a Porto Alegre con la noche cerrada, exhausto, con un cuarto de hora de adelanto con respecto al horario previsto. Un regalo de quince minutos para el piloto que toma el relevo camino de Uruguay. Camina hacia la caseta y le viene a recibir el jefe de aeródromo.

—Malas noticias, señor Mermoz.

Le tiende el radiotelegrama: un piloto argentino que estaba trabajando en las nuevas rutas de la futura línea de Paraguay se ha estrellado a media hora de la capital.

—Quiero hablar con Pranville.

—¿No es un poco tarde, señor Mermoz?

Mermoz lo mira y con eso basta.

—Sí, señor Mermoz.

Tras varias llamadas, lo localizan en São Paulo.

—Sabía que no estaría usted durmiendo...

—Sabía usted bien, amigo Mermoz.

—Le llamo para pedirle que me conceda un favor.

El director técnico no duda ni un segundo.

—Sea lo que sea, concedido.

—Déjeme ir a traer de vuelta a casa el cadáver del compañero caído en Paraguay.

—Pero en tren tardará mucho en llegar hasta allí y traerlo.

—Lo traeré en avión.

—¡Pero no podemos! ¡No va a caber por el portón estrecho del Laté!

—Me dijo que me lo concedía.

Un silencio plagado de interferencias se interpone un instante.

—Haga usted lo que crea conveniente.

El jefe del aeródromo de Porto Alegre ha estado atento a la conversación.

—¿Señor Mermoz, saldrá a primera hora?

—Por supuesto. Ahora es la primera hora. Llenen mi avión de combustible y que me preparen unos huevos revueltos con café. Salgo en quince minutos.

—El parte...

Mermoz ya ha echado a andar hacia la caseta de los pilotos. Lo ve alejarse en la penumbra recortado por las luces del aeródromo. El jefe de aeroplaza ni siquiera se molesta en insistir en que el parte meteorológico para las próximas horas en la región es de fuertes vientos. Allá él.

Veinticuatro horas después, zumba sobre Pacheco su motor de cuatrocientos caballos. El personal de tierra ve cómo encara la pista en plena ventolera un aparato que se va escorado en el aire y se zarandea peligrosamente. El Laté tiene un perfil extraño en la distancia. Al aproximarse, los mecánicos, la gente de las oficinas, los de mantenimiento... todos salen a ver eso que llega desde el cielo. En el lateral del fuselaje, haciendo que el aparato se incline peligrosamente, lleva, en posición vertical, amarrado a los contrafuertes del ala, un ataúd. Ante uno de los bandazos del viento, el avión se escora hacia el lado contrario y Mermoz aguanta el ataúd con su hombro mientras equilibra el avión y desciende para aterrizar con una inclinación que a punto está de hacer que el ala roce la pista. Pero consigue posarse y, tras un frenado en leve zigzag, se detiene con su extraña carga.

—Avisen a la familia. Díganles que sus compañeros han traído a su hijo de vuelta a casa.

CAPÍTULO 45

Cabo Juby (Marruecos), 1929

Nefertiti ya tiene su cercado. Ningún león podrá atacarla. Tampoco beduinos ni soldados aburridos. Se acerca a ella y al alargar la mano acude dócil a dejarse acariciar el hocico. Nunca ha visto a nadie mirar con la intensidad con que lo hace ese frágil herbívoro. Le parece que los humanos nos creemos importantes, pero tenemos mucho que aprender de la sabiduría de las gacelas. Nunca ha habido una guerra de gacelas. En el cristal oscuro de sus ojos alguien más sabio podría leer la historia de la Tierra.

Es día de correo, así que supervisa la pista, contacta por radio para asegurarse de que todo está en orden y aprovecha el tiempo que queda hasta la llegada de sus colegas para volver a encontrarse con Bernis y Geneviève en su mundo de papel.

La última vez los dejó subidos en el coche modesto de Bernis camino de no se sabe dónde. Lejos de París, eso es todo lo que Geneviève le dijo. Está agotada tras las semanas de insomnio y sufrimiento. Tiene fiebre. Bernis preferiría cien veces estar pilotando un avión que ese coche en medio de la noche y de la lluvia sin una pista en la que aterrizar.

Es tarde y ella está muy cansada, adormilada por la fiebre, así que decide desviarse hacia la primera población que encuentran. La lluvia sigue anegando las callejuelas. La neblina de fuera y el vaho en los cristales lo desdibujan todo. Avanzan a ciegas por el fondo de un acuario. Bernis se baja a preguntar en un café que permanece abierto y le indican un hostel muy cercano. Allí se detienen. La recepción huele a comida recalentada. Un hombre muy pálido y mal afeitado dormita tras un mostrador sobre el que se han ido formando minúsculas montañitas de serrín producidas por la carcoma. El hombre lo mira con los ojos muy abiertos, como si sólo hubiera

fingido que dormía. Bernis duda si pedir dos habitaciones o una con dos camas. Al ver su momento de indecisión el recepcionista levanta una ceja y le pregunta si están casados.

—¿Casados?

Bernis tarda tanto en contestar que el hombre ya sabe la respuesta y mira a Geneviève de arriba abajo de una manera tan grosera que, de no haber necesitado de manera imperiosa ese alojamiento, hubiera saltado tras el mostrador y le habría roto su estúpida cara.

—Dos habitaciones, por favor.

—Sólo me queda una.

—Bien. De acuerdo. Ella y yo...

—No me interesa.

Le pide una cantidad exorbitada que ha de pagar por adelantado y le tiende la llave.

La habitación está en sintonía con todo lo demás. Estrecha, gélida, con sábanas húmedas y olor a tabaco enfriado. Le pregunta a Geneviève si quiere que le vaya a buscar un té caliente y ella dice que no con la cabeza.

—Cansada...

Es todo lo que llega a decir. Se tumba en la cama de matrimonio y se queda adormecida. Hay una manta, pero está sucia. La cubre con su abrigo y se sienta en la única silla. La observa dormir con cierta agitación. Se siente rabioso consigo mismo por no haber sido capaz de llevarla a un sitio mejor que ese cuchitril tan triste.

No es así como soñó que sería su primera noche con ella.

Nadie le explicó que la realidad se lleva mal con los sueños.

Tonio no puede seguir escribiendo. Necesita tomar el aire.

Se pone el casco, las gafas y los guantes. Toma un avión del hangar y echa a volar. Le viene a la cabeza una de las múltiples circulares de Daurat que traen los propios pilotos del correo: se prohíbe a los jefes de aeroplaza alejarse del aeródromo en los vuelos de mantenimiento más allá de quince millas.

El señor Daurat se preocupa demasiado...

Se eleva con algún cabeceo. Si Guillaumet lo viera despegar de manera tan pedestre pondría ese gesto suyo de levantar las cejas, como si quisiera juntarlas con el pelo de la cabeza. Le divierte pensarlo. Se cuelga entre las nubes, ese lugar que se parece a la eternidad. Se ríe.

—¡En la eternidad sólo mueren los relojes! —grita.

El espectáculo de volar sobre el mar de nubes lo sume en la euforia. Pero justo cuando se siente más feliz, le vienen los pensamientos más lúgubres.

Loulou...

Recuerda con sorprendente precisión uno de sus gestos en particular: la manera en que agachaba un poco la cabeza, como hacen las gacelas, y después abría los ojos lentamente. Piensa que la felicidad es redonda y se escapa siempre rodando calle abajo. En cambio, la tristeza es cuadrada y se atraviesa en la garganta.

Decide empujar la palanca y descender. Bajar de las nubes.

¿Y Bernis? ¿Qué va a ser de Bernis?

Lleva varios días de apatía. Únicamente ha cambiado la dirección del viento. Once veces ha puesto en el gramófono once discos distintos y todos han hecho saltar la aguja, rayados y polvorientos. Ha tomado la pluma para corregir y la tinta estaba seca. Ha cogido un lápiz, pero sólo ha podido garabatear dibujos en los márgenes de las hojas: figuras, mujeres con el cabello al viento, una «L» de Loulou, un niño vestido de príncipe... Por la mañana ha puesto una coma y por la tarde la ha quitado.

Se posa sobre Cabo Juby una niebla sofocante, una calima pesada que lo borra todo. Las voces de los centinelas en el fuerte suenan con un eco fantasmagórico.

¡Sin novedad en el puesto cuatro!

¡Sin novedad en el puesto cinco!

¡Sin novedad en el puesto seis!

No ven nada. Nunca como entonces su vigilancia ha sido tan estéril.

Durante esos días pastosos, vuelve con Bernis. Lo encuentra en ese hotel barato de una ciudad de provincias donde Geneviève duerme un sueño febril y él traza planes para el futuro. En su cabeza dibuja los planos de la vida con Geneviève. Se imagina sus ojos cada mañana al despertar a su lado. Se

imagina cómo será llegar a casa tras un largo viaje y encontrarla esperándolo. La ve sentada en una butaca acunando un violín. Piensa en una cama donde las sábanas tengan su olor.

Durante una noche entera ella duerme y él sueña. Tonio escribe páginas y páginas de sueños.

También aprovecha esos días de niebla para leer y releer los pocos libros que tiene: Platón, Nietzsche, un tratado de prestidigitación del que saca ideas para sus trucos de cartas...

Tras dos días de calma chicha, la niebla levanta, aunque queda en el aire una cierta turbidez caliente. Esa noche lo despierta el zumbido del motor de un avión.

Se pone en pie de un salto.

¿Un Laté 25 a estas horas?

—¡Totó, Ferdinand! ¡Hay que encender la señalización de la pista!

Los mecánicos, rezongando y adormilados, se van hasta los bidones llenos de leña.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Tonio reconoce por el zumbido que el avión da vueltas en círculo. No puede aterrizar a oscuras. No sabe quién puede haber llegado hasta allí extraviado en la noche.

Se separan para cubrir antes la largura de la pista y prenden fuego a los seis bidones que forman la marca. El avión cambia el régimen del motor y aterriza a oscuras.

Buen piloto... ¿quién será?

—¡Buenas noches, señor jefe de aeródromo!

—¡Serres! —exclama Tonio al reconocer a uno de los veteranos de la Línea—. ¿Qué demonios haces volando a estas horas? ¿Por qué nadie me ha avisado?

—Salimos fuera de programación desde Agadir.

—¿Y por qué?

—Porque lo ordené yo.

Por detrás aparece un traductor árabe y otro de los pilotos veteranos, Reine, que le hace un gesto de resignación. A su lado el hombre que ha hablado, un inspector de la compañía.

—El señor Daurat me ha mandado a supervisar los tramos y he aprovechado la excelente noche en Agadir para experimentar un vuelo nocturno.

—¡No volamos de noche!

—No hay razón para no hacerlo. En América ya se está haciendo. La noche es excelente, hay una luna magnífica.

—Hemos estado con niebla hasta hoy...

El inspector no está muy interesado en sus reparos.

—La noche es tan buena que Serres y Reine seguirán hasta el siguiente aeródromo.

—¡Pero en Villa Cisneros se han ido a dormir pensando que no habría más vuelos! Habrán apagado la radio, no hay nadie de guardia.

—Igual que usted, ellos oirán llegar el avión.

Aprieta los puños. Lo que más lo irrita no son las órdenes caprichosas, sino la indiferencia con la que habla del vuelo. Para ese hombre un vuelo es un trámite, un par de líneas en un informe. De buena gana lo mandaría a paseo. Pero el señor Daurat los tiene advertidos sobre el trato exquisito que han de dar a los inspectores: son sus ojos a miles de kilómetros.

Después de repostar, Reine y Serre despegan acompañados del intérprete y Tonio se va a dormir enseguida con un humor de perros. Se levanta al alba y oye los suaves ronquidos del inspector en el cuarto de los pilotos. Lo primero que hace es conectar la radio y llamar a Villa Cisneros para comprobar que sus compañeros hayan llegado bien.

Ni bien ni mal. No han llegado. Villa Cisneros está cubierto por la niebla.

Maldice todo lo que sabe maldecir.

Se pone en contacto con Port-Étienne. Nada. En un intento desesperado, contacta con Saint-Louis de Senegal, al extremo de la línea. Nada.

Siente el impulso de irse al cuarto y tirar al inspector de la cama. Pero sus colegas son demasiado importantes como para perder un tiempo valioso. Va a por su cazadora de cuero y despegua en busca de sus compañeros. La niebla es densa y tiene escasa visibilidad. Se aleja ochenta millas y al volver, con el cielo más despejado, peina la zona costera hasta llegar de regreso a Cabo Juby. Pero no hay ni rastro de ellos.

Cuando llega, ve un guirigay de gente alrededor del barracón. El inspector sale seguido de algunos árabes harapientos y buscavidas que viven en Villa Bens.

—¿Sabe que tenemos un avión desaparecido?—le pregunta irritado el inspector.

—No me diga...

—¿Dónde estaba usted? ¿Por qué motivo ha abandonado su puesto de responsable de la aeroplaza? ¿No sabe que abandonar su puesto es motivo de sanción muy grave?

—He ido a tratar de auxiliar a los pilotos que usted mandó a volar en contra de todos los protocolos de seguridad. Por cierto, ¿ha dormido bien, señor inspector?

El inspector no pierde la compostura.

—He estado trabajando en organizar el rescate. Estoy negociando con estos señores para que puedan ser localizados si han caído en poder de alguna cabila.

Un mar de manos y de voces se alza reclamando dinero como en un subasta de pescado. Tonio resopla. Da unas zancadas y se planta en medio del tumulto dando voces. Su complexión parece aún mayor en medio de los beduinos bajos y nervudos.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Y al decirlo en su idioma resulta aún más eficaz y se dispersan en todas direcciones a toda velocidad.

—Pero ¿qué hace? —se enoja el inspector.

—Despedir a todos esos mangantes. Ahora iré a hablar con los jefes que nos ayudarán en el rescate.

—¡Debe usted consultarme!

Tonio lo mira de arriba abajo.

—No voy a consultarle ni la hora. Organizaré el rescate a mi manera.

El inspector arruga las cejas y se va hacia el barracón.

—¡Mecánicos! ¡Pónganme en comunicación por radio con la central de Toulouse!

El inspector se vuelve un instante a mirarlo con ojos retadores.

—Ahora va a saber usted quién está al mando.

Tras varios intentos, Totó consigue que Toulouse le responda en medio de la lluvia de interferencias.

—Buenos días, señor Daurat.

—¿Hay not... cias?

—No, señor. Lo llamo para que ordene al señor De Saint-Exupéry que no ponga en cuestión mi autoridad.

—Díga... que... ponga.

—Aquí Saint-Exupéry, señor Daurat. Déjeme decirle algo: no voy a obedecer a quien pone en peligro la vida de Reine y Serres.

—Déjeme decir... algo. Usted obe... cerá a quien yo le diga. Y va a obedecer al insp... tor Giraud porque así se lo ordeno.

—¡Pero cómo voy a obedecer al responsable de este incidente!

—Lo hará. Porque el responsable no es el ins... tor. Él seguía mis órden... s de probar vuelos noctu... nos. Yo soy el respon... ble.

Tonio se queda un instante descolocado.

—Pero no se dio aviso a Villa Cisneros. Si lo hubiéramos hecho nos habrían dicho que estaba cubierta por la niebla.

—Yo deci... ré si actuó correcta... te. Us... ed hará lo que Giraud le ordene. Páseme al insp... tor.

Tonio siente que le arden las mejillas de indignación. El inspector levanta la barbilla y dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Señor Daurat, estoy a la escucha.

—Usted va a dar las órden... s.

—Sí, señor director.

—Ordene al ...ñor Saint-Exupéry que organice... rescate de Rei... y Serres a su criterio. Ya se dirige hacia Ca... Juby desde Villa Cisneros un jefe de aeródromo provisional... reemplazarlo mientras dure... rescate y que no se interrumpa... tráfico de... línea.

El inspector se queda un momento callado y ahora es Tonio el que levanta una ceja y sonrío.

—Señor Gira... espero su infor... completo del incidente.

La comunicación se corta sin poder despedirse, no saben si por uno de los habituales fallos técnicos o porque Daurat ha cortado sin más.

El inspector mira a Tonio con furia.

—¿Me echa la culpa del accidente delante del jefe? ¿Qué clase de compañerismo es éste?

—Es que yo no soy su compañero.

Tonio sale apresuradamente del barracón. Hay mucho por hacer.

Se va a hablar con Kafir Mugtar y envía recados para los jefes tribales de la zona con los que mantiene buenas relaciones: les ruega que le avisen si tienen noticias del paradero de los dos pilotos y el intérprete.

Toma un Breguet y vuela hasta la siguiente aeroplaza, Port-Étienne. Allí se une a dos pilotos más para peinar la zona. Deben volar a una milla de distancia uno de otro para abarcar el mayor terreno visual posible, pero sin perderse de vista. La zona es muy hostil y es fundamental que permanezcan juntos.

Los tres aparatos recorren la zona cerca de la línea de la costa aguzando la mirada. Pero allá abajo el desierto no quiere revelar su misterio. El rastro de sus compañeros no aparece por ninguna parte.

A la altura de cabo Bojador, Tonio observa de reojo que a su derecha el aparato de Riguelle pierde altura. Ve virar a Bourgat para ponerse tras la estela de Riguelle y aterrizar detrás. Él procede de la misma manera. No le gusta aterrizar ahí. No muy lejos está el lugar donde un año atrás Gourp, Érable y el mecánico Pintado fueron asesinados por una tribu después de un aterrizaje forzoso. Si Riguelle ha tenido problemas, deberán recogerlo a él y a su mecánico y salir zumbando.

Al bajar de la carlinga ve acercarse a Riguelle.

—¡Se me ha fundido una biela!

Al acercarse todos al aparato de Bourgat, Lefebvre frunce las cejas. Todos siguen el hilo de la mirada hasta debajo del Breguet y descubren una mancha oscura sobre la arena.

—¿Y eso?

—Es aceite. Así no puedes despegar, Bourgat.

Los tres pilotos se miran.

—¿Puedes arreglarlo? —pregunta Riguelle.

—Puede que sí. Más fácil que lo de tu biela.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé... ni siquiera sé si lo podré arreglar. Yo de vosotros iría pensando en preparar la cena.

—Pues no es el mejor sitio para quedarnos a cenar.

—Convertiremos este arenal en el salón del Ritz.

No saben si alguna tribu ha detectado sus aterrizajes. De ser así pronto verán caer sobre ellos una turba contra la que difícilmente puedan hacer nada sus revólveres, que apenas saben disparar.

Si tienen suerte, va a ser una noche muy larga.

También lo va a ser a miles de kilómetros, en un pequeño despacho donde las bombillas no se apagarán en toda la noche. Daurat ha recibido la notificación de que los tres aviones de reconocimiento no han regresado y las horas transcurridas respecto a su carga de combustible hacen imposible que continúen aún en vuelo. Sabe que son pilotos experimentados, pero todos lo son. Los aparatos son frágiles y el territorio, hostil. Y él sólo puede esperar una información de la radio, un cable, una señal. Podrían estar todos muertos. No puede saber si esa noche es un velatorio. Cinco aviones perdidos en veinticuatro horas. Se va hasta el ventanal y mira. Es ya oscuro en Toulouse. Pero sigue ahí con la esperanza vana de que la noche pueda revelarle alguno de sus secretos.

En las cercanías de cabo Bojador, sus pilotos están eufóricos porque ha caído el sol y no han recibido visita alguna. El ocaso se convierte en su aliado. La noche los esconde.

Juntan las viandas de supervivencia y organizan lo más parecido posible a una fiesta. No se sabe cómo, pero entre las latas de conserva de los víveres de emergencia aparece una botella de vino y otra de coñac. Hay aplausos. Improvisan un juego de las adivinanzas y Riguelle destapa todo su ingenio. Tonio saca una baraja de cartas. A la luz temblona de un quinqué, sus manos tienen algo de fantasmagórico y los demás se sienten fascinados ante el aparecer y desaparecer de los naipes.

El mecánico empieza a trabajar desde la primera luz y en pocas horas consigue poner a punto el Breguet de Bourgat. Se reparten en los dos aviones operativos y despegan. Su llegada a Villa Cisneros es recibida con el

alborozo de los días grandes. El jefe de aeródromo sale corriendo. Una oleada de alivio sacude toda la línea, desde Saint-Louis de Senegal hasta llegar a Toulouse en un tableteo nervioso.

El operador entra corriendo con la transcripción del mensaje en la mano.
—¡Señor Daurat, sanos y salvos Riguelle, Saint-Ex, Bourgat y Lefebvre!
El director lo mira con severidad.

—Tome nota. Quiero que le envíe el siguiente telegrama a Riguelle a la central de Dakar: Estimado señor Riguelle, le informo por la presente de que es el segundo avión que pierde en un mes. En consecuencia, se le retiran todas las primas de vuelo de los últimos treinta días. Atentamente, Didier Daurat, director de explotación.

En Villa Cisneros el tam-tam del desierto trae la noticia de que Serres y Reine están vivos. Pero la noticia sólo es buena a medias. La tribu que los ha secuestrado pide un millón de camellos, un millón de fusiles y la liberación de todos los presos de guerra beduinos capturados por los franceses en Mauritania.

—Esto es un zoco y el regateo va a ser largo —les dice Tonio.

No se equivoca. Regresarán vivos después de pagar una suma muy inferior a la pedida inicialmente, pero no será hasta dieciséis infernales semanas después.

CAPÍTULO 46

Cabo Juby (Marruecos), 1929

Cuando Geneviève despierta, Bernis todavía no se ha dormido. La luz de la mañana añade aún más desolación a esa habitación de paredes verdes de humedad. Geneviève observa con aprensión la sábana sobre la que ha dormido. Se vuelve hacia Bernis con un timbre de desamparo en la voz:

—¿Dónde estoy?

Bernis tampoco recuerda el nombre de la población, pero no importa. Sabe dónde no está Geneviève. Los dos los saben. No está en su mundo donde los objetos son bellos y robustos y permiten que nos escondamos detrás de ellos para ocultar la mediocridad de la vida. Allí no hay nada que le pertenezca y a lo que ella pueda pertenecer.

Se levanta de la silla para acercarse y Geneviève da un pequeño respingo hacia atrás. Lo mira con unos ojos de ciervo asustado en los que se lee la confusión de quien se despierta tras la resaca.

—Soy yo...

Geneviève se vuelve hacia la ventana. El cristal está tan sucio que la luz llega filtrada como si en vez de amanecer, atardeciera. Bernis creyó que su amor por ella lo curaría todo, lo iluminaría todo. Se equivocaba.

Levanta un momento los dedos del piano. Rememora cuando vuela de noche sobre los campos y allá abajo ve una luz minúscula, una casa aislada iluminada en medio de un mar de oscuridad. El amor es sólo eso. Pequeñas hogueras en la noche que sólo muestran la oscuridad que acecha fuera.

Bernis la mira, pero se da cuenta de que ella ya no está ahí. Cuando habla, sabe lo que le va a decir.

—Llévame a casa.

Mientras las sacas de correo vienen y van en Cabo Juby y sigue la lenta y dramática negociación para liberar a Serres y Reine, Tonio sigue golpeando una máquina de escribir en el desierto. Resopla en su silla. Seguro que a muchos lectores les gustaría que Bernis diera dos zancadas hasta ella, la cogiera de la mano y, mirándola a los ojos con mucha intensidad, le dijera: «Construyamos una casa juntos». Al menos, a él le gustaría.

Pero no puede hacerlo. Bernis no puede hacerlo. Ambos conocen el tono de desdén, incluso de desprecio, que ha utilizado ella al pedir que la lleve de vuelta a casa, como si Bernis tuviera alguna culpa de la terrible tragedia a la que la ha arrastrado un destino cruel o fuese cómplice de la mediocridad física y moral que los aplasta. Geneviève necesita volver a su mundo. Vivir en su propio verano.

En el viaje de retorno a París ya no llueve y apenas hablan. Ella, en su pesadumbre por la pérdida del hijo, levanta mucho el cuello queriendo mostrarse desafiante y digna pese al dolor. Está dolida con el mundo, con todo el mundo. También con Bernis, por no ser un mago y cambiar la rotación terrestre. Nadie le sirve de nada. La devoción que Bernis muestra por ella le parece inútil.

Únicamente al llegar al bulevar donde está el portal de su casa y apresurarse él a bajar y abrirle la puerta, Geneviève sale de su mutismo y lo mira. Por un momento abandona la cortina de ofuscación y le roza la mejilla con el dorso de los dedos. Es su regalo de despedida.

Cuando escribe la última línea, Tonio siente que se queda solo. Geneviève y Bernis se han marchado de su vida y se han llevado con ellos su equipaje de sueños revueltos. Esa noche en que los mecánicos se han escapado a Villa Bens a tratar de engañar su propia soledad, cena un cuscús reseco y se pregunta qué está haciendo en esa caseta en medio de ninguna parte. Quizá sea la tristeza que le ha contagiado terminar la novela. En contra de lo que siempre había creído, no hay euforia ninguna al poner el punto final. Descubre que el escritor no está en absoluto satisfecho cuando termina un libro. Lo que tenía en la cabeza cuando lo empezó era música y arrebató; lo que tiene al final es sólo un pentagrama que atrapa las notas en un tendedero de ropa.

Por la mañana continúa mustio y, cuando va a afeitarse, la mano se le afloja porque no tiene a nadie para quien afeitarse. O eso pensaba. Porque Totó entra en la caseta y le dice que tiene una visita.

—¿Una visita?

Se imagina que una preciosa muchacha de largos cabellos rubios ha cruzado el planeta para declararle su amor. Tampoco le importaría que fuese morena, o castaña, o pelirroja... ¡o incluso calva! Y se ríe. Ve en el espejo a ese Tonio guasón que se asoma haciendo pedorretas al Tonio solemne y melancólico. Probablemente sea algún oficial español. Pero, por si acaso, se acicala a toda prisa y se pone una camisa limpia.

Al poner un pie fuera ya sabe que su visita no es una sofisticada muchacha pizpireta perfumada con Chanel porque es alguien que huele a leche agria de cabra y a sudor añejo. En el suelo, con la espalda recta apoyada en la pared de la caseta, manteniendo incluso en el suelo una dignidad señorial, el jefe Abdul Okri lo mira. No hay en su mirada la ansiedad habitual de un europeo cuando espera a alguien. Tonio ni siquiera está seguro de que lo espere a él. Le da la impresión de que, simplemente, espera sin apuro el fin de los tiempos.

Pero sí, lo espera a él. No abre la boca, pero los dos lo saben: ha venido a que el hombre de la tribu de los que vuelan cumpla su palabra.

Le coloca el casco y le ajusta las gafas sin que el *sheij* proteste. Se deja hacer como los niños cuando se quedan quietos para que su madre les haga la raya en el pelo por las mañanas antes de ir al colegio. Le dice con un gesto que lo siga y le indica que se acomode en la cabina delantera de un Breguet.

El motor quiebra el silencio de dos hombres que no necesitan las palabras.

El avión rueda y se aúpa en el aire con ese manoteo de nadador torpe. Mientras toma altura, nota cómo se tensa el cuello de su pasajero. La rectitud de sus hombros le hace saber que está apretando los puños. Para un hombre que lo más alto que ha subido es la grupa de un camello, ha de ser una experiencia terrorífica. Pero el jefe Abdul Okri no dice nada.

El avión se estabiliza y nota cómo sus hombros se van destensando. Por fin, ve cómo vuelve la cabeza hacia el suelo. Al momento, mira de nuevo al frente y los hombros vuelven a tensarse. Pero un minuto más tarde, vuelve a

mirar hacia abajo. Es la primera vez que atraviesa el desierto sin sentir el ardor de la arena bajo los pies. La cabeza quieta. La mirada fija.

Despliega los brazos lentamente. El viento le echa hacia atrás las mangas de la darrá y las convierte en un estandarte. Tonio no entiende qué hace, hasta que recuerda la conversación de unas semanas atrás: «Ser un pájaro...». El jefe Abdul ha hecho realidad el sueño de sus antepasados: ser un águila sobre el desierto. No sabe si el jefe ríe, el ruido ensordecedor del motor le impide saberlo. Pero él sí ríe con esa alegría por la felicidad ajena que es una fuente que por fin nos sacia la sed.

Vuelan durante horas saltándose cualquier protocolo. Cuando ve una bandada de gaviotas flotando indolentes, cerca de la playa interminable más allá de cabo Bojador, desciende y las espanta como un chiquillo travieso. Los pájaros se elevan de repente y la danza de la vida se despliega sobre el cielo como si fuera el primer día de la creación.

Dejan atrás dunas y pequeñas cordilleras. De vez en cuando el jefe señala con el dedo y se vuelve levemente para decir palabras que se lleva el viento. Tal vez señale un lugar al que viajó alguna vez con alguna caravana tras muchas jornadas de camino. Después, repliega la mano y deja de señalar. Nunca se había adentrado tan lejos. Se queda en silencio. El desierto que creía conocer resulta ser mucho más grande que su larga vida y que cualquier vida. Cuando el jefe Abdul Okri y él mismo hayan muerto, cuando todos hayamos muerto, el desierto seguirá ahí, viendo salir el sol por el este y poniéndose por el oeste.

Alcanzan un pequeño rebaño de nubes al llegar al golfo de Cintra. Toma altura para retozar un poco con ellas. Ve al jefe ponerse tenso de nuevo al ver que el avión se dirige a toda velocidad a chocar contra los cúmulos. Se ríe. ¿De qué creará el jefe Abdul que están hechas las nubes? ¡Su conocimiento de las nubes es el mismo que el de un recién nacido! El Breguet alcanza los cúmulos blancos y entra en ellos como una cucharilla en un plato de chantillí. El mundo se pierde de vista, un leve temblor sacude el aparato y los hilachos de nube corretean a su lado. Ve cómo el jefe alarga la mano para tratar de tocarlos y mueve la cabeza con asombro. Durante todas las noches del resto de su vida, sentado ante el narguile, podrá contar que un día tocó las nubes.

Sobrepasan Agadir y el desierto se va suavizando con una telilla de matorrales y vegetación. Se encaminan hacia Saint-Louis de Senegal y el paisaje va mudando el color. Abandona la piel áspera del desierto y se viste con otra más fresca. El jefe Abdul señala los primeros árboles. Aquí hay uno. Allá otros dos. Más allá un racimo. Son ceibas, palmeras, acacias, enormes baobabs. Y empiezan a faltarle manos. Hasta que deja de gesticular y se queda quieto con la cabeza fija, magnetizado por el paisaje. Los ríos se ensanchan, la tierra se ha teñido de verde, el color con el que sueñan los musulmanes. Y entonces, el jefe se vuelve hacia el piloto. El viejo saharauí endurecido por el desierto, el jefe tribal intransigente, el guerrero feroz... derrama lágrimas tras las gafas de aviador. Él lo mira desconcertado y su pasajero señala insistentemente hacia abajo.

No atina a ver nada extraordinario. Solamente hay un bosque minúsculo. Nada especial.

Un bosque...

El jefe Abdul Okri nunca pudo imaginar que existieran tantos árboles en el mundo. Tal vez se acordara en ese momento de los polvorientos arbustos que crecen junto a su jaima y sintiera pena por ellos, perdidos en medio de la arena, tan lejos de su casa. Siente una ternura hacia ese hombre y los suyos, gentes en tierra áspera, desperdigados por el desierto como matojos resecos y, aun así, tal vez por eso, orgullosos.

Oye sollozar. Nunca creyó que vería llorar a un *sheij* tan altivo como él.

Tonio suspira, contagiado por la emoción. El ser humano, egoísta, odioso, mezquino, capaz de las mayores atrocidades, puede también ser una criatura capaz de emocionarse al contemplar la paz milenaria de los árboles. Se inclina hacia delante y posa su mano en el hombro del saharauí.

Cada persona es un milagro...

CAPÍTULO 47

Cabo Juby (Marruecos), 1929

Tonio se va hasta el cercado de *Nefertiti*. En las últimas semanas ha estado tan atareado con el rescate de unos pilotos españoles que la ha desatendido. Ya es una gacela grande y esbelta. Al acercarse, se percata de que está empujando los troncos de madera con la testuz. Intenta inútilmente abrirse paso con sus cuernos de mentirijillas.

—*Nefertiti...*

Pero no atiende a su llamada. Empuja con insistencia la cabeza contra la cerca.

—¡No seas loca! Allí afuera hay cazadores. Hay serpientes venenosas, zorros, tal vez algún león. Aquí tienes tu comida, tu agua, tu seguridad... ¡Maldita sea!

Se percata de que habla como el señor Charron, el jefe de contabilidad de la fábrica de tejas cuando le dijo que dejaba el puesto. Se va hasta ella y la acaricia sin que ella deje de empujar tozudamente. Mira al horizonte, que a esa hora del atardecer emborriona a lo lejos la tierra oscurecida con el cielo.

—Lo sé. Lo sé. Has sentido la llamada. *Nefertiti...*

Le acaricia el hocico y ella lo mira con la belleza triste de los ciervos. Se va hasta el cierre y levanta el tronco que barra la tosca puerta de madera.

—Allá afuera sufrirás, deberás huir de felinos terribles, tendrás que ganarte el sustento con el sudor de tus cuernos. Pero deseas ser libre. Eres una chica valiente.

En cuanto alza la cancela, la gacela no duda un instante. Sale galopando como el rayo. No se detiene. No vuelve la cabeza. No mira atrás. Al poco, ya sólo es un puntito que se funde en la lejanía, que corre en busca de su destino.

Empieza a anochecer y siente un poco de frío.

¿Y qué hay de mi propio destino?, se pregunta. ¿Acaso este aeródromo alejado de todo no es también un cercado protector donde esconderme de la verdadera vida?

¿Qué ha sido del amor? Loulou se ha escapado tan veloz como la gacela. ¿Debería lanzarse a galopar tras ella? ¿Debería correr en la dirección opuesta y buscar un nuevo amor? No sabe las respuestas, pero se pregunta si debe conformarse con escribir la vida o decidirse a vivirla.

El sol se duerme en el horizonte por detrás de esa cárcel marina desvencijada donde ya sólo montan guardia los marrajos y siente que ha llegado la hora de regresar. Aunque no sepa adónde ha de regresar.

Por la mañana pone un telegrama al director de explotación solicitando ser relevado de su puesto de jefe de aeroplaza en Cabo Juby.

Aunque nunca se lo haya dicho —nunca lo hace para que no bajen la guardia—, Daurat está satisfecho con su trabajo y sabe que no va a encontrar un reemplazo mejor: ha logrado ganarse la confianza y el respeto de los españoles, ha establecido relaciones cordiales con tribus de la zona y su personalidad ha conseguido que una de las estaciones más odiadas por los pilotos, horrorizados ante la posibilidad de tener que quedarse un par de días varados en aquel secarral, sea mejor valorada. Pero sabe que nadie ha aguantado en el destierro de Cabo Juby más de tres meses y él lleva año y medio. No puede arriesgarse a que la soledad y las tormentas de arena lo trastornen.

El mecánico en tareas de radiotelegrafista le lleva la resolutiva respuesta de Daurat una hora más tarde: «Destinado a la ampliación de la Línea en América del Sur como jefe de línea. Con efecto inmediato».

Tonio da saltos y pide la última botella de vino que les queda en la despensa. Responde enseguida a Daurat: «¿Podrá darme un mes de vacaciones para visitar a mi madre y mis hermanas antes de partir a América?».

La respuesta de Daurat es igual de veloz: «Una semana».

Empaqueta su chilaba, dos pantalones y un par de camisas que han sobrevivido al desierto. Su equipaje más preciado son los doscientos folios mecanografiados de esa novela que aún no sabe cómo va a titular.

Acude a decir adiós a Kafir Mugtar.

—¿Recuerdas la gacela que domesticué? —le dice.

—Sí.

—Finalmente quiso marcharse.

—Así ha de ser.

—Pero todo mi esfuerzo por domesticarla no sirvió para nada.

—Claro que sirvió. Ahora amarás siempre a las gacelas, a todas las gacelas. Porque verás en todas ellas a tu gacela.

En el fortín español, los oficiales que compartieron tardes de ajedrez con él se despiden amigablemente. Incluso los oficiales que lo habían tratado con desdén se ponen sentimentales y todos pagan una ronda tras otra en la cantina. Los españoles no conciben celebrar nada sin comer y beber. A todos les empiezan a brillar los ojos. El coronel De la Peña le ofrece un inesperado regalo de despedida: al dirigirse hacia la salida del cuartel haciendo eses por la ebriedad, la guardia se cuadra a su paso y es saludado con honores militares como si fuera un mariscal.

Llega a Toulouse como pasajero junto al correo del día. Al poner un pie en Montaudran, vestido con su único traje, polvoriento pero digno, se siente inquieto. Tiene pocos días para ver a su familia, visitar a los amigos de París y conseguir editor para su novela. Observa el trajín de los operarios con las sacas, que quedan momentáneamente en el suelo a la espera de una carretilla, y observa el rótulo estampillado en la arpillera: «Correo Sur».

—Correo Sur...

Y decide que ése va a ser el título de su novela.

En París se siente como un fantasma. La mayoría de sus amigos están ausentes, de viaje o se han ido a vivir fuera. La ciudad está repleta de gente, pero no encuentra su lugar entre ellos. En una terraza de la plaza de la Concorde espera a Jean Prevost, el editor de la ya desaparecida revista literaria que le publicó su primer cuento y la persona que más lo ha alentado a escribir. No puede evitar mirar con cierto disgusto a esos hombres que vienen y van con sus sombreros oscuros y a esas mujeres con trajes estampados.

Cuando llega Prevost, corpulento y jovial, se planta delante de él en postura de púgil de boxeo, esperando que Tonio se ponga también en guardia. Lo hace, pero de manera mustia.

—¿Contrariado en tu primer día de retorno en París?

—Mira esa gente, van de la madriguera de su casa a la de su oficina...

—¿Y eso es malo?

—¡Terrible! Es una vida mediocre. ¿Esto es lo que ofrece París? ¿Una vida de burócratas?

—Brindaremos por eso —le dice burlonamente. Y lo hace sonreír.

—A veces me tomo demasiado en serio a mí mismo, ¿verdad?

—¡Y a veces demasiado en broma! ¡Pero qué más da!

Prevost propone otro brindis por su regreso. Después Tonio propone otro por las mujeres de pies pequeños. Prevost brinda por los aviadores del correo y Tonio replica con otro por todos aquellos que no dejan de brindar.

El Calvados pone una tirita a la melancolía.

Prevost lee esa misma noche con entusiasmo *Correo Sur* y es él quien recomienda su publicación al editor Gaston Gallimard. Sabe que no es una narración bien hilada, resulta incluso inconexa en algunos momentos, está emborrachada de un lirismo que convierte a Geneviève en reina de las hadas... pero hay algo en esas páginas que hipnotiza irremediabilmente a Prevost.

CAPÍTULO 48

Buenos Aires, 1929

Tonio se embarca en el puerto de Burdeos con destino a Buenos Aires. Ha comprado varios trajes, un par de sombreros Borsalino y un reloj de pulsera Benrus con esfera segundera independiente. Con los ahorros que no ha podido gastarse en Cabo Juby y su aumento de sueldo como jefe de línea en América, siente que por primera vez el dinero le rebosa en los bolsillos. Pero pese al montón de dulces que ha comprado a su familia y los que lleva en la valija, el equipaje más valioso con el que parte son los mimos de su madre y el contrato de publicación en Gallimard de *Correo Sur*.

Dedica los dieciocho días de travesía a fumar en cubierta, a hacer un curso autodidacta de cata de cócteles y a divertir a los niños con sus trucos de cartas. Mira a las chicas jóvenes en el salón, pero, de repente, ya no se siente tan joven. El pelo le ha empezado a clarear y le cuesta mantener el peso a raya.

—¡Si Dios hubiera querido que los franceses fueran delgados no hubiera inventado los cruasanes! —exclama alborozado en la mesa del desayuno para diversión de los comensales.

En el vaivén de los días, dedica mucho tiempo a ver bailar las olas. Desde el aire, el mar es otra cosa, más sólido, más uniforme. Desde la mínima altura de la borda del transatlántico, es elástico y travieso. Alguna gente mira con asombro a ese hombre grandullón de nariz respingona, impecablemente vestido y un poco solitario que mira absorto el oleaje y, de vez en cuando, se arranca a aplaudir ante un rizo de ola como si estuviera en un espectáculo de danza.

En esos días, el recuerdo de Loulou es como una marejadilla. Viene y va. Crece y se deshace.

Es en una de esas tardes cuando da vueltas a la dedicatoria de *Correo Sur*. Ha dedicado la novela a Loulou. Sin embargo, ella no ha respondido a su carta preguntándole si aceptaba que su nombre apareciera ahí. Se pregunta si no resultará inconveniente ahora que ella es madre de familia. Duda mucho, pero al final decide telegrafiar a su editorial y solicitar que quiten la dedicatoria. De todas maneras, no importa. Ella lo sabrá. Todo el libro está dedicado a ella.

Unos días después avistan tierra. El inmenso Río de la Plata los conduce lentamente hasta el puerto de Buenos Aires, que se despreza al fondo de unas aguas oscuras. La terminal de transatlánticos está en una dársena apartada de tinglados algo deteriorados. El graznido de las gaviotas le parece de mal agüero. Un grupo numeroso de personas espera a algunos de los pasajeros y observa con melancolía los saludos apasionados, el brillo en los ojos, las efusiones de los que reciben y de los que son recibidos. Llegar a un lugar y que nadie te espere siempre contiene un deje de tristeza.

Un mozo lo sigue por la terminal empujando un carro con sus maletas. Se fija en un soldado del ejército argentino que arroja el petate al suelo y echa a correr hacia una muchachita adorable con un flequillo infantil que también corre hacia él. Al encontrarse se detienen a unos centímetros el uno del otro y se miran con tanta felicidad que ni se atreven a tocarse para no quebrar el momento. A él le parece una boda improvisada a pie de muelle. Mejor que una boda. Tan absorto está mirándolos que no se da cuenta de que alguien se acerca al mozo maletero, le hace unas señas para que se esfume y le alarga un billete. El mozo que lleva el carro pasa a ser otro, más alto y corpulento. Le pregunta en español con un acento muy francés:

—¿Dónde quiere el señor de los cojones las putas maletas?

Tonio da un respingo y se da la vuelta sobresaltado. El maletero lleva una americana de *tweed* y una bufanda roja. Detrás le secunda otro secuaz. Se le cae el cigarrillo de la boca.

—¿Ordena algo más?

Mermoz se ríe con su carcajada explosiva y Guillaumet corre a darle un abrazo.

—Maldita sea, Tonio, este carro pesa una tonelada. Llevas más equipaje que un ballet de bailarinas rusas. ¿Qué demonios cargas en estos maletones? ¿Arena del desierto?

—Algo mejor.

Baja una maleta del carro y la posa sobre los adoquines mojados del muelle. La abre y, para estupefacción de sus amigos, está repleta de botellas de champán Krug. Antes de que salgan de su asombro, extrae de un estuche de madera un juego de copas y descorcha una de ellas. La gente se vuelve con curiosidad a mirarlos.

El champán está caliente, pero les sabe a gloria.

Dos de los que se han quedado mirando son el apuesto militar y la muchacha del flequillo. Tonio toma una botella y se va hasta ellos. En su español rudimentario les ruega que la acepten.

—Es mi regalo de bodas.

—¡Ha acertado! Pero ¿cómo ha adivinado que voy a casarme? —le pregunta ingenuamente el soldado.

Tonio mira a la bella muchacha, divertida y ruborizada.

—¡Porque estaría loco si no lo hiciera!

Los tres pilotos se montan en un taxi que va hasta arriba de maletas. Le han reservado una habitación en el hotel Majestic.

Mermoz dirige esa noche una expedición por las salas de fiestas más ruidosas de Buenos Aires.

—Jean, pero ¿tú no habías sentado la cabeza? —le pregunta Tonio.

—Y así es. He sentado la cabeza. ¡Pero no el resto del cuerpo!

Por el camino les cuenta que cuando viaja a Brasil va a visitar a Gilberte y es como si el mundo se pacificara y que ha encontrado en ella el amor tranquilo que necesitaba en la vida. Pero Mermoz es tan voraz que vivir una sola vida no le basta. En locales con luces tenues y botellas de licor en las mesas, las mujeres se lanzan enloquecidas a sus brazos y él ríe a carcajadas. Será por el whisky con soda que a Tonio le parece que él gira y gira, y ellas vuelan a su alrededor agarradas a su cuello como en un tiovivo. Cuando Mermoz está sepultado de mujeres, alguna se vuelve hacia sus acompañantes con una sonrisa coqueta. Guillaumet le dice que no con una sonrisa amable. Bajo el maquillaje y el rímel de las pestañas interminables esconden una

fragilidad conmovedora. Son flores silvestres en el arcén de una carretera. Tonio se enamora de todas ellas en el mismo instante de verlas. Sale de los locales con tatuajes de carmín en la frente.

Cuando han cerrado las coctelerías, llegan hasta Agüero y tuercen en Corrientes hasta encontrar los boliches modestos alrededor del Mercado de Abasto donde los transportistas caldean el arranque de la jornada antes de que salga el sol. Sentado en un taburete sobre el que se sostiene en precario equilibrio, Tonio señala el viejo espejo que hay detrás de la barra, en el que el propietario tiene escritos los platos del día. Entre la lista de precios de los estofados y las sopas, se adivinan tres cabezas algo borrosas.

—Ésos de ahí somos nosotros.

—¡Un gran descubrimiento! —se mofa Mermoz.

—Quiero decir que los de verdad no somos los que estamos sentados aquí, sino los que nos miran desde el espejo.

Guillaumet lo mira de reojo. No lo entiende y a esas horas no tiene ganas de esforzarse en hacerlo. Mermoz, en cambio, lo observa con un gesto intrigado exageradamente teatral. Pero Tonio se ha quedado callado, metido en una de sus galerías subterráneas.

—Si los del espejo son los de verdad, ¿quién cojones somos nosotros?

—Ésa es la pregunta, Jean. Pero no tengo la respuesta. Yo no sé explicarlo, pero cada vez que me miro en el espejo veo a otro que no soy yo. Y si él es Antoine de Saint-Exupéry, entonces yo soy un impostor. Porque yo no soy él... ¿Me sigues?

—¡Maldita sea, Tonio, me estás volviendo loco! Creo que voy a pedir un aguardiente.

Mermoz ve pasar por la entrada a un grupo de mujeres jóvenes que se dirigen a preparar los puestos de fruta y de pescado. Se levanta del taburete y sale hasta la puerta para hacerles una reverencia. La mayor arruga las cejas con severidad, pero las más jóvenes se ríen coquetas y aceleran el paso ruborizadas.

El amanecer los encuentra a los tres caminando a trompicones. Abrazados. Canturreando boleros mal traducidos al francés.

Pocos días después, Mermoz lleva a Tonio a la estancia de un piloto argentino amigo suyo, donde se despliegan kilos y kilos de asado, litros de cerveza, vino, coñac, puros, risas y el ardor de conversaciones banales para impresionar a unas señoritas tal vez dispuestas a dejarse impresionar.

Un bandoneón melancólico y el alcohol hacen que los invitados salgan a cantar con una emoción tan fervorosa como desafinada. El propio Mermoz se arranca a cantar con la corbata atada a la cabeza como si fuera un indio. Tonio está tratando de dar conversación a una muchacha inglesa muy rubia y muy borracha. Trata de progresar en francés en su flirteo, pero ella sólo le toca su nariz respingona y se ríe. Cree durante un momento feliz que puede conquistarla porque ella ríe y ríe. Pero en realidad no entiende una palabra de francés. Sin dejar de reír, la muchacha se va y lo deja plantado sin más protocolo. Mermoz aparece justo a tiempo, cuando ya la soledad empezaba a hacerle un agujero en la camisa.

Mermoz lleva la corbata en la frente, pero su tono es de absoluta seriedad, como si ya estuviera fuera de la fiesta.

—Nos vamos.

—¿Adónde?

—A la central.

La oficina a deshoras tiene un aire irreal. Al encender las luces no puede evitar la sensación de visitar un decorado. Sillas vacías, mesas llenas de papeles, calendarios estáticos, teléfonos dormidos, relojes que giran para nadie. Una quincalla de albaranes, legajos y carpetas.

Mermoz lo conduce hasta su propio despacho. Saca del cajón un objeto brillante que parece un encendedor y se acerca al enorme mapa de Sudamérica. El presunto encendedor tiene en realidad una punta de carmín que él coloca sobre Buenos Aires. Traza lentamente una línea vertical hacia el sur. Una línea muy larga, de mil quinientos kilómetros, hasta Comodoro Rivadavia, al filo del estrecho de Magallanes.

—¿Y eso? —pregunta Tonio.

—La Patagonia... es tuya. Ahora sólo es una raya pintada. Tienes que hacer que sea una línea de correo aéreo.

Tonio se acerca al mapa. La raya que ha trazado Mermoz tiene el color dramático de la sangre, pero huele a dulzura de mujer.

—Yo he hecho algunos vuelos y apalabrado unos terrenos. Pero también deberás ocuparte de la burocracia. Tendrás que supervisar los aeródromos, despedir a los empleados inútiles y readmitirlos al día siguiente porque es imposible encontrar personal preparado.

De un armario saca una botella de cristal y llena dos vasos de whisky.

—Brindemos.

—¿Por qué brindamos, Jean?

—Dilo tú...

—¡Brindemos por las barras de labios!

CAPÍTULO 49

Patagonia (Argentina), 1930

La Patagonia es, para los propios argentinos, un sinónimo de lejanía, casi de destierro. Un millón de kilómetros cuadrados, una Francia y media. Un territorio enorme batido por el viento donde vuelan las piedras.

Tonio ha ido yendo y viniendo para establecer la ruta: Bahía Blanca, San Antonio Oeste, Trelew, Comodoro Rivadavia, Puerto Deseado, San Julián... hasta llegar a Río Gallegos, al filo del estrecho de Magallanes. Por su trabajo en esas soledades, en Francia lo han nombrado Caballero de la Legión de Honor. Pero cuando está allá arriba, los honores de París son una flauta sin agujeros.

Mira hacia abajo mientras atraviesa la región de Río Negro, a ochocientos kilómetros de Buenos Aires. En las descomunales mesetas semiáridas, ovejas con una melena rizada se mueven coreográficamente como bancos de sardinas blancas. Las llanuras de un verde amarillento son un inmenso jardín disecado que no se acaba nunca. Lleva en su regazo una pequeña saca porque la pista de San Antonio se ha resquebrajado al poco de ser inaugurada. El jefe de correos de San Antonio lo llamó desconsolado.

—¡Esas cartas son tan esperadas!

No hay pista de aterrizaje, pero no tiene por qué no llegar el correo. Así que, en el sendero de tierra que conduce al aeródromo, lo espera un cartero a caballo. Desciende con el Laté hasta ponerse a muy poca altura y el cartero se lanza al galope para ponerse a la par del avión. Tonio lanza la saca y esa mañana la correspondencia llueve del cielo sobre la pampa. Da una virada y el cartero se quita el sombrero para saludarlo.

Después de repostar en Trelew, se va adentrando en el profundo sur, una zona donde la naturaleza intimida: el viento barre la nieve de los picachos y las lagunas escondidas entre circos montañosos donde sobrevuelan los

cóndores. Cada mañana compra el diario *La Razón* antes de salir del aeródromo de Pacheco, no tanto para enterarse de los líos interminables de la política argentina como para meterse sus hojas por dentro de la camiseta de felpa en cuanto sobrepasa Trelew. En la Patagonia la naturaleza reina y el viento es su ministro más déspota. El Laté 25 pesa casi dos mil kilos, pero allí es tan sólo un avión de papel. En la lejanía, la mole nevada del pico Fitz Roy le parece un monte Olimpo y se siente muy poca cosa en medio de esas inmensidades que están hechas a la medida de gigantes.

Ha repostado en Comodoro Rivadavia y Puerto Deseado. A medida que añade grados a la latitud sur el mundo se hace más solitario. Aterriza en la pista de tierra apisonada de Puerto San Julián. Las sacas de correo son pequeñas, pero la expectación es enorme. Hay gente esperando su llegada y en cuanto el avión se detiene corren hacia él con los pies descalzos y el entusiasmo desatado. Cuando desciende de la cabina, forman un semicírculo a su alrededor sin atreverse a acercarse demasiado, como si fuera un rey mago. Lo es. Enseguida aparece el jefe de aeródromo, el señor Vitoco, con un agente de la policía, tan descalzo como el resto de los vecinos, y lo invita a acompañarlo a tomar un mate caliente. El responsable del aeródromo le dice que se quede más tiempo, que lo llevará al burdel La Catalana, donde están las mujeres con más coraje de toda Argentina.

—Cuando hace unos años mandaron de Buenos Aires una pandilla de soldados con un coronel matarife a acabar con las huelgas obreras y fusilaron a muchos paisanos padres y madres de familia, les dieron de premio ir a pasársela en grande al burdel La Catalana. Pero las cinco mujeres se negaron a empiernarse con los soldados. De ninguna manera. Imagínese la humillación para esos huevones.

—¿Y qué pasó?

—Que las llevaron presas. Pero luego las soltaron para que no se montara más quilombo. Ellas fueron las únicas rebeldes que consiguieron doblarles el brazo a esos porteños de mierda. ¡Tiene que conocerlas, che!

—Me encantaría... ¡Pero el correo ha de seguir ruta, señor Vitoco!

Despega pensando en esas mujeres maravillosas que lo reconcilian con la especie humana. El viaje hasta Río Gallegos desde Buenos Aires le lleva dieciocho horas duras en la que las turbulencias son constantes y los Andes

lanzan puñetazos de aire que pueden noquear en cualquier momento su quebradizo Laté 25.

Pero el cansancio se evapora cuando llega a unos playones grises y desolados tapizados de blanco del guano de los cormoranes. Hay algo inquietante y a la vez hipnótico en esas costas tan hermosas como ariscas. Al volar sobre el mar, una cola descomunal de ballena lo saluda un instante antes de desaparecer en unas aguas de un azul oscuro, casi negro, donde habita el misterio de la creación. Corretea por las orillas de arena y cantiles volcánicos una densa población de gente menuda. Los pingüinos le recuerdan a Charlot. Le gustan las películas de Charles Chaplin. Cuando alcanza la Punta Loyola y vira hacia el brazo de mar que conduce a Río Gallegos y sobre el que riela el sol de la tarde, piensa que esa ciudad con calles desmesuradamente anchas para sus casas precarias de madera, los dos cafés de tablón por donde se cuele el frío y el cabaret donde las chicas se tiñen las canas, le recuerda al Yukón que mostraba Chaplin en *La quimera del oro*. También en Río Gallegos hubo una fiebre del oro décadas atrás que acabó llevando a un puñado de aventureros y buscavidas a aquellas latitudes inhóspitas de pocas lluvias y mucho viento.

El aeródromo de Río Gallegos, como final de la línea, es el más completo de la ruta, incluso han traído por barco desde Francia las chapas para construir el hangar. Cuando aterriza con un bamboleo de equilibrista sobre las ráfagas, lo espera toda una comitiva. Ha venido incluso la banda municipal: una charanga descalza de tres músicos, un clarinete, un trombón y un bombo, vestidos con pantalones y casaca roja de almirantes napoleónicos, interpreta unas marchas ruidosas.

Esa noche se quedará a dormir en el hotel París, muy céntrico, donde sirven unos pescados a la parrilla sabrosísimos. Al ir a entregar la saca al jefe de correos, que ha venido con su uniforme de gorra de plato y guardapolvo gris a recoger personalmente el envío, se planta delante de él una mujer minúscula con una barbilla de la que sobresalen unos pelos como alambres y una boca con muy pocos dientes. Apenas comprende lo que le dice, pero lo hace con una resolución tenaz. Como él no la entiende, ella se echa al suelo de rodillas para implorarlo como si fuera un dios llovido de los cielos.

—¿Qué quiere esta mujer, señor Erasmo?

—Quiere que mire a ver si hubiera carta de su hijo desde Buenos Aires. ¡No haga usted caso! ¡Es una loca nomás!

Pero Tonio se agacha y la toma del brazo con delicadeza para que se levante.

—¡Tiene usted que esperar a que se clasifique el correo en la oficina! Si hay carta ya se la llevarán a su casa cuando corresponda.

La mujer tiene un rostro arrugado, curtido por ese clima que convierte la piel en cuero, pero en los ojos tiene una fuerza impetuosa. No se mueve un centímetro.

—Por favor, señor aviador... Mi hijo. Se llama Lucho. Hace un año que no sé de él. Ni siquiera sé si está entre los vivos. Usted no sabe mi dolor...

Tonio mira al director de correos.

—Señor Erasmo, ¿podríamos hacer una excepción? No son muchas cartas, en un momento podríamos mirar a ver si hay correo para esta señora.

—Señor Saintex, eso no es reglamentario...

—Estar un año sin saber de su hijo tampoco lo es.

El funcionario de correos alza los brazos como un cristo patagónico. Y señala una mesa de tablón que hay a la entrada del hangar. Hasta allí se va con la saca, seguido de la señora, la charanga, un policía despeinado y media ciudad detrás. Tonio se sienta en una banqueta tras la mesa.

—¿Cuál es su nombre?

—Mecha, señor.

Un vecino alza la voz detrás. Es la señora Mercedes Agregación Galeano González.

Tonio abre la bolsa de piel y empieza a buscar entre las cartas, todas ellas con una leyenda impresa en rojo que dice «Aeroposta». La mujer lo observa agarrándose a la falda con las manos. A veces, la vida es benigna. Tonio alza una carta:

—Señora Mercedes Galeano...

Tonio le extiende la carta, pero ella no suelta las manos de la pollera. La mujer lo mira con los ojos muy brillantes.

—¡Tenga su carta, mujer! —le dice el director de correos. Pero ella no se mueve.

El vecino de antes da un paso adelante:

—La señora no sabe leer.

—Pues haga usted el favor —le pide Tonio en su rudimentario castellano.

El hombre mira hacia el suelo.

—Yo tampoco sé, señor.

—¡Pandilla de analfabetos! —El director de Correos se irrita, pero al momento toma la carta—. Venga usted aquí. Yo se la leeré.

El señor Erasmo abre el sobre con esmero profesional y empieza a leer unas pocas líneas escritas con una letra embarullada. Su hijo le dice que está trabajando en una fábrica de pinturas, que come bien, que cuando tenga plata ahorrada volverá a casa... La mujer va asintiendo con la cabeza y las lágrimas corretean felices por los pliegues de sus mejillas.

—¡Disculpe, señor! —Se acerca otro vecino—. ¿No podría usted mirar si hay algo para Leandro Luchetti Sánchez?

Tonio mira de reojo al señor Erasmo y éste se encoge de hombros. Así que empieza a rebuscar entre el correo con ímpetu. Se forma una fila delante de la mesa y se convierte en una improvisada estafeta. Tonio no entiende muchas de las palabras que le dicen, pero entiende sus gestos. Esas cartas contienen algo más valioso que el oro. En esa mesa de tablón, arrebuado en su zamarra de cuero de aviador, en el aeródromo más austral del planeta, batido por una brisa de cuchilla, ve a personas de toda edad y condición emocionarse. Siente que su vida se conecta a las demás vidas y las luces se encienden en la noche.

CAPÍTULO 50

Buenos Aires, 1930

Cuando regresa al aeródromo de Pacheco, ya ha oscurecido. Al quitarse el casco y los guantes se va despojando poco a poco de la trepidación de la Patagonia. Debajo del mono de vuelo aparece su traje cruzado. Enciende un cigarrillo y enseguida llega su taxi. Titubea un instante al darle la dirección. Está cansado y lo más sensato sería irse a casa. Pero más le cansa la soledad. Da la dirección de los Guillaumet.

Está muy contento por Guillaumet. Y por ella. Son el tornillo y la tuerca. Una vez, en Senegal, cuando Guillaumet se retiró temprano de la cervecería en la que estaban porque lo esperaba Noëlle, un piloto bocazas empezó a mofarse de él:

—¡A casita, no vayan a regañarlo por llegar tarde! Sale con su señora a pasear cogidos del brazo y los domingos compran un dulce de merengue. ¿Se puede ser más convencional?

Tonio casi se atragantó con su martini. Le entró una tos tan fuerte que la aceituna del cóctel salió despedida y fue a parar al centro de la mesa. Algunos empezaron a reírse, pero en cuanto vieron la cara colérica de su compañero, cerraron la boca.

—¡Tú no sabes nada del amor! No sabes ni la «a» —le gritó incorporándose de la silla.

Todos se quedaron mudos. Los miró con sus ojos descomunales. Después, su volcán se fue apagando. La ira enfriada se convierte en melancolía. Se sentó y pidió al camarero una ronda para todos.

—La suya es la única verdadera historia de amor que he conocido en toda mi vida.

Nadie se atrevió a replicar, pero hubo alzamientos de cejas y gestos de incredulidad en la mesa.

—¿Vosotros estáis casados? —Vio varios asentimientos de cabeza—.
¿Y qué dicen vuestras parejas de que seáis pilotos?

—¡Que me busque un oficio en tierra! —dice uno.

—La mía —dijo otro— no se queja, pero se echa a llorar cada vez que tengo servicio.

—¡Oh, mi novia también se pone enferma cuando vuelo!

Tonio niega con la cabeza.

—Os quieren mucho... pero no os aman.

—¡Imposible!

—Noëlle ama a Guillaumet, por eso ella, cada vez que él tiene servicio, lo despide riendo.

—¡Será que le da igual que se estrelle! —saltó uno tratando de provocar una risa a su favor.

—¡No sabéis nada de Noëlle! Si Guillaumet se mata en un accidente ella será infeliz. Por eso muchas mujeres reprochan a sus maridos que vuelen, pueden morir y eso las hará infelices. Pero muy pocas hacen como Noëlle: animarlo a jugarse el pellejo porque de ese modo su marido no será infeliz. Cambia su felicidad por la de él: eso es amar. Todo lo demás es acompañamiento de orquesta.

No los convenció. Es imposible convencer a quien no quiere ser convencido. Camino de la casa de los Guillaumet, atravesando el tráfico intenso de Buenos Aires, no puede evitar una vaga envidia al pensar en la felicidad conyugal de su amigo. A él también le habría gustado tener a alguien a quien esperar por las tardes. En esos años ha conocido algunas chicas, pero han sido siempre citas inconexas, rezos sin fe.

El amor es algo raro. Incomprensible. Hay días en que se enamora camino de la oficina mientras va por la calle. Ve una mujer con un boa de plumas, un sombrero cloché y unos ojos negros asomando por debajo que le parecen misteriosos y siente el impulso de pararla en mitad de la acera y preguntarle quién es y pedirle que comparta su vida con él. También se enamora durante días o semanas de algunas de las secretarias de la compañía. Le pasó con una secretaria de la Aeropostale llamada Bibi. Era muy alta y algo rellena, con senos como almohadones que se encargaba de resaltar con vestidos ceñidos que le daban un toque sexy. Creyó que se había enamorado

hasta que salieron un par de tardes al cine. Ella pidió tomar una gaseosa y mientras sorbía ruidosamente con su caña con un gesto grotesco la miró y quiso no estar allí. Lo que le había parecido sexy tan sólo le resultaba vulgar. De repente se dio cuenta de que no se parecía en nada a Loulou. Y ahí acabó todo.

Intenta no pensar en Loulou. Sabe que es su perdición: si busca en cada mujer a Loulou acabará paranoico y, lo que es peor, acabará solo. La soledad no le da miedo, pero pensar en una vida sin ser amado lo angustia.

Muchas noches, cuando no ha de volar al día siguiente, va hasta Palermo y se deja caer por Les Ambassadeurs, un cabaret de gente bien que ofrece servicio de restaurante y cafetería a seis pesos el cubierto. Ofrece más cosas, además de música y baile. Hay reservados y señoritas que hacen de la amabilidad su profesión. Trabaja allí una chica francesa con la que pasa buenos ratos. Al portero del cabaret ya no le extraña verlo llegar con una aparatosa caja redonda de una sombrerería o con ramos de flores descomunales. A veces se cruza con otros pilotos y se percata de que se dan codazos con sorna. A él no le importa que se rían porque trate a una chica de alterne como si fuera una novia. Para él es su novia durante el rato que dura su boleto. Ya sabe que es un parche. Pero los parches consiguen que las ruedas no se desinflen y sigan girando.

Antes de llegar a casa de los Guillaumet hace parar al taxista frente a una licorería. Le pide al dependiente una botella de vino tinto.

—¿Cuál quiere?

—¡El mejor!

El dependiente lo mira con escepticismo y vuelve al momento con un vino español gran reserva de La Rioja.

—Cuesta cien pesos —le dice, y lo mira, esperando la reacción negativa del cliente a ese precio exorbitante, la paga semanal de un empleado medio. Pero la única reacción de Tonio es echarse mano a la cartera. Lo ve irse hacia la puerta de la calle con la botella en la mano y dudar al llegar al umbral. Se detiene y se vuelve al mostrador—. ¿Se lo pensó mejor?

—Sí —le sonríe con su cara de oso bonachón—. Quiero otra.

Guillaumet y Noëlle no lo esperan, pero no importa. Ellos ya han cenado, pero tampoco importa. Mientras Noëlle le calienta un plato de sopa, Tonio se acomoda en el tresillo junto a Henri y saca del bolsillo un puñado de hojas dobladas.

—Tienes que escuchar esto. He empezado a escribir una novela sobre la noche.

—¿Sobre la noche?

—¡Nunca viví nada interesante antes de las nueve de la noche! — Después de que Henri ría, se pone serio otra vez—. En realidad, es un libro sobre los vuelos nocturnos.

Los primeros párrafos no hablan de aviación. Hablan de las noches en la casa de Saint-Maurice donde pasó su infancia. Recuerda el paso de los candiles en la oscuridad del enorme caserón como un trasiego de antorchas. Los niños miraban hipnotizados las sombras fantasmagóricas que proyectaban las llamas en las paredes.

El calor hogareño del piso modesto de los Guillaumet le recuerda a su infancia en Saint-Maurice. Los pasillos estaban helados, pero en la habitación donde dormían los hermanos, una robusta estufa de hierro ahuyentaba el frío y los fantasmas de la noche.

Henri sonríe con afectuosa resignación.

—Pero ¿no era un libro sobre los vuelos nocturnos?

—Esos fueron mis primeros vuelos. Aquella casa en la noche, mal iluminada y poblada de sombras que danzaban por todas partes, era tan misteriosa como el corazón de África.

Noëlle le advierte que se le va a enfriar la sopa. Se ata la servilleta al cuello por encima del traje y la corbata. Extiende las hojas al lado del plato y va leyendo entre cucharada y cucharada.

Son hilos sin coser. Es así como le gusta narrar. Más que contar historias le gusta merodearlas. Se acerca a la literatura igual que a un aeródromo desconocido, sobrevolando en círculos cautelosos. Henri lo escucha con benevolencia y después de la cena Tonio se traslada de nuevo al sofá y sigue leyendo hasta que él mismo empieza a bostezar.

Guillaumet ha de cargar con él hasta el portal. Los niños a veces se duermen en el sofá, pero muchas veces se fingen más dormidos de lo que están para que los lleven en volandas a la cama. Tonio se mueve torpemente, más dormido que despierto y ha de ser Guillaumet quien le dé la dirección de su apartamento en la calle Florida al taxista, porque él ya ronca plácidamente en el asiento de atrás.

La absorbente tarea en sus rutas les ha impedido coincidir durante semanas hasta ese sábado en que sus aviones descansan en los hangares. Los tres se encuentran en un figón de la avenida Avellaneda frecuentado por los trabajadores de las pequeñas fábricas textiles de la zona y del sindicato anarquista FORA, donde los ha citado Mermoz. Lo encuentran impecablemente vestido con un traje de mil rayas y una corbata dorada, sentado a una mesa desayunando una tortilla de seis huevos.

—¡Hoy nos espera un gran día!

Tonio tiene el ánimo bajo. No acaba de saber cómo llenar el vacío de su soledad.

—No me gusta Buenos Aires —susurra para que no lo oigan los parroquianos—. Es una ciudad donde uno se siente prisionero, no se puede salir de ella. En las afueras sólo hay campos cuadrados sin árboles con una triste barraca en el centro y un molino de agua hasta hartar la vista.

—Pues yo os voy a enseñar otra cara de Buenos Aires.

Mientras conduce hacia las afueras, les cuenta que cuando tiene algún día libre, suele irse hasta el Tigre, el inmenso delta donde la unión del río Paraná y el Uruguay forman un laberinto de canales. Una Venecia de cabañas de tablones y barcazas modestas que trasladan frutas y verdura entre las aguas marrones de río turbio.

En el Club Francés de Remo se montan en unas piraguas, pero, a la media hora, Tonio y Guillaumet están agotados y con ampollas en las palmas de las manos. Mermoz maniobra arriba y abajo a su alrededor, más para reírse a carcajadas de su torpeza que para animarlos. Ellos deciden echarse en las tumbonas del solárium del club y Mermoz está todavía un par de horas

más ejercitando los músculos. Lo ven llegar chorreando después de haber rematado la sesión de remo con un baño. Ve a sus dos camaradas amodorrados bajo las gafas de sol.

—¡Es hora de embriagarse! —No ha perdido su pasión juvenil por los versos más exaltados de Baudelaire, al que cita con ardor—: «Para no ser los esclavos martirizados del tiempo. / ¡Embriáguense, embriáguense sin cesar! / De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca».

Mermoz mira correr los ramajes que arrastra el río hacia el océano y siente que el tiempo corre demasiado deprisa. Recuerda aquel tronco abotargado como el cadáver de un ahogado que arrastraba el Sena corriente abajo.

—Querría ponerme en mitad del río, abrir los brazos y parar la corriente. Tonio sonrío.

—A mí no me extrañaría que lo hicieras.

Como si esa frase hubiera pulsado un interruptor eléctrico, Mermoz se levanta de un salto de la tumbona sin decir nada ante el gesto de perplejidad de sus amigos, que lo observan cruzar la terraza a paso ligero. Se paran un momento a ponerse los albornoces y van tras él. Atraviesa el pasillo de los vestuarios y va hasta la elegante recepción del club, donde dos socios con sombrero de copa y una señora con un sofisticado vestido de encaje rosa y pámela blanca conversan educadamente.

—¡Necesito papel de carta y una pluma!

Lo miran perplejo y el conserje traga saliva.

—Señor Mermoz... va usted sin ropa.

Ha olvidado el albornoz y las zapatillas. Un escueto bañador deja al descubierto una piel tostada que la señora observa con un gesto de disgusto, que solo es aparente.

—¿Y...?

—Las normas del club...

—¡No me haga perder el tiempo con etiquetas! ¡La dignidad de Francia está en juego! He de escribir al Ministerio del Aire inmediatamente.

Se vuelve hacia sus compañeros, que desde la puerta de vestuarios observan la escena divertidos.

—¡Necesitamos cruzar el Atlántico volando antes de que lo hagan otros!

Antes de esa carta hubo otras y después habría más. Al final, la gota siempre agujerea la piedra. Sólo depende de la tenacidad de la gota. Una mañana, Mermoz llega a las oficinas de la calle Reconquista y hay sobre la mesa de su despacho un cable del señor Daurat esperándolo: «Tome el primer barco. Lo esperamos en Montaudran para ponerse al frente de las pruebas del Laté 28 modificado como hidroavión para realizar el vuelo sobre el Atlántico».

Sus gritos hacen saltar de su mesa al personal, que, alarmado, acude en tromba al despacho del jefe de pilotos. Lo encuentran tumbado sobre la mesa aplastando papeles y carpetas con su espalda y sus zapatones, tan natural como si estuviera en una de las tumbonas del club de remo del Tigre.

—¿Le pasa algo, señor Mermoz?

Los mira con la máxima satisfacción.

—Me voy en barco a Europa..., pero regresaré volando.

CAPÍTULO 51

Base de hidroaviones del lago Berre (sur de Francia), 1930

Mermoz llega a la base de hidroaviones conduciendo el descapotable rojo furioso que se ha comprado en cuanto ha puesto un pie en Francia. Tres hangares dobles se alinean frente a las aguas mansas y un soldado le indica las oficinas centrales. También le señala dónde hay un aparcamiento, pero ya no lo oye. Pasa la barrera y llega con el coche hasta la puerta de las oficinas. Baja del auto en medio de soldados con ropa de faena y civiles con monos manchados de grasa con su abrigo de cachemira, un traje azul marino y una corbata de franjas. No pasa desapercibido. Lo está esperando un teniente.

—¿Señor Mermoz?

—Aquí estoy, dispuesto para volar.

—Sabe usted que para pilotar un hidroavión necesita el carnet de transporte comercial para hidroaviones.

—Sí, teniente. Ya me habían hablado de esa formalidad.

El teniente es un hombre joven, apenas un par de años mayor que Mermoz, pero tiene una mirada severa.

—No es una formalidad, señor Mermoz. Un hidroavión tiene unas características de pilotaje especiales distintas a las de un avión convencional. Tendrá que hacer el curso correspondiente para pasar el examen.

Mermoz recuerda entonces el quebradero de cabeza con los exámenes para sacar su primera licencia de vuelo en Thionville.

—¿Y de cuánto tiempo es el curso? ¡Necesito salir con la luna de marzo!

El teniente lo mira con una severidad amable.

—Depende del alumno. Calcule tres meses.

—¿Tres meses?

Mermoz se quita el abrigo de golpe y lo tira encima de un sillón como si quisiera pelea. Quiere pelea. Tiene que ganarle un combate a la historia.

—¿Podemos empezar ahora mismo?

Esa mañana ya se sube a un hidroavión para que un instructor le explique el manejo. Una hora después aterriza el hidroavión pilotado por el propio Mermoz. Los instructores están asombrados de la capacidad de su nuevo alumno para adaptarse en cuestión de minutos a las variaciones de manejo del aparato.

Una semana después tiene en el bolsillo su titulación de piloto de transporte en hidroavión. Pero días antes de la luna llena de marzo se levanta un temporal que hace peligrosa la navegación aérea. A Mermoz no le asusta la meteorología, está acostumbrado al correo, que no entiende de climas y que ha de salir todos los días. Pero sabe que hay muchas miradas encima de su tentativa. Si fracasa, puede posponerse *sine die* un siguiente intento y causar un daño de imagen grave a su línea aérea. *Esperar* es uno de los verbos que más odia. Pero no le queda más remedio que pensar en la luna llena de abril.

Le llega la noticia de un accidente mortal del avión del correo entre Barcelona y Alicante. Tan sólo una semana antes se ha estrellado otro aparato al cruzar los Pirineos.

A través de su ventanal de Montaudran, Didier Daurat muerde un cigarrillo y mira hacia el infinito. Los pilotos más experimentados han sido desplazados a África y a las líneas de Sudamérica y el tramo entre Toulouse y Málaga, supuestamente más apacible, se está convirtiendo en un cementerio.

Tiene un par de pilotos para substituir a los dos fallecidos, pero están algo verdes aún. Los quiere un par de semanas más subiendo y bajando en Montaudran.

—Señor Bouvet.

Con una libreta enorme y las gafas resbalándole por el tabique nasal, el asistente se presenta a la carrera.

—Mande el siguiente telegrama a Jean Mermoz a la base de Berre: «Preséntese Montaudran mañana. Va a cubrir correo sobre España durante dos semanas. Daurat».

Ya sabe que a Mermoz no le va a gustar. Ya sabe que va a llegar a toda velocidad con su coche levantando una nube de polvo en el camino del aeródromo y que dará un brusco frenazo rabioso frente a las oficinas. Sabe

que va a entrar en su despacho encendido como una centella. Que se va a poner rígido como un soldadito de plomo gigante y le va a decir de manera respetuosa pero crispada que está preparando el viaje transoceánico, la travesía más importante de cuantas haya llevado a cabo. Sabe que no le dirá nada, tal vez le dirá escuetamente que ninguna hazaña es tan importante como la de mantener la normalidad de la línea. Sabe que Mermoz apretará la mandíbula, que irá a buscar sus gafas y pedirá su plan de vuelo.

Y es así como sucede.

El tramo de la línea de España vive dos semanas de puntualidad impecable, sin retrasos ni accidentes. Dos semanas en las que Mermoz dobla la jornada y hace el trabajo de dos pilotos. Insulta a mecánicos ociosos, reclama a gritos el combustible, araña minutos, en Alicante come paellas para cuatro él solo, aparta las nubes tormentosas a manotazos.

Desde su despacho de Montaudran, Daurat recibe un día tras otro los comunicados radiotelegráficos de los aeródromos: el correo en hora, el correo sin novedad.

Dos semanas después, Mermoz aterriza ya al anochecer en Montaudran después de recorrer mil trescientos kilómetros desde el sur de España. La oficina de Daurat está iluminada y su silueta delgada se recorta contra los cristales.

—Queda relevado de la ruta Málaga-Toulouse. Reincorpórese a su tarea anterior.

El director de explotación se queda en silencio y los dos hombres se miran. Mermoz tiene un brillo de desafío en las pupilas. Tiene ganas de decirle que, por una vez, podría decir «gracias». Daurat, con el paso de los años, lee en los ojos de sus pilotos como en un libro abierto. O eso cree.

—Tómese una semana de descanso.

—Me incorporaré pasado mañana a la base de hidroaviones para seguir preparando el vuelo transoceánico.

Daurat no dice nada. Se echa mano al bolsillo, saca su pitillera y extrae un cigarrillo. Antes de que eche mano al otro bolsillo, Mermoz le alarga su encendedor dorado de gasolina con una flama de lanzallamas. Un gesto

aparentemente de cortesía, pero que a punto está de chamuscar las pestañas al director de explotación. Cuando sale fuera del despacho se tropieza en el pasillo con el asistente Bouvet.

—Voy a contarle un secreto —le dice entre risas—. La única manera de conseguir que nuestro jefe agache la cabeza es acercarle un mechero para que se encienda el cigarrillo.

Quiere volver cuanto antes a retomar el gran vuelo, pero ha perdido tres kilos en dos semanas y necesita una buena mesa y una buena cama. En París se aposenta en la Brasserie Nantes. Cuando el *maître*, un hombre menudo con un bigote de tiralíneas, se acerca temeroso a preguntarle si se encuentra bien después de cinco filetes con guarnición de verduras y patatas, si no quiere unas hierbas digestivas, Mermoz se echa a reír y le sacude un palmetazo en la espalda que hace que casi le salte el bigotillo. Le pide dos platos de natillas y cuatro cafés.

Su viejo camarada de Siria, Max Delyt, muy repuesto de sus dolencias y liberado de la esclavitud del éter, lo viene a recoger con una novia rebosante de maquillaje y lentejuelas. La muchacha ha traído una amiga con unos ojos vivarachos enmascarados de rímel y la coquetería a flor de piel. Se llama Sylvine y está acostumbrada a complacer a los hombres con facilidad. Pero esa noche descubre una nueva dimensión de la carnalidad: nunca un hombre la había complacido tanto a ella. Ni tantas veces. Sylvine no es fácil de impresionar, pero ese hombre tan fornido y fogoso la ha dejado exhausta. La noche se pega al día. Mermoz pide en recepción que les suban la comida. Comen y cenan en la cama. Él cabalga sobre ella en un galope frenético.

Cuando Mermoz fuma mirando al techo con Sylvine reposando sobre su pecho, se siente en equilibrio. El recuerdo de Gilberte no le nubla el momento, sino que, al contrario, lo complementa. Son para él esferas distintas. Cada mujer es para él un mundo diferente. Ha habido épocas en las que ha tenido cuatro novias a la vez. Según sus códigos, las ha respetado profundamente a todas, se ha entregado a fondo a todas, las ha adorado a todas sin reservarse nada, únicamente que cada día a una distinta.

La deja durmiendo plácidamente. Regresa a Perpiñán en un tren que sale antes del amanecer para trasladarse cuanto antes al lago Berre y empezar la preparación del salto a América. Ha perdido ya demasiado tiempo. Se ha

propuesto partir el 15 de mayo como sea, con el tiempo que sea, sin más demora.

Su aparato es un Laté 28, mucho mayor que el Laté 25. Es ya un avión con la cabina cerrada y capacidad para tres tripulantes dotado con un poderoso motor de 650 caballos. El Laté 28.3 que va a pilotar lleva incorporados patines flotantes que lo convierten en un hidroavión. A primera vista, a Mermoz su Laté, bautizado como *Comte de La Vaulx*, le parece un pajarraco desgarrado y le da la impresión de que esos patines le cuelgan de las alas como muletas. Pero reúne todos los avances de la aeronáutica francesa más puntera.

Un teniente lo acompaña hasta el amarre en el que cabecea.

—No es un aparato de trato fácil, señor Mermoz.

—Mejor. Así puedo domesticarlo yo a mi manera.

Disfruta de antemano con el desafío. Ya arde en deseos de saltar a la carlinga. Ese trasto volador puede ponerse todo lo encabritado que quiera porque lo va a domar. Se va a subir encima y no va a bajar hasta convertir ese aparato de aspecto tan poco grácil en una cometa.

Celebra el primer vuelo invitando a todo el mundo en la cantina, casi medio centenar, hasta agotar las existencias de cerveza y vino. Incluso los que eran reticentes con ese civil que viste trajes a medida y tiene una seguridad irritante, al final, terminan cayendo bajo el magnetismo de Mermoz y cantando con él canciones picantes.

CAPÍTULO 52

Buenos Aires, 1930

Tonio conoce a Benjamin Crémieux de una reunión en París de *La Nouvelle Revue Française*, la gran revista literaria del momento. Lo recuerda perfectamente con su peinado con la raya en medio y la barba algo desordenada y un poco asiria. Fue en la sede de la propia revista, en un local atestado de manuscritos y resmas de papel en la Rue de Saint-Lazare, donde André Gide ejercía de anfitrión, aunque quien de verdad mandaba era Gaston Gallimard, editor con un gusto tan afinado como su habilidad empresarial.

En el barco que lo llevó de Francia a Buenos Aires, Crémieux había conocido a una mujer singular, viuda del periodista, escritor y político guatemalteco Enrique Gómez Carrillo. Era salvadoreña y se llamaba Consuelo Suncín. Había en ella algo que causaba fascinación, una alegre desenvoltura y a la vez una mirada desvalida, una energía agotadora en un cuerpo de gorrión, una manera de comportarse caprichosa y a la vez entregada, siempre intensa, como una eterna niña inquieta que cada cinco minutos necesitara un juguete distinto.

Crémieux llega a Argentina como presidente del PEN Club y una de las primeras cosas que hace es localizar a Consuelo e invitarla a un cóctel organizado por la Asociación de los Amigos del Arte.

Dada la amable insistencia de Crémieux, Consuelo Suncín acepta la invitación, pero apenas conoce a nadie en ese enorme salón con lámparas de cristal aparatosas. Le parece que las señoras van demasiado enjoyadas y los caballeros son excesivamente serios. En los corrillos se habla de la crispada situación política en el país. Sólo lleva cinco minutos allí y ya se está asfixiando. Ha hecho acto de presencia, así que se dispone a marcharse para tomar el café con un pianista español que ha venido a la ciudad a ofrecer una serie de conciertos. Ricardo Viñes formaba parte de las tertulias que

organizaba su marido con Manuel de Falla y Debussy cuando coincidían en París. Así que opta por no despedirse de Crémieux, no vaya a ser que quiera retenerla en ese mausoleo, y se va discretamente hasta el guardarropa para recuperar su abrigo y esfumarse.

En el momento de salir, es arrollada por un muro humano. Un hombre grandullón y algo torpe, que casi la derriba. Ella chilla como un gato al que le pisan la cola.

El hombre se encorva un poco para poner los ojos a la altura de los suyos.

—¡Discúlpeme! ¡Por favor, tiene que disculparme!

—No ha sido nada, sólo me asusté.

—¡No puede usted marcharse!

Consuelo pone cara de perplejidad.

—¿Por qué no puedo marcharme?

—¡Porque ahora llego yo!

Y lo dice con un tono tan ilusionado que parece un escolar que oye sonar la campana del recreo. Ella hace un gesto de desinterés, pero él no se mueve un centímetro, bloqueándole el paso.

—Disculpe, me están esperando unos amigos.

—¡Quédese unos minutos!

En ese momento llega Crémieux.

—¡Qué bien que se hayan encontrado! ¡Precisamente quería presentarlos!

—Pero, Crémieux, ¿quién es este señor?

—¡Perdóneme, ni siquiera me he presentado!

El anfitrión se apresura a hacerlo.

—Es mi amigo Antoine de Saint-Exupéry. Escritor y aviador. Y diría que también algo filósofo.

—Encantada —responde de mala gana—. Pero ahora he de marcharme.

—¿No se divierte, señora Suncín?

—No se lo tome a mal, Crémieux, pero creo que me divertiría más en un monasterio franciscano.

En otra persona hubiera sonado como una grosería, pero en ella suena como una inofensiva pataleta de niña malcriada. Tonio se ríe.

—¡Yo haré que se divierta! Iremos en mi avión y veremos la puesta de sol sobre el Río de la Plata.

Ante el momento de vacilación de Consuelo, Tonio tira de la manga de su vestido y es tan ligera que la empuja hacia un sofá, sobre el que cae sentada. Algunas personas de la sala se vuelven con gesto algo estirado a observar el jaleo de la entrada.

—¡Escúcheme, señor no sé qué! ¡No me gusta en absoluto volar! ¡Odio la velocidad!

Cuanto más arisca se muestra ella, más adorable le parece.

—Buenos Aires desde el cielo es una ciudad distinta. ¡Tiene que verlo! ¡Ha de ser ahora!

—No puede ser. Hay unos amigos que me están esperando. Así que...

—¡Magnífico! Los telefonaremos. ¡Que vengan también!

—¡Pero es un pianista y su grupo!

—¡Vendrán también! Mozart nunca habrá sonado tan arriba.

Consuelo deja escapar una leve risa. Sólo es un instante y enseguida vuelve a su pose circunspecta. Pero esa fracción de segundo le ha mostrado a Tonio el camino. ¡Puede convencerla!

Insiste y cada vez las negativas de Consuelo son más débiles. Finalmente, un camarero trae un teléfono con un hilo larguísimo sobre una bandeja. Y Consuelo llama a Viñes. Él y otro colega aceptan la invitación.

Un par de músicos, el presidente del PEN Club con ojos miopes y barba de rabino, una joven viuda y un aviador corpulento que no para de contar historias de la Patagonia viajan hacia el aeródromo de Pacheco en uno de los vehículos de la compañía conducido por un chófer que fuma tabaco de picadura. Desde que Tonio ha asumido la dirección de la filial argentina tiene más dolores de cabeza, pero también algunos privilegios.

Hay un Laté 28 de gran capacidad para los primeros vuelos con pasajeros que van a iniciarse en breve. Acomoda a los músicos y a Crémieux en la cabina del pasaje, corre la cortinilla separadora y señala a Consuelo el asiento de copiloto. Despega y alcanza altura rápidamente, para después bajar a gran velocidad, sobrevolar el tren de la costa y llegar hasta las aguas

turbulentas del Tigre. Consuelo siente que el estómago se le altera, y palidece. Tonio está pletórico. Hoy manda el niño que lleva dentro; no pilota, juega. Convierte el avión en el carrusel de un parque de atracciones.

De nuevo toma altura y da varias guiñadas en un zigzag nervioso. Vienen quejas de la parte de atrás. Alguien dice que el señor Crémieux está vomitando. Tonio ríe.

Cuando llegan al borde de las nubes y Buenos Aires es allá abajo una ciudad de muñecas, se vuelve hacia Consuelo. La palidez hace que sus ojos se vean todavía más negros. Le divierte que sea tan tozuda y no quiera reconocer que está asustada. Estira el cuello y acerca el rostro al de ella.

—Por favor, deme un beso...

Ella pone cara de enfado.

—Pero ¿qué se ha creído? Soy una mujer viuda.

—Sólo le pido un beso inocente.

Consuelo resopla.

—En mi país no se besa a los desconocidos. Sólo se besa a la gente que se quiere.

Tonio pone un gesto enfurruñado y después desvalido.

—No me quiere usted besar porque soy feo...

Ella vuelve a resoplar con impaciencia. Entonces Tonio deja el avión en pérdida, mete la palanca adelante para bajar el morro y lo deja caer en barrena hacia el suelo. Detrás se oyen gritos.

—¿Qué hace? ¡Nos vamos a estrellar!

—Estoy esperando que me bese...

Consuelo alza las manos al cielo.

—¡Usted está loco!

—Tal vez sólo estoy enamorado...

La aguja del altímetro se mueve inquietantemente deprisa y el avión cae haciendo tirabuzones. Consuelo alarga el cuello y le da un beso fugaz en la mejilla. Tonio da un grito eufórico y el avión remonta llevado de un júbilo que hace que la propia Consuelo mueva la cabeza y sonría. En esa sonrisa cree atisbar una promesa de algo.

Por la mañana se detiene en la floristería La Central y pide cuatro ramos de flores para ser entregados en el hotel donde ella se aloja. Le parecen pocos y encarga dos más. Le sigue pareciendo poca cosa. Finalmente, encarga diez. Sale con un jazmín de regalo en el ojal de la americana y una sensación de ebriedad. Para un taxi y se va hacia Pacheco para cubrir la baja de un piloto.

No puede dejar de tamborilear con los dedos sobre el reposabrazos de la portezuela. Se pregunta si en verdad se habrá enamorado o será sólo una pasión de domingo por la tarde. Aparta esos pensamientos. El amor no puede pensarse. Además, pensar es lo peor que puede hacer porque su baúl de los recuerdos tiene una tapa que no cierra. No, no puede permitirse pensar en Loulou. Es una cicatriz que ya sólo escuece cuando se la roza. Ha cumplido treinta años y sabe que a partir de entonces la vida va empezar a caer en barrena. Y necesita desesperadamente subirse al tren del amor antes de que pase el último y no haya más. Piensa que vivir la vida sin ser amado es comerse la cáscara de la naranja y tirar los gajos.

¡Pero está pensando otra vez!

Y no. Sentir es más importante que pensar. Está un paso más allá.

Él notó una agitación en la chatarra oxidada dentro del pecho cuando vio moverse a Consuelo con su cuerpo de bailarina. Ahí hay algo que desbarata las construcciones de palillos del raciocinio. Las reacciones temperamentales de Consuelo cargadas de coquetería lo enternecen. Le fascina su francés de gramática inventada y esa osadía inconsciente de meterse en un avión con un desconocido... Hay algo en ella que lo atrapa.

Lo primero que hará en cuanto aterrice de vuelta en Buenos Aires será pedirle que se case con él. Puede que sea algo precipitado, pero el reloj no se para. Todo ha de ser ahora.

Ha de presentársela cuanto antes a los Guillaumet. ¡Ojalá le guste a Noëlle! Y necesita un traje nuevo. Y un corte de pelo. Ha de intentar que los inviten a la fiesta de la embajada de la semana siguiente. ¡Será un pájaro de colores en medio de un montón de urracas!

¡Cuántas tareas trae el amor! Siente un nerviosismo eléctrico y al palparse el bolsillo en busca de cigarrillos encuentra unas hojas arrugadas. Son los apuntes de *Vuelo de noche*.

Al llegar al aeródromo lo primero que ve al bajar del coche es a un hombre solitario con una eterna gabardina algo gastada y el sombrero de ala ancha plantado frente a los hangares observando el horizonte.

Daurat...

Ha venido unos días a supervisar la marcha de las cosas. Se acerca hasta él.

—Buenos días, señor Daurat. ¿Todo bien?

—¡Pues no! —le responde de manera irritada—. ¡Hace tres días que debería haber entregado los informes de puntualidad de la semana anterior!

Tonio balbucea unas disculpas y se aleja algo molesto. Mientras camina hacia las oficinas escucha en el cielo a sus espaldas el zumbido familiar de un Laté que se aproxima; es el vuelo de Brasil, que debería haber llegado hace horas. Daurat no espera a que aterrice para dar la bienvenida al piloto. Únicamente recibirá de él una multa. El piloto tal vez odiará a ese jefe intransigente y mezquino. Nunca sabrá con qué afán lo estuvo esperando en la soledad de las pistas.

Tonio decide en ese momento que en su libro sobre los vuelos de noche el protagonista no va a ser el que vuela, sino los que se quedan en tierra. Ahora que debe hacer tareas administrativas y supervisar los vuelos, se ha dado cuenta de que la incertidumbre del piloto, incluso con sus mil incidencias y peligros, no es nada en comparación con la angustia del que mira las agujas de un reloj.

Por la tarde no ha tenido aún respuesta de Consuelo, así que se presenta en el apartamento con su flor en el ojal. La camarera que abre la puerta relaciona la flor con la montaña de ramos que han llegado y le sonríe con complicidad mientras le ruega que espere. ¡Pero no puede esperar!

Consuelo aparece con un vestido de volantes muy centroamericano.

—¡Mi aviador loco! —ríe complacida.

—Vamos, debemos darnos prisa.

Consuelo hace un gesto cómico de enfado.

—No pienso volver a subirme a un avión en mi vida. ¡Y menos con usted!

—Tenemos que ir a Saint-Germain, a la joyería Vauban.

—Pero ¿para qué?

—¿Podemos tutearnos?

—Supongo que sí.

—Quiero comprarte un diamante.

Consuelo se echa las manos a la cabeza teatralmente.

—Pero ¿cómo?

—Es mi regalo de pedida.

—¿De qué pedida?

—De mi pedida de matrimonio.

Tonio la mira con una ternura infinita y Consuelo abre mucho sus ojos negros.

—¡Pero si nos conocimos ayer!

—Por eso debemos darnos prisa. ¡Ya llevamos un día perdido!

—Eres el loco más loco de los que he conocido nunca. ¡Ahora no puedo ir a ninguna parte! Me he citado con Viñes y Crémieux para cenar.

—Los recogemos y cenaremos los cuatro. Serán nuestros testigos de pedida.

—¡Dios mío! ¡Pensé que todo era broma! Pero entonces de veras estás loco —dice riendo.

Tonio los recoge y los pone en antecedentes por el camino: quiere pedir la mano de Consuelo. El pianista, con su bigotón con las puntas puntiagudas vueltas hacia arriba como un tradicional caballero español, mira a Consuelo con estupefacción. Ella se ríe como si todo fuera un carnaval.

Los lleva a la cervecería München, uno de sus tres o cuatro despachos gastronómicos en Buenos Aires donde siempre puede ser localizado. ¡Le encantan las salchichas blancas con sabor a nuez moscada! En el momento de sentarse, un camarero lo avisa de que tiene una llamada, y vuelve a la mesa con gesto preocupado.

—Está lloviendo mucho y hay problemas en el aeródromo. Me temo que vamos a tener que trasladar allí la cena.

Un camarero carga en el maletero del taxi una abundante ración de ostras y vino del Rin y salchichas. Se van de pícnic nocturno a Pacheco bajo una cortina de agua. Por un instante se siente como Bernis en su viaje nocturno en medio de la lluvia. Pero Consuelo está alegre y él también. Esa noche la melancolía tiene la entrada prohibida.

Tonio convierte su despacho del aeródromo en un reservado de la cervecería München. En vez de lámparas de latón art nouveau hay flexos de oficina y abren las ostras con abrecartas. Pero ese vino dorado les llena la cabeza de valquirias. Él empieza a contarles la historia de un vuelo sobre la Patagonia a la altura de Puerto Deseado en que el viento era tan fuerte que en vez de avanzar retrocedía en el aire y volaba marcha atrás.

El tableteo del morse trayendo mensajes desde los cuatro puntos cardinales de la línea y los teléfonos sonando en una noche mojada dan a esa cena mundana un aire de irrealidad submarina.

—Éste es el lugar ideal para prometernos, Consuelo. Éste es el mundo al que pertenezco.

—¡Pero cómo vamos a comprometernos!

—Dígaselo, Crémieux, dígale que debe casarse conmigo.

—Bueno, ya sabe que la señora Suncín no es alguien fácil de convencer. ¡Pero tampoco ha dicho que no!

—¡Hablan como si fuera un juego! El matrimonio es una cosa muy seria, yo soy una mujer viuda. No se puede tomar tan a la ligera. Creo que estás tomándome el pelo, Antoine.

—¡Jamás lo haría! ¡Hablo completamente en serio!

En ese momento escuchan el ruido de un motor y una luz llega desde la oscuridad del cielo.

—Sabía que volvería. Ha dado la vuelta por la lluvia —murmura—. ¡Raúl! ¡Voy a salir!

El encargado de vestuario se presenta con sus botas, guantes y cazadora.

—Pero ¿adónde vas ahora? —le pregunta Consuelo.

—A repartir el correo.

—¡Pero está diluviando!

El piloto se presenta chorreando en la puerta de la sala. Tiembla.

—La tormenta...

—Querrá decir el chubasco, señor Mercier. No hay una gota de aire ni se ha visto un solo relámpago.

—No se puede pasar...

—Yo intentaré pasar.

El piloto baja la cabeza.

—¿Me van a despedir?

—Un buen jefe lo haría. Por desgracia, soy un jefe pésimo. Márchese a dormir, Mercier. Mañana será otro día.

Tonio aún se da la vuelta y grita a Consuelo y a Viñes.

—¡Os pido mil perdones! Seguid celebrando la petición de mano y brindad por el presente. Un asistente os llevará de vuelta a la ciudad.

Consuelo se levanta y se va hacia él.

—Ten cuidado...

Él le toma la mano y se le ilumina el rostro.

—Tendré mucho cuidado. Ahora tengo una buena razón para regresar.

Tonio despega entre la lluvia y cruza el chubasco. Ha sido cuestión de suerte. También de voluntad. Una sin la otra no son nada.

Se suceden unas semanas ajetreadas. Ha tenido que hacer malabarismos para atender sus tareas de coordinación, sus propios vuelos a la Patagonia y hacer que cada encuentro con Consuelo fuera especial. Él supone que están comprometidos, al menos ella no se ha negado, pero es cierto que se muestra escurridiza cuando le habla de boda.

Baja del avión y se va quitando la cazadora de cuero camino de la oficina del aeródromo. La tira encima de un sofá, firma de pie el parte de entrega del correo que le tiende una secretaria con una tablilla para que se apoye. Toma la americana y el sombrero del perchero y sale a la carrera.

—Señor Saint-Exupéry —le reclama una secretaria incapaz de seguirle el paso—, ¡tiene que firmar los albaranes de combustible!

—¡Ahora no tengo tiempo!

Daurat se cruza con él por un pasillo y frunce el ceño.

—¿Adónde va tan deprisa? —le pregunta.

—¡A vivir, señor Daurat!

Se sube al coche de la compañía e indica al chófer la dirección de su casa. Necesita al menos cambiarse de camisa y de zapatos. El chófer le dice que el jefe tiene una tarde de perros, el correo de Santiago de Chile está demorado.

La fiesta en casa de un millonario coleccionista de arte conocido de Consuelo resulta muy concurrida. La mansión, en las afueras de la ciudad, dispone de unos suntuosos jardines por los que circulan camareros

uniformados paseando bandejas de empanada picante, pinchos de cochinitillo y copas de vino. Una orquesta de jazz ameniza desde un quiosco vivamente iluminado y la música se confunde con las conversaciones y las risas. Consuelo está radiante. Encabeza un grupo de media docena de amigos y admiradores que la siguen risueños, con Tonio al frente. Pese a su baja estatura, ella detecta a los conocidos como si tuviera un sonar para encontrarlos incrustados en los corrillos y va hacia ellos para hacerse presentar a todo el mundo.

A Tonio le agrada esa energía que despliega. Genera un campo magnético que hace que se vaya adhiriendo a su estela más y más gente. Ya son una docena los que se mueven por los jardines de un lado a otro como una orquesta de aprendices siguiendo la batuta.

Tonio se esfuerza en sumarse a la jarana elegante que los rodea y que el torbellino de Consuelo alimenta. Pero algo lo amordaza por dentro. No es nada y es todo.

Le dice a Consuelo que ha de ir al servicio. Ella ríe y le hace un gesto displicente con la mano como si fuera un lacayo al que autoriza con su benevolencia para que se retire. Se va hacia la casa y el vestíbulo está igualmente tomado por los invitados. Busca a un mayordomo.

—Necesito hacer una llamada.

El mayordomo, enjuto y con la barbilla en ángulo recto, no mueve un solo músculo ni articula palabra.

—Será sólo un minuto...

El mayordomo permanece con la misma pose rígida y los labios apretados, como si no quisiera que entrara en ellos una sola molécula de aire. Tonio conoce un sistema infalible para ablandar el almidón de los mayordomos. Le coloca un billete de diez pesos en el bolsillo del uniforme. Como si fuera un autómata de feria que se hubiera tragado la moneda, el mayordomo hace una leve reverencia y señala con la mano enguantada una habitación lateral.

Pide a la telefonista que lo conecte con el aeródromo de Pacheco. Seguro que no pasa nada, pero desde el momento en que el chófer le dijo que el avión de Santiago no había llegado, algo se le enfrió por dentro.

—Soy Saint-Exupéry. Necesito que me informen de la llegada del vuelo entre Rosario y Santiago de Chile.

—Está demorado.

—¿Demorado? ¿Cuándo debía haber llegado?

—Hace cinco horas, señor.

—¡Dios mío!

Sale de la casa y cruza el jardín a grandes zancadas sin despedirse siquiera de Consuelo. Toma uno de los taxis que esperan al otro lado de la verja.

—A Pacheco.

El camino se le hace interminable. Quiere llegar y no quiere. Quiere saber y no quiere. Sobre el cristal dibuja un cordero.

Es el avión de Guillaumet.

CAPÍTULO 53

Santiago de Chile, 1930

Antes de partir de Santiago, el jefe de aeródromo le pasó el parte meteorológico que llegaba de Mendoza: «Cielo cubierto con agujeros». Guillaumet se encogió de hombros.

—Me meteré por los agujeros.

Lleva el avión más moderno de la flota, un nuevo modelo capaz de escalar por encima de los seis mil metros y saltar por encima de crestas que antes eran imbatibles.

A la altura que vuela, los picachos de los Andes perforan un mar de nubes y sobre el océano blanco emerge un archipiélago de islas nevadas. Todo es perfecto. Hasta que el motor tose. Un constipado en esas alturas rodeado de aristas es una enfermedad que te puede matar.

Empieza a perder altura y se sumerge en la gruesa capa nubosa. Las nubes le golpean en la cara con sus cristales de hielo. Y el motor se para. Cae. A ciegas. En cualquier momento la neblina de nubes ocultará una pared de piedra y todo habrá terminado. Sigue en caída planeando. Pero ¿planeando hacia dónde? Todo son puntas de cristal y riscos. Entre las paredes de roca vislumbra una masa oscura más abajo. Un parche azulado en la nieve en medio de un enorme circo montañoso. El mapa se despliega en su cabeza.

La laguna Diamante...

Tal vez tuviera una oportunidad de aterrizar. La orilla de la laguna es lisa y, si la nieve es lo bastante dura, el avión podría rodar. Alabea. Maniobra para aterrizar.

Vaaamos...

Le cuesta muchísimo encarar el avión. El viento abusa de su fuerza y las rachas lo zarandean de malas maneras. Aprieta con toda su rabia los cuernos para que el avión guiñe a la izquierda y es como echarle un pulso a un

gigante. Aprieta los dientes. Lo logra a duras penas.

Casi...

Consigue encarar. Se estabiliza. Se posa sobre el contorno de la laguna como uno de los flamencos que la visitan en la primavera. El avión rueda con una vibración violenta que parece que vaya a desarmarlo, hasta que llega a una zona donde la nieve es más tierna y se frena tan de golpe que clava el morro y da media vuelta de campana estrepitosamente.

Pese al accidentado aterrizaje, que lo ha dejado sentado boca abajo en la cabina agarrado por el cinturón, Henri se palpa y encuentra todos los huesos en su sitio. Únicamente siente algunas magulladuras leves. Cierra los ojos y, aliviado, piensa en Noëlle. Da gracias a Dios por no haberla dejado sola.

Al salir a gatas del avión, lo abofetea el viento gélido. A pocos metros se extiende la laguna, que refleja el gris acero del cielo. Había oído decir que en verano venían a abreviar allí centenares de guanacos, pero en este momento, a punto de empezar el invierno, un frío blanco y una soledad sobrecogedora son los únicos dueños de ese paisaje a tres mil metros de altitud rodeado de montañas descomunales.

Siente mucho frío y pronto oscurecerá. En la montaña el sol se va de prisa y sin despedirse. Decide aprovechar los restos de luz para sacar el paracaídas y envolverse en él al abrigo de una de las alas. Empieza a nevar. El viento silba amenazador al colarse por los huecos del fuselaje y levanta polvaredas de nieve. Parapetado lo mejor que puede, aguanta hasta el día siguiente.

Una frase dicha por chilenos y argentinos experimentados orbita sobre su cabeza: los Andes en invierno no devuelven a los hombres.

Durante todo el día nieva en silencio y permanece todo lo abrigado que puede. Intenta no dormir profundamente para que el sueño no le enfríe el cuerpo y muera de una hipotermia. Cuando la tormenta de nieve encalma al segundo día, se desembaraza del paracaídas y estira los músculos agarrotados. Tiene hambre y hace frío.

La ventisca ha dejado el avión medio sepultado por la nieve. Mira en derredor: la enorme laguna refleja los colores del cielo, más azul que gris al limpiarse el firmamento tras la borrasca. Puede por fin observar con claridad el entorno: seis formaciones montañosas levantan un circo mineral

imponente. Cree que la montaña que se alza más cerca, al otro lado de la orilla de la laguna Diamante, puede ser el volcán Maipo. Ante esa plaza gigantesca de varios kilómetros cuadrados erigida por un arquitecto titánico se siente desoladoramente minúsculo.

Oye un runrún lejano en las nubes y vuelve la cabeza con alegría. Le cuesta verlo entre los flecos de nubes y cuando lo localiza se queda sorprendido de su minúsculo tamaño. Los pilotos consideran sus aparatos máquinas poderosas. Pero visto en la distancia, un avión es una pulga y enseguida se emborrona entre las nubes. Domina sus nervios y enciende enseguida una bengala. Pero en esas inmensidades, con la luz diurna y frente a las moles gigantes que los rodean, no llega a ser ni una chispa. El avión se pierde entre los pliegues de nubes. No cambia su régimen de motor ni su trayectoria. No ha visto la bengala.

Guillaumet camina deprisa en círculos para entrar en calor. Le queda algo de leche condensada, alguna lata de carne, una botella de ron. Agua no falta. Podría resistir unos días, pero algo le dice que no lo van a encontrar. Tienen cientos de kilómetros cuadrados para cribar, miles de recovecos. Y ese avión que se ha marchado sin verlo descartará momentáneamente esa zona, en la avidez de cubrir otras no exploradas. Antes de salir echó un vistazo al parte meteorológico semanal. Después de la borrasca que ha pasado, se sucedían tres o cuatro días de bonanza. Los aviones que lo estén buscando tienen ahí una ventana de buen tiempo. Quizá a otro avión de rescate se le ocurriera, entre las docenas de lagunas, valles, tarteras, altiplanicies y rincones del laberinto de la cordillera, justamente descender para examinar de manera precisa la laguna Diamante y diera con él. Podría ser. Pero ¿y si no sucede?

Si no sucede, lo que pasará es que esa ventana de buen tiempo se cerrará, porque están entrando en el invierno y el estado natural en esa época es una climatología de nevadas y borascas. Los aviones de rescate podrían quedarse amarrados en los aeródromos de Santiago y Mendoza. O incluso salir, pero carecer de visibilidad alguna. En el invierno el mal tiempo puede durar semanas, quizá meses.

Vuelve a reconstruir en su cabeza el mapa de la región. Sabe que había cruzado ya el grueso de la cordillera y que no está a mucho más de sesenta kilómetros de la planicie argentina. No es una distancia excesiva. Pero sabe que para ir en esa dirección va a tener que franquear el muro de montañas que tiene enfrente. El más bajo debe de tener cuatro mil metros de altura. Acometer esa ascensión sin conocimientos de montañismo, sin cuerdas, sin botas, sin mapas precisos de las rutas... no es posible.

Los Andes no devuelven a los hombres.

Guarda los víveres en un pequeño zurrón, junto a unas cerillas, la bengala que le queda y un pequeño infiernillo de alcohol. Un feliz hallazgo ha sido un lápiz en el fondo de un bolsillo de la cazadora. Con él escribe sobre el fuselaje, apretando tan fuerte como puede, un mensaje por si llegan hasta el avión: «Parto hacia el este». Le tiembla la mano. Es verdad que hace frío y que tiene las falanges entumecidas. Añade unas pocas palabras más: «Adiós a todos. Mi último pensamiento será para mi mujer». Le tiembla todo al pensar en Noëlle. No es capaz ni de escribir su nombre.

Empieza a caminar y a cada paso se hunde en la nieve hasta la rodilla. Hasta la cintura. Hasta el ombligo. Avanza penosamente, desfondado por la escasez de oxígeno a esa altitud. En una hora apenas ha avanzado unos cientos de metros. Cuando se para unos momentos a recuperar el aliento, aprovecha para darse la vuelta y contemplar el avión medio enterrado en la nieve, cada vez más minúsculo, más borroso. La tentación de volver a él es grande, pero ya ha empezado a caminar y debe seguir. No sabe si llegará. Aún no ha recorrido un kilómetro y ya está agotado. Le quedan por lo menos sesenta más.

La dificultad del avance en las estribaciones de la laguna, que le pareció tan ardua, se le antoja un paseo cuando llega al pie de la montaña que le barra el paso. Ni siquiera se ve la cima, metida entre las nubes. No es un creyente fervoroso, pero cuando se agarra a una piedra y sube el primer peldaño hacia arriba, se pone a rezar.

Tras el primer repecho, encuentra una inclinación cubierta de hielo. Las manos le duelen del frío, pero no tiene otra herramienta para tratar de agarrarse y gatear hacia arriba. Llega hasta casi la mitad de la rampa arañando el hielo, pero resbala y desciende boca abajo en un tobogán hasta

caer justo donde empezó la ascensión. Le duelen las articulaciones, pero vuelve a iniciar la subida con el máximo cuidado. Otra vez resbala y vuelve a caer. Empieza de nuevo una tercera vez. Una cuarta. Una quinta. Tiene los dedos insensibles y la cara escocida del roce con el hielo. Sexta. Séptima... y lo logra. Cuando culmina la rampa está agotado. Trata de comer algo, pero la carne está congelada, tiene los dedos agarrotados y no es capaz de encender el hornillo. Da un trago a la botella de ron y continúa. La noche lo encuentra ascendiendo como un caracol que tiembla.

El cansancio reclama su tributo y los ojos le pesan. El frío también lo invita a acurrucarse. Sabe que si se queda dormido nunca más despertará. Pero necesita una tregua. Se quita la mochila y la coloca en el suelo a modo de almohada para apoyar la cabeza. Sin embargo, al momento cambia de idea: demasiado comfortable. Así que se recuesta en un repecho con la espalda presionada por el canto de roca y la cara apoyada entre las manos. El sueño ablanda las piedras, pero al adormecerse, los brazos ceden y la cabeza cae y lo despierta. En ese estado de modorra, adormeciéndose y despertándose bruscamente cada pocos minutos, pasa unas horas. Cuando la luna está alta en el cielo, reemprende el camino, ayudado de la linterna.

La noche es un cuarto oscuro demasiado grande y frío. Guillaumet camina. Está cansado y, sin embargo, camina. Siempre hacia delante. La vida depende de que las bielas de sus piernas no se paren. Sabe que si no deja de andar mantendrá la temperatura corporal suficiente para que el corazón bombee. Si detiene las piernas se detendrá el corazón y todo habrá terminado.

Piensa en la muerte. Y en Dios. Piensa en todo en lo que uno no piensa los días de diario, demasiado ocupado en la avalancha de las cosas menudas que en ese momento nos parecen grandes. No añora cosas extraordinarias sino lo más cotidiano y aparentemente rutinario: abrazar a tu esposa al regresar de un viaje, tomar un café caliente en las mañanas frías a pie de aeródromo, la charla intrascendente con algún colega, morder una barra de pan crujiente... El estómago le gruñe y la boca se le hace agua. El pan recién hecho... ¿qué no daría por algo tan modesto como un pedazo de pan! Tan sólo es harina, y agua, y sal, y una pizca de levadura. Y, sin embargo, cuando ve que la vida se le está escapando entre los dedos, que la noche es mucha noche, la montaña demasiada montaña y el frío muy frío, lo que de verdad

echa en falta es el pan. Le viene a la cabeza la imagen de la *boulangerie* de su pueblo y el olor..., ese olor a horno y trigo tostado, a la mantequilla de los cruasanes. Y sin poder evitarlo se le saltan las lágrimas. Se va a morir oliendo a pan. El dolor de los pies, el cansancio. Siente que desea enroscarse, tumbarse por fin.

No...

La vida es demasiado hermosa para no luchar por ella. La vida huele a pan caliente. En su cabeza empiezan a confundirse las ideas, como si el agotamiento y el ayuno lo llevaran a un cierto desvarío. Ha empezado pensando en Dios y ha terminado pensando en el pan. ¿Será una asociación de ideas cristiana? No lo sabe. En el mundo muchas razas y culturas tienen dioses distintos y rituales diferentes. Puede imaginarse incluso tribus o grupos humanos que no crean en algo como un dios. Pero no conoce ni es capaz de imaginarse un solo rincón del planeta donde no amasen harina con agua y hagan pan.

Dios es una hogaza de pan... Noëlle es una miga de pan...

Se está trastornando. Nota un dolor de cabeza intenso. Pero, loco o cuerdo, no va a dejar de caminar. Adelante. Haciendo crujir el suelo helado. Siempre adelante.

El amanecer lo encuentra caminando lentamente. La luz va dibujando delante de él un valle y lo atraviesa dejando el sol a su espalda para ganar el este. El espectáculo de la naturaleza no lo consuela. La belleza puede ser despiadada.

Sufre para atravesar un terreno de nieve fundida que se ha convertido en un barrizal. Tiene los pies mojados. Si se detuviera unos minutos, se le helarían, así que ha de seguir. Al final del valle espera encontrar un paso entre las montañas que lo circundan, pero al fondo sólo encuentra una muralla mineral inmensa. No hay salida.

Se detiene. Cierra los ojos y suspira. Ni siquiera puede permitirse el consuelo de la desesperación. Sabe que ha de volver sobre sus pasos y desandar varias horas de ese camino que tan fatigosamente ha hecho, hasta una bifurcación anterior. Duda si será capaz de resistir. Sabe que en cualquier momento su cuerpo puede fallar, sus piernas doblarse, rodar por el barro y no ser capaz de levantarse. Ese momento está ya cerca. Pero mientras tanto él

debe seguir. Y da media vuelta. Y sigue. Debe hacerlo aunque desee desmoronarse sobre el suelo y descansar al fin. Se lo debe a su esposa, se lo debe a sus amigos, que lo buscan aunque no puedan encontrarlo.

El único Potez 25, como el del propio Guillaumet, capaz de alcanzar los seis mil quinientos metros lo pilota Deley, rastreando la cara chilena. Tonio vuela por la zona de los Andes argentinos con un Laté que no alcanza los cinco mil metros. Desesperado, ha tratado de convencer a un jefe de contrabandistas, los únicos capaces de atravesar los pasos más insospechados de la cordillera, para que monte una expedición. Incluso sin consultárselo al señor Daurat, le ha ofrecido en una taberna de techo de chapa una cantidad astronómica para ponerse en marcha. Y el contrabandista ha negado una y mil veces con la cabeza para decirle que no: «¿Para qué dejarnos el pellejo? ¿Para ir en busca de un muerto? Ustedes no lo saben: los Andes en invierno no devuelven a los hombres».

Ha pasado dos días bamboleándose con el Laté sobre las montañas, haciendo zigzags entre las crestas, pero ha regresado a Mendoza tiritando de frío y de angustia. Con las manos vacías. Porque cada día el invierno avanza y la llama de la esperanza se apaga. Deley le dice que los funcionarios chilenos le piden que abandonen la búsqueda, que es inútil. Tonio niega con la cabeza. No van a abandonar, todavía.

Guillaumet sigue en su propia pelea desesperada tratando de contradecir a los que saben y lo han visto todo. Retrocede caminando sobre sus propias huellas. El hueco de sus botas ha fabricado ya una fina capa de hielo y cruje al pisarla. Trata de pensar en momentos agradables, en días luminosos, para alejar los pensamientos funestos de su cabeza, pero se le han helado hasta los recuerdos.

Los pies escuecen. Las ampollas revientan. La sangre empapa las botas. Se detiene un momento y saca del pequeño macuto la camisa limpia. La rasga con la navaja y la hace girones para improvisar unas vendas. Se envuelve los pies con dificultad. El frío hace que le tiemblen las manos; las tiene tan entumecidas que hacer fuerza para atar los nudos es un esfuerzo de colosos.

No puede andar, pero anda. Llega a la bifurcación, que lo lleva por otro camino, menos en dirección este de lo que quisiera. Ya ni siquiera sabe hacia dónde va, pero no puede elegir. Y sigue arrastrando los pies desollados. El

dolor no es malo. Las heridas lo hacen sentir vivo. Empieza a avanzar la tarde cuando ve más adelante otra montaña que cierra el paso. Sabe lo que se va a encontrar un hora más tarde, pero no se detiene. Detenerse no. No puede hacerle eso a Noëlle.

Llega exhausto a una mole de piedra enorme, más de mil metros de muralla vertical cerrándole el paso.

Se acabó.

No tiene fuerzas para franquear un pico así. Se da cuenta ahora, demasiado tarde, de que nunca debería haber abandonado el avión. Ya qué más da. Por fin, se sienta en el suelo con la espalda contra una roca plana a esperar la muerte y siente alivio al pensar en el seguro de vida que contrató. Al menos, le servirá a Noëlle para arreglarse un tiempo. Seguramente regrese a Suiza y rehaga su vida. Se le hace extraño pensar que ella pueda tener otra vida sin él. Le gustaría que la tuviera, pero también que no fuera capaz de hacerlo. Son sentimientos extraños. Contradictorios, pero no tanto. El amor y el egoísmo son viejos amigos.

De repente, siente una oleada de terror. Para cobrar el seguro, han de encontrar su cuerpo. Si no lo encuentran, sólo figurará legalmente como desaparecido y pasarán diez años antes de que certifiquen su muerte. Años de incertidumbre y sufrimiento porque Noëlle se aferrará a creer que está vivo. Para certificar su muerte deberían encontrar su cuerpo, pero con cualquier tempestad del invierno puede caer una tonelada de piedras arrastradas sobre él y que no lo encuentren nunca. Ese pensamiento lo subleva. Mira hacia arriba; a unos metros de altura hay un repecho.

En esa plataforma más a la vista tal vez sería más fácil que encontraran el cuerpo en verano. No le va a resultar nada fácil llegar ahí. No tiene ninguna experiencia como escalador y sus energías están agotadas. Pero invertirá lo poco que le queda en eso. Su último gesto de amor será morir para Noëlle.

Abre y cierra las manos varias veces para recuperar un poco de flujo sanguíneo y toma del bolsillo la botella de ron para dar el último trago. No le gusta el ron. Es como beber queroseno. Pero calienta el estómago por un instante. Aprovecha ese tirón momentáneo para ponerse en pie y tratar de llegar al repecho. Empieza a trepar.

Lo cierto es que lo logra con menos dificultad de lo esperado. Y unos cuantos metros más arriba hay otro repecho más despejado. Si se resbala, caerá y se destrozará contra el suelo, pero como morir ya no le preocupa, no hay inquietud en sus movimientos lentos de koala.

Se dirige al segundo repecho y llega en unos minutos. Pero en vez de tumbarse mira hacia arriba. ¿Y si siguiera?

Un leve ronroneo en el cielo le hace alzar la cabeza. Una mota en el cielo. Un avión lejano rozando temerariamente los pináculos de esa inmensa catedral de las nieves eternas.

Tonio...

En un segundo lo tapan las franjas de nubes, lo borran. Lo sabe, en los Andes un avión es un rastrillo de juguete arando en un desierto.

Y continúa hacia arriba.

Se pregunta qué nos hace subir. De dónde sacamos las fuerzas para no dejarnos ir como una hormiga en un desagüe. Por qué luchamos tanto por una vida que de todas formas vamos a perder. No lo sabe.

Resopla. Se detiene un momento. Empieza a anochecer y ha de encender la linterna. Saca de nuevo la foto de su esposa. Le sonrío. Él sí sabe por qué lucha: para estar otro día más con ella. Si sale de ésta, no habrá cambiado aparentemente gran cosa, porque después llegará otro accidente, o una enfermedad, o simplemente la vejez, y morirá de todas maneras. Pero en ese momento comprende todo con la claridad que sólo da mirar la vida desde el borde del precipicio final. Y sonrío como sonrían los moribundos. Cada minuto de vida es la vida entera. Cada segundo es la eternidad.

Toma la última galleta. Ya sólo le quedan dos pequeñas latas de carne. Se le saltan las lágrimas porque querría abrirlas y no puede. Oscurece y trepa a cámara lenta montaña arriba. Los pies le arden. Eso es bueno; no se han congelado aún. Rema.

Tiene la Cruz del Sur sobre su cabeza. La noche se hace eterna. Cuando la luna se pone ya sólo cuenta con la linterna y el consuelo gélido de las estrellas. Las estrellas son sus amigas: son la señal de que no hay nubes. Con tiempo despejado hace más frío, pero una tormenta de nieve en plena

ascensión a oscuras sería la muerte. Por eso mira hacia arriba y siente que ellas lo protegen de la nieve. Pero ¿quién lo va a proteger de despeñarse por cualquier precipicio ascendiendo a ciegas? Reza a la Cruz del Sur.

Se para a descansar en un repecho. Está agotado. Le parece que pierde el conocimiento un momento y luego empieza sutilmente clarear. El negro se hace más azulado. Un azul de tinta oscura. Hay algo grandioso en ese amanecer sobre los Andes. No sabe si sobrevivirá al siguiente repecho o si se quedará allí para siempre. Ese amanecer bajo cero en medio de una montaña de una crudeza mineral manchada de charcos de nieve le contagia una calma extraña. Le hace sentir que forma parte de ese mundo; acaba de despertar y siente un respeto reverencial por ese planeta que sabe más que nosotros mismos.

Una oleada de bienestar lo invita a acurrucarse y cerrar los párpados. Se recuesta contra la pared. Lo recorre un escalofrío y a la vez un leve calor al arrebujarse entre sus propios brazos, también una serenidad pesada como si de repente su cabeza se hubiera llenado de lana. Si eso es la muerte, no le parece tan mala. Es un algodón dulce. Se parece al sueño. Es el sueño. Se muerde la lengua con todas sus fuerzas hasta que la punzada de dolor lo hace dar un respingo y agita los brazos entumecidos y entonces siente todo el frío de la cordillera en los huesos y empieza a tiritar compulsivamente. Es una sensación horrible, desagradable, dolorosa..., una especie de ataque epiléptico de frío y agotamiento físico y nervioso que parece que vaya a hacerlo explotar por dentro. Convulsiona, tiene taquicardias..., el dolor que lo desgarrar por dentro es la vida, ha vuelto tras haber traspasado por un instante la línea. Se mete un puñado de nieve en la boca.

Grita.

Es un grito sin palabras, sólo grita. La montaña lo escucha y le devuelve su eco como si hubiera docenas de Guillaumets acompañándolo.

¡Seguir! ¡Seguir! ¡Seguir!

Su cerebro ordena a su cuerpo, le grita desde dentro.

¡Seguir! ¡Seguir! ¡Seguir!

Se pone en marcha tambaleándose como uno de esos carromatos de buhonero cargado hasta los topes, tirado por un jamelgo viejo y cansado. Sigue subiendo lentamente.

Asciende a cuatro patas una rampa y tiene las palmas de las manos en carne viva. El sol tímido está alto cuando la montaña se suaviza y se vuelve más dócil. El aire se engorda y se arremolina. La cima. Es una planicie irregular desde la que la vista no es capaz de ver el final del mar de crestas de piedra hacia el norte con las nieblas envolviendo los valles entre picachos. Un riachuelo semicongelado desciende montaña abajo. El agua busca el valle. Ése es su camino. Puede ser que descienda esta montaña y enfrente sólo haya otra montaña. Pero no hay más opción.

El descenso resulta más difícil que la subida. Resbala y se golpea un codo. Vuelve a resbalar y cae rodando unos metros hasta golpearse contra una roca afilada que le abre una brecha en un muslo.

Llega a una angostura por la que pasa el río. La oquedad es muy estrecha y forma un túnel natural que deja apenas unos centímetros entre el agua y el techo de roca. La única posibilidad de pasar es ser él también río. Se mete en el agua helada, que le llega por encima de la rodilla. Se acuclilla y avanza metido en el agua hasta el cuello. El agua es hielo derretido. Muerde. Le cuesta respirar. Da un traspie y está a punto de caerse. No siente los miembros.

Así avanza por en medio del cañón casi sumergido hasta salir a una zona más amplia. Cuando se puede poner de pie, es como si le clavaran un millón de agujas. Necesita secar la ropa, si no lo hace se le congelará sobre el cuerpo y morirá. Se la quita. Su cuerpo pálido muestra toda su vulnerabilidad ante la dureza del paisaje andino. Allí un hombre desnudo es un cachorro indefenso. Aprovecha los primeros matorrales que ve en mucho tiempo para extender la cazadora, el jersey, los pantalones y la muda sobre unas rocas. Se mueve haciendo una gimnasia desesperada para no quedarse frío. Decide comer algo para entrar en calor y saca el hornillo de alcohol, pero se ha mojado y está inservible. Va a comerse la carne de lata aunque esté helada. Saca la navaja y logra cortar unas esquirlas congeladas. En su afán por golpear la carne le da con el codo al guante apoyado en una roca y éste cae hacia el precipicio. Como no puede masticar la carne helada que le quema en la lengua, se la traga a trozos.

Sigue descendiendo. La herida del muslo le escuece y el golpe del codo, al enfriarse, le duele mucho. El agotamiento lo hace estar más torpe. Vuelve a caerse y ha de agarrarse con las uñas para no irse hacia un terraplén que desemboca en el vacío.

Se levanta. Y sigue. Ya ni siquiera es capaz de hacerse preguntas metafísicas. Su cerebro es como la carne congelada que ahora le produce arcadas. Sólo sigue. Ya ni siquiera se acuerda por qué.

El sol empieza a batirse en retirada. No va a resistir otra noche. Lo sabe. El organismo está a punto de reventar. Y aun así sigue dejándose ir montaña abajo. Le parece que el camino es algo menos pronunciado, pero no está seguro. Ya todo se está haciendo borroso. No sabe si anochece o se está muriendo.

Y entonces lo ve en el suelo. O cree que lo ve. No está seguro. Se ha de parar a mirar dos veces porque tiene los párpados hinchados. No se agacha porque no cree que pudiera enderezarse, pero él se ha criado en el campo y esos bultos oscuros son excrementos de burro.

Los excrementos trazan una especie de camino y él los sigue mecánicamente. Es como Pulgarcito siguiendo un rastro de migas negras. A duras penas se tiene en pie. Y unos cientos de metros más adelante lo ve:

Un burro.

—*Âne!*

La voz le sale fallona. El burro lo mira. Guillaumet trata de sonreírle, pero tiene la piel de la cara momificada. Ese burro es como un hermano.

Se acerca, trastabilla y el animal sale corriendo bruscamente. Y al seguirlo con la mirada la ve. Una mujer lo mira desde el otro lado de un riachuelo con unos ojos negros que contienen más extrañeza que aprensión. Al momento, aparece un hombre de piel morena y pelo negro. Guillaumet, en un gesto instintivo de un lenguaje universal guardado en los pliegues del cerebro desde la noche de los tiempos, extiende sus brazos hacia ellos.

El hombre va hacia él, pero ya todo se viene abajo. Se derrumba como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas.

Después de una mañana infructuosa dando vueltas sobre montañas vacías, Tonio retorna con su Laté a Mendoza con el ánimo por los suelos. No tiene ganas de hablar con nadie y se va a tomar café a un restaurante que hay al lado del aeródromo. Ya sabe lo que le dirán los argentinos: que la montaña se lo ha quedado. Y a él ya le falla la fuerza de la convicción para rebatírselo.

Aún está dando vueltas a un plato de sopa de manera desganada cuando se abre de golpe la puerta del figón y un mecánico argentino asoma la cabeza.

—¡Guillaumet está vivo!

Los comensales dejan de masticar. Durante toda la semana ha sido portada en todos los diarios la desaparición del aviador y ya su foto aparecía en las imágenes con una tira negra de luto. El francés grandullón del traje cruzado se levanta precipitadamente, tira el plato de sopa al suelo y no tumba la mesa de milagro. Sale corriendo hacia la pista y el camarero, con gesto iracundo, sale tras él. Pero la mano del dueño lo agarra por el hombro.

—¿Vos visteis lo que hizo ese pelotudo?

El dueño, sin embargo, sonrío.

—¡Che, qué loco! ¡Es un aviador!

En el aeródromo uno de los mecánicos le explica que se ha recibido la llamada de la comisaría de San Carlos, una población más al sur. No hay planos para llegar, pero le indican la carretera que llega en línea recta hasta allá y se dispone a seguir su trazo volando a poca altura. Necesita saber si es verdad. Tanto contradecir a los funcionarios cenizos, a los contrabandistas, camareros y a cualquiera que le dijera que no podía estar vivo y ahora que parece ser que, en efecto, está vivo, le cuesta creerlo. Se sube al avión con dos mecánicos y despegan.

Unos kilómetros antes de llegar a San Carlos, ven venir en dirección contraria una comitiva de coches y unos gauchos les hacen señales con los brazos. Tonio no se lo piensa. Supera una línea de álamos, aterriza en un minúsculo descampado y a punto está de meter el avión en una zanja de manera fatal. Pero frena a tiempo y se bajan corriendo del aparato. El conductor que encabeza la pequeña comitiva de autos le hace señas para que se acerque y abre la puerta trasera. Un hombre con las mejillas hundidas, la piel requemada, cortes y contusiones sale a duras penas del auto apoyándose en la puerta.

—Henri...

Tonio y él se abrazan. Lloran. Lloran como niños. Son niños. Los mecánicos se quitan las gorras de manera respetuosa como si asistieran a un milagro.

—Lo que yo he hecho —le susurra entrecortadamente Guillaumet—, te lo juro, ningún animal lo hubiera hecho.

Lo llevan con delicadeza al avión entre los tres, mientras la gente lanza hurras y vivas al aviador que ha logrado lo que nadie había conseguido. Lo acomodan en un asiento y Tonio le ata el cinturón de seguridad. Guillaumet lo mira con su rostro extenuado y aún logra susurrar unas palabras:

—Tonio, te vi allá arriba... pero tú no podías verme.

—Había más aviones buscándote... ¿Cómo podías saber que era yo?

—Sobre los picos, nadie habría volado tan bajo.

CAPÍTULO 54

Lago Berre (Francia), 1930

Vibraciones al tomar altas velocidades, fallos en la radio o consumos de combustible por encima de lo previsto son detalles importantes que hay que ir corrigiendo en esos días, que se van escapando entre los dedos. De lunes a viernes Mermoz está con los cinco sentidos metidos en las tripas del hidroavión. Las cartas a Gilberte mantienen su amor espiritual candente. Le escribe trozos de poemas que recuerda o trata de inventar otros y ella en su papel de carta con olor a agua de rosas le habla de los preparativos de la boda, del color de las flores junto al altar y del menú del banquete.

Hay una camarera del restaurante de su hostel de nariz larga, ojos pequeños muy negros y muslos prietos que le apaga otro tipo de incendio más físico. Sus manos no huelen a agua de rosas, sino a lejía. El sexo le sabe a algas. Sus escarceos son intermitentes porque al confesarse la muchacha a la mañana siguiente, el párroco la aterroriza de manera tan vívida con su estrepitosa caída en el infierno, que durante varios días sirve a Mermoz la sopa alargando el cucharón para no acercarse a su satánica influencia. Él repite sopa hasta cuatro veces sólo por verla maniobrar con ese recato que aún enciende más su deseo.

El viernes toma un tren nocturno que lo deja a la mañana siguiente en París. Recoge con un taxi a Sylvine a la puerta del apartamento que ésta comparte con una amiga y se instalan en la cama del hotel durante dos días. Las semanas transcurren en esa rutina de concentración laboral y fines de semana de olimpiadas sexuales con su chica de ojos pintados.

A primeros de mayo realiza un ensayo con un vuelo en círculos a bordo del *Comte de La Vaulx* y bate el récord mundial de tiempo en vuelo. El aparato está preparado. Todo está listo para el día crucial, un martes 14 de

mayo con la luna llena. Va a ser el examen de reválida de lo que ha sido hasta entonces su vida de piloto. Su vida.

Es su último fin de semana en París antes de partir hacia América y reencontrarse con Gilberte antes de la boda. Sylvine sabe que va a partir, lo ha sabido desde el primer minuto porque él lo dejó claro. Pero es de esas mujeres fantasiosas que creen que si no las nombras ni piensas en las cosas malas, éstas no sucederán. Sabe desde la primera noche que Jean está prometido y que se va a marchar a América, pero se niega a creer que algo tan nefasto pueda suceder. Mermoz es su droga. No concibe ya la vida de otra manera que con él.

Esa noche cenan con Max Dely. Al día siguiente Mermoz ha de tomar el expreso a Marsella para partir desde allí con el *Comte de La Vaulx* y tratar de hacer historia para la aviación francesa. Por eso ha optado por reservar habitación en un hotel frente a la estación de Lyon, desde donde sale su tren. Max Dely quiere despedir a su amigo a pie de andén, así que reserva otra habitación en el mismo hotel.

—¡No es necesario, Max! ¡Odio las despedidas!

—¡Pero ésta es una despedida feliz!

—¡Brindemos por eso!

Sylvine contiene una lágrima en el precipicio del párpado. ¿Feliz? El egoísmo de los hombres es un pozo sin fondo. Sylvine mira a Mermoz con una furia que aún enciende más su deseo. Mermoz mira con fervor la botella de champán helado. Max Dely los mira a los dos y cree que es buena idea quedarse en el hotel por si ha de despertar por la mañana a su amigo con un trombón. Dely conoce al Jean nocturno, mujeriego y excesivo. No conoce al piloto Mermoz. Jamás, ni después de la mayor de las juergas, ha llegado un minuto tarde a un servicio.

Tras la conversación distendida y risueña, Dely se despide en la recepción del hotel. Mermoz cierra la puerta de la habitación y Sylvine se abalanza sobre él. Se desnuda para él. Lo empuja sobre la cama y es ella la que cabalga sobre él. Hacen el amor frenéticamente, como si el mundo se acabase. Se acaba. Cuando, ya de madrugada, se hace la quietud en la cama revuelta, Sylvine, con la cabeza recostada sobre su pecho velludo, le pregunta con un hilo de voz:

—¿Cuándo volverás, Jean?

Él resopla. Su pectoral sube y baja y levanta la cabeza de Sylvine como si estuviera flotando sobre una ola.

—Esto ya lo hemos hablado. Si me estrello en el mar no iré a ninguna parte más. Y si llego a América me encontraré con mi prometida y después me casaré con ella —le dice con cierta irritación al tener que repetir lo ya dicho y sabido—. Nuestra historia ha estado bien, pero termina aquí. ¿Acaso no lo habíamos hablado ya?

—Sí, sí, tienes razón. No te enfades conmigo.

La semana anterior, aunque ella protestó con un mohín de enfado no exento de coquetería, Mermoz hizo un cheque a nombre de su casera por el importe del alquiler hasta final de año. También le ha regalado una pulsera de oro que podría sacarla de algún apuro en caso necesario. Cree que deja a Sylvine en buena situación. Cree que no hay malentendido posible porque desde el primer día le contó lo que él podía ofrecerle y ella lo aceptó. Cree que entiende a las mujeres. En realidad, no entiende nada. Cree que por haber conocido a tantas, sabe mucho de mujeres, pero es justo lo contrario. Ha estado con tantas tan deprisa que nunca se ha quedado el tiempo suficiente para conocer a ninguna.

Se duerme profundamente. No nota como Sylvine se levanta de la cama y se encierra en el baño.

Cuando Mermoz se despierta por la mañana, Sylvine no está en la cama. Algo no va bien. Sale al salón y está tumbada en el diván. Dos frascos de pastillas vacíos sobre la mesita gritan la tragedia. Corre hacia ella, pero al tocarla está helada, blanca, los labios, morados. Él se queda también blanco. Sale corriendo en busca de Max Dely, que abre la puerta de su habitación en pijama. Es su amigo quien baja a recepción para llamar a la policía.

Mermoz se queda a solas con ella. La mira y sólo entonces se da cuenta de que no sabía nada de esa muchacha algo alocada que se ponía demasiada pintura morada en los ojos, como un payaso triste. Durante un minuto cierra los ojos. Ha sido educado en una familia atea, pero improvisa una oración inventada dirigida a algún remoto infinito. Cree que sería procedente llorar, pero ha olvidado cómo se hace. Lamenta esa vida joven perdida. Quiere sentir pena por Sylvine y no puede. Va en busca de su documentación para

poder aclarar el incidente lo más rápidamente posible con la policía: tiene una misión esperándolo. Una misión más importante que su dolor, más importante que sus sentimientos confusos.

Después de declarar en comisaría, dar la dirección de la casa de Sylvine y el nombre de su compañera de piso, Dely y él salen en silencio.

—La pobre Sylvine no quería dejarme ir. En cierto modo, lo ha conseguido. Por muchos años que pasen, ya jamás podré borrarla de mi memoria.

—¿Te quedarás al entierro, Jean?

Lo mira como si le preguntara algo disparatado.

—¡Me esperan en Marsella! Ella ha muerto y nada va a cambiar eso. ¿De qué le iba a servir que yo vaya o deje de ir al funeral?

—A ella, de nada. Pero quizá a ti te haría bien...

—¡Maldita sea, Max! No necesito sermones, necesito un avión.

Mermoz levanta la vista buscando el firmamento pero sólo encuentra el techo de hierro de la estación, donde revolotean a ciegas un par de palomas desorientadas que no encuentran la salida. Se siente como esos pájaros atrapados en una caja de metal y sabe que, igual que ellos, necesita angustiosamente encontrar un agujero por el que salir a cielo abierto.

Saca su chequera y garabatea un talón.

—Por favor, encárgate de que tenga un buen entierro.

Dely asiente. Los dos llegan en silencio al andén de la estación. Pese al trajín de viajeros, carretillas con equipajes y llamadas al tren, Mermoz siente que todos los sonidos le llegan amortiguados. Ha cerrado la coraza a su alrededor, una corteza en la que no penetra la tormenta del mundo. Max Dely y él se dan un abrazo y Mermoz se sube al tren con destino a Marsella. Si nada puede hacerse ya por Sylvine, sólo tiene sentido seguir adelante. No se da la vuelta. No vuelve a mirar atrás.

CAPÍTULO 55

Lago Berre (Francia), 1930

Al caer la noche en el lago Berre, todo lo demás ha quedado atrás. Jean el noctámbulo se ha quedado en ese tren que viaja sin detenerse nunca. Mermoz el piloto observa con su agudeza visual de ave rapaz, entre las bolsas de oscuridad de los barracones, una figura que mantiene una brasa de cigarrillo encendida.

—¿Todo a punto, Mermoz?

—Preparados para hacer historia del correo aéreo, señor Daurat.

En la oficina se reúnen con ellos el radiotelegrafista Gimié y el navegador Dabry. Saluda con sincera alegría a sus asistentes de vuelo. Son dos técnicos con más de cincuenta travesías entre Marsella y Argel y, sobre todo, es gente entregada a su oficio, con los que se ha entendido bien desde el primer momento. Daurat viajará con ellos hasta Saint-Louis de Senegal. Aprovechando que supervisa la primera parte del vuelo del nuevo aparato, hará una inspección en las escalas.

El *Comte de La Vaulx* se comporta perfectamente: superan los Pirineos como si levitaran por encima de las crestas, atraviesan España, cruzan el estrecho de Gibraltar, recorren el perfil de Marruecos, el desierto del Sahara y llegan al verdor de Saint-Louis, en Senegal, donde amerizan sin novedad. Mermoz se siente cómodo a los mandos del Laté 28 y dispuesto a dar el gran salto de tres mil kilómetros por encima del océano. Sólo se ha realizado el trayecto con éxito en cuatro ocasiones antes y por primera vez se realiza no con una intención deportiva, sino de establecimiento de una línea regular de aviación civil, portando ciento treinta kilos de correspondencia.

Poco antes de mediodía, Mermoz tira de la palanca del comando del avión y las cinco toneladas del aparato se elevan por encima del río Senegal dejando atrás las barcasas somnolientas sobre las aguas marronosas y el

eterno cigarrillo de Daurat brillando bajo el ala de su sombrero. Dabry y Gimié, cada uno en su asiento, permanecen en silencio.

Mermoz está concentrado. Tiene la cabeza llena de grados de latitud y longitud. El *Phocée*, un barco de la compañía a novecientos kilómetros de Dakar, es un minúsculo salvavidas lanzado al mar en caso de un amerizaje de emergencia. Las señales de radio que recoge Gimié se convierten en datos gonométricos con los que Dabry va calculando el rumbo correcto en medio de un desierto azul.

Las primeras horas transcurren acompañadas de la monotonía ruidosa del motor. Cuando está en tierra, Mermoz odia la rutina, pero cuando vuela, el régimen constante del motor Hispano-Suiza de seiscientos cincuenta caballos es una música gloriosa. Le maravilla la sinfonía perfecta de los pistones a mil seiscientas revoluciones por minuto.

La placidez termina por la tarde, cuando llegan a la zona de convergencia tropical que genera unas drásticas bajas presiones que los marinos conocen como el *Pot au Noir* y han de adentrarse en una borrasca. El aparato penetra en las turbulencias y empieza a traquetear como una atracción de feria. Gimié tensa la mandíbula. Dabry se queda serio de repente. Mermoz está sereno. Ha hecho cientos de horas subido al *Comte de La Vaulx*, ha revisado el avión de arriba abajo, ha aprobado todos los test y él se siente en plenitud de sus facultades. Volar es una partida de póquer, pero él llega a la mesa con la mano llena de ases.

El hidroavión tiembla, pero su piloto no. Están envueltos en cinco mil metros de nubes. Una pared que llega al techo del cielo. Las turbulencias provocadas por los cambios de presión del aire llenan la atmósfera de baches. Se pasan una hora en una montaña rusa. El calor es sofocante. Como no puede pasar por encima, decide bajar y volar a cincuenta metros sobre el mar, atento a cualquier pasillo. Se quita el casco, la chaqueta. Tiene la camisa pegada al cuerpo. Dentro hay un vapor de sauna. Pero nada lo desconcentra. Afuera todo es negritud, pero precisamente por eso hay que mirar más atentamente. Más de tres horas de zarandeos, calor y concentración. Pero al noroeste ve un destello de claridad. Tiene que desviarse ochenta kilómetros de la ruta, pero sabe que es una inversión beneficiosa. Encuentra el pasillo hacia el lugar en el que ha visto ese brillo que es un tesoro.

Y al poco salen del infierno de las tinieblas calientes y los recibe el reflejo de una luna que arroja al mar hilos de plata. Mermoz siente una rara intimidad con la noche. Ese momento de plenitud compensa las tres horas de sufrimiento. Lo compensa todo. Lo justifica todo.

Después, más horas de vuelo. De mimar el régimen del motor para no cansarlo, de resistir el cansancio tras muchas horas de concentración. Y, finalmente, tras el amanecer, una punta de tierra. San Roque. América.

Mermoz ríe. Pero no celebra el éxito del primer vuelo de correo aéreo transoceánico. Todavía no. Celebra la sorpresa de reencontrarse con la tierra.

Y, por fin, Natal. Desde la carlinga, el caudaloso río Potengi es una callejuela de agua que sale al océano. Una virada elegante sobre la Fortaleza de los Reyes Magos en la punta de la ciudad y un aterrizaje suave sobre el río: veintiuna horas desde Saint-Louis de Senegal. Los ciento treinta kilos de cartas embarcados en Toulouse han tardado menos de cuarenta y ocho horas en llegar a Brasil. Las cartas se trasladan de avión con premura. El correo va a ser recibido en el extremo de la línea, en Santiago de Chile, a trece mil kilómetros de distancia de Francia, en ciento ocho horas y cuarenta minutos. Todos los récords mundiales del correo aéreo han quedado pulverizados. Todos los fantasmas de la aviación civil, ahuyentados. Todos los prejuicios, desmentidos. Se puede hacer y se va a hacer. La era de la aviación comercial ha comenzado.

Mermoz suspira mientras cierra los contactos y las hélices empiezan a ralentizarse. No hay en él euforia, más bien una satisfacción leve, como la que se siente al conseguir descorchar el tapón de una botella que se resistía a salir. La alegría de un instante. Viene a su mente la blancura helada de Sylvine y la importancia de su logro le parece poca cosa.

En cuanto se apaga el motor, Gimié grita eufórico:

—¡Mermoz, lo hemos conseguido!

—No hemos conseguido nada aún —le responde taciturno—. El correo ha de volar de vuelta. De nada sirve una carta sin respuesta.

Cuando la barca que los recoge en medio del río los deja en el pantalán, los espera el gobernador con una banda tocando música de pasacalles. El gobernador tiene unos bigotes blancos y patillas blancas enormes de hacha

que en Europa ya no se llevan. Se adelanta para estrechar la mano de Mermoz ante los aplausos de un séquito de curiosos que han seguido a la comitiva.

—Quiero que la municipalidad de Natal sea la primera en felicitarlos en nombre del gobierno de Brasil.

—Gracias, señor.

Se siente agotado, como si de repente notara de golpe el cansancio de tantas emociones, de la tragedia de Sylvine, del peso de llevar el nombre de Francia sobre los hombros, de la responsabilidad hacia su compañía, hacia sus tripulantes, pero también hacia la exigencia consigo mismo. Han preparado banquetes y fanfarrias, pero alega agotamiento extremo y, pese al desencanto de sus anfitriones, se marcha caminando, solitario y silencioso, hacia el hotel.

CAPÍTULO 56

Natal, 1930

A la mañana siguiente, mientras Mermoz se está afeitando, aparece en el lavabo sin puerta de la habitación del hotel un enviado del gobernador. Viene a informarle del programa de actos que le tienen preparado, con recepciones y discursos. Lo lamenta, pero tiene una cita a doscientos kilómetros.

Se va al encuentro del paquebote *Mendoza*, que hace escala en Pernambuco, antes de seguir rumbo a Europa. Allí ha quedado citado con Gilberte, que viaja en el barco con destino a Francia para empezar a preparar la boda. La escala de Pernambuco es tan sólo de unas horas. Era una cita arriesgada de cumplir con un viaje transoceánico experimental de por medio. Pero mientras los marineros descargan bultos por la pasarela, un europeo con traje gris marengo, corbata oscura y afeitado impecable se abre paso de manera decidida en dirección contraria hacia la cubierta.

Gilberte lo recibe con lágrimas de emoción en los ojos y él la abraza con firmeza. Ella es tan menuda que desaparece entre sus brazos.

—¡Estaba tan preocupada por ti!

Él la mira con extrañeza.

—¿Preocupada por mí?

La sonrisa de seguridad de Mermoz hace que cualquier prevención parezca innecesaria.

—¡Estoy hambriento!

—El capitán nos invita a almorzar en su mesa. Está deseando conocerte.

—Entonces vamos a ver a ese capitán. ¡Vaciaremos el barco de provisiones!

El barco zarpa hacia Francia y Gilberte le regala un pañuelo impregnado con su perfume.

—¡Cuando llegues, yo ya estaré allí esperándote! —le grita desde el muelle.

Dos días después, Ville aterriza tras un vuelo desde Florianópolis con los ciento cincuenta kilos de correspondencia destinados a Francia procedentes de las diferentes estaciones de la línea. Acude a pie de pista a darle la bienvenida Mermoz, vestido con camisa blanca y corbata impecable bajo la chaqueta de cuero. Se abrazan. Se miran y asienten. Poco más queda por decir.

Mermoz quiere partir enseguida. Desea demostrar que una línea de correo aéreo semanal entre América y Europa no sólo es posible, sino imprescindible. Una ligera brisa le agita el pelo. La brisa le quiere decir algo que él no oye.

Una barcaza remolca el *Comte de La Vaulx* hasta más allá del puente del ferrocarril. El viento es ligero, pero de costado. No es el adecuado para el despegue, pero esperar un cambio de viento puede suponer días de demora. Gimié y Dabry están en sus puestos y el cielo despejado, de un azul immaculado, los está esperando. Mermoz abre la llave del combustible y el aparato empieza a resbalar sobre la superficie del Potengi. Pero no se eleva. Mermoz tira de la brida, pero el caballo no salta. Al aumentar la velocidad, un flotador del lado izquierdo se desprende aparatosamente. Para no volcar ha de acelerar aún más. Antes de que la cabeza lo ordene, la mano ya está aumentando las revoluciones del motor y así consigue equilibrar el aparato hasta dominarlo y después frenar muy progresivamente.

El flotador es reparado con prontitud y Mermoz se dispone a volver a iniciar la maniobra de despegue. De nuevo el *Comte de La Vaulx* se acelera, pero no asciende. Sin viento frontal, no tiene apoyo sobre el que aupa sus cinco toneladas. El intento es fallido. Un ingeniero aeronáutico esperaría a que cambiase el viento. Pero él no es ingeniero. Es Jean Mermoz. Lo intenta una tercera vez tomando el río a contracorriente. Una cuarta, cambiando el sentido. Una quinta. Una sexta... A las dos de la madrugada hace el octavo intento de despegar del río, infructuosamente. Sus maldiciones retumban por toda la línea. Después de ocho intentos fallidos ha de repostar combustible y hacer revisar el aparato.

—Nos vamos a dormir —les dice malhumorado a los otros dos tripulantes.

—Como usted diga.

—Tres horas. A las cinco y media, preparados para el despegue.

Por la mañana, el viento de costado permanece inmutable. Prueba a remolcar el hidroavión a otro punto del río y vuelve a iniciar la maniobra a plena potencia. El avión no vuela. Lo intenta otra vez. Y otra, y otra más... A mediodía han realizado dieciséis intentos y no han podido despegar. La marea baja y los mecánicos han de volver a revisar el aparato. Al anoecer, vuelven a intentarlo. Diez intentos frustrados. Es ya de madrugada cuando un Mermoz furioso ordena que lo dejen por ese día. La brisa de costado le caracolea sobre el pelo como un bromista impertinente.

Al día siguiente, los dos tripulantes desayunan en silencio. Lo han intentado más de treinta veces y el viento permanece inamovible. Dabry y Gimié han hablado entre ellos. Creen que es inútil seguir dándose de cabezazos contra un muro y arriesgándose en una maniobra de despegue que las condiciones han mostrado que no es posible y que podría hacerles tener un accidente. No saben dónde está Mermoz. Durmiendo no, desde luego. La noche anterior se conjuraron para hablar con su piloto jefe para disuadirlo de hacer más intentos mientras no cambie el viento, pero enfrentarse a Mermoz no es algo que les agrada. Están agitando las cucharillas de sus cafés cuando Mermoz entra en el pequeño comedor. Los dos se miran y Dabry le hace un gesto diciendo que será él quien hable. Pero es Mermoz quien dice la primera palabra:

—Tienen la mañana libre. No habrá intentos de despegue.

Los dos tripulantes cruzan una mirada aliviada. No es Mermoz tan obstinado como habían creído. Tiene sus límites. Es humano.

—¿Quiere usted acompañarnos a la ciudad?

Entonces él los mira con extrañeza, como si observase un fenómeno incomprensible.

—No, no. Yo salgo ahora en vuelo con un Potez. Voy a sobrevolar la región en busca de una laguna amplia que esté protegida del viento sudeste. Me han hablado de una a doscientos kilómetros de aquí.

—¿Y cómo llevaremos tan lejos el *Comte de La Vault*?

—Volando yo solo, sin el peso del correo y sin los dos mil kilos de combustible es una pluma, saldrá de aquí aunque este maldito viento no role.

Mermoz se da la vuelta y los deja callados agitando sus cucharillas sobre un café que se les ha quedado frío. En las venas de Mermoz, el café siempre está hirviendo.

Tras varias horas de vuelo, localiza una laguna que le parece apta a sólo sesenta kilómetros de Natal. A mediodía ya tiene a los operarios vaciando el tanque de combustible. Efectivamente, con menos de la mitad de peso, el avión se eleva sobre el río con facilidad y antes del anochecer se posa sobre la laguna que va a ser su nueva pista de despegue.

Al amanecer todo está preparado para alzar el vuelo. Todo, menos el viento. Veinte de cada treinta días tienen el viento sur que necesitan. Pero una brisa insulsa del oeste, prácticamente nada, se empeña en aparecer. Por la mañana lo intenta ocho veces. La última de ellas, con un golpe de viento, resbalando a cien kilómetros por hora, que casi los hace volcar. Por la tarde, más intentos: todos fallidos. Al día siguiente, el mismo viento. Los mismos fracasos.

Ha dejado el hidroavión a los mecánicos. Está sentado en una roca y fija la vista en esa laguna inmóvil que empieza a odiar. Ni siquiera oye el motor del coche y la llegada de un empleado que le trae un cablegrama de la dirección. El señor Daurat le comunica que cincuenta y tres intentos son excesivos. Que no pueden retrasar más el envío de la correspondencia, que suba las sacas al primer barco hacia Europa.

El empleado se retira esperando instrucciones, pero no las recibe. Mermoz se ha quedado absorto mirando las nubes sobre indolentes macizos de árboles. El cablegrama le cuelga de dos dedos de la mano. Lo mira un instante. Primero con rabia, después con extrañeza. La hoja rectangular de papel se mueve nerviosa agitada por el viento. ¿Viento? Mermoz vuelve el rostro para recibir el aire en la cara. Es viento y ha rolado. Viento sur.

Se levanta y empieza a gritar:

—¡Deje el correo donde está! ¡Gimié, Dabry... a sus puestos!

El cambio del viento ha sido casi imperceptible. De un oeste flojo, casi nulo, a una brisa sur que en Francia no valdría ni para que los niños volasen cometas. Pero Mermoz arranca motores, toma velocidad y el *Comte de La*

Vaulx se desliza sobre la superficie mansa de la laguna hasta que se levanta sin esfuerzo sobre el agua.

Dabry y Gimié gritan hurras que se filtran a través del ruido ensordecedor del motor. Mermoz está ya concentrado. La partida ha vuelto a empezar.

La noche es lluviosa y afuera sólo hay una oscuridad confusa. Gimié es el oído que recibe las señales de los diferentes puntos de control y el oficial de navegación. Dabry es el ojo que hace los cálculos para determinar la posición y marcar el rumbo en unas notas que va pasando a Mermoz. Pasan horas sacudidos por las perturbaciones atmosféricas. Sobre el parabrisas cae primero la lluvia, después el granizo. También algunas gotas de aceite, y Mermoz toma nota mental para pedir que no llenen tanto el depósito porque rebosa. Él no puede ver en la negrura que los envuelve, pero en el panel de instrumentos las agujas están tranquilas y en la música del motor lee la regularidad de las vueltas. Todo está en orden.

Sin embargo, a veces la orquesta es capaz de tocar en las circunstancias más adversas. Al amanecer, lo que ve en el parabrisas lo deja estupefacto: está totalmente empapado de aceite. El motor sigue girando a mil seiscientos veinte vueltas por minuto, pero debe de estar a punto de quedarse sin aceite y, cuando eso suceda, empezará a calentarse hasta arder. Pasa los treinta y cinco kilos de aceite de reserva al motor y sabe, a casi novecientos kilómetros de la costa de Senegal, que no van a llegar a tierra. Gimié contacta con el barco de socorro *Phocéé*, que se halla a algo menos de cien kilómetros.

Avistan el barco tras una hora angustiosa, con la temperatura del motor escalando peligrosamente hacia los cien grados. Amerizar en una mar revuelta con olas de cerca de dos metros es desaconsejable. Pero no hay elección. El agua está fría, pero la superficie está hirviendo. Sabe que ha de posarse en el seno entre dos olas, justo en esos cinco o seis segundos de calma antes de que la siguiente ola se rearme de nuevo. Los nervios son el enemigo, la precipitación es la muerte. Su corazón sólo se desboca en las juergas, durante las noches de dispersión y desenfreno. En las situaciones de alto riesgo, en cambio, mantiene las pulsaciones bajas como si se adormeciera. Mermoz desciende hasta poner el avión estabilizado a flor de agua. Ahora o nunca. Se mete en una garganta entre paredes azules y pierde

de vista el mundo. Sólo tienen cuatro o cinco segundos. Empuja el comando hacia delante y se posa entre dos olas. La siguiente ola llega inmediatamente y los eleva como un corcho hasta mostrarles la luz borrosa del día y descubrir la chalupa que viene a por ellos forcejeando con el océano.

La maniobra de rescate en pleno oleaje no va a ser sencilla. Gimié se mueve con rapidez hacia la portezuela y Mermoz lo paraliza con la mirada.

—¡El correo, Gimié! Ayúdenme.

Los tripulantes dudan un instante. Cargar las sacas va a llevar un tiempo precioso que pone en peligro sus vidas. Pero Mermoz, dando tumbos por el movimiento del mar, ya está en la trampilla de la bodega. Antes de saltar ellos a las barcazas pasan haciendo cadena las sacas con los ciento cincuenta kilos de cartas, agarrándose unos a otros para mantener el equilibrio. Mermoz pasa las sacas a Gimié y éste a Dabry, que se ha situado a horcajadas sobre uno de los patines con los pies metidos en el agua. Si los marinos protestan por el sobrepeso, ellos fingen que el viento y el oleaje no les dejan oír nada. Después Gimié y Dabry pasan a la barcaza sobrecargada, que se agita enloquecidamente al poner un pie encima. Mermoz es el último y, antes de pasar a la chalupa, trepa por el hidroavión hasta anclar un cable de acero y embarcar con la punta del cabo para que lo remolque el *Phocée*. El capitán ve llegar con asombro la embarcación de salvamento con un sobrepeso peligroso de sacas de correo empapadas de agua y a un piloto tozudamente agarrado a la punta de un cable de remolque que cede a los marinos del barco antes que su propia mano.

El *Phocée* empieza a remolcar el hidroavión en dirección a la costa de África, pero unos cientos de metros más adelante una ola descomunal lo rebaña hacia su reino y desaparece bajo las aguas.

CAPÍTULO 57

Buenos Aires, 1930

Tonio se abre paso con su corpachón por la acera estrecha de la calle Corrientes, atestada de hombres con sombrero y mujeres con traje pulcro de domingo. Detrás, Guillaumet camina de la mano de Noëlle. Está más serio que de costumbre. Tonio se ha dado cuenta en cuanto ha pasado a recogerlos por su apartamento. En la calzada se apiñan coches y tranvías en un desorden que aturde, que tiene también algo de festivo y efervescente en esa ciudad que vive un crecimiento enloquecido. Dejan atrás la peluquería italiana, también una pulpería de la que sale olor a fritanga y la voz melosa de Carlos Gardel desde una gramola temblona. Alcanzan por fin la entrada del Luna Park, que eleva sus vistosas columnas de falsete vagamente moriscas, como de castillo de cuento, en un solar en medio de la avenida. Una noria gira con lentitud de viejo dinosaurio y todo tiene ese brillo decadente de los parques de atracciones.

Tonio se escabulle un momento y enseguida regresa con un enorme cucurucho a rebosar de palomitas de maíz.

—Son para ti, Noëlle.

Guillaumet y ella ponen cara de perplejidad.

—Pero, Tonio. Ya te había dicho alguna vez que no me gustan las palomitas.

Y él sonríe con esa picardía satisfecha de los niños golosos.

—¡Entonces tendré que comérmelas yo!

Los parques de atracciones le producen una extraña mezcla de euforia y tristeza.

—¡Las montañas rusas son tan breves! Subes y bajas y te asustas y te ríes... y, de repente, ya se ha terminado. ¡Todo pasa tan deprisa!

Alza la vista y Guillaumet tiene un gesto de preocupación. Busca enseguida algo con que animarlo y ve que allí cerca hay un fotomatón con un gran avión troquelado de cartón donde ponerse detrás de manera cómica como si fueran montados en él.

—Noëlle, Henri... ¡Vamos a hacernos una foto en ese avión!

Guillaumet no está de humor esa tarde. También es cierto que él, tan valiente para las grandes gestas, tiene pánico al ridículo. Hace amago de resistirse. Tonio, que tiene un cuerpo tan enorme que caben dentro el tímido y el bufón, corretea a su alrededor con los brazos en cruz como si quisiera imitar el vuelo de un avión y la corbata minúscula le cuelga con poco garbo. Guillaumet, avergonzado, mira de reojo para ver si alguien mira. Pero Noëlle le hace un gesto cómplice de afecto. Acepta, aunque sólo sea para que su amigo deje de hacer numeritos.

Tonio observa la compenetración de la pareja y no puede evitar una cierta melancolía. Añora a Consuelo, que ha viajado a Europa a arreglar asuntos. O, más bien, añora el amor. Echa de menos ese hilo de telaraña que le permite a uno mecerse en el aire.

¿Y Consuelo es su hilo? Ha de serlo. Es una mujer sensual, divertida y extravagante. No es una viuda de misa de ocho. Puede ser cambiante, fantasiosa y también adorablemente caprichosa. Aún no sabe si ella lo ama. ¿Y él? ¿Está enamorado de ella o lo que lo empuja es su necesidad de estarlo? ¿Y acaso hay diferencia? El amor está hecho de un material poco flexible: si lo estiras demasiado se rompe. Por eso no insistió más de lo debido cuando Consuelo le dijo que tenía que ir a arreglar papeles de su herencia a París. Ni siquiera cuando le dijo algo sobre un pretendiente que tenía allí y que era también un asunto que debía arreglar. Él le pidió que no fuese a verlo personalmente, que lo despachara con una carta. Y ella se rio a carcajadas como si hubiera contado un chiste graciosísimo. Iría a verlo, por supuesto.

¿Y si surge de nuevo la chispa entre ellos? ¿Y si reanudan el compromiso?

Noëlle ve que está absorto.

—¿En qué piensas tan concentrado?

—En tonterías.

—¿Tonterías? Pues tienes cara de misa de difuntos.

Baja un poco la cabeza y se sonroja ligeramente.

—Pensaba en Consuelo.

—¡Eso está bien!

—Pensaba en que ha viajado a Francia. Allí tiene un pretendiente, o algo así.

—¡No me digas que estás celoso!

—¿Celoso? —Y tarda en responderse a sí mismo un par de segundos más de lo convincente—. ¡En absoluto!

Noëlle se ríe de buena gana.

—¿Tú lo oyes, Henri? ¡Dice que no está celoso y desde que ha empezado a pensar en ese pretendiente de Consuelo se le ha puesto cara de vinagre!

Tonio, pudoroso, prefiere cambiar de tema:

—¿No íbamos a hacernos una foto?

Los tres se colocan detrás del decorado de ese avión dibujado y el fotógrafo les pide que se queden quietos un instante. Ellos no pueden saber la paradoja: ese avión silueteado de cartón, el más insignificante al que los dos pilotos se hayan subido jamás, los va a llevar mucho más lejos que cualquier otro. El vuelo de esa tarde en el Luna Park impreso en el papel fotográfico atravesará el siglo.

Dan vueltas en la noria y ven Buenos Aires con una perspectiva nueva: el anochecer les muestra una ciudad punteada por la iluminación pública y las manchas de colores de los nuevos anuncios de tubos de neón que proclaman en su fulgor eléctrico una época de avances tecnológicos sorprendentes. Convencen a Guillaumet para montarse los tres en un tiovivo sobre unos caballitos de madera de melenas blancas inmóviles y herrajes dorados que suben y bajan dócilmente. Noëlle se arrebujá en su chaqueta; ha refrescado y deciden que es hora de marcharse. Cuando ya están llegando a la puerta, Tonio todavía retrocede a toda prisa para acercarse a un tenderete y compra una cantidad exagerada de dulces de leche, que trae a duras penas en el cuenco de sus manazas con una sonrisa chispeante.

Noëlle mira a su marido de una manera significativa. Guillaumet se agita incómodo dentro de su traje oscuro. Tonio los mira con los ojos saltones de camaleón inquieto. Quieren decirle algo y no saben cómo.

—Tonio... Mermoz me escribió esta semana un telegrama. Quiere que vuelva a Francia para probar los prototipos de la fábrica Latécoère. Ya sabes, está trabajando intensamente en los nuevos hidroaviones para cruzar el Atlántico.

—¡Pero es una gran noticia! Ya sabes que no me gustan los hidroaviones con sus patines de esquí, pero Mermoz está haciendo un trabajo increíble.

Los mira con una sonrisa que no puede ocultar la tristeza, igual que un limpiaparabrisas puede apartar la lluvia pero no detenerla.

—Entonces... ¿tú, Henri, vosotros... también os marcháis?

Guillaumet asiente.

—Te quedas de gran jefe. Bueno, ya lo eres.

—Jefe... —suspira abatido—. Un jefe indio es lo que soy. ¿De qué me sirve ser jefe y ganar miles de francos si me quedo solo?

—Consuelo regresará enseguida —lo anima Noëlle.

—¿Y si no regresa?

Noëlle nunca deja de asombrarse de la incapacidad de esos hombretones valientes para enfrentarse a sus propios sentimientos.

—Entonces, si la quieres de verdad, tendrás que ir a buscarla.

CAPÍTULO 58

Buenos Aires, 1931

Tonio lleva unas semanas concentrado en el trabajo. La línea de la Patagonia se ha regularizado y ya hay una nómina de pilotos que van dándose relevos en los diferentes tramos. Vuela hasta Puerto San Julián y lo recibe el jefe de aeródromo, el señor Vitoco, con su mate bien caliente. Como sabe que es goloso, siempre le lleva algunos dulces comprados en una confitería de la calle Corrientes. En Río Gallegos comparte cenas y conversa con el señor Erasmo, que pertenece a la Cooperativa Obrera y tiene sueños anarquistas. A veces llega con el avión hasta el filo del estrecho de Magallanes y sobrevuela los volcanes dormidos como si atravesara un planeta remoto.

Pero hay algo raro flotando en el aire. Quizá es la soledad, que lo hace sentirse inquieto. El señor Daurat también ha regresado a Toulouse antes de lo previsto, por los problemas financieros de la compañía, y los magníficos proyectos de expansión se han ido estancando.

Tonio ha estado trabajando intensamente en la novela de los vuelos nocturnos. Ha escrito ya más de cuatrocientos folios. Le parecen demasiadas palabras. Como uno de esos pastores de la Patagonia que dejan un rastro de pequeñas fogatas en la planicie, él dedica horas y horas a esquilar el texto y quitarle la lana que le sobra.

No podría ser arquitecto. Hace reformas y no sólo tira los tabiques y la mampostería, también derriba las paredes maestras y las vigas del armazón de la novela. Pero le da igual porque odia el A + B + C. La vida es desordenada, feroz, y lo que quiere es meter un turbión de vida en esas páginas.

Ahora vuela con un radiotelegrafista, porque ya se ha impuesto de manera regular que, junto al piloto, vaya un radiotelegrafista que dé noticia constante de su posición y reciba indicaciones desde el control de los distintos aeródromos que sobrevuelan. Volar ya no es tan solitario como

antes; aunque el ruido de los motores impida la conversación fluida, sí hay un intercambio de mensajes garabateados a toda prisa en papeles minúsculos que le alarga con la mano: «San Julián llovizna leve, viento noreste moderado».

En su novela, Tonio muestra el ingreso del avión en la noche con la lentitud de una barcaza que deja atrás las luces del puerto. Al piloto apenas lo ilumina el reflejo tenue de los relojes del cuadrante. Mira hacia abajo y observa con ternura las luces lejanas en un campo a oscuras a esa hora en que se extienden los manteles para la cena. Para él cada bombilla encendida es una hoguera.

Cuando se sienta a escribir trata de atrapar en vano esos instantes de ingravidez que escapan al lazo de las palabras..., ¡el fulgor de las hogueras! Es ese momento en que todo se conecta y cobra un sentido, pero que nunca se puede contar. No hay adjetivos que merodeen siquiera ese lugar entre la levedad y el peso donde la luz se detiene. Por eso, de cada cien hojas que escribe, rompe noventa y nueve. Indulta una más por piedad que por convencimiento. Le parece que cualquier escritor que esté absolutamente satisfecho de su suflé de palabras es un perfecto idiota.

Una tarde en que anda triturando páginas, llaman al timbre del apartamento y, al abrir, aparece frente a él una torre de cajas de sombreros de todos los colores con dos manos sujetándola por la base en difícil equilibrio. Ese ser con piernas de hombre y cuerpo de cajas emite un «buenas tardes» desde algún lugar impreciso y entra en el apartamento. Antes de que pueda articular palabra, aparece otra muralla frente a la puerta. Es un carretón con algo que parecen lienzos o al menos bastidores envueltos en papel de estraza, sin que pueda verse de quien lo empuja otra cosa que las manos y luego, al pasar delante de él hacia el interior, una espalda inclinada empujándolo.

—¡Oiga!

Ha de apartarse para no ser atropellado por una carretilla tapiada de baúles hasta la altura de la cabeza.

—¡Pero...!

De nuevo ha de echarse a un lado porque llega otra, igual de atestada, pero esta vez con maletas de viaje. Su perplejidad da paso a una furia repentina y se dispone a entrar para pedir explicaciones a esos individuos que

han tomado su casa por un almacén, pero entonces aparece una pequeña figura en la puerta con una pámela enorme.

—Hola, querido.

Su pequeña salvadoreña volcánica, con ese gesto tan suyo, entre aristocrático y pícaro.

—¡Consuelo!

—¿No me vas a dar la bienvenida a Buenos Aires?

—¡Pero cómo no me avisaste de tu regreso!

—Los telegramas son aburridos. ¡Paga a estos muchachos!

Tonio saca atolondradamente unos cuantos billetes.

—Pero ¿qué hacen aquí tus cosas?

—Se me olvidó escribir a mi hotel para reservar habitación. Les diré que las vengán a buscar mañana.

—¡Consuelo! ¿Cómo te vas a quedar aquí? ¡La gente va a murmurar!

—¡Murmurar! Me encanta esa palabra. ¿Sabes que en castellano es prácticamente idéntica que en francés? ¡Murmurar! La palabra suena igual que el sonido de la gente cuando comadrea en voz baja.

—Consuelo...

—¿Qué, querido?

—Tenemos que casarnos.

—¿Ahora mismo?

Tonio se echa a reír. La toma en brazos.

—Tenemos que preparar la boda enseguida. Pero ha de ser en Francia.

—¡Qué prisas! Yo sólo tengo prisa por darme un baño y tomarme un buen dry martini. En el barco no había nadie en todo el servicio que tuviera la más remota idea de cómo preparar un dry martini que no te hiciera explotar la cabeza.

—Le he escrito a mi madre contándole nuestra relación. Está deseando conocerte. Nos casaremos en Saint-Maurice. ¡Será una boda luminosa!

—Soy viuda, ¿recuerdas? Me tengo que casar de negro.

—¿De negro?

—Por supuesto. En mi país sería inconcebible hacerlo de otra manera.

—Será como tú digas.

Tonio se queda callado un momento.

—Consuelo... ¿Tú te quieres casar conmigo?

—¡Ay, querido, siempre tan desordenado! ¿Después de haber planificado la boda y hasta el color del vestido ahora me preguntas si quiero casarme?

Y Consuelo se echa a reír como lo haría un pájaro exótico. Él se ríe también, aunque no termina de tenerlas todas consigo. No se quedará tranquilo hasta verla en el altar de la vieja iglesia de Agay.

Ella le hace ver que no hay prisa para pensar en bodas. Si se casan perderá la asignación que tiene como viuda de Gómez-Carrillo. Finalmente, deciden alquilar una casona con varias terrazas en la calle Tagle, en el norte de la ciudad.

Son semanas en las que él trata de escribir a mano con su letra menuda nuevas páginas de su historia de los vuelos nocturnos, pero también ha de atender los asuntos de la Aeropostale. Cuando reciben a gente, sus invitados se encuentran con unos anfitriones poco comunes. En la casa hay animales disecados y dibujos de Consuelo, mezclados con muebles salidos de anticuarios junto con otros que parecen llegados de algún desguace. Y un desorden de papeles, carpetas y libros que se apilan por todas partes. Los conocidos le hacen llegar a Consuelo el malestar de algunos amigos de su difunto marido, escandalizados por su actitud indecorosa. Ella se preocupa un rato y luego se olvida.

En esa casa los relojes son un adorno. Los horarios no existen. Las comidas son un desbarajuste. Tonio llega a veces muy tarde después de una ausencia de cuatro días en su ruta de ida y vuelta a la Patagonia, sin haber apenas dormido, y saca apresuradamente de su macuto un puñado de hojas que Consuelo ha de escuchar inmediatamente, sea la hora que sea. No importa que el amanecer los encuentre en esa tarea y Consuelo incluso se haya dormido; él sigue leyendo en voz alta para las sombras.

A Tonio le molesta llegar a casa y no encontrarla. A veces ella le deja una nota: «Estoy en la ópera. Llegaré tarde». Él la espera despierto, trabajando. El libro ha tomado un derrotero nuevo: el aviador es un personaje cada vez más secundario y se eleva la figura del director de la Línea. Rivière.

Un personaje inspirado en Daurat, un jefe arisco y exigente hasta resultar despiadado. Y, sin embargo, Tonio ve en él el camino de perfección: un sacrificio que engrandece.

Esas semanas transcurren para él de una manera feliz pero también algo sonámbula. Todo gira alrededor de Consuelo. Es un pequeño planeta con una fuerza de atracción enloquecedora. Ella es una explosión de ideas, por estrafalarias que sean: esculpir una escultura que quedará a medias en el salón, hacer meditación encima de la mesa del comedor, asistir a las sesiones de espiritismo que organiza una marquesa algo tronada, cambiar los muebles de sitio cada día o varias veces al día.

Le cuenta a Guillaumet en una carta que lo suyo no es un noviazgo, es un tango. Le parece que es feliz. Una mañana cae en la cuenta de que lleva un tiempo sin acordarse de Loulou.

A veces la toma por la cintura y le pregunta a bocajarro:

—¿Tú me quieres de verdad, Consuelo?

Y ella le hace un mohín seductor, lo toma por la barbilla y lo besa apasionadamente. Tal vez sea por su francés de matices imprecisos, pero siempre termina expresándose más con gestos, guiños o aspavientos que con palabras. Y eso aún acrecienta más esa ambigüedad que a Tonio lo atormenta y lo fascina. No lo hace sólo con él. Si en un hotel donde esté alojada, el camarero le trae a la mesa la factura en una pequeña bandeja para que la firme y cargarla a su habitación, ella le devuelve la bandeja sin abrir siquiera la factura y le sonrío de cierta manera. El camarero duda, pero finalmente hace una ligera inclinación y se retira. Ese gesto es su firma.

Él insiste en que han de casarse y, finalmente, ella accede. Le dice que ha de ir a Europa a preparar las cosas y su ausencia lo desquicia. Tonio se dedica a telefonarla a cualquier hora, desde cualquier parte. A menudo no la encuentra en el hotel de París donde se aloja y otras veces las líneas le devuelven el eco de la lejanía en forma de ruidos e interferencias que dificultan cualquier entendimiento. En la oficina de la Aeropostale los contables y las secretarias se habitúan a las voces del señor De Saint-Exupéry preguntando a gritos al auricular del teléfono si lo quieren. Alguna vez que no se ha percatado de la hora lo oyen llamar a berridos a Consuelo, como si

fuera a oírla al otro lado del océano incluso sin el concurso del cable telefónico submarino, y al momento susurrar, también a gritos, millones de disculpas por haberla despertado a las cuatro de la madrugada.

Finalmente, en una de esas conversaciones entrecortadas, él le dice que así no hay manera de aclararse y que va a tomar el primer barco.

—¿Y tu trabajo? —le pregunta ella.

Antes de que se corte la llamada le dice que ha pedido el permiso por boda.

—¡No te muevas de ahí! ¡Nos casamos en cuanto llegue!

—¡Pero yo necesito un vestido nuevo, querido! ¿Dónde encuentro un sastre que trabaje tan deprisa?

—¡No lo sé! ¡Encárgalo en diez sastrerías y quédate el de la primera que lo termine!

Esta vez es él el que cuelga. Tiene demasiadas cosas por hacer. Debe hacer un último vuelo a Comodoro Rivadavia para substituir a un piloto, preparar el equipaje, escribir a su madre, comprar regalos para sus hermanas...

El señor Daurat ha enviado un telegrama desde Montaudran autorizando escuetamente su permiso. No puede negárselo: lleva dos años sin hacer vacaciones. Además, Daurat tiene otras preocupaciones.

Tonio, que nunca tiene prisa para nada, al final siempre acaba corriendo. Tanto tiempo pasa en la cafetería de la terminal brindando con champán con amigos y colegas, varios de ellos pilotos argentinos, que casi pierde el barco. En la dársena lo espera el mozo que le guarda la mascota que ha comprado para regalársela a su hermana Gabrielle y que le entrega con alivio.

—Ahí tiene su gatito, señor —le dice con una mueca de fastidio.

No pasa desapercibido en el muelle de cruceros transoceánicos un individuo grandullón trotando por la terminal vestido con un traje cruzado con los faldones de la camisa por fuera del pantalón que tira con una correa de una cría de puma y hace señales a los marineros de la pasarela para que esperen.

El viaje se le hace muy largo, especialmente porque tiene que dar de comer y sacar cada día a pasear al felino, que crece a una velocidad inquietante. En una de esas salidas, se cruzan con uno de los oficiales del

barco y el animal no tiene peor idea que lanzársele a la pantorrilla y darle un mordisco. Tonio tira de la correa con que lo sujeta y se lo quita momentáneamente de encima al marino. Pero lo hace con tanta fuerza que se le resbala la correa y con el impulso cae estrepitosamente encima de una pila de flotadores salvavidas. Entre los gritos del marino y el batacazo de su dueño, el cachorro aprovecha la confusión para escapar.

Al colarse por la primera puerta que encuentra, lo que hace es meterse en el casino. Cuando las primeras señoras enjoyadas de la mesa de bacarrá se dan la vuelta y ven entrar al felino goteando sangre por los colmillos, tiran las cartas y tratan de salir corriendo con tal torpeza que la mesa cae al suelo y provoca una cascada de fichas.

Algunos clientes más preocupados por su dinero que por su vida se ponen a cuatro patas a buscar sus fichas o directamente a arramblar con lo que puedan, mientras el puma merodea como un toro en los sanfermines, haciendo a la gente correr en bloque de un lado para otro. Uno de los empleados aparece con una garrota y hace ademán de plantar cara al puma, pero en cuanto el animal lo detecta en su campo visual y se encamina hacia él con largas zancadas, el empleado arroja el palo y echa a correr. Alguien en medio del caos atina a abrir una puerta que da al pasillo y empiezan a salir en tromba. El puma los observa más divertido que hambriento, muchas señoras y señores tropiezan y caen al suelo frente al atasco de la puerta. Cuando, a empellones, sale el último pasajero, un marinero cierra la puerta y lo dejan enjaulado entre las ruletas y las mesas de tapete verde.

El felino es requisado por el capitán, para ser encerrado y entregado a las autoridades en cuanto recalen en las islas Canarias.

Esa noche escribe unas notas en su cuaderno. Esbozos de una carta para Loulou que nunca le enviará: «En unos días me convertiré en un respetable señor casado. Han pasado años desde que una vez estuvimos prometidos. Ha pasado una vida entera. Ésta será ya otra vida. Nueva. Distinta. A veces todavía pienso en cómo hubiera sido a tu lado... Ya sé que es ridículo, pero no puedo evitar añorar las vidas que no he vivido».

El barco llega a la escala de Almería, una ciudad minúscula del sur de España donde se ha citado con Consuelo. Alquilan un coche, el único taxi que hay en muchos kilómetros a la redonda, que los lleva por una carretera en

la que adelantan a hombres bajos subidos a lomos de asnos. Llegan a un promontorio pelado, en medio de un secano que le recuerda al paisaje africano, y desde allí ven en el valle el fulgor de un pueblo encantado de casas blancas que destellan una luz cegadora. Piden ir enseguida a ver ese pueblo de orfebrería y entran con el coche, espantando gallinas y ancianos con gayatas hechas de madera de olivo hasta plantarse delante de las primeras casas. De lejos parecían de ensueño en su fulgor blanco; de cerca se revelan sencillas, pobres la mayoría, menesterosas.

Tonio se queda callado.

—¿Qué pasó, querido?

Suspira profundamente.

—Los sueños, Consuelo...

—¿Qué les pasa a los sueños?

—No podemos tocarlos. Se deshacen. Mira estas casas que parecían de oro blanco. Al tocarlo se convierte en cal.

—¡Tonio! ¡Olvídate de los sueños! ¡Vive ahora!

Él asiente, apesadumbrado.

—¡Señor Alfonso! —Se dirige al chófer—. ¡Llévenos a un restaurante!

—Hay un mesón en el pueblo de al lado, pero no es de su categoría.

—¿Hay bandoleros?

—¡No, señora! Es un sitio de gente pobre pero honrada. Acuden agricultores y arrieros, gente de bien. Pero sólo podrán ofrecerles manteca *colorá*, sopas de pan, tortilla de patatas y, si ha habido caza, quizá perdices.

—¡La tortilla española! ¡Me encanta!

Atraviesan el país sin prisa, hasta llegar a Francia. Se instalan en la casa que Consuelo ha heredado de Gómez-Carrillo en Niza. Allí reciben a familiares y amigos. Su tía, Yvonne de Lestrangle, acude una tarde a visitarlos acompañada de André Gide, que ya entonces es uno de los escritores más afamados de Francia.

Gide siente fascinación por las aventuras de aviación que Tonio relata con su entusiasmo poético y se lleva bajo el brazo con gran satisfacción una copia del manuscrito de esa novela de noche y sacrificio que se titulará *Vuelo nocturno*.

Consuelo gesticula mucho, se sienta y se levanta muchas veces de la mesa del jardín, trata de sacar nuevos temas de conversación, pero ni Yvonne de Lestrangle ni Gide le hacen demasiado caso y ella se va poniendo más y más impertinente. Únicamente les interesa el trabajo de Tonio en Sudamérica y hablar de literatura, y ella hace notar su aburrimiento con bostezos groseros.

Cuando se marchan, está rabiosa.

—¡Son unos estirados y unos esnobs! —chilla mientras vuelven hacia el interior de la casa—. ¡Yo sé más de literatura que ellos!

—¿Ah, sí? —le dice con sorna Tonio, divertido por su pataleta porque no le han hecho las reverencias que suelen dispensarle sus amigos.

—¡Pues claro que sí! ¿A cuánta gente conoces que haya sido la esposa de dos escritores?

—Ya...

—Además, tu tía me miraba de arriba abajo. ¡Es de esas mujeres que no pueden soportar que otra mujer sea más atractiva que ellas!

—¡Vaya! Pero ese despliegue de sensualidad no parece haberte dado resultado con el señor Gide...

Pone los brazos en jarras.

—No me lo tomo como un desaire. Me temo que las mujeres le interesan muy poco.

—¡Pero si está casado! ¡Tiene una hija!

—Eso no quiere decir nada. Yo sé leer en la mirada de un hombre. ¡Sólo se quedaba embobado mirándote a ti!

—¿Me vas a decir que estás celosa de André Gide?

—¡No seas ridículo, querido! ¡No soy una mujer celosa! ¡Pero la próxima vez que vea a ese señor Gide mirarte tan intensamente le vaciaré la copa de champán en los pantalones!

El amanecer del día de la boda, Tonio suspira como el corredor que ve la meta. Ella va vestida de negro, con velo y un ramo de claveles en la mano. Él, de traje cruzado, exultante. En las fotos parece, más que un novio, un niño enorme el día de su primera comunión.

Los días siguientes se siente pletórico. Si visitan Saint-Maurice y en el pueblo se cruzan con cualquier conocido de su juventud, lo agarra por los hombros y lo arrastra hasta la cafetería más próxima para invitarlo a champán y que conozca a su esposa, que a veces habla por los codos y otras no oculta su aburrimiento con el más descarado desdén.

Algunas noches, mientras ella pinta, él sale a fumar al jardín y, a veces, cuando se queda solo se siente invadido por la tristeza. Una tristeza espesa, sin motivo, que le pone los ojos húmedos sin saber por qué. Igual que a otros les dan ataques de asma o se les desarregla el estómago, a él se le desbarata el ánimo y tiene accesos de una melancolía que lo deja derregado.

Se pregunta de dónde surgirá toda esa tristeza. Además, no tiene sentido... ¡Está en el mejor momento de su vida! Ha encontrado el amor, tiene el reconocimiento laboral y sus perspectivas como escritor, alentadas por el editor Gallimard y apoyado por André Gide, son magníficas. Debería estar dando saltos de alegría, es el hombre más afortunado del mundo. Y, sin embargo, la bailarina que da vueltas en la caja de música de repente se para. Querría recuperar la pasión de unos años atrás, cuando el amor era un tizón al rojo vivo, que lo abrasaba pero también lo iluminaba.

Si hubiera atendido más a las conversaciones de los corrillos en el aeródromo de Pacheco o en las oficinas de la calle Reconquista, e incluso si hubiera leído con algo de atención los periódicos, la noticia no lo habría tomado tan por sorpresa. Algunos días ha visto ciertos artículos referidos a la crisis en la Aeropostale y los ha ignorado. Cuando de pequeño se tumbaba en la cama de su habitación de techos infinitos en el caserón de Saint-Maurice y creía atisbar en la oscuridad cabezas de fantasmas que iban hacia su cama, tenía un método infalible para combatir a los monstruos: metía la cabeza debajo de la almohada y eso lo protegía de todo.

Recibe un comunicado informándole de la cancelación de todos los proyectos de ampliación de las líneas americanas de la compañía y la venta de la filial argentina. El suelo bajo sus pies se estaba hundiendo y él no se había dado cuenta.

CAPÍTULO 59

Toulouse, 1931

Mermoz observa en la pista de Montaudran el Laté 28 modificado para convertirse en un avión transoceánico. La media docena de ventanillas le dan cierto aire de pequeño autobús volador. Se sube la cremallera de la cazadora de cuero y se ajusta del casco y las gafas antes de subir para un nuevo vuelo experimental. Lleva semanas testando las modificaciones al Laté 28 con el objetivo de saltar hasta América, pese a la situación turbulenta de la compañía.

Se acerca un mecánico con un bulto en la mano. Es ya un pequeño ritual. El mecánico le trae el paracaídas y Mermoz se ríe. No quiere paracaídas. Es incómodo y le parece más seguro tratar de aterrizar en cualquier circunstancia que lanzarse desde cientos de metros con esa tela de gabardina. El mecánico le sigue la guasa, al menos hasta que se da la vuelta y ve detrás de él al director de explotación observándolos fijamente y se pone serio de golpe.

—Mermoz, me parece que se olvida el paracaídas.

—¡Pero, señor Daurat!

—Está usted realizando un vuelo de pruebas. Y las normas de aviación vigentes exigen llevar paracaídas.

—Es un incordio inútil.

—Las normas son para todos. ¿Quiere que hagan una normativa sólo para usted?

Mermoz hace una mueca de fastidio. Pero el mal humor se le pasa en cuanto despega y toma altura. El aparato no nota las seis toneladas de carga que le han puesto y alcanza los cinco mil metros con suavidad. Da un par de guiñadas a derecha e izquierda y responde perfectamente. Inicia la prueba de máxima velocidad y abre el paso de combustible. El Laté acelera bien hasta

que empieza a vibrar de una manera enloquecida, ni siquiera puede sujetar el mando por el temblor. No le da tiempo ni a reducir la velocidad: como si fuera una maqueta mal encolada, el avión se desgaja en el aire y saltan varias de las chapas del fuselaje. El avión empieza a caer en barrena y la sangre se le escarcha durante un segundo. Entonces recuerda el paracaídas y, boca abajo como está por el picado del avión, trata de salir por la abertura del techo, pero todas las piezas se han deformado y los hombros se le atascan. Con la cabeza fuera, puede ver cómo se acerca el suelo a la vez que se parte un ala y se desprende un depósito de combustible en ese avión que se deshace en el aire. El propio desencaje de las piezas y la fuerza de sus hombros logran hacer saltar la tapa de la cabina y consigue caer como otra más de la lluvia de piezas del Laté. Está muy cerca del suelo. El paracaídas se abre y queda suspendido en el aire unos instantes, pero la tornillería raja la tela del paracaídas y Mermoz cae con mucha fuerza al suelo.

Los empleados del aeródromo llegan corriendo con una camilla sin saber si habrá sobrevivido a la caída. Pero tienen la respuesta al verlo levantar el brazo haciendo una «v» de victoria.

Sin embargo, está muy dolorido y ha de ser trasladado al hospital. Allí le diagnostican un esguince en un tobillo y una costilla rota.

—Tendrá que quedarse aquí inmovilizado al menos cuatro días.

—Doctor, me casé hace unos meses.

—¿Quiere que avisemos a su esposa?

—¡No, no! ¡Lo que quiero es que no la avisen! Encima de que la dejé sin viaje de bodas por mi trabajo en estos vuelos no voy a darle ahora un disgusto.

—El protocolo del hospital obliga a que cuando se ingresa a alguien hay que avisar a un familiar directo.

—Está bien, avísenla. Pero díganle que la semana próxima estaré jugando al rugby.

Se casaron el pasado agosto. El propio presidente de la Aeropostale, el señor Bouilloux-Lafont, aceptó ser su testigo. Tonio y Guillaumet, desde una esquina, se daban codazos uno al otro y lo señalaban con incredulidad como si no se creyeran lo que estaban viendo. Y aun así, no fue el día luminoso que

esperaba. Aquella misa tan solemne e incluso la propia Gilberte, encantadora con su vestido blanco, pero con una sonrisa seria, le contagiaron una cierta inquietud. Como si el matrimonio fuera una trampa para ciervos.

En estos meses Gilberte ha sido una esposa atenta que siempre estaba en casa para recibirlo de manera afectuosa. Aunque la ve estrujarse las manos cuando se despide, nunca le ha reprochado un viaje, ni una ausencia, ni alguna de sus salidas a cenas que se dilatan hasta el amanecer o más. Nunca le hace preguntas y cualquier explicación que él le da, ella la recibe sin rechistar. Cualquiera pensaría que es una vida plácida. Pero él no acaba de sentirse contento consigo mismo. Ella se merecería un marido más hogareño, más entregado, que la hiciera sufrir menos. Se pregunta si Gilberte es feliz. Lo parece a veces, pero ¿lo será de verdad? No es capaz de saber realmente qué hay detrás de esos ojos marrones de ardilla y esa eterna complacencia.

Al día siguiente, la primera visita que recibe en el hospital es la de unos compañeros pilotos.

—No te levantes —le dice con guasa Pichodou al verlo inmovilizado.

—Es el maldito vendaje. ¿Cómo va todo por ahí?

—No muy bien. De hecho, venimos a contarte...

—¿Otra vez con esas aprensiones sobre la Aeropostale? ¡Ya os he dicho un montón de veces que no hay nada que temer en la Línea! Bouilloux-Lafont es un hombre muy poderoso, con infinitos recursos: tiene líneas de tren, minas, incluso bancos en Sudamérica. ¡Deberías ver cómo trata a los ministros! ¡Como si fueran limpiabotas!

Pichodou suspira. Nada le gustaría más que creerlo.

—El tribunal ha dictado sentencia. Bouilloux-Lafont no ha podido hacer frente a las deudas, el Estado le ha confiscado la compañía.

Por una vez, a Mermoz se le afloja la voz:

—Eso no es posible.

—La compañía ha estado meses con retrasos en el pago de los salarios —se queja uno de los pilotos.

Mermoz lo encañona con la mirada. Si se pudiera mover le daría una colleja.

—La culpa es del gobierno. ¿Se gastan fortunas en estupideces y no son capaces de renovar el crédito de ochenta millones de francos a la compañía? Las líneas de Sudamérica están consolidadas y hay proyectos avanzados de nuevas rutas: la de las Antillas, la apertura de una línea del Atlántico Norte... —Mermoz sacude la cabeza y vuelve a sonreír como si descubriera que todo es una broma—. Seguro que es un farol, querrán tensar la cuerda, presionar con su burocracia a Bouilloux-Lafont y a continuación autorizarán el crédito. ¡Ya lo veréis!

Sólo Pichodou se atreve a contradecirlo.

—La sentencia es firme y han ordenado ejecución inmediata. Bouilloux-Lafont ha tenido que irse a su casa y esta mañana han venido a las oficinas unos empleados del ministerio con carpetas negras. Los administrativos han dicho que son los liquidadores.

Mermoz trata de incorporarse y siente una punzada de dolor en el costado.

—¡No pueden tirar a la basura todos estos años! No pueden deshonar a los muertos.

Lo miran y asienten en silencio. Mermoz siente un brote de rencor hacia esos compañeros dispuestos a resignarse. Su melena de león se agita con rabia de animal herido.

—¡No lo van a hacer! ¡No lo permitiré!

Ante la mirada estupefacta de sus compañeros, se levanta de la cama apoyándose en el brazo del costado bueno y se va cojeando hasta el armario. Abre la puerta y al tratar de sacar la chaqueta tira las perchas.

—Pero ¿qué haces, Mermoz? ¡Estás herido!

—¡Pero no estoy muerto!

Una enfermera que llega en ese momento empieza a llamar a los doctores. Harán falta dos médicos, tres enfermeras y un camillero para volver a arrastrarlo hasta la cama.

CAPÍTULO 60

Casablanca, 1931

Tonio ha vuelto a África, pero no ha regresado. Nunca podemos regresar a donde fuimos felices. Incluso cuando los lugares permanecen intactos, somos nosotros quienes hemos cambiado.

Piensa en eso en la carlinga abierta a cuatro vientos del Latécoère 26. Le estalla en la cara el aire caliente, el sabor a arena abrasada y el olor a minerales milenarios. El aeródromo de Casablanca se aparece en el campo de visión con sus hangares de madera sucia, las pilas de bidones oxidados y las pistas de macadán trazadas con cal.

Lo saca de su ensimismamiento el radiotelegrafista, que alarga un papel escrito a mano con letra de sismógrafo. Esas indicaciones hacen el vuelo más seguro. Pero no puede evitar cierto desánimo.

Volar se ha convertido en una tarea administrativa...

Toma tierra algo distraídamente y las ruedas brincan varias veces antes de posarse en el suelo apisonado.

La llegada a Marruecos de Consuelo, que se quedó en Francia los primeros meses, ha aliviado su soledad. Casablanca es una ciudad que se pretende cosmopolita, pero a él le parece un sitio provinciano donde los europeos juegan a ser exóticos.

Consuelo lo está esperando siempre con algún plan: cenas en casa de funcionarios del gobierno, visitas a alguno de esos artistas amigos suyos, té en casa de señoras que mueven mucho sus abanicos de carey para espantar el aburrimiento... Los hombres bromean con Consuelo y ella les sigue el juego halagada. Se pregunta qué hará ella, tan necesitada siempre de juegos y actividad, los días y las noches que él está ausente. Se pregunta qué habrá hecho esos meses ella sola en París, siempre rodeada de hombres apuestos que la halagan con sus atenciones.

Muchas de esas noches que vaga en un limbo oscuro entre Agadir y Port-Étienne se ha preguntado si tendrá un amante. O varios. Las horas de vuelo silencioso dan para pensar mucho. Algunos días desecha esa idea absurda y se reprende a sí mismo por sus celos ridículos. Otros días sopesa un gesto o una mirada que le ha visto cruzarse con un joven oficial de la guarnición o con un ingeniero de minas inglés muy elegante y con unos modales exquisitos, que visita a los Drillon. Consuelo, menuda y pizpireta, le parece un pájaro cantor: lo cuidas, lo mimas, le pones la mejor hoja de lechuga para que picotee..., pero si la puerta de la jaula está abierta echará a volar. Y nadie puede enfadarse por eso. Volar está en su naturaleza.

Él también necesita volar. Cuando Loulou le pidió que se cortara las alas para poder seguir queriéndolo, él aceptó. La paradoja es que, al hacerlo, ella dejó de amarlo. Ahora se da cuenta de su trágica equivocación: no se puede querer a un pájaro que deja de volar porque si no vuela ya no es un pájaro. No puede dejar de pensar si, de haberse mantenido firme y haberse convertido en piloto profesional en lugar de un gris oficinista, no habría mantenido viva la hoguera de su pasión. Aunque también es cierto que Loulou tenía algo de hada caprichosa. No soportaba que la contradijeran, pero aún menos que le dieran la razón.

Trata de apartar esos pensamientos de su cabeza. Quiere pensar en Consuelo y su cerebro le pone delante la figura voluptuosa de la muchacha que hace las tareas de la casa. A veces, mientras él lee el periódico, ella está limpiando por el salón y al agacharse para recoger algo deja entrever el nacimiento de sus senos tiernos y redondos como pan de centeno.

Pensaba que cuando encontrase a la mujer de su vida, todas las demás se borrarían. Cuando amaba a Loulou no era capaz de ver a otras mujeres, se habían vuelto todas invisibles. Ahora, sin embargo, las ve, son carnales, ve agitarse sus senos delante de él como maracas. Le preocupa que el brillo de su relación con Consuelo no sea lo bastante poderoso para eclipsar al resto de mujeres. Ningún código penal condena a nadie por un pensamiento. Pero él cree que los actos no son más que un síntoma, el último compás ruidoso de una larga sinfonía de instrumentos mudos. Cree que los pensamientos sí importan: si deseas fervientemente matar a tu vecino incubas los mismos

huevos de serpiente que si ya lo hubieras asesinado. Le parece que él no podría ser severo si Consuelo tuviera alguna ligereza porque él es el primero en cometer adulterio: no deja de pensar en Loulou.

A veces no puede evitar preguntarse qué estará haciendo Loulou en ese preciso instante. Mira su reloj: las cinco y cuarto o las ocho y diez... ¿Qué estará mirando? ¿Estará leyendo? ¿Estará componiendo uno de aquellos poemas que le gustaba trazar con su letra muy redonda?

Busca al ordenanza del aeródromo; mientras se asea y se cambia de ropa, lo envía a comprar flores a un pequeño puesto que hay en el bulevar de la Gare.

—¿Qué flores quiere?

—¡Todas! —Y le alarga el dinero que lleva enredado entre los bolsillos.

A Consuelo le encantan las flores. Las recibe con el mismo alborozo con que las olvida un momento después encima de cualquier repisa.

Llega sosteniendo a duras penas el brazado de flores silvestres que ha comprado a precio de orquídeas. Las flores en Casablanca son caviar. Su pequeño volcán salvadoreño lo espera en Chez Zezé, una *brasserie* algo destartalada cerca del puerto animada por dos pianos mecánicos que a ella le parece encantadora. Cosa rara, ha llegado la primera y levanta su mano minúscula con la copa de vino para darle la bienvenida.

—¡Flores! Muchas gracias, Papou. ¡Son hermosas!

Las deposita formando una pila de colores sobre una silla.

—¿Qué tal tu viaje?

—Sobre Port-Étienne vimos una bandada de flamencos. Ninguna escuadrilla de ningún ejército dirigida por el comandante más riguroso habría volado de manera más ordenada.

—Hemos quedado a cenar con los Vimeux.

—Me gustan ese doctor culto y su esposa.

—También vendrán los Bonner y los Desrosiers.

Tonio arruga su nariz respingona.

—No me gustan esos funcionarios del gobierno que creen que por tomar el té con mucha menta en su porcelana de Sèvres ya son exóticos.

Ella le hace una carantoña.

—¡Son gente influyente! ¿Serás bueno y te portarás bien con ellos?

Él dulcifica el gesto. Imposible negarle nada a Consuelo.

—Seré el mejor.

Llega el doctor con su esposa y al momento los empleados del gobierno francés destacados en Argelia. En los collares de perlas de ellas y las chaquetas a medida y los gemelos de oro de ellos se lee su posición acomodada. Él también lleva un traje cruzado y corbata, pero su chaqueta tiene los bolsillos ajados y la camisa hace tiempo que perdió el apresto.

Tonio quiere hablarles de una bandada de flamencos. Pero los Bonner y los Desrosiers prefieren que les cuente cómo están los asuntos financieros en la Aeropostale. Han oído que está en bancarrota.

—Yo entiendo muy poco de todo ese asunto de los avales bancarios y los ochenta millones de francos que dicen que deberían financiarse. Pero lo que no me explico es cómo Francia puede dejar hundirse sin hacer nada una compañía puntera mientras los competidores de Italia, Alemania o Gran Bretaña se frotan las manos. Tenemos un gobierno que da vergüenza.

Consuelo lo mira fijamente tratando de frenar su lengua con algún tipo de hipnotismo. Le daría una patada por debajo de la mesa, pero sus piernas son muy cortas. Parece no darse cuenta de que a quien habla con tanto desprecio del gobierno es un funcionario del Estado. En realidad, le da igual su interlocutor; habla para sí mismo.

—Los récords batidos, las líneas abiertas en los lugares más inhóspitos, los elogios de la prensa, los montones de medallas y condecoraciones al mérito civil no significan nada para el Ministerio del Aire.

—¡Ah, ya entiendo! —le responde Bonner con una sonrisa de hielo—. Las condecoraciones, la prensa... ¡mantener esta línea aérea tan costosa es una cuestión de vanidad!

—¿Cuestión de vanidad? —Eleva la voz—. La cuestión, señor Desrosiers, es el respeto a la memoria de los ciento catorce fallecidos en la Línea. Gente que dio su vida por llevar el correo aéreo de todos los ciudadanos de este país. Pero ustedes no pueden entenderlo. Lo más arriesgado que han hecho nunca es asomarse desde el palco de la ópera.

—¡Eso es ofensivo!

Se encoge de hombros. Le da igual.

Consuelo trata de apaciguar la tensión con un cambio de conversación hacia la dificultad para encontrar gente de servicio que no se largue de repente o acabe llenando la casa de parientes. En cuanto terminan el mechui, sin esperar postre o café, las dos parejas de funcionarios gubernamentales se levantan a la vez de manera muy coreográfica y se despiden secamente.

El médico y su esposa levantan la vista. Consuelo echa una mirada fulgurante a su marido:

—¡Dijiste que te portarías bien con ellos!

—Lo he hecho —le responde—. Ellos me han preguntado y yo he respondido. Habría sido una descortesía no hacerlo.

El doctor Vimeux sonríe y, finalmente, Consuelo también.

—¡Olvidémonos de ellos!

Pide más vino al camarero y empieza a contarles una de sus peripecias recientes:

—Fue en el trayecto entre Agadir y Saint-Louis de Senegal. Volaba con mi radiotelegrafista, Neri, y perdimos las referencias. Dimos varias viradas a ciegas, habíamos perdido el rumbo encima del mar. El combustible empezaba a ser ya muy justo para llegar al aeródromo... ¡pero teníamos un mapa de estrellas!

Tonio despliega sus vivencias como un comerciante del zoco que extiende sobre una alfombra sus tesoros. Los Vimeux se marchan magnetizados por sus historias. Pero al quedarse solos, Tonio mete sus manos de zarpa en esos bolsillos de la chaqueta que son como sacas y se queda serio. No puede quitarse de la cabeza los rumores de cierre de la compañía.

—El brillo de las estrellas es falso. La luz que vemos es la que emitieron cientos de miles de años atrás. Las estrellas que vemos brillar están muertas. El final de todo siempre es la oscuridad, la nada. Todo esto es inútil, un disparate.

Consuelo le acaricia el pelo.

—Vamos, Papou...

Caminan despacio hasta su apartamento y al llegar encuentran en el buzón un sobre amarillo de la editorial Gallimard. Dentro hay una nota del editor, Gaston Gallimard: «Señor De Saint-Exupéry, la crítica está rendida a *Vuelo nocturno*. Estoy deseando verlo en París para celebrarlo. G. G.».

La acompaña con una hoja del diario *Le Matin* donde el crítico señala:
«No es una novela, mejor aún: es un gran libro».

—¡Esto es maravilloso, Tonio!

Él levanta los ojos con extrañeza, como si fuera de otro de quien hablasen.

—¿Realmente crees que habrán entendido que es una historia sobre la noche y el deber?

—¡Y eso qué importa! Lo importante es que les ha gustado, que la ponen por las nubes y que ahora ya eres un escritor importante.

Se queda un momento pensativo.

—Entonces ¿antes no lo era?

—Pues no, querido.

Asiente sin estar muy seguro de haber entendido cómo funciona el mundo. Sólo eres importante cuando los demás deciden que lo seas.

CAPÍTULO 61

Aeródromo de Montaudran (Toulouse), 1932

El cierre de varias líneas en pocas semanas ha hecho que las oficinas de Montaudran hayan perdido parte del ruido de las máquinas de escribir y radiotelégrafos, del antaño incesante trajín de administrativos, secretarías, mecánicos, pilotos e inspectores. El tecleo resulta monótono y flota en el aire una pesadez de sobremesa. La única luz que nunca se apaga es la del despacho de Daurat.

Con sus eternos ojos de espanto, Bouvet llama a la puerta y, al ser autorizado, encuentra al director envuelto en una nube de humo y papeles, como siempre. Daurat mira al hombrecillo menudo con calva de fraile. Con el paso de los años ha desarrollado la misma capacidad para oler el miedo que los perros. Y hay miedo en Bouvet cuando le acerca un telegrama. Está en vuelo el correo entre Port-Étienne y Saint-Louis, con Gaston Mugnier de piloto y Sacha Nimier de telegrafista. Y en dirección inversa hay dos aparatos: uno entre Agadir y Casablanca con Guillaumet y Pourrat, y otro llegando a Barcelona pilotado por Utrillo y Salacrou en las comunicaciones.

Antes de posar los ojos sobre el mensaje, Daurat dedica una mirada hostil a Bouvet, que se ha quedado mirando con la mandíbula descolgada, apabilado como si acabara de presenciar él mismo la caída contra el suelo de alguno de los aviones, sonado por el golpe de la catástrofe. El asistente da un par de pasos atrás murmurando unas disculpas atribuladas.

Daurat mira el comunicado y suspira aliviado. Es un mensaje de la presidencia de la compañía. En sus oficinas de París no hay aviones cruzando el desierto, tan sólo burócratas atravesando moquetas.

«Señor Didier Daurat, la compañía valora de manera extraordinaria sus doce años de dedicación a la compañía...».

Esa línea lo alarma. Siempre desconfía de quienes lo alaban. Se salta un par de párrafos y sus ojos pequeños se agrandan por la estupefacción.

«Lamentamos que las evidencias recabadas tras las denuncias interpuestas por dos empleados de la compañía sobre las acciones intolerables cometidas por usted al quemar sacas enteras de correo en las instalaciones de Montaudran nos obligan a ejecutar de manera inmediata su despido y con efecto a partir del momento de recibir esta misiva donde se le comunica que cesa en todas sus funciones de director de explotación.»

Hay más párrafos legales y, debajo, la firma del nuevo director general.

Bouvet, siempre apocado, tiene los hombros aún más caídos que de costumbre, a la altura de los tobillos.

—¡Bouvet! ¿Qué hace ahí parado como un pasmarote? ¡Estoy esperando los presupuestos de combustible del trimestre! ¡Muévase!

Bouvet encaja con un gesto de estupefacción y felicidad el rapapolvo. Entonces, nada ha cambiado.

Pero todo ha cambiado. Mientras camina hacia su mesa, Bouvet vuelve a encogerse y siente la pesadumbre con más fuerza. Unos minutos antes de que el cable haya llegado al despacho del señor Daurat, todos los empleados han sido convocados por el jefe de personal a una reunión donde se les ha comunicado el cese fulminante del director de operaciones. Todos saben que la acusación de que el hombre que más ha cuidado del correo de los franceses durante años haya quemado sacas enteras de cartas sin una razón de peso es ridícula. Pero también saben que algo iba a suceder, que el actual propietario de la compañía, agobiado por los problemas financieros, lo quería fuera desde hace tiempo. Es cierto que Daurat ordenó unas semanas atrás que se hiciera una hoguera fuera de pistas y se echaran unas sacas enviadas por un nuevo proveedor. Unas sacas rellenas de papeles usados, para comprobar su resistencia al fuego en caso de incendio. El pretexto es lo de menos. Hay una ventolera de modernidad. Los nuevos jefes llevan chalecos hasta la mitad del pecho, tirantes de colores y todos están de acuerdo en la liquidación de materiales obsoletos como ese director que utiliza métodos de cuando la guerra.

A la mañana siguiente, Daurat llega, como siempre, una hora antes que el primer administrativo. Perfectamente afeitado, con el pelo domado hacia atrás con fijador, impecablemente vestido como de costumbre, con un traje oscuro entallado de mil rayas, la corbata, el cuello de la camisa ceñido con un sobrio prendedor y el sombrero de fieltro.

El ordenanza lo saluda con la cortesía y reverencia de siempre, pero con un deje de extrañeza. Las secretarias lo ven pasar impertérrito hacia su despacho con el portafolios de piel en una mano y el cigarrillo en la otra. Van levantando la cabeza y las pestañas pesadas de rímel a medida que lo ven atravesar sus mesas. Ninguna se atreve a decirle nada, murmuran apenas un buenos días en voz baja. Han de obedecer las órdenes. Les han dicho que ya no es el jefe, que ya no es nadie en la compañía... ¡Pero cómo no va a serlo si es el señor Daurat!

Bouvet se queda pálido al verlo llegar. Hay un error. Pero esta vez el error es el señor Daurat. Va hasta su despacho y todos hacen como si no vieran. Es un espectro que sigue vagando por su castillo.

Llega hasta la puerta e introduce la llave, pero no gira. En su ausencia, alguien ha cambiado la cerradura.

Se queda un instante parado delante de la puerta. Incluso da una calada al cigarrillo. Los empleados hacen como que están enfrascados en sus tareas. Sólo Bouvet se levanta de su silla y se pone en pie como si fuera a decir algo. Le tiembla la barbilla. El jefe de personal asoma la cabeza desde su despacho.

—¡Bouvet, siéntese y siga con su trabajo! —le ordena colérico.

Bouvet es una persona de orden, que es como se llama a la gente dócil. Tiene cuatro hijos, esposa y una suegra paralítica que mantener. Por primera vez en su vida, Bouvet no se sienta.

Daurat lo mira. Los dos se miran. Lo que el administrativo ve en su jefe de tantos años no es ira, ni siquiera pesar; únicamente una profunda perplejidad, como si por una vez no tuviera una respuesta. Bouvet va a decir algo, pero Daurat alza la mano:

—Por favor, siéntese, Bouvet.

—Pero...

—Es mi última orden.

Asiente. Daurat se da la vuelta. El silencio es tan espeso que se oye el crujido de sus zapatos al enfilarse por la salida. Cuando se cierra la puerta tras él, también se cierra una época.

CAPÍTULO 62

Toulouse, 1932

Tonio llega a la puerta del Aimé, un café modesto de Toulouse, estirándose la chaqueta horriblemente arrugada. Ha viajado de incógnito entre las sacas de correo del avión que hacía la ruta hasta Toulouse, pero los tumbos del Laté sobre el Mediterráneo no eran nada en comparación con los de su cabeza dando vueltas al despido de Daurat. La noticia ha sido un mazazo y siente como si tuviera fiebre. El nuevo equipo gestor de la compañía ha escrito a algunos de los pilotos veteranos para explicarles que los cambios serán para mejor y que expresen sus sugerencias para mejorar el funcionamiento de las líneas postales. Tonio escribe inmediatamente a Guillaumet, que ha vuelto a ser destinado a la línea de los Andes, aunque se rumorea su cierre inminente, y a Mermoz, para ver cómo tienen que reaccionar ante la injusticia cometida con Daurat.

Guillaumet se ha mostrado afectado por el despido de Daurat, pero le responde que trate de olvidarse de esos asuntos de políticos y directivos, que ellos son pilotos y lo suyo es volar. Sin embargo, él no puede quitarse eso de la cabeza como el que se arranca una muela podrida.

Se ha citado con Mermoz en el Aimé para hablar del asunto. Pide un café con leche y un bollo suizo; la angustia hace que se dispare su ansia de comer. Mermoz se retrasa y empieza a ponerse nervioso. Pide otro café con leche y otro bollo. Media hora después entra en el local un bólido con un traje cruzado, demasiado elegante para ese modesto figón.

—¡He oído la cosa más estúpida del mundo! —exclama sin preámbulos ni excusas por el retraso.

Se sienta dejándose caer en la silla que queda libre y va a empezar a hablar cuando el propietario lo interrumpe educadamente:

—¿El señor tomará café?

—¿Café? —Mira teatralmente las tazas—. ¡Tráigame un ron! ¡Si no quiere hacer viajes, puede traer dos!

Ha llegado hace medio minuto, pero es como si llevara la tarde entera allí.

—¿Qué es eso tan estúpido que has oído?

—Que no va a haber un director, sino varios. Y que el que se encargará de coordinarlos a todos se llama Dautry. Pero ¿sabes lo mejor? El tal Dautry es un excelente gestor... ¡de líneas de ferrocarril!

Tonio agita la cabeza con desagrado.

—En París he oído cosas muy penosas. Un político de mierda que han puesto en el consejo de administración dice que eso de las líneas aéreas es muy costoso.

—Llevan tiempo con esa cantinela, pero ¿puede ser cierto?

—Maldita sea, es todo mentira. No se cubren, pero por muy poco. Con una subvención de catorce millones de francos la Línea podría vivir. Y si me hicieran puñetero caso ajustando los tonelajes de los aparatos, el déficit sería nulo.

—¿Qué propones, Jean?

—La velocidad postal tiene que ser de trescientos kilómetros por hora. Hay que dar un servicio sin competencia. La gente necesita comunicarse y hacerlo lo más deprisa posible, estarán dispuestos a pagar el precio del franqueo que se les pida si hay garantía de entrega a tiempo. Con todo el trabajo que hay hecho en rutas, aeródromos, personal formado..., lo que hay que hacer no es desinvertir, sino invertir más en nuevos aparatos y el correo se financiará solo y dará un servicio puntero como no lo hay en ningún país del mundo.

—Tenemos que contestar a la carta de la dirección sugiriendo mejoras, ¿les vas a contar eso?

Mermoz saca un puro y lo enciende.

—Ya les he contestado esta mañana. He sido muy breve: les he dicho que si quieren mejoras lo que han de hacer es traer de vuelta el señor Daurat y que él pondrá en marcha todas las que hagan falta.

—¡Brindo por eso! —dice Tonio.

—Maldita sea, ¿vas a brindar por Daurat con una taza de café vacía? —
Se vuelve hacia la barra—. ¡Por favor, tráiganos la botella de ron!

Tonio sonríe, pero enseguida se pone serio de nuevo.

—Siento la humillación a Daurat como si me la hubieran hecho a mí.

—Ha sido duro. Pero no podemos rendirnos. Yo no voy a hacerlo, tengo que dar ese salto.

—¿Salto?

—La línea del correo a América. Después del accidente del Laté 28 modificado, la nueva dirección quiere cancelar el programa de vuelos a América porque no hay presupuesto. ¡Cretinos! Empiezan a sacar máquinas sumadoras de los cajones y a echar cuentas. Sólo saben echar cuentas.

—Lo sé...

—Me asquean.

—Lo sé.

—Siempre me he preguntado: ¿cómo se puede vivir sin orgullo ni pasión?

—No se puede. Están muertos, pero no lo saben. Se darán cuenta el día que estiren la pata y entonces será tarde.

—¡Tonio, vivamos!

Se miran a los ojos. Después de tantos avatares, por debajo de las cicatrices, del pelo que se empieza a caer y las ilusiones descoloridas, se reconocen en la fragilidad traviesa de los niños que siguen siendo.

—Vamos —dice Mermoz con una sonrisa.

Tonio se ríe. Cuando sube al coche deportivo de Mermoz ya sabe adónde van. Enseguida dejan atrás el tráfico de la ciudad y enfilan hacia Montaudran. Van a volar. Mermoz se ha comprado un Potez de segunda mano que el bueno de Collenot le ha puesto a punto. Despegan juntos y contemplan la caída del sol como si fuera la primera vez. La luz horizontal contra los edificios de ladrillo convierte Toulouse en una ciudad anaranjada atravesada por la cinta azul del Garona. Cuando todo lo demás se desgaste, siempre les quedará ese temblor del aire.

CAPÍTULO 63

Cabo Juby, 1932

Tonio ha escrito una carta al director general de la compañía solicitando —podría decirse, por su tono, que exigiendo— el regreso del señor Daurat. Pero no ha tenido ninguna respuesta; sólo el gélido silencio administrativo.

Una tarde, le encomiendan una substitución en el vuelo a Cabo Juby. Hace mucho que no aterriza en ese aeródromo desértico que fue su hogar. Cuando ve en la distancia el acuartelamiento español a los pies de una playa inmensa y el presidio ahogado al que llaman ampulosamente Casa Mar, siente que ha volado en dirección contraria a las agujas del reloj. Visto desde el cielo, nada ha cambiado en el mar azulado, el seco, las jaimas y la construcción militar, que en la distancia parece tan frágil como un castillo de arena. Detrás, adosado al murete como un cobertizo destartado, el hangar precario de la Línea con un solo avión varado.

Aterriza sin fijarse apenas en las balizas, un poco sonámbulo, y se pasa de la línea de final de pista unos metros. Viene a recibirlo un mecánico al que no conoce. Un tuareg vestido de azul que trajina en el fondo del hangar levanta la cabeza y sale corriendo en dirección al desierto. Nadie más sale a recibirlo. Se acerca hasta su antigua vivienda-oficina y llama a la puerta.

—Adelante.

La voz suena desganada. El jefe de aeródromo es un hombre muy alto y delgado; mira de frente y parece que lo haga de perfil.

—Soy Saint-Exupéry...

—Sí, lo sé —responde molesto.

Después se queda callado, como si no hubiera nada más que decir.

—Usted debe de ser el señor Sentein.

Y el otro asiente.

—¿Sabía que yo estuve en este puesto de jefe de aeródromo?

—Lo sé, lo sé...

Tonio detecta el fastidio poco disimulado. Aun así tiene ganas de saber de su antiguo destino.

—¿Cómo le va con las tribus? ¿Sigue al frente del acuartelamiento español el coronel De la Peña?

Sentein pone cara de desagrado.

—Yo me ocupo de mis cosas.

—Ya...

—Esto ha cambiado desde que usted estuvo aquí. Ahora ya no es posible el contacto ni con los moros ni con los españoles. Es difícil decir cuáles son más salvajes o más estúpidos.

Tonio asiente apesadumbrado. El mecánico grita que el avión está listo. Ni siquiera lo han invitado a una taza de té. No piensa pedirla. Se dispone a marcharse en el momento en que el mecánico llega corriendo hasta la puerta muy azorado:

—¡Señor Sentein! ¡Nos atacan los moros! ¡Son muchos!

El jefe de aeroplaza abre nerviosamente un cajón y extrae un revólver.

—¡Deprisa! —ordena Sentein, muy alterado—. ¡Al cuartel español!

Tonio asoma la cabeza por la puerta y los ve venir, poco más de cincuenta beduinos. Se queda parado en la puerta, apoyado en el quicio, y Sentein y el mecánico han de sortearlo para salir precipitadamente.

—¿Qué hace ahí parado? ¿Quiere que le corten el cuello como hacen con las cabras?

Sin esperar respuesta, los dos echan a correr hacia la puerta del cuartel español. El grupo de musulmanes con un jefe al frente vestido con una túnica azul y una lanza en la mano se acerca hasta la caseta. Tonio sonríe. Se lleva una mano al pecho.

—¡Gran *sheij* Abdul Okri!

El caudillo extiende los brazos y ordena detenerse a la partida. Alguien emerge del grupo y al levantarse el velo de tela que cubre su rostro resulta ser su antiguo traductor Kamal.

—¡Bienvenido a tu casa! ¡Todos te han echado de menos!

A varios cientos de metros, Sentein se ha dado la vuelta un instante en su carrera y observa los saludos. El mecánico también vuelve la cabeza y se queda perplejo al ver en la distancia cómo los árabes hacen una fila para saludar uno por uno al piloto. Se detienen jadeantes y observan la escena a una prudente distancia.

Esperando su turno respetuosamente, quedándose el último para poder demorarse más, se le acerca otro viejo amigo.

—¡Kafir Mugtar!

—Saintusuperi...

—¿Cómo está tu familia, amigo?

—Están bien. Se pondrán contentos cuando les diga que has regresado.

—Sólo me he detenido a recoger el correo. Debo partir enseguida.

Kafir Mugtar asiente imperturbable.

—No importa que te marches. Las personas que se aprecian nunca se van del todo. Siempre queda algo suyo con nosotros.

Kamal traduce al *sheij* Abdul Okri, que ha estado observando el diálogo en silencio. Por encima del velo azul sólo asoman los ojos negros embellecidos por el kohl. Al saber que no ha venido para volver a ser el jefe de los aviones, niega con la cabeza y frunce sus cejas en señal de disgusto. Su mirada ha pasado a ser la del guerrero fiero, la del hombre implacable al que no le tiembla la mano si ha de tomar su propia guma para rebanar el pescuezo de un enemigo. Suelta algunas palabras en un tono autoritario y Kamal asiente sumiso.

—El muy honorable *sheij* dice que él es el señor de este territorio y que todos deben obedecerle. Te ordena que te quedes aquí y seas su visir para los tratos con los infieles.

Tonio se acerca a él con su sonrisa más tierna.

—Lo que me ofreces es un altísimo honor. Sabes, honorable *sheij*, que respeto tu autoridad y que nada deseo más que cumplir tus órdenes, siempre sabias.

—Entonces ¿te quedas? —traduce Kamal.

—No puedo de ninguna manera, magnífico Abdul Okri. Mi *sheij* de Francia me exige que regrese. Así que las condiciones no son propicias para quedarme.

El traductor esboza una mueca de preocupación.

—El *sheij* se disgustará. No puede ser desobedecido.

—Y yo no lo desobedeceré. Traduce esto al honorable *sheij*: mi mayor deseo es obedecer de manera exacta tus órdenes, pero las condiciones no son favorables para que pueda quedarme. En cambio, son extraordinariamente propicias para que despegue. Así que sería una decisión muy sabia ordenarme partir. De esa forma sería obedecido de manera absoluta.

Kamal traduce con una lluvia larga de palabras en el idioma del desierto. Después, el *sheij* se queda un largo minuto pensativo en el que se hace el silencio. Todos están expectantes y sólo se oye el rolar de las olas encrespadas sobre la playa. Por fin, habla. Hay en sus palabras orgullo y en sus ojos el brillo de las fogatas que iluminan la noche. El joven Kamal traduce palabra por palabra:

—¡Te nombro embajador volador de nuestra tribu por todo el mundo!
¡Te ordeno que partas inmediatamente para cumplir tu cometido!

—Así lo haré y tu sabia voluntad será cumplida, gran Abdul Okri.

Todos vitorean y aplauden el acuerdo. Unos metros más allá, el jefe de aeroplaza y su mecánico se han quedado pasmados sobre la arena. Los adelantan por la derecha y por la izquierda, sin ni siquiera saludarlos, como si fueran invisibles, dejan atrás a varios oficiales españoles, que raramente se aventuran fuera de las murallas del cuartel. También hasta allí ha llegado la noticia. La gente del lugar dice que en el desierto las noticias corren deprisa porque no hay paredes.

—¡Es verdad! ¡Es Saint-Ex!

Caminan despacio para que los árabes los vean de lejos, tengan tiempo de despedirse de su amigo y se replieguen dignamente hacia el desierto.

Al llegar los oficiales, se repiten las escenas afectuosas. Los españoles, bigote delgado y risa fuerte, gustan de dar palmadas rudas de cariño sobre los omóplatos, hablar a gritos, tan drásticos para los afectos como para los odios. Sentein y su subalterno se hunden como piedras en la arena.

CAPÍTULO 64

Casablanca (Marruecos), 1932

Los Saint-Exupéry han invitado a comer a su casa de Casablanca al ingeniero Bouchard, que trabaja para una poderosa compañía petrolífera.

—¡Querido Bouchard!

Consuelo lo saluda sin detenerse siquiera mientras regaña a un criado. Es mediodía y el almuerzo aún no está preparado. En realidad, la despensa está vacía. Aparece Tonio despeinado y sin afeitarse como si se acabara de levantar de la cama.

—¡Tonio, no tenemos comida en casa!

Él sonríe. Ella también.

—El ingeniero Bouchard es un amigo comprensivo, ¿verdad?

El hombre asiente entre perplejo y divertido.

No sólo no hay comida. En el cuenco donde Tonio deja el dinero de la paga semanal no hay una sola moneda. Consuelo se va al rincón desde el que el criado observa, como si estuviera castigado, y ella le reprocha en susurros que haya gastado todo. Sin detenerse, da una vuelta completa al comedor, toma su sombrero y se acerca al invitado. Se cuelga de su brazo.

—Acompañeme, señor Bouchard, hay aquí al lado una tienda de quesos maravillosa. ¿Le gusta el queso?

—Sí, señora. Mucho.

—¡Genial! —grita Tonio—. Yo iré abriendo el vino... ¡No queda!

—Traeremos vino también.

Consuelo tiene una rara habilidad para moverse por las ciudades, ir de compras e incluso comer en los más selectos restaurantes sin llevar un franco encima. Es la condesa de Saint-Exupéry, naturalmente. Es ella la que les hace

un honor a los restaurantes y tiendas que visita. Ya vendrá a pagar su marido. O, como en este caso, siempre hay un caballero encantado de ejercer como tal ante una dama.

Consuelo sale de casa colgada del brazo del ingeniero.

—Es extraordinaria la ocupación de aviador de su marido —le dice.

Ella suspira.

—¡Yo lo que quisiera es que fuera ministro!

Al regresar al apartamento con un cargamento de quesos, pastelillos de pistacho, dátiles, pan con sésamo y vino, coinciden en la puerta con un recadero del servicio de correos y telégrafos que trae un telegrama. Tonio lee en voz alta: «Señor Antoine de Saint-Exupéry. Por la presente le comunicamos que su novela *Vuelo nocturno* ha sido elegida por el jurado reunido en París como ganadora del Premio Femina de novela de 1931...».

—¡Señor Bouchard! —exclama pletórica Consuelo—. Va a tener usted que acompañarme de nuevo..., ¡necesitamos champán para brindar!

El del 31 es un clásico día de diciembre gélido en París. En el lujoso hotel Lutetia un botones coloca en su sitio los butacones tapizados de rojo sobre el brillante suelo ajedrezado mientras el estirado recepcionista anota en el registro el nombre de los últimos clientes con una cuidadosa caligrafía. Al ver que se acerca alguien al mostrador levanta la vista y se le congela la sonrisa automática de bienvenida. No sabe si la persona que tiene delante es un cliente o un vagabundo: un individuo grandón con ojeras y barba de tres días ennegrecida por un musgo de carbonilla, una chaqueta arrugada como un trapo, los pantalones rozados de grasa y las botas de aspecto militar polvorientas.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —le pregunta con recelo.

—Tengo una habitación reservada a mi nombre. Soy Antoine de Saint-Exupéry.

El recepcionista no puede evitar arquear las cejas. No sólo tiene una habitación, sino que se trata de la suite presidencial reservada para el ganador del Premio Femina por la organización. Mira de arriba abajo al que se supone que es el invitado de honor de la elegante gala de la noche presidida por el alcalde de la ciudad. La compañía de correo le ha dado permiso para recoger el premio, pero ha tenido que venir desde Casablanca a Toulouse con el

correo, tras veinticuatro horas de vuelo, siendo zarandeado por una tormenta sobre el Estrecho, durmiendo apenas unas horas en Alicante, tiritando de frío sobre los Pirineos, esquivando nubes de tormenta sobre Carcasona. Ha llegado a Montaudran con el tiempo justo de tomar el tren hacia la capital para la cena de entrega.

—Mándeme a la habitación un barbero. Y que el botones me vaya a comprar dos camisas de cuello duro de la talla más grande y un par de corbatas. Y que la gobernanta pase a recoger mi traje para plancharlo.

—¡Papou! ¡Pareces un náufrago! —Consuelo, que ha llegado en tren un día antes, se lanza a sus brazos.

—Lo soy. Pero ahora que estás aquí me siento rescatado.

Mientras lo afeitan trata de pensar en algo para decir en la ceremonia. Odia ese tipo de eventos. Por mucho que trate de memorizar algunas frases, las olvida en cuanto pone un pie sobre el estrado, se pone colorado y se queda mudo. Nunca ha sabido cómo se dicen unas frases de cortesía. Puede estar horas relatando historias larguísimas, pero no ve la manera de decir tres frases formularias.

Se echa mano al bolsillo y lo siente crujir. Es el telegrama de Mermoz. Lo ha leído diez o quince veces: «Felicidades de corazón por el premio. Tu amigo. Jean Mermoz». La solidez de amigos como Mermoz lo redime de la comedia de las apariencias que le espera esa noche, donde deberá sonreír a gente que nada le importa y a quienes, por muchos aspavientos que hagan, él tampoco les importa un pimiento. Es una tarantela estéril. Nada de todo eso tiene que ver con su obra.

Mientras la gente bebe copas de ponche y lo escuchan con escaso interés, deseosos de que termine pronto el trámite de la entrega del premio y puedan volver a su conversación sobre conocidos comunes o negocios, ¿qué va a decir? No puede explicarles la esperanza que se siente en el cielo, no puede contar en un comedor abarrotado, iluminado por suntuosas lámparas de araña sobre las mesas con manteles de hilo, cómo en la soledad oscura de la noche, después de cien millas de planicies más deshabitadas que el mar, aparece una granja perdida que parece llevar hacia atrás, en una marejada de

praderas, su carga de vidas humanas. Mejor dirá gracias, que se siente muy honrado, y nada más. Un libro sobre la noche y sobre lo que nos hace eternos no significa nada en esos actos deportivos que acompañan a la literatura.

CAPÍTULO 65

París, 1932

Mermoz es un atleta incansable. Corre por el cielo. Una vez más, corre más deprisa que sus sueños. Los deja atrás. El Bernard 18 atraviesa cirros de mantequilla.

Tras el despido de Daurat, desde la cúpula de la compañía le han mandado mensajes apaciguadores: tienen grandes planes de futuro para él. Pero, una vez más, los que quieren halagar a Mermoz desde los despachos no saben nada de él. No quiere cargos ni aumentos de sueldo, lo que quiere son aviones que crucen el Atlántico. Es entonces cuando se acaban las sonrisas y la coba. Le hablan de las dificultades económicas que atraviesa la compañía y le van dando largas. Si creen que así lo van a desanimar, están muy equivocados.

Ha removido cielo y tierra hasta encontrar un constructor llamado Adolphe Bernard, que ha visto la oportunidad de darse a conocer internacionalmente poniendo en manos del piloto más famoso de Francia su nuevo prototipo con un motor poderoso.

Mermoz regresa de Argelia, esa Francia que arde de luz blanca y mezquitas. Quiere que se homologue el Bernard 18, pero para eso ha de conseguir superar una prueba de larga distancia. No se lo van a poner fácil: para que el ministerio autorice su raid París-Nueva York necesita mostrar la fiabilidad del nuevo aparato en la prueba de circuito cerrado de Orán. No sólo no le ayudan desde el ministerio con ninguna subvención, sino que le van poniendo palos en las ruedas. Pero, en vez de cabrearse, ha decidido que cada vez que le pongan un palo, él saltará por encima. Querían un test de resistencia homologable internacionalmente y se vuelve de Orán con un nuevo récord mundial de distancia en circuito cerrado, con cincuenta y siete horas de vuelo. Cincuenta y siete horas de tensión son muchas horas, pero

Mermoz no siente el cansancio. Esas horas de vuelo frente a la burocracia no son nada. Ha saltado ese obstáculo y ahora el camino hacia América vuelve a abrirse. Va a arriesgar el Bernard, su récord y su propia vida para establecer un paso sobre el Atlántico por el que las cartas vayan y vengan desde América.

Cuando baja del avión y salta sobre el asfalto de la pista, hay algunos periodistas avisados del nuevo récord y se disparan unos flashes. Él no hace caso a las voces que le piden que pose. Pese al éxito conseguido, no está de humor. Para otros pilotos, un récord así es la meta de una vida; para él no es más que una formalidad para llegar más lejos, para hacer algo que vaya más allá de sí mismo, un triunfo para toda una sociedad, para todo un país. Mermoz espanta con gestos ariscos a informadores, curiosos y pelotas, y se va a la sala de pilotos, donde lo espera Gilberte.

Al verlo llegar con la cazadora de cuero por encima de la camisa y la corbata y el pelo rubio revuelto, ella siente un enorme alivio y le parece el hombre más guapo del mundo. Del banco se levanta otra persona que lo esperaba junto a Gilberte. Es Pierre, su hermano pequeño, que ya ha cumplido los dieciocho años.

—¡Gilberte me ha dicho que podía acompañarla! Me ha dicho que quizá me podrías enseñar tu avión.

Mermoz no disimula su contrariedad. Está cansado y la cabeza le bulle con las noticias de la Línea.

—Otro día.

El muchacho asiente con vehemencia, temeroso de incomodar a su cuñado y deseoso de agradarle.

—Claro, Jean. Disculpa. Otro día, claro.

Observa su peinado excesivamente acicalado, con todo el pelo hacia atrás con mucho fijador para parecer mayor. Siempre que lo ve le suplica que le cuente historias de vuelo y le confiesa con pudor que quiere ser piloto como él. Mermoz se da media vuelta y empieza a caminar. Al cabo de unos pasos se detiene y se da la vuelta. Gilberte y su hermano siguen clavados en medio del pasillo mirándolo con perplejidad. Respira hondo y a continuación pone los brazos en jarras para volver a ser el gran Mermoz que todos esperan:

—¿Pierre, qué haces ahí pasmado? ¿No querías ver el Bernard?

El joven Chazottes casi echa a correr hacia él.

—¿En serio vamos a ver el avión?

—Claro.

—¿Sabes una cosa, Jean?

—¿Qué?

—Empiezo la semana que viene el servicio militar. He pedido plaza de voluntario en aviación como hiciste tú.

—¡Eso es genial!

Mientras caminan hacia el Bernard, el muchacho baja la cabeza, atribulado.

—Tienes que hablarle a Gilberte. Está contrariada conmigo. Dice que soy demasiado joven para empezar a pilotar. ¿No se da cuenta de la edad que tengo?

—Es tu hermana mayor. Lo será siempre; tengas la edad que tengas, siempre le parecerás pequeño.

Le golpea suavemente con el puño en el brazo y Pierre sonrío. Mermoz se pregunta qué mundo les espera a los futuros pilotos con gobernantes que desprecian a sus trabajadores del cielo. Reconoce la ilusión en los ojos del muchacho mientras se sienta en el asiento de piloto y acaricia las palancas y las esferas.

—¡Maldita sea! ¡Nos vamos!

—¿Tienes autorización de vuelo?

—Acabo de dármela.

Despegan. En el momento en que el avión se levanta del suelo y se produce ese momento de vacilación y temblor, mira de reojo a su joven cuñado. Tiene la boca abierta por el asombro. Hay en él una mezcla de adrenalina y enamoramiento. Lo tiene claro: dará la batalla por él y los jóvenes como él, que no quieren un país de paniaguados y burócratas.

En las siguientes semanas se reúne con diputados, funcionarios del Ministerio del Aire y directores de periódicos. Los invita a comer langosta en restaurantes caros, les hace probar coñacs añejos, les habla del puente que se puede construir sobre el océano, de la carrera aérea en la que Francia estaba ya en cabeza por delante de ingleses y alemanes, de la escuela de sacrificio y servicio que es el correo aéreo para los jóvenes...

Acepta invitaciones a cenas de la buena sociedad donde finge divertirse, acude a tómbolas de caridad de las esposas de los políticos influyentes. Aprovecha cada momento para contar su verdad. Todos lo oyen. Nadie lo escucha.

Pasan las semanas y los meses. La situación en la Línea cada vez es más caótica. Los aviones estropeados no se reparan, los sueldos se demoran, el personal que se jubila no es substituido. Hay líneas que dejan de cubrirse y en Sudamérica hay tramos que están a punto de perder la concesión administrativa por incumplimiento de su explotación. Italianos, alemanes y holandeses se frotan las manos ante la pérdida de fuelle de la aviación francesa.

Escribe un telegrama a Tonio a Casablanca: «Muchas conversaciones sin resultado. Nadie se responsabiliza de la Línea. La están dejando caer. Estoy moviendo todos hilos, escaso éxito. No me rindo. J. M.».

Tonio le responde desde su obligado exilio marroquí, pero no sabe escribir telegramas. Demasiado cortos, no caben las palabras necesarias. Le manda una carta: «Es normal que estirar de los hilos de esos tipos no dé resultado. Son marionetas. Tienen el corazón de trapo. No debes rendirte. Quizá no ganes, pero si no te rindes, nunca serás derrotado». También le habla de cómo se siente en Casablanca en mitad de ninguna parte. «Cuando estaba en Cabo Juby en medio del desierto sentía que tenía un lugar, que era una estación en un camino, que formaba parte de algo mucho mayor. Ahora que América se está perdiendo, que dejan derrumbarse la Línea, uno no sabe ya dónde está.» Le manda mil abrazos y montones de pequeños dibujos: zorros que ríen, viejos sabios que fuman en pipa, aviones de juguete...

En medio del desbarajuste de la Línea, Mermoz es destinado al tramo Toulouse-Alicante. Volver al Grand Balcon es una pequeña fiesta, las propietarias lo reciben como el sobrino díscolo que llega de lejanas tierras. En el modesto comedor del hotel, medio vacío por el descenso de la actividad en el aeródromo, le sirven sopa de fideos en soperas de loza que parecen piezas de museo y pastel de carne. En ninguno de los lujosos salones de París en los que ha acudido a cenas de etiqueta cocinadas por los chefs de moda ha comido manjares semejantes.

Pero nada le quita de la cabeza su obsesión de conseguir para Francia la conexión del Atlántico Norte. Debe saltar. Su naturaleza no le permite quedarse quieto. Si se queda quieto se pudre. Tiene la opción de ir por libre, pero cuando visita al constructor, el señor Bernard le confiesa apesadumbrado que no puede hacer las mejoras necesarias al Bernard 18 para el vuelo transoceánico porque su empresa está en números rojos. Mermoz se ofrece a pagarlas de su bolsillo. Vende su avión Potez y hasta su coche deportivo.

Gilberte asiente silenciosa a su manejo del dinero, no pone objeción alguna. También observa con preocupación su nerviosismo de fiera enjaulada cuando está en casa. Por eso no le parece mal que haga la línea de Argel y pase tiempo fuera. Además, en Argel podrá visitar a su hermano Pierre, que está allí haciendo el curso de piloto. Cuando le escribe, su hermano le cuenta con emoción las ocasiones en que Jean acude a visitarlo. Le explica que la guardia se le cuadra al entrar en el cuartel como si fuera un comandante. Que su cuñado se sienta orgulloso de él es su máxima aspiración.

Mermoz es una cafetera encima del fuego. Puede soportar mucha presión. Se contiene poniendo buena cara en las reuniones sociales y en los encuentros con políticos que lo reciben con tanta cortesía que aún se irrita más: le dan la razón en todo, le dicen que sí, le dicen que mirarán de hacer algo. Pero lee en sus ojos que les da igual la Línea, el esfuerzo de la gente, África, América... Les da igual la historia. Las cafeteras a veces explotan.

Una escuadra italiana comandada por su mariscal del Aire, Italo Balbo, surca majestuosamente el Atlántico y son recibidos en Brasil como héroes. Italia agita la bandera de la vanguardia en la aviación internacional mientras Francia sesteaba en negociados y subsecretarías.

Pide una reunión urgente con el secretario general del Ministerio del Aire. Y cuando entra en el despacho ni siquiera se sienta. Le invita a que tome asiento y se niega. No ha venido ya a convencer, ha venido a amenazar.

—¡Están tirando por el suelo años de trabajo en la construcción de las líneas aéreas! ¡Esto es una vergüenza para Francia!

—Esa Línea que tanto le agrada es enormemente deficitaria. Una ruina. Francia tiene otras prioridades.

—Hay que aumentar la velocidad postal. Podríamos transportar el triple de correo con sólo renovar la mitad de la flota. Los nuevos aviones estarían amortizados en dos años.

El político hace un gesto de aburrimiento.

—El plan del ministro Cot para crear una alianza con la Lufthansa es una bofetada al trabajo que han hecho los pilotos y mecánicos franceses, que se han dejado la vida para poner en marcha la mejor línea de correo aéreo del mundo. ¿Y todo ese esfuerzo se lo van a regalar a los alemanes?

—Ése es un asunto de gran calado político. Hágase un favor a sí mismo. Deje las decisiones estratégicas en manos de los expertos.

—¿Expertos? —Y Mermoz pasea la vista por el despacho: buenos cuadros, buenos muebles de caoba, buenos puros habanos sobre la mesa...—. Quiere decir expertos en vivir bien a costa de los ciudadanos.

—¡No tengo por qué tolerar sus groserías!

—Señor secretario, he de reconocer que es usted experto en algo: en mediocridad.

El portazo de Mermoz retumba en todo París.

CAPÍTULO 66

Casablanca, 1932

El Premio Femina ha levantado una polvareda de portadas de revistas gráficas, entrevistas radiofónicas y banquetes en asociaciones de postín. Tonio asiste a ese vaivén con una mezcla de perplejidad y benevolencia. No es fácil resistirse a la amabilidad y las comilonas en restaurantes lujosos y no contagiarse de la modorra de los halagos. Consuelo está pletórica con ese no parar e invierte una parte del premio en renovar su vestuario. Cuando llega el momento de reincorporarse a su puesto en Casablanca, le dice que ella no puede marcharse de la ciudad.

—¡Sólo en París resultan apropiados los vestidos que he comprado!

Tonio regresa a su piso detrás de la Place de France, pero la animación de la avenida, con las aceras atestadas y los cafés repletos, le resulta ajena. Nunca se acabó de sentir a gusto en la ciudad, pero en esas semanas todo va a ir a peor. No se da cuenta hasta la tercera o cuarta vez de que, cuando entra en la sala de pilotos a tomar café, las conversaciones se apagan, que todos tienen prisa de repente y se queda solo. Se le abren los ojos una tarde en Casablanca en que un piloto llamado Allard lo espera para seguir con el correo hasta Málaga y llega con veinte minutos de retraso.

Desciende de la carlinga con una sonrisa, pero su colega tiene un gesto agrio.

—Le van a multar, Saint-Ex.

—Bueno —responde él sin pretender ser condescendiente—, ¡qué más da!

Entonces, Allard lo mira y le habla con un desprecio que lo deja helado:

—Claro, usted es aristócrata y escritor, puede permitírselo.

No atina a responderle siquiera. Allard se va hacia el aparato mientras él se queda parado sobre la pista y deja que llegue el atardecer. En la oficina se sienta junto al jefe de aeródromo, un piloto retirado, barbudo y pasado de peso, que fuma en pipa y tiene un aire de marino antiguo. Le pide que le cuente qué se dice de él. Se agita incómodo. Tarda una eternidad en elegir las palabras.

—Lo entrevistan en la radio, su foto aparece en las secciones de Sociedad de los periódicos... ¡Usted es una celebridad!

Intenta halagarlo, pero sólo consigue ponerle plomo en los bolsillos.

—Pero yo no quiero ser «una celebridad», sino un piloto.

El veterano jefe de aeroplaza suda.

—Trate de entender a los chicos. No es que lo quieran mal, es que lo ven diferente, de otra esfera.

Otra esfera. Suspira.

Cubre unas semanas la ruta Orán-Marsella. Allí se reencuentra con Mermoz, destinado ahí entre prueba y prueba de los prototipos transoceánicos. Una noche coinciden en Marsella libres de servicio. Recorren el barrio portuario, entran en todas las tabernas y piropean a todas las chicas, recitan poemas célebres y se inventan otros sobre la marcha, cierran los bares más nocturnos e inauguran los más madrugadores, donde los estibadores desayunan aguardiente. En una floristería recién abierta compran dos docenas de flores y las van regalando a todas las mujeres que se cruzan. Es una de esas noches en que vuelven a ser jóvenes.

Con un cierto grado de paranoia, piensa que la compañía lo traslada de nuevo a Casablanca para alejarlo de Mermoz. Él pide un permiso para ir a Francia a visitar a su madre y le es denegado. Vuelve a sentir la frialdad de algunos de sus colegas. Hay días en que nadie se sienta a su mesa a compartir el café. No puede entenderlo. No le parece justo.

En esos días grises, le llega un telegrama de Guillaumet diciéndole que va a hacer escala en Casablanca llevando a un inspector de ronda, y que estará en la ciudad unas horas. Tiene una alegría grandiosa. Por la mañana incluso va a cortarse el pelo, como si se preparase para una cita amorosa. Y en cierto modo lo es. El cariño y el afecto de Henri son para él una de sus mayores conquistas.

Se citan en un cafetín que huele a menta hervida. Es un día brillante y los ventanales enormes dan a una plaza repleta de tenderetes, donde los vendedores vocean la mercancía. Guillaumet llega con un traje marrón que le queda algo bailón. Tonio piensa al verlo que su elegancia es otra, la elegancia moral de quien no falla en los momentos precisos. Se miran. Se abrazan.

En ese encuentro, sediento de compañía como está, Tonio habla y habla sin parar.

—¡Ojalá no hubiera escrito ese estúpido libro! ¿De qué me sirven los premios literarios y los halagos de gente que no me importa nada si mis propios compañeros me desprecian?

Le cuenta, quizá exagerando, las miradas torvas de los otros pilotos o las conspiraciones a sus espaldas.

—¿Tú crees eso que dicen, que soy un esnob? ¡Por favor, dime la verdad!

—Pero ¿desde cuándo es un pecado ser esnob? —le responde risueño Guillaumet—. ¿Acaso no puede cada uno ser lo que quiera?

—Entonces ¿sí crees que soy un esnob?

—¡Naturalmente que no!

Tonio asiente. Suspira. Pide un coñac.

—Dime la verdad, Henri.

—Claro.

—¿Prometes decirme la verdad?

—Por supuesto.

—Pero ¿la verdad?

—¡Ya te he dicho que sí!

Da vueltas a su vaso ancho y mira moverse el licor.

—¿Crees que he traicionado algo importante de nuestra profesión al escribir mis libros?

—¡Qué tontería!

—Pero algunos lo piensan. Creen que he escrito ese libro para darme importancia, como si yo fuera más que ellos y naturalmente que no lo soy. Cualquiera de ellos es mejor piloto que yo.

—No te atormentes. Ya se les pasará. Cuando te conozcan más, sabrán cómo eres.

—¿Y cómo soy, Henri?

—Alguien que se preocupa demasiado por lo que piensen los demás.

Guillaumet debe continuar hasta la siguiente escala, así que se encaminan al aeropuerto atravesando sinuosas calles sin iluminar donde se refleja el brillo de la luna en las paredes encaladas.

—Henri, he hablado tanto de mí que ni siquiera te he preguntado por Noëlle. ¿Cómo está?

—Está muy bien.

—¡He estado todo el tiempo hablando de mí! No sé nada de tu vida actual, Henri, y justo ahora tenemos que despedirnos. Debes disculpar a este egoísta.

Guillaumet se ríe.

—No te preocupes, no te has perdido nada. Mi vida sigue siendo la de siempre.

—¿Y eres feliz?

—¡Claro que soy feliz! ¿Por qué siempre me preguntas eso?

—Porque me importa. Si tú eres feliz yo también lo seré un poco.

Una tarde en que debe ir al aeródromo, por primera vez en su vida, desea no hacerlo. Ha perdido las ganas de subirse a su avión. Y eso es lo que definitivamente lo subleva: le han arrebatado la ilusión. Por eso, rabioso como está, envía una carta solicitando un nuevo destino de manera inmediata o se verá obligado a presentar su dimisión, para que vean esos chupatintas de la nueva dirección con quién se la están jugando.

Lo que sucede es que le mandan a vuelta de correo un cheque con la rescisión de su contrato y un finiquito miserable. Han aceptado a velocidad vertiginosa su renuncia, que sólo era una pataleta para llamar la atención. Después de todos esos años, le dicen adiós con un talón bancario.

Su primera reacción es de incredulidad.

Se va al escritorio para redactar una carta a la dirección de la compañía y deshacer el malentendido. Pero, al ponerse delante de la cuartilla, su mano sólo es capaz de dibujar corderos tristes. ¿Qué va a decirles? ¿Que lo de marcharse si no aceptaban su exigencia de traslado era una broma? ¿Va a rogar que lo readmitan? ¿Hasta dónde va a tener que humillarse?

Mermoz y Guillaumet se ofrecen a interceder por él ante la actual dirección, pero él los disuade, es demasiado orgulloso para aceptarlo. De todas maneras tampoco está seguro de querer volver. Todo ha cambiado mucho desde que se fue el señor Daurat y se nacionalizó la compañía, y han aparecido de debajo de las piedras directivos y gestores que no quieren saber nada de pioneros de la aviación, sino de finanzas. La aviación nació siendo una aventura y ahora empieza a convertirse en un negocio.

CAPÍTULO 67

París, 1933

Mermoz llega de un vuelo con el ruido del viento retumbándole aún en los oídos. Son las ocho y Gilberte estará esperándolo con la cena preparada. Y está hambriento. Al llegar a casa le extraña encontrar todas las luces apagadas. La casa está fría. La mesa no está puesta. Llama a Gilberte en voz alta, pero nadie contesta. Un leve crujido en el dormitorio lo hace dirigirse hacia allí.

Enciende el interruptor de la luz y ella está sentada en la mecedora. Se balancea muy lentamente y tiene los ojos desmesuradamente abiertos de quienes han visto lo que nunca debe verse.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras bien?

—¿Si me encuentro bien? —Hace una pausa muy larga que no augura nada bueno—. ¿Ahora me preguntas si me encuentro bien?

Hace un amago de sonrisa, pero es una mueca de dolor. Mermoz se fija que tiene un papel entre los dedos. Extiende una mano para que él lo lea.

Es un telegrama del Ministerio de Defensa. Hay fórmulas de cortesía, lamentaciones rutinarias, formulismos. Pierre Chazottes ha fallecido en el acuartelamiento de Guelma a causa de un accidente durante la realización de un vuelo de prácticas.

Mermoz cierra los ojos. Arruga el papel con la rabia con que estrujaría el cuello a Dios si lo tuviera delante. Pierre no había cumplido aún los veinte años. Nunca los cumplirá.

—Gilberte...

Alza la mano y lo manda callar. Por primera vez va a hablar ella. Su voz sale de un lugar cavernoso que no es su garganta:

—Éramos felices en Brasil. Pierre quería ser comerciante de madera. Pero todo eso se fue. La aviación..., la dichosa aviación. No ha hecho más que convertirme en una mujer que vive sola y ahora me ha quitado a mi único hermano.

—Entiendo tu dolor.

—¿Entiendes mi dolor? —Y lo mira con unos ojos desmesurados que jamás había visto en ella—. ¡No entiendes nada! Tú vives en tu propio mundo. ¿Qué sabes de mi dolor?

—Te prepararé una tila y te acuestas. Necesitas descansar. Yo me ocuparé de todo.

—Ocuparte de todo...

Y empieza a hablar como nunca nadie le había hablado antes a Mermoz. El largo nudo de silencio de Gilberte se desata en una riada de cieno que lo arrasa todo. Reproches, dolor, rabia, insultos... todo mezclado. Mermoz aguanta sus palabras con el estoicismo helado con que soporta a cuatro mil metros una tormenta de granizo. Le echa en cara las ausencias y el sufrimiento de las esperas en los vuelos, pero también las otras esperas. La cena fría en los platos. Las manchas de carmín en la ropa. Y Pierre, tan impresionable, tan vulnerable a sus hazañas..., él habría podido disuadirlo de alistarse como piloto, pero no le dio la gana de hacerlo. Mermoz no dice nada. Por una vez es él el que calla.

Respeto su dolor, pero no está dispuesto a asumir la muerte de su hermano como una carga propia. La brecha que se ha abierto en su matrimonio es un precipicio. Durante las siguientes semanas, la casa es un iglú. Volar es su única escapatoria. Alzarse de la pista, despegar hacia arriba, dejar abajo las miserias cotidianas, quedarse solo.

Y aferrarse tozudamente a su misión. La misión que da sentido a todo lo demás. Abrir un pasillo sobre el océano. Seguir adelante. Adelante.

En Marsella, cuando regresa de un servicio de la línea a Argel, alguien lo está esperando en la sala de pilotos tomándose un vermut rojo y picoteando de un plato de olivas a las once de la mañana.

—¡Henri! ¿Qué demonios haces tomando el aperitivo tan temprano?

—¿Desde cuándo miras el horario para pasar un buen rato?

Mermoz se ríe. No recuerda el tiempo que hacía que no se reía.

Comen en un figón del puerto con olor a cerveza agria. En la mesa del fondo, dos marineros con brazos enormes tatuados con anclas echan un pulso mientras otros los jalean y cruzan apuestas. El cierre de la línea de Chile ha traído a Guillaumet de vuelta a Europa.

—¿Qué has sabido del señor Daurat?

—Siempre supe que no se vendría abajo. Es duro de pelar. Ha puesto un pleito a la compañía por despido improcedente y si lo gana tendrán que readmitirlo o darle un montón de dinero. El viejo Latécoère lo ha contratado para trabajar de gerente en su fábrica de aviones.

—Me alegro.

—No es de los que se quedan cruzados de brazos. No es como nuestros políticos de pitimini. ¿Sabes una cosa? La pasada semana estuve en Roma — le cuenta Mermoz.

—¿Y eso?

—El mariscal del Aire, Italo Balbo, cursó una invitación a todos los pilotos que hubiéramos cruzado el Atlántico. Fue sensacional. Deberías haber visto cómo estaba todo organizado..., ¡a lo grande! Nos trataron a los pilotos como a eminencias. Me hicieron dar una conferencia con un traductor delante de cien personas. Hablabas y te escuchaban con un increíble respeto.

—No sé qué pensar de ese partido fascista que ha subido al poder...

—Puedes pensar lo que quieras, pero deberías haber visto la escuela de pilotos de Orbetello, las fábricas de aviones... todo impecable.

—También aquí hay buenos fabricantes.

—¡Claro que los hay! ¡Los mejores! Pero aquí a los pilotos se nos escupe en la cara. Allí les hacen una escuela sin escatimar nada y las autoridades te la muestran como si fuera un monumento nacional. ¿Sabes cuál es la diferencia?

—Dímela.

—Allí se sienten orgullosos de sus aviadores. El máximo representante de los asuntos aéreos del país, Balbo, es un piloto de primera clase. Aquí sólo hay chupatintas y algún militar que ganó las medallas jugando a las cartas en el club de oficiales.

—Puedes pedir la nacionalidad italiana. Las italianas son muy guapas, aunque dicen que tienen un carácter endemoniado.

—¡Qué mujeres! Son todo fuego. Deberías ver cómo hablan en voz alta y gesticulan como hombres. ¡Pero me has cambiado de tema!

—¿Acaso hay otro tema?

Consigue hacerlo reír. Ríen los dos. Necesitan reír. Mientras ríen, no los habrán vencido.

CAPÍTULO 68

París, 1933

Tonio lleva un año sin volar, varado en las calles de París. Prefiere escribir en los cafés en lugar de hacerlo en casa, donde Consuelo despliega el desorden de sus aficiones: escultura, pintura, libros, ropa... Todo le interesa y todo le cansa, y acaba siempre llegando gente al piso y no hay manera de tener un poco de paz. Comparado con su casa, el trajín del café es una música que lo ayuda a concentrarse. En los ratos en que se le escapa la inspiración siempre hay periódicos que leer y clientes que mirar, hombres raros y mujeres enigmáticas a las que él les idea vidas turbulentas tras su respetable apariencia.

Su editor, Gaston Gallimard, le hizo un contrato para tres libros, pero ni siquiera tiene trazas de acabar el primero. Por cada folio que le parece aceptable, tira cinco. Por cada línea que escribe, hace cuatro dibujos.

Tiene desplegados sobre la mesa varios folios arrugados y su libreta de cuero en la que anota cualquier cosa. Muchos amigos y conocidos saben que para allí, y acuden a visitarlo. Esa tarde una mano se posa sobre su hombro. Es una mano de piedra.

—Mermoz...

El camarero llega rápidamente a ofrecerle una silla.

—¿Qué tomará el señor?

—Absenta, por favor.

—Que sean dos —apunta Tonio.

—¡Que sean cuatro!

Tonio observa el traje de cuadros a la última moda de su amigo.

—Se te ve bien.

—Estoy bien por fuera, pero estoy asqueado por dentro. Todo lo de la Línea ha sido una jugarreta política. Al gobierno no le dio la gana de renovar los créditos a la Aeropostale precisamente para hundirla.

—Pero ¿nos hemos vuelto locos? ¿El gobierno de la nación hunde la mejor compañía aérea del país?

—Exacto. La Aeropostale era propiedad de Bouilloux-Lafont y no querían que un particular tuviera todo ese poder en sus manos.

—¿Y quién manda ahora?

—La dirección es un caos. No hay un jefe único, todo son departamentos y subdepartamentos, secretarías y subsecretarías. He tratado de llegar arriba del todo para hablar de tu caso.

—¡Jean! ¡No debes hacerlo!

—Maldita sea, ¿cómo no voy a hacerlo? Pero me envían de un sitio a otro, me dan largas.

Tonio asiente con esa tristeza repentina que se le pone en los párpados de caparazón de tortuga.

—Pero al fin hablé con Faure, subdirector general de explotación financiera. Es lo más parecido que he encontrado a un jefe dispuesto a hacerme algo de caso. He logrado sacarle una cita. Te recibirá el día 30 en su despacho.

—¡Eso es una gran noticia! ¡Hay que celebrarlo!

Mermoz hace la señal de alto con su mano.

—No es un tipo fácil.

—Yo lo domesticaré.

Tonio entra en el nuevo edificio de la Aeropostale en París. El mostrador de mármol de recepción brilla, el suelo de baldosas es un espejo, los techos son enormes. Todo es tan nuevo que se siente viejo. La sala de espera adonde lo envían, pese a los cómodos sofás y el surtido de revistas ilustradas, es para Tonio la sala de tortura porque un rótulo ruega que no se fume. Justo cuanto más necesitaría un cigarrillo en las manos para no hacerse un nudo con los dedos. Tiene que echar mano a su libreta de tapas de cuero para trazar algunos garabatos que le calmen los nervios.

Por fin, tras un tiempo que a él le parece una vida entera, le indican que lo va a recibir el subdirector de explotación aérea. Lo que más le sorprende del despacho al que lo conducen no son los cuadros de caza de las paredes ni la mesa enorme de nogal. Lo que más le llama la atención en el despacho de un jefe de explotación es el silencio. Le viene a la cabeza el despacho de Daurat con la mesa tapada por mil carpetas e informes, con teléfonos sonando, asistentes entrando con comunicados de radio, el ruido de los trabajos en la pista al otro lado de la ventana. Aquí todo está ordenado. Reina un aire de notaría.

Faure está con la cabeza descansando en el cómodo respaldo de su sillón giratorio, mirándolo con un desinterés nada disimulado.

—Usted dirá.

—Querría que considerasen ustedes mi reingreso en la compañía.

—La plantilla se completó hace ya varios meses. El plazo de admisión de solicitudes finalizó el pasado febrero.

—Nadie me informó...

—¿Cree que podemos informar uno por uno a todos los ciudadanos de Francia?

El tono ha sido condescendiente. El silencio se espesa como una bechamel que se enfría en el plato.

—Señor Faure, yo he sido piloto de la línea del correo aéreo sobrevolando España, África y Sudamérica. He aterrizado en el desierto, me han disparado los rebeldes, he rescatado pilotos franceses, españoles, uruguayos, he sido jefe de aeroplaza en un rincón del Sahara, he inaugurado una línea en la Patagonia...

Faure lo observa con el mismo desinterés que el primer minuto, quizá más.

—Sus viejas historias son muy entretenidas, pero ésta es una compañía que no mira al pasado, sino hacia el futuro.

—Yo he sentido la Línea como mi casa. No pueden negarme que vuelva a mi casa.

Faure se encoge de hombros.

—Envíe una solicitud por escrito.

—Ya he enviado cinco.

Faure se encoge de hombros otra vez.

—Envíe otra.

—¿La mirará con especial interés?

—La mirará el comité de selección como todas, señor. ¿Acaso pretende un trato de favor? —Y utiliza un tono de falsa indignación—. Debemos tratar todas las solicitudes con exquisito respeto a la normativa de la compañía aprobada por el Ministerio del Aire. Seamos serios.

—Disculpe, pero yo no quiero ser serio. Prefiero ser decente.

—Creo que no le entiendo, pero no me agrada su tono. Esperaba otra cosa de un hombre de letras.

—Un hombre de letras... Tal como usted lo dice, suena como una ofensa.

El subdirector tuerce la boca en un gesto de exasperación que delata el deseo de terminar cuanto antes ese trámite engorroso.

—Soy un aviador, no lo olvide.

El hombre tras la mesa lo mira con sarcasmo. Tonio siente como si se acabara de tragar una cuchilla de afeitar. Se levanta, alza tanto la cabeza que su nariz señala a Marte, le da las buenas tardes sin mirarlo y sale por la puerta. Trata de caminar dignamente, fingir que está por encima de todo, pero sólo es capaz de barrer el suelo con los pies.

CAPÍTULO 69

París-Toulouse, 1933

Nadie se atreve a acercarse al hombre al final de la barra que bebe vasos de whisky como si fuera agua. El camarero le rellena el vaso sin decir palabra, siguiendo las órdenes tajantes de sus gestos. Hay en su mirada un incendio.

Mermoz agita el hielo para que tintinee contra el cristal y acerca el oído como si fuera una caracola. Le gustaría escuchar algo, una señal. Tanto con Gilberte como con su tarea de enlazar el correo de Europa con América a través del Atlántico, ha llegado a un callejón sin salida.

En las pruebas de transporte con peso, el Bernard 18 resultó un fiasco. Vacío, el avión iba como una flecha, pero al cargarlo, su estructura se descompensó. A tres mil metros, se puso a temblar como un polluelo en invierno, y se deformó en el aire peligrosamente. Deberían invertir mucho dinero en modificaciones para conseguir hacer de ese purasangre un mulo de carga para el correo, pero los grifos del dinero están cerrados. Él ya ha perdido en ese avión todos sus ahorros y se encuentra en números rojos. Puede volver al ministerio y rogar a secretarios y subsecretarios pero le asquea ese circo de pulgas.

Sale a la calle. No quiere volver a casa. Cuando él y Gilberte se hablan, las palabras dejan restos de vaho en el aire. Han acordado que él se busque un apartamento en París y es lo que va a hacer sin más demora.

Pero incluso en esos momentos de sótano y desesperación, Mermoz no se apea. En el nuevo organigrama aeronáutico que está diseñando, el ministerio le daría con facilidad una plaza de inspector o de director de cualquier cosa. El sistema tiene dos maneras de neutralizar a quienes se revuelven contra él: a los revolucionarios de poca monta los castiga, los penaliza, los aplasta; a los revolucionarios peligrosos les da un cargo.

Ha vuelto a visitar a alguna gente influyente, a mostrarse hipócritamente amable con personas adineradas o bien situadas en el ministerio, pero nadie le ofrece otra cosa que tazas de té y halagos que no valen nada. Le dicen que es un héroe. Le gustaría preguntarles por qué, si es un héroe, Francia lo está tratando como a un mendigo. Cada semana que pasa siente crecer la amargura dentro.

Asqueado de París, solicita incorporarse a la línea de España y regresa a Toulouse para volver a hacer el trayecto hasta Barcelona o Alicante. En el Grand Balcon las señoras Márquez se hacen mayores y han cerrado una parte del hotel porque les daba demasiado trabajo. Pero para él siempre hay sitio y en esas comidas de guisos calientes compartidas con otros mecánicos y pilotos, donde bastan pocas palabras para decírselo todo, siente por fin un calor cercano al de un hogar.

Es una de esas tardes en que está leyendo el periódico en la sala de estar del Grand Balcon cuando la señora Márquez lo avisa de que tiene una llamada, una conferencia de París.

Uno de los responsables administrativos de la expropiación de la compañía le propone una cita para conocer a un ingeniero aeronáutico que está preparando, con el visto bueno del gobierno, un aparato que podría atravesar el Atlántico con las garantías de seguridad que las nuevas normativas aéreas francesas exigen para establecer una línea de correo transoceánica. Mermoz se pone en pie. Por un momento piensa que pueda ser una broma. Levanta mucho las cejas. Ha hecho cien gestiones sin ningún resultado, pero por fin parece que alguien mueve ficha en las alturas. La persona con quien le indican que ha de verse es un diseñador y constructor de prototipos llamado Couzinet.

Esa misma semana se ven en un bistró cerca de Notre-Dame. Al principio parece reacio a dar explicaciones a Mermoz, como si no se fiara de él. Y no se fía. Cuando le sugirieron en el Ministerio del Aire el nombre de Mermoz frunció el ceño: «¡Necesito un piloto, no una celebridad!», les dijo. Pero Couzinet ha accedido. Ya ha ido demasiado tiempo por libre y las deudas lo atosigan.

Couzinet lo ha reconocido y le hace una seña para que se siente a la mesa. No le da tiempo ni a decir buenas tardes.

—Necesito un piloto que sepa su oficio —le suelta de manera abrupta.

—Y yo un constructor que sepa el suyo —le responde igual de cortante Mermoz—. Si el avión cae usted pierde un aparato, pero yo pierdo el cráneo.

La respuesta tajante descoloca a Couzinet, que únicamente se expresa con brusquedad para disimular su timidez.

—Deme un buen avión y yo lo llevaré al fin del mundo. Pero ¿sabe lo más importante? Lo traeré de vuelta.

Couzinet asiente. Lee en esos ojos una resolución de hierro. Sus reticencias ceden. Ya sólo quiere que pilote su avión Jean Mermoz.

A Mermoz, a primer golpe de vista, René Couzinet le parece uno de esos estudiantes empollones, pálidos y reconcentrados, con mucho libro y poca calle. Tiene un aire algo desaliñado: calza zapatos viejos sin lustrar, lleva un traje bueno pero arrugado y con brillos en los codos. Cuando empieza a hablar se da cuenta de que tiene enfrente a alguien aún más obsesivo que él. Remueve la taza que les sirven durante un rato y sus ojos se quedan atrapados en el remolino de café. Al principio parece tímido, pero cuando empieza a hablar de motores radiales, cigüeñales, ángulos de ataque, calibración... parece poseído. Lo está.

Couzinet cree que no tiene sentido construir aparatos para largas distancias que al perder un motor caigan. Él ha diseñado un trimotor al que ha bautizado como Arc-en-Ciel. No sólo puede continuar en vuelo con un motor parado, sino que sus hechuras permiten al mecánico trabajar desde dentro del avión para repararlo.

Hasta llegar ahí Couzinet ha visto estallar muchos prototipos, ha pasado muchas penurias, incluso hambre, ha tenido que mendigar inversiones. Pero todo eso es una minucia cuando saca una cuartilla y un lápiz y empieza a dibujar un avión de dimensiones olímpicas. Mermoz se contagia de su entusiasmo. Los fantasmas del desánimo que han llenado de sombras y oscuridades su interior se disipan al abrirse esa nueva ventana a la aventura oceánica.

El febril Couzinet se empeña en que vayan a ver el avión al hangar. El Arc-en-Ciel 3 es un aparato robusto, un toro plateado de triple hélice. El constructor acaricia el fuselaje de manera sensual.

—Mermoz, podemos partir hacia América a primeros de enero.

—¿Podemos?

—¿Creía que me lo iba a perder?

Por esos vaivenes en los negociados de la política, cuyas razones son siempre subterráneas, lo que durante meses han sido bloqueos y negativas a la aventura transoceánica de la Aeropostale, se convierte de repente en una puerta abierta de par en par. Los permisos se agilizan, el dinero para la puesta a punto está disponible y se aprueba el plan de vuelo para conectar Europa y América del Sur, retomando la línea entre Francia-Senegal-Natal para cruzar el océano Atlántico por su paso más corto.

En pocas semanas, el Arc-en-Ciel ruge sobre el cielo de Brasil con los dos mil caballos de sus motores. Es el primer vuelo de prueba sobre el Atlántico cargados con el correo y con el propio Couzinet a bordo. No ha habido forma de convencerlo de que añadía peso innecesariamente y Mermoz finalmente ha accedido a que fuese con ellos. Al fin y al cabo, él es el padre de la criatura voladora. Si lo culminan con éxito, habrán abierto una puerta que ya no se podrá cerrar. Es el vuelo que lleva tantos años esperando y, al despegar, se siente tan tranquilo como si hiciera remo en el Tigre.

Mil setecientas veinte revoluciones en el salpicadero. Todo bien. Mira al frente, varios cientos de metros más arriba, un globo descomunal avanza en la misma dirección, mucho más lentamente. Alza los dos brazos y sus gritos se elevan por encima del estruendo de los tres motores:

—*¡Auf Wiedersehen*, cabezas cuadradas!

La tripulación alza la cabeza, entre ellos Collenot, al que ha elegido como mecánico para el primer vuelo Europa-América del Arc-en-Ciel. Miran por las ventanillas y ven cómo primero dan alcance y después dejan atrás al zepelín de la Lufthansa, que quiere quitarles el dominio de la línea con América del Sur.

Desde su asiento, el constructor alza la voz para preguntarle si alguna vez ha pilotado uno de esos dirigibles.

—¿A eso le llama pilotar, Couzinet? ¡Eso es conducir un tractor!

Catorce horas después de salir de Saint-Louis de Senegal, aterrizan en Natal con placidez.

Mermoz está contento, pero rechaza las fiestas y las celebraciones. Cuando llega para recibirlo el jefe de aeródromo con una banda de música, manotea para espantar su concierto de grillos.

—¡No quiero músicos, quiero mecánicos! Aún no hemos hecho nada. Mañana hay que salir para Buenos Aires con el correo.

Y en Buenos Aires al día siguiente el recibimiento es apoteósico, con un aeródromo atestado de gente y una nube de reporteros gráficos esperando la llegada.

El gesto serio y la actitud preocupada del piloto-jefe en ese primer viaje de prueba resultan premonitorios. Al regresar a Natal para hacer el camino de regreso con el correo de vuelta, el Arc-en-Ciel rueda durante mucho, demasiado rato en la pista sin elevarse, hasta que una rueda se hunde en el terreno. Al escarbar descubren que la zona está minada de hormigueros y no tiene consistencia. Pudieron despegar hacia Buenos Aires con el depósito a un cuarto, pero con nueve mil litros de gasolina y un peso de quince mil cuatrocientos kilos, el trimotor que tan seguro resulta en vuelo es una mole en tierra que requiere pistas resistentes a su tonelaje. El Arc-en-Ciel se queda varado como una ballena en Natal durante semanas hasta que la pista se acondiciona.

En algunos diarios se habla de fracaso de la línea transoceánica y a Mermoz se lo llevan todos los demonios. Los que alabaron de forma desmedida un simple vuelo experimental con el objetivo de buscar, precisamente, ese tipo de carencias y solventarlas, ahora le echan la caballería encima, dibujan crueles caricaturas suyas subido a un avión que es un caracol gigante y amenazan con espantar la voluntad cambiante de los políticos.

Aprovecha para distraerse haciendo ejercicio físico de manera frenética. Vuelve a comer tortillas de seis huevos. Vuelve a reír a carcajadas algunas noches en el barrio de Ribeira con copas de ron y mujeres de color del ron. Fue en Brasil donde conoció a Gilberte, pero parece que haga mucho tiempo de eso. A veces Mermoz siente vértigo de su propia vida, de viajar en un tren tan rápido que al mirar por la ventanilla todo ha quedado ya atrás.

El correo ha tardado meses en ir y venir. Es el fallo que muchos estaban esperando para cerrarle el paso.

Al poner un pie de vuelta en el aeródromo de Senegal, tras una travesía con un motor parado sobre el océano que provoca el desasosiego de los tripulantes hasta la llegada, recibe la noticia de que la compañía Aeropostale ya no existe: el gobierno va a fusionar Air Orient, Farman, Air Union, CIDNA y la Aeropostale. La nueva compañía única controlada por el Estado se llamará Air France.

Trata de localizar a Tonio y a Guillaumet. Precisamente encuentra al llegar una carta de Tonio llena de monigotes en la que le cuenta que le piden prólogos para libros, artículos para revistas y hasta le han ofrecido escribir un guion para el cine, pero él lo que más desea es volver a volar. Guillaumet está destinado en la línea de Orán. Es de poco escribir, pero a través de compañeros le manda saludos.

Las luchas administrativas se agravan. A Mermoz lo convocan a reuniones de alto nivel con los nuevos administradores de la macrocompañía estatal, lo invitan a cócteles de gala donde los hombres llevan chaqué y las señoras se abanicán, le conceden menciones honoríficas como piloto transoceánico... pero no lo escuchan. Él no quiere honores, quiere aviones para ir más allá.

Finalmente, lo colocan al frente del servicio postal entre Francia y América, pero no lo dotan de una flota de aparatos eficaz: se reúnen algunos hidroaviones junto a aviones convencionales retocados. Es una chapuza, pero lo que más lo horroriza es que los políticos están encantados con su plan de alianza con la Lufthansa alemana. En una de esas fiestas en que está el ministro del Aire, Pierre Cot, se acerca al corro donde se encuentra y solicita poder hablar con él un minuto a solas. Cuando una doncella cierra la puerta de un gabinete de la casa y los deja solos, Mermoz cambia el gesto mundano por otro mucho más agrio.

—Pero ¿cómo es posible que el gobierno se plantee un acuerdo aeronáutico con la Lufthansa? ¡Van a entregar a los alemanes todo el esfuerzo, todas las líneas abiertas con tanto esfuerzo durante años! ¡Señor Cot, eso es intolerable!

—Su tono también es intolerable, señor Mermoz. Pero no se lo tengo en cuenta porque sé que su intención es buena. A veces la política es compleja, créame.

—Lo siento, no tengo nada personal contra usted, señor Cot. Pero he dejado mi juventud arañando el aire metro a metro y no voy a aceptar que se regale el sacrificio de tanta gente a cambio de no sé qué prebendas.

—Es usted libre de aceptar o dejar de aceptar.

Mermoz sale del gabinete y toma el abrigo y el sombrero. De la casa se va directamente a *Paris-Soir* a ver a su amigo Joseph Kessel, periodista que fue aviador durante la guerra. Kessel admira a Mermoz y rápidamente se pone de su parte. De allí se va a la redacción de *Le Matin*. Recorre todas las redacciones de los periódicos y empieza una campaña en contra del acuerdo con la compañía alemana que genera una encendida polémica. Hay quienes reclaman que al frente del Ministerio del Aire debe estar un militar y no un civil que ha aprendido a volar tomando clases siendo ya ministro.

Mermoz no quería polémicas, sólo volar. Una tarde en que anda de un humor de perros, se cruza en la plaza del Trocadero con un piloto de la Línea ya retirado. Parece tener prisa, pero se detiene un momento a saludarlo. Le dice que va a escuchar a una gente que trae nuevas ideas para regenerar el país, que por qué no lo acompaña. Se encoge de hombros y decide ir con él.

En un ateneo de la calle Copérnico dejan atrás a la señora de la recepción haciendo ganchillo, atraviesan unas mesas donde hay hombres que juegan partidas de cartas y llegan hasta el salón de actos, con todas las sillas ocupadas y gente de pie en la parte trasera. Sobre la tarima habla un hombre trajeado, de frente despejada y pelo corto pulcramente peinado con fijador.

—¿Quién es?

—Es el presidente, el señor De La Rocque...

Alguien se vuelve para puntualizar: «Coronel De La Rocque». Otros les chistan para que dejen de parlotear.

—La deshumanización del capitalismo en connivencia con un Parlamento corrupto está minando los cimientos de la justicia social de este país. ¿Para qué queremos un Parlamento que nos cuesta cientos de miles de francos si no es capaz de defender los intereses de nuestros agricultores? Nos está llevando a un precipicio. Y al fondo de ese precipicio nos están esperando esos comunistas que no tienen conciencia, que convierten a las personas en ganado, que no creen en la familia ni en la libertad. Tenemos que exigir a los políticos más decoro y mano dura contra aquellos que atenten

contra los trabajadores, las empresas y la gente honrada que hace grande este país. No podemos permitirnos más corrupción ni más distracciones de esos políticos que desprecian los valores que han hecho grande Francia: libertad, justicia y ley. Moscú tiene los tentáculos muy largos. Si no convertimos nuestra voz en una sola voz y dejamos que el desorden se apodere de todo, seremos débiles. Y la debilidad es la muerte para un país. Porque la debilidad trae la revolución y trae la guerra. La gente honesta y trabajadora lo que quiere es un país fuerte que se gane el respeto de sus vecinos y camine con la cabeza levantada hacia futuro...

Los aplausos fervorosos interrumpen unos segundos su discurso.

—En Alemania, el Partido Nacionalsozialista ha conseguido poner en marcha un país dormido. ¿Acaso no somos capaces de hacerlo también en Francia? ¿Es que son mejores que nosotros? Aquí sobra talento y orgullo para hacerlo y multiplicado por diez.

Más aplausos. Mermoz no aplaude. Está hipnotizado.

CAPÍTULO 70

Toulouse, 1934

Tonio lleva dos años sin volar. Una tarde mustia en que relee maquinalmente un libro de poesía que lo deja indiferente, recibe un telegrama que le transporta de golpe al pasado: «Preséntese semana próxima en fábrica de Latécoère en Toulouse. Empezará como piloto de pruebas para nuevos prototipos. Atentamente. Sr. Daurat».

Tira al aire el libro.

—¡Este telegrama del señor Daurat sin palabras rimbombantes sí que es poesía!

Consuelo, enfrascada en una partida de *bridge* con sus amigos, acude a ver qué sucede.

—¡Daurat me reclama en Toulouse para ser piloto de pruebas! ¿Vendrás conmigo?

Consuelo abre los ojos como si fuera un búho.

—¿Toulouse? En absoluto, cariño. Ya sabes que odio las ciudades pequeñas. Odio todo lo pequeño.

Tonio mueve la cabeza con resignación: ¿cómo vas a odiar lo pequeño si eres una personita de juguete?, le diría. Pero sólo suspira. Desde el salón la reclaman insistentemente sus amigos.

—Salgo para Montaudran.

—¿Ahora mismo?

—En realidad, ya me he ido.

El señor Daurat tiene algunas canas más y algún kilo más. Pero su mirada es la misma. Arde.

En el hangar, Tonio se encuentra con un mecánico de la industria Latécoère de los de toda la vida. Lleva la llave inglesa y el trapo de grasa suspendidos del bolsillo trasero del mono de la misma manera en que lo vio

cinco años atrás. Mientras él y sus compañeros han ido y vuelto a África cien veces, han volado a la Patagonia y a los Andes, ese hombre no ha recorrido más que los treinta pasos de largo de la nave donde trabaja.

—Michelet... ¿Qué ha hecho todos estos años?

—Lo de siempre, señor Saint-Ex. Trabajar.

—Pero ¿se ha subido alguna vez a un avión?

—¡Oh, sí, señor Saint-Ex! Yo soy personal de tierra, lo dice mi contrato, pero por una urgencia me llevaron en una ocasión a Barcelona a hacer una reparación.

—¡Entonces ha cruzado los Pirineos!

—Ya lo creo.

—¿Y qué sintió al hacerlo?

—Pues... no lo recuerdo, señor Saint-Ex. Iba durmiendo.

Hay cosas que para Tonio son incomprensibles. Se queda pensativo mientras el mecánico se aleja con su paso blando de camello.

¡El día más importante de su vida, Michelet se queda dormido!

Aunque, por otro lado, ¿qué es lo importante? Para Michelet lo importante es una tuerca que un día se le resiste. La lucha contra esa tuerca que requerirá de toda su pericia, su energía, su paciencia y su habilidad será para él una guerra. Michelet vive las aventuras del más atrevido de los pilotos tumbado en un taller manchado de grasa.

Tonio despega el nuevo Laté 290 con motor de seiscientos cincuenta caballos y Michelet lo ve alzarse de la pista. Sólo ha volado una vez y se quedó dormido, pero ha visto partir a todos, ha visto regresar a unos y morir a otros contra el suelo de la pista. Ve cómo despega el señor Saint-Ex con el avión desequilibrado y mueve la cabeza a lado y lado. Es un milagro que siga vivo.

Durante el vuelo ha de tomar nota de las características del avión y tiene una libreta entre las piernas para los apuntes. Cuando aterriza, el ingeniero y su ayudante, que han estado observando atentamente el vuelo desde la pista, le piden sus impresiones:

—Mal al pasar de cierta velocidad.

—¿De cuánta?

—De bastante, antes de llegar al máximo.

—¿De cinco mil revoluciones?

—Puede ser. Y escora.

—Lo vimos.

—¿Hacia qué ala escora?

—Pues... izquierda.

El ingeniero y su asistente se miran. A ellos les ha parecido que escoraba a la derecha.

—¿Está seguro del lado? ¿Por qué no consulta las notas de su libreta de vuelo?

Saca la libreta y la abre. Ante las caras de estupefacción de los ingenieros no puede evitar sonrojarse como un niño pillado con la mano en el plato de las natillas. La hoja tiene apuntada la hora del despegue y, a continuación, únicamente un montón de monigotes y dibujos. Hay magos con capirote puntiagudo, cabezas de caballo y bocetos de un niño con el pelo rizado y una capa de caballero. También la silueta curvilínea de un cuerpo de mujer que parece una guitarra. Ni rastro de anotaciones técnicas. El ingeniero frunce el ceño con enfado. Al parecer, no es muy amante del dibujo a lápiz.

Como el desarrollo de los Laté incluye su transformación en hidroaviones, es enviado al aeródromo de Saint-Laurent-de-la-Salanque, en el departamento de los Pirineos Orientales, a pie de la laguna de Leucate, para hacer pruebas con aparatos en los que las ruedas de aterrizaje y despegue se han cambiado por flotadores.

A Tonio no le gusta la laguna salada donde hacen los ejercicios, tan falta de vida, y le aburre la modorra de Perpiñán. Alguna tarde de domingo se sienta con un vaso de Oporto a escuchar la orquesta y mirar a las chicas que pasan por delante en dirección a la música pintadas para la coreografía del galanteo provincial. Le parecen un desfile torpe de soldaditos de plomo.

Unas modificaciones en los tres prototipos en preparación hacen que se produzca un parón de tres días en las pruebas y aprovecha para tomar el tren hasta París y darle una sorpresa a Consuelo.

Al llegar al apartamento de la calle de Chanaleilles lo encuentra vacío. Por el comedor están desparramados los pinceles y las cerámicas que Consuelo se dedica a colorear con esos motivos aztecas que tanto le agradan. Pero hay en la casa una quietud como si llevara días deshabitada. La espera

angustiado todo el día y no aparece, ni tampoco por la noche. Empieza a pensar que se ha puesto enferma y está hospitalizada. Antes de empezar a llamar a todas las clínicas de la ciudad, telefonea a un par de amigos comunes y uno le explica que está pasando unos días en el campo con unos amigos. ¿Qué amigos? No le sabe decir bien, o no se lo quiere decir. En realidad es la casa de un artista que se hace llamar Toboggan. Le deja sobre la mesa del salón una nota enfadada pidiéndole que le mande aviso cuando regrese de sus vacaciones.

Dos días después Consuelo lo telefonea a su pensión. Le cuenta que ha estado en casa de unos amigos pintores.

—¿Amigos? ¡Querrás decir en casa de ese Toboggan!

—Querido, había más gente. También estaban los Calmette, y Louis... Le tienes manía a Toboggan porque es pintor. No soportas a los artistas.

—¿Cómo puede tener una relación siquiera remota con el arte un tipo que se hace llamar de manera tan zafia Toboggan?

—Querido, eres insoportable —le dice ella con tristeza, y él suspira arrepentido.

—Discúlpame. Es que me siento solo.

—Pronto será Navidad y celebraremos todas las fiestas. Recuerda que yo soy católica. ¡Dios mío, tengo que encontrar figuras para poner un nacimiento! ¡O mejor, las modelaré y las pintaré yo misma! Nuestros amigos nunca habrán visto un belén como éste.

Al final, consigue que Tonio se ría.

Recibe con alegría el encargo de llevar, justo antes de Navidad, un nuevo prototipo para el ejército de Laté 293 torpedero hasta la base de la Marina en Saint-Raphael, cerca de Saint-Tropez. Le encanta la Costa Azul, y a Consuelo también. Le envía un telegrama y le pide que se encuentren en el hotel Continental de Saint-Tropez.

Pensar en ella le aligera el mal humor. Aunque su matrimonio tenga altibajos por las separaciones y la distancia y esos amigos que siempre mariposean a su alrededor, los reencuentros fogosos compensan las ausencias. Piensa en ella mientras despega de la laguna de Leucate con rumbo al mar. Lleva como pasajeros a un ingeniero, un oficial de la Marina y al mecánico Vergès. Elevarse por encima de esa superficie baldía, dejar los

vuelos de rutina y abrirse en una virada hacia los espacios abiertos lo iluminan. La vibración de estos Latés es infinitamente menor a la de los viejos Breguet. La aviación ha dado saltos técnicos asombrosos y ahora las averías de los motores en vuelo resultan infrecuentes. Cruza el cielo de Francia como si se deslizara por la nieve con un trineo.

Desciende junto a la base de la Armada mecido por la placidez del vuelo. Maniobra tan relajado que olvida que el mar no es una pista de tierra. Y que ese modelo en concreto de hidroavión requiere por su aerodinámica un ángulo especialmente acentuado a la hora de contactar con la superficie del agua. Al posarse, sufre un brusco frenazo que hace que se quiebre uno de los patines y el morro se hincó en el agua. El hidroavión da media vuelta de campana y queda boca abajo en el agua.

El impacto lo deja aturdido. El mecánico logra escapar por el hueco estrecho destinado a la ametralladora, pero justo por ahí empieza a entrar agua a borbotones. Antes de que el avión volcara, el oficial de la Marina logró abrir la trampilla de evacuación y salir catapultado. Quedan dentro el mecánico y Tonio, mientras el Laté empieza a hundirse lentamente. Vergès consigue llegar hasta el lateral y entreabrir la puerta de emergencia. Logra salir y enseguida es izado por los marineros de la barca de la Marina que estaba presta a recogerlos. El avión ya está hundido en sus tres cuartas partes y Tonio no aparece.

Ha sufrido un golpe con el amerizaje y se encuentra confundido. No sabe cómo ha llegado hasta ahí y el agua está inundando la cabina. En su aturdimiento en medio de la penumbra acuática, avanza a ciegas agarrándose a los salientes y tragando agua hasta llegar a la cola del avión, donde afortunadamente encuentra una bolsa de aire y puede volver a respirar. El agua sube de nivel y por un momento entorna los ojos y le sobreviene una placidez en la que se ha ido el frío y se le aparecen visiones de hermosas sirenas con cola de pez y senos redondos. Una de ellas nada hacia él y lo mira: es Loulou. Le encantaría quedarse a vivir en esa alucinación. Pero el destello de luz de la puerta abierta por Vergès le muestra que la vida está en otra parte. Toma aire y bucea por una cabina convertida en un acuario hasta alcanzar la abertura y bracear hasta la superficie.

Cuando ven asomar su pelo escaso y su boca de pez que demanda aire angustiosamente, todos celebran su salvación. Todos excepto él. Si se hubiera quedado con las sirenas no tendría que dar las embarazosas explicaciones que va a tener que dar.

La suite del hotel Continental, que debía ser un nido de amor, se convierte en una enfermería. Consuelo cuida de él un par de días hasta que se restablece. Ordena que le preparen consomés de pollo y le lee las noticias más extravagantes del diario para distraerlo. Él se deja mimar, a ratos incluso se finge peor de lo que está para que le prepare infusiones de manzanilla con coñac. Querría seguir enfermo más días, como cuando era niño y unas décimas de fiebre eran el pasaporte para evitar la escuela y quedarse en casa con mamá para él solo, flotando entre sábanas limpias y jarabes con sabor a grosella.

Pero con su recuperación llega la realidad, y no sabe precisamente a grosella. Imposible que pasara desapercibido el haber hundido por un descuido un avión sin estrenar y haber estado a punto de ahogar a varios pasajeros, entre ellos un teniente. Se siente apesadumbrado. Le dan igual el avión y el susto de los pasajeros. Lo que le duele en lo más profundo es haber defraudado la confianza del señor Daurat.

Escribe una carta a su jefe. La rompe. Después otra. La arruga como un acordeón. Otra más. Acaba en el cesto. Cuando la papelera rebosa y las bolas de papel están ya esparcidas por el suelo se da cuenta de que ha de ir a Toulouse a verlo en persona. Viajar en coche por Francia es sosegado. A los lados se despliegan campos geométricos que a través de la ventanilla ocultan los secretos de la dureza de la vida agrícola y sólo muestran la sábana planchada de los sembrados. Cuando deja a un lado Toulouse y enfila por la carretera el letrero que indica AERÓDROMO, tiene la sensación de que va a ser su última visita. Al pasar por delante de las instalaciones de la antigua Aeropostale, siente una nostalgia pastosa. Sigue hasta los talleres Latécoère, un panal laborioso donde se construyen aviones.

Encuentra a Daurat en el despacho. Ahora ya no tiene una línea internacional que supervisar, pero igualmente mira a través del ventanal desde el que, de manera oblicua, se avista la pista del aeródromo como si siguiera esperando el correo de la tarde.

—Señor Daurat...

El jefe lo mira en silencio. No se puede leer nada en su mirada. Se ha pasado la vida jugando a un póquer de vidas humanas. Los sentimientos son para él una infracción de las normas.

—He venido a presentar mi dimisión irrevocable. Y a decirle que lo lamento, que la culpa del accidente sólo fue mía.

El director no mueve un músculo, ni siquiera da una calada al cigarrillo que lanza señales de humo desde su mano. Pero no es un silencio incómodo. Los dos se sienten comprendidos mutuamente. Daurat no va a interpretar la comedia de amagar con rechazar su dimisión. Los socios propietarios de la compañía van a exigir su despido. Y, aunque no lo hicieran, lo despediría él mismo. Son las normas. La carta de renuncia es la manera que Tonio tiene de evitar a Daurat tener que despedirlo y a él ser despedido.

—Saint-Exupéry, es usted un caballero.

Tonio sonríe con uno de esos gestos flojos de cuando nada hay que celebrar. Que es un caballero es algo que le han dicho muchas veces las mujeres antes de irse a la cama con otro.

—Soy un caballero, pero ya no sé en nombre de qué reino combato.

Daurat lo mira sin responder. No cree en la melancolía. Es improductiva. Y mala para el cumplimiento de horarios y de tareas. Tonio le alarga la mano y Daurat se la estrecha con fuerza. Por un instante le parece ver detrás de esos ojos negros de tejón un instante de ternura. Al momento, Daurat vuelve a su mesa de manera enérgica y hace como que abre carpetas y que está ya ocupado en otra cosa y da por terminada la visita. Tonio sale del despacho negando con la cabeza.

El viejo señor Daurat...

Otra vez sin trabajo. De nuevo, regresa a París con las manos en los bolsillos.

CAPÍTULO 71

Natal, 1934

Aunque no ha conseguido que la compañía retire esos hidroaviones pesados como elefantes y le proporcionen los medios adecuados, Mermoz ha reunido un equipo de pilotos que mantiene la unión postal entre Europa y América pedaleando vigorosamente sobre el Atlántico.

Una vez más, el faro de los Reyes Magos a la entrada de Natal le guiña el ojo a Mermoz. Lo saluda con una virada en abanico por encima de los acantilados y llegan al río Potengi en el horario previsto. Como de costumbre, si no hay novedad, el *Comte de La Vaulx* repostará, será revisado durante la noche y partirán con el correo de vuelta hacia Dakar por la mañana.

Al amerizar en Natal, los empleados que se acercan con la chalupa para remolcarlos a la orilla traen malas noticias. Fernández, el piloto que traía el correo de Argentina, Uruguay y Brasil desde Bahía con el mecánico Nuno ha tenido un accidente.

—¿Cómo están ellos?

—En el hospital. Se han salvado.

Mermoz resopla.

En cuanto pone un pie en la orilla, se sube a la furgoneta destartalada que los lleva al aeródromo de Parnamirim. El aeródromo de Natal ha crecido mucho en los últimos tiempos y Mermoz ha de abrirse paso entre una docena de pasajeros traídos por un aparato de una línea italiana que hace la ruta hasta Río de Janeiro. El jefe de aeroplaza le informa de que, efectivamente, el avión del correo se ha estrellado en Caruaru. Él mismo se pone al habla por radio con la base de Buenos Aires. Le informan de que van a mandar otro aparato a recoger las sacas con destino a Europa retenidas en Caruaru, pero que tienen el avión de reserva en reparación y tardará varios días, tal vez una semana.

—¡Una semana! ¡Imposible!

El operador de radio y Colletot entran y lo ven en la oficina dando vueltas y tirándose del pelo como un león enjaulado.

—¡No podemos estar una semana aquí parados! La gente ha pagado para recibir su correspondencia a tiempo. ¡Yo mismo iré a Caruaru a buscar ese correo!

—Con su hidroavión no, desde luego. Caruaru está en el interior.

—Iré en automóvil.

—Estamos en época de lluvias. Las carreteras están anegadas. Es imposible pasar.

—Pues iré volando. ¿Hay alguna compañía que opere aquí que me pueda llevar a Caruaru?

—Me temo que no.

—¿Y esos italianos?

—No sé...

Antes de que acabe de hablar, Mermoz ya ha salido por la puerta como una exhalación y los otros lo siguen.

Un responsable de la compañía, con gorra y escudo de tela de los colores del arcoíris cosido a una camisa mugrienta, se encarga de los trámites de la Trans-Nortense, propiedad de un consorcio italiano. Mermoz le dice que necesita ir a Caruaru, pero el otro lo mira sin interés y le dice que ellos van a Río, que si quiere un pasaje ha de apuntarse porque hay lista de espera. Insiste en que ha de ir a Caruaru, que pagará lo que sea. Pero el otro le contesta de malos modos que eso no es una compañía de taxis. Que a Río o nada.

Mermoz da una patada a un bidón y se da la vuelta echando sapos por la boca. Entonces ve en la pista un avión metálico de ala baja completamente nuevo.

—¿Y ese avión?

—Es norteamericano. Un prototipo que está haciendo una ruta de prueba.

—¿Y el piloto?

El jefe de aeródromo señala un par de piernas embutidas en un mono blanco, que asoman por debajo del fuselaje junto a una manta de cuadros con herramientas.

—Creo que está revisando el tren de aterrizaje...

Mermoz se va hasta allá y se planta delante de las puntas de las botas que sobresalen de la panza del aparato. Alza la voz para que el piloto lo oiga.

—*Bonjour, boa tarde*, buenas tardes...

Desde debajo del avión le devuelve las buenas tardes una voz aguda algo distorsionada por el esfuerzo de apretar tuercas, en un francés con acento de Kansas.

—Disculpe que lo moleste.

—Diga, lo escucho desde aquí abajo.

—Soy el jefe de pilotos del correo transoceánico de Air France, Jean Mermoz. Un colega ha tenido un accidente en Caruaru y necesito llegar hasta allí para recoger la correspondencia con urgencia. ¿Me prestaría usted su avión?

—Señor Mermoz, ¿le prestaría usted su novia al primero que se la pidiese?

Mermoz se queda chascado.

—Bueno, no, claro. Tiene usted razón. Pido algo imposible, disculpe. Gracias de todas formas.

—Por supuesto que no voy a dejarle el avión. Pero no he dicho que no pueda llevarlo.

Si la respuesta le sorprende, no es nada comparado con la sorpresa que se lleva cuando el piloto encoge las piernas y sale de debajo del fuselaje. Es una mujer alta y pecosa con el pelo rubio alborotado y cortado a lo *garçon*, que lleva anudado al cuello por encima del mono un pañuelo granate.

—¡Vaya! Disculpe, no sabía...

—¿Que era una mujer? ¿Y eso cambia algo? ¿No se fía de que lo pueda llevar sano y salvo a Caruaru?

—En absoluto. Es solo que..., bueno, que no acostumbro a ver muchas mujeres en los aeródromos.

—Pues cada vez va a ver más. En Estados Unidos en 1929 sólo siete mujeres poseíamos licencia de vuelo del Departamento de Comercio. Ahora ese número se ha multiplicado por diez.

—Ustedes los norteamericanos son un país de pioneros.

—Lo somos.

—No me dijo su nombre.

—Soy la señora Earhart. Amelia Earhart.

Mermoz abre mucho los ojos.

—¡Pero usted estableció el récord femenino internacional de velocidad en 1930! Y fue la primera mujer en volar Estados Unidos de costa a costa en solitario sin escalas...

Ella sonríe con timidez.

—Necesito hacerle millas a este prototipo Lockheed. ¿Sigue interesado en que lo lleve a Caruaru?

—¡Será un honor!

Los cuatrocientos cincuenta caballos del motor levantan con facilidad el avión sobre la pista y vuelan por encima del oleaje de Punta Negra en dirección al sur.

—Es una suerte que hable usted francés —le dice Mermoz.

—Muy poco. Me matriculé en Literatura Francesa en la Universidad de Columbia. A la vez también me matriculé en Medicina... Después hice un curso de mecánica de automóvil. ¡Aún no sabía lo que quería!

—Hasta que descubrió volar...

—Volar lo cambia todo. Bueno, se puede ser piloto y llevar una vida normal. Hay mujeres piloto que son madres.

—Llevar una vida normal... yo lo he intentado, pero todavía no he descubierto cómo hacerlo.

—Yo tengo la suerte de que mi marido me apoya en mi carrera de aviadora, nunca me pone pegas a ningún vuelo.

—Ya... —Y arrastra la voz con melancolía pensando en Gilberte—. No ponen pegas, pero esos ojos de angustia de la persona que se queda en tierra cuando te marchas son un arpón que se te clava.

—Bueno, nunca es fácil, claro. Pero ¿hay algo que valga la pena y que sea fácil?

Recorren los cuatrocientos kilómetros sobrevolando la costa del norte de Brasil. Sobrevuelan faros aupados sobre acantilados vertiginosos, atraviesan el espectacular delta del río Mamanguape y se aúpan sobre las aguas quietas de la paradisiaca laguna del Saco, rodeada de un almohadón de vegetación verde. Al pasar por encima del estuario del río Paraíba, Amelia Earhart pone un gesto pícaro y señala con el dedo la Isla de Restinga que se forma en la desembocadura: desde su altura muestra un dibujo asombrosamente perfecto en forma de corazón verde sobre las aguas marronosas que trae el río. Los dos se miran risueños. Saben que son afortunados. Que, pase lo que pase, nada les quitará ese privilegio de que el planeta desenvuelva para ellos todos sus regalos. Aterrizan en la capital del estado de Pernambuco cuando ya el sol se está poniendo por el interior. Mermoz en ese instante se siente en paz consigo mismo y con el mundo.

—Señora Earhart...

—Llámeme Amelia.

—Amelia... ha sido uno de los mejores vuelos de mi vida.

—¡Al menos habrá sido uno de los más descansados!

—Permítame que Air France la invite a cenar.

En una churrasquería del centro de la ciudad, los camareros no paran de traer a las mesas espetos con todo tipo de carnes cortadas de mil maneras posibles. Cuando aún no ha aterrizado un pedazo de pollo en el plato, ya llega otro camarero con solomillos de buey y detrás espera otro con chorizos criollos. Amelia nunca ha comido tanta carne, ni un postre de granos de tapioca con vino dulce.

Mermoz le habla de los avatares de las líneas del correo y ella le explica anécdotas de su trabajo en el departamento comercial de la Transcontinental Air Transport. La compañía pensaba que las mujeres eran más reticentes a volar que los hombres y que había que convencerlas específicamente a ellas de las bondades del transporte aéreo, porque si mamá no volaba, la familia no volaba.

—Me tocaba la atención al público. Yo quería ser piloto, pero hay pocas plazas disponibles.

—¡Pero usted es una piloto profesional muy cualificada!

—Pero siempre estoy en la cola. Soy mujer, no lo olvide.

—No lo olvido en absoluto.

Ella se ruboriza levemente.

Le cuenta la historia de una pasajera que pidió por teléfono volar con su perrito, que era la cosita que más quería, y se lo aceptaron. Se presentó en el aeropuerto con un descomunal mastín, pero fueron inflexibles: había pagado un asiento, así que si quería viajar con el perro de cincuenta kilos debía llevarlo con ella en el asiento desde Cleveland hasta Nueva York.

—¡Y lo hizo! Debió de ser el peor viaje de su vida.

Mermoz la mira magnetizado.

—Un florista de Nueva York tuvo la feliz idea de expandir su negocio mandando flores de una ciudad a otra en tiempo récord por avión. ¡Lástima que nuestro personal puso el ramo justo al lado de una salida de la calefacción y lo que llegó fue un guiñapo de flores reseca! Alguien quiso mandar un poni y le hicimos pagar dos billetes. El animal viajó en el pasillo y, al llegar, un empleado del aeropuerto le puso unas gafas de aviador y le hizo una foto.

Mermoz se ríe como hacía mucho que no se reía.

Ella se queda un momento callada.

—Pero lo que más me gusta es vagabundear por el aire.

Mermoz asiente. Pertenecen a la misma raza.

Acuerdan salir al día siguiente al filo del amanecer con el correo en dirección a Natal. Se alojan en un pequeño hotel cerca de la iglesia de Santa Isabel, una vez que ella se ha asegurado de que hay baño en las habitaciones. En el descansillo, se despiden.

—Buenas noches, Amelia. Que descanse.

—Buenas noches, Jean.

—Amelia...

—¿Sí?

Mermoz duda durante una fracción de segundo.

—Si por la noche se siente indispueta, mi habitación es la 105.

Ella pone un gesto de falsa severidad.

—¿Quiere usted decir indispueta o predispueta? ¡Por favor, Jean, soy una mujer casada!

—Disculpe, Amelia, no piense usted mal. Yo sólo me preocupaba porque esos *rodizios* brasileños a veces pueden resultar indigestos por la noche.

Ella sonríe de esa manera suya, como un chico travieso.

—Si me enfermo, le avisaré. Pero le advierto que tengo una salud de hierro.

Mermoz se ríe de buena gana. No le importa la derrota cuando tiene delante un jugador de primera.

Después de cargar el correo, regresan en el Lockheed Electra, un prototipo recién salido de la fábrica de Detroit, que después de las probaturas de Earhart empezará a fabricarse en serie. El amanecer sobre el mar los encuentra volando. La luz tenue desdibuja las masas de árboles a sus pies y confunde sus límites hasta convertirlos en un bosque infinito. Durante mucho rato no hablan, absortos en el paisaje.

—Amelia —le pregunta cuando el sol ya empieza a blanquear el mundo —, ¿usted por qué vuela?

Ella pone ese gesto suyo de felicidad inmensa.

—Por el placer de hacerlo.

Amelia despide al *Comte de La Vaulx* sobre la pista del aeródromo de Parnamirim ondeando el pañuelo granate que lleva al cuello. Mermoz agita la mano y empieza a rodar para despegar de regreso a Europa. Le habría encantado subirse a ese avión metálico impregnado de su olor a jabón perfumado y dejarlo todo para seguir a esa mujer hasta el fin del mundo. Pero el correo espera. Y frente a todas las demás fantasías, ésta es la única verdad sólida que da sentido a su vida.

CAPÍTULO 72

París, 1935

Los artículos que escribe en la prensa son un ingreso esporádico y sus gastos son siempre enormes. Consuelo no conoce la palabra *ahorro* y Tonio tampoco. Ninguno de los dos sabe cocinar algo que no sean unas tostadas o una ensalada. Comen y cenan fuera. O a veces no cenan y al otro día desayunan filetes o bullabesa en el hotel Hilton. Muchas veces Consuelo sale y él se queda escribiendo, o sale él por su cuenta. En la casa hay trozos de arcilla de una escultura a medio hacer, un caballete en medio del salón, hojas de borradores de artículos que nunca se terminan, paquetes de cigarrillos por todas partes, libros desperdigados por el suelo como pistas de una ruta secreta por el piso, un gramófono del que se encaprichó Consuelo que dejó de funcionar el primer día.

Una tarde acude a casa de los Legrand en su palacete de la avenida Champs-Élysées. Suelen reunir siempre a gente sofisticada que cita a Montaigne de corrido y se sabe todos los cotilleos de los cantantes de ópera del momento. Y su paté de pato es insuperable. Salir es una manera de combatir el hastío de no saber hacia dónde virar.

Los últimos meses han sido confusos. Su relación con Consuelo se ha normalizado en la anormalidad. Haber ganado el Premio Femina le dio una cierta celebridad que ha tenido un efecto que nunca hubiera esperado en el parnaso literario: para su perplejidad, algunas mujeres sienten una fascinación venérea por el autor de un libro protagonizado por aviadores aguerridos que seguramente imaginan guapos, viriles y algo truhanes, como si imbuyeran al autor de las cualidades de sus personajes. No se explica de otra forma que mujeres casadas de buena posición a las que conocía de vista o que incluso le han presentado en un cóctel lo hayan recibido con las piernas abiertas. No le agradan especialmente las relaciones esporádicas, pero le ha parecido una

descortesía desairar a las damas. Por su parte, Consuelo ha seguido con sus entradas y salidas, algunas de fin de semana a casas de campo de esos amigos suyos pomposos que a Tonio le parecen afeminados y rebosantes de un humor malicioso que lo pone enfermo. Revolotean alrededor de Consuelo con un servilismo que a ella le divierte. Sabe que a veces los convierte en sus esclavos sexuales. Todos son artistas, aunque jamás los haya visto empuñar un pincel o un instrumento musical y se pregunta si su destreza no será únicamente la de convertir la indolencia y la dilapidación de fortunas familiares en un arte.

Antes de que el mayordomo haya tomado su abrigo, Mimi Legrand sale a recibirlo como un torbellino que despliega un leve aroma de Guerlain.

—¡Tonio, querido! ¡Qué alegría que hayas venido! ¡Te presentaré a todo el mundo!

En el salón enorme hay señoras con guantes por encima del codo que fuman con boquillas larguísimas cigarrillos minúsculos, y hombres con trajes de solapas estrechas a la última moda. Madame Legrand observa un par de corrillos muy animados donde interrumpir sería un tanto impertinente. Le tira de la manga de la chaqueta para dirigirlo hacia un ventanal donde una mujer observa el trajín de la avenida a esa hora del anochecer.

—Te voy a presentar a la señora Hunt, tal vez tengáis amigos comunes.

Y sí, tienen mucho en común. La anfitriona no imagina cuánto.

Al volverse, Tonio siente un acceso de vértigo y ha de agarrarse del brazo de Mimi Legrand. La señora Hunt tiene los ojos verdes, la piel blanca, el pelo rojo. Ella le sonríe y él se queda petrificado. Ha soñado infinitas noches e infinitos días con el momento de volver a verla y ahora que ella está ahí no sabe qué hacer. En vez de estar contento, está aterrado. Cuando se lleva tanto tiempo esperando algo y ese algo sucede, uno siente la responsabilidad de estar a la altura de sus propios sueños. Y nadie puede estar a la altura de sus sueños.

La dueña de la casa los mira a uno y otro alternativamente. No han dicho nada y, sin embargo, su silencio cómplice lo dice todo.

—Entonces, ¿os conocíais?

—Somos viejos amigos —responde ella con soltura, dado que Tonio se ha quedado atónito.

El timbre de la casa que anuncia nuevas visitas hace que la anfitriona se excuse y salga corriendo en dirección al recibidor.

Louise se acerca un paso más hasta él como si no quisiera que nadie más oyera su conversación.

—¿Cómo estás, Tonio?

—Loulou...

Ella sonríe. Esa sonrisa suya que detiene el mundo.

—¡Hace años que nadie me llama así!

—Hace demasiados años de las cosas buenas...

—¡No has cambiado! Sigues enfadándote con la vida en vez de disfrutar de lo que te da en cada momento.

—¡Tengo mucho que aprender de ti!

—No tienes nada que aprender de mí —le dice risueña—, basta con que dejes de lamentarte durante un día. ¡Pero si ahora eres un escritor premiado!

—Me gusta que me regañes.

—Te regañas tú solo.

—Tienes que contarme de ti, Loulou.

—¡Eso me aburre!

—Tú tampoco has cambiado. Temes al aburrimiento más que a la muerte.

—El aburrimiento es la muerte.

—Sigues hablando como los poetas. ¿Aún escribes poemas?

No llega a responder porque se les acerca un conocido común, un abogado petulante llamado Chardin, que los saluda a los dos pero clava los ojos en ella como si fuera un plato de nata. Louise le sigue la conversación con aparente entusiasmo, incluso con coquetería. Tonio hace como que sonríe. También se suma a la conversación un joven pintor de una de las mejores familias de París al que Tonio sólo conoce de vista y en pocos segundos ya la mira hipnotizado. Loulou es una hechicera.

Madame Legrand llega con un violín en la mano y Loulou hace un gesto que nunca le había visto antes: coge el instrumento entre los brazos muy cuidadosamente, como si acunara a un recién nacido. Es un gesto de la señora Hunt.

—Querida, ¿por qué no nos amenizas con alguna pieza?

El resto de los comensales se acercan con desenfadada curiosidad.

—Pero, Mimi...

—¡Solías tocar de maravilla!

—Toco si alguien me acompaña.

—¡Yo te acompañaré!

Todos se vuelven hacia ese escritor grandullón y algo desgarbado que tiene fama de extravagante. Ella lo mira divertida.

—¿Me acompañas?

La acompañaría al infierno si se lo pidiera.

—Tú tocas y yo canto.

No va a ser la primera vez. En casa de amigos habían montado a veces un dúo medio en broma, tocando viejas canciones populares un poco trasnochadas.

Loulou afina el violín con un par de pasadas de arco y empieza. Ella toca y cantan los dos. Siente una enorme gratitud por no dejarlo solo con su voz de gallo. Louise mira fijamente al mástil del violín y él la mira a ella. Hay veinte personas en el salón, pero la música construye un castillo de notas para ellos dos solos. En ese instante es feliz.

Después de la segunda canción, Loulou pierde el interés y deja el violín sobre la bandeja de uno de los camareros que pasan por su lado.

Hay aplausos. Él es felicitado protocolariamente y Loulou es rodeada con entusiasmo por hombres y mujeres. Las polillas acuden a su luz. Se agitan a su alrededor. Levantan una muralla que lo aleja de ella.

Un matrimonio que conoce a su tía Yvonne lo felicita por su libro e inician una conversación que él desearía acabar de la manera más rápida posible, pero la amabilidad de esos señores es inexpugnable. Por fin, puede deshacerse de ellos y se acerca hasta el corrillo de Loulou, pero hay una pared de trajes. Un caballero le susurra algo al oído y ella ríe con una carcajada que en cualquier otra mujer resultaría vulgar pero en ella es sensual. Tonio vuelve a esperar remoloneando discretamente, fingiendo interés por la conversación del corrillo de al lado sin dejar de mirarla de reojo. Necesita llamar su atención como sea.

La ve despedirse de un matrimonio y quedarse sola por un instante. Sabe que ése es su momento. Ahora o nunca. Da un par de zancadas impetuosas hacia ella, pero no ve venir al camarero que cruza en ese momento en dirección a la cocina con la bandeja cargada de platos y copas. En el choque de trenes, el estruendo de la vajilla al despedazarse contra el suelo culmina con un redoble de platillos de la bandeja rebotando en el suelo como una moneda gigante. El camarero conserva su verticalidad a duras penas, pero Tonio sale despedido de espaldas y cae encima de un sofá donde charlan dos señoras, que son aplastadas por la mole que se les viene encima. Las señoras patean debajo de él. Si quería llamar la atención de Loulou, está claro que lo ha conseguido.

Dos amables caballeros le ofrecen la mano para ayudarlo a incorporarse, principalmente para liberar a las dos mujeres, que aparecen debajo despeinadas y levemente magulladas. Tonio les reitera sus disculpas de la manera más contrita, pero no están de humor para aceptarlas y madame Legrand indica a una muchacha del servicio que las acompañe a los aseos mientras dirige el operativo de limpieza de cascotes de porcelana y cristal.

—Mimi, discúlpeme, lo siento mucho...

—No ha pasado nada, Tonio. ¡Por favor, sigan disfrutando de la velada!

Pero el desaguizado ha sido el aldabonazo que empieza a dispersar a los presentes y la reunión se disuelve. Los caballeros van en busca de sus sombreros y las señoras de sus chales.

Tonio, que empieza a recuperarse del bochorno, localiza con la mirada a Loulou, que ha vuelto al ventanal a mirar ensimismada el tráfico de la avenida, ahora ya con las farolas encendidas.

—He tenido un pequeño traspie.

—Por el escándalo ha parecido un terremoto.

—Es que quería acercarme a hablar contigo. Llegar a ti es como subir una montaña.

No lo dice con acritud, sino con devoción de alpinista. Está entregado. Y ése es su más seguro pasaporte a la derrota con una mujer como Loulou, que no soporta viajar con mochila. Aborrece que la quieran seguir a todas partes.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Estoy invitada a cenar aquí con los Legrand.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Loulou?

—¿Cuándo me vas a presentar a tu esposa?

Enrojece. Tartamudea.

—Claro, en cuanto tenga ocasión.

—Eso está bien.

—¿Y tu... marido?

—Está de viaje.

—Loulou...

—¿Sí?

Tonio la mira y es como si viera con un telescopio un planeta muy lejano.

—Ya me marcho —le dice sin poder evitar un deje de tristeza—. Sólo quería decirte que me ha gustado mucho verte.

Por fin ella abandona su tono irónico y lo mira con dulzura, como si en ese instante lo viera por primera vez esa tarde. La anfitriona de la casa llega con otra señora y entre las dos tiran de ella, que se deja arrastrar entre risas hasta la mesa de las bebidas. Se escandalizan de que aún no haya probado el ponche. Louise se despide de él agitando la mano mientras se aleja, como si zarpara en un barco. Él se ha quedado en tierra.

Cuando sale de la casa siente frío. Es un frío para el que no tiene nada con que abrigarse. Mira la luz pobre y amarillenta de los faroles construidos por los hombres. En vez de iluminar, lo ensucian todo.

Querría querer a Consuelo con esa intensidad con la que amó a Loulou. Se pregunta si todavía la ama. No es posible, eso sería absurdo, sin sentido. Aquello fue una tormenta de juventud. Amarla a estas alturas sería ridículo, patético, imbécil. Y al pasar frente al escaparate de una tienda de telas ya cerrada, el vidrio le devuelve su propia imagen oscurecida. Y reconoce al individuo feo que lo mira desde el cristal: un tipo ridículo, patético y completamente imbécil. No se compadece de sí mismo, es una mera constatación de lo que es y, en el fondo, tampoco le desagrada. Pese a todos sus descalabros, no querría renunciar a ser quien es por patético que resulte: alguien que sueña con lo imposible.

CAPÍTULO 73

París, 1935

Tonio camina deprisa por el perímetro octogonal de la plaza Vendôme. Intenta fingir interés en el escaparate de la joyería fantasiosa de los hermanos Cartier, pero lo delata el nerviosismo con el que apura el cigarrillo y la mirada esquinada hacia la puerta del hotel Ritz. Quiere hacer ver que es un peatón más, pero es un vigilante.

Tomando el té en casa de la tía Yvonne, un viejo conocido de los tiempos de estudiante estuvo contando chismes. El frondoso bigote blanco de escobón ejercía de cepillo que aventaba de manera eficaz una polvareda de cotilleos vitriólicos. Algunos cuentos eran desternillantes, porque los episodios de desvarío o de descalabro conyugal siempre son divertidos cuando les suceden a otros.

Tonio se rio con ganas hasta que el pregonero empezó a contar sobre Louise de Vilmorin, actualmente señora Hunt. Y ya pronunció Hunt con un retintín que auguraba lo peor. Estuvo a punto de abrir la boca para detener la apertura de la cloaca y afear que se ventilaran asuntos relativos a una dama casada. Pero todas las trapacerías que se habían explicado antes y que él había jaleado con sus risas también hacían referencia a señoras casadas o a jóvenes casaderas burladas o burladoras. A falta de argumentos, podría haber dado un caballeroso paso al frente y haber prohibido hablar de ella en aras de su amistad con su familia. Pero la curiosidad nos hace mezquinos.

Según el vocero, el marido de la actual señora Hunt, el tal señor Hunt, un hombre rico obsesionado con hacerse más rico, sufría graves problemas de cervicales. Tras la pausa dramática y, a falta de que nadie preguntase la causa de tal dolencia, se apresuró a contarla:

—¡Es debido al peso de los cuernos!

Alguien del grupo, contento de tener su momento de protagonismo, dijo haberla visto cenar en un restaurante detrás de Notre-Dame con un conocido director de orquesta.

—Yo la he visto llegar con él a una tertulia en casa de los Antagnac.

—Que es amante de Louis Guillot lo sabe todo el mundo —les cortó desdeñoso el pregonero del bigotón—. El señor Hunt no sabe que su esposa, de visita en París, lo engaña con Guillot. Pero lo que Guillot no sabe es que ahora ella a su vez lo está engañando con un corresponsal inglés del diario *Time*.

—¿Y quién es?

—No lo conozco personalmente. Sólo sé que se llama Walker, que se hospeda en el Ritz y que las mujeres lo adoran.

Ya había oído anteriormente comentarios maliciosos sobre Loulou, pero siempre los ha atribuido a mediocres aburridos que han de fabular todo tipo de urdimbres turbias para ser escuchados en los corrillos de esos saraos que fingen ser reuniones de intelectuales, pero donde lo que más gusta es el baño de fango. Podría no haber hecho caso a ese tipo que barría la basura de la ciudad con su bigote de escoba. Y, sin embargo, lleva ya tres tardes sentado en la terraza de un café desde el que se domina la puerta del hotel Ritz, o paseando como un zombi por esa plaza octogonal donde la tienda de la perfumería Chanel no puede aplacar los humos del tráfico intenso que esquiva la columna altísima sobre la que han desterrado por última vez a Napoleón.

Anda pensando en Napoleón y su imperio inútil, cuando ve una mujer delgada caminar por la acera con un extravagante vestido largo de rayas verdes horizontales y, en lugar del sombrero de rigor, un pañuelo anudado de manera graciosa en la cabeza y unas gafas de sol enormes, al estilo de las actrices americanas que aparecen en las revistas ilustradas. Es Loulou. La ve meterse en el carrusel de las puertas giratorias del hotel y desaparecer.

Se queda fumando en la calle, quieto en la acera como un árbol podado. Se va a sentar en el que ya es su sitio habitual en uno de los veladores de la cafetería Le Midi y pide un ron. Se pregunta qué demonios hace ahí. Tomar

un vaso de ron, claro. Observa con una mezcla de ansiedad y fastidio la fachada enorme del Ritz, que ocupa uno de los lados de la plaza, y se pregunta por qué hay tantos hombres que le gustan a Loulou, excepto él.

Se abre uno de los balcones del segundo piso del Ritz y aparece una mujer que se quita un pañuelo y deja que lo agite la brisa. Está algo alejado, pero distingue su vestido de franjas horizontales de abeja reina. Un hombre se asoma por detrás y parece susurrarle algo al oído. A él no lo distingue bien, pero no le cabe duda de que es el tal Walker. Es bastante más alto que ella; se lo imagina también atlético, tal vez con la mandíbula cuadrada. A él le habría gustado tener la mandíbula cuadrada en vez de esa cabeza de globo terráqueo.

Los dos miran un momento el tráfico y regresan dentro al calor de su comfortable nido de cinco estrellas. El balcón se queda vacío. Tonio golpea la mesa con un palmetazo que hace que los otros clientes y el camarero que atiende la terraza se den la vuelta.

—Disculpe —le dice titubeante al camarero, que se ha quedado con la bandeja a medio movimiento de servir una mesa—, la cuenta, por favor.

Camina de vuelta a su apartamento y siente un calor dentro que no es producto del pequeño vaso de ron, sino una rabia que lo abrasa. En su cabeza empiezan a encenderse unas luces que por fin iluminan todo. De repente, se da cuenta de que se ha pasado los mejores años de su juventud amando a una mujer que siempre se ha burlado de él. La había idealizado como si fuera un hada de una forma grotesca cuando en realidad sólo es una frívola. La ha dotado en sus pensamientos de un aura virginal, como si fuera una eterna doncella pubescente, cuando su sexo es más visitado que el museo del Louvre.

Su cerebro, iluminado con esa luz de quirófano, le muestra que ha malgastado la vida esperándola inútilmente y ahora se da cuenta de que de haberse casado con ella habría sido otro señor Hunt, con la cabeza de ciervo. Va por la calle hablando solo como un majareta. Susurra contra ella todo tipo de invectivas, como si él mismo y Consuelo fueran un prodigio de costumbres conyugales modosas. No va a reconocerse a sí mismo que lo que lo amarga es que lo que a él le niega con tanta inquina, lo concede a otros

recién llegados con prodigalidad. En ese trayecto hasta su casa el corazón se le queda helado. Nunca creyó que pudiera sentir hacia ella lo que ahora siente: odio.

Nunca creyó que lamentara el día que la conoció. Tal vez de no haberse obcecado con ella habría podido amar de manera entregada a otras mujeres, incluso a Consuelo, y formar una pareja formal en vez de esa noria en la que viven. Querría entrar a una papelería y comprar una goma que borrara todos los recuerdos de Louise de Vilmorin. Aunque ya ha empezado a hacerlo. Tal vez ese Walker le haya hecho un favor al abrirle los ojos y permitirle de una vez por todas demoler el pedestal sobre el que alzó a una mujer que nunca existió, que —en eso ella siempre tuvo razón— se había inventado a la medida de sus fantasías.

Por esos retorcidos mecanismos de nuestro cerebro cuando está macerado por el rencor, al día siguiente a la misma hora, los pasos de Tonio lo llevan de nuevo a la plaza Vendôme bajo la mirada impertérrita de Napoleón, y merodea a distancia de la puerta del hotel Ritz. Tal vez busca fustigarse, llegar a la náusea con la visión de la felicidad de Louise y ese amante, para así curarse definitivamente de cualquier rescoldo de enamoramiento.

Se refugia detrás de la columna de unos porches y esta vez ve en primer lugar al tal Walker que sale del Ritz y avanza unos metros por la acera donde ella está parada unos metros más allá. Louise le parece más baja de estatura. Lleva una pamelita descomunemente grande. Una pamelita como la de Consuelo.

—¡Dios mío! ¡Oh, no!

Consuelo y Walker se encaminan hacia el interior del Ritz. Él sale de la columna y entra detrás de ellos hecho una furia.

—¡Consuelo! —grita desencajado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y tú? ¿Tú a quién buscas aquí?

Tonio se queda un momento dubitativo y mira a Walker, que, efectivamente, tiene la mandíbula cuadrada como un Tarzán urbano y no parece entender qué pasa.

—Me enteré de que te viste con Louise de Vilmorin —le suelta Consuelo rabiosa.

—¿Con Louise? La vi en casa de los Legrand, pero nada más...

—¿Nada más?

—¡Nada más, Consuelo!

—Pero tú habrías querido que hubiera algo más. Si ella hubiera hecho un gesto con una uña me hubieras dejado por ella.

—¡Consuelo, estás loca! ¿Pretendes juzgarme después de encontrarte con un hombre en su hotel?

—Sí.

—Pero ¿te has acostado con este hombre?

—Por supuesto, querido.

—¡Consuelo, me estás poniendo en ridículo!

—Eres tú el que has querido tener esta conversación en el hall del Ritz. Tonio baja la voz.

—Pero ¿cómo puedes decirme que te has acostado con este periodista y quedarte tan ancha?

Walker hace ademán de irse.

—Yo mejor me marchó...

—Usted quédese ahí.

—Tonio, Walker no es un hombre cualquiera... —Y el corresponsal se encoge de hombros complacido—. Es el amante de Louise de Vilmorin. ¿No te das cuenta? Le he demostrado a esa niña malcriada que yo también puedo pisarle los hombres si me lo propongo.

Dos lágrimas recorren la mejillas de Consuelo. Tonio y Walker se miran con un gesto de sorpresa que los hermana. Sus mentes se parecen mucho más entre sí de lo que se parecen a las de Louise o Consuelo. De hecho, ellas dos se parecen también entre sí de alguna manera. Tonio está exhausto.

—Maldita Loulou —suspira—. Nos ha arruinado la vida.

Se vuelve hacia su esposa.

—Consuelo, vámonos a casa.

—Por supuesto, Papou. Adiós, señor Walker, ha sido un placer.

El americano, atónito, los ve marcharse cogidos del brazo. Ha estado en dos guerras y tres revoluciones latinoamericanas, pero nunca había visto un caos semejante.

CAPÍTULO 74

París, 1935

Tonio parte con el canto del tenedor una tortilla a las finas hierbas. En la mesa se sientan varios amigos que discuten ruidosamente sobre política mientras Tonio mira de reojo hacia los dos chinos de madera del Deux Magots. Desde la otra mesa, uno de sus amigos intenta ser amable.

—Me he enterado de que estás trabajando para Air France. ¡Qué estupendo!

Levanta los ojos de la tortilla y lo mira. Clermont era un muchacho rollizo en su época de estudiante y ahora empieza a tener una papada que parece una bufanda de carne. Una leche agria le sube por los intestinos y está a punto de decirle algo sarcástico, hacer un chiste a costa de su aspecto de obispo. Seguro que los otros le reirían la ocurrencia. Pero en el último momento se contiene.

No es culpa del bueno de Clermont. No tiene por qué saber que, en medio de una situación económica angustiosa, adeudando tres meses del alquiler de su apartamento de la calle de Chanaleilles, una tarde vino a verlo un representante de Air France, que tantas veces desatendió sus solicitudes de ingreso como piloto. Antes de empezar a hablar le lanzó tantas alabanzas que supo que a continuación iban a tirarle encima una montaña de mierda. Le ofrecieron un puesto... ¡de relaciones públicas! Lo peor no es que se hubieran limpiado los mocos con su hoja de servicios de diez años como piloto profesional..., lo más trágico de todo es que aceptó.

No puede hacerles entender a esos conocidos que la entrada en Air France que tanto anhelaba ha sido una derrota.

—¿Es cierto que volaste en ese artefacto de los rusos tan alucinante?

—¡Artefacto! —se anima Tonio—. ¡Un Túpolev! ¡Pero sí, un artefacto extraordinario! Aunque demasiado grande. ¡Cabían ochenta pasajeros! ¿Os podéis imaginar qué locura? Ahora el empeño es hacer compañías estatales más y más grandes. Construir aviones más y más grandes. Están equivocados: un avión grande no planea, no vuela, tan sólo salta de un aeródromo a otro como si lanzaras una piedra de una esquina a otra con una catapulta.

Aunque había sido reticente al principio a aceptar escribir para los diarios, al final le está cogiendo el gusto al periodismo. El director de *Paris-Soir* le propuso un viaje a esa Rusia comunista que en Europa deslumbra a unos y repele a otros para contar lo que allí viera. Vio salones elegantes, fábricas que funcionaban como relojes, pero también a un juez que le hizo ver que la vida como valor individual no contaba, como un médico que desea curar, pero si no puede atajar el mal curando, fusila. También había logrado autorización para ser el primer extranjero en subir a bordo de la joya aérea del país, un enorme avión de pasajeros que dejaba boquiabierto al mundo entero.

—El *Máximo Gorki* no era un avión, sino un hotel volador de cuarenta y dos toneladas. Me paseaba por dentro del avión y era como si recorriera un edificio. Había habitaciones con camas, salas donde secretarias tecleaban sobre máquinas de escribir... podías caminar por dentro del ala como si fuera el pasillo de un castillo.

—Pero cayó...

—Yo debía ir en ese vuelo inaugural, pero finalmente decidieron que fuese en el vuelo de prueba del día anterior. Hay algo extraño en ese accidente..., chocó contra él un avión pequeño que acompañaba su despegue y se precipitó contra el suelo. Fallecieron todos los ocupantes.

Les sigue contando de Rusia y Clermont lo escucha fascinado hasta que atardece sobre Saint-Germain. Cuando salen fuera, se despide con esas vagas promesas de verse más a menudo, de celebrar tal o cual comida, que nunca se cumplen porque la vida es una maleta muy pequeña donde no cabe casi nada.

Mientras camina hacia casa vuelven a su cabeza los problemas económicos. El sueldo de relaciones públicas de Air France es sólo una propina. Consuelo, y también él aunque le remuerda la conciencia hacerlo, necesitan salir, cenar en restaurantes buenos, pagar el alquiler de su piso tal

vez demasiado grande, ir a los estrenos del teatro..., incluso reparar el Bugatti, que lleva semanas con una puerta desencajada atada con una cuerda. Desde que dejó su puesto y un buen salario en la Aeropostale, lleva tiempo atando las puertas rotas de su vida con cuerdas.

Cuando llega a casa, Consuelo lo está esperando. Tiene un gesto de enfado que la hace aún más adorable, porque es demasiado voluble para saber cómo enfadarse de verdad. Fuma con nerviosismo.

—¡Es casi de noche, Tonio! —le grita en cuanto traspasa la puerta.

—Sucede todos los días, amor.

—¡Odio tu ironía!

—Pero ¿qué te sucede?

—Pídele al conserje que vaya a comprar velas. Nos han cortado el suministro eléctrico por falta de pago. ¡Y tengo una pintura maravillosa a medias!

Le fabrica a Consuelo una carantoña.

—Dentro de tres días salgo para Saigón. Todo se solucionará.

Ella asiente. Sonríe.

—¿No puedes pedir un adelanto mientras tanto?

—Ya pedí un adelanto a *Paris-Soir* por el artículo. No puedo pedir otro.

—Lo haré yo.

—¡No puedes ir al diario a pedir otro adelanto!

Ella lo mira con ojos pícaros. Naturalmente que puede hacerlo y seguro que obtiene el doble que su marido.

Ha pactado con el director una serie de artículos exclusivos sobre su reto aéreo París-Saigón para batir el récord del mundo de velocidad. No siente un especial interés en esas disputas por los récords, pero a ese gobierno de mentecatos les agradan y ofrecen un premio de ciento cincuenta mil francos al ganador. Ha conseguido que el señor Daurat, que ahora trabaja con unos inversores en una nueva línea de aviones ligeros, le acondicione en la factoría un Simoun que ha pagado con los últimos ahorros. La idea no le agradó en absoluto a su antiguo jefe, le dijo que esas carreras eran un circo, que no era aviación seria. Pero él insistió. Necesitaba ese dinero y estaba seguro de llevarse la bolsa con un Simoun ligero como una pluma.

Baja a comprar velas antes de que se haga más tarde. No le gusta caminar, pero necesita que le dé el aire. Llega hasta el río y lo cruza por el Pont Royal. Camina para alejarse. En la Place des Pyramides ve a un grupo de gente que exhibe unos símbolos que no le gustan y gritan consignas crispadas por el orgullo de Francia y contra los políticos mentirosos. Al acercarse ve que son los Cruz de Fuego, el partido fundado por el coronel De La Rocque, que le recuerda demasiado a otros partidos fascistas que están floreciendo por Europa siguiendo el modelo italiano del partido de Benito Mussolini. Quieren cambiar el mundo, pero quieren hacerlo a patadas si hace falta. Colocan una pequeña tarima para que suba alguno de sus líderes a arengarlos. Alguien le cuenta que se trata de un homenaje a Juana de Arco, pero es ese tipo de homenajes que no se hacen a favor del homenajeado, sino en contra de alguien. No se hacen para celebrar, sino para reprochar. Sube un hombre corpulento metido con calzador en un traje cruzado con un brazalete con la insignia negra del partido.

—No nos merecemos los políticos que tenemos. Han abandonado a la gente trabajadora, han bajado los brazos frente a las potencias extranjeras y están dejando que el país pierda su orgullo. No lo podemos permitir. ¡Y no lo vamos a permitir!

Hay gritos contra los políticos, contra la corrupción, contra el desempleo. Tonio se ha quedado mudo. No puede dejar de mirar al hombre que desde la improvisada tribuna gesticula con energía y habla de decencia, de honor, de valentía, de patriotismo... Está tentado de dar unos pasos para acercarse más y cerciorarse, pero en realidad no lo necesita. Lo está viendo ahí arriba. Mesiánico. Rotundo.

¡Mermoz!

Ha oído otras veces a su amigo hablar con la indignación de los que ven en los políticos unos individuos escondidos en el caparazón de sus despachos, dolido porque hayan dejado morir de manera tan poco honrosa el gran sueño volador de la Aeropostale. Lo ha visto dar puñetazos en la mesa de los cafés que han hecho temblar hasta los percheros. Le ha escuchado todas esas palabras. Pero de repente le parece oírse las por primera vez. Dichas con ese acompañamiento de estandartes, con esa parafernalia de brazaletes y señores vestidos de civiles con boinas militares, las palabras parecen otras. Son otras.

Se queda hasta el final. Hasta los vivos a Francia.

Mientras la gente va siguiendo a los abanderados que se mueven para seguir su recorrido, su amigo está rodeado de adeptos que lo felicitan, que le palmean la espalda, que tratan de llevárselo. En un giro de cabeza, llevado de esa intuición prodigiosa de Mermoz, sabe que alguien lo mira desde el otro extremo de la plaza.

Se sacude de encima a los admiradores con una suave firmeza, como si se sacudiera los copos de nieve de una gabardina.

—Tonio...

—¡Jean! No sabía que estabas con... este grupo.

—De La Rocque nos ha devuelto la fe en Francia que la gente había perdido.

—La fe...

—Aquí me he reencontrado con la verdadera Francia: obreros, estudiantes, militares, comerciantes..., la gente que hace grande este país frente a esos políticos vendidos y esos banqueros cegados por el dinero. Cambiaremos las cosas.

—¿Y cómo, Jean?

—¡Haciéndolo!

—Interviniendo en política.

—Ya sabes que odio la política.

—Pero tu partido se presenta a las elecciones. Eso es hacer política. Necesitará dinero para financiar la campaña y tendrá que recurrir a los bancos..., lo de siempre.

Mermoz incendia los ojos y endurece la mandíbula.

—¡Cállate! ¡Tú eres un intelectual! ¡Con vuestros eternos razonamientos y vuestro escepticismo lo volvéis todo estéril!

Mermoz nunca le había hablado en ese tono airado y Tonio, como les pasa a los niños cuando los regañan, baja la cabeza por el peso de la tristeza. Varias personas acuden a buscar a Mermoz para conducirlo al frente de la comitiva. Entre ellos hay un hombre de gesto avinagrado con la pechera del traje forrada de medallas. Es el coronel De La Rocque. Los acólitos

envuelven a Mermoz como una bandada de pájaros y se lo llevan en volandas. Tonio no levanta la cabeza. Sabe que si mira ya no podrá distinguirlo de ellos.

Cuando la nube de miembros de la Cruz de Fuego se aleja, Mermoz se descuelga del grupo y vuelve en cuatro zancadas hasta Tonio, que se ha quedado solo en la plaza vacía. Se va hasta él y casi lo arrolla. Le da un abrazo de oso. No lo suelta. De alguna manera, es como si una parte de Mermoz quisiera quedarse ahí con él, irse a una cervecería y guiñar el ojo a alguna chica como hacían antes.

—¡Nos esperan, señor Mermoz! —le dice alguien que ha venido a por él.

Los dos amigos se miran. Se sonríen todavía tomados por los antebrazos. Se dicen adiós con una sonrisa muy leve, con esa complicidad del comedor de los pilotos donde todas las tempestades del cielo han quedado atrás y todo lo importante se dice sin hablar.

Lo ve alejarse y Mermoz todavía se vuelve una vez más.

—¡Tonio! ¡Pedal y palanca!

—¡Pedal y palanca, Jean!

Tonio echa a caminar y no puede evitar la preocupación por Mermoz. Por la radio ha escuchado algún discurso del coronel De La Rocque y es verdad que transmite una fe contagiosa en sus palabras. La duda te detiene, te hace titubear, dar rodeos; es la fe la que moviliza. La fe hace caminar a los hombres hacia delante. Y los va uniendo. Primero unos pocos, luego más, al final forman una colosal hermandad entera que mira en la misma dirección y avanza alegremente para hacer un mundo mejor. Cuando aparece algún obstáculo a su paso, lo arrollan sin inmutarse; si es un árbol el que se cruza en el camino, lo talan con evangélica felicidad y siguen adelante porque todo es por el bien de la humanidad que ellos representan. Porque los equivocados, naturalmente, siempre son los otros.

El fascismo se ha convertido en una religión sin iglesias. Tan sólo desea que Mermoz no se ofusque y no olvide que su única patria es el aire.

Cuando regresa a casa, Consuelo está en la puerta de la calle esperándolo dentro de un taxi, abrazada a su perrito.

—¿Dónde has ido a comprar las velas?

—¿Velas? —Tonio se lleva una mano a la boca al darse cuenta de que se ha olvidado.

—¡No importa! ¿Cómo demonios vas a escribir y cómo voy a pintar en una casa a oscuras? Nos mudamos al hotel Pont Royal hasta que se arregle el suministro. Ya he arreglado la reserva.

—¿Al Pont Royal?

—¡Ya sé que prefieres el Excelsior! Pero no soporto esas puertas giratorias tan estrechas.

Durante un instante piensa que no tienen dinero para pagar la cuenta, pero la verdad es que allí estarán muy bien. Sube al taxi y le da un beso a Consuelo en la mejilla. Los dos se echan a reír. Niños traviesos que juegan en la ciudad de los hombres.

CAPÍTULO 75

Libia, 1936

Los raides son una forma de ganar algún dinero y poder seguir remando en el aire. El Aeroclub de Francia o el ministerio ofrecen premios en metálico por conseguir ciertos récords. Son epopeyas gaseosas, seguramente inútiles, pero cuando las compañías aéreas te cierran las puertas, es una forma de seguir en la brecha para un piloto que va por libre.

Se ha hecho demasiado oscuro para ver siquiera detrás a su mecánico Jean Prévot. Va dando palmadas a la palanca del combustible para que el Simoun no baje de las dos mil trescientas revoluciones. Vuelan en ese avión de habitáculo tan minúsculo que ha tenido que elegir entre radiotelegrafista o mecánico. Vuelve a navegar con brújula y estrellas. Han dejado atrás Europa, el Mediterráneo, la escala de Túnez, pero Tonio siente durante un rato una carga mayor que la de los cientos de litros de gasolina: la de los problemas económicos que en París no le dejan despegar del suelo. Tener dinero no te hace rico, pero no tenerlo sí te hace pobre. Aunque toda esa cochambre queda atrás ahora que por fin ha echado a volar. Vuela sobre el cielo negro de Libia en dirección a Egipto. Y ya nada pesa. No tiene ni hambre ni sed. Todo se ha hecho liviano de nuevo.

La noche les da una bienvenida que no desean: el parpadeo de la bombilla roja de posición situada en la punta del ala lanza a la oscuridad hilachos de algodón teñidos de rojo. Están atravesando un tupido bosque de cúmulos y las nubes dormidas se despiertan para recibirlos agitando ramos de luz. Se asombra. En esa tierra negra cosechan haces de rosas. Pero las guirnaldas de luces no cesan. Primero durante minutos, luego durante horas. El envoltorio de nubes los priva de toda referencia. La brújula marca una

dirección, pero no saben cuántos kilómetros pueden estar desviándose de su objetivo preciso en El Cairo, porque alrededor de esa gota de agua que es la ciudad hay una inmensidad de desierto. Navegan a ciegas.

Cuando han transcurrido más de tres horas, Tonio intenta perder altura para escapar a su cárcel de algodón, pero las nubes caen hasta muy bajo. Es peligroso descender a menos de cuatrocientos metros, pero no hay alternativa. Al salir de la opacidad esperan ver luces de ciudades, pero todo es una gran mancha negra. Ni siquiera saben si vuelan sobre tierra o sobre el mar.

En esa incertidumbre avanzan a tientas demasiado bajo, a doscientos setenta kilómetros por hora. La incógnita se resuelve en un instante con un impacto violento que los sacude como un terremoto. Tonio ve saltar los cigarrillos del bolsillo de su camisa. Todo sucede muy deprisa, pero a la vez es capaz de percatarse de todos los detalles: el estruendo, la brusca bajada de velocidad, el crujido de chatarra del avión quebrándose. El ruido. La vibración enloquecida de las planchas. El depósito de gasolina preparado para explotar... No explota. El avión se detiene por fin.

Prévot sólo tiene una rodilla magullada cuando salen del aparato. El crujido de la suela de las botas les dice que están en el desierto. También el frío de la noche y la soledad inmensa. El aparato ha topado contra el suelo de una meseta de varios cientos de metros y han hecho un improvisado amerizaje sobre la arena. Es un milagro que estén vivos.

Un vistazo con la linterna les permite ver las alas rotas, las piezas del fuselaje desperdigadas, los tanques de combustible agujereados. Lo peor es que comprueban que los depósitos de reserva de agua han reventado.

El amanecer les da una idea más aproximada de su situación. Han caído en medio del desierto entre Egipto y Libia, una cuadrícula de miles de kilómetros cuadrados. Tienen para subsistir un termo con medio litro de café, un cuarto de litro de vino blanco y una naranja. Pueden tardar días en encontrarlos, o semanas, o nunca. Investigan los alrededores: arena y piedras. Y un sol que cuando se alza hace que todo arda. Regresan al avión aturdidos y agotan el escaso líquido que tenían. Buscan la sombra del fuselaje hasta que cae la tarde.

Por la mañana, antes de partir, dejan escrito con grasa en el costado del Simoun la dirección hacia la que se encaminan: noreste. Prévot deja también un mensaje de despedida para su mujer: le pide disculpas por tantas ausencias. Tonio no quiere que vea el suyo y se va al otro lado del avión a escribir una nota final para Consuelo.

Te amé lo mejor que supe...

Y caminan. Por el desierto se anda despacio. Los pies se hunden, la moral se hunde. Tras una duna hay otra, y luego otra y luego cien mil más, todas idénticas. El cuerpo se seca. Uno empieza a echar de menos como nunca su saliva. La lengua se empieza a hinchar y parece que no vaya a caber en la boca. Los labios se sellan. Los ojos se llenan de mariposas. Los ritos de la muerte empiezan a desplegarse en vida.

En París, los diarios de la tarde dan la noticia de la desaparición del piloto Antoine de Saint-Exupéry y su mecánico Jean Prévot. Consuelo está en casa de un amigo pintor que le ha pedido que haga de modelo. El teléfono trae la noticia. Se va corriendo hacia la puerta y él ha de recordarle a gritos que va desnuda. Llega al hotel pálida y en la recepción ya hay un par de amigos caminando arriba y abajo preocupados. No hay indicios, no hay nada. Tan sólo que debería haber aterrizado en El Cairo y no lo ha hecho.

Consuelo se acerca a uno de los tresillos del hall y se desmaya sobre él. Varios amigos la llevan a la habitación, que se convierte en sala de espera, pendientes todos del teléfono. En París no se pueden imaginar que a tres mil kilómetros de allí Tonio y Prévot están jugando al pillapilla. Persiguen fantasmas por el desierto.

Tonio ha visto una cascada de aguas rugientes y se le ha iluminado el rostro. Al dar unos pasos hacia ella, se ha deshecho en la calina.

Cuando empieza a atardecer, Prévot dice que ve un lago a un par de kilómetros.

—No hay lago —le dice.

El mecánico se enfada. ¿Cómo es posible que no lo vea? Discuten, pero tampoco mucho. No tienen ya apenas fuerzas. Tonio se encoge de hombros y le da la linterna. Su compañero se va en busca de su lago. Más de una hora después es ya casi noche cerrada y no ha regresado. Tonio está intranquilo, los primeros hilos de la noche lo hacen temblar, no sabe si de frío o de miedo.

Observa fijamente el punto en el horizonte por el que se marchó Prévot, pero ya sólo hay una oscuridad cada vez más densa. Está tiritando cuando ve varios haces de linternas que se mueven a medio kilómetro.

¡Una partida de rescate que llega con Prévot!

Mueve los brazos en la penumbra.

—¡Aquí, aquí!

Le sorprende lo ronca que es su voz. Se pone en pie y va al encuentro de las luces con las últimas fuerzas.

—¡Saint-Ex!

—¡Prévot! ¡Estamos salvados!

Tienen las lenguas de estropajo y las palabras les salen pastosas. Por fin llega hasta la linterna y los brazos del mecánico.

—¿Salvados, Tonio?

—Las demás linternas, ¿dónde están?

—¿Qué linternas?

—Había tres linternas más contigo.

Prévot suspira y le habla en ese lenguaje desarticulado de hombres primitivos.

—No más linternas.

Tonio ya no tiene más saliva. No le sale la voz. Mueve la cabeza arriba y abajo violentamente acuciado por el frío que ha vuelto a calarlo. Quiere decirle que claro que hay más luces, que estaban ahí mismo. Pero al darse la vuelta sólo hay una inmensa oscuridad bajo un cielo agujereado por mil estrellas de hielo.

Vuelven en silencio hasta las telas de paracaídas con las que improvisan unos sacos y tratan de descansar. Prévot llora, pero ya no le salen lágrimas, sólo un ronroneo de desamparo.

—No lloro por mí —le dice torpemente.

Tonio le hace un gesto afectuoso para que no hable. Ya lo sabe. A ellos la muerte ya sólo puede traerles alivio. Lo que los tortura es el dolor que su muerte causará en las personas que quieren. Trata de animarlo: tal vez al amanecer puedan lamer unas gotas de rocío sobre la tela.

Con tres gotas y el primer destello del sol se ponen en marcha. El calor va aumentando a una velocidad insoportable. Por la mañana ya no hacen caso cuando ven en la lejanía manadas de caballos, ciudades con murallas almenadas, caravanas de docenas de camellos. Tonio cree ver sobre las dunas a un niño con capa de príncipe y cabellos dorados que camina sobre la arena como si paseara sobre un prado de hierba.

Ya ni siquiera saben si llevan el rumbo con el que salieron. Tonio piensa en lo desierto que está el planeta. Creemos que somos muchos, pero si caminas en línea recta enseguida te quedas solo. ¿Dónde están los hombres?, se pregunta una y otra vez en esa inmensidad vacía. No hay respuesta.

El sol estruja sus cabezas. La arena es hierro colado. Nadan en una piscina de aire caliente. Arrastran los pies llagados como autómatas.

Otro espejismo: un beduino montado en un camello aparece sobre un promontorio, avanza sin percatarse de su presencia y continúa sin detenerse. ¿Y si no fuera un espejismo? ¿Y si fuera de verdad un habitante del desierto? Como en una pesadilla, quieren gritar, pero de sus bocas secas no sale sonido alguno. Todo está perdido. Su voz no sale, pero algo llega al beduino, que tira de la brida del camello y se detiene un momento y se vuelve hacia ellos como si en verdad los hubiese oído. En ese momento lo saben: no es un espejismo, es un hombre de verdad.

Al relajar la tensión de seguir adelante para salvar la vida, la adrenalina se va por el desagüe, las piernas de trapo se aflojan y caen al suelo. El beduino ha aprendido medicina en los saberes ancestrales que se imparten alrededor de las fogatas en las noches del desierto. Sabe que dar excesivo líquido a alguien deshidratado podría causarle la muerte. El hombre del desierto tiene unas manos ásperas como sarmientos, pero actúa con ellos con la suavidad de una geisha. Con una pluma de ave les vierte unas gotas del caldo de legumbres que lleva en una girba para humedecerles la lengua. El paraíso sabe a lentejas.

Tonio levanta los ojos con dificultad. Los párpados le pesan como persianas de madera. En esos días de extravío en medio de la nada había pensado que los seres humanos no existían. Que la humanidad era otro espejismo. Mira al beduino que los alimenta con delicadeza y siente hacia ese desconocido un amor infinito. Piensa en ese instante de turbidez luminosa

que alguien que se detiene a compartir lo poco que tiene con unos desconocidos no sólo salva a dos náufragos de las arenas, se salva él y salva a la humanidad entera.

En el hotel Pont Royal de París la noticia causa un enorme alborozo. Consuelo encarga botellas del mejor champán al servicio de habitaciones. Tonio logra comunicarse en una llamada entrecortada un día después y le pide que le mande ropa y cigarrillos. El director de *L'Intransigeant* envía a un redactor para asegurarse de que, al llegar a París, el aviador no se dispersa como le sucede a menudo y deje escrita la crónica de ese rescate en el desierto de Libia. Días más tarde, Tonio se encogerá de hombros y sonreirá en el hospital de Trípoli donde se recupera cuando desenvuelva el paquete que le envía Consuelo desde Francia con una única camisa de gala, como si su vida fuera una recepción diplomática.

CAPÍTULO 76

Dakar, 1936

Guillaumet lleva un tiempo viviendo en Dakar como piloto adscrito a la línea Dakar-Natal. Hace meses que no ve a Mermoz y siente una especial alegría al atravesar la ciudad dormida en su coche para llegar al aeródromo de Ouakam. Mientras los mecánicos somnolientos se ponen perezosamente los monos azules, se posa con suavidad un Dewoitine de ala baja. Henri camina hacia el aparato por la pista iluminada por las luces de sodio anaranjadas que dan a la noche un brillo deshilachado.

Al abrirse la portezuela, el primero en descender es Mermoz. Enérgico, impecable con su traje cruzado, sonriendo radiante, como si fuesen las dos de la tarde en lugar de las dos de la madrugada. Se va hasta Guillaumet y lo toma por los antebrazos con sus manos de alicates.

—Te llevaré a descansar un rato hasta que salgas para Natal.

—¿Descansar? He venido durmiendo en ese avión como si hubiera estado en una cama del Hilton.

El jefe de aeródromo se acerca para darle la tablilla con el plan de vuelo. Parte en menos de dos horas hacia Brasil en el hidroavión *Comte de La Vaulx*. Al echar un vistazo a la tripulación arquea una ceja. Hay un nombre que no conoce.

—¿Quién es el tal Lanata que va de segundo piloto?

—Es un joven piloto argentino muy capaz. Se harán buenos amigos.

—Mire usted, yo ya no tengo edad para hacer amigos.

A un piloto no le permitirían alterar la lista de tripulación hora y media antes de una partida sólo porque le apetece tener a un amigo con el que charlar durante la travesía. Pero Mermoz no es un piloto, es una leyenda. Y cuando las leyendas hablan, los jefes de aeródromo callan.

—Está de reserva Pichodou...

—Un veterano. ¡Gran tipo! Ha cruzado el Atlántico varias veces. Es perfecto.

—Pero señor Mermoz, son las dos de la madrugada...

—¡Ideal! Así será fácil encontrarlo en casa.

Con el coche de Guillaumet van hasta la vivienda del piloto. Cuando llaman al timbre con insistencia, la voz de Pichodou responde somnolienta e irritada:

—¡Joder! ¿Quién es?

Da vuelta a la llave y abre de golpe con el torso desnudo, despeinado y con un rostro iracundo dispuesto a morder a quien sea que ha estropeado su sueño. Lo que no esperaba es encontrarse enfrente al mismísimo Jean Mermoz.

—Pichodou, tenemos correo que entregar.

Al piloto se le suaviza el gesto. Sonríe. Su mujer pregunta desde la habitación qué sucede.

—Cosas del trabajo. Prepárame el termo de café. Salgo de viaje.

Guillaumet mismo conduce la pequeña lancha que lleva a la tripulación hasta el amarre donde cabecea levemente el hidroavión. Junto a Mermoz y Pichodou van un navegador, un mecánico y un radiotelegrafista. Los espera la noche.

Los motores rugen en la madrugada y, con el reflejo de la luna llena, Guillaumet ve alzarse majestuosamente el poderoso trimotor, rumbo al océano. Alza la mano para decirles adiós aunque no puedan verlo. No sabría explicarlo, pero siente que, de alguna manera, él también ha despegado con ellos.

Arriba, la noche se muestra complaciente. Mermoz observa el reguero de estrellas que corrobora el tiempo despejado que anunciaba el parte. Sin embargo, al cabo de unos minutos de escuchar atentamente la música del avión, algo no le acaba de sonar bien.

—Lavidalie...

El mecánico aguza las orejas como un perro perdiguero.

—Es cierto. Hay algo. Es la hélice...

La hélice vibra ligeramente más de lo debido. Mermoz sabe que el valor es un edificio que se construye sobre la prudencia.

—Cruveilhaer, avisa a Ouakam. Damos media vuelta por problemas en la hélice.

Al amerizar, lo está esperando el jefe de aeródromo. Mermoz pide otro aparato disponible para la travesía, pero no hay ninguno.

—Pasado mañana llegará un Potez 300...

Mermoz lo mira y eso debería bastar, pero el jefe de aeródromo parece no entender.

—El correo no puede esperar. Que reparen la hélice lo antes posible.

Dos mecánicos se ponen a la tarea y despegan de nuevo, esta vez acompañados del amanecer. Van hacia el oeste y el sol los persigue, rojizo y perezoso. El día es despejado. El mar es tan azul que ningún hombre es capaz de entender por qué su planeta es tan hermoso. Mermoz se para a escuchar la música. El *Comte de La Vaulx* vuela de manera apacible. El mecánico hace sus comprobaciones de niveles con rutinaria parsimonia. Pichodou dormita en el asiento de al lado. Y, sin embargo, hay algo en el fondo de la música. Algo muy leve. Una nota desafinada.

CAPÍTULO 77

París, 1936

Tonio tiene invitados en su apartamento. Hay un par de escultores o pintores o no sabe qué que revolotean alrededor de Consuelo. Le habría encantado decirle que no los invitase o, mejor aún, echarlos escaleras abajo. Los ve con sus cabellos largos de bohemios que desayunan caviar. Sabe que tal vez sean sus celos los que le hacen ver a ese par de individuos peor de lo que son en realidad.

Preferiría que Consuelo fuese más discreta con sus amistades y con sus excesos. El día anterior tuvieron una fuerte discusión. No pudo más y entró en una batalla penosa. Le reprochó de manera destemplada sus salidas nocturnas. Las noches en que no regresa y él espera dando vueltas como un oso en la jaula de un circo.

—¡Nuestra relación es una farsa! —le dijo él amargamente.

Ella estuvo varios minutos sin dejar de pintar un jarrón con un pincel fino y cara de concentrada, como si no lo oyera. Las últimas semanas había descubierto en la alfarería su verdadera vocación. Al menos para un par de meses. Su indiferencia todavía sulfuró más a Tonio, que empezó a gritar:

—¿Has oído hablar de la palabra *respeto*? —le chilló.

Consuelo miró el último trazo sobre el jarrón y pareció aprobarlo con gesto profesional. Tomó la pieza, alzó los brazos sin brusquedad y la dejó estrellarse contra el suelo en mil pedazos.

—¿Me hablas de respeto? —empezó ella—. ¿Cuál es tu amante este mes? ¿O son varias?

Entonces él enrojece y se encoge como el niño pillado con la mano en el tarro de la mermelada.

—No se trata de eso...

—¿De qué se trata, entonces?

—Me duele que cuentes por ahí nuestras intimidades.

—¿Es eso lo que en verdad te preocupa, lo que piense la gente del gran escritor? ¡Qué decepción!

—¡No, no es eso! Se trata de no tirarlo todo por la ventana. ¿No podríamos no hacernos daño? —Bajó la cabeza con timidez y también la voz hasta un susurro donde había un ruego en sus palabras—. ¿No podrías ser tú mi gatita y yo tu oso de peluche?

Consuelo lo miró. Sonrió. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Una discusión como tantas otras.

Lo cierto es que sí se siente celoso de los amigos de Consuelo.

Amantes, ¿por qué no llamarlos por su nombre?

Pero a cada poco ella también estalla en algún ataque de celos por las amantes de él. Su relación se ha convertido en un absurdo raid de infidelidades. Busca en otras mujeres la dulzura o la atención que ya no halla en Consuelo. Pero tal vez Consuelo no sea dulce o esté pendiente de otros hombres porque él está con otras mujeres. Tratar de saber si fue primero la gallina o el huevo ya poco importa. Los huevos están podridos.

Entre los invitados de esa noche están el compositor suizo Vigny y su esposa. Le gusta esa mujer con su cabello liso dorado y su flequillo de cortinilla. Ella le sonríe. Se interesa vivamente por sus escritos. Dice que le fascina *Correo Sur*. De repente le parece la mujer más encantadora del mundo. No quiere ser infiel otra vez a Consuelo. Odia serle infiel. Pero si no atiende a esa llamada emocional que podría darle un momento feliz en medio de la grisura afectiva de su vida, estaría siendo infiel consigo mismo. Él quiere que las cosas con Consuelo se arreglen, ser una pareja que se acaricia los pies en la cama al irse a dormir. A veces tienen noches memorables, es verdad. Pero ambos son inconstantes. No tienen paciencia para el matrimonio.

Piensa que quizá esa señora Vigny, culta y sensible —y muy atractiva—, tal vez querría que una tarde le leyera algunos fragmentos de un libro que está preparando, para conocer su opinión. Lleva mucho tiempo tomando notas que no le llevan a ninguna parte. Ya que no logra encauzar un libro, quizá le puedan servir para encauzar una conquista.

Consuelo lleva la voz cantante. Habla de cómo la cerámica es el arte divino porque se hace con barro, el mismo material con el que Dios hizo a los hombres. Tonio mira hacia arriba, burlándose discretamente de ese catolicismo extravagante de Consuelo, además de extremadamente liberal, y busca la complicidad de la mirada de la señora Vigny, que le devuelve el gesto risueño.

El teléfono ha sonado varias veces. Ahora se da cuenta, en medio de la jarana de las conversaciones. Estaba tan abstraído que no había oído el timbrado insistente. Consuelo no lo coge, naturalmente. Tiene una teoría sobre no coger el teléfono después de la puesta de sol por una especie de superstición aprensiva, como si las malas noticias sólo pudieran darse de noche.

Levanta el auricular. Lo llama de Air France un amigo piloto que trabaja ahora en el centro de control de vuelo. Es raro que lo llame tan tarde.

—¡Saint-Ex! ¡Soy Tailler!

—Tailler, ¿qué pasa?

—Es Mermoz. Su avión, el *Comte de La Vaulx*...

—¿Qué?

—Ha desaparecido.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hace unas horas, volaba sobre el Atlántico. A novecientos kilómetros de Dakar. No sé nada más.

Tonio regresa al comedor ya con la gabardina puesta.

—Lo siento, debo ir a la oficina.

—¡Pero, Tonio! —explota Consuelo delante de todos—. ¡Tenemos gente en casa!

—Debo irme.

—¿Te vas a la oficina a las nueve de la noche? ¿No será que te ha llamado alguna de tus mujerzuelas?

Sin mirar a Consuelo, se dirige a los invitados, abochornados.

—Discúlpenme. Hay un amigo piloto muy querido cuya vida corre peligro.

Abre la puerta y cierra despacio. Está demasiado preocupado por Mermoz para enfadarse con Consuelo.

Al llegar al edificio de Air France, muestra su tarjeta al guarda y entra. Pero en la primera planta, donde está el centro operativo, le cierran el paso.

—Soy Saint-Exupéry.

El vigilante examina la tarjeta que le muestra.

—Lo siento, el personal del Departamento de Relaciones Públicas no está autorizado para entrar en esta área.

—¡Pero necesito tener noticias sobre el *Comte de La Vaulx*!

—No puede ser.

—¡Avisé a Jean-Luc Tailler! Él me autorizará.

—No puede hacerlo.

—¡Pues avise al director de vuelos, el señor Travert! ¡O al director técnico, Vauqueline!

—Me temo que no se encuentran aquí.

—¿Que no se encuentran aquí? —Tonio se pone rojo, la rabia lo hace gritar y tartamudear a un tiempo—. ¿Cómo es posible? ¿Está en peligro la vida del mejor piloto de Francia y no están aquí?

El vigilante cruza los brazos en señal hostil y Tonio siente que se apodera de él un enorme cansancio. Una fatiga moral que lo deja derrotado. Se aleja un par de pasos y se escurre hasta sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—Si no me dejan entrar, me quedaré aquí hasta saber algo. No me puede echar de aquí, soy empleado de la compañía, aunque sea el último mono.

Se toma la cabeza entre las manos.

Jean, Jean, Jean..., ¿dónde estás?

En ese momento se oyen pasos. Es un grupo de hombres trajeados, el director técnico Vauqueline con sus ayudantes. Detrás, llega el ministro del Aire, Pierre Cot. Los demás pasan de largo, pero Cot se detiene y hace que todos se detengan también.

—Pero, señor De Saint-Exupéry..., ¿qué hace usted ahí en el suelo? —le regaña.

—Espero noticias de Mermoz.

—¿En el suelo?

—Señor ministro, del suelo no me voy a caer. —El ministro Cot lee la angustia en su rostro—. ¿Se sabe algo, señor Cot?

—Me temo que no hay novedades. ¿No prefiere pasar a la sala de control?

—No estoy autorizado a entrar. Sólo soy un relaciones públicas.

—¿Cómo no va a estar autorizado un caballero distinguido con la Legión de Honor y con su trayectoria como aviador?

El ministro lanza una severa ojeada a su alrededor. Los directivos de la compañía se miran las puntas de los zapatos.

—Si no estaba autorizado, ahora lo está. ¡Usted! —se dirige al vigilante con tono enfadado—, éste es el señor De Saint-Exupéry. Entrará y saldrá de esta sala tantas veces como quiera.

—Sí, excelencia —responde atemorizado el vigilante.

—¿Ha quedado claro?

—Desde luego, excelencia. A sus órdenes, excelencia.

Dentro de la sala, el coordinador del operativo se quita el auricular y se levanta de la silla al ver llegar al ministro.

—Excelencia, el *Comte de La Vaulx* partió de Dakar con cinco tripulantes a las siete horas diez minutos. A las 10.47 se recibió una comunicación que decía: «Cortamos motor trasero derecho». Después, nada más.

Tonio calcula: más de nueve horas. Mermoz ha aguantado en los Andes dos días. Puede aguantar nueve horas en el mar. Durante la noche se suspenden las tareas de reconocimiento hasta el amanecer, así que Mermoz y su gente tendrán que resistir veinticuatro horas. Si no hay oleaje fuerte, el *Comte de La Vaulx* es una balsa.

—¿Qué dice el parte meteorológico de alta mar?

—Mar plana. Mañana empezará a subir el viento y por la tarde habrá mar rizada.

—¿Cuántos efectivos están buscándolos?

—Hay tres Potez en misión de salvamento y un aviso con dieciocho tripulantes ha zarpado desde Dakar.

Tonio, aprovechando su altura, se aúpa a preguntar por encima del ministro.

—¿Está Henri Guillaumet en el operativo de rescate?

—Fue el primero en salir.

Asiente. Ya que no puede estar él, lo alivia que esté Guillaumet en la búsqueda. Son miles de kilómetros cuadrados de océano. Es como vaciar una playa con una cucharilla de postre. Pero Guillaumet buscará debajo de cada espumón de cada ola.

Que el mensaje quedara cortado tan bruscamente es un dato desasosegante. Hacer especulaciones de por qué la radio quedó muda de golpe es tan inútil como inevitable en la larga espera. Un incendio, una explosión a bordo..., quién sabe.

Cuando el ministro se va, la comitiva de autoridades lo sigue como un rebaño. Tonio toma una silla vacía y se sienta al lado del técnico de comunicaciones. Durante dos horas hay mensajes meteorológicos, comunicados de cambios de turno, de salidas y entradas, pero nada del *Comte de La Vaulx*.

—Las operaciones de rescate no se reanudarán hasta mañana, ¿por qué no se retira a descansar? —le dice amablemente el coordinador.

—Porque lo que me agota no es el cansancio, sino la incertidumbre.

—Pero estará más tranquilo en casa con su mujer.

—Usted no conoce a mi mujer.

Trata de sonreír, aunque sólo consigue trazar un gesto blando con los labios. Ha participado en muchas operaciones de rescate. Sabe que los técnicos tienen razón. Nada podrá hacerse hasta la mañana siguiente y allí estorba más que otra cosa.

Regresa a casa caminando muy lentamente. A cada poco se para a mirar hacia el cielo. No hay estrellas. Ninguna luz allá arriba.

Ninguna luz al otro día. Ninguna luz al siguiente. Ninguna luz.

Tonio duerme en el sofá del salón, al lado del teléfono. Cada día llama al centro de operaciones y la respuesta siempre es la misma. Nada. Pasan dos días más. Nada. Al quinto día suena el teléfono, lo llaman de la oficina de relaciones públicas: lleva días sin presentarse en el despacho ni justificar su ausencia.

—No me esperen.

—¿No le esperamos hoy?

—No me esperen nunca más.

Al séptimo día, suena el teléfono. Lo mira un instante y el timbre le parece un sonido que forma parte del mundo de los sueños. Lo coge con una mezcla de temor y ansiedad. Pero no es nadie de Air France. Es el director de *L'Intransigeant*. Lo llama para pedirle que escriba un artículo en memoria de Jean Mermoz. Primero no entiende, como si le hablasen en un idioma desconocido. El director le insiste suavemente: usted lo conoce, podrá explicar a Francia las virtudes de Mermoz.

—¡No me interesan sus virtudes! —le responde con aspereza—. Mermoz está lleno de defectos. Cuando quedamos, él siempre llega tarde y jamás se disculpa. Es tozudo, muy tozudo, incluso intransigente.

El director se queda mudo al otro lado de la línea.

—No le entiendo...

—¡De ninguna manera puedo considerarlo con esa fría perfección de los muertos!

Le cuelga indignado. ¿Cómo pueden esos imbéciles pensar que Mermoz esté muerto?

Él sigue al lado del teléfono. Duerme en el sofá y come y cena en la mesita baja las viandas que le suben de la *brasserie* bretona de la esquina: crepes saladas y mejillones. Los periódicos que va leyendo han formado en el suelo una montaña de noticias caducadas. Consuelo le hace compañía a ratos. A veces se tumba con él en el sofá y le hace mimos. Otras, se pinta los labios con una carmín tan oscuro que de lejos parece negro y se va al teatro o a alguna cena que se alarga hasta muy tarde sin darle explicaciones.

Después de una semana, pasa otra. La pila de diarios aumenta. Ya sólo toma filetes con patatas y tortilla; aborrece las crepes. Nada. Mermoz desapareció un 7 de diciembre. La Navidad nunca le ha pasado tan desapercibida. Se niega a salir en Nochevieja y Consuelo, desairada, se va sola, con un vestido descocado que le deja toda la espalda al aire. Él recibe el nuevo año 1937 en batín en el sofá. Espera un milagro de Navidad, pero no llega.

Una noche de primeros de enero Consuelo invita a unos amigos a casa para enseñarles unas vasijas que ha pintado en ese estilo geométrico que ella dice que es azteca. Pero en cuanto llegan riendo y montando jaleo, Tonio los echa de casa. Necesita estar solo, que haya silencio por si suena el teléfono.

Ha pasado un mes. Su barba ya es la de un náufrago. El teléfono no suena.

Una mañana, suena el timbre de casa. Tonio se levanta de mala gana para abrir. No está para visitas, lleva días sin ducharse, la ansiedad le ha hecho comer a todas horas y ha engordado varios kilos. Abre la puerta y quien está allí con un gesto serio es Guillaumet.

Se miran. Henri mueve la cabeza a uno y otro lado. La operación de rescate se ha dado por finalizada. Mermoz no ha vuelto. Los dos lo saben: no volverá nunca. A Tonio le tiembla el labio. Y, por fin, le empiezan a brotar unas lágrimas calientes como si salieran desde el centro de la Tierra. Se abraza a Henri y, por fin, los dos juntos, pueden llorar al amigo y dejarlo ir en paz.

Guillaumet saca del bolsillo un pañuelo para cada uno. Después, de debajo de la gabardina se saca una botella de coñac.

—Hay que brindar por él.

Tonio asiente. Mermoz odiaba las despedidas tristes.

—¿Sabes, Henri? Brindaremos y cantaremos las viejas canciones, hablaremos de mujeres con muchas curvas y contaremos historias picantes y nos reiremos. Y así él seguirá estando con nosotros.

CAPÍTULO 78

París, 1937

El piso de los Saint-Exupéry se ha convertido en un lugar donde las puertas nunca se cierran y las luces nunca se apagan. Una fiesta es el preámbulo de otra. Hay días en que algunos invitados se quedan a dormir en los sofás y esperan ya hasta la fiesta que arranca la tarde siguiente y se alarga hasta la madrugada. A los visitantes ocasionales, Tonio y Consuelo les parecen el matrimonio más compenetrado del mundo. Una casa donde siempre hay canapés, champán, canciones, anécdotas divertidas y ruido hasta la madrugada. Alguien que observara distraídamente o con demasiado chardonnay encima podría pensar que son felices.

Para Tonio la jarana es una máscara para ocultar la tristeza que lleva dentro desde la desaparición de Mermoz. Tiene una parálisis absoluta para escribir. Le piden artículos que no entrega. Ha cobrado adelantos de libros que no ha escrito. Consuelo es una peonza que viene y va. Cada vez tiene menos paciencia con ella.

Una tarde reciben la invitación para ir a tomar el té a casa de los Vigny. Consuelo le dice que está muy ocupada. Está absorbida por un libro sobre cartomancia y se pasa horas practicando con la baraja del tarot. Acude él solo y cuando Nicole Vigny lo recibe, le explica que su esposo ha tenido que salir de viaje de manera urgente.

—Lo lamento —le dice él con cortesía.

—No lo lamente.

Ella le pregunta si ha traído apuntes de algo que esté escribiendo. Tonio siempre lleva papeles por los bolsillos. En uno de ellos lleva un par de cuartillas con unas notas para uno de los episodios que va a contar en su

nuevo libro sobre momentos luminosos durante los cerca de quince años de andar dando tumbos por los aires. Él lee y ella escucha con mucha atención, con la mirada perdida.

Cuando termina de leer, es la hora del té y ella le pregunta si desea algo.

—Un poco de té.

—¿No desea nada más? —Y lo mira con mucha intensidad. A Tonio le encanta su flequillo rubio y sus ojos inteligentes. Acaban tomando el té en la cama. Cuando él sale del cuarto de baño vestido sólo con un albornoz sin estrenar que le ha prestado, ella lo espera metida dentro de las sábanas.

Se sienta sobre la colcha y, algo ruborizado, toma una de las tazas de la mesita.

—Nunca había tomado el té antes de hacer el amor.

—Oh, Antoine. El té es muy saludable.

—Desde luego. Es un antioxidante natural fabuloso.

—Habrá que probar si es cierto.

Nicole se destapa de un manotazo y deja al descubierto su cuerpo de piel blanca sombreada apenas por el fino vello rubio del pubis. Tonio ha de hacer equilibrios para que no se le caiga la taza de la mano.

Las visitas a casa de la señora Vigny, ahora que el señor Vigny parece haberse evaporado, son un paréntesis agradable de literatura y sexo en una época de desasosiego.

Cuando alguna mañana, en pijama y con migraña, se pone a repasar la correspondencia del banco repleta de recibos impagados, lo inunda el desánimo. Le alarga las cartas a Consuelo y ella las lanza con indiferencia a la papelera. Tonio se echa las manos a la cabeza.

Conde, escritor, caballero de la Legión de Honor... ¿Cómo es posible que estemos en números rojos?

La única solución es hacer otro de esos raids aéreos. Ha de conseguir patrocinadores y vender la exclusiva del reportaje a *L'Intransigeant*.

—¿Por qué no escribes un libro? —le dice ella.

—Tengo plomo en la cabeza.

El periodismo es un clavo ardiente al que agarrarse. Le proporciona ingresos, le permite viajar y escribir. En medio de la guerra civil española, ha sido enviado como corresponsal. Cuando regresa a Barcelona, que visitó

tantas veces mientras hacía la ruta de España del correo, no la reconoce. La pensión frente al hotel Ritz en la que se hospedaban los pilotos ha sido tomada por los milicianos y se ha convertido en un cuartel destartado. Viaja al frente de Madrid y se horroriza de contemplar una guerra tan desordenada y cruel.

Sus crónicas tienen un gran éxito, pero él regresa de España con un sabor amargo en la boca. El país alegre que conoció es ahora un pantano negro de rencores y violencia. Después de ver lo que ha visto, su fe en la humanidad se tambalea. Llega a la conclusión de que cuando el ser humano no tiene una brújula, se extravía. Pero no sabe cuál es esa brújula. ¿La política? La ve como un ejercicio de charlatanes y equilibristas. Le parece más importante la religión, pero una religión que sea espiritual y no un rito hecho a medida de señoras aburridas y predicadores hipócritas. España es un atroz ejemplo. Extremistas anarquistas queman conventos y fusilan a sacerdotes católicos. Para defender las enseñanzas de Cristo del perdón y la misericordia, los militares católicos cogen a esos anarquistas, y de paso a otros mil más, y los fusilan a todos contra las tapias de los cementerios. Las religiones proclaman la paz y siempre acaban, en nombre de ese Dios tan pacífico, quemando, degollando o fusilando. Y aun así hay personas dispuestas a seguirlos fervorosamente porque hay una sed de creer que se hace insoportable. La incertidumbre produce vértigo en los seres humanos. Preferimos una mentira segura a una verdad incierta.

Tonio también siente esa sed de creer, pero no sabe en qué. Creía en el ser humano, pero es un agua que empieza a parecerle corrompida.

Necesita irse. Lejos.

Empieza a mover cielo y tierra y despachos para poner en marcha un raid aéreo. En Air France, una vez más, se lo quitan de encima. Sin embargo, logra convencer al ministro del Aire Cot de la importancia de situar de nuevo a Francia en la cima del prestigio aéreo internacional perdido. En Francia el prestigio es muy importante. Donde no llega la verdad, siempre puede llegar el prestigio.

Propone establecer un récord en la ruta vertical de América de norte a sur, de Montreal a Punta Arenas. Francia ha perdido por su desidia las rutas del correo aéreo en América. Por cada avión que fabrica Francia, Italia

fabrica tres y Alemania, seis. A Francia ya sólo le quedan los gestos. En París quieren parar un tsunami levantando la mano como un guardia de tráfico.

Pero ese raid inútil sí tiene una importancia capital que los políticos ignoran. Que él vuelva a volar.

Los preparativos son complejos. Estirar el dinero tampoco es sencillo, pero lo consigue. Es un viaje de cierto riesgo y algunos amigos han intentado disuadirlo. Pero nadie puede convencerlo de que se quede en París en esa casa que comparte con Consuelo como si fuera un hostel donde todo el tiempo entra y sale gente que no le importa nada. Ha de vencer esa apatía que lo está oxidando por dentro.

El avión y él llegan a América en barco y completan sin novedad las primeras etapas norteamericanas. En el aeropuerto de Managua encara el Simoun hacia la pista de despegue. Todos los indicadores son correctos y el tanque del combustible está lleno. Al tomar velocidad el avión, sin embargo, no alcanza la fuerza habitual. Cuando se percata de que no deberían haber llenado tanto el tanque de combustible en un aeródromo a mil seiscientos metros de altitud ya es demasiado tarde para abortar el despegue fallido antes de chocar contra el talud que hay al final de la pista. Atrae hacia sí el comando para que se eleve. Tira de él con todas sus fuerzas como si quisiera arrancarlo de cuajo. El avión levanta pesadamente el morro y esquiva a duras penas el talud, pero al momento cae a peso y se estrella violentamente contra el suelo.

El aparato queda destrozado y él es trasladado urgentemente al hospital. Ocho fracturas y una herida muy fea en una mano. No llega a entrar en estado de coma, pero la herida de la mano se infecta de manera preocupante. Los médicos deciden que hay que amputarla.

Tonio se niega. Sin fuerzas, con su limitado castellano de apenas unas cuantas frases, trata de negarse. Pero los médicos no ven otra solución.

Una mañana se oyen voces en la planta. Discuten en castellano. Consuelo entra como un torbellino seguida de dos enfermeras. Trataban de convencerla de que el doctor no puede venir ahora, que está pasando visita en otro pabellón. Tonio entiende a medias lo que les dice, pero utiliza el título de condesa de Sant-Exupéry y lo hace de manera tan altiva que las dos enfermeras acaban escabulléndose susurrando unas disculpas.

Tonio tiene la mandíbula fracturada, pero aun así sonrío.

—Consuelo, no las asustes. Son buenas chicas. Me tratan bien.

—¡Siempre pensando en las chicas! ¡Pensé que te morías!

—Pero ya te dije en el telegrama que dicté que estaba fuera de peligro...

—¿Y desde cuándo dices una sola verdad?

Razonar con Consuelo es como querer apagar un incendio con una regadera. Ni se molesta. Además le duele la quijada al hablar.

—Consuelo, explícale al médico que no voy a permitir que me amputen la mano.

—¿Y por qué habrían de hacerlo?

—Dicen que la infección no remite, que me podría causar una septicemia.

—Ha habido personajes ilustres mancos, querido. Pero realmente no es muy agradable.

—¡No se trata de que sea agradable! ¿Cómo voy a pilotar y a escribir si me falta una mano?

—¡Siempre pensando en tus cosas!

El médico entra y Consuelo se presenta. No le deja abrir la boca. Le dice que su marido es un famoso escritor, una celebridad en París.

—No pueden ustedes privar a Francia de una de sus plumas más ilustres.

—Pero, señora, la infección...

—Denle penicilina.

—No ha funcionado...

—Pues denle friegas de unguento de papaya caliente con salvia y recen diez padrenuestros. Mi abuela curó así a una tía mía a la que atropelló un carro.

—Señora, yo soy doctor...

—¡Entonces, cúrelo!

El médico opta por decir que tiene unas visitas que atender y que volverá más tarde.

—¡Consuelo, lo has espantado! —le dice divertido desde la cama.

—La única manera de que un médico no sea arrogante contigo es que tú lo seas más que él.

Consuelo permanece varios días junto a la cama de su marido, que va mejorando de sus fracturas, pero la mano empeora. Una mañana le dice que no soporta el olor de ese hospital, que se va a visitar a su familia a El Salvador, y que, en cuanto esté mejor, se reúna con ella. Con la misma velocidad vertiginosa con que llegó, se marcha. Consuelo nunca puede permanecer quieta mucho tiempo en el mismo sitio. Es un girasol. Si se queda quieta, se marchita.

Pide que le traigan un teléfono a la habitación y llama a casa de los Vigny. Le pide a Nicole que haga las gestiones con el seguro que contrató para su viaje porque en Managua no se aclaran con él. Ella toma nota y cuarenta y ocho horas más tarde un médico francés lo visita y aconseja su traslado a Estados Unidos. Son necesarias varias semanas de trámites, pero finalmente el seguro corre con los gastos. En el hospital se sienten aliviados de quitarse de encima a ese enfermo problemático que no quiere operarse y puede sufrir un colapso por su tozudez, y es embarcado en un vuelo de línea a Nueva York.

El hombro se le ha soldado, pero nunca podrá volver a alzar el brazo por encima de la cabeza. Siente vértigos y le preocupa la mano. Un empleado de la compañía aérea lo ayuda a sentarse en una silla de ruedas al aterrizar y lo conduce hasta la terminal de llegadas.

Allí se lleva una sorpresa. La propia Nicole lo está esperando. Lleva una enorme falda con dibujos geométricos a la última moda de Nueva York como si llevara meses en la ciudad, un jersey negro estrecho y una elegante gargantilla de oro sobre el cuello esbelto. Lo mira con afectuosa preocupación al observar las cicatrices en la mandíbula, el brazo vendado y el caminar dificultoso.

—¿Cómo estás?

—Feliz de verte.

Llegar a Nueva York desde el aeropuerto tiene algo de efecto de prestidigitador. Después de esos descampados con aire desolador, aparece de la nada un bosque de rascacielos. Le parece que la gente no va tan arreglada como en París, incluso hay hombres que no llevan sombrero. Las calles son nerviosas, con un flujo de taxis amarillos, trolebuses y muchachos voceando las noticias del fajo de periódicos que llevan bajo el brazo. Por algún motivo

que nunca acabará de entender bien, de las tapas de alcantarilla brota un vapor de agua que añade una cierta sensación de irrealidad y neblina a ese ir y venir de gente apresurada.

Al llegar al apartamento, en una calle elegante detrás del Museo de Historia Natural, lo recibe un conserje vestido con un absurdo traje granate, gorra de plato a juego y unos exagerados galones dorados de almirante de alguna armada imposible.

—El seguro te quería adjudicar un apartamento en Brooklyn —le dice Nicole mientras abre las cortinas de un ventanal enorme—, pero les hice cambiar de opinión a mi manera. Si no estás en Manhattan no estás en Nueva York.

—¿De qué manera les hiciste cambiar de opinión?

Le pone un dedo en los labios como cuando se quiere hacer callar a los alumnos rebeldes.

Los médicos norteamericanos también opinan que hay que amputar la mano. Pero él insiste en que no lo va a permitir. Finalmente, una punción libera una enorme cantidad de pus y la herida empieza por fin a cerrarse. Tardará varias semanas en recuperarse y deberá ir cada día a sesiones de rehabilitación. Nicole no se separa de él. Al contrario que Consuelo, es una mujer organizada y resolutiva, muy dotada para resolver cuestiones prácticas. Que sea muy rica también ayuda. Combina las mañanas de compras con las tardes acompañando a Tonio a las cafeterías elegantes donde ella le traduce en voz alta los diarios en inglés.

De la dirección de San Salvador que le dio Consuelo, las cartas le llegan devueltas. En el piso de París, después de muchas llamadas, un día descuelga el teléfono la señora que va a hacer la limpieza y dice que no ha ido nadie a la casa en semanas.

En Estados Unidos sus editores han mostrado interés en publicarle un nuevo libro y el generoso adelanto que le han dado le permite pagar algunas deudas y tirar durante una temporada. Ha decidido recuperar algunas de esas historias que se ha pasado la vida contando a sus amigos en las sobremesas del Deux Magots o la Brasserie Lipp y convertirlas en un libro. Son historias que llevan tantos años viajando en sus bolsillos que al sacarlas son fruta madura. Está en ellas la aventura, pero también esa mirada moral de

predicador laico. El deber, la amistad o la entrega son materia de su religión civil. Los vaivenes y la anarquía de su vida personal son un caballo encabritado que deja atado a la puerta de su gabinete. Cuando se sienta y escribe le parece que la vida se clarifica, que todo adquiere un sentido, que hay un orden. Vive como un vagabundo emocional, pero escribe como un buda de piedra.

CAPÍTULO 79

París, 1938

Regresa a Francia después de una larga ausencia. Hace más de dos meses que no sabe nada de Consuelo. En el buzón de casa encuentra una carta donde le dice que no sabía dónde dar con él y que, como se sentía sola, se ha ido a pasar una temporada a la casa de las afueras de Toboggan...

¡Ese pintamonas!

Él le envía un par de telegramas y ella por fin una noche lo llama por teléfono muy afectada por la muerte de un gato que cuidaba.

—¡Cada noche venía al porche a tomar el plato de leche que le preparaba!

—Consuelo, hace más de dos meses que no nos vemos, ¿y lo único que te preocupa es un gato callejero?

—Papou, nunca has tenido mano para los animales.

La deja por imposible. Él se ausenta también por un viaje a Alemania para escribir una serie de artículos que le han encargado.

Parecía imposible conseguir autorización para entrar en Alemania en esos días de máxima tensión, pero Nicole tiene tan buenos contactos en los lugares más inaccesibles que consiguió autorización para los dos y se fueron al país vecino en su coche. Nicole es una bella incógnita incluso para él mismo. Hay algo en ella a lo que nunca se puede acceder, una puerta cerrada con llave donde guarda sus secretos.

—Nicole..., ¿cómo conoces tanta gente importante en Alemania?

—Ay, Antoine. Conozco gente hasta en el infierno.

Fueron a casas opulentas de amigos suyos, pasearon en un avión alquilado y contemplaron con preocupación la actividad frenética de un país que se está preparando para algo de grandes dimensiones. Alemania niega sus

malas intenciones, pero se agiganta en el centro del continente y arroja sombras amenazantes sobre Europa.

Al volver a París ve circular los mismos coches y los mismos tranvías. Se cruza con mujeres que visten faldas por la rodilla. Hay sobre los veladores de las terrazas de las avenidas humo de puros y vasos de Orangina. Sifones de cristal con picos de loro plateados. Hombres de sombrero de fieltro leyendo el periódico frente a tazas de café. Coches con faros redondos como ojos de búho. Gabardinas y paraguas. Limpiabotas que llevan cajas de madera con un asa en forma de suela de zapato. La ciudad parece la misma, pero es otra. Las conversaciones son ahora más vehementes, los amantes que se despiden en una esquina lo hacen con más urgencia, los guardias regulan el tráfico con gestos más impacientes. A menudo no se habla explícitamente de la guerra, pero su amenaza flota en el aire como el virus de una gripe. París está llena de toses.

Unas semanas atrás, el primer ministro de Francia, Édouard Daladier, participó junto al primer ministro inglés, Chamberlain, en una reunión en Múnich con el canciller de Alemania, Adolf Hitler. Ese hombre, insignificante hasta en el tamaño de su bigote, proyecta una sombra monstruosa sobre Europa. Quería anexionarse a Alemania la región de los Sudetes, perteneciente a Checoslovaquia, porque la mayoría de los habitantes son de habla alemana. No era una petición, porque Hitler no pide; exige. Los periódicos lo llamaron el Acuerdo de Múnich, pero no fue un acuerdo, sino una claudicación. Ni siquiera se permitió la presencia del presidente checo en una reunión donde se decidía arrebatar parte del territorio de su país. Chamberlain y Daladier querían aplacar la furia del Führer. Apagar el fuego echándole carbón.

Cuando Daladier aterrizó en el aeropuerto de París lo hacía sabiendo que llegaba con el peso de la vergüenza sobre los hombros y vio una multitud que lo esperaba. Estaba resignado a soportar con el mayor estoicismo posible el desprecio de los franceses. Pisó la terminal y la gente empezó a aplaudirle y vitorearle. Se quedó asombrado. Era tanto el miedo a la guerra que creían que su primer ministro había conseguido evitarla. Daladier asentía. Nadie quería aceptar lo que todos sabían: si a un lobo hambriento le echas una costilla de cordero no lo sacias, lo que haces es mostrarle el camino hacia la despensa.

Nicole es un apoyo crucial en ese momento en que el ambiente en el país es tenso y su relación con Consuelo está desmoronada. No sabe muy bien cuál es plan. Nicole no se plantea de ninguna manera divorciarse de su esposo, aunque hace mucho que llevan vidas separadas de mutuo acuerdo. Los divorcios resultan caros y los burgueses son gente práctica.

Tonio y ella salen a cenar a sitios lujosos, se toman de la mano en privado, ella lo escucha con admiración cuando él le lee las páginas que escribe, practican el sexo entre risas. Parece amor, pero es juego. Un juego al que hay que seguir jugando para no envejecer.

Empieza a llover cuando camina por la orilla izquierda del Sena y escucha las noticias que vocea un vendedor que lleva unos periódicos protegidos bajo el chaquetón. Alemania ha declarado la guerra a Polonia. Tan sólo seis meses atrás el ejército de Hitler entró en Praga paseándose, ante la pasividad de Inglaterra y Francia. La conquista de Checoslovaquia fue un desfile. Hitler quiere seguir desfilando y el Tercer Reich se ha puesto en marcha. La oruga de sus tanques y el taconeo de sus botas no se van a detener hasta pisotear toda Europa.

Tonio llega a su apartamento bajo la lluvia, con la ropa pegada al cuerpo. Tira las llaves en el desorden de la mesa del recibidor y ve que en el suelo, bajo la puerta, hay una carta. Lleva sellos oficiales. La estaba esperando desde el día que vio en Alemania aquella enorme cantidad de aviones de caza alineados en aeródromos al aire libre porque no cabían en los hangares. Nadie hace más aviones que hangares salvo que piense ponerlos a circular. La guerra se ha colado en su casa por la rendija de la puerta. La carta le comunica que ha sido movilizado y ha de presentarse con su uniforme de oficial en la reserva en el aeródromo militar de Toulouse-Francazal en el plazo de una semana.

CAPÍTULO 80

Toulouse, 1939

La mancha de odio del Tercer Reich se extiende por Europa. Desde que declararon la guerra a Polonia, los alemanes sólo han tardado una semana en plantarse a las puertas de Varsovia. Las van a tirar al suelo de un soplido.

Tonio fuma y emborriona hojas en su habitación del Grand Hotel, donde hospedan a los oficiales. Con lo que él ha amado Toulouse, ahora se encuentra enjaulado en la ciudad. Los médicos que le hicieron el reconocimiento se mostraron reacios a su incorporación a filas. A punto de cumplir cuarenta años, hombro izquierdo semiparalizado, sobrepeso... Le dijeron que su grado iba a ser el de capitán, pero su lugar en la guerra sería detrás de un escritorio. Se indignó, aulló, dio puñetazos en las mesas que hicieron temblar los fonendoscopios. Pidió estar en el frente para luchar en primera línea por la defensa de la libertad. Pero no logró impresionar a los doctores.

Lo han destinado en Toulouse como instructor de pilotos en la retaguardia.

Da vueltas por la habitación como un animal enjaulado. Tira cigarrillos a la mitad y enciende otros. Escribe un par de líneas y rompe la hoja. Se asoma por sexta o séptima vez a la ventana. Mira el reloj ansioso, Nicole se retrasa. Lleva varias semanas sin verla. Incapaz de contener su nerviosismo, baja al hall a esperarla. Lleva los pantalones y la camisa del uniforme militar con una chaqueta de lana de estar por casa. No es nada reglamentario, pero le da igual. El vestíbulo del hotel está muy concurrido, pero también da igual, la suya es la relación clandestina menos clandestina de Francia.

Justo llega ella en ese momento con un elegante tocado en la cabeza y un abrigo ceñido con los puños de visón. Le invade una gran alegría al verla y Nicole le sonrío con una dulzura que reserva únicamente para él.

—¿Cómo estás, Tonio? ¿Estás escribiendo?

Sonríe coqueto. Se le encoje la cicatriz de la barbilla.

—¿Por qué siempre me preguntas si estoy escribiendo? ¿Vas a ser mi editora?

—Si estás escribiendo sé que estás bien. Cuando estás desanimado no escribes.

—Ahora no estoy desanimado sino muy cabreado. Tienes que ayudarme.

—Invítame a un Jerez.

Nicole observa, entre escandalizada y divertida, el desorden de la habitación. Ya sabe que Tonio es incapaz de no convertir sus espacios de trabajo en cachivacherías. Hay cuartillas desperdigadas por todas partes: sobre el sofá, sobre la cama, incluso en el cuarto de baño. El lugar donde hay menos hojas es el escritorio, atestado de objetos: unas gafas de sol, una maquinilla de afeitar, varios libros sobre aeronáutica, una bufanda, periódicos atrasados, un par de tazas sucias y hasta una flauta.

Tonio despeja una butaca para que se siente.

—Nicole, tienes que sacarme de aquí.

—¿De esta leonera? Pareces estar a tus anchas.

—Hablo en serio. Necesito un destino fuera de Toulouse.

—Te ofrecieron trabajar en el gabinete de propaganda del ministerio y los mandaste a paseo...

—¿Propaganda? ¡No puedo hacer eso!

—Pero es una tarea importante contar lo peligrosa que es la amenaza del nazismo y animar a la gente a alistarse para defender la libertad.

—¡Maldita sea! ¡Claro que es importante! Pero ¿cómo voy a animar a la gente a combatir por Francia mientras yo estoy a cubierto en un despacho de la retaguardia bebiendo Jerez y fumando puros? Yo no quiero ser uno de esos intelectuales que se mantienen en la despensa como tarros de mermelada. Tienes que ayudarme para que me destinen a una unidad de combate. No puedo estar aquí de brazos cruzados.

—¡Pero no estás de brazos cruzados! Estás enseñando a chicos jóvenes.

Tonio se coge la frente con la mano en la que no tiene el cigarrillo. Tiene una de esas migrañas que se han hecho frecuentes después del accidente de Guatemala.

—Es verdad que está bien enseñar, pero no es mi oficio. Yo soy piloto. No puedo dejar que la gente joven se juegue la vida por defendernos a todos y yo estar aquí haciendo dibujitos con una tiza.

—Pero me dijiste por carta que ya has hecho algunas solicitudes y te las han denegado.

—¿Lo puedes creer? Instancias, documentos, alegaciones... Solicito luchar en el frente por mi país y me dicen que rellene un formulario con tres copias. La guerra aniquila todo menos la burocracia. Y después me responden con una nota firmada por un subsecretario que mi petición ha sido denegada. ¡Imbéciles! Tú conoces a mucha gente en el Ministerio de la Guerra. Nunca te he pedido un favor, ahora te lo pido...

Su cara refleja esa contrariedad impaciente de los adolescentes cuando no se salen con la suya.

—Me estás pidiendo que consiga que te manden al frente.

—¡Exacto!

Nicole suspira. Extiende la mano y le acaricia la mejilla con la yema de los dedos. No es en absoluto una mujer frágil, sino todo lo contrario. Pero en ese momento se siente con los pies en el aire. Quizá sea eso lo que le atrae tanto de él: la saca de su dominio de las cosas, hace que la vida sea de un cristal muy delgado a punto de quebrarse y que cada minuto sea crucial.

—Tonio, normalmente las mujeres lo que hacen es proteger a sus hombres.

—Dentro de esa aula cerrada con la estufa de carbón puesta desde primera hora de la mañana, me consumo. Ese polvo de tiza que se te mete en la garganta me asfixia. Las paredes me oprimen... Yo sólo sé vivir a cielo abierto.

—¿Me estás pidiendo que pida que te manden al frente a que te maten?

—Te estoy pidiendo que pidas que me manden al frente para que me salve.

Ella le arrebató el cigarrillo. Da una profunda calada y expulsa una nube que flota unos segundos en la habitación. Los dos miran en silencio cómo el humo se estira, se contorsiona, se deshilacha.

—Nicole...

—¿Qué?

—¿Lo harás?

—No puedo decirle a un secretario de Estado lo que ha de hacer.

—Pues díselo a un ministro. Seguro que tú puedes hacerlo...

Ella sonríe con un gesto de coquetería. Asiente lentamente. Claro que puede.

En Orconte, el teniente Laux está de un humor de perros. Cuando el comandante Alias le comunicó días atrás que iba a incorporarse al Grupo de Reconocimiento II/33 el oficial De Saint-Exupéry le hizo tanta gracia como una patada en sus partes. Entra un asistente con unos comunicados del Estado Mayor y le dice a gritos que cómo ha tardado tanto en traerlos. Cuando el soldado empieza a farfullar unas excusas, lo despacha de malas maneras.

—¡Largo de mi vista!

Alias le comunicó personalmente en una visita para despachar asuntos la llegada de Saint-Exupéry. Tampoco a su jefe le hacía gracia. No se fía de los pilotos civiles obsesionados con los raids, los halagos de la prensa y acostumbrados a volar de cara a la galería. Y encima es una celebridad literaria.

Laux está actualmente a cargo del escuadrón y lo que menos necesita es tener ahí a un figurón arrogante complicando más una situación ya de por sí complicada. También le incomoda otro detalle. Él es el jefe del escuadrón por el traslado del anterior responsable, pero sólo tiene rango de teniente y Saint-Exupéry llega con un rango superior de capitán. Alias le ha dicho que él está al mando al margen de los galones. Pero no las tiene todas consigo.

Asoma la cabeza el teniente Israël.

—¿Ya ha llegado la estrella? ¿Te ha dicho si va a pilotar o a rodar una película?

—¡No me fastidies, Israël! No estoy de humor.

—He oído que tiene cuarenta años. ¿Le damos un avión o una silla de ruedas?

—¡Lárgate!

Laux oye el motor de un coche y al mirar por la ventana ve un elegante DeSoto algo polvoriento. Se baja de él un hombre corpulento con una nariz respingona e insignias de capitán. Oye la breve conversación con su asistente y al poco unos pasos que conducen al oficial hasta su despacho. Se levanta para recibir a su nuevo piloto con estrellas de capitán. Lleva dos días preparando el discurso para decirle de manera correcta pero tajante que él tiene la confianza del comandante Alias para dirigir el escuadrón pese a su rango inferior y que deberá seguir sus órdenes como cualquier otro oficial de la unidad. Suspira un segundo antes de que entre por la puerta y se levante a recibir a ese hombre que, visto de cerca, tiene la cara marcada de cicatrices.

—Teniente Laux, comandante jefe de la escuadrilla.

—Saint-Exupéry, piloto.

Laux se relaja y Tonio le tiende la mano con una sonrisa.

—No estábamos seguros de si llegaría hoy o mañana. Voy a avisar al teniente Gandard para que vacíe la habitación del palacete y se la deje libre.

—¿Cómo? Han de mover a un compañero de sitio. ¡De ninguna manera! Donde fueran a acomodarlo a él, ahí iré yo.

—Pero es una habitación pequeña en una granja destartada...

—Será perfecta.

Durante la comida, en la sala de oficiales miran con curiosidad y cierta desconfianza a ese escritor con traje de capitán. Tonio siente que vuelve a Montaudran y llega al cuarto de los pilotos veteranos que lo miran con prevención. Les pregunta con prudencia sobre la vida allí, pero le responden con desgana. Cuando se hace un incómodo silencio, saca del bolsillo un mazo de cartas.

—Mire usted la carta y no me diga el número.

Uno de los subtenientes la toma con escepticismo y, después de colocarla en el mazo y que otro compañero baraje hasta cansarse, Tonio gira el primer naipe y allí está. El resto mira de reojo con un interés disimulado; no deja de ser otra cosa que un grupo de jóvenes aburridos por la inactividad momentánea. Se acercan y forman un corro.

—¿Podría usted volver a hacerlo, capitán?

—¡Desde luego!

Las primeras semanas hay calma chicha y pocas misiones en Orconte. Los alemanes están replegados, pero eso sólo es un signo de que están reordenando sus fuerzas para golpear más duro. Cuando llegue el ataque con la fuerza de su maquinaria militar y la rabia de su orgullo supremacista, el mundo que han conocido será una campana de cristal golpeada por un martillo. En esos días de invierno en que las misiones se reducen, sus juegos de cartas alivian la tensión en el barracón de oficiales. También resulta muy exitosa su propuesta de jugar a las palabras encadenadas, que se convierte en una fiebre:

—Contra...

—Traca...

—Camastro...

—Trozo...

—Zo, zo, zo...

—¡Sargento, le toca pagar cerveza!

—Pero se ha terminado —apunta el soldado camarero.

—Pues apúntensela para después de la guerra —clama Tonio.

—Ya lleva siete apuntadas.

—¡Mejor! Así nos las beberemos todas de golpe para celebrarlo.

A veces le cansa el confort de la sala de oficiales, con sus sofás capitonés y la calefacción de la estufa de leña que amodorra. Necesita salir y dar vueltas por las pistas y los hangares. Invita a tabaco al personal de mantenimiento y les cuenta algún cotilleo de la sala de oficiales. En su hora de descanso del mediodía, ve al sargento Farget tratando de recomponer una pieza de radiador destrozada.

—¡Ese radiador está hecho polvo, sargento!

—Lo está, capitán. Querían tirarlo a la chatarra, pero estoy intentando recuperarlo.

El mecánico aprieta la mandíbula mientras hace palanca con un destornillador para desdoblarse una varilla. Tiene los nudillos blancos y los dientes apretados. Se le resiste. Pero persevera.

Tonio lo observa con admiración. Los hombres como Farget nunca reciben medallas ni honores ni están en los libros de historia, pero son ellos quienes hacen que el mundo sea un lugar habitable.

—Farget, no se rinda.

Una tarde, los oficiales de la unidad se encuentran esperando que caiga la noche en esa indolencia intranquila de las esperas. Las conversaciones se han apagado y reina una cierta apatía. El capitán Saint-Exupéry se ha marchado tres días de permiso a París y su ausencia se nota. Ya se han acostumbrado a su presencia, a veces alegre, relatando historias de Sudamérica y del desierto y gastando bromas; otras, silencioso y pensativo, repentinamente callado. La puerta de la sala de oficiales se abre y entra una ráfaga de invierno. Todos se dan la vuelta mecánicamente. En la puerta Tonio sonrío con gesto de travesura. Lleva en los brazos una caja de madera.

—¿Qué trae ahí?

No responde. Tan sólo sigue sonriendo mientras se va hacia la mesa que utilizan para comer, jugar al ajedrez, escribir cartas a sus familias o extender mapas. Todos están intrigados y se levantan tras él. Cuando abre la caja ven que se trata de un gramófono. Le acopla una manivela para darle cuerda y el plato empieza a girar. Saca de un estuche un disco de baladas de Tino Rossi.

La aguja resbala al principio. El sonido sale del pequeño altavoz empotrado en la caja como si llegara de muy lejos. Pero para esos militares que esperan el arreón de la guerra lejos de sus casas, de sus familias y de aquello que da sentido a sus vidas, la música tiene el efecto de activar zonas emocionales del cerebro que permanecían aletargadas. La música los conecta con la vida dejada atrás. El subteniente Aron siente cómo los pies se le mueven solos sin que nadie los mande y toma una escoba apoyada en la pared. Baila con ella de manera lenta, amorosa, mientras los demás ríen y silban.

Entra en ese momento el teniente Laux. El bailarín se pone firmes y hay un instante de silencio donde sólo suena la canción un poco demasiado aguda. Es Tonio el que da un paso hacia él y le habla con un respeto afectuoso:

—Teniente, traje un gramófono y no resistí la tentación de ponerlo en marcha.

—Un gramófono en la sala de oficiales...

—Si no le parece bien podemos apagarlo...

Laux lo mira.

—¿Sabe qué vamos a hacer?

Todos observan expectantes. Y Laux, generalmente tan serio, esboza una gran sonrisa:

—Vamos a abrir una botella de coñac que guardaba para un día especial.

—¡Viva el teniente Laux! —grita alguien, y todos responden con un entusiasmo de gorras lanzadas al aire.

El ambiente de animado compañerismo de la base se torna en silencio por las noches, cuando Tonio se dirige a su lugar de pernoctación en el pueblo. Es una habitación modesta en una pequeña casa algo desvencijada. Cuando la propietaria, una mujer minúscula de edad indefinible calzada con unos toscos zuecos de madera, le mostró por primera vez el cuarto, bajó la cabeza avergonzada: «No es sitio para un señor capitán...». Y al decirlo se estrujaba las manos sobre el delantal. Unas manos enrojecidas por la lejía y el trabajo a la intemperie. Tonio adoró sus manos como sarmientos. La adoró a ella.

—Éste será un sitio perfecto.

La mujer levantó la vista. Dentro de unos párpados cansados le brillaban unos ojos menudos muy vivos que contaban la niña que un día fue. Tonio le sonrió. Le sonrío cada noche al llegar y la saluda con la ceremonia con que lo haría con una duquesa. Los primeros días a la mujer parecía incomodarla un poco ese tratamiento al que no estaba acostumbrada, pero después era ella la que salía de la cocina a recibirlo con un gesto de satisfacción dispuesta a ese ritual desacostumbrado que la hacía sentirse una señora importante.

—Señora Digne, es un enorme placer verla de nuevo. Espero que usted y su familia hayan pasado un buen día. Le ruego presente mis respetos a su esposo. Tenga usted buenas noches.

—Buenas noches, capitán. Que Dios lo bendiga.

La mujer se marchaba feliz secándose las manos en el delantal.

Las ventanas no ajustan bien y se cuele por las rendijas un frío polar. Por la mañana, para poder lavarse la cara con el agua de la palangana que tiene en la habitación para su aseo, ha de quebrar antes la capa congelada. Le agrada

romperla con la punta del abrecartas y jugar a entrechocar los icebergs como barquichuelos de cristal. Por las mañanas le da pereza salirse del cobijo de las mantas y poner un pie en esas baldosas de hielo, pero hay algo inspirador en ese lugar de paredes desnudas. Es la habitación de un monje. Palpa en el silencio un sentimiento de trascendencia que le hace no añorar las comilonas de París que tanto le han gustado siempre ni los encuentros sociales. A veces los echa de menos, desde luego. Pero en otros momentos de soledad y recogimiento, mientras garabatea líneas en el papel con su pluma estilográfica, tiene la impresión de traspasar una frontera detrás de la cual ya no hay ansiedad ni frustración y uno siente que por fin está en el camino.

Algunas noches, antes de acostarse, cuando todavía los dedos no se le han quedado entumecidos del frío, escribe líneas empapadas de un misticismo afiebrado: lo importante no son los hechos, ni siquiera las personas, lo crucial son los nudos de relaciones, las conexiones, la red de capilares que teje el palpitar de la vida en el planeta. También escribe cartas larguísimas que son manifiestos: a Nicole, a Consuelo, a su madre, a sus amigos... Un día, en un momento con las barreras bajadas, incluso pensó en escribirle una carta a Loulou. Pero no, esa mujer le ha traído la ruina. Traza un aspa en el aire como si la tachara de su vida. A veces se le espesa la melancolía. Para esos casos, tiene una botella de whisky que cada vez ha de reponer más a menudo. Se dice a sí mismo que es para calentarse por el frío. Ese frío que se te mete dentro.

CAPÍTULO 81

Orconte (Francia), 1940

La inactividad invernal del grupo II/33 ha convertido el edificio de oficiales en un club de hombres ociosos que miran la nieve sobre las pistas del aeródromo. Parece que el invierno haya adormecido la guerra igual que a un oso.

Tonio ha pasado semanas dedicado a hacer trucos de magia y jugar al ajedrez, pero también a dar vueltas al problema del encasquillamiento de las ametralladoras de los Potez por el frío en los vuelos a gran altura y ha encontrado una solución técnica que presenta al Ministerio de la Guerra. En esas semanas ha recibido un par de visitas de Nicole. Ella tenía un amigo que le dejaba una casa en el vecino pueblo de Arrigny. Nicole siempre tenía esa facilidad para conseguir cualquier cosa en cualquier sitio que fascinaba a Tonio. La casa llevaba meses cerrada, pero antes de su llegada la persona de la aldea que se encargaba del mantenimiento había llenado de troncos la leñera, y una jarra enorme de leche y un cesto de fruta convertían la mesa del comedor en un bodegón.

Frente a la chimenea encendida, Tonio le lee los apuntes de una obra de teatro que trata de escribir adaptando algunas de las historias de aviación que ha reunido en el volumen que en Francia se ha publicado como *Tierra de hombres* y en Estados Unidos con el título *Viento, arena y estrellas*. Un libro dedicado a Henri Guillaumet, de quien relata su asombrosa aventura andina.

—¿Y cómo vas a mostrar aviones volando en el escenario de un teatro?

—¡Nicole, eres tan pragmática! ¿Cómo llevas los picos de los Andes a las hojas de papel de un libro? ¡El invento más antiguo de la humanidad es la imaginación!

—¡El invento más antiguo de la humanidad es el sexo!

—No sé cómo hacerlo...

—¿Has olvidado cómo se practica el sexo?

—No sé cómo hacer avanzar esa obra de teatro —exclama con amargura—. Todo me suena acartonado. Debo de ser el peor escritor del mundo.

Nicole lo estrecha entre sus brazos y lo acurruca.

—Tienes un enorme talento, sólo has de encontrar la manera de encauzarlo hacia el fin que te propones.

—¡Cuando tú lo dices, la vida parece fácil!

—Tú eres especialista en hacerla más difícil de lo que es.

Un día llega la buena noticia desde Estados Unidos de que *Tierra de hombres* ha ganado el prestigioso National Book Award que concede la asociación de librerías. La prensa francesa se ha hecho eco del tema en un momento en que las buenas noticias escasean. Eso ha provocado que arrecie la insistencia desde el Ministerio de Información de que se incorpore a su gabinete en un puesto destacado.

A finales de febrero tiene que ir a París para atender una invitación del propio ministro Giraudoux. En su despacho, Giraudoux le insiste en que en ningún sitio va a ser tan útil a su patria como en ese ministerio alentando a sus compatriotas, manteniéndolos unidos con la fuerza de las palabras. Le dice que piensan en él para encabezar una misión diplomática en Estados Unidos. Tras el National Book Award, es la voz francesa más apreciada en Norteamérica. Todos los argumentos de Giraudoux son impecables. Y Tonio lo sabe. Pero no lo saca de su negativa enfurruñada. El ministro le ruega, lo amenaza... Tonio, incómodo, le explica de la manera más educada que en la Oficina de Información nada podía informar sobre el sufrimiento de Francia sin antes haber puesto su vida al servicio del país.

Acude ahora a otra cita en el bulevar de Montparnasse, una comida en la Brasserie Le Dôme. Lo hace en compañía de un oficial de su destacamento al que le ha pedido que lo acompañe. Le ha dado indicaciones claras: no debe atender a nada de lo que se diga en la mesa, sólo debe repetir machaconamente que el capitán Saint-Exupéry ha de regresar inmediatamente a la base de Orconte. El oficial vuelve a preguntarle sobre la necesidad de que lo acompañe a un encuentro privado.

—¡Es fundamental, teniente! La persona con la que voy a encontrarme es alguien a quien nunca he sido capaz de decirle «no». Es alguien que odia la vida social, que es rarísimo que me insista en quedar a almorzar. Así que imagino que quiere algo y ya me imagino qué.

La Brasserie Le Dôme es conocida como el café angloamericano. No es un detalle que le pase por alto. ¿Desde cuándo se le escapa un detalle al señor Daurat?

Cuando llegan, está esperándolos. Con su bigote recortado impecable, su sombrero panamá y su traje sobrio, con algún kilo más, pero con el mismo fulgor en los ojos. Su jefe —para él siempre será su jefe— le extiende la mano. Le agradecería abrazarlo, pero ya sabe que al señor Daurat no le gustan esas efusiones. Le estrecha la mano calurosamente.

—Señor Daurat..., no sabe cuántas veces me acuerdo de usted.

Él asiente. Incluso sonríe. Sus ojos dicen que está feliz de que vuelvan a encontrarse. Daurat saluda con cortesía pero cierta frialdad al teniente que lo acompaña. No entiende muy bien por qué Saint-Exupéry le insistió en que debía venir acompañado de un compañero del escuadrón, pero en su cabeza de zorro lo intuye.

Es uno de los cafés más célebres de la ciudad, pero apenas hay cuatro mesas ocupadas. París es una ciudad cabizbaja. Pero en esa mesa se levanta una fortaleza de recuerdos que los protegen del frío.

Daurat y Tonio tienen un pasado agridulce detrás. Sembrado de tragedias, de muertes jóvenes. Pero lo vivieron con tal intensidad que eso borra incluso la amargura de las ausencias irremplazables como la de Mermoz, que ha dejado un boquete inmenso. Es con el café cuando Daurat enciende un cigarrillo y lo mira a los ojos.

—Francia lo necesita aquí, en París.

—Señor Daurat, soy aviador...

—Tiene usted cuarenta años y un montón de huesos quebrados.

Tonio arruga el ceño.

—¿También cree usted que estoy demasiado viejo para volar?

—Sí.

Un silencio se instala en la mesa y Tonio toma otro cigarrillo. Está molesto con Daurat. Pero sólo durante medio minuto. Podía haber argumentado, como han hecho otros amigos, Consuelo o Nicole, o decirle que es más útil en los servicios diplomáticos o incluso apelar al alto riesgo que corría su vida, pero Daurat le dice la verdad que más le fastidia: si fuera el jefe de escuadrilla lo dejaría en tierra porque no se pone a un piloto que no está en plenitud de condiciones si tienes otro al cien por cien. Sería lo más sensato.

—No puedo marcharme de Orconte.

Antes de que Daurat diga nada, Tonio se vuelve hacia el teniente, que apenas ha abierto la boca en toda la comida.

—Dígaselo, Levesque.

El teniente hace como que se aclara la garganta.

—Señor, el capitán De Saint-Exupéry no puede abandonar en estos momentos el grupo por razones operativas que no me está autorizado revelar.

Daurat da una calada al cigarrillo y sus ojos minúsculos se entornan aún más.

—Es usted tozudo, Saint-Exupéry. La tozudez mata.

—Lo que mata es no vivir, señor Daurat.

—Yo no soy literato, no me venga con esos argumentos. Usted sabe que hay muchos que podrían pilotar un avión, pero sólo usted podría cerrarle el pico al bocazas de Lindbergh.

—Un gran piloto.

—Y un completo idiota. Lidera la idea de la neutralidad de Estados Unidos e incluso dice que Hitler es un señor que adora el orden y que no tiene nada en contra de los americanos.

—No dudo que eso sea importante... —Y se vuelve hacia el teniente con ojos de súplica.

—Señor, el capitán De Saint-Exupéry no puede abandonar en estos momentos el grupo II/33...

Daurat da un puñetazo a la mesa y los platillos y las tazas, ya vacíos, dan un salto y vuelven a posarse sobre el mantel. El teniente se queda mudo.

—No soy sordo, ya lo he oído.

—Disculpe, señor, yo...

—Señor Daurat, debemos irnos.

—¿Qué espera conseguir en ese escuadrón de reconocimiento que va a pasearse por encima de las líneas nazis armado con una cámara de fotos?

—No lo sé, pero no puedo dejarlo ahora. No he hecho una sola misión de guerra. Aquellos muchachos..., ¿debería usted conocerlos! ¡Seguro que los metería en cintura! Pero le gustarían. Son pilotos dispuestos a todo a cambio de nada. No puedo ahora, cuando va a empezar lo duro, recoger mi maleta de celebridad y dejarlos allí. No puedo defraudarlos.

Daurat apura la última calada del cigarrillo.

—¿A quién intenta no defraudar? ¿A ellos o a sí mismo? ¿Qué es más importante, Francia o un grupo de muchachos?

—Señor Daurat, esos muchachos son Francia.

Hay un silencio sólo roto por la cerilla de Daurat al rasparse y dejar en el aire un olor picante a fósforo.

—Mire, señor Daurat, aquí en París creen que soy Moisés, que iré a Estados Unidos y se abrirán las aguas a mi paso. Pero yo no soy nadie. Yo no puedo salvar a Francia entera. Nadie puede, usted lo sabe. —Y se vuelve un momento hacia el teniente y le advierte de que todo lo que se dice en esa mesa es confidencial—. Usted sabe que Francia está perdida.

Daurat lo mira sin contestar. No afirma, pero no niega.

—Alemania lleva diez años con las fábricas más eficientes y los trabajadores mejor cualificados del mundo produciendo armamento día y noche. Por cada avión francés hay doce alemanes.

—Más razón para ir a Estados Unidos a reclamar su ayuda.

—Quiere decir a reclamar el sacrificio de sus jóvenes, a reclamar que preparen enormes campos de avena del Medio Oeste para ser transformados en cementerios de chicos americanos. A reclamar el dolor de sus familias, de sus madres, de sus esposas, de sus hijos... ¿Cómo quiere que les pida el sacrificio de sus hijos para defender mi país si yo antes no lo he hecho? ¿Con qué autoridad moral puedo hacerlo?

Daurat apaga el cigarrillo contra el cenicero aunque está a medias. Lo estruja como una culebra.

—Saint-Exupéry, no comparto su punto de vista. Creo que ni siquiera lo entiendo. Ya sabe que yo soy un técnico, no un moralista. Pero le voy a decir algo: lo respeto.

Se despiden con otro apretón de manos fuerte mientras se miran a los ojos intensamente. Se sube el cuello del abrigo de paño, se da la vuelta y echa a andar por el bulevar hasta perderse entre los sombreros de la tarde.

Se despide del teniente hasta el día siguiente, en que regresarán a Orconte. Tiene una segunda visita importante que hacer. Hace semanas que no ve a Consuelo.

La ha telefoneado varios días atrás para evitarse el chasco de la última vez, en que, coincidiendo con la visita al Ministerio de Información, se fue hasta la casa para darle una sorpresa y no había nadie. Abrió con su llave y sólo encontró un gran desorden de revistas gráficas tiradas por todas partes, chaquetas acumuladas sobre el sofá, zapatos desperdigados y vasijas a medio pintar en la habitación que reconvirtió en su taller. Pasó la noche, se levantó al día siguiente, desayunó y se marchó sin que Consuelo hubiera aparecido. Tres días después lo llamó a la base y le dijo que estaba haciendo un jarrón para él para que lo llenara de flores en primavera. Habló de amigos que preguntaban por él y de lo insoportablemente estirados que eran los camareros del Café de Flore. Ni una palabra de su ausencia. Él tampoco le pidió explicaciones.

Cuando llega, llama al timbre y nadie responde. Llama una segunda vez, y tampoco. No sabe si probar una tercera o echar mano de la llave de la casa, pero oye girarse el pestillo y se abre la puerta.

—Disculpa, querido, estaba en la bañera.

Ella está en el umbral, chorreando.

—Consuelo..., ¡estás desnuda!

—Claro, Papou. Odio bañarme vestida.

El agua le resbala por el cuerpo menudo pero muy bien proporcionado y el cabello negro le brilla.

—Siempre has sido una mujer muy hermosa...

Ella sonrío.

—¿Te preparo una bebida?

Y se dirige a un armario botellero muy surtido saludándolo con sus nalgas de muñeca de porcelana.

—¿No vas a vestirte?

Revuelve entre las botellas y sus senos pequeños se mueven rítmicamente.

—¿Tú quieres que me vista?

Tonio se ríe.

—En realidad, no.

—¿Sabes? Yo también quiero colaborar con el ejército francés.

—¡Vaya! ¿Y cómo?

Se acerca con dos copas de Pernod, con unos hielos que tintinean.

—Ahora lo vas a ver, señor capitán.

Tonio ríe mientras ella lo empuja suavemente para que se recueste en el sofá. Va a protestar risueñamente porque estarían más cómodos en la cama, pero ya conoce las manías de Consuelo: nunca hacer el amor en el mismo sitio donde se duerme.

CAPÍTULO 82

Orconte (Francia), 1940

En abril, despierta el mal. Los nazis son tan calculadores que han dejado pasar el invierno, incluso han dejado confiarse a los franceses, que ante las semanas de inactividad han relajado la disciplina. Lo que parecía calma han sido unos meses de trabajo enloquecido en las fábricas alemanas. Cuando su maquinaria bélica se pone en marcha camino de Francia, las barreras caen una tras otra como un dominó. La guerra es un juego de niños crueles.

El grupo de reconocimiento entra en ebullición. El alto mando solicita informes sobre la posición de las tropas enemigas a diario. Los vuelos se hacen cada vez más peligrosos, cada vez más trágicos.

Tonio se acerca a la ventana y observa la pista de aterrizaje. El comandante Alias da vueltas con las manos en la espalda. Hace frío pero no lleva tabardo. No se acuerda de que hace frío. El aparato del piloto Charron, el observador fotógrafo Renaudot y el artillero Courtois no ha regresado.

La misión encomendada era llegar hasta Frankfurt cruzando todas las líneas enemigas para fotografiar las fábricas de armamento y generar mapas de ataque para la aviación francesa. A cuatro mil metros de altura no llegan las defensas antiaéreas. Pero sí los cazas alemanes. Rápidos, precisos, implacables. Sus aviones de reconocimiento son como vacas acosadas por lobos hambrientos.

Cuando ha pasado la hora máxima de retorno por el combustible que llevaban, ya todos saben que no van a volver. Alias mira su reloj, traza un último círculo y se va recto hasta el barracón que utiliza de despacho y cierra dando un portazo. Al poco ven a su asistente cruzar la calle asfaltada que separa su cubículo de la sala de pilotos. Viene a por más carnaza para echar a los nazis. El subteniente Favre entra en la sala y todos se vuelven a mirarlo. Alguien será el siguiente leño que hará arder la hoguera.

—Teniente Vinsonneau, le espera el comandante.

Vinsonneau toma su gorra y se va hacia la puerta sin el menor gesto ni aspaviento. Va a volar hacia las líneas alemanas a asarse en el centro de una parrilla, pero no parece en absoluto impresionado. La guerra hace que el riesgo se convierta en una rutina más, como sacar lustre a las botas o recortarse el pelo por encima de las orejas. Vinsonneau sabe que tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de volver. Es un cara o cruz con su vida. Puede que ésa sea la última mañana que vea. Pero no hay en él el más mínimo síntoma de contrariedad, menos aún de rebeldía. Tampoco de euforia; en su unidad no se estilan el estilo patriotero ni las arengas.

Alias es un comandante que raramente grita. Mira mucho a los ojos. Lee en las pupilas de sus soldados. Si detecta miedo, da la oportunidad al piloto de rehusar la misión. Cuando entra Vinsonneau en su despacho, empieza a darle las instrucciones precisas. El teniente lo observa sin mover un músculo, sin tamborilear los dedos sobre la mesa o fumar afanosamente. Aparenta una calma absoluta. Pero hay un detalle que no pasa desapercibido al comandante Alias: la nariz le ha enrojecido. Vinsonneau puede controlar todo su lenguaje corporal y ordenarles a sus dedos que permanezcan impassibles. Pero el rubor, ese mar de fondo que avanza en silencio desde algún remoto rincón del sistema nervioso, tiñe de encarnado su nariz. Un semáforo rojo es una señal que Alias no pasa por alto. Se para en sus explicaciones técnicas y mira a su piloto.

—Teniente, si cree que no está en perfectas condiciones para afrontar la misión, podemos reemplazarlo...

Vinsonneau ahora sí gesticula: alza los antebrazos con las palmas hacia arriba y en su rostro hay ese gesto de decir: esto es lo que hay, no hay marcha atrás.

Alias asiente. Continúa su explicación.

Desde la sala de pilotos oyen despegar a Vinsonneau con su observador y artillero. Misión a baja altura: atrapado entre los fuegos antiaéreos de tierra y los cazas. Una de esas misiones que sólo pueden calificarse como envenenadas. Pasan las horas. Demasiadas horas. Ha anochecido y Vinsonneau y su tripulación no han regresado. Siempre queda la esperanza de

que se hayan lanzado en paracaídas y estén camino de un campo de prisioneros. En la guerra la esperanza es un clavo ardiendo al que uno se agarra tantas veces que acaba por enfriarse.

Otros compañeros desaparecidos. No hay cadáveres ni velatorios. No hay tiempo para ceremonias. Al día siguiente saldrá otra misión de reconocimiento.

En la sala de oficiales cada vez hay más butacas libres. El comandante Alias se traslada hasta el centro de mando, que va moviéndose por la región. Es como un juego del ratón y el gato, sólo que aquí el ratón es gigante y persigue al gato. Las carreteras están atestadas de convoyes que parecen ir y venir sin ton ni son. Hay camionetas descubiertas con ancianas de luto, bicicletas que llevan torres de maletas en equilibrio, mulos viejos que empujan de mala gana carros cargados de niños, calabazas y herramientas de labranza. Se entreveran de vehículos militares que van en una dirección y en otra, estorbándose. Francia no sabe si ataca o si se defiende.

Alias se ha puesto sobre el traje todas sus medallas. Pide al centro de mando más pilotos para rotar más las misiones. No hay. Pide aparatos nuevos más veloces. No hay. Pide que le expliquen cuál es el plan del ejército francés. No hay. Pero le ordenan que siga mandando misiones de reconocimiento.

—Necesitamos que identifiquen la posición exacta de las baterías alemanas en la frontera con Francia.

La frontera ha dejado de ser un término claro. Antes eran algo muy serio, con barreras que barraban el paso y policías serios custodiándolas. Su trazado en los mapas era de una precisión milimétrica, pero la guerra las ha convertido en líneas de tiza. Los nazis borran cada día la frontera de Francia con la suela de sus botas.

—¿Quieren que situemos la posición de un ejército que avanza? Para cuando llegue aquí la información de la posición de las baterías y nuestros bombarderos partan hacia allí, los alemanes ya no estarán.

Un general le habla con irritante condescendencia.

—Querido comandante Alias, no debe usted expresar esas opiniones. Ese tipo de pensamientos minan la moral de la tropa. No son procedentes.

El alto mando cree que lo procedente es preocuparse por el ánimo de los soldados. Su vida les preocupa menos. Se puede aceptar que un soldado pierda una pierna, que se quede sordo por el impacto cercano de una explosión o que muera; sin embargo, es inadmisibile que se desmoralice. Alias hierve por dentro.

—Para evitar los cazas hemos de volar a diez mil metros de altura a quinientos kilómetros por hora. ¿Cómo vamos a detectar los nidos de ametralladora?

—Sabrán su posición cuando les disparen.

Alias se queda mirando al general. Esos informes serán inútiles. Alias lo sabe. El general también lo sabe. Uno no replica la orden y el otro hace como si fuera un gran plan estratégico.

Es rara la semana en que una tripulación despegua y regresa. Hombres jóvenes, risas que hasta un momento antes eran cascabeles ya sólo son cuerpos descomponiéndose. Tonio ve partir a sus camaradas y piensa en esa primavera que se despliega en los campos que han quedado vacíos. Está llegando el verano con su brisa cálida y su dulzura de flores, pero ellos quizá ya no estarán en el planeta para verlo. No verán crecer el trigo. No verán crecer a sus hijos. Hay que ser muy imbécil para creer que hay algo épico en una guerra.

Mientras la estación avanza con su parsimonia astronómica, el caos se apodera de Francia. Las rutas que conectan la base con el alto mando están cada vez más colapsadas, las líneas de teléfono, caídas, sin nadie que las ponga en su sitio. El Estado Mayor juega a la rayuela por la región de las Ardenas. Los traslados son cada vez más frecuentes y en cada mudanza se pierden maletas por el camino. Y el grupo B-23 sigue alzando el vuelo con el objetivo de realizar misiones a baja altura para que los alemanes practiquen el tiro al pichón. Si hay suerte, regresarán con unos informes que se perderán en el caos de las comunicaciones. Tonio escribe en su cuaderno de tapas arrugadas: «Se lanzan hombres al combate igual que se arrojan vasos de agua a un incendio».

Alias llama al capitán Saint-Exupéry a su despacho.

A Tonio le gusta el porte elegante de su jefe, con su corte de pelo blanco impecable y su aire de actor de cine. Lee en el rostro grave del comandante que no tiene buenas noticias. Ha llegado hace menos de una hora del Estado Mayor y su conductor ha explicado que los rumores dicen que van a volver a trasladar la posición del alto mando unos cuantos kilómetros hacia el interior porque el avance alemán no se detiene. Alias está de pie con las manos a la espalda, pero le pide que tome asiento. Se acerca hasta un mapa de la región que empieza a mostrar inoportunos desgarrones. Señala una zona trescientos kilómetros al norte, cerca de la frontera con Bélgica.

—Se trata de una misión jodida. Hay que sobrevolar Arrás a baja altura, sobre setecientos metros, para situar las columnas de blindados alemanas. Le acompañarán un observador y Dutertre de artillero.

Alias ha trabado una cálida amistad con ese capitán suyo escritor e inventor. Se sienta en su silla y se remueve inquieto.

—¿Alguna pregunta?

—¿A qué hora partimos?

—Mañana antes del amanecer. A las cinco y media han de estar en el aire.

Tonio asiente. Mientras camina hacia los edificios anexos va pensando que ese atardecer puede ser el último. En misiones convencionales regresa una misión de cada tres; en una misión «jodida», la estadística empeora. Hay pilotos que antes de salir en misión de guerra van en busca de camaradas, beben cerveza, cuentan sus peripecias, rememoran ese tiempo remoto de tal vez un año atrás cuando eran civiles y el reto más arriesgado era convencer al padre de una chica para que lo dejara acompañarla al baile. Necesitan distanciarse de la orden recibida, no pensar en que unas horas después van a partir hacia un sacrificio tal vez inútil.

Tonio prefiere dedicar esas horas a meditar, a tomar notas que traten de aclararle el sentido de morir una mañana sobre el cielo de Arrás. El Estado Mayor está moviéndose de un lado a otro, las transmisiones no funcionan... Va a rifar su vida para buscar un dato inservible en medio del caos que se vive. Pero llega a la conclusión de que en eso consiste hacer la guerra: cuando es tu turno, has de mover ficha. Lanzas un peón contra una fila de alfiles y torres. Ése es el juego.

Cuando abre los ojos, todavía noche cerrada, quien le toca en el hombro es el comandante Alias. Lo mira con el mismo gesto serio de la tarde anterior.

—Si no se siente en plena forma para esta misión, yo podría substituirlo...

Tonio se incorpora en la cama. El comandante es como una madre que consiente que el niño acatarrado se quede acurrucado en cama en lugar de ir a la escuela. Los niños tienen sus privilegios.

—Estoy preparado, comandante.

Alias lo mira con una severidad afectuosa.

—Esta tarde, comandante, nos tomaremos uno de esos cafés con sabor a calcetines que preparan en cocina.

—Pediré que venga un asistente a ayudarle con el traje.

Vestirse es un ritual farragoso. Además, él necesita asistencia porque los problemas en su hombro dificultan que pueda ponerse las tres capas de ropa que llevan. Ha de ajustar el circuito de calefacción, el circuito de oxígeno ajustado a la mascarilla y el circuito de comunicaciones para hablar con el observador fotográfico y el artillero. Cuando termina, se siente como uno de esos buzos con zapatos de plomo que describía Julio Verne en *20.000 leguas de viaje submarino*.

Se dirige bamboleante al avión con el casco en la mano. En ese momento desea que suceda algo que aborte la misión, algún problema técnico en el avión, ese termómetro en la boca del niño que señale las décimas de fiebre precisas para no ir al colegio. No es miedo, el miedo es otra cosa: es nerviosismo, ansiedad, susto. Lo que siente es una aplastante pereza, una modorra que hace que su mayor anhelo sea dejarse caer en uno de los butacones con el cuero gastado del salón de oficiales, acurrucarse y dormir. El destino no nos deja dormir.

Los laringófonos de comunicación funcionan, los circuitos de oxígeno están abiertos, los indicadores de presión del aceite son correctos. La máquina está preparada, la tripulación está en sus puestos, no hay demora posible. Sólo queda que dé la orden.

—Despegamos

—Bien, mi capitán.

Casi hubiera preferido un gesto de rebeldía o algún suspiro a través de los auriculares de sus subalternos. Pero aceptan la misión con una entereza que resulta absolutamente demencial. Saben que es muy posible que vayan a morir y todo lo que tienen que decir es «Bien, mi capitán». Puede parecer absurdo, pero ama a esos hombres. No porque sean patriotas o porque sean temerarios. Ese «Bien, mi capitán» no ha sido en absoluto eufórico, ni siquiera entusiasta. Todos saben que su sacrificio no va a ayudar en absoluto a Francia en su pelea imposible contra el nazismo. Van a hacer unas fotos que seguramente no llegarán de vuelta a la base, y si lo hacen no llegarán al alto mando o no serán tenidas en cuenta en medio del desbarajuste de traslados y movimientos constantes. No piensan en Hitler, ni en la patria cuando aceptan su sacrificio, simplemente piensan en cumplir su misión.

A Tonio su inteligencia racional le dice que debería renunciar, fingirse enfermo, regresar. Pero una pulsión interior le dice que ha de seguir. Se siente como un tornillo microscópico en una máquina descomunal. Una gota de agua no es nada. El mar es maravilloso.

Todos esos pensamientos se le apelmazan en la cabeza cuando llegan a los diez mil metros de altura. La somnolencia es dulce. La escasez de oxígeno convierte el cerebro en mermelada.

—Capitán, brújula.

Dutertre tiene razón, en su despiste se ha desviado algunos grados de la ruta hacia Arrás. Necesita pisar el pedal para poder habilitar las viradas, pero el balancín está congelado. Presiona y patalea sobre él para doblegarlo. Se lo llevan los demonios. En ese momento no odia a los nazis, no odia a Hitler, no odia la guerra, no odia a esos generales que juegan al ajedrez con peones de diecinueve años. Sólo odia ese balancín atascado. Sólo eso importa. Ésa es su guerra. Lo aprieta. El esfuerzo a esa altitud lo sumerge en un mareo y sus ojos se llenan de luces. No puede desbloquear el balancín y no puede permitirse otro esfuerzo así o se desvanecerá. Ha de compensar con el comando del avión lentamente en un juego de zigzags. El cansancio añade más modorra a su estado. En la base se sentía más ansioso. Incluso la noche anterior apenas pudo conciliar el sueño. En cambio, ahora, cuando se acercan a las líneas alemanas, le parece que podría quedarse dormido en un instante.

—Capitán..., cazas alemanes a cuarenta y cinco grados.

Vuelve la cabeza y ve las avispas. Son seis. Viran. Van a por ellos.

—Preparado, artillero.

—Preparado, capitán.

De nuevo, la pantomima. Una representación en un teatro de provincias sobre la guerra sería más verídica que la propia guerra. Artillan su ametralladora de avión fotográfico como si sirviera de algo frente a aviones de caza armados hasta los dientes. Un solo avión de caza sería un enemigo imposible de enfrentar con su arma de mentirijillas. Seis...

No hay miedo. Tonio, más que asustado, está irritado por lo inoportuno de la aparición de los cazas, justo cuando el pedal está congelado. Le molesta la acumulación de circunstancias negativas por un capricho de la suerte. Le parece de mal gusto que el destino sea un casino del azar.

Presiona la pieza encallada. No cede. Tendrán que seguir en línea recta en dirección al sol. No ha podido calcular con precisión a qué distancia tiene los cazas, pero sí tienen una ventaja: volaban mil metros por encima de ellos. Remontar esa velocidad les obliga a trepar en el aire. Y subir ralentiza la marcha.

—Distancia, Dutertre.

—Estable, capitán.

Van a plena potencia de motor. La aguja de revoluciones en la línea roja. Los cazas escalan.

—Distancia, Dutertre.

—Eh... sí. ¡Ganamos un poco de distancia!

Medio kilómetro es una distancia minúscula, pero contada en vertical, resulta crucial.

Tonio aprieta los dientes, susurra palabras de ánimo a su avión como si fuera un purasangre. Mantienen la velocidad.

—¡Quedan atrás, capitán!

Hay en la voz de Dutertre una alegría juvenil. No se para a pensar en que los dejan ir porque tienen la seguridad de que unas millas más allá caerán en la red de la siguiente patrulla. Tonio no siente euforia alguna, de hecho está sudando aunque fuera del traje la temperatura es de cuarenta grados bajo cero. Siente un mareo que a punto está de hacer que se desmaye y caigan en picado. Frunce el ceño. Ahora ya no lucha contra los Stuka de la Luftwaffe

sino contra sí mismo. Al final, siempre luchamos contra nosotros mismos. De repente, le viene a la cabeza el olor del café. Ese olor a mañanas abrigadas y tostadas con mantequilla. Siente que el mareo cede y que la presión afloja en el fondo de su nervio óptico.

—Capitán...

Dutertre está extrañado por su silencio. Su voz a través del laringófono tiene un tono submarino.

—Estoy aquí, Dutertre.

—Lo sé.

Tonio sonrío. Ni la Legión de Honor ni la Academia..., esas dos palabras le parecen el mayor halago que ha recibido nunca.

—Querido Dutertre, nos vamos a Arrás.

—Bien, mi capitán.

Quiere bajar la aceleración del avión, que pone los motores en riesgo de ruptura, pero las llaves del gas se han congelado y no puede girarlas para reducir la entrada masiva de combustible. Van a más de ochocientos kilómetros por hora. De nuevo, no le afecta tanto la preocupación por que los motores se gripen como la irritación por que las llaves de paso de la gasolina no funcionen.

¡Se fabrican aviones para volar a diez mil metros y nadie es capaz de darse cuenta de que a esa altura las piezas se hielan y se convierten en inútiles!

Lo enerva la desidia, el descuido, la dejadez de los ingenieros de una fábrica que fuman sus puros mientras sus tres vidas se van por el desagüe de la incompetencia.

No necesita ver dosieres clasificados como secretos del alto mando francés. En ese momento, tratando de girar una llave atascada, no tiene la más mínima duda de que la guerra está perdida. Si una llave del paso del combustible de un avión volando en el mapa de Europa no se abre cuando debe, ese país sucumbirá a su atasco.

Su propio enfado hace que saque una fuerza que no tiene y dé vuelta a la llave, que por fin cede. Él suda del esfuerzo. El régimen del motor se apacigua. Inician el descenso hacia Arrás.

Los reciben desde tierra unos pájaros que suben veloces a su encuentro. Son balas trazadoras. De repente hay una fiesta de pequeñas explosiones en el aire. Un golpeo de hojalata señala un impacto en el fuselaje. Superan esa andanada. Empieza otra. Duterte desenfunda la cámara y lanzan ellos su contraataque. Los alemanes les lanzan balas explosivas y ellos responden con disparos fotográficos. Ni don Quijote fue tan mal pertrechado cuando atacó a los molinos de viento. Las balas zumban a su alrededor. Algunas impactan contra el avión, pero no aciertan en el tanque del combustible.

—Un minuto más, mi capitán.

Tonio se encoge de hombros. Bailotea entre esos cohetes malignos sin especial angustia. No hay nada que esté en su mano. De nuevo, es la ruleta del destino. Rojo, impar y pasa. Él ha puesto la ficha en el tablero, lo demás ya no es de su incumbencia.

—Treinta segundos, mi capitán.

Escucha un suspiro a través de los auriculares. Se le ha escapado al artillero.

—Aubriot...

—¿Sí, capitán?

—¿Está usted casado?

—Aún no, mi capitán. Mi novia me espera para casarnos cuando regrese.

—¿Cómo se llama?

—Sophie.

—Dutertre...

—A la orden, mi capitán.

—Acabe de una maldita vez. Sophie espera.

—Sí, mi capitán. La última... ¡Ya está!

—Regresamos.

Dos impactos más de bala en el fuselaje del avión intentan abortar el vuelo, pero empiezan a ascender. De regreso, algún milagro ha hecho que no se encuentren a la banda de avispas. Quizá tuvieron que regresar a la base a repostar. A veces la ruleta del destino puede ser maravillosa.

Aterrizan en Orconte y mientras ruedan por la pista ve salir de su caseta al comandante Alias. Han regresado, sí, con un avión lleno agujeros y las fotos solicitadas. Pero no hay en él orgullo ninguno. Han de defenderse de ese enemigo que quiere convertir Francia en una pasarela para que desfilen psicópatas rubios. Pero la guerra le parece un descomunal malentendido.

El comandante lo espera cuando baja la escalerilla del avión con dificultad por su cuerpo torpe y entumecido.

—¡Capitán Saint-Exupéry, lo ha conseguido!

Está dolorido, exhausto y sin resuello al llegar a su altura.

—¿Conseguido dice usted? Yo creo que está todo perdido.

CAPÍTULO 83

Lisboa, 1941

Lisboa es una ciudad que huele a sal y a gaviotas. También a exilio. Ha llegado a la capital de Portugal a esperar el barco que lo lleve a Estados Unidos, donde tanto le han insistido que vaya sus editores americanos.

Tonio fuma un cigarrillo frente al océano Atlántico. A sus pies hay un cementerio de colillas. Se sentó ahí a media tarde y pronto se pondrá el sol.

Pocos días después de su misión a Arrás, los alemanes adelantaron las líneas y se colaron por todo el país como una inundación. El gobierno en funciones presidido por Pétain, instalado en la balnearia ciudad de Vichy, se rindió a Alemania. Tuvieron el tiempo justo de salvar el mayor número posible de aviones y llevarlos hasta Argel para ponerlos fuera de la zarpa nazi, al otro lado del Mediterráneo.

No había otra decisión posible. A los que se sentían desolados en un Argel atestado de zombis desnortados con uniforme del ejército francés, les decía que de esa forma podrían reagruparse y contraatacar. Si hubieran tratado de frenar la avalancha, las orugas de los tanques alemanes habrían aplastado todo. El Tercer Reich se habría quedado con los aviones y aún se habrían reforzado más. Uno se siente raro cuando trata de convencer a los demás con una explicación impecable que no es capaz de convencerlo a uno mismo.

El desánimo es una bola de hierro atada a los pies. En contra de la opinión del general De Gaulle, que sigue soñando con una Francia invencible capaz de derrotar ella sola a los nazis, una Francia que sólo existe en sus ensoñaciones nacionalistas, Tonio está convencido de que sólo la entrada de Estados Unidos podría cambiar el rumbo de la guerra.

Ha estado profundamente abatido pensando que en unas pocas horas de desbarajuste, retirada y desconcierto, han perdido su propio país hundido en una siniestra Europa de cruces gamadas. Y, sin embargo, sentado frente al océano en la zona de los muelles de descarga de Lisboa, ésa le parece una pérdida insignificante al lado de la noticia devastadora que le han comunicado. Al fin y al cabo, los países no son más que una invención, un juego de niños mayores malcriados y posesivos que para no compartir sus juguetes trazan rayas sobre el mapamundi. Esa mañana ha recibido un telegrama que permanece arrugado en el fondo de su bolsillo. Un telegrama que lo ha golpeado con violencia. Perder un país le parece ahora una migaja; él ha perdido un mundo entero.

Lo vuelve a leer como si esperase no haber comprendido bien y que todo fuese un inmenso malentendido. El telegrama le informa de que en un vuelo sobre el Mediterráneo en dirección a Siria el Farman 220 pilotado por Henri Guillaumet en vuelo de transporte ha sido abatido por aviones de caza italianos. El alto mando certifica su defunción. Ni los restos del aparato ni los cuerpos han podido ser recuperados.

Mira temblar el mar. O quizá es él quien tiembla. El sol débil de otoño cabrillea sobre la superficie y la brisa hincha el pecho de nubes que forman velas blancas de barcos invisibles. Es un lugar hermoso, pero a él le parece horrendo. Que los tranvías sigan cruzando la avenida con su bamboleo de maracas, las barcas cabeceen amarradas a estacas de madera y la gente siga paseando por el malecón de manera indolente, le parece un malentendido. Un asqueroso malentendido. Hace ademán de levantarse, pero las piernas no lo impulsan. Querría gritar, pero no tiene voz. Tira el cigarrillo que tiene a medias y enciende otro. Mueve la cabeza y mira los adoquines del suelo.

¿Cómo puede ser que haya muerto Guillaumet y el mundo no se pare?

Está tan triste que no puede ni llorar. No tiene suficientes fuerzas. La naturaleza es tan sabia que hace que el corazón bombee la sangre y los pulmones actúen sin que intervenga en ello la voluntad. Si tuviera él que encargarse de esas tareas, ni siquiera respiraría. Siente un cansancio que convierte su cuerpo en puré. Lleva mucho rato sentado porque no cree que las

piernas vayan a sostenerlo. No sabe si podrá volver a levantarse alguna vez de ese poyete de cemento frente a la bahía de Lisboa. No encuentra tampoco ninguna razón importante para hacerlo.

Por la mañana trató de contactar con Noëlle. No sabía qué podría decirle, tan sólo compartir la nada. Pero las conexiones telefónicas fallaron una y otra vez. Y, en el fondo, sintió un alivio. Se sentía sucio y mezquino por sentir alivio de no hablar con Noëlle. Prefería volver a volar a Arrás en medio de todo el ejército alemán que intentar consolar a Noëlle cuando no sabía cómo consolarse a sí mismo. Pero así era, un cerdo egoísta.

Viene caminando por la avenida un hombre muy mayor con un acordeón colgado de los hombros que le aplasta la barba canosa contra el pecho. Camina muy lento y algo bamboleante sobre sus pies calzados con algo que un día debieron ser unas botas, pero que ya sólo parece un atadizo de harapos mugrientos. Unos cuantos metros antes de llegar a donde se encuentra Tonio, se detiene. De un macuto de cuero negruzco saca un vaso de metal y lo pone en el suelo por si algún transeúnte se anima a echar una moneda.

Tonio no se percata hasta un rato después de que hay alguien tocando. La música lo irrita. ¿Cómo puede seguir existiendo la música si ha muerto Guillaumet? El mundo le parece un lugar estúpido.

Nada puede consolarlo de la pérdida de Guillaumet. Piensa de nuevo en Noëlle y saca del bolsillo una libreta y su pluma. Las hojas son demasiado pequeñas para la carta que le tiene que escribir. Tal vez deba mandar la libreta entera. Y, sin embargo, después de escribir «Querida Noëlle» no encuentra una sola palabra que poner a continuación. Todas le parecen gastadas, impostadas, inútiles. Tal vez le escriba una carta que diga «Querida Noëlle» con la fecha y la firma. Nada más. ¿Qué más se le puede decir a Noëlle que no sea baladí? Ella rellenará la hoja en blanco. A partir de ahora tendrá que aprender a rellenar un hueco enorme como sea. ¿Y cómo lo va a rellenar él? No lo sabe. Tal vez tampoco quiera. Prefiere que las tumbas de sus amigos queden abiertas.

Unos días después, sí es capaz de mirar al mar. Lo hace desde la popa del transatlántico *Siboney* de la American Export Lines, con el cuello del abrigo vuelto hacia arriba para tratar de parapetarse de la fuerte brisa helada que viene del Atlántico Norte. El barco está atestado de gente que huye de la

guerra, pero la cubierta está vacía. Mojada y vacía. Observa hipnotizado la brecha de espuma que abre el casco en su avance. La quilla del barco es un arado sobre el océano. Ve en esos campos de agua de una belleza fugaz e inútil su propia vida. Todas las vidas. Un surco que se abre y se cierra en silencio como si nunca se hubiera abierto. Se pregunta si tiene sentido arar el mar.

Lo único que lo rescata momentáneamente de la tristeza es escribir. Escribir es un espejismo, una forma de levantar ciudades de palabras con muros de aire. Los libros acabarán deshaciéndose como todo lo demás. Porque al paso del tiempo, las hojas se desmenuzarán, las palabras se perderán. Nada permanecerá.

Y, sin embargo..., todo permanecerá. Porque quiere creer que la historia de la humanidad, si es algo, es un nudo de relaciones.

Tonio ha empezado a escribir notas de algo que puede ser un libro. Hay una ciudadela y un señor que gobierna a sus súbditos con una firmeza de tronco de árbol. Hay en él un sentido de la justicia tajante que tal vez mucha gente encontraría anticuado. La guerra le ha mostrado cómo la pereza y la falta de responsabilidad en la misión de cada uno ha llevado a la comunidad a la quiebra y al triunfo del mal. Porque el mal siempre está mejor organizado que el bien.

En paralelo a ese libro filosófico que va creciendo en notas sueltas, escribe también apuntes sobre el grupo de reconocimiento aéreo y sus peripecias. Escribe en su pequeño camarote, compartido con un francés afectuoso y algo bocazas llamado Renoir. Escribe a la misma velocidad a la que fuma. Las palabras y la ceniza se le caen en cascadas del minúsculo escritorio pegado al mamparo. Necesita escribir muchas páginas para luego tirarlas casi todas y quedarse con lo imprescindible: una frase, un párrafo, una sola palabra. A veces mira por el ojo de buey y trata de atisbar lo esencial. Algo que esté más allá de esa vida temporal y ese sabor a nicotina en la boca.

A veces, en el salón de fumadores del barco, se lamenta junto a otros compatriotas de su condena al exilio: critican a Alemania, a Francia, a Estados Unidos y se compadecen de su destino. Retorna al camarote sintiéndose peor que cuando salió, asqueado de su propia mezquindad de exiliados de lujo que lloriquean camino de América mientras toman sopa de

langosta para la cena y les organizan torneos de *bridge*. No sabe si hace bien marchándose. Le han insistido tantas veces que en América será más útil, que es importante involucrar a Estados Unidos en la guerra, que al final ha querido creérselo. Sabe que tampoco es bien recibido en el ejército francés reagrupado fuera de Francia a las órdenes del general De Gaulle. No le gusta De Gaulle. No le gusta su arrogancia militar. No se fía de los militares que aspiran a la política. Convierten las naciones en cuarteles.

Llega a Nueva York un 31 de diciembre. Desde el barco los rascacielos de Manhattan se alzan majestuosos, son las torres de un castillo del siglo xx. Le alivia que se marche ese año 1940. El año de la guerra. El año en que ha cumplido cuarenta años. El año que despidió a Guillaumet.

Los muelles viven una actividad febril, de trasiego de pasajeros y mercancías entremezclados, muchas de ellas estibadas en toneles redondos que esperan en las dársenas. No cesan de llegar transatlánticos de Europa. Pisa el suelo de Norteamérica con otros cientos de personas que desembarcan en un trajín de equipajes que cargan mozos con gorras de paño y colillas de cigarrillo pegadas al labio. Lo esperan algunos periodistas, ansiosos de conocer las impresiones del ganador del prestigioso National Book Award para libros de eso que los anglosajones llaman «no ficción», que no ha de ser exactamente el ensayo sesudo, académico y campanudo que tanto gusta en la vieja Europa. Le preguntan por la política, por el mariscal Pétain que ha creado en Vichy un gobierno francés que es agua con gas en una Francia alemana donde ondea la esvástica. Él se zafa incómodo de las preguntas. Le asquean esos franceses que se han quedado a lamer las botas a los oficiales de la Gestapo, pero también le asquean los franceses que hacen aspavientos patrióticos contra Vichy mientras se toman una copa de coñac en los mullidos sofás de los salones de Estoril, Londres o Nueva York.

En Nueva York hay más de siete millones de habitantes. Nunca se ha sentido tan solo. Nota en el cuerpo la misma sensación de años atrás, cuando recorría el interior de Francia vendiendo camiones que nadie quería comprar. Sus editores le han reservado habitación en hotel Ritz y su cuenta corriente está mejor que nunca, pero su sonrisa está en números rojos.

Durante las primeras semanas lo invitan constantemente a fiestas. Todo el mundo quiere tener en su salón a ese escritor aviador e incluso a veces, cuando se lo ruegan mucho, improvisa sesiones de hipnotismo. Siempre elige a alguna de las señoras más solícitas, dispuesta a ser hipnotizada antes de que dé el primer pase de su mano.

Una tarde, al regresar a su hotel hay alguien esperándolo en los sofás del vestíbulo. Espléndida, vestida a la última moda con un vestido estrecho ceñido por un cinturón, y su mirada penetrante bajo el flequillo rubio.

—¡Nicole! Me dijiste que te instalabas en Londres. ¿Qué haces en Nueva York?

—¡Todo el mundo está en Nueva York!

Quiere que le enseñe sus trabajos.

—¿Has avanzado en el libro de la *Ciudadela*?

—Muy poco.

—No lo dejes.

—No lo dejaré.

—Hay una persona que quiero que conozcas. La he citado en la cafetería.

—¡No pierdes el tiempo! ¿Quién es? ¿Alguna jovencita exótica?

—Mucho mejor.

Cuando llegan a la cafetería, un hombre corpulento con un traje blanco toma café en una mesa.

—Te presento a Eric Perrot.

Tonio siente una oleada de desagrado subirle desde el estómago y mira a Nicole con desesperación. Le agradecería salir corriendo. Perrot es el responsable de propaganda de De Gaulle. Más gaullista que el propio De Gaulle, con todos los defectos del general y ninguna de sus virtudes.

—¡Amigo Antoine! Es un placer conocerlo.

Tonio le da la mano de mala gana. Durante media hora interminable, Perrot, discretamente apoyado por Nicole, trata de convencerlo de que debe asociarse al grupo del general. Con su estilo, entre dicharachero y mafioso, lo amenaza veladamente si no lo hace.

—No son tiempos de medias tintas, amigo Antoine. Usted ya me comprende...

—Quiere decir que ustedes son de los que creen que si no estás conmigo, estás contra mí.

—Y así es, amigo Antoine. Usted ha cometido algunos deslices...

—¿Deslices?

—Visitó Vichy...

—Naturalmente. Que no comparta los criterios del gobierno de Pétain no quiere decir que no crea que haya que hablar con ellos y tratar de intercambiar opiniones.

—No se puede intercambiar nada con esa gente.

—¡Pero ellos también son franceses!

—Amigo Antoine..., éste es el tipo de afirmaciones que ponen su prestigio en peligro.

—Señor Perrot, puede usted decir todo lo que quiera del señor Pétain... ¡pero no puede decir que no sea francés! Francia lo condecoró como héroe en la Primera Guerra Mundial.

—Tiene usted ideas confusas. Venga con nosotros y le mostraremos la verdad...

Al despedirse Perrot y quedarse a solas con Nicole, Tonio está furioso.

—¿Qué es esto, Nicole? ¿Una encerrona?

—Antoine...

—No me llames Antoine igual que hace Perrot. ¿Tú también crees que soy un traidor porque no le beso el culo a De Gaulle?

—Bueno, simplemente quería que escucharas su punto de vista...

De repente mira a Nicole Vigny como si la viera por primera vez.

—Nicole... ¿quién eres?

—Tonio, por Dios. ¿Qué quieres decir?

—Tus contactos en los ministerios, en el ejército, en Alemania, con la cúpula de De Gaulle...

—Conozco gente, sí.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Creo que estás alterado. Es mejor que sigamos la conversación mañana.

Nicole se da media vuelta para irse.

—¡Nicole! Estoy harto de medias verdades. Si te marchas ahora, no regreses.

Ella lo mira fijamente.

—¿Qué quieres?

—Que me digas la verdad. ¿Tu verdadero nombre es Nicole?

La mujer más segura que ha conocido en su vida duda un instante.

—Eres injusto —le dice. Se da la vuelta y se marcha del hotel.

Escuchó un comentario semanas atrás que le pareció una broma, pero ahora ya no se lo parece. En un corrillo, una persona que había trabajado en la embajada francesa en Washington años atrás afirmó que Nicole Vigny no se llamaba en realidad Nicole Vigny. Y añadió algo más: que trabajaba para los servicios secretos norteamericanos.

Se queda deshinchado. Se siente traicionado. Él le había entregado toda su confianza a Nicole, o como sea que se llame. Ahora ya no sabe si de verdad ella sentía algo por él y se interesaba por sus libros o era una manera de tener otra fuente más de información disponible. La decepción con Nicole lo deja aún más solo.

Él no habla nada de inglés, se niega tozudamente a aprender una sola palabra porque teme contaminar el francés con el que escribe, pero tampoco le es necesario. La colonia de exiliados franceses es numerosa, y rica. Y tiene ganas de divertirse para olvidar lo que ha quedado atrás. Sus anfitriones celebran con banquetes y tertulias a ese hombre tan extravagante y divertido. No saben que necesita hablar, gesticular, ponerse a cantar, hacer juegos de prestidigitación..., lo que sea para que no se haga el silencio y notar que a su alrededor hay un vacío inmenso.

En una de esas fiestas en las que se refugia, se le acerca una periodista diez años más joven, con un pelo rubio liso y unos ojos de cielo de verano. Se llama Sylvia Hamilton. Habla francés perfectamente y se siente inmediatamente atraída por ese hombre lleno de recovecos. Él, una vez más, se deja querer. No sabe si está enamorado de Sylvia Hamilton, pero hace como si lo estuviera. Tonio ama el amor.

Su relación con Sylvia Hamilton le hace pensar de nuevo en Loulou, aunque no quiera. Le han ido llegando noticias de ella. A veces oye conversaciones en las que alguien la nombra y él finge un interés rutinario,

casi aburrido, pero anota cada uno de los detalles. Alguien explica que ha vuelto a casarse, que cambia de amante como de fondo de armario. También que ha iniciado una prometedora carrera de escritora.

En esos años ha tratado de entender, y no lo ha logrado, por qué Loulou ha aceptado a tantos amantes fallidos y rechazó al único que no le habría fallado nunca. Una noche compartió sus cábalas con el viejo Mermoz en un antro de Montmartre que olía a periódicos viejos y absenta, y su amigo soltó una de aquellas carcajadas que hacían vibrar las vigas del techo. «¡Estás loco! ¡Quieres convertir el amor en una ecuación matemática!»

Tampoco ha funcionado ninguna aritmética en su relación con Consuelo. Lamenta que no hayan podido encarrilar mejor su amor. Tal vez se encontraron demasiado tarde, cuando ya no tenían la edad de hacer volar la cometa.

Cuando llega la noticia de que en Francia va a cerrarse el tráfico de transatlánticos, Tonio se preocupa por ella. Está viviendo en una villa en el sur de Francia con un grupo de artistas, o así los llama ella. Alguno de ellos es el amante de Consuelo. Ya ni siquiera siente celos, sino más bien lástima de la pequeña Consuelo, que necesita ser admirada y sentirse la flor más llamativa del jardín. Ella y él no son tan diferentes: los dos necesitan ser amados, pero son incapaces de amar de una manera constante. Los dos aman demasiado el amor para no perseguirlo con un cazamariposas montaña arriba y montaña abajo. Los dos se engañan: cuanto más corren detrás de él para atraparlo, más se aleja de ellos. Seguramente Einstein lo explicaría por las leyes del magnetismo, porque lo que atrae, a la vez repele. Pura física. ¡Maldita física!

El encargado de la minúscula oficina de correos y telégrafos del Ritz es un hombre menudo con un bigote tan largo que las puntas se le enrollan como una alfombra. Escribe un telegrama a Consuelo. Después otro. Y al día siguiente, otro más. Intenta ordenarle, sugerirle, rogarle... que tome el último barco que parte de la Bretaña. En unos telegramas le dice que la echa de menos. En otro le advierte que él en Nueva York ha de concentrarse en la escritura y que cuando llegue deberán vivir en sitios separados.

Una mañana, al filo del amanecer, justo cuando acaba de meterse en la cama después de haber estado corrigiendo páginas de su nueva novela, un relato de su vuelo de guerra a Arrás, suena el teléfono de la habitación. Atiende malhumorado y la recepcionista le dice que no lo habrían molestado de no tratarse de una conferencia a cobro revertido desde Europa de la condesa de Saint-Exupéry.

Tonio se incorpora en la cama de un salto.

—¡Consuelo! ¡En Nueva York son las seis de la mañana!

—En Nueva York siempre quieren parecer extravagantes.

Tonio se ríe.

—¡Consuelo, tienes que venir inmediatamente! No habrá más visados ni más barcos.

—Después de semanas sin tener noticias tuyas, ¿ahora quieres que deje todo corriendo para ir a tu lado? ¿Qué te ha pasado, Papou? ¿Estás enfermo?

—¡Maldita sea, Consuelo! Esto va en serio.

—Entonces ¿quieres que volvamos a vivir juntos?

—¿Yo he dicho eso?

—¡No lo sé! ¡Dices tantas cosas! No puedo acordarme de todas. Ayer terminé un espantapájaros arlequín inspirado en un cuadro de Picasso. ¡Te encantaría!

—Consuelo, sabes que te quiero, pero no quiero vivir contigo y tus amigos.

—Nunca te gustan mis amigos...

—Yo tampoco les gusto a ellos.

—Y si voy a Nueva York, ¿dónde viviré?

—Te buscaré una habitación en el mismo hotel.

Como se hace un silencio sólo manchado por las interferencias del cable submarino, Tonio suspira. Suaviza un poco el tono.

—Consuelo, no sé qué porcentaje de intimidad he de dedicarte.

—¿Porcentaje? ¡Soy tu esposa, no un bono!

—Ya...

—Todo quieres resolverlo con las matemáticas... ¿Ahora vas a ser contable?

—Es verdad que desde que estuve en el grupo de observación fotográfica pienso más en los cálculos. ¡Pero me ofende que creas que quiero ser contable! En todo caso, sería astrónomo.

—Contables, astrónomos..., son lo mismo.

—¿Cómo demonios van a ser lo mismo? ¿Qué forma de razonar es ésa?

—¿Ves como eres intransigente?

—¡Consuelo! Aún no estás aquí y ya estamos discutiendo.

Otro silencio acuático y esta vez es Consuelo la que suaviza la voz y adopta esa forma dulce de hablar de la que no se puede escapar.

—Papou, la culpa de todo es de la guerra, que nos desquicia. Iré a Nueva York y te prepararé un maravilloso remedio para los estados de ánimo confusos: una infusión de salvia con coñac que me ha enseñado a hacer un médico naturista amigo mío.

—¿Un médico que receta coñac? ¡Me encantaría ser su paciente!

Los dos se ríen.

—Consuelo, ya he hablado con un amigo en la embajada para arreglar tus papeles. Compraré unos billetes a tu nombre en la naviera.

—Entonces, ¿de veras quieres que vaya?

—Pero ¿no te lo estoy diciendo?

—¡Una oye tantas cosas! Ahora voy a colgar, porque preparar el equipaje es una cosa terrible. ¿Crees que estaremos mucho tiempo fuera de Francia?

—Imposible saberlo.

Cuando entra en el café, el *maitre* acude rápidamente con su traje negro y el pelo engominado para conducirlo a la mesa de los Reynal. Su editor, copropietario de la editorial Reynal & Hitchcock, que publica sus libros en Estados Unidos, es un hombre de sonrisa fácil y su esposa es una mujer cultivada, con la que le resulta agradable hablar sobre obras de teatro y novelas.

A Tonio le pone de buen humor el vermut Palatine servido con un poco de soda y una gota de angostura. Bajo su aspecto mundano y desenfadado, los ojos un poco rasgados de Reynal escrutan atentamente a Tonio, que trata de

disimular su confusión interior con una encendida diatriba en contra de un comportamiento inadmisibile:

—Estuve hace unos días en un restaurante que quería ser refinado y me sirvieron un plato de natillas con caramelo. ¿Se da cuenta, miss Reynal? ¿Cómo pueden estropear una crema de natillas con la pasta empalagosa del caramelo quemado? En España me sucedió algo aún peor: en el norte del país, donde presumen de ser más avanzados que en ninguna otra región, queman azúcar encima de las natillas y forman una capa dura. ¿Se imagina semejante atrocidad?

La mujer asiente levemente, sin atreverse a llevarle la contraria. El marido observa la escena con su sonrisa habitual, pero a él no puede engañarlo. Esa verbosidad no es más que una cortina de humo. Le han contado sobre las andanzas nocturnas de su autor, que se distrae por las noches en fiestas insustanciales alejadas de los centros de discusión política, donde bebe y trasnocha, y después se pasa el día durmiendo o dormitando en su habitación de manera indolente.

Su nuevo libro ya está camino de la imprenta. No le ha resultado nada fácil tratar de que introdujera algunos cambios en *Vuelo sobre Arrás*. El relato tiene fuerza, pero le parece que las digresiones filosóficas pesimistas le restan gancho para el público norteamericano, que lo que quiere es acción, héroes sin fisuras a los que admirar. Pero él no estaba dispuesto a hacer concesiones. Reynal le hablaba de las preferencias de los lectores norteamericanos y él insistía en que le daba igual lo que dijera el público. Los escritores son artistas y siempre dicen que les da igual lo que opine el público, pero cuando su editor los invita no les da igual alojarse en una pensión barata atestada de cucarachas que en el hotel Ritz. Pero eso, el siempre prudente Eugene Reynal se lo calla.

El editor se interesa por sus nuevos proyectos literarios. Tonio sonrío y se demora revolviendo las judías verdes que acompañan el filete, como si fuera a contar una travesura.

—Llevo algunas hojas escritas. Material en bruto, claro. Pero son mi tesoro máspreciado. —Hace una pausa dramática y levanta la vista hacia ellos—. Estoy escribiendo mi obra definitiva.

—¿Definitiva?

—Bueno, todo lo definitivo que puede ser algo en un universo donde lo único permanente es el cambio.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Es una novela?

—¿Novela? No, no sabría decirle. Es un mensaje.

—¿Un mensaje para quién?

Tonio muestra la extrañeza de que le pregunten lo evidente.

—Un mensaje para la humanidad.

Reynal se queda un momento atascado, buscando la frase adecuada.

—¡Muy interesante!

Los tres se quedan callados. Reynal lo ha dicho con un entusiasmo tan exagerado que nadie se lo ha creído. La señora Reynal cambia hábilmente de conversación.

Al llegar la hora de los licores, el camarero se dispone a tomarles nota. Tonio solicita una copa de Grand Marnier. El camarero se queda mirándolo primero a él y después a la señora que ha ejercido de traductora.

—¡Dios mío, un camarero que no conoce el Grand Marnier! ¡En París sería despedido inmediatamente!

Los Reynal deducen que se trata de un licor y se apresuran a pedirle al camarero que enumere los diferentes licores disponibles. Pero ninguno satisface a Tonio, que enmudece y se pone a mirar su plato vacío como un niño contrariado. Es un detalle insignificante y lo sabe, pero ha roto el espejismo: no están en Francia. Francia queda al otro lado del océano. Mientras otros luchan en la Resistencia, él está en Estados Unidos haciendo no se sabe qué.

Como hace otras veces que está turbado, saca la pluma del bolsillo interior de la americana y empieza a dibujar monigotes sin ton ni son sobre el mantel blanco. Uno de los dibujos que le sale de manera más automática es el de un niño con el cabello rizado que lleva una capa principesca. Dibuja árboles de ramas como muelles y trenes como hormigas que suben montañas picudas. Los editores lo observan de reojo.

A Reynal le preocupa que ese hombre de talento se diluya entre la disipación nocturna y la melancolía, que se extravíe en la metafísica. Lo ve concentrado poniendo perillas y bigotes a sus dibujos infantiles y le viene a la cabeza una idea:

—Antoine, ¿por qué no escribe un libro para niños? Podríamos publicarlo para la Navidad.

Tonio levanta sus ojos pesados y lo mira. Él está metido en una obra de la máxima profundidad intelectual que trata de encender una luz en medio del oscuro caos de la sociedad contemporánea que se ha enzarzado en dos guerras mundiales en menos de veinticinco años y lo que le propone su editor es que haga un libro infantil. Es una idea banal. Sigue haciendo monigotes como si no hubiera oído nada. Pero siente que le sube desde los pies un cosquilleo antiguo, como de otra era. Quizá no sea una idea tan descabellada. Sería la oportunidad de escribir a ese hijo que nunca tuvo y de dejar hablar al niño que lleva dentro acurrucado. Les dice a los Reynal que lo pensará.

Camina hacia el apartamento con las manos en los bolsillos de la gabardina. Cuando lleva mucho rato andando, se da cuenta de que no sabe adónde va. Nueva York es una ciudad donde nadie pasea. Durante el día las calzadas están llenas de coches y la gente camina muy deprisa por las aceras, esquivándose unos a otros, siempre con una dirección precisa. Por la noche siguen circulando vehículos, pero nadie camina. No tienen una razón para hacerlo.

Al girar la esquina de la Cuarta Avenida ve a unos metros una pequeña figura humana que camina muy despacio y en la semipenumbra le parece que su cuerpo tiene una forma extraña, como si tuviera una barriga desmesurada. Al acercarse se da cuenta de que lo que deforma su figura es una bandeja que le cuelga con dos correas desde los hombros llena de galletas. Quien la lleva es un chiquillo con el pelo castaño desordenado que al ver a un posible cliente dibuja una sonrisa que le arremolina las pecas.

—Señor, ¿quiere usted barquillos? Media docena por diez centavos.

Como ve que ese hombre grandullón con aspecto de extranjero se queda mirándolo con extrañeza, le repite la oferta en español con el acento mexicano de sus padres.

—Pero, muchacho, muy tarde ahora. Esto es frío. ¿Qué haces aquí? —le responde en su castellano atropellado.

—Busco a los hombres, señor.

Tonio enarca las cejas con perplejidad. Siete millones de habitantes y las aceras vacías.

—Por aquí no hay nadie.

El muchacho asiente con un gesto de tristeza a la vez que mira su bandeja repleta de canutos de galleta crujiente. Tonio lo mira con más detenimiento. Tendrá doce años. Su ropa es la de un mendigo, pero sus ojos verdes son los de un príncipe. Ese niño que busca a los hombres en el cemento helado de la gran ciudad le parece la persona más solitaria del planeta.

—A mí me gustan barquillos...

—¿De verdad, señor? Media docena por diez centavos...

—Yo muy comilón. ¿Cuántos te quedan?

—Pues, veinte papelinas de seis, señor.

—Míos todos.

Saca de su cartera dos billetes de dólar que el chico mira con los ojos muy abiertos. Él se acomoda los cucuruchos de papel que contienen los barquillos por todos los bolsillos y aún ha de agarrar unos cuantos con el brazo como si fueran un ramo de flores.

—¿Vives lejos de aquí?

—Lejos, señor.

—Te acompañaré.

Entonces ve cómo el muchacho arruga el gesto y da un paso atrás. Se aleja como esos animales acostumbrados a vivir en libertad que no aceptan ser domados.

—Muy tarde para andar solo...

El muchacho hace ademán de irse.

—¡Espera!

Justo en ese momento pasa un taxi y Tonio lo para.

—¿Has ido alguna vez en taxi?

El chico vuelve a relajar el gesto y niega con la cabeza. Mira de reojo al imponente vehículo amarillo con la luz verde. Tonio se acerca a la ventanilla y le da al taxista medio dólar para que lo lleve a donde le diga.

El muchacho, con su bandeja vacía bajo el brazo, abre la portezuela con una risita, como si fuera un juego, y se monta detrás de un salto. Le hace reír que los asientos sean tan mullidos. Tonio le alarga un cucurucho de barquillos.

—Para el camino.

El chico no le da siquiera las gracias; tiene modales de aristócrata. Mientras el taxi parte con él, se pregunta si en verdad no será un príncipe extraviado.

Sale del despacho vestido con un batín granate y un puñado de folios en la mano y se va hacia el salón, del que proviene una insoportable música de trompeta. Le parece increíble que los amigos de Consuelo se vuelvan locos con ese Louis Armstrong y su música de circo. Al entrar ve que nadie hace caso del fonógrafo a todo volumen y están sentados en un corro alrededor de Consuelo, que está echando las cartas del tarot a una joven tan pálida que parece haberse bañado toda su vida con leche. Él no soporta las supercherías. Le parece que Consuelo tampoco cree en esas cosas, pero echar las cartas del tarot o montar una sesión espiritista le parecen asuntos de lo más entretenidos.

—Consuelo, necesito que leas esto...

Alguien le chista de manera imperativa para que guarde silencio. Tonio se vuelve hacia él con gesto furioso: ¿es que esos haraganes que se beben su vino de Borgoña le van a mandar callar en su propia casa?

Consuelo levanta medio segundo la vista de las cartas.

—Querido, ahora estoy ocupada. Me lo cuentas más tarde.

Tonio está tan enfadado que no contesta nada y se da media vuelta hacia su despacho. Allí levanta el auricular y marca el número de uno de sus amigos franceses, un escultor llamado Martin. Martin responde con la boca pastosa de sueño.

—Martin, necesito que escuches esto que he escrito.

—¿Antoine?

—Se trata de un episodio en el que mi personaje llega a un jardín...

—¿No puede ser mañana?

—¿Por qué mañana? —se extraña Tonio.

—Son las tres de la madrugada...

—¡Mañana! ¿Cómo voy a esperar tanto tiempo?

Le empieza a leer el momento en el que ese muchacho de cabello rizado llegado del asteroide B-612, enfadado con una rosa muy altiva que se cree muy importante, se encuentra un campo entero de rosas. Se queda pasmado porque su flor le había dicho que era única en el universo y, sin embargo, ahí hay miles de flores iguales. Y siente una inmensa pena por su rosa, siempre tan presuntuosa, haciéndose la importante, tal vez solo para esconder su fragilidad. Consuelo es como esa rosa del asteroide B-612: caprichosa, presumida, coqueta, inestable. Pero él siente por ella, en los momentos en que no lo saca de quicio, la misma ternura que siente el pequeño príncipe por su rosa impertinente.

Martin balbucea diciéndole que le parece todo muy bien, aunque en realidad está grogui por el sueño y no se ha enterado de nada. Tonio cuelga dándole las gracias muy contento con el veredicto de su amigo como si fuese el dictado de un gran jurado literario. En realidad, no es al escultor dormido a quien estaba leyendo, sino a sí mismo. Está llegando a un punto de su vida en el que ya no necesita la aceptación de los demás como antes y el mundo a su alrededor empieza a interesarle ya muy poco. Él es como ese principito que busca un planeta para ser feliz pero no lo encuentra. Los amigos con los que podía compartir los recuerdos de la juventud ya no están: Mermoz, Guillaumet, Pichodou... Da vueltas por un planeta vacío.

Desde el salón sigue llegando la jarana de Consuelo y sus acólitos. Sus amantes sólo lo irritan a veces por la falta de tacto de ella, que necesita exhibirlos como brazaletes de zíngara y los agita como cascabeles, pero ellos no lo ponen realmente celoso. Sabe que ella no los ama, que los olvida con misma facilidad con que pierde los abanicos en cualquier parte. Le da pena Consuelo. Ha cambiado un pequeño diamante puro por una tonelada de bisutería.

CAPÍTULO 84

Nueva York, 1942

A medida que avanza en la finalización del texto de su personaje llegado de otro planeta y empeñado en una búsqueda imposible, se siente más y más agobiado por la respuesta negativa a sus insistentes peticiones para reincorporarse a la defensa de Francia como piloto de observación aérea, una vez que se ha reorganizado el frente aliado contra los alemanes.

Se pasea nervioso por una sala enorme del hotel Shoreham de Washington, con docenas de sillas apiladas en una esquina, más propia de un banquete de boda que de una reunión política. Pero el asistente del general Béthouart ha sugerido que era mejor un encuentro en un sitio discreto. Béthouart es el brazo derecho del general Giroux, que está al mando de las tropas francesas reorganizadas en Argelia y ha venido a Estados Unidos a solicitar armamento. Sin embargo, hay tanta tensión dentro de las propias facciones francesas que ha de andar con cuidado. De Gaulle considera a Giroux un enemigo mayor que los propios nazis porque cree que su acatamiento inicial de las órdenes del gobierno de Vichy, que aceptó la rendición frente a los alemanes, es signo de su connivencia con el fascismo.

Lleva meses tratando de que lo readmitan como piloto en el ejército. Ha repetido su cantinela una y otra vez, en Nueva York y en los salones más influyentes de Washington, para perplejidad de los pragmáticos norteamericanos: no va a animar a alistarse a nadie ni hacer propaganda del reclutamiento si él mismo no se alista antes.

Accedió, eso sí, a escribir y locutar un mensaje radiofónico de gran impacto, titulado «Carta abierta a los franceses del mundo». Hizo una encendida arenga sobre la necesidad imperiosa de que todos los franceses aparcaran sus diferencias para ofrecer un solo frente común: «Seamos

infinitamente modestos. Nuestras discusiones políticas son discusiones de fantasmas y nuestras ambiciones son cómicas —les decía—. Nosotros no representamos a Francia, sólo podemos servirla».

Pero incluso un discurso a favor de todos fue interpretado por unos y otros maliciosamente. Los gaullistas, con su oficina central en Gran Bretaña, se indignaron porque no los consideraba como la única representación legítima de Francia. ¡Ellos eran Francia! Acusaron a Saint-Exupéry de apoyar al gobierno colaboracionista de Vichy y su vergonzoso armisticio.

El mando aliado comandado por Estados Unidos le dice que ha superado la edad. Que todos los exámenes físicos revelan que su salud es frágil, su capacidad pulmonar, escasa, y la movilidad de su hombro derecho, limitada. Los asesores militares de la facción de De Gaulle le niegan cualquier apoyo, lo acusan de fascista, de espía, de marioneta al servicio del gobierno germanófilo de Vichy. Él se ha jugado la vida por su país viendo zumbar las balas trazadoras a centímetros de su carlinga, pero eso carece de importancia. La propaganda dice que De Gaulle es el salvador de Francia, aunque esté atrincherado con su séquito en Londres y sean los estadounidenses, como en un calco de la Primera Guerra Mundial, quienes tengan que ir al rescate de una Francia derrotada. Pero eso un patriota francés no puede admitirlo. La propaganda tiene sus propias reglas. De Gaulle tiene sus propias reglas: estás con él o estás contra él. Saint-Exupéry es un enemigo de Francia porque es su enemigo. Esa gente a los que llaman líderes actúan así. Muchos los aplauden. «El fin justifica los medios» es una de las frases más miserables de la historia de la humanidad.

Por fin entra en la sala el general Béthouart con gesto muy serio.

En cuanto superan las cortesías de rigor, Tonio le lanza su andanada: quiere pelear por su país, ha oído que se ha reorganizado su grupo de observación aérea II/33 y desea volver con ellos, puede aportar su experiencia y su compromiso. Tiene preparadas respuestas y argumentos a todas las pegas que vaya a poner el general sobre su edad, sus limitaciones físicas o el manejo de aviones de caza. Sin embargo, lo que hace Béthouart es pedirle un cigarrillo y encenderlo con parsimonia.

—Me encargaré personalmente de firmarle una autorización para que se presente en la comandancia de Argel como oficial removilizado.

Durante meses ha enviado docenas de cartas, ha hecho exámenes médicos, ha asistido a cócteles latosos para relacionarse con franceses y americanos influyentes y no ha conseguido nada. Y en un minuto, el general Béthouart lo manda de vuelta al frente.

En cuanto regresa a Nueva York, lo primero que hace es tomar un taxi que lo lleve a una tienda de uniformes. No le resulta tan sencillo encontrar un uniforme de piloto de las Fuerzas Aéreas francesas. De hecho, recorre las tres tiendas de efectos militares más prestigiosas de Manhattan sin éxito. Le proponen hacerle uno a medida, pero no hay tiempo.

Entra en el hotel Continental y empieza a llamar por teléfono a esos amigos a los que despertaba por las noches para leerles fragmentos de su libro. Son abogados, físicos o profesores de historia. Abren los ojos como platos cuando la voz desahogada de Tonio, con esa urgencia que a veces tiene por las cosas, les pregunta a gritos que dónde puede comprar en Nueva York un uniforme de oficial del Ejército del Aire francés con la máxima celeridad. Denis de Rougemont recibe también su consulta estrambótica, pero su vinculación al mundo artístico le hace pararse a pensar: tal vez podría tener algo el sastre que trabaja para la Metropolitan Opera.

Rougemont y Tonio se citan en el taller del sastre, que tiene un almacén lleno de baúles repletos de trajes de fantasía de las caracterizaciones más sorprendentes. El hombre, menudo y de aspecto frágil, tiene una memoria prodigiosa y extrae una enorme maleta de mago de debajo de tres baúles. De allí saca un uniforme azul marino de una talla suficiente para un oficial del tamaño de su cliente. No lleva los botones grabados con la insignia del ejército francés y los galones excesivos le dan cierto aire de conserje de hotel de lujo. Pero Tonio está entusiasmado. Tras unos pequeños arreglos, sale de allí vestido de comandante.

Cuando llega a su nuevo apartamento de Beekam Place, es casi la hora de la cena y se oyen unos acordes. Consuelo ha comprado un arpa.

—No sabía que supieras tocar el arpa.

—Y no sé. Pero siempre quise tener un arpa.

—Ya...

Consuelo levanta la vista del instrumento y se fija en él.

—¿Qué haces con ese uniforme?

—Me reincorporo a mi grupo de reconocimiento en el norte de África.

Consuelo vuelve a posar las manos sobre el arpa y trata de sacar algunas notas.

—Papou..., ¿por qué tienes que irte a la guerra? La guerra es cosa de los jóvenes.

—¡Ésa es una idea absurda! Los jóvenes tienen toda su vida por delante, ¿por qué han de malograrla? Sólo debería permitirse ir a la guerra a los viejos. Sería más justo.

—Me entristece que hables así. Es como si ya no te interesara tu vida.

—Estoy agotado, Consuelo. Ya no aguanto más quedarme en esta ciudad estancado. Siento que me pudro por dentro. Necesito irme.

—Siempre te estás yendo, Papou.

Nota cómo una tenue lágrima se asoma a los ojos de Consuelo. Él se pasa la mano por la cabeza.

—Siento no haber sido un buen marido...

—Hablas de ser marido como de un oficio.

Los dos sonríen.

—Salgo en barco dentro de tres días.

—Intentaré aprender a tocar el arpa antes de que te marches. Quiero despedirte con un concierto de arpa que suene en todo Nueva York. ¡Invitaremos a todo el mundo! ¡Deberías haberme avisado con más tiempo! ¡Si no avisas con una semana en Falcon's no te sirven sus pasteles de carne al oporto!

Ve cómo Consuelo corre al teléfono a hacer sus encargos disparatados y eso, que otras veces le irritaba, en ese momento le produce una gran ternura.

Cuando tres días después se embarca en el transatlántico, se siente como su pequeño príncipe, que deja atrás su planeta y se va lejos de su rosa, con la que no hay forma de vivir sin sentirse herido por sus espinas. Pero al alejarse no puede evitar también una opresión en el estómago de responsabilidad y tristeza por no haberse quedado a cuidar de ella. Se pregunta si lo que siente por Consuelo es amor. No lo sabe a ciencia cierta. Ni siquiera está seguro de en qué consiste el amor. Todos los diccionarios fracasan a la hora de encontrar una definición verdadera.

CAPÍTULO 85

Argel, 1943

Hacía muchos años que no había vuelto a Argel. Está sentado en un cafetín donde dos tenientes norteamericanos fuman de un narguile y, por su risa tonta, deduce que la pipa lleva algo más que tabaco. Mira la calle tortuosa donde se venden alfombras, especias de colores chillones en sacas enormes, babuchas de piel de cabra, cestos o baratijas. Un comerciante intenta vender a un grupo de marinos ingleses unas esteras con su parloteo de carraca. Ellos regatean y él se lleva las manos a la cabeza teatralmente para jolgorio de los soldados, que no tienen ningún interés en la estera, pero que tal vez acaben comprándola sólo por el placer de habérsela sacado por la mitad de precio, como si ése no fuera un ritual perfectamente calculado por el vendedor, que siempre propone un precio exorbitado para iniciar el juego.

Toma un café. Lo preparan corto y muy cargado porque el agua escasea. Se puede tomar con unas gotas de leche de camella.

En realidad, da vueltas a la taza dejando que el humo se pierda en el cielo caluroso de la ciudad. Por un momento piensa que a Consuelo le horrorizaría la mugre del mantel que le han puesto, incluso el sarro de la taza, que deben de limpiar solamente con un trapo de un uso al otro. Es de esos momentos en que de repente uno da vueltas a un café que en realidad no tiene ganas de tomar.

En Nueva York estuvo soñando con regresar a combatir por Francia. Pero las cosas no han salido como esperaba. Logró ser destinado al Ala de Reconocimiento Fotográfico del norte de África e incluso consiguió superar el periodo de prueba de esos complicados Lockheed P-38 Lightning, de los que los norteamericanos habían cedido cinco aparatos a su grupo. Aviones muy veloces, con más de doscientos controles y cuadrantes en la carlinga, laringófonos de comunicación, mascarillas de oxígeno, un habitáculo

estrecho como un ataúd. Los aviones no estaban en un estado óptimo y uno de los mejores pilotos de la escuadrilla se mató durante los entrenamientos. Pensar en su propia muerte no le afecta, pero la muerte de otros pilotos lo desmoraliza.

Sonríe al pensar en la primera misión. Agotador atravesar el Mediterráneo en una misión de seis horas con temperaturas bajo cero a nueve mil metros para sobrevolar objetivos fuertemente custodiados en un avión sin armamento. Pero se sintió feliz de volver a casa. Cruzar el cielo de Francia fue como caminar por un sendero de la infancia. No se alteró al sentir las salvas en su honor disparadas por las baterías alemanas en Sicilia, Córcega y Cerdeña, pero al volver a ver la costa francesa desde el aire, el corazón le dio un vuelco. Marsella a nueve mil metros es un pueblecito de pescadores. Su misión consistía en fotografiar fábricas y centros logísticos enemigos, pero se desvió unos kilómetros para sobrevolar la zona donde nació, cerca de Lyon. Y allí, en una leve loma, estaba el casón de Saint-Maurice donde vivió esa infancia que le ha servido siempre de refugio. Vuela demasiado alto, pero aun así le parece distinguir el sendero flanqueado de abedules de detrás de la casa. Allí, durante muchas tardes, pedaleaba con todas sus fuerzas sobre una bicicleta a la que un primo mayor le ayudó a acoplar una sábana cogida con alambres. Creía que, si pedaleaba lo bastante deprisa, aquella vela improvisada lo haría despegar del suelo y correr por el aire. Agay es el paraíso perdido. Da una pasada, y luego otra más, como si se meciera sobre los territorios en los que fue feliz. No se le ocurrió que cuando se revelasen las fotos de la misión, los oficiales norteamericanos iban a fruncir el ceño al ver que, entre las imágenes de aeródromos y fábricas, tenían un montón de fotos inútiles de un pequeño castillo.

En la segunda misión había tenido problemas mecánicos en uno de los motores y tuvo que dar media vuelta. La pista improvisada en el aeródromo de La Marsa era muy corta, de apenas quinientos metros. Tenían la indicación de activar los frenos hidráulicos antes de tomar tierra para que actuaran en el instante en que tomaran contacto con el suelo y poder detener el avión en los márgenes precisos. Pero lo recordó demasiado tarde, cuando ya rodaba sobre

la pista. Pese a sus esfuerzos por apretar los frenos, se pasó del final y dio con el avión en unos viñedos con el resultado de un ala dañada y el tren de aterrizaje roto.

El coronel norteamericano al mando puso el grito en el cielo. Estaba harto de esos franceses desordenados que se pasaban el tiempo discutiendo entre ellos y le parecían unos aventureros indisciplinados. Cuando vio en la ficha que el tal Saint-Exupéry superaba en trece años la edad reglamentaria para pilotar ese tipo de aviones, pidió que llevaran a ese piloto descuidado ante su presencia. Tonio llegó con ese gesto suyo de niño que ha hecho una travesura. A algunas personas las conmueve; a otras, las saca de quicio. El coronel norteamericano era de las del segundo tipo. Después de armarle una bronca descomunal que Tonio aguantó en posición de firmes, dictó la orden que ahora descansa en su bolsillo como una condena: quedaba relevado del grupo y se le enviaba a Argel, pendiente de destino. O sea, a ninguna parte. Ya había estado en la capital de Argelia cuando desembarcó desde América y pasó unos días espantosos: una ciudad mustia por la escasez de suministros y enrarecida por las zancadillas constantes entre gaullistas y antigauillistas.

El castigo le parece excesivo. Cada día hay accidentes y se estropean aparatos. ¿Acaso no saben lo que es la aviación? Hubiera estado de acuerdo con una suspensión, incluso, si hubieran querido, podían haberle quitado alguno de esos galones de comandante que sólo son unas rayas doradas en las mangas del uniforme. Pero prohibirle luchar por la libertad... Eso no le parece un castigo, sino una venganza.

Tiene dos opciones: quedarse en la charca de intrigas de Argel como un paria sin destino ni amigos o volverse a Nueva York, donde lo tratan como a una eminencia, come rosbif y langosta y se disputan su presencia en las fiestas más selectas.

Da vueltas y más vueltas al café, que ya se le ha enfriado. Juega a hacerse el indeciso como si coqueteara consigo mismo. Sabe y lo ha sabido desde el minuto uno que no va a volver a Nueva York. Prefiere sufrir en la verdad sucia de Argel que vivir en el brillo artificial de Manhattan.

CAPÍTULO 86

Argel, 1943

Escribe una carta a su madre desde el salón del Club de Francia de Argel, un centro con esa elegancia provinciana de cortinas de terciopelo y sofás orejeros donde cada vez se siente más incómodo. Le habla del ambiente tóxico que se vive.

La división de los franceses entre partidarios del gobierno de Vichy condescendiente con Berlín y los seguidores de De Gaulle es ahí aún más palpable que en Nueva York. De Gaulle no traga a los anglosajones, no soporta que encabecen la liberación de Francia. Pero también hay un fuerte recelo de los norteamericanos hacia los franceses, a los que consideran un ejército desordenado incapaz de ponerse de acuerdo ni entre ellos mismos. El calor empeora los odios, los convierte en un queso fundido pegajoso que lo empasta todo.

Tonio ve proyectarse sobre la mesa una sombra y levanta la cabeza. Es Voirin, el director de *L'Arche*, una revista literaria que se había interesado amablemente por publicar su último texto, *Carta a un rehén*, una emotiva reflexión sobre el trágico disparate de la guerra dedicada a su amigo Léon Werth, un judío pacifista atrapado bajo la bota de los nazis en su aldea francesa cerca del Jura.

—Señor De Saint-Exupéry...

—Amigo Voirin, siéntese.

El hombre se queda de pie. Suda. Juega nerviosamente con el filo del ala del sombrero entre los dedos.

—Verá... finalmente no vamos a poder publicar su texto.

—¿Cómo? Pero fueron ustedes quienes me lo pidieron.

El hombre mira al suelo.

—El consejo editorial ha creído conveniente no hacerlo.

—Pero no entiendo por qué...

Voirin levanta la mirada. Su idea era comunicarle la decisión del consejo, disculparse y salir de allí lo antes posible. Pero no puede hacerlo.

—Verá. Se publicó una lista de escritores patriotas que habían elegido el exilio antes que la colaboración con los alemanes. Usted no figuraba en esa lista...

—¡Conozco esa lista de los superpatriotas de De Gaulle! No estaba en la lista de los que se marcharon y, sin embargo, me he pasado tres años en Nueva York. ¡Es absurdo!

—Yo lo sé. Siento por usted una profunda admiración, pero en el consejo hay miembros que consideran muy importante esa lista... De hecho, alguno de esos miembros del consejo de redacción participó en su confección.

Tonio se da cuenta de que a dos mesas de distancia un grupo de oficiales y prohombres de la colonia francesa gaullista observan de reojo la escena. Alguno sonríe con satisfacción bajo el fino bigote engominado. Tonio siente subir la temperatura de su motor hasta el rojo, se levanta y se planta delante de ellos:

—Así que ahora se dedican a confeccionar listas... ¿Eso es todo lo que piensan hacer por Francia?

Uno de los hombres, vestido con un traje a medida del que cuelga la cadena de un reloj de oro, se levanta furioso.

—Nosotros vamos a hacer por Francia lo que ustedes los petainistas no han hecho: salvarla de los alemanes en vez de entregársela.

Un coronel llamado Cordier se suma.

—El armisticio con Alemania ha sido la mayor vergüenza de nuestra historia. No sé cómo tiene usted arrestos de defender esa traición.

—Para ustedes —les responde Tonio con rencor— la guerra es un juego al que se dedican mientras toman café. Yo estuve en Orconte en el 41. Vi los tanques nazis aplastar los campos de las Ardenas. Vi morir a mucha gente, escapar de sus casas a familias enteras con lo puesto. ¿Cómo pueden decir que se regaló Francia a los alemanes?

—Pétain nunca debió rendirse a los alemanes y entregarles Francia. ¡Es un traidor!

—Yo, coronel, no soy petainista, como ustedes me llaman. Nunca acepté formar parte de los apoyos al gobierno de Vichy. Yo nunca aplaudí a Pétain, es un personaje que nunca me interesó especialmente. Pero ¿acaso usted no aplaudió nunca al que bautizaron como el gran mariscal Pétain, el héroe de Verdún en la Primera Guerra Mundial? Usted dice que yo soy petainista... Pero yo nunca lo he jaleado como seguro que hizo usted en alguno de los muchos homenajes y medallas que le impuso el ejército francés.

El militar hierve de rabia y da un puñetazo en la mesa.

—¡No le tolero que insinúe que pueda tener cualquier simpatía por el mariscal Pétain! Lo que hiciera hace treinta años no nos incumbe. Ahora ha entregado Francia a los nazis y si usted está de acuerdo con eso es tan miserable como él.

—¿Se han parado a pensar por un momento que Francia en 1941 estaba invadida de facto por los alemanes? El ejército francés estaba derrotado en todos los frentes. ¿Cuál hubiera sido la alternativa a firmar la rendición con los alemanes?

—¡La de salvar el honor de Francia, caballero! —grita el coronel.

—El honor... Quiere decir lanzar una población civil armada con escopetas de caza a combatir contra la maquinaria militar del Tercer Reich. ¿Sabe cuántas vidas habría costado su honor? ¿Sabe cuántos niños se hubieran quedado sin padre? ¿Sabe cuánto sufrimiento?

—En la guerra hay que sufrir para conseguir la victoria. ¿Qué son mil bajas para salvar Francia?

Tonio sacude la cabeza.

—No se puede usar la aritmética para medir el sufrimiento. Hay que salvar a cada ser humano uno por uno. Todos son importantes. Cada hombre es una conciencia entera. ¡Cada individuo es un imperio!

—Usted no sabe nada sobre estrategia militar ni sobre nada.

Se levanta otro capitán que echa fuego por los ojos.

—¡Esta claro que está usted dispuesto a defender el honor del mariscal Pétain y el deleznable gobierno de los nazis instalado en Vichy! ¡Deje que los verdaderos patriotas nos ocupemos de salvar la Francia que ustedes han prostituido!

Todos están de pie. Todos se han levantado contra él crispados. Lo llaman fascista. De repente, Tonio siente una tristeza pesada como una losa y recuerda su viaje como reportero a la guerra española donde había familias en que se mataban hijos contra padres, vecinos que denunciaban a sus vecinos para que fuesen fusilados. Hermanos contra hermanos. Se da media vuelta para marcharse de ese club de patriotas y no volver. Pero no se puede resistir y cuando ha dado dos pasos hacia la salida, aún se vuelve un momento.

—En esa lista de los escritores y artistas que dicen que no se fueron al exilio, también se han olvidado de incluir a André Maurois, que se tuvo que refugiar en Nueva York y ahora se ha alistado como capitán en el norte de África para luchar por Francia. Pero ya sé, no le agrada De Gaulle y es judío. Otro mal patriota.

Sale oyendo detrás una lluvia de insultos.

Va pensando en la paradoja: su obra *Piloto de guerra* (publicada en Estados Unidos como *Vuelo a Arrás*), había sido prohibida por los nazis en la Francia ocupada y vetada por De Gaulle en los territorios de la llamada Francia Libre del norte de África.

Tonio camina por las calles caóticas de Argel masticando la palabra *patria*. Le amarga la boca. Los patriotas se creen moralmente superiores porque por su tierra están dispuestos a morir. Pero también están dispuestos a matar. Los himnos nacionales los hipnotizan; se ponen en posición de firmes y rezan un mantra ridículo sobre la gloria nacional. Asustan. Son un ejército de robots.

Los pacientes que esperan en la sala de la casa del doctor Vimeux que hace las veces de sala de espera se extrañan al ver llegar a un francés grandullón que a veces lleva la guerrera militar encima del pantalón del pijama y que susurra al médico que necesita verlo.

—¿Se trata de una urgencia? —le pregunta una señora con un brazo en cabestrillo.

—¡Desde luego, señora! ¡Discúlpeme! Necesito que el doctor vea algo. Cuando el médico asoma la cabeza pone cara de disgusto.

—¡Ahora no puedo! ¿No ves que tengo pacientes esperando?

—Doctor, el señor tiene una urgencia. Por mí no hay inconveniente en que lo atienda.

Los otros pacientes asienten.

—¿Ve, doctor? Sus pacientes son gente sensible.

—¡Ustedes no saben de qué tipo es su urgencia! —grita Vimeux con enfado.

Al mirar la gente con extrañeza, Tonio agita las hojas que lleva en la mano.

—Necesito que el doctor escuche estas páginas. ¿Cómo voy a saber si estoy en el buen camino?

—Pero ¿de qué páginas habla? ¿Está usted enfermo o no? —pregunta un hombre de edad avanzada. Otro hace un gesto discreto a su vecino de silla girando el dedo índice en la sien como diciendo que sí está enfermo, pero de la cabeza.

—¡La literatura es una enfermedad! Sólo me llevará unos minutos. ¡Podrían escuchar todos!

La gente se mira entre sí y el doctor va a hablar para oponerse, pero Tonio ya ha empezado a leer en voz alta.

—¿Está usted bien de la cabeza?

Tonio mira al médico, que se encoge de hombros. Dobla las hojas y regresa algo atribulado al cuarto que su amigo le ha cedido amablemente durante el tiempo que haya de pasar en Argel.

Dos noches atrás, cuando el doctor llegó de su jornada en el hospital, aprovechó para arrastrarlo hasta su cuarto y leerle unos pasajes. Estaba cansado y de mal humor, quizá por eso le dijo que le sonaba como un sermón dominical, donde aparece un dios que no acaba de entenderse a qué religión pertenece. Eso no le desagradó. Le gustó menos que le dijera que ese protagonista suyo que rige el destino de sus súbditos con un riguroso ideal de justicia y equidad le sonaba elitista, que era paternalista. Lo peor fue cuando le sugirió si un tipo de gobierno así no podía caer en el autoritarismo y entonces sí que Tonio se indignó. Saltó de la silla de mimbre en la que escribe a todas horas y del impulso estuvo a punto de quebrarla.

—¡Cómo confunde usted la moral con el autoritarismo! ¿Acaso es inmoral el capitán cuando ordena a su destacamento que eche cuerpo a tierra porque de no hacerlo la metralla segará sus vidas como una guadaña? —le contestó.

—Pero cuando se empieza a ordenar... ¿cuándo hay que parar? —opuso Vimeux.

—¡No se trata de ordenar por ordenar! No hablo de la soberbia de muchos militares que creen que mandar consiste en gritar más fuerte. Hablo de la extrema humildad del que gobierna: ha de escuchar a su gente, ha de mirarla, ha de entenderla..., sobre todo ha de quererla más que a sí mismo. Sólo el bien de la comunidad es importante.

El doctor Vimeux, exhausto, acabó asintiendo y dándole la razón. No restó valor a su victoria que el médico bostezara y al tercer cabezazo de asentimiento se quedara dormido sobre la silla.

Vimeux, en su labor médica, ha visto de cerca la fragilidad del ser humano, el pánico a la muerte que mueve al egoísmo más extremo, la desesperación ante el dolor. Entiende e incluso comparte esa utopía del gobierno mundial por encima de razas, religiones y fronteras, pero cree que ese líder perfecto sin una sola fisura moral con el que sueña Tonio no pertenece a la raza humana, sino a la de la literatura.

Tonio está en el cuarto corrigiendo y desbrozando sus laberintos de palabras, cuando alguien llama a la puerta.

Es su viejo amigo artista de los días de Nueva York, al que apodaban en broma Richelieu. Levanta los brazos y sonrío.

—¡Vaya sorpresa! El mismísimo Richelieu en Argel en lugar de estar triunfando en Broadway. ¿Qué haces tú aquí?

—Hago la guerra, como tú.

—Yo sólo haraganeo en este cuarto. Quiero dar la vida por Francia, pero ellos no me quieren dar a mí un avión. ¿Te parece justo?

Tonio se fija en la pequeña maleta de piel, muy lujosa, que lleva en la mano y la reconoce. ¡Es la maleta que compró Consuelo en uno de sus arrebatos! Richelieu sonrío.

—Te la envía desde Nueva York alguien que se acuerda de ti.

Toma la maleta y la abre precipitadamente, como hacen los niños con los regalos el día de Navidad. Contiene algunos libros que le había dicho por carta a Consuelo que deseaba leer y setecientas páginas dactilografiadas por su secretaria de sus notas y dictados de ese libro que es como una larguísima reflexión que aún no tiene nombre, al que él llama «Caid». También hay un

frasco de caviar al que se le ve una telilla de moho y una botella de vino de Burdeos. Y una nota de Consuelo contándole que ha empezado a hacer animales de cerámica inspirados en un bestiario medieval que ha comprado en una librería de la Quinta Avenida.

—¡Tenemos que brindar!

—Pero, Tonio, no abras ahora el Burdeos. Guárdalo para una ocasión especial.

—¿Cómo va a haber una ocasión más especial que la de celebrar la llegada de un loco que cruza el mundo cargando con una maleta llena de páginas y caviar!

Vacían la botella mientras le va leyendo fragmentos de sus páginas con su voz profunda y un poco impostada. En ese momento la guerra queda lejos, ni siquiera existe.

Le cuenta a Richelieu que lleva meses tratando de encontrar un apoyo entre sus contactos para poder reincorporarse a su grupo y luchar por la libertad.

—En Argel no se lucha contra Hitler, sino contra la burocracia militar.

Richelieu quiere saber cómo es la vida social de Argel.

—¡Es peor que la última ciudad de provincias del último rincón del norte de Francia! La gente cree que es de buen tono levantar el dedo meñique cuando beben un cóctel.

Pero reconoce que, aunque no tiene ganas de hacer vida social, tampoco soporta la soledad. Acepta todas las invitaciones que le hacen a comidas, cenas y encuentros. Lleva su baraja de cartas y divierte a la gente. Explica historias de sus vuelos con el correo aéreo y la gente las recibe con una alegría impostada.

—Un oficial amigo mío hizo una gestión con un teniente coronel muy cercano a De Gaulle, que mueve ya casi todos los hilos. Pero la petición vino denegada con una nota de su puño y letra: «Manténgase sin destino».

—Vaya...

En ese momento llega otra visita acompañada de la asistente del doctor.

—Tonio, hay alguien que tenía muchas ganas de conocerte. Es un prestigioso fotógrafo de la revista *Life*. Ha llegado a Argel y desea ser recibido por el célebre piloto escritor.

—Pero, Richelieu, podías haberme avisado... ¡Voy medio en pijama!
¡Esto está muy desordenado!

John Phillips es alto, delgado, y habla un francés excelente.

—Para mí es un honor aún mayor que me reciba con esta familiaridad.

A Phillips, el famoso escritor nadando en su marasmo de papeles y hundido en su silla de mimbre le parece un oso atrapado en una jaula de gorriones.

—Si viene usted en busca de héroes militares, se ha equivocado de sitio. Yo estoy de vacaciones en la guerra.

De repente, Tonio se activa:

—¿Sabéis qué? Podría hacer para vosotros un combinado que he inventado. Todavía no le he puesto nombre.

Toma de una estantería una botella de vino moscatel y otra de aguardiente. Mezcla un poco de cada y en el pequeño hornillo de alcohol donde se prepara el té, pone a calentar la bebida, que vierte en tres tazas.

—Proponga un brindis —le pide al fotógrafo.

Y siente fijos en él los ojos enormes de batracio de su anfitrión. Phillips se da cuenta de que está poniendo su ingenio a prueba.

—Brindemos... por el amor.

Tonio arquea las cejas a la vez que asiente con la cabeza.

—¡Brindemos!

Después de dar un buen trago a su copa vuelve a escrutar al fotógrafo.

—Dígame una cosa. ¿Cómo definiría usted el amor?

—Yo sólo soy un fotógrafo que a veces redacta cables de prensa. ¡Usted es el escritor! Defínalo usted.

—Pero yo le he preguntado antes...

Richelieu le hace un gesto de resignación: Tonio nunca renuncia a una pregunta una vez la ha formulado. Phillips sonrío. Le agrada jugar.

—No soy capaz de describir el amor. Es demasiado difícil. Pero puedo tratar de definirlo a la inversa: si puede explicarse con palabras, no es amor.

Tonio se queda callado unos instantes y el fotógrafo espera expectante su veredicto. Da un palmetazo en la mesa y se va con los vasos para una segunda ronda.

—¡Me gusta! ¿Sabe una cosa? Yo de joven empecé a escribir poesía, pero lo dejé y nunca más he vuelto a hacerlo. Era como cuando pegaba flores frescas en un álbum y al volver a abrirlo al cabo de unos días sólo había hojas marchitas. ¿Usted se ha enamorado, señor Phillips?

—Pues sí. Tres veces.

—¿Y tú, Richelieu?

—Creo que más de cien.

—Sois afortunados. Yo sólo me he enamorado una y media.

Pero Tonio no quiere abrir más puertas y regresa al relato de su situación de estancamiento militar.

—Soy íntimo amigo de un coronel del Estado Mayor norteamericano en el norte de África que asesora al general Eaker —le dice Phillips.

—¿Al gran jefe?

—Sí. O yo lo conozco poco o no creo que le deje indiferente el afán de un oficial francés por luchar por su país contra los nazis.

Diez días más tarde una carta oficial del Mando Aliado en el norte de África llega a su nombre al domicilio del doctor Vimeux:

Se le concede la reincorporación al Grupo 4 del Ala de Reconocimiento Fotográfico, pero atendiendo a su edad e historial médico, se le autoriza a realizar un máximo de cinco misiones de guerra, después de las cuales pasará a la reserva con todos los honores como teniente coronel. Firma la carta el mismísimo general Ira Eaker.

Salta del sillón de mimbre, cruza la casa, pasa por delante del salón que su amigo médico utiliza como sala de espera de su consulta privada e irrumpe en el despacho del doctor para horror de una paciente tendida en la camilla desnuda de cintura para arriba, que grita al ver entrar a ese intruso. A Vimeux no le da tiempo ni de enfadarse. Tonio se le lanza al cuello y casi lo tumba.

CAPÍTULO 87

Córcega, 1944

El verano en Bastia, al sur de Córcega, es caluroso y la luz, cegadora. Pero le gusta llevar su chaqueta de cuero de aviador y las gafas de sol de varilla dorada. Lo aprendió cuando era cartero: uno es piloto con todos los climas. Camina hacia el barracón que sirve de pabellón de oficiales del IV Grupo de Reconocimiento Fotográfico. Está donde quería estar tras ocho meses varado en Argel. Le ha costado un esfuerzo atroz llegar a donde quería llegar. Y, sin embargo, no siente ninguna euforia. Ha ganado una guerra personal, pero ahora empieza la guerra de verdad, la de las risas jóvenes ensangrentadas y los padres que nunca más volverán a ver a sus hijos.

No es feliz. Nadie decente puede ser feliz en una guerra. Pero se acuerda entonces del gran Mermoz. Recuerda una noche lejana en París, ya de madrugada, cuando estaban acodados mirando pasar el Sena a sus pies y sentían esa tristeza vaga del amanecer cuando la luz diluye el espejismo de la noche de risas y alcohol. Le preguntó a Mermoz si era feliz. Se volvió hacia él como hacia siempre, mirando a los ojos con esa seguridad suya que intimidaba: «¡Por supuesto que no! Eso sería una tragedia. Si eres feliz, ya no queda nada que perseguir». Echa mucho de menos a Mermoz y a Guillaumet. Sin ellos el mundo se ha convertido en un lugar siniestro.

Cuando llega a la casa encalada que hace las veces de residencia de oficiales, un asistente se adelanta para decirle que tiene una visita. No hace falta que le diga quién es. Su perfume de Chanel habla por ella.

—Hola, comandante.

—Nicole..., tú siempre sabes dónde encontrarme. —Se da un golpe en la cabeza como si de repente todo cobrase sentido—. Lo de Bastia... lo moviste tú, ¿verdad?

Ella sonríe con ternura.

—Me sobrevaloras.

Salen a la calle y dan un paseo por la avenida salpicada de almendros.

—¿Has venido a decirme quién eres?

—Antoine, eres un bobo. Yo soy yo. Mi cariño por ti es verdadero. Tal vez lo más verdadero de mi vida.

—Entonces, ¿todo lo demás en tu vida no lo es?

Los dos se paran y se miran.

—Maldita sea, Nicole, empezaba a enamorarme de ti.

—Bueno, eso no es tan malo.

—No puedo enamorarme de alguien que aparece y desaparece. Eso también lo hace Consuelo, pero a ella siempre sé dónde encontrarla: con esos artistas soplagaitas.

—Deberías haber dejado a esa mujer hace tiempo.

—Tú nunca has querido divorciarte de tu marido. ¿Es tu marido verdaderamente o es una pantalla para tu trabajo?

—No soy una espía..., o no, exactamente.

—¿Entonces?

—Soy una mujer que ayuda a su país.

—Nicole, eres una caja de enigmas.

—Todos lo somos. Una persona sin secretos no tiene ningún interés.

—Sé que no puedes contestar a muchas preguntas, pero sólo te voy a pedir que me respondas a una y lo hagas con sinceridad porque para mí es muy importante.

—De acuerdo.

—¿Realmente te importaba el libro que estaba escribiendo?

—¿La *Ciudadela*? ¡Desde luego! ¡Había imágenes tan poderosas!

Le pide que lo acompañe a su alojamiento.

—¿Quieres que hagamos el amor?

—Lo que quiero es mucho más íntimo.

Cuando llegan a su cuarto, de entre el desorden saca de dentro de una caja de zapatos el manuscrito de la *Ciudadela*.

—Falta mucho trabajo todavía, pero quiero que guardes tú estas páginas. Son lo único importante que tengo. Con la guerra, nunca se sabe...

Ella toma el pliego de hojas y lo estrecha contra su pecho.

—Antoine... nunca te mentí.

—Nunca me dijiste la verdad.

—La verdad también engaña.

Tonio la toma por la cintura y la estrecha contra su corpachón. Ella va a decir algo, pero antes de que pueda hablar, él la besa. Sabe que en un beso de Nicole hay más verdad que en mil de sus palabras.

—Sigue trabajando..., ¡volveré a por el resto del manuscrito!

—Lo sé.

Ya ha realizado dos misiones en el Lockheed P-38 Lightning. Es verdad, como dice su nombre, que es un relámpago. Un avión de caza innovador con una cola bifurcada y dos poderosos motores de mil caballos. Pero en su carlinga en forma de burbuja se pasa un frío polar a nueve mil metros. Las subidas y bajadas de altitud provocan punzadas de dolor en sus articulaciones remendadas. Su corpachón consume con avidez el hilo de oxígeno que transmite la mascarilla y a veces teme desmayarse. Hay a bordo doscientos aparatos que atender. Volar ya no le produce el mismo placer de antes.

Pasea por las pistas circundadas de tiendas de campaña y barracones prefabricados, tan ensimismado como si lo hiciera a través de un bosque. Se acerca hasta un Lockheed con el motor abierto donde un operario tiene medio cuerpo metido y sólo se ven las piernas de su mono azul. Cuando saca la cabeza, siente una inmensa alegría.

—¡Farget!

El sargento mecánico esboza un gesto de alegría en su cara negra de grasa.

—¡Capitán!

Tonio ríe.

—¡Parece un zulú!

Entonces el suboficial repara en los galones de la guerrera y se siente embarazado por el error.

—¡Disculpe, comandante! La costumbre...

—Maldita sea, Farget, olvídense de esa parafernalia militar. Yo me hice un uniforme en Nueva York en el taller de un sastre que hacía ropa para el teatro. Me preguntó cuántos galones quería. Hubiera podido ponerme galones hasta en la entepierna.

—Tiene usted razón —se anima el sargento—. Son más importantes los cojones que los galones.

Los dos ríen.

—¿Cómo le ha ido en este tiempo, Farget?

—Aquí no para de haber rumores, que si los nazis avanzan, que si retroceden, que si Hitler ha hecho un pacto con el diablo... Pero yo no le puedo contar nada importante, yo sigo a lo mío: me ocupo de los motores Allison, me peleo con las hélices contrarrotatorias...

Tonio asiente despacio, como hace cuando se le revelan las cosas importantes.

—¿Sabe una cosa, Farget? El Estado Mayor se reúne, se despliegan mapas sobre un corcho y se clavan alfileres de colores, se discute durante horas. Pero la guerra la gana la gente como usted.

—¡Usted siempre tan exagerado! Yo sólo ajusto tuercas.

Observa con ternura a ese joven suboficial manchado de grasa de arriba abajo que planta cara al ejército del Reich armado de una llave inglesa. Está convencido de que si todos los franceses se hubieran aplicado cada uno en apretar sus tornillos con el esmero que lo hace ese hombre, los alemanes nunca los habrían derrotado. Ése es el sentido de la responsabilidad que le importa, el que está convencido de que salvará Francia y salvará la humanidad entera.

—No, Farget, usted no ajusta tuercas. Usted amasa pan.

El sargento lo mira sin entender muy bien qué quiere decir y lo ve alejarse por el aeródromo bamboleándose como una carretilla mal cargada. Se pregunta qué hace alguien como el oficial Saint-Exupéry en una guerra como esa. Y después se pregunta qué hacen todos ahí.

Cuando Tonio empuja la puerta de la sala de oficiales, dos pilotos del grupo que están jugando una partida de ajedrez se levantan a toda prisa.

—Comandante, ¿cómo fue la misión de ayer? Nos han dicho que los boches lo invitaron a merendar.

Él sonríe de manera pícaro para seguirles el juego y los otros ríen a carcajadas.

—¡Chico! —grita uno de los jóvenes tenientes—, saca el whisky bueno para el comandante.

Al oír el ruido sale de una sala adjunta un capitán que estaba leyendo un diario atrasado y se une a la reunión. Entra por la puerta otro oficial de talleres y se junta. Va entrando gente y se va sumando al corro. Con un cigarrillo en una mano y el vaso de whisky en la otra, Tonio les relata el vuelo del día anterior.

—Cuando estaba llegando al lago de Annecy, el motor izquierdo empezó a toser como un viejito resfriado. Primero despacio, después resultó ser una gripe. El fuselaje empezó a temblar con unas vibraciones enloquecidas y aquello parecía que iba a desmontarse, así que tuve que cortar el motor.

—Mala cosa andar con un solo motor en medio de los boches; si te pesca un caza en un momento...

—Por eso viré hacia los Alpes. Hay menos bases y podía escabullirme aunque fuese a baja velocidad, escondiéndome por los valles. Debía atravesar el paso de Galibier y el de Mont Cenis y salir al mar.

Todos asienten.

—Pero en algún punto de los Alpes me desvié. —Y se encoge de hombros—. En vez de salir al mar salí a una llanura y, para mi sorpresa, al final de la llanura veo una gran ciudad con montones de pistas de aterrizaje alemanas... ¡Estaba en Génova! Me vino a la cabeza ese mapa que tenemos en la sala de pilotos donde marcamos las bases enemigas con banderitas: encima de Génova hay tantas que parece una de esas almohadillas donde las costureras clavan los alfileres.

—¡Pero cómo es posible! Génova es una de las ciudades blindadas por los alemanes.

—¡Es un avispero!

—Pues allí me planté. Cuando me di cuenta, me entró un escalofrío. Pero me dio otro mayor cuando vi por el espejo detrás de mí un punto negro en el aire a unos cientos de metros: un Messerschmitt me tenía en su visual. Y yo flotando allí sobre la ciudad a velocidad de tortuga con mi único motor.

Me dije: «Ya está, esto se ha terminado, aquí acaba todo. Ahora habrá una explosión y *ciao*». Cerré los ojos, no me preguntéis el porqué de esa inutilidad. Quizá para irme acostumbrando a la muerte que me llegaba. Pasó un segundo, dos, tres, cinco, diez..., abrí los ojos ¡y el caza se alejaba! No lo podía creer, pero así era. Entonces lo entendí: en la distancia me había tomado por un avión alemán, ni siquiera se molestó en acercarse. No se le pasó por la cabeza que un avión aliado sobrevolase abiertamente Génova a baja altura y a velocidad de paseo de domingo por la mañana.

Todos escuchan hipnotizados como si ellos mismos no se hubieran jugado igualmente la vida docenas de veces.

—Lo que hice fue no acelerar, mantener rumbo pausadamente hasta adentrarme en el mar y virar hacia aquí.

—¡Salvado!

—Aún no. Con la emoción de haberme escapado en medio de cientos de baterías antiaéreas y cazas que me vieron pasar sin mover un dedo, se me olvidó conectar la señal *Friend or Foe* para que me identificaran los nuestros y a punto estuvieron en Borgo de mandarme una escuadrilla a achicharrarme. Por suerte di un aviso por radio, aunque mi inglés es tan bueno como una patada en el culo.

—¡Parece increíble!

—También se lo pareció a los oficiales de información cuando aterricé. ¡Deberíais haber visto la cara de asombro de los dos capitanes americanos! Uno de ellos se quedó con la boca tan abierta que casi se le cae el chicle. Pero tuvieron que creerme porque la cámara fotografió Génova a ocho mil pies como si hiciera postales de recuerdo.

Hay risas, palmetazos en la mesa y brindis por el comandante.

Hay rumores de un desembarco de tropas de tierra en Francia que podría ser el golpe final que decantara definitivamente el signo de la guerra, que desde la entrada de los norteamericanos ha cambiado radicalmente. El ejército alemán se ha desgastado en el frente ruso, los italianos cambiaron de bando tras colgar a Mussolini y, después de cuatro años de guerra, los aliados empiezan a ver luz al final del túnel.

Tonio ha superado las cinco misiones autorizadas, pero no hay forma de convencerlo de que se quede en tierra. El comandante Gavaille, que teme por su vida, idea un plan para que deje de volar. Los soldados que son informados del plan secreto de invasión que se está ultimando para lanzar el ataque definitivo con un desembarco en las playas de Normandía son retirados del servicio activo: si fueran hechos prisioneros podrían poner en riesgo la operación. Dos oficiales del grupo que han sido convocados a una reunión secreta en el alto mando porque participarán de manera activa en el desembarco han sido retirados del pilotaje de reconocimiento. Gavaille los cita en su despacho y les pide que le cuenten al comandante Saint-Exupéry algunos datos para que de esa manera quede invalidado para el servicio.

Durante varios días, en la base de Bastia observan cómo los dos oficiales tratan de llevarse a ese comandante grandullón a algún lugar discreto y cómo él se zafa y sale trotando, casi corriendo en dirección opuesta con las manos en los oídos.

—¡No quiero saber nada! ¡No quiero saber nada!

CAPÍTULO 88

Córcega, 1944

El sargento Farget ve venir deambulando por la base al comandante Saint-Exupéry. Se toma un respiro en la tarea y le hace una señal con la mano. Tonio llega hasta él con el gesto pensativo que, salvo puntuales explosiones en la cantina animadas por el whisky americano, ya casi nunca lo abandona.

—Comandante, quería pedirle algo.

—Pues claro. De algo han de servir estos absurdos galones. ¿Necesita ser relevado de algún servicio? Puedo hablar con el capitán Forment...

—¡No, no es nada de eso! Usted es una persona que ha leído mucho y ha viajado mucho, así que sabe mucho de las cosas. Quería pedirle un consejo.

—Farget, estás anticuado. Todo el mundo pide dinero, recomendaciones... ¡ya nadie pide consejos!

—Entonces ¿le parece mal?

—Me parece que soy el peor consejero del mundo. Pero me agrada que me tenga esa confianza. ¿En qué cree que puede ayudarle un viejo piloto como yo?

—Verá, en Argel me saltó ácido de una batería a las manos y me llevaron al hospital militar. Allí conocí a una enfermera. Se llama Camille.

Tonio observa que al mecánico se le iluminan los ojos.

—Cuando terminó de darme la medicación y hacer las curas volví junto a mi camastro. No sé por qué. Tomó una silla y se sentó a mi lado. Me dijo que era de un lugar de Bretaña llamado Pont-Aven. Yo tengo novia, ¿sabe usted? Estoy prometido con Amandine desde los diecisiete años. Crecimos juntos en el pueblo. Su padre le compraba los quesos a mi padre para venderlos en el mercado. Amandine es un encanto, yo la quiero mucho y al acabar la guerra tenemos intención de casarnos. Pero yo nunca había

conversado con una chica como Camille. Debería verla, comandante: toda de blanco, con aquella sonrisa. Sentí algo... diferente. Se me olvidó el dolor de las manos. No podía dejar de mirarla a los ojos. No podía, comandante. No sé si le ha pasado alguna vez...

—Hace años...

—Entonces ¿me comprende?

—Es como si el mundo hubiera quedado en otra parte y no te importara.

—¡Exacto! ¡Ni me acordaba de que Francia había sido tomada por los alemanes! —Y al decirlo se da cuenta de la gravedad del comentario poco adecuado al espíritu patriótico que exige el alto mando—. Bueno, claro que me importaba nuestro país, comandante...

Tonio lo mira con afecto.

—¡Siga, siga contando lo importante! ¿Qué pasó con su enfermera?

—Un avión se había estrellado en el aeródromo. Había muchos heridos y los médicos empezaron a dar gritos. Ella se levantó de golpe y se marchó. Hacían falta camas y enseguida vino el médico, me tomó la fiebre y, como no tenía, me dio el alta. Casi me saca de la cama a empujones. La busqué por el hospital, pero no di con ella. No paraba de entrar y salir gente, llegaban ambulancias, había un lío tremendo, nadie sabía nada de nadie. Me fui.

Los dos hombres se miran con fingida seriedad.

—Pero volvió.

—¡Volví!

Y los dos sonríen con la complicidad de viejos amigos que se leen el pensamiento.

—Aquellos días, ya sabe usted cómo fue aquello, todo era un caos. Volví al día siguiente para tratar de verla y estaba todo el hospital patas arriba. Fue ella la que me vio y vino enseguida. Me dijo que estaba muy contenta de que hubiera vuelto porque les habían dado la orden de traslado inmediato y tenían unos camiones a punto de partir. Su jefa la estaba llamando y no dio tiempo de más. Nos cogimos un momento de la mano. Nos miramos a los ojos. No sé cómo explicarlo..., me sentí muy cerca de ella, más cerca de lo que nunca he estado en todos estos años de Amandine. Le dije que podríamos escribirnos y ella hizo que sí con la cabeza. Yo no había sido asignado a ninguna parte, se estaba desmovilizando a casi todo el personal y

a los sanitarios no les habían revelado el destino. Ella abrió la boca para decir algo, pero llegó un capitán médico con muy mala hostia y le dio un tirón del brazo y le gritó que los camiones iban a salir y la vi alejarse en el follón del desalojo y ya no la volví a ver.

El sargento se queda callado y Tonio acompaña su silencio. Los dos callados en medio del ruido de la base militar que nunca descansa. Ellos dos, lejos de allí, viendo perderse a una muchacha en el remolino de la guerra.

—Comandante, ¿qué debo hacer?

—¿Qué debe hacer?

—Cuando acabe la guerra, digo. Un día, antes o después, esto se acabará. Y si esos locos alemanes no nos han matado a todos, volveremos a casa. ¿Cree usted que debo volver a Perpiñán y casarme con mi novia de siempre? Amandine es una muchacha estupenda.

—Farget, está usted metido en un lío enorme.

—¡Pero si con Camille no hubo nada! Le juro que no le puse la mano encima. No nos dimos ni un beso. No hay nada que Amandine pudiera reprocharme.

Tonio niega con la cabeza y da una profunda calada al cigarrillo.

—El problema es lo que usted pueda reprocharle a Amandine.

—¿Cómo? Ella es una santa.

—Los matrimonios son contratos para toda la vida que se firman cuando todo está nuevo y sin estrenar pero que sobreviven al paso de los años cuando el tiempo va desgastando todo. Cuando asome la rutina tal vez sentirá la tentación de proyectar en la buena Amandine la frustración de no haber ido en busca de ese posible amor que surgió durante la guerra. Y Amandine no se merece eso, ¿verdad?

—¡Claro que no! Pero eso no sucederá porque lo que yo he de hacer es olvidar a Camille y todo será como antes. Yo seré feliz con Amandine.

Tonio niega de nuevo con la cabeza.

—Ahí está el problema. Olvidar no está en nuestras manos, Farget. Usted nunca olvidará a esa enfermera encantadora y, con el paso de los años, protegido del desgaste de la cotidianidad, de los disgustos y las pequeñas derrotas de cada día, ese recuerdo se mantendrá intacto, incluso idealizado.

—¿Usted cree?

—Los recuerdos no envejecen, Farget, no crían arrugas, ni barriga, ni tienen reuma. Yo lo sé. Hace muchos años, mi enfermera tocaba el violín. Esa melodía ha sonado en mi cabeza todos los días de mi vida. Y no le oculto que me arruinó la vida.

—¿Y qué fue de ella?

—Se me escurrió entre los dedos como un pez de colores. Después ya nunca pude volver a ser feliz.

Se quedan los dos callados, cada uno con la mirada perdida en un lugar lejano. Ese lugar donde nos quedamos solos, tan remoto al que nadie puede acompañarnos. Se despide de Farget, que duerme en los barracones de una unidad de mantenimiento al otro lado de la ciudad. Tonio lo toma de los antebrazos y lo aprieta fuerte.

Es ya muy tarde. Al día siguiente hay una misión que cumplir. El general Eaker le autorizó cinco y ésta va a ser la octava. El comandante en jefe Gavaille intenta evitarle todos los servicios posibles y él ha de estar atento para reclamar su lugar en el cuadrante. Agradece que se preocupen por su integridad física, pero de nada le sirve vivir sin volar. ¡Palanca y pedal!

Tonio prefiere no cenar en el cuartel. Toma en una taberna de mesas de madera recia y jarras de vino tinto unos calamares y algo de queso de oveja macerado, fuerte y picante. La propietaria de la taberna se acerca hasta su mesa con su pelo canoso recogido de manera algo astrosa en un moño y un delantal blanco, muy limpio pero un poco desflecado en los bordes. Le trae a la mesa una botella de aguardiente de castañas y un vaso.

—Confiamos en ustedes —le dice con sus ojos cansados.

Él asiente. Ese comentario hace que la guerra tenga sentido, que sepan por lo que luchan.

Es tarde, pero no le apetece irse a dormir. El sentido común le dice que debería acostarse para estar al día siguiente descansado para afrontar una de esas misiones agotadoras de varias horas: ha de fotografiar el área de Annecy, Chambéry y Grenoble. Pero hay otra parte del cerebro que le pide que no se duerma, que no desaproveche la noche.

La media botella del aguardiente de castañas le produce en el estómago un calor interior de caldera y una vaga sensación de irrealidad. Deambula por el barrio antiguo de la ciudad a través de calles estrechas con casas encaladas

de pescadores y pequeños comercios que permanecen cerrados. Hay un local iluminado que tiene las ventanas abiertas para que entre el frescor de la noche y se detiene delante. Dentro hay montones de flores de un dorado pálido y tres operarios con guardapolvos grises trabajan trenzando ramos.

—¿Qué hacen, amigos? —les pregunta desde fuera, con esa camaradería que da encontrarse despiertos en la noche.

El trabajador de más edad, con el pelo blanco cortado a cepillo, se vuelve hacia él y le dice que preparan centros de flores secas.

—¿A estas horas?

—Cuando no alcanza con el día hay que echar mano de la noche.

—¿Y qué flores son ésas?

—Pero ¿no conoce la siempreviva?

Al poner cara de avergonzada ignorancia, como el niño que no se sabe la pregunta del maestro, el hombre le señala la puerta para que entre en el almacén. Hay montañas de esas flores de una belleza humilde. Los trabajadores dejan un momento su tarea y se presentan risueños. El encargado del pelo canoso le cuenta que es una flor que nace salvaje en los campos de Córcega, a lo largo de todo la isla

—Es la flor más asombrosa del mundo.

Él las mira en las cajas de madera y lo que ve son unas flores corrientes, nada llamativas, de un amarillo pajizo. El hombre observa su gesto involuntario de escepticismo.

—¿Sabe por qué se llaman siemprevivas? Porque una vez cortadas no se marchitan ya nunca más. Permanecen siempre igual, eternamente.

Entonces Tonio vuelve a mirar las flores con renovado interés. Su belleza es discreta, pero cuando todas las flores rutilantes desfallecen, ella permanece.

—¡Entonces sí es realmente asombrosa!

Se queda callado y se sume en una de sus reflexiones. Primero despreció la flor porque no era tan bonita como otras y ahora le parece una flor milagrosa. Una vez más, se da cuenta de que los ojos no bastan para mirar las cosas.

—Por favor, ¿me dejarían que los ayudase?

Los operarios se sonríen divertidos. Es la primera vez que tienen un aprendiz con uniforme de comandante. Le acercan un haz de flores y unos cordeles finos. Nunca pensó que a su edad, una noche aprendería el oficio de florista.

Falta poco para el amanecer cuando baja caminando hasta el puerto. Unas chalupas cabecean amarradas frente al edificio de la cofradía de pescadores. Ve desplegarse la ciudad al otro lado de la dársena, con los edificios casi a ras de agua y las dos torres de la iglesia de San Juan Bautista que sobresalen por encima de los tejados. Todo está en silencio y la tinta negra del cielo se va haciendo más azulosa. Como si fuera un gran espectáculo teatral que se pone en escena para él solo, se sienta en un murete de piedra y se dispone a ver amanecer sobre el mar. ¡Ese sol de mandarina de las mañanas! Se siente afortunado de haber caído en este planeta.

Mientras camina por las calles de una ciudad que empieza a llenarse de luz, va dando los buenos días al cartero y al lechero con una sonrisa en los labios. Siente la ligereza de los niños camino del colegio. De regreso a la residencia de oficiales, siente algo que podría parecerse a la felicidad.

Aparece recién duchado a una hora muy temprana en el comedor y sólo hay un capitán tomando café y vestido con la cazadora reglamentaria como dispuesto al vuelo.

—¿Qué haces aquí tan temprano, Tosti?

—Vimos la puerta de tu cuarto abierta y que no estabas.

—Estuve haciendo ramos de flores.

Tosti lo mira con recelo.

—Pero ¿has dormido algo? Si estás fatigado yo estoy preparado para substituirte...

Tonio se acerca y le pone una mano en el hombro.

—Eres un buen tipo, Tosti. Pero es mi misión.

El verano luce espléndido en Córcega. Un soldado lo lleva en jeep hasta las pistas. En el aire flota el aroma de la lavanda y el romero, el cielo despliega un azul bíblico, las casas de piedra que hay camino del aeródromo están cubiertas por buganvillas y lanzan por la ventana un olor a café y queso fresco. La guerra es una anomalía. Los hombres se matan incluso en los días más hermosos.

Un soldado del personal de tierra lo ayuda con el ritual de ponerse el traje doble. Levantar los brazos por encima del hombro para poder meterse la ropa ignífuga y el traje térmico es un suplicio. Subir hasta el avión con los conductos del oxígeno y de la radio incrustados en esa armadura es un trabajo que lo deja extenuado en ese día caluroso. Y todavía va a tener que pasar al menos diez minutos de agobiante calor durante el chequeo de los comandos antes de poder despegar. Un mecánico encaramado a la cabina lleva en la mano una carpeta con un formulario donde va marcando cruces:

—Laringófonos...

—Correcto.

—Presión del aceite.

—Correcto...

Llega otro mecánico y le pide la carpeta para terminar el chequeo.

Al mirar de reojo, encajonado en la carlinga en forma de burbuja, reconoce al sargento Farget.

—Creí que no estaba de servicio.

—Ahora sí. ¿Paso de oxígeno?

—Correcto. ¿Farget?

—Diga, comandante.

—¿Sigue en su cabeza esa enfermera encantadora?

—A todas horas.

—¿Sabe una cosa, Farget? Durante muchos años de estar vagabundeando por ahí arriba he observado a los pájaros. Para ellos el vuelo no tiene misterios, el mejor aviador cargado de condecoraciones es un torpe aprendiz al lado de la más novata de las golondrinas. Se aprende mucho de ellos. Yo he visto las bandadas migratorias adentrarse en el mar hasta perderse de vista. Pájaros minúsculos, frágiles, que se sustentan en el aire con unas alas de alambre sobre un océano inmenso y todo el viento en contra. Siempre me he preguntado cuántos de ellos desfallecen y se los traga el oleaje. Seguramente, muchos. No saben si llegarán a la otra orilla, pero en su cabecita de pájaro bailotean imágenes de sol y arena caliente, y eso, amigo Farget, los hace seguir volando.

El sargento levanta los ojos de la tablilla.

—Farget, perseguir espejismos puede no llevar a ninguna parte, pero el camino está lleno de esperanza.

Los dos se quedan un momento en silencio.

—Comandante...

—¿Qué?

—Tenga cuidado ahí fuera.

—¿Sabe una cosa, Farget? Si me bajan de ahí arriba no lo lamentaré nada. Me inquieta el termitero del futuro y su ética de robots.

Mira los doscientos controles de su avión y sus manos viejas. Cumplirá su misión. Hará la guerra. Pero no entiende la guerra. Se vuelve un momento hacia el sargento y le habla por el laringófono por última vez antes de hacer la señal de que todo está en orden para el despegue.

—Yo estoy hecho para ser jardinero.

Farget le sonrío y cierra la cabina.

Es una misión de tres horas y media hasta Grenoble. Aunque no ha querido escuchar confidencias no ha podido dejar de oír frases sueltas aquí y allá, sabe que hay una invasión terrestre en marcha. Desconoce el día, pero sabe que será pronto, probablemente en las playas de Normandía y que está todo decidido. Las fotografías que ahora capte ya no serán tomadas en consideración, todo está ya planeado y preparado. Pero eso le da exactamente igual. No le importa si tiran sus fotografías a una papelera. Él cumplirá su misión, aunque sólo sea distraer a los alemanes, hacerles creer que no sucede nada y los aliados siguen con la rutina de sus vuelos de reconocimiento sobre las líneas enemigas haciendo cabriolas delante de los colmillos de los cazas de la Luftwaffe.

El sol lanza brillos cegadores sobre el Mediterráneo. Ya no podrá contarles a Mermoz y a Guillaumet que esos P-38 no tienen sonido de motor, sino de abejorro. Intuye que éste puede ser su último vuelo. Sólo una ausencia del comandante Gavaille le ha permitido, gracias a sus galones, que el capitán que asigna los servicios no lo sacara a última hora de la programación. Tiene cuarenta y cuatro años. Su tiempo de piloto está agotado. Podría comprarse una avioneta y pasearse los domingos, pero pensar en eso lo irrita. Convertir la aviación en un pasatiempo de domingueros le parece una ofensa a su oficio. La gente le dice que si deja la aviación tendrá

más tiempo para escribir. Suspira dentro de la mascarilla y se empaña todo. No entienden nada. Escribir es una consecuencia. ¿Cómo va a escribir si antes no vive?

Le queda, eso sí, un último reto: finalizar la *Ciudadela*, ese libro que quiere ser un legado que poder dejar cuando llegue la hora de partir.

El termómetro marca treinta grados bajo cero. El altímetro, ocho mil metros. Allá abajo se recorta la costa de Francia.

Hace unos días escribió a su madre. Sigue siendo una mujer fuerte que trabaja como enfermera jefa voluntaria. Le pidió que si alguna vez Consuelo llamaba a su puerta pidiendo cobijo, la acogiera. Consuelo se cree muy fuerte, pero es frágil. Lo enternece su obstinada fe en enfrentarse al mundo con sus inofensivas espinas.

Desciende un poco más para ver respirar la tierra. Recuerda la primera lección de geografía que le dio Guillaumet en aquel hangar de Toulouse: tres naranjos, un riachuelo oculto entre la hierba... Ésas son las cosas importantes.

Con el rabillo del ojo ve una mancha oscura en el cielo a su izquierda y el corazón se le acelera. La mancha aminora. Lo ha visto. Vira para ponerse a su estela. Viene a por él. Es un Messerschmitt alemán.

No tiene dónde guarecerse, el avión alemán está demasiado cerca. No puede verlo pero lo sabe, lo siente acercarse por detrás, agigantarse. No hay escapatoria, no puede saltar en paracaídas sobre el mar.

Siente una barra de hielo en la espalda. El miedo lo paraliza. Su primera intención es dar gas a fondo y tratar de dejarlo atrás, aunque sabe que ya no hay margen. Ya no. El avión alemán está demasiado cerca, viene a mucha velocidad. Podría intentar hacer toneles y dar guiñadas en el aire a la desesperada, pero decide que no. No quiere ser cazado como un ratón que huye despavorido. Si ése ha de ser el final de la función, lo acepta. Si ha de caer el telón, que caiga. Al final, acabará cayendo de todas formas. En ese momento decisivo en el que las percepciones se agudizan tiene la certeza clarividente de que la muerte es únicamente un trámite, que la verdadera derrota es el miedo. Y entonces, libre ya de toda incertidumbre, la ansiedad se evapora. Todo se equilibra.

El piloto alemán lo tiene casi a tiro. Coloca el dedo sobre el percutor del cañón MG de veinte milímetros.

En ese momento último, se le aparece la imagen de Loulou. Su pelo rojo, su carne blanca, sus ojos verdes. Y entonces tiene una revelación. ¡Durante toda su vida ha estado equivocado! ¡Ahora ve el error! Siempre creyó que lo más importante era ser amado..., pero se da cuenta en ese instante crucial de que lo más importante es amar. El amor que ha sentido por Loulou ha iluminado su vida. ¡Cómo va a odiarla! Nunca la ha odiado por mucho que fingiera hacerlo, la ha adorado y la sigue adorando. Tanto buscar el amor tan afanosamente por todas partes y lo tenía en la palma de la mano, porque el amor que nos salva no es el que pedimos, sino el que damos. El farolero lo sabía: el regalo no es la luz, es encender los faroles.

Tonio oye el motor del caza alemán. Está a tiro de su ametralladora. Lo sabe. Siente el culebreo de la serpiente oscura en su espalda preparada para morderlo con su veneno. Es su destino. Suelta los mandos y sonríe con una paz que no recuerda desde las noches de la niñez en que su madre venía a la cama a arroparlo. Ha llegado el momento de partir.

Un relámpago amarillo.

No gritó.

Cayó suavemente como cae la hoja de un árbol.

El comandante De Saint-Exupéry no regresó ese mediodía del 31 de julio de 1944 a la base de Bastia, como estaba previsto. Nunca regresó. Su cuerpo nunca ha sido hallado.

CAPÍTULO 89

Toulouse, 1945

Un redactor de un periódico local de Toulouse agarra con una mano la libreta y con la otra empuja la puerta de las oficinas de la clausurada compañía Air Bleu. Todo tiene un aire silencioso y algo desvencijado. Un cartel que empieza a rizarse en las puntas informa: «Air Bleu: Servicio postal aéreo rápido. Para las localidades que se especifican en el panel de horarios (París, Le Havre, Lille, Nantes, Toulouse y Burdeos) en los envíos postales remitidos por la mañana se garantiza su entrega en el mismo día. Son 2,50 francos la carta ordinaria de diez gramos».

La pequeña compañía aérea, como tantas otras cosas, debió suspender sus actividades por la guerra y sólo queda en el despacho su impulsor, un hombre experimentado en el oficio. Por la mañana ordena los papeles y por la tarde los desordena. En un sillón, su esposa acerca mucho los ojos a una labor de ganchillo. Su marido no tiene ningún trabajo que hacer en la oficina desde que cesó la actividad tres años atrás, pero no soporta estar en casa. Así que ella se viene por las tardes al despacho para no estar sola.

—¿El señor Daurat?

El bigote está canoso y el traje, algo gastado. Pero sí, es Daurat.

—¿Quién es usted? La compañía está cerrada.

—Soy Bouffard, periodista del *Écho du Midi*.

—¿Qué quiere?

—Supongo que se ha enterado usted de la desaparición del aviador y escritor De Saint-Exupéry en Córcega.

Daurat no asiente ni niega. Sólo lo taladra con la mirada, que sigue siendo igual de penetrante que siempre.

—Tengo entendido que usted lo tuvo como empleado durante un tiempo.

—Es una forma bastante burda de decirlo.

—¡Ha sido una tragedia! —exclama de manera impostada ante la cara cada vez más malhumorada de su interlocutor.

—No tengo nada que decirle.

—Pero —insiste el periodista—, ¿no le conmueve la muerte de esos pilotos a una edad joven: Saint-Exupéry, Guillaumet, Mermoz?

—En absoluto.

—¿Cómo es posible?

—Ellos eligieron su propio destino.

—Pero, aun así..., ¿no le apena que hayan desperdiciado sus vidas?

—¡Usted no comprende nada! —Daurat da un puñetazo en la mesa y los lápices saltan. Su esposa levanta un instante la mirada por encima de las gafas, y al momento continúa concentrada en su punto de cruz—. ¡Lárguese!

El periodista se marcha y Daurat se levanta, observado de reojo por su mujer. Se va hacia el ventanal, se pone las manos a la espalda y escruta el cielo del anochecer. Ellos no van a volver, pero su obligación es seguir esperándolos.

Su mujer se acerca hasta él.

—Didier..., yo sé que sí lamentas la muerte de tus chicos.

—Tal vez.

—¿Realmente valió la pena?

—Vivieron cada año como si fueran diez. Vencieron sus miedos, llegaron a lugares asombrosos donde nadie había llegado, superaron retos que parecían imposibles, se sacrificaron para que la gente recibiera su correo en lugares remotos... No sé si valió la pena, pero de algo estoy seguro, ellos hicieron que sus vidas fueran extraordinarias.

EPÍLOGO

Bretaña (Francia), agosto de 1945

Farget acarrea su macuto de lona con el ala de aviación cosida en la tela. Su propia ropa de civil le resulta extraña y hasta le roza la chaqueta de pana después de cinco años de uniformes y monos militares. Se detiene un momento en el pretil de un puente de piedra que cruza un río estrecho pero bullicioso frente a un molino de agua con una rueda enorme rodeado de macizos de flores. Es de esos rincones en los que uno querría quedarse para siempre. El rótulo le indica que ha llegado a Pont-Aven.

En la primera calle del pueblo avanza unos metros por delante de unas casas con un minúsculo jardín delantero y se detiene indeciso. Se ha parado delante de un taller de bicicletas y, mientras piensa qué hacer, sale el dueño limpiándose la grasa de las manos con un trapo.

—¿Forastero?

—Sí, señor.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Busco a una persona. Una muchacha que fue enfermera durante la guerra. Se llama Camille.

El propietario, en esa edad cercana a la jubilación pero aún fuerte, lo mira de arriba abajo con mucho detenimiento, pero no abre la boca.

—¿No la conocerá usted, por casualidad?

—La bonita hija del albañil...

Los ojos de Farget se iluminan.

El hombre señala con la mano hacia el cobertizo lleno de manillares, cuadros y ruedas de bicicleta.

—Necesito un ayudante. Pronto tendré que pensar en dejar el negocio.

Farget repasa con la vista los juegos de llaves inglesas, martillos y alicates perfectamente ordenados en las estanterías del taller y sonríe.

—¿Usted sabe arreglar bicicletas?

—En la guerra arreglaba bicicletas que volaban.

El hombre asiente.

—Iba a preparar café. ¿Por qué no pasa a tomar una taza y me lo cuenta?

Cuando Farget traspasa el umbral del taller, se le viene a la cabeza aquel comandante desgarrado y soñador que le hablaba de pájaros. Le agradecería poder decirle: «Mi comandante, he echado a volar».

A cielo abierto
Antonio Iturbe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Fernando Vicente

© Antonio Iturbe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-3248-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com